3 1761 08166311 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NÚM. 181.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1904

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.030

162663

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 16
no. 181-83

EN LA HONDONADA

(NOVELA)

El pueblecillo de Oukleevo estaba situado en una hondonada; de suerte que, desde la carretera y desde la estación del ferrocarril, no se veía más que el campanario y algunas chimeneas de las fábricas para estampar telas de indiana. Cuando los transeuntes preguntaban cuál era aquel pueblo, se les respondía:

—Es el pueblo en donde, en un entierro, el sacristán se comió todo el caviar.

En una comida fúnebre en casa del fabricante Kostinkoff, un viejo sacristán vió, entre los entremeses, caviar fresco, y se puso á comer de él con avidez. Le dieron codazos, le tiraron de las mangas; pero, literalmente petrificado por el goce, no sintió nada y continuó comiendo. Se comió todo el caviar, y había cuatro libras en el tarro. Habían transcurrido diez años; el sacristán había muerto hacía mucho tiempo, pero continuaba recordándose lo del caviar. Sea que la vida fuese en Oukleevo miserable en extremo, ó que las gentes fuesen allí incapaces de observar nada fuera de tan nimio acontecimiento, no se contaba otra cosa.

La fiebre era permanente en el lugar, y encontrábanse allí yacimientos de lodo, hasta en verano, sobre todo á lo largo de los cercados, por encima de los cuales se inclinaban añosos sauces que proyectaban amplia sombra. Percibíase siempre allí un olor de desperdicios de fábrica y del ácido acético, que

sirve para la fabricación de indianas. Las fábricas—tres de dichas telas y una de curtidos—estaban algo apartadas del pueblo. Eran poco importantes y en total no reunían más de cuatrocientos obreros. La de curtidos inficionaba á menudo el agua del arroyo, apestaba los prados; el ganado de los campesinos era atacado por la peste siberiana, y se ordenaba el cierre de la fábrica. Pasaba por cerrada, pero trabajaba en secreto, á sabiendas del comisario de policía y del médico del distrito, á cada uno de los cuales el propietario pagaba diez rublos al mes. En todo el pueblo no había más que dos casas pasables, construídas en piedra y cubiertas de palastro: en la una estaba instalada la Dirección del cantón; en la otra, de dos pisos, situada frente por frente á la iglesia, vivía Gregorio Petrovitch Tsyboukine, artesano de Epiphauskoe.

Gregorio tenía una tienda de comestibles, pero esto no era sino cuestión de forma. De hecho, traficaba en todo lo que se presentaba: aguardiente, ganado, pieles, trigo, cerdos; y cuando, por ejemplo, se pedían al extranjero pájaros para los sombreros de mujer, Tsyboukine ganaba treinta kopeks en cada par. Compraba cortas de madera, prestaba dinero, y era, en suma, un viejo emprendedor.

Tenía dos hijos. El mayor, Anisimo, servía en la policía, en la sección de informaciones, y venía pocas veces. El menor, Estéfano, había tomado el camino comercial y ayudaba á su padre; pero no se esperaba de él una ayuda efectiva, porque era sordo y de salud débil. Su mujer, Aksinia, bella y esbelta, que llevaba los días festivos sombrero y sombrilla, se levantaba temprano, se acostaba tarde y corría todo el día, con las faldas recogidas, haciendo sonar las llaves, por la granja, por la bodega ó por la tienda. Tsyboukine la miraba con alegría; sus ojos brillaban, y sentía que no fuese su hijo mayor el que se hubiera casado con ella, en vez del menor, el sordo, que, visiblemente, entendía poco de belleza femenina.

El viejo había sido siempre aficionado á la vida de familia, y á lo que más quería en el mundo era á su familia, sobre todo

á su hijo mayor, el policía, y á su nuera. Aksinia, apenas casada, mostró una actividad extraordinaria y aprendió en seguida á quién podía abrirse crédito y á quién no. Ella tenía las llaves, y no las confiaba ni siquiera á su marido; hacía crujir la máquina de contar, miraba como un aldeano los dientes de los caballos, y no hacía más que reir y gritar. Hiciera ó dijese lo que quisiera, su suegro se enternecía y murmuraba:—¡Vaya con mi nuerecita!... Es una guapa chica y una buena mamaíta...

Era viudo, pero al año de la boda de su hijo no pudo resistir y se volvió á casar. Le encontraron á treinta verstas de Oukleevo una hija de buena familia, pero ya de alguna edad, guapa y con cara de buena, Bárbara Nicolaevna. En cuanto estuvo instalada en su cuarto de arriba, todo se iluminó en la casa como si hubieran puesto en las ventanas cristales nuevos: las lámparas de las imágenes ardieron; las mesas se cubrieron con manteles blancos como la nieve; en las ventanas y en el jardín aparecieron flores de corolas rojas, y se dejó de comer en la misma fuente: cada cual tuvo su plato. Bárbara Nicolaevna sonreía afablemente, y parecía que en la casa todo sonreía. Comenzaron á acudir al patio, lo que jamás había ocurrido antes, pobres, caminantes, peregrinos. Oíanse bajo las ventanas las voces lastimeras y cantantes de las buenas mujeres de Oukleevo y la tos lamentable de los mujiks débiles y flacos que fueron echados de las fábricas por embriaguez. Bárbara los ayudaba con dinero, pan y trajes usados; después, habiéndose familiarizado con la casa, se puso á coger, para aquéllos, á escondite diferentes cosas de la tienda. El sordo la vió una vez llevarse dos cuarterones de té, y esto le desconcertó.

—Mamá acaba de coger dos cuarterones de té—dijo á su padre;—¿en dónde hay que anotar eso?

El padre no respondió nada; se paró y reflexionó, moviendo las cejas. Después subió al cuarto de su mujer.

—Barbarita, querida mía—le dijo dulcemente,—si tienes

necesidad de algo en la tienda, cógelo... Cógelo sin reparos.

Al día siguiente, el sordo, acudiendo al patio, le gritó:

—Mamá, coja usted lo que necesite.

En el hecho de dar las limosnas había algo alegre y ligero, algo nuevo como las lámparas ante las imágenes y las flores rojas. Cuando, en Carnaval, ó en la fiesta parroquial, que duraba tres días, se despachaba á los mujiks carne salada y podrida que exhalaba un olor tan repugnante que era difícil permanecer cerca de los barriles; cuando se cogía, como prenda, á los borrachos diferentes objetos; cuando los obreros de las fábricas se revolcaban en el lodo, atontados por el aguardiente malo, y que el mal, habiendo tomado consistencia, parecía mantenerse en el aire como una bruma, sentíase uno algo mejor al pensar que allí, en la casa, había una mujer dulce y limpia que no se ocupaba ni de la carne salada ni del vodka. Sus limosnas obraban en aquellos días, penosos y revueltos, á la manera de una válvula de seguridad en una máquina.

En la casa de Tsyboukine, los días pasaban entre los quehaceres. Aún no había salido el sol cuando Aksinia se despejaba, lavándose en el vestíbulo; el samovar hervía en la cocina y silbaba como si predijese una desgracia; el viejo, vestido con un largo gabán negro y pantalones de algodón metidos en botas altas y brillantes, iba y venía por los cuartos, limpio, pequeño, y dando taconazos, como el papá suegro de una canción conocida. Se abría la tienda. Cuan era bien de día, llegaba á la puerta un drojki, y el viejo se sentaba en él gallardamente, metiéndose la gorra hasta las orejas. Al verle, nadie hubiera dicho que tenía ya cincuenta y seis años. Su mujer y su nuera le miraban marchar, y, cuando llevaba una buena levita y se había enganchado al drojki un caballote que costó trescientos rublos, el viejo no gustaba que los mujiks, con sus quejas y sus demandas, se le acercasen. Detestaba á los mujiks y los despreciaba, y si veía á alguno esperándole á la puerta, le gritaba con cólera:

—¿Qué esperas ahí? ¡Vete!

Y si era un pobre:

—Dios le ampare.

Marchaba á sus negocios. Su mujer, vestida de oscuro, con un delantal negro, hacía los cuartos ó ayudaba en la cocina. Aksinia vendía en la tienda, y se oía desde fuera el ruido de las botellas y del dinero; se la oía reir ó gritar y cómo se incomodaban los compradores á quienes engañaba; podíase observar al mismo tiempo que se hacía en la tienda un comercio clandestino de aguardiente. El sordo permanecía también en la tienda, ó bien, sin sombrero, con las manos metidas en los bolsillos, se paseaba en la calle, mirando distraídamente las isbas ó el cielo. Seis veces al día se tomaba té en casa de los Tsyboukine, y cuatro veces se sentaban á la mesa para comer. Por la noche se contaban é inscribían los ingresos. Después se dormía profundamente.

Las tres fábricas de indianas de Oukleevo y las viviendas de los fabricantes Khrymine mayores, Khrymine menores y Kostinkoff estaban reunidas por el teléfono. También se había instalado el teléfono en la administración cantonal. Pero allí dejó pronto de estar en uso, y las chinches y las polillas se establecieron en él. El starquine del cantón era poco instruído y escribía cada palabra con letras muy grandes; sin embargo, cuando se desarregló el teléfono, dijo:—Ahora, sin el teléfono, esto va á ser difícil.

Los Khrymine mayores pleiteaban constantemente con los menores, y á veces éstos disputaban entre sí y se ponían también á pleitear. Entonces su fábrica no trabajaba un mes ó dos, hasta que se hubiesen reconciliado. Esto divertía á los habitantes de Oukleevo, porque, con motivo de tales disputas, se hablaba y se murmuraba mucho. En las fiestas, Kostinkoff y los Khrymine jóvenes organizaban paseos en coche; pasaban á rienda suelta por Oukleevo y aplastaban terneras. Aksinia, muy rumorosa con sus enaguas almidonadas, ataviada con exceso, se asomaba á la calle cerca de su tienda. Los

Khrymine jóvenes la atrapaban y se la llevaban como á la fuerza. Tsyboukine enganchaba también para enseñar algún nuevo caballo y llevaba á su mujer. Por la noche, después de los paseos en coche, cuando todo el mundo estaba acostado, se tocaba, en casa de los Khrymine jóvenes, en un buen acordeón, y si hacía luna, los sonidos ponían al alma inquieta y alegre; Oukleevo no parecía ya una fosa.

***

Anisimo no iba á la casa sino pocas veçes, en las grandes fiestas; pero enviaba á menudo, por gentes de su casa, regalos y cartas escritas con una letra que no era la suya, y muy hermosa. Cada carta iba escrita en una hoja de papel de escuela y á la manera de un oficio. Las cartas estaban llenas de expresiones que Anisimo no empleaba nunca al hablar: «Mis queridos papá y mamá: Les envío una libra de té perfumado para la satisfacción de sus necesidades físicas».

Al pie de cada carta iba garrapateado, como con una pluma rota, «Anisimo Tsyboukine»; y debajo, con la misma magnífica letra que el resto de la carta, «Agente».

Leíanse sus cartas varias veces, y el padre, conmovido, rojo, decía:

—No ha querido vivir aquí; ha entrado por el camino de la instrucción. Pues bien, dejémosle; cada cual está indicado para algo.

Un poco antes de Carnaval cayó una fuerte lluvia mezclada de granizo. El viejo y Bárbara se pusieron á la ventana para mirar, y de repente vieron á Anisimo que llegaba de la estación en un trineo. No se le esperaba. Entró como inquieto y agitado, y así permaneció: notábase en él algo extraño. No mostraba prisa para volver á marchar, y parecía como si le hubieran despedido. Bárbara, contenta con su llegada, le miraba con su aire fino, suspiraba y movía la cabeza.

—¿Qué hay, amigo mío?—decía ella.—Que el muchacho tiene ya veintiocho años y todavía está soltero. ¡Ah! ya, ya.

Desde la habitación próxima no se oía de sus palabras tranquilas é iguales más que «Ah, ya, ya». Se puso á cuchichear con el viejo y con Aksinia, y sus rostros tomaron una expresión misteriosa, como si conspirasen: se decidió casar á Anisimo...

—Ah, ya, ya. Se ha casado tu hermano menor hace ya mucho tiempo, y tú sigues todavía sin compañera, como un gallo en el mercado — le dijo Bárbara. — ¿Qué significa esto? Cásate, en gracia de Dios; volverás á tu sitio como quieres, á tu servicio, y tu mujer se quedará aquí ayudándonos. Vives desordenado, muchacho, y has olvidado, por lo que veo, toda clase de orden... Ah, ya, ya; es un pecado con vosotros los que vivís en las ciudades.

Cuando los Tsyboukine se casaban, se buscaba para ellos, como para las gentes ricas, á las novias más bonitas. Buscóse también una bonita para Anisimo. Era él de baja estatura, de complexión débil y mezquina: sus mejillas estaban llenas é hinchadas como si las soplasen; sus ojos no se meneaban, y su mirada era penetrante. Su barbilla era roja, salpicada, y cuando reflexionaba se la metía en la boca y la mordía. Por añadidura, era aficionado á la bebida, cosa que se le conocía en su cara y en su continente. Sin embargo, cuando le dijeron que le habían encontrado una novia muy bonita, dijo:

—Pues bien, tampoco yo soy tuerto... En nuestra familia, puede decirse, todos los Tsyboukine son guapos.

Cerca de la ciudad había un pueblo llamado Torgonevo, del cual se había agregado recientemente á la ciudad una mitad; y allí, en una casita propia, vivía una viuda que tenía una hermana tan pobre, que iba á trabajar á jornal con su hija. Se hablaba de la belleza de Lipa hasta en Torgonevo, y solamente su extrema pobreza atormentaba á todo el mundo. Se pensaba que un hombre de edad ó algún viudo se casaría con ella á pesar de su pobreza, ó se la llevaría á vivir con él

«sin más», y que así, por ella, su madre sería alimentada. Las casamenteras la designaron á Bárbara, que partió para Torgonevo. Se organizó en seguida una entrevista, como convenía al caso, con entremeses y aguardiente. Lipa, vestida con un traje de color de rosa, hecho expresamente para la circunstancia, tenía en los cabellos una cinta encarnada, que parecía una llama. Era delgada, débil y pálida, con facciones finas y delicadas, atezadas por el trabajo al aire libre. No abandonaba su rostro una tímida y melancólica sonrisa, y sus ojos miraban de manera infantil, con confianza y curiosidad.

Era muy joven, con el pecho apenas señalado, pero podían casarla porque tenía la edad. En realidad era linda, y solamente una cosa podía no agradar en ella: unas manazas de hombre que, ociosas ahora, pendían como largas tenazas.

—No tiene dote, pero no nos importa—dijo Tsyboukine á la tía.—Para nuestro hijo Estéfano elegimos mujer en una familia pobre, y no tenemos sino motivos para felicitarnos de ello; ya en la casa, ya para los negocios, tiene unas manos de oro.

Lipa estaba en pie cerca de la puerta, y tenía el aire de decir: «Haced de mí lo que queráis: me fío de vosotros». Su madre Prascovia, la jornalera, estaba escondida en la cocina, y se moría de vergüenza. Un día, en su juventud, un comerciante, en cuya casa estaba fregando el piso, la había maltratado en un acceso de furor; la sobrecogió un miedo violento, y el espanto se quedó en su alma para toda la vida. Sus pies y sus manos temblaban sin cesar de miedo, así como sus mejillas. Sentada en la cocina, trataba de escuchar lo que decían los Tsyboukine, y no hacía más que santiguarse, apoyando los dedos sobre su frente y mirando la imagen. Anisimo, un poco ebrio, abrió la puerta de la cocina y la dijo con tono desembarazado:

—¿Por qué está usted ahí, querida mamaíta? La echamos á usted de menos.

Prascovia, enrojeciendo, apretando las manos sobre su seno flaco y hundido, respondió:

—¡Qué se digna usted decirme!... Les estamos muy agradecidas...

Después de la entrevista se fijó el día de la boda.

Anisimo, en su casa, no hacía más que ir y venir por los cuartos y silbar, ó bien, de repente, acordándose de algo, se ponía á pensar y miraba fijamente al suelo, sin moverse, como si hubiera querido hacer que su mirada penetrase muy adentro en la tierra. No experimentaba ningún placer por casarse tan pronto, en la semana de Cuasimodo, ni deseo de ver á su prometida; no hacía más que silbar. Era evidente que no se casaba sino porque su padre y su madrastra lo querían, y porque así lo quieren las costumbres del campo: el hijo se casa para que haya una ayuda en la casa. Partió sin apresurarse, no comportándose en modo alguno como las veces precedentes; parecía de un modo particular indiferente, y no dijo nada de lo que era preciso.

*
* *

Los trajes de boda habían sido encargados á dos hermanas, sastras de la aldea de Chikalovo, que era de la secta de los flageladores. Vinieron varias veces para probar, y siempre se quedaban mucho tiempo bebiendo té. Hicieron un traje de color de canela, adornado con encajes negros, para Bárbara, y á Aksinia un vestido verde claro con delantero amarillo. Cuando hubieron concluido, Tsyboukine no las pagó en dinero, sino en géneros de su tienda. Se marcharon apenadas, llevándose paquetes de velas y latas de sardinas, que no les hacían falta. Una vez fuera de Oukleevo, y ya en el campo, se sentaron en un montón de tierra y se echaron á llorar.

Anisimo volvió tres días antes de la boda, todo vestido de nuevo.

Después de haber rezado á Dios con gravedad, saludó á su padre y le dió como regalo diez rublos de plata y diez piezas de cincuenta kopeks. Dió otro tanto á Bárbara, y á Aksinia

veinte piezas de veinticinco kopeks. La principal maravilla de tales regalos era que todas las monedas, como escogidas, eran nuevas y brillaban al sol. Esforzándose por parecer grave y sesudo, Anisimo ponía rígida la cara é hinchaba las mejillas, pero su aliento apestaba á aguardiente. Probablemente en cada estación se había precipitado al *buffet*. De nuevo había en él algo extraño. Anisimo y su padre tomaron té y comieron un poco. Bárbara, guardándose sus rublos nuevos, preguntó noticias de las gentes de Oukleevo que vivían en la ciudad.

—Nada de nuevo, á Dios gracias, están bien — dijo Anisimo; — únicamente, en casa de Ivan Yegoroff ha habido un acontecimiento de familia. Su mujer, Sofía Nikiforovna, ha muerto de tisis. Se encargó á un repostero la comida para el descanso de su alma, á dos rublos y medio por cabeza. Hubo vino. ¡Qué *mujiks* son nuestros paisanos! Para ellos también se pagó á dos rublos y medio; ¡no han comido nada! ¿Acaso un mujik entiende de salsas?

—¡Dos rublos y medio!—dijo el viejo meneando la cabeza.

—¿Y qué? Aquello no es una aldea. Entras en el restaurant para comer, pides esto y lo otro, viene gente, bebes y miras: está ya amaneciendo, y tenéis que pagar cada uno tres ó cuatro rublos. Y cuando se está con Samorodoff, gusta de tomar al final café con coñac, y el coñac, si te gusta, cuesta seis griveniks (1) la copita.

—¡Qué broma!—dijo el viejo con admiración;—no hace más que mentir.

—Ahora estoy siempre con Samorodoff. Este es quien les escribe mis cartas. Escribe magníficamente. Y si le dijese á usted, mamá—añadió alegremente Anisimo volviéndose hacia Bárbara,—qué hombre es ese Samorodoff, no me creería. Todos le llamamos Monktar, porque es una especie de armenio, es negrísimo. Yo leo en su fondo, conozco todos sus negocios

(1) 60 kopeks (1 fr. 50).

como mis cinco dedos, mamá, y él lo sabe; así, él no hace más que seguirme, no me deja un paso, y ni el agua nos separaría (1). Aunque me teme, no puede vivir sin mí. Adonde yo voy, él va también. Tengo buen ojo, mamá. Voy al mercado, veo á un mujik que vende una camisa: «¡Alto, mujik! es una camisa robada». Y es verdad, la cosa es así: la camisa ha sido robada.

—¿En qué lo conoces?—preguntó Bárbara.

—En nada; cuestión de vista. No sé qué camisa es aquella, pero sé que hay algo que me atrae; camisa robada, eso es todo. Entre nosotros, en la policía, se dice ya: «Anda, Anisimo, vete á buscar la caza». Lo que quiere decir que hay algo robado. Sí... Todos pueden robar; ¿pero cómo ocultarlo? La tierra es grande y no hay sitio para esconder lo robado...

—En nuestro pueblo, en casa de los Guntoreff—dijo Bárbara suspirando,—han robado la semana última un cordero y dos borreguillos; y nadie para encontrarlos... Ya, ya.

—¿Y bien, qué? se puede encontrarlos. Eso no es nada; se puede.

Llegó el día de la boda. Era un día de Abril, fresco pero claro y alegre. Desde muy temprano comenzaron á llegar coches de todas partes; los cascabeles sonaban en las troikas y en los tiros de dos caballos, que llevaban cintas de colores en las crines.

En la casa, ya estaban las mesas llenas de grandes pescados, de jamones, de pájaros fritos, de latas de conservas, de diversas clases de salazones y de gran cantidad de botellas de aguardiente y vinos; olíase á salchichas. El viejo pasaba inspeccionando las mesas, taconeando y afilando uno con otro los cuchillos. Llamaba sin cesar á Bárbara para pedirle algo, y ella, atareada, sofocada, corría á la cocina, en donde desde la mañana trabajaban el cocinero de Kostinkoff y la cocinera de los Khrymine jóvenes. Aksinia, rizada, con corsé, sin fal-

(1) Expresión proverbial rusa.

da, con botinas nuevas que chillaban, volaba en el patio como un torbellino; no se veía de ella más que sus rodillas desnudas (1) y su garganta. Oíase ruido, injurias y juramentos.

Los transeuntes se detenían ante las puertas, abiertas de par en par, y se observaba en todo que se preparaba algo desacostumbrado.

—Han marchado á buscar á la novia—se dijo.

Se oyó fuera del pueblo ruido de cascabeles que se iba debilitando. A eso de las tres, las gentes se pusieron en conmoción, se oyeron de nuevo los cascabeles: ¡llegaba la novia!

Se llenó la iglesia: el gran candelabro estaba encendido; los chantres, como lo había deseado el viejo Tsyboukine, cantaban sobre música impresa. El resplandor de las luces y los trajes vistosos deslumbraban á Lipa. Le parecía que los chantres, con sus voces sonoras, le golpeaban en la cabeza como con martillos. El corsé, que se ponía por primera vez en su vida, y sus zapatos, la molestaban. Parecía que acababa de volver de un desvanecimiento y que miraba y no comprendía. Anisimo, con levita negra y corbata encarnada, pensaba, mirando á un punto fijamente. Cuando los chantres gritaban muy fuerte, él se santiguaba. Su alma estaba enternecida: hubiera querido llorar. Conocía la iglesia aquella desde su primera infancia. Su difunta madre le llevaba en otro tiempo para comulgar; después cantaba en el coro con los niños: cada rincón, cada imagen, le aportaba muchos recuerdos. Y ahora se celebraba su matrimonio. Hay que casarse para el buen orden; pero apenas pensaba en ello, como si no hubiese comprendido ó como si lo hubiera completamente olvidado. Las lágrimas le impedían mirar las imágenes: tenía un peso en el corazón. Rezaba y pedía á Dios que las inevitables desgracias que estaban prestas á caer sobre su cabeza de un día á otro, le fuesen evitadas y pasaran á su lado, como pasan junto al

(1) Las mujeres del pueblo llevan medias muy cortas.

pueblo, durante la sequía, sin dejar una gota de lluvia, las nubes de tempestad.

Tenía infinidad de pecados acumulados ya en su pasado, infinidad de pecados que eran por completo imborrables, irreparables, y que hasta le parecía absurdo pedir perdón por ellos. Y, sin embargo, pedía perdón, y hasta lanzó un gran sollozo. Pero nadie prestó atención, creyendo que había bebido un poco.

Se oyó una ansiosa queja de niño.

—Mamaíta, llévame de aquí.

—¡Silencio!—exclamó el sacerdote.

A la vuelta de la iglesia, la multitud siguió corriendo á la comitiva. Había gente reunida cerca de la tienda, cerca de las puertas y en el patio, bajo las ventanas; algunas mujeres habían venido para exaltar á los esposos. En cuanto franquearon el umbral, los chantres, formados ya en el vestíbulo con su música, rompieron á cantar con todas sus fuerzas. Púsose á tocar una música, hecha venir expresamente de la ciudad. Habían traído en copas altas champagne del Don; y volviéndose hacia los desposados el contramaestre-carpintero Elizaroff, un viejo de gran estatura, delgado, con cejas tan espesas que apenas se veían sus ojos, les dijo:

—Anisimo y tú, hija mía, amaos uno á otro; vivid según las leyes de Dios, hijos míos, y la Reina de los Cielos no os abandonará.

Se apoyó en el hombro de Tsyboukine, y sollozó.

—Lloremos, Gregorio Petroff, lloremos de alegría—dijo con vocecita conmovida. Y de repente se echó á reir, y añadió con voz llena y vibrante:

—¡Ah!... También ésta es una linda nuera. Todo en ella está en su sitio; todo está bien pulimentado; nada rechina; todo el mecanismo está en orden y bien repasado.

Había nacido en el distrito de Yegorievskoe, pero trabajaba desde su juventud en las fábricas de Oukleevo y de los alrededores, siempre tan largo y tan flaco, y le llamaban Mule-

ta. Acaso porque desde hacía más de cuarenta años no se ocupaba sino en reparaciones, juzgaba á todo hombre y á toda cosa únicamente desde el punto de vista de la solidez: ¿no tenía él necesidad de reparación? Antes de sentarse á la mesa, probó algunas sillas para ver si eran bastante sólidas.

Después de beber el vino espumoso, todos se instalaron á la mesa. Los convidados hablaban y removían sus sillas. En el vestíbulo, los cantores cantaban y la música tocaba; las mujeres, al mismo tiempo, en el patio, celebraban á coro á los desposados. Era una espantosa y salvaje mezcla de sonidos, capaz de hacer perder la cabeza.

Muleta no se estaba quieto en su silla: daba codazos á sus vecinos, les impedía hablar, y tan pronto lloraba como reía.

—Hijas, hijas, hijas...—murmuraba muy de prisa;—Aksinioushka, querida, Barbarouchka, todos viviremos en paz y en concordia, queriditas mías...

Bebía poco, y se había emborrachado con un vaso de aguardiente inglés. Este innoble aguardiente, hecho de no sé qué, idiotizaba á cuantos lo bebían. Las lenguas comenzaban á embrollarse.

Asistían á la fiesta el clero, los contramaestres de las fábricas y sus mujeres, y hosteleros de otros pueblos. El *starchine* del cantón y su secretario, que servían juntos desde hacía catorce años y que, en todo este tiempo, no habían firmado un papel ni dejado salir de los locales administrativos á un solo hombre sin haberle engañado ó vejado, estaban sentados juntos, ambos gordos, repletos, y tan llenos, á lo que parecía, de injusticia, que hasta la piel de sus rostros era particular y semejante á la de un malandrín. La mujer del secretario, que era por extremo flaca, había traído á todos sus hijos. Semejante á un ave de rapiña, atisbaba los platos, atrapando cuanto le caía bajo la mano, y lo escondía para ella y sus hijos, en sus bolsillos.

Lipa, petrificada, estaba sentaba con la misma expresión de cara que en la iglesia. Anisimo, desde que la conoció, no le

había dicho ni una palabra, y no sabía todavía cuál era el sonido de su voz.

Sentado junto á ella, continuaba callado y bebía aguardiente inglés. Cuando estuvo borracho, se puso á decir á su tía, sentada frente á él:

—Tengo un amigo que se llama Samorodoff. Es un hombre particular. Es burgués honorario (1), y puede hablar. Pero, sin embargo, tiíta, veo como á través de él, y él lo comprende. Permítame beber con usted á la salud de Samorodoff, tiíta.

Bárbara giraba en rededor de la mesa, invitando á los convidados, extenuada, con aspecto de fatiga, y contenta en la apariencia de que hubiera tantos platos que comer, que todo fuese tan rico y que nadie pudiera encontrar nada que censurar.

El sol se puso; la comida duraba todavía. Ya no se daban cuenta de lo que comían ni de lo que bebían. No se podía discernir lo que se decía. De cuando en cuando solamente, cuando la música se callaba, se oía gritar á alguna mujer:

—Habéis chupado nuestra sangre, Herodes; ¿no reventaréis?

Por la noche hubo baile con música. Los Khrymine jóvenes llegaron, trayendo su aguardiente, y uno de ellos, cuando bailaba una cuadrilla, tenía en cada mano una botella, mientras sujetaba un vaso con los dientes, lo que hacía reir á todo el mundo. Entre las cuadrillas se ponían de repente á bailar á saltos. Aksinia no hacía más que lucir y desaparecer, y la cola de su vestido daba aire. Los ojos de Aksinia, grises y de mirada fija, tenían algo de serpentino. Vestida de verde, con su pechero amarillo, sonriente, miraba como una víbora en primavera, levantando y alargando la cabeza, mira al que pasa. Los Khrymine la trataban con mucha familiaridad, y se podía observar que con el mayor estaba desde hacía ya mucho tiempo en las más íntimas relaciones. El sordo no comprendía

(1) Uno de los últimos tchius de la lista de las categorías.

nada y no la miraba; estaba sentado, con las piernas cruzadas, comiendo nueces, que partía entre sus dientes con un ruido tan fuerte que parecía que disparaba pistoletazos.

De repente el viejo Tsyboukine se puso en medio de la sala y, agitando su pañuelo, hizo signo de que también él quería bailar la danza rusa. Corrió un rumor de aprobación en toda la casa y en el patio entre la multitud.

—¡Va á bailar! ¡Él también va á bailar!

Bárbara bailó, y Tsyboukine no hizo más que balancear su pañuelo y llevar el compás con los talones; pero los que en el patio, apoyados unos sobre otros, miraban por las ventanas, estaban en éxtasis, y le perdonaron todo por un instante, su riqueza y sus engaños.

—Eres un bravo, Gregorio Petroff—gritaron.—Anda, anda. Eso es señal de que todavía puedes hacer algo. ¡Hala, hala!

La fiesta concluyó á eso de las dos de la mañana. Anisimo, vacilando, dió la vuelta á la sala para dar las gracias á los cantores y á los músicos, y entregó á cada uno una moneda de cincuenta kopeks, nueva. Su padre no se tambaleaba, pero se paraba á cada paso. Acompañaba á los invitados, diciendo á cada uno:

—La boda ha costado dos mil rublos.

Cuando se hubieron dispersado, se vió que alguno había cambiado un gabán viejo por uno nuevo á costa del fondista de Chikalovo. Anisimo se exaltó y se puso á gritar:

—¡Alto! Voy á encontrarlo en seguida. Sé quién lo ha robado. ¡Alto!

Se lanzó á la calle; se precipitó sobre uno; le atraparon; le llevaron á empujones á la casa, rojo de cólera, borracho y sudando, y le metieron en el cuarto en donde la tía había ya desnudado á Lipa. Y le encerraron allí.

*
* *

Al cabo de cinco días, Anisimo, disponiéndose á marchar, subió á despedirse de Bárbara. Ésta hacía media de lana roja, sentada cerca de la ventana; todas sus lamparillas ardían ante las imágenes, y se percibía en el cuarto olor á incienso.

—Has estado poco tiempo con nosotros—dijo ella.—¿Comienzas acaso á aburrirte? Ya, ya... Nosotros vivimos bien: hay de todo en abundancia en nuestra casa, y tu boda ha estado bien; tu padre dice que ha costado dos mil rublos. Vivimos, en una palabra, como comerciantes. Solamente que es enojoso esto. Ofendemos demasiado al mundo. ¡Ah, cómo le ofendemos, Dios mío! Que cambiemos un caballo, que compremos algo, que alquilemos un obrero, engañamos en todo; engaño, y engaño. El aceite que vendemos está averiado. Dime, te lo ruego, ¿no se podría vender buen aceite?

—Cada cual está indicado para algo, mamá.

—Sí, pero hay que morir. ¡Ah! verdaderamente deberías hablar de esto á tu padre.

—Háblele usted misma.

—¡Ah, sí! En cuanto le digo algo, me responde lo que tú: cada cual está indicado para algo. ¿Crees tú que valdrá esto en el otro mundo? El juicio de Dios es justo.

—Ciertamente que no valdrá—dijo Anisimo suspirando;—no hay Dios, mamá. ¿Quién había de juzgar?

Bárbara le miró sorprendida, se echó á reir y levantó los brazos. Como ella se asombrara sinceramente y le mirase como se mira á un extravagante, él se turbó.

—Un Dios, tal vez haya uno—dijo;—pero no hay fe. Mientras me casaba, no estaba yo en mi centro. Así como cuando se coge un huevo de debajo de una gallina se siente piar al polluelo, así sentí de repente piar mi conciencia, y no hice más que pensar: hay un Dios. Pero en cuanto salí de la iglesia se concluyó todo. ¿Cómo puedo yo saber si hay un Dios ó no? No nos lo enseñan esto desde la infancia. Cuando el niño mama todavía, no le enseñan más que una cosa: cada cual á lo suyo. Ya ve: mi padre tampoco cree en Dios. Me dijo usted una vez

que habían cogido un cordero de casa de los Gountaroff... He encontrado á quien lo robó: es el mujik de Chikalovo. Él lo robó, pero la piel está en casa de mi padre... Mire la fe que tiene...

Anisimo guiñó un ojo y meneó la cabeza.

—El *starchine* tampoco cree en Dios—siguió diciendo;—el secretario tampoco, el sacristán tampoco. Si van á la iglesia y guardan los ayunos, es para que las gentes no hablen mal de ellos y para el caso en que resultara verdad, después de todo, lo del juicio final. Dícese ahora que podría venir el fin del mundo porque éste se ha hecho peor, y ya no se respeta á los padres, y demás. Son tonterías. Yo creo, mamá, que todo el mal procede de que las gentes tienen poca conciencia. Veo el fondo de todo, y comprendo. Si un hombre tiene una camisa robada, le veo. Un hombre está sentado en el traktir, y parece que bebe té, y nada más, y yo, además del té, veo que no tiene tranquila la conciencia. Puede uno andar todo un día: no se encuentra un hombre que tenga una buena conciencia. La razón está en que no se sabe si hay Dios... Vaya, mamá, adiós. Quede usted bien y guárdeme buen recuerdo.

Anisimo se prosternó á los pies de su tía.

—Le damos gracias por todo, mamá—dijo.—Nuestra familia recibe de usted un gran beneficio. Es usted una digna mujer, y estoy muy satisfecho de usted.

Anisimo salió conmovido; pero volvió, y dijo:

—Samorodoff me ha metido en un negocio; me haré rico ó me perderé. Si sucede algo, mamá, usted consolará á mi padre.

—Vaya, no sucederá nada. Ya, ya... Dios es misericordioso. Pero mira, Anisimo, deberías acariciar un poco á tu mujer; os miráis como enfadados; deberíais, por lo menos, sonreiros.

—Es muy rara—dijo Anisimo, suspirando.—No comprende nada y no dice nunca nada. Es muy joven. Dejémosla crecer...

Un caballo blanco, muy gordo, esperaba ya en la puerta, enganchado á un tílburi. Tsyboukine subió gallardamente, se sentó y empuñó las riendas. Anisimo abrazó á Bárbara, á Aksinia y á su hermano. Lipa, de pie ella también en la puerta, inmóvil, miraba, como si no hubiera venido para despedir á su marido, sino para no se sabía qué. Anisimo se acercó y rozó ligeramente su mejilla con los labios.

—Adiós—le dijo.

Ella, sin mirarle, sonrió con aire extraño. Su rostro se puso á temblar, y todos, sin saber por qué, tuvieron piedad de ella. Anisimo subió al coche de un salto, y se puso en jarras porque se creía guapo.

Cuando hubieron llegado á la altura, Anisimo se volvió á cada momento para ver el pueblo. El día estaba tibio y claro. Sacábase al ganado por la primera vez, y en pos de él marchaban muchachas y mujeres, vestidas con sus trajes de fiesta. Un buey negro, satisfecho de sentirse libre, mugía y escarbaba el suelo con sus patas delanteras. Por todas partes, arriba y abajo, cantaban las alondras. Anisimo miraba la iglesia, bonita, muy blanca (acababan de volverla á blanquear), y recordaba cómo había rezado en ella cinco días antes. Miraba la escuela, de techo verde; el arroyo, en el que se bañaba en otros tiempos y pescaba con caña, y la alegría brotaba en su corazón. Hubiera querido que, de repente, saliese una muralla de la tierra y le impidiese avanzar, y pudiera quedarse con su pasado solo.

En la estación se acercaron á la cantina y bebieron un vaso de jerez. El viejo buscó su bolsa para pagar.

—Yo convido—dijo Anisimo.

Su padre, enternecido, le dió un golpecito en el hombro, y guiñando un ojo, dijo al cantinero:—¡Qué hijo tengo!

—Si te quedases á trabajar en casa, Anisimo—dijo,—no tendrías precio: te cubriría de oro de la cabeza á los pies.

—Completamente imposible, papá.

El jerez era agrio y sabía á cera, y sin embargo, bebieron otro vaso.

Cuando Tsyboukine volvió de la estación, no reconoció al pronto á su nuera. Apenas marchó su marido, Lipa había cambiado, poniéndose de repente muy alegre. Con los pies desnudos, con una falda vieja y usada, con las mangas levantadas hasta los hombros, lavaba la escalera del vestíbulo, cantando con una vocecita argentina; y cuando miraba al sol con su sonrisa de niña, parecía que también ella era una alondra.

Un anciano obrero, que pasaba ante la puerta, exclamó:

—¡Qué nuera te ha enviado Dios, Gregorio Petroff! No son mujeres, son verdaderos tesoros.

***

El 8 de Julio, un viernes, Elizaroff, apodado Muleta, y Lipa, volvían de Kazauskoe, adonde habían ido, por la fiesta patronal, á hacer sus devociones á la Virgen de Kazan. La madre de Lipa venía detrás de ellos. Enferma y fatigosa, se quedaba siempre detrás. Era casi de noche.

—¡Ah!—exclamó asombrado Muleta, al escuchar á Lipa.—¿Y entonces?

—Me gusta mucho el dulce, Ilia Makarytch—dijo Lipa.—Me siento en un rinconcito y bebo té, tomando dulces. O bien lo bebo con Bárbara Nikolaevna, y me cuenta alguna historia conmovedora. Tiene mucho dulce; tiene cuatro tarros. «Come, Lipa, me dice, sin reparos».

—¡Ah! ¡Cuatro tarros!...

—Viven ricamente. Se come con el té pan blanco, y hay tanta carne como se quiera. Viven ricamente; pero se tiene miedo en su casa, Ilia Makarytch. ¡Ah! ¡Qué miedo se tiene!

—¿De qué tienes miedo, hija mía?—preguntó Muleta, volviéndose para ver si Prascovia estaba lejos.

—Primero, cuando se celebró la boda, tuve miedo de Ani-

simo Gregoritch. No es malo, no me ha hecho nada; pero cuando se acercaba á mí, sentía frío en todo mi cuerpo, en todos mis huesos. No he dormido ni una noche; no hacía más que temblar y rezar á Dios. Ahora tengo miedo de Aksinia, Ilia Makarytch. No es mala, siempre está sonriendo; pero, á veces, cuando mira por la ventana, sus ojos verdes son malos y queman. Los Khrymine la trastornan. «Su viejo, le dicen, tiene un pedacillo de tierra de cuarenta *desiatinas* en Butiokino; es un pedacito de tierra, dicen, en donde hay arcilla, arena y agua; así, pues, Aksinia, dicen, hazte construir por él una tejería, y nosotros nos asociaremos contigo». El ladrillo vale ahora veinte rublos el millar; es un buen negocio. Ayer noche, después de comer, Aksinia ha dicho al viejo: «Quiero, dijo, montar una tejería en Butiokino; comerciaré por mi propia cuenta». Dijo esto sonriendo, pero el rostro de Gregorio Petroff se oscureció; evidentemente aquello no le agradaba. «Mientras yo viva, dijo, nada de divisiones; hay que vivir juntos». Ella le dirigió una mirada... se puso á rechinar los dientes... trajeron unos pastelillos; ella no los comió.

—¡Ah!...—exclamó asombrado Muleta.—¡No los comió!

—Y dime, si gustas, cuándo duerme ella—añadió Lipa.—Se adormece una media hora y salta de la cama, y trota, trota, para ver si los mujiks prenden fuego ó roban algo. Da miedo, Ilia Makarytch. Después de nuestra boda, los Khrymine no se fueron á acostar; marcharon á la ciudad para querellarse. Las gentes dicen que todo es por causa de Aksinia. Dos de los hermanos le han prometido construir la ladrillería, y el tercero se opone. Su fábrica ha permanecido cerrada un mes. Mi tío Prokor se quedó sin trabajo y tuvo que mendigar de puerta en puerta. «Mientras tanto, tío, le dije, deberías, para evitar esta vergüenza, ir á labrar ó á cortar leña». «He perdido la costumbre, me dijo, del trabajo cristiano. No puedo hacer nada, me dijo, Lipyuka...»

Se pararon cerca de un bosquecillo para descansar y esperar á Prascovia. Elizaroff era amo desde hacía tiempo, pero

no tenía caballos, y corría todo el distrito á pie con un saquito en el que llevaba pan y cebollas; andaba de prisa, balanceando los brazos; seguirle era difícil.

A orillas del bosque estaba plantado un mojón de término; Elizaroff le tocó para ver si era sólido... Prascovia llegó sofocada. Su rostro arrugado, siempre con expresión de espanto, irradiaba, no obstante, felicidad. Había estado en la iglesia como todo el mundo; había ido á la feria y había bebido agraz. Pocas veces le había ocurrido aquello, y le parecía que por primera vez en su vida había vivido á su gusto.

Después de haber descansado, echaron á andar los tres juntos. El sol se ponía, y sus rayos se filtraban al través del macizo de árboles. Delante repercutían ruidosas voces. Las jóvenes de Oukleevo habían marchado de vanguardia, pero se habían detenido en el bosquecillo para coger setas.

—¡Vamos, muchachas!—les gritó Elizaroff.—¡Vamos, hermosas!

Le respondió una carcajada.

—¡Aquí está Muleta! ¡Muleta! ¡Rábano viejo!

El eco reía también.

Cruzaron el bosque; comenzaron á ver lo alto de las chimeneas de las fábricas; brilló la cruz en el campanario; apareció el pueblo, «aquel mismo pueblo en donde el sacristán se comió todo el caviar en un entierro». Y ya estaba cerca la casa: no había más que descender á la hondonada. Lipa y su madre, que caminaban con los pies descalzos, se sentaron en la hierba para calzarse. Muleta se sentó con ellas. Mirado desde allí Oukleevo, con sus sauces, su blanca iglesia y su río, parecía armonioso y bonito; solamente alteraban la armonía los techos de las fábricas, pintados por economía con un color sombrío y bárbaro. En la pendiente, al otro lado, se veían los haces de trigo acabado de segar. También la avena maduraba, y en aquel instante relucía al sol como nácar. Era la época del trabajo y también de las fiestas. Todos los días se oían truenos, quemaba el sol y parecía que iba á llover. Al mirar

los campos, todos se preguntaban si se acabarían á tiempo las labores; reinaba la alegría y la inquietud al mismo tiempo.

—Los segadores están caros ahora—dijo Prascovia.—¡Un rublo cuarenta al día!

Continuaba viniendo gente de la feria de Kazauskoe: mujeres, obreros con gorras nuevas, mendigos, niños... A veces, levantando polvo, pasaba una telega, detrás de la cual corría un caballo no vendido, y que parecía satisfecho de no haberlo sido; otras veces pasaba una vaca que se resistía, y á la que tiraban de los cuernos. Después venía otra telega, con mujiks ebrios, cuyas piernas colgaban. Una vieja conducía á un niño que llevaba un gran sombrero y grandes botas. El niño no podía más con el calor y con el peso de sus botas, que le impedían doblar las piernas, y sin embargo no cesaba de soplar con todas sus fuerzas en una trompeta. Se había bajado ya al fondo de la hondonada, se había dado vuelta á una calle; la trompeta continuaba sonando.

—En casa de nuestros fabricantes hay algo que no marcha—dijo Elizaroff;—es espantoso. Kostinkoff se enfadó conmigo. «Se han gastado muchas planchas en las cornisas», me dijo. «¿Cómo muchas? Se han gastado las necesarias, Basilio Danilyth. Yo no me cómo las planchas». «¿Cómo te atreves á hablarme así?, me dijo. ¡Animal! Ten cuidado. Yo te he hecho contramaestre», exclamó. «¡Valiente cosa!, dije yo. Cuando no lo era, dije, bebía igualmente té todos los días». «Sois todos unos perdidos», me dijo. Yo no dije nada. En este mundo nosotros somos los perdidos, pensé, y vosotros lo seréis en el otro. Al día siguiente se había suavizado. «No me guardes rencor, me dijo, por mis palabras. Si me he excedido, dijo, piensa que soy superior á ti; tú estás obligado á callarte». «Usted es comerciante, le dije, y yo soy carpintero, es verdad. Pero también San José era carpintero, le dije. Nuestro oficio es digno y agradable á Dios; pero si le gusta decir que es usted superior á mí, dígalo en buen hora, Basilio Danilyth». Pero después de nuestra conversación, he pensado:

¿quién es superior á quién? ¿el comerciante ó el carpintero? Debe serlo el carpintero, hijas mías.

Muleta reflexionó y añadió:

—El que pena y sufre es el superior al otro.

El sol se había ya ocultado, y una bruma blanca, como lechosa, se levantaba sobre el río, en torno de la iglesia y sobre los campos en que estaban las fábricas. Mientras que la oscuridad venía de prisa, abajo brillaban algunas luces y parecía que la niebla ocultaba un precipicio sin fondo. En aquel instante les parecía tal vez á Lipa y á su madre que habían nacido pobres y estaban destinadas á serlo toda su vida, dándolo todo al prójimo, excepto sus pobres almas asustadas; les parecía, tal vez confusamente, que en el orden infinito de las vidas de este mundo inmenso y misterioso, ellas también eran una fuerza y estaban por encima de alguien. Se alegraban de estar sentadas así en la altura, y sonreían de placer, olvidando que pronto ó tarde habría que bajar de nuevo.

Llegaron por fin á la casa. Los segadores estaban sentados en el suelo, cerca de la tienda y junto á las puertas. Las gentes de Oukleevo no iban á trabajar á casa de Tsyboukine; había que contratar á extranjeros. Ahora en la oscuridad parecía que todos tenían largas barbas negras. La tienda estaba abierta y se veía al sordo y á un viajante que jugaban á las damas. Los segadores cantaban dulcemente, apenas si se les oía, ó bien pedían en alta voz que les pagasen la jornada de la víspera. Pero se la negaban para que se quedasen hasta el día siguiente. Tsyboukine, en mangas de camisa, y Aksinia, sentados en un banquillo ante la puerta, bebían té á la luz de una lámpara.

—Abuelo—dijo como por burla un segador,—páguenos por lo menos la mitad. ¡Abuelo!

Se oyó una carcajada; después volvieron todos á cantar en voz baja.

Muleta se sentó para tomar té.

—Venimos de la feria—comenzó diciendo.—Nos hemos di-

vertido, hijos míos, nos hemos divertido mucho, gracias á Dios. Solamente ha ocurrido una enojosa aventura. Sachka el albéitar compra tabaco y da cincuenta kopeks para pagar. ¡Y la moneda era falsa!—dijo Muleta mirando en derredor. (Quiso decirlo en voz baja, pero lo dijo con voz ronca, y todo el mundo lo oyó.)—Los cincuenta kopeks eran falsos. Preguntan á Sachka: «¿Dónde los has tomado?» «Anisimo Tsyboukine, dijo, me los dió cuando fuí á su boda.» Llamaron al *uriaduik* y se lo llevaron. Ten cuidado, Petrovitch, de que no dé esto que hablar.

—¡Abuelo!—seguía diciendo la voz burlona,—¡abuelo!

Reinó un silencio.

—Ah, hijos míos, hijos míos...—murmuró Muleta levantándose. (Se caía de sueño.)—Gracias por el té y el azúcar. Ya es hora de dormir. Estoy hecho una carraca; todas las vigas en mí están podridas. ¡Ah!

Y al marcharse, añadió:

—Me parece que pronto será tiempo de morir.

Y lanzó un sollozo.

Tsyboukine no terminó de beber el té, y permaneció sentado, meditando. Parecía seguir con el oído los pasos de Muleta, que ya estaba lejos en la calle.

—Sachka el albéitar ha debido inventar todo eso—dijo Aksinia, adivinando sus pensamientos.

Tsyboukine entró en la casa y volvió con un paquete. Lo desenvolvió y brillaron unos rublos completamente nuevos. Cogió uno, lo mordió, lo echó en la bandeja del samovar; después echó otro.

—Es verdad, estos rublos son falsos—dijo, mirando á Aksinia con estupor.—Son los que Anisimo trajo de regalo. Cógelos, hija mía—murmuró dándoselos todos,—y vete á echarlos en el pozo. El diablo se vaya con ellos. Cuida de que no se sepa nada; podría suceder algo. Llévate el samovar y apaga las luces.

Lipa y Prascovia, retiradas en la cochera, vieron que las

luces se apagaban. Solamente arriba, en el cuarto de Bárbara, continuaban brillando las lamparillas rojas y azules. Descendía de allí una impresión de reposo, de satisfacción y de ignorancia. Prascovia no había podido acostumbrarse á la idea de que su hija, casada con un hombre rico, se deslizase tímidamente, cuando llegaba, en el vestíbulo, y sonriese á manera de demanda; entonces le enviaban té y azúcar. Tampoco Lipa había podido acostumbrarse. Desde que se fué su marido, no volvió á dormir en su cama, sino donde la pillaba, en la cocina ó en cualquier otro lugar. Diariamente lavaba el piso ó la ropa, y le parecía que estaba á jornal. De vuelta de la peregrinación, las dos mujeres tomaron el té en la cocina con la cocinera; después se fueron á acostar en la cochera, en el suelo, entre la pared y los trineos. Allí se estaba á oscuras y se sentía olor á correaje. Se oyó que cerraban la tienda y que los segadores se instalaban fuera para dormir. A lo lejos, en casa de los Khrymine, se tocaba el acordeón. Prascovia y Lipa comenzaron á adormecerse.

Cuando las despertaron unos pasos, hacía luna; Aksinia estaba á la puerta de la cochera con una cama.

—Aquí hará tal vez más fresco—murmuró.

Entró y se acostó al lado de la puerta. La luna la daba de lleno. No durmió, suspirando penosamente. Y tendida á lo largo, casi desnuda á causa del calor, aparecía como un hermoso animal á la mágica luz de la luna.

Al cabo de un rato volvieron á oirse pasos. Tsyboukine, muy blanco, apareció en la puerta.

—Aksinia—dijo,—¿estás ahí?

—¿Qué hay?—respondió ella con enfado.

—Te dije que echaras ese dinero al pozo; ¿lo has tirado?

—¡Vaya una idea la de tirar el bien al agua! Se lo he dado á los segadores.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó el viejo, estupefacto y espantado.—Eres una mujer atroz... ¡Ah, Dios mío!

Levantó los brazos y salió murmurando. Poco después

Aksinia se sentó en el catre, suspirando con despecho, profundamente; después se levantó y se fué.

—¿Por qué me has casado aquí, mamá?—dijo Lipa.

—Hay que casarse, hija mía. No somos nosotras las que hemos hecho la regla.

El sentimiento de una inconsolable desgracia estaba pronto á invadirlas; pero les parecía que alguien miraba desde lo alto del cielo, en el azul, desde el lugar en donde están las estrellas, y que veía todo lo que pasaba en Oukleevo y que velaba. Y, aunque el mal fuese grande, la noche estaba tranquila y hermosa, y en el mundo de Dios la verdad existe siempre, y siempre existirá, tan tranquila y tan hermosa: todo en la tierra no espera más que fundirse con la verdad, como la luz de la luna se funde con la noche.

Ambas, tranquilizadas, apretadas una contra otra, se durmieron.

*
* *

Desde hacía mucho había llegado la noticia de que se había encarcelado á Anisimo, por fabricación y emisión de moneda falsa. Pasaron dos meses, pasó más de medio año, un largo invierno pasó; llegó la primavera, y se habían habituado en casa de sus padres y en el pueblo á la idea de que Anisimo estaba en la cárcel. Cuando alguien, por la noche, pasaba cerca de la casa ó de la tienda, se acordaba de que Anisimo estaba en la cárcel; y cuando tocaban en la parroquia, se acordaban también de que él estaba en la cárcel y esperaba el juicio.

Una sombra parecía haberse extendido en torno de los Tsyboukine. La casa negreaba, y el mismo Tsyboukine parecía también más negro. Hacía tiempo que no se cortaba la barba ni los cabellos; subía al cochecillo sin saltar, y ya no gritaba á los pobres: «¡Que Dios te ampare!» Veíase en todo que sus fuerzas disminuían. Las gentes le temían ya menos. El comisario de policía, aunque continuaba cobrando lo esti-

pulado, le denunció: fué llamado tres veces á la ciudad, por comercio clandestino de aguardiente.

Iba á menudo á ver á su hijo, empleaba á unos y otros, presentaba súplicas.

—¡No hay nadie que intervenga! — decía Bárbara. — Ya, ya. Sería preciso pedir á algún señor que escribiera á las autoridades superiores... Si por lo menos le dejaran en libertad hasta el día del juicio... ¿Para qué cansar á ese muchacho?

También ella estaba afligida, no obstante lo cual engordaba y se ponía más blanca. Seguía encendiendo lamparillas en su cuarto; atendía á que todo en la casa estuviese limpio, é invitaba á los que la visitaban á dulces y pastel de manzanas. El sordo y su mujer traficaban en la tienda. Se había emprendido un nuevo negocio, una tejería en Butiokino, y Aksinia iba á ella casi todos los días en tarantass. Guiaba ella misma, y cuando se encontraba con algún conocido, alargaba el cuello como una serpiente, y sonreía enigmáticamente. Lipa jugaba sin cesar con el niño que le había nacido antes de la Cuaresma. Era una criaturita flacucha que daba compasión, y parecía extraño que gritase, mirara y le tuvieran por un sér humano y le llamasen Nicéforo. Cuando estaba acostado en su cuna, Lipa se alejaba hacia la puerta, y le decía, inclinándose:

—Buenos días, Nicéforo Anisimytch.

Después corría á besarle. Se volvía á la puerta, saludaba y empezaba de nuevo. Levantaba en el aire sus piernecillas rojas, y sus llantos y sus risas se mezclaban, como acostumbraba á hacerse en casa del carpintero Elizaroff...

Fijóse por fin el día de la vista. Tsyboukine partió para cinco días. Se dijo que habían llevado como testigos á unos mujiks del pueblo. El anciano obrero recibió una asignación y marchó también.

El asunto fué juzgado un jueves. El domingo siguiente Tsyboukine no estaba de vuelta todavía, y no se tenía ninguna noticia. El martes por la noche, Bárbara, sentada junto á

la ventana abierta, espiaba la vuelta del viejo; Lipa jugaba con su hijo en la habitación inmediata. Le hacía saltar en sus brazos, y decía con éxtasis:

—Te harás grande, grande.... Serás un hombre; iremos juntos á trabajar; iremos á trabajar.

—¡Vaya!—dijo Bárbara, ofendida;—¿de qué trabajo hablas, tontaina? Será comerciante en nuestra casa...

Lipa se puso á canturriar, pero no tardó en olvidarse y volvió á decir:

—Te harás grande, grande... Serás un hombre; iremos juntos á trabajar...

—¡Y dale!

Lipa, con su hijo en brazos, se paró en la puerta y preguntó:

—Mamá, ¿por qué le quiero tanto? ¿Por qué le compadezco tanto?—dijo con la voz temblona y los ojos húmedos.—¿Quién es? ¿Á qué se parece? Es ligero como una pluma, ligero como una migaja, y yo le quiero, le quiero como si fuera un hombre verdadero. No puede nada, no dice nada, y yo comprendo cuanto desean sus ojillos.

Bárbara prestó oído al ruido del tren que llegaba á la estación: ¿vendría el viejo? No oía otra cosa, y no sabía de qué estaba hablando Lipa; tampoco comprendía cómo pasaba el tiempo. No hacía más que temblar, no de temor, sino de fuerte curiosidad. Vió una telega llena de mujiks, que rodaba muy de prisa; eran los testigos que venían de la estación.

Cuando la telega estuvo delante de la tienda, bajó el anciano obrero y entró.

Se oyó que le saludaban en la tienda y que le interrogaban.

—Privación de sus derechos y de todos sus bienes—dijo en alta voz,—y trabajos forzados en Siberia por seis años.

Aksinia salió de la trastienda, en donde acababa de servir el petróleo. En una mano tenía la botella, en la otra el embudo, y en los dientes tenía el dinero.

—¿Dónde está papá?—preguntó.

—En la estación—respondió el obrero.—Dice que vendrá cuando sea más de noche.

Al saber que Anisimo estaba condenado á trabajos forzados, la cocinera se puso de repente á lamentarse como por un muerto, pensando que así lo exigían las circunstancias.

—¿Por qué nos has dejado, Anisimo Gregorytch, luminoso halcón?

Los perros, inquietos, se pusieron á ladrar; Bárbara corrió á la ventana, y, muy agitada, gritó con toda la fuerza de su voz:

—¡Basta, Estéfano, basta! No nos abrumes, en nombre de Cristo.

Se olvidó servir el té. No se daban cuenta de nada. Solamente Lipa no pudo comprender en modo alguno de qué se trataba, y continuó bailando á su hijo.

Cuando Tsyboukine volvió de la estación: no le hicieron ninguna pregunta; dió las buenas noches, y atravesó en seguida todas las habitaciones sin hablar. No comió.

—No ha habido nadie que intervenga—le dijo Bárbara cuando estuvieron solos.—Te dije que recurrieras á los señores; no me hiciste caso... Si se hubiera hecho una súplica...

—¡He solicitado!—dijo el viejo, haciendo un gesto de desaliento.—Cuando condenaron á Anisimo me dirigí al abogado que le defendía. Me dijo que ya no se puede hacer nada; es demasiado tarde. También Anisimo dijo: «Demasiado tarde». De todos modos, al salir del Tribunal he hablado á otro abogado; le he dado arras... Esperaré ocho días, y volveré. Que sea lo que Dios quiera.

El viejo, sin decir nada, recorrió otra vez todos los cuartos, y, vuelto de nuevo con su mujer, la dijo:

—Debo estar enfermo. Estoy mareado. Mis ideas se confunden.

Cerró la puerta para que Lipa no oyese, y añadió en voz baja:

—Esto del dinero no puede ser. ¿Recuerdas que antes de

su boda, por Santo Tomás, me trajo Anisimo unas monedas de cincuenta kopeks y unos rublos nuevos? Puse un paquete aparte y mezclé los otros con los míos... Hace tiempo (Dios le tenga en gloria) vivía uno de mis hijos, Demetrio Filatych. Viajaba mucho para su comercio. Su mujer, mientras tanto, se divertía. Tenía seis hijos. Y muchas veces, cuando había bebido, mi tío decía riendo: «Nunca sabré cuáles son mis hijos y cuáles son los de los otros». Era de alegre carácter... Pues yo ahora no sabré nunca reconocer en mi dinero cuál es el bueno y cuál es el falso; me parece que es todo falso.

—¡Vaya, vamos! ¡Que Dios sea contigo!

—Tomo un billete en la estación, doy tres rublos, y pienso: ¡si fueran falsos!... ¡Y tengo miedo!... Preciso es que enferme.

—No hablemos más—dijo Bárbara meneando la cabeza;—pongámonos en manos de Dios... Ya, ya... Hay que pensar en esto, Petrovitch. Las horas no se parecen; tú no eres ya joven. Morirás; vela, para que cuando tú ya no estés no perjudiquen á tu nieto. ¡Ah! Mucho me temo que perjudiquen á Nicéforo. Mira, se encuentra como si ya no tuviera padre; su madre es joven y tonta... deberías asegurar á ese pequeño un poco de tierra, ese Butiokino, por ejemplo. ¿No es verdad? Reflexiona. Ese pequeño es monín, y sería una lástima. Marcha mañana y arregla el asunto. ¿Para qué esperar?

—Había olvidado al nieto...—dijo Tsyboukine.—Tengo que darle un beso. Que crezca, sí. Dios lo quiere.

Abrió la puerta y llamó á Lipa. Ésta se acercó con el niño en brazos.

—Lipyuka—la dijo,—si tienes necesidad de algo, pídelo; come lo que quieras; no lo sentiremos con tal de que te siente bien. (Hizo sobre el niño la señal de la cruz.) Cuida á mi nieto. Ya no tengo hijo; me queda el pequeño.

Le corrieron las lágrimas por las mejillas; suspiró, y salió. Poco después se acostó y se durmió profundamente, después de una semana de insomnio.

*
* *

Tsyboukine acababa de pasar algunos días en la ciudad. Alguien contó á Aksinia que había ido á ver al notario y á hacer testamento, por el cual dejaba Butiokino, en donde ella había establecido su tejería, á su nieto Nicéforo. Le dijeron esto por la mañana, mientras que Bárbara y el viejo, sentados en la puerta, tomaban el té. Ella cerró la tienda, reunió todas las llaves y las tiró á los pies de Tsyboukine.

—No quiero trabajar más para usted—exclamó con vehemencia, y de repente estalló en sollozos.—Yo no he entrado aquí como nuera, sino como obrera. Todo el mundo se burla. «Qué buena obrera tienen los Tsyboukine», dicen. Yo no me he contratado en esta casa; no soy una mendiga, una criada cualquiera; tengo padre y madre.

Estaba roja, gritaba con toda su fuerza.

—No quiero servir más—siguió diciendo;—tengo bastante. Trabajar, estar todo el día en la tienda, correr para el aguardiente, eso es bueno para mí; y cuando se toca á dar tierras, entonces llega esa presidiaria con su diablo. Ella es aquí el ama y yo la criada. Encontrad otra tonta, Herodes malditos.

El viejo, en toda su vida no había jamás gritado ni castigado á sus hijos, y no se le había ocurrido nunca que uno de sus hijos pudiera decirle palabras gruesas ó tratarle irrespetuosamente. Así fué que se asustó mucho, entró corriendo en la casa y se escondió detrás de un armario. Bárbara quedó tan sorprendida que no pudo levantarse. No hizo más que menear las manos como si hubiera querido defenderse de una abeja. Murmuró:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué tienes? Las gentes van á oir... Baja la voz, por lo menos.

—Habéis dado Butiokino á la presidiaria—siguió gritando Aksinia;—dádselo todo. No me hace falta nada de vosotros. Todos sois lo mismo. Ya tengo bastante... Robáis á los transeuntes y á los viajeros, ¡bandidos! Robáis al viejo y al joven. ¿Quién es el que vende aguardiente sin matrícula? ¿Y la moneda falsa? Han llenado de ella los cofres, y ya no les hago falta...

Comenzaba á reunirse gente, que miraba por la puerta abierta.

—¡Que miren todos!—gritaba Aksinia;—os confundiré. Vais á arder de vergüenza. Vais á arrastraros á mis pies. ¡Hola, Estéfano!—exclamó dirigiéndose al sordo,—marchamos al instante á mi casa; vamos á casa de mis padres; no quiero vivir con presidiarios. Prepárate.

En el patio había ropa blanca colgada en unas cuerdas. Ella quitó sus enaguas y sus camisas, todavía húmedas, y las echó en brazos del sordo. En seguida, exasperada, se precipitó sobre el resto de la ropa, tiró al suelo todo lo que no era suyo y lo pisoteó.

—¡Ah! amigos míos—gemía Bárbara,—tranquilizadla. ¿Qué le pasa? Devolvedla Butiokino, devolvédselo, en nombre del Dios celeste.

—¡Qué mujer!—decían en la calle.—¡Qué mujer!... ¡Qué genio! Es espantoso.

Aksinia entró corriendo en la cocina, en donde se estaba haciendo lejía. Lipa estaba sola, jabonando; la cocinera había ido al río á aclarar la ropa. La cocina estaba llena de vapor de agua hirviendo. En el suelo había un montón de ropa sucia, y encima estaba el niño, estirando sus piernecillas rojas. Lipa acababa de sacar de un montón unas camisas de Aksinia.

—¡Dame eso!—dijo ésta, mirándola con odio.—No tienes tú que tocar mi ropa. Tú eres la mujer de un presidiario, y debes saber cuál es tu puesto.

Lipa la miró, temerosa, sin comprender; pero de repente, sorprendiendo la mirada que dirigía á su hijo, comprendió, y palideció como una muerta.

—¡Tú has robado mi tierra, pues toma!

Diciendo esto, Aksinia cogió una caldera y vertió el agua hirviendo sobre Nicéforo.

Se oyó un grito como jamás se había oído en Oukleevo, y no parecía que una criatura tan débil como Lipa pudiese gritar así; de repente reinó el silencio. Aksinia volvió á la

casa, sin decir nada, con su sonrisa habitual... El sordo, después de ir y venir con la ropa blanca en los brazos, comenzó á colgarla sin decir nada, sin apresurarse.

Hasta que la cocinera no volvió del río, nadie se decidió á entrar en la cocina y á mirar lo que había pasado.

***

Llevaron á Nicéforo al hospital del *zemstvo*, en donde murió á la noche. Lipa no esperó á que vinieran á buscarla; y habiendo envuelto el cadáver de su hijo en una manta, se lo llevó.

El hospital, recién construído, con grandes ventanas, estaba situado en una altura; el sol poniente le iluminaba de lleno. Al pie de la altura había una aldea; Lipa bajó á ella y se sentó junto á un estanque, al que una mujer había llevado á beber á su caballo. El caballo no bebía.

—¿Pues qué quieres?—decía la mujer.—¿Qué quieres?

A orilla del agua, un niño con camisa roja lavaba las botas de su padre. No se veía otra alma viviente, ni en la aldea ni en la altura.

—No bebe... —dijo Lipa mirando al caballo.

Pero la mujer y el niño partieron, y no quedó nadie. El sol se había ocultado bajo un dosel de oro y escarlata, y nubes alargadas de color rojo y lila se extendían por el cielo para guardar su reposo. En algún sitio, á lo lejos, un alcaraván, como vaca encerrada en un establo, gritaba con voz sorda y melancólica. Todas las primaveras se oía el grito de aquella ave misteriosa, pero nadie sabía cómo era ni dónde vivía. En lo alto, en el hospital, en los arbustos del estanque, y por todas partes en los campos, cantaban los ruiseñores. Las ranas armaban un estrépito colosal, y no parecía sino que cantaban y chillaban para que nadie pudiese dormir en aquella noche de primavera, para que todos gozasen de ella, porque la vida no se da más que una vez.

El cuarto creciente de la luna brillaba en el cielo, y había muchas estrellas. Lipa no supo el tiempo que permaneció sentada junto al estanque. Cuando se levantó para marchar, todos dormían en la aldea; no se veía ninguna luz. Debía haber hasta Oukleevo doce verstas; sus fuerzas no bastarían, y no podía pensar cómo podría llegar al pueblo. La luna brillaba unas veces delante de ella, otras á su derecha, y el cuco gritaba con voz irónica y burlona, como si dijera: Ten cuidado, te vas á extraviar.

Lipa marchaba de prisa, y había perdido el pañuelo de la cabeza... Miraba al cielo, y se preguntaba en dónde podría estar el alma de su hijo: ¿la seguía, ó flotaba allí arriba, cerca de las estrellas, sin pensar ya en su madre? ¡Qué sola es la noche en el campo, en medio de todos esos gritos de alegría, cuando uno no puede alegrarse, cuando la luna le mira á uno, sola también en el cielo, y á la que es indiferente que sea primavera ó invierno y que las gentes estén vivas ó muertas!... Es triste, cuando se sufren desgracias, no tener á nadie al lado; ¡ah! ¡si ella tuviera á su lado á su madre Prascovia, ó á Muleta, ó á la cocinera, ó á algún mujik!...

De repente se oyó una voz de hombre. A orilla del camino brillaba un fuego ante Lipa; ya no tenía llama, solamente brillaban las brasas rojas. Se oía pacer á unos caballos. Dos carros se dibujaron en las tinieblas. En uno había un tonel; en el otro, más bajo, unos sacos. Después se distinguieron dos hombres. Uno de éstos conducía á un caballo para engancharle; el otro, con las manos detrás de la espalda, permanecía inmóvil cerca del fuego. Un perro gruñó cerca de los carros. El hombre que conducía al caballo se detuvo y dijo:

—Se diría que viene alguien por el camino.

—¡Bolo, cállate!—gritó el otro al perro.

Se pudo comprender por la voz que este segundo hombre era viejo. Lipa se paró y dijo:

—Dios le ayude.

El viejo se acercó y respondió entonces:

—Buenas noches.

—¿No me morderá su perro, abuelo?

—No, adelante; no te tocará.

—Vengo del hospital—dijo Lipa después de un poco de silencio.—Mi pequeño ha muerto. Le llevo á la casa.

Sin duda le desagradó esto al viejo, porque se alejó y dijo:

—Lo siento, querida. La voluntad de Dios... ¡Cuánto tardas, muchacho!—dijo acercándose á su compañero.—Apresúrate.

El viejo cogió un tizón y le sopló, lo acercó á Lipa, y la dirigió una mirada que expresaba compasión y ternura.

—Tú eres madre—le dijo;—toda madre llora á su hijo. Vas lejos?

—A Oukleevo.

—Sube. Te llevaremos á Kuzmenoki; después no tendrás más que hacer sino ir todo derecho.

Estaban enganchados los dos carros; en el del tonel subió el joven; Lipa y el viejo, en el otro. Marcharon al paso.

—Mi pequeño ha sufrido todo el día—dijo Lipa.—Miraba con sus ojitos y se callaba. Quería hablar y no podía. ¡Dios mío, Virgen santísima! De pena caía yo al suelo á cada minuto. Estaba en pie y caía al lado de la cama. Dime, abuelo: ¿por qué ha de sufrir un pequeño antes de morir? Cuando una persona mayor sufre, un hombre ó una mujer, le son perdonados sus pecados; ¿pero por qué sufre un niño, si no tiene pecados? ¿Por qué?

—¡Quién lo sabe!—exclamó el viejo.

Marcharon una media hora sin hablar.

—No se puede saberlo todo, el por qué y el cómo—añadió el viejo.—Se ha dado al pájaro dos alas y no cuatro, porque con dos puede volar. Del mismo modo no se ha dado al hombre el saberlo todo, sino solamente la mitad ó la cuarta parte de las cosas; sabe lo que necesita para vivir en vida.

—Abuelo, será mejor que ande. Mi corazón salta.

—No importa; quédate.

El viejo bostezó é hizo ante su boca la señal de la cruz.

—No importa...—repitió.—Tu pena no es más que una media pena. La vida es larga. Todavía habrá para ti bueno y malo, de todo. Grande es nuestra madre Rusia—dijo, mirando en rededor.—Yo he ido por toda Rusia; lo he visto todo. Debes creer mis palabras, querida; tendrás bueno y malo. Yo he ido á pie á Siberia, adonde emigré; labré la tierra, después me sobrecogió la nostalgia y volví á mi pueblo. Yo tenía una mujer; se quedó en Siberia. Y yo no quiero morir, pequeña. Quisiera vivir todavía una veintena de años. Porque hay bueno y malo. Grande es nuestra madre Rusia.

—Abuelo—preguntó Lipa,—cuando un hombre muere, ¿cuántos días después queda su alma sobre la tierra?

—¡Quién lo sabe! Preguntemos á éste; ha estado en la escuela; ahora enseñan toda clase de cosas en la escuela... ¡Valila!

—¿Qué?—contestó el interpelado desde su carro.

—Valila, cuando un hombre muere, ¿cuánto tiempo queda su alma sobre la tierra?

Valila paró su caballo, y respondió:

—Nueve días. Mi abuelo Cirilo murió, y su alma vivió después trece días en nuestra isba.

—Está bien... Sigue—dijo el viejo.

Era visible que no creía nada de todo aquello.

Al llegar á Kuzmenoki, Lipa continuó á pie su camino. Ya era de día.

Cuando bajó á la hondonada, las isbas y la iglesia de Oukleevo estaban ocultas en la bruma. El tiempo era frío, y le parecía á Lipa que el mismo cuco continuaba cantando.

Cuando llegó á la casa, todavía no habían llevado al campo el ganado; todo el mundo dormía. Se sentó ante la puerta y esperó. Su suegro fué el primero en salir. A la primera mirada comprendió lo que había pasado.

—¡Ah, Lipa!—exclamó,—no has sabido cuidar á mi nieto.

Despertó á Bárbara, la cual empezó á sollozar, y se puso en seguida á vestir al niño.

—Era un lindo niño. Ya, ya... No tenía más que un hijo, y no ha sabido guardarle esta tonta.

Al día siguiente enterraron á la criatura. Después del entierro, los asistentes y el clero comieron mucho, glotonamente, como si hiciera mucho tiempo que no habían comido. Lipa servía á la mesa, y el cura, levantando su tenedor, le dijo:

—No llore usted por el niño. De ellos es el reino de los cielos.

Cuando se marcharon todos fué cuando comprendió bien Lipa que ya no volvería á ver á su hijo. Lo comprendió y se puso á sollozar. No sabía en qué cuarto llorar, porque sentía que después de la muerte de su hijo ya no tenía puesto en la casa, que estaba de más. Los otros lo comprendían también.

—¿Qué haces aquí gimiendo?—le gritó de repente Aksinia, apareciendo en la puerta.—¡Cállate!

Lipa quiso contenerse, pero no pudo y siguió sollozando.

—¿Oyes?—gritó Aksinia, enfurecida. —¿A quién estoy hablando? Sal de aquí y no vuelvas á poner los pies, mujer de presidiario. ¡Vete!

—Vaya, vaya—dijo el viejo, interviniendo.—Cálmate, Aksinia... Llora porque ha perdido á su hijo... Es natural.

—Es natural—replicó Aksinia, imitándole.—Que se quede esta noche, pero que mañana no esté aquí. ¡Es natural!—volvió á decir; y, riendo, se dirigió á la tienda.

Al día siguiente, muy temprano, Lipa se fué á Torgonevo, á casa de su madre.

***

Hoy la casa y la tienda están vueltas á pintar y relucen como si fueran nuevas. Los geranios florecen, como en otro tiempo, en las ventanas. Y lo que pasó tres años antes en casa de Tsyboukine está casi olvidado.

El jefe de la casa parece que sigue siendo Gregorio Petrovitch; pero, de hecho, todo ha pasado á manos de Aksinia. Ella compra, vende, y nada puede hacerse sin su consentimiento.

Su tejería marcha bien. A consecuencia del pedido para un camino de hierro, el precio de los ladrillos ha subido á veinticuatro rublos el millar. Mujeres y muchachos llevan ladrillos á la estación y cargan los vagones. Perciben veinticinco kopeks al día (1).

Aksinia está asociada á los Khrymine, y su razón social es: «Khrymine Jóvenes y Compañía». Los socios han regalado al sordo un reloj de oro, y no hace más que sacarlo del bolsillo y llevárselo al oído.

Se dice que Aksinia ha adquirido gran fuerza en el pueblo; y en efecto, se observa en ella esa fuerza cuando por la mañana se va á la fábrica, arrogante y feliz, con su sonrisa de siempre, y cuando allí da órdenes. Todo el mundo, en su casa, en el pueblo y en la fábrica, la teme. Cuando va al correo, el director se apresura á decirla:

—Tenga usted la bondad de sentarse, Xenia Abravna.

Un propietario de cierta edad, atildado y presuntuoso, al venderla un caballo rebajó en el precio cuanto ella quiso. Al darla la mano, dijo:

—Por una mujer como usted, Xenia Abravna, estoy dispuesto á hacer cuanto le agrade. Dígame solamente cuándo podremos vernos de manera que nadie nos moleste.

—Cuando usted quiera.

Desde aquel momento el propietario va todos los días á la tienda para beber cerveza. La cerveza es detestable, pero la bebe.

Tsyboukine no se ocupa ya en los negocios. No lleva dinero, porque ya no sabe distinguir el bueno del falso; pero no dice nada y no habla á nadie de esta debilidad. Se ha hecho olvidadizo, y si no le dan de comer no lo pide. Se ha tomado ya la costumbre de comer sin él, y su mujer dice á menudo:

—Ayer también se ha acostado nuestro viejo sin comer.

Dice esto con tono indiferente, por costumbre. Invierno y verano, no se sabe por qué, Tsyboukine lleva una misma pe-

(1) Sesenta céntimos.

lliza de cordero. Los días muy cálidos no sale. Con el cuello levantado se pasea de ordinario por el pueblo, por la carretera ó por la estación, ó permanece sentado, sin moverse, desde la mañana hasta la noche, en un banco á la puerta de la iglesia. Los que pasan le saludan, pero él no responde porque no gusta más que antes de los mujiks. Cuando se le pregunta algo contesta con bastante cortesía y discreción, pero brevemente. Se dice en el pueblo que su nuera le ha echado de su propia casa, que no le da de comer y que vive de limosnas. Los unos se alegran de ello, los otros le compadecen.

Bárbara está más gruesa y más blanca, y continúa haciendo buenas acciones; Aksinia no se lo impide. Se empieza á olvidar á Anisimo. Se recibió un día una carta suya escrita en verso, en una hoja grande de papel, en forma de súplica, siempre con la misma magnífica letra. Evidentemente, su amigo Samorodoff sufre la misma pena que él. Al final de los versos leíase una línea con una letra pésima: «Sigo enfermo, es muy duro, ayudadme en nombre de Dios».

Un hermoso día de otoño, Tsyboukine estaba sentado á la puerta de la iglesia, con el cuello de su pelliza levantado. En el otro extremo del banco estaba sentado el carpintero Elizaroff, y á su lado un viejo de setenta años, sin dientes, el guardián de la escuela, Yakoff.—Los jóvenes deben sostener á los viejos... Honrarás á tu padre y tu madre—decía Yakoff con irritación.—Y ella, la nuera, le ha echado de su propia casa. No le dan de comer ni de beber. ¿A dónde puede ir? Ya hace tres días que no ha comido.

—¡Tres días!—exclamó Muleta.

—Y está siempre así, sentado, sin decir nada. Está debilitado. ¿Por qué no decir algo? Debería presentar una queja ante el tribunal.

—¿Para qué?—replicó Muleta.—Es igual.

—Y el marido es sordo y tonto—siguió diciendo Yakoff.—Es tonto como un ganso. ¿Qué va á comprender? Aunque des un palo á un ganso no comprenderá.

Muleta se levantó para ir á su casa, y Yakoff hizo lo mismo. Cuando hubieron dado unos cincuenta pasos, Tsyboukine se levantó á su vez y echó á andar con paso vacilante como si caminara sobre hielo.

El pueblo estaba ya sumido en el crepúsculo, y el sol no brillaba más que en lo alto, sobre el camino que serpenteaba. Algunas viejas y algunos niños venían del bosque, llevando cestos con setas. Mujeres y jóvenes volvían en grupo de la estación, en donde cargaban vagones de ladrillos. Su nariz y sus mejillas estaban cubiertas de polvillo rojo. Cantaban. Lipa venía delante, cantando con su vocecilla débil y mirando al cielo, como triunfante y alegre de que la jornada, gracias á Dios, hubiese terminado y se pudiera descansar. Entre el grupo estaba su madre, con un paquete en la mano y respirando con dificultad.

—Buenas tardes, Makarytch—dijo Lipa, viendo á Muleta.

—Buenas tardes, Lipyuka—dijo él con alegría.—Mujeres y niñas, quered al viejo carpintero... Hijas mías, hijas mías (la voz de Muleta sollozó), queriditas mías.

Y continuó su camino hablando con Yakoff.

Después el grupo encontró al viejo Tsyboukine y se hizo el silencio. Lipa y Prascovia se detuvieron un poco, y cuando el viejo llegó junto á ellas, Lipa hizo un profundo saludo y dijo:

—Buenas tardes, Gregorio Petrovitch.

Su madre se inclinó también.

El viejo se paró, y sin decir nada, miró á las dos. Sus labios temblaban y sus ojos se llenaron de lágrimas. Lipa buscó en el paquete de su madre un pedazo de pastel de harina y se lo dió al viejo. Éste lo tomó y se puso á comer.

El sol habíase ya puesto por completo; su último reflejo se extinguió en lo alto del camino; con la oscuridad empezó el frío. Lipa y Prascovia continuaron su camino y se santiguaron varias veces.

ANTÓN TCHEKHOFF

FIN

EL PROBLEMA DE LA MARINA DE GUERRA

Para empezar siendo sincero, ya que no puedo ostentar otro mérito, he de confesar que después de escrito el anterior epígrafe he quedado perplejo y algo inclinado á abandonar la tarea que me impone: porque, ¿existe verdaderamente en España el problema de la Marina de guerra? ¿Es éste, acaso, uno de los que con caracteres de mayor urgencia se presentan como de turno para el desenvolvimiento y progreso de nuestro país? Y aunque así se le considere por muchos, ¿tratan éstos de resolver un problema nuevo, ó solamente de hacer una tentativa más en busca de la solución deseada hace ya muchos siglos?

Lo que con toda certeza se puede asegurar es que el problema está planteado, que se ha anticipado ya una solución, y que esta solución habrá de discutirse en día no lejano. De la importancia que para el país tiene este asunto, nadie puede dudar, puesto que se aventura en el ensayo una gran parte de la fortuna pública, y, lo que es aún más importante, el crédito de la Marina de guerra, que es uno de los organismos principales y esencial para la vida de la nación. Vale, pues, la pena de estudiar la cuestión en toda su generalidad y con el mayor detenimiento.

Un examen superficial puede fácilmente producir en nosotros las más engañosas ilusiones, porque, aparentemente, todo ha sucedido de la manera más apropiada para asentar nuestra Marina sobre firmísimos cimientos. A partir de cierto día, to-

dos los españoles, sin distinción, se constituyeron en jueces de la Marina, se substanciaron rápidamente los procesos, se pronunciaron sentencias formidables; poco á poco, hasta los más ajenos á estas cosas se ilustraron minuciosamente, guiados por cuantos medios de información se conocen, y llegó un día en que las cosas de la Marina, antes relegadas totalmente á las gentes del oficio, empezaron á ser familiares á casi todos los españoles; el tiempo y la atención dedicados á su examen parecían garantía de acierto en la colaboración ó en la crítica; las pasiones del primer choque estaban ya calmadas; el alto interés de la Patria, de los optimistas, y los intereses egoístas de los que no ven ó no quieren ver más que el presente, ó de aquellos otros cuyo escepticismo les niega toda esperanza en el porvenir, entraban fríamente en el palenque de esta contienda aportando cada uno sus propios elementos: todo hacía presumir que la discusión iba á empezar, que por una y otra parte se harían esfuerzos en pro de sus respectivas soluciones, y que en esta discusión empezarían á perfilarse los contornos de una *opinión* acerca de la verdadera necesidad nacional.

Aparentemente así ha sucedido, pero un examen atento de los sucesos nos descubre pronto el error. Las tremendas acusaciones del primer momento no eran el arranque varonil del que quiere vivir, amputando para conseguirlo los miembros dañados. Ha transcurrido ya bastante tiempo desde entonces, para que sepamos de un modo cierto que las acusaciones cayeron sobre justos y pecadores y se desvanecieron con la misma falta de lógica con que se formularon, cual si fuesen producto no de un noble sentimiento herido, sino de una agitación pasional desordenada, del sentimiento de la propia culpa no pocas veces, que desahogaban su furia sobre aquello que menos podía oponerse á sus ataques. Las censuras á la Marina llegaron á ser una obsesión de todos los españoles; pero tampoco en esta labor hubo nada de provechoso, porque la Marina, que no era capaz de defenderse porque no tenía la unidad, la solidaridad orgánica que le es indispensable, no dió lugar á un

ataque ordenado y bien dirigido por parte de sus censores, y la lucha se convirtió en refriega, en la que con frecuencia se herían los de un mismo bando... Después, en un día determinado, parecía que todo había concluído: cuestiones minuciosamente debatidas, si bien con más solemnidad que atención, quedaban al parecer satisfactoria y definitivamente aclaradas; pero transcurrido algún tiempo, volvían á aparecer más vigorosas y pujantes que la vez primera, y de este modo parecían siempre nuevas; pero los espíritus más imparciales y serenos se cansaban de esta tarea inútil y sofocante, y la contienda quedó entregada á demagogos de distintas especies, que ocasionalmente encontraban en ella su *río revuelto*. La tempestad había pasado, pero la calma era no más que consecuencia del cansancio, pues en la mente de los españoles nada se había aclarado; habían cedido solamente en su hostilidad para caer en la mayor indiferencia, y como todo hacía presumir que su estado se prolongaría indefinidamente, fué preciso que los hombres de gobierno, acogiéndose como tabla de salvación al proverbio «el que calla otorga», diesen por hecha la conciliación y proclamaran la necesidad de una Marina de guerra. Preciso fué que cada uno de ellos la definiese con arreglo á sus convicciones, á su manera particular de entender la cuestión ó adaptando la solución á otras cuestiones que formaban el programa de su partido; tampoco faltó en esto la solemnidad, y al fin se tuvo una solución, un programa oficial de reconstitución de la Marina de guerra, hecho con la mayor suma de garantías de acierto que permitían las circunstancias, no sólo para que fuese bueno, sino para que satisficiese á los más; pero este programa llevaba en sí un vicio de nacimiento, que era y es aún humanamente inevitable; porque si había sido confeccionado y sancionado por personas de la más alta respetabilidad, tanto en el orden político como en el técnico, si había sido recibido por todos sin protesta, no era, como no podía ser, expresión consciente de la voluntad nacional, que sabe lo que quiere, y conoce y está dispuesta á hacer los sacrificios necesa-

rios; y sin estos requisitos, me parece imposible que se pueda dar cima á la difícil empresa de crear un poder naval, grande ó pequeño, pero perdurable, y sí sólo que se haga un tanteo más, estéril como tantos otros que son proverbiales en nuestra historia.

Los miembros de la llamada Junta de Escuadra dieron pruebas de patriotismo, porque á falta de una opinión nacional, de una opinión siquiera que representase la de la corporación marítima, expusieron francamente la suya, quizá con la esperanza de que ella sería discutida y retocada, y serviría de base al fin para la anhelada solución; pero tampoco sucedió esto, porque aquella opinión, aquel programa, no despertaron las voluntades dormidas, y por ninguna parte se manifestó con fuerza suficiente ni el asentimiento ni la protesta; solamente en las esferas del Gobierno se debatió con gran calor; pero tampoco allí se discutía el problema naval, sino la oportunidad de gastar una determinada suma.

De toda esta labor infecunda de acusaciones apasionadas, de disputas egoístas y de discusiones muy aparatosas pero poco serias, sólo una cosa ha quedado en pie: el escepticismo, esa terrible enfermedad que, lenta pero invariablemente, va acabando con nuestra confianza en todo lo que pertenece al Estado, y que por un curioso fenómeno de psicología nacional no ha quebrantado nuestra fe en las actividades privadas, ó que, á lo más, las ha quebrantado de una manera atenuada. Tal vez sea esto debido á que los españoles, poco educados, ó mejor dicho, mal educados para la vida moderna, somos incapaces de cumplir los fines que ésta nos exige, cuando para conseguirlo son más necesarios los recursos de una educación especial, como sucede con las funciones públicas en sus diversas manifestaciones. Tal vez la antiquísima pero constante práctica de personalizar, de convertir en feudos personales los cargos públicos, ha matado en nosotros la conciencia del Estado y de los deberes que éste nos impone. No lo sé, ni es esta cuestión para tratada en este lugar, ni propia de mi competencia;

creo firmemente que en manera alguna puede imputarse el mal á la incapacidad de nuestra raza; pero aunque así fuese y de ello estuviésemos persuadidos, tampoco entonces nos sería lícito entregarnos á los consejos del escepticismo, porque solamente la lucha racional y persistente para vencer nuestras deficiencias naturales, nos ganaría, á nuestros propios ojos y á los de los demás, la consideración y el respeto que sólo merecen los que luchan.

Pero dejando aparte toda digresión, ¿existe en España el problema de la Marina de guerra? Más claro, ¿nuestra vida nacional se encuentra en un momento en que se hace sentir de un modo imperioso la necesidad de un poder naval militar? Y si es así, ¿tenemos esperanzas bien fundadas de conseguirlo?

Cuestiones son éstas que exigen toda nuestra atención, y sobre todo que se las examine con absoluta calma y despreocupación. Entre los que públicamente han manifestado sus opiniones, apenas hay discrepancia: casi todos ellos convienen en que España, para figurar como pueblo libre entre las naciones europeas, necesita un poder naval militar, que de este modo, dicen, es consecuencia ineludible de la dignidad nacional. Tan gallarda expresión del patriotismo no puede menos de ser grata á todos los oídos españoles, y yo, que por muy español me tengo, me siento como los demás arrastrado por el entusiasmo general; pero la previsión más elemental nos obliga á todos á hacer un detenido examen, antes de lanzarnos en demanda de nuestras aspiraciones.

El poder naval, según la opinión casi unánime de cuantos en estas cosas se ocupan, es la más exacta representación de los progresos morales y materiales de las naciones que lo tienen, y que en su afán por conseguir la hegemonía del mar, ó por lo menos el libre tránsito por el mar, indispensables en unas para su engrandecimiento y predominio y en todas para mantener su libertad, no han vacilado en hacer los mayores esfuerzos por agrandarlo y perfeccionarlo cada vez más, poniendo á contribución todas sus inteligencias y todos sus re-

cursos materiales. De tal manera son múltiples y complicados los elementos de todas clases que integran el poder naval, que apenas hay uno solo de los que componen el organismo nacional que deje de contribuir muy directamente á su formación; y por eso el poder naval, tal como hoy ha llegado á constituirse, es el instrumento más delicado y difícil de manejar que la civilización moderna ha puesto en manos de los gobiernos.

Admitamos por un momento, y yo lo admito sin mucha dificultad, que las condiciones materiales de nuestro país son apropiadas para el sostenimiento de un poder naval militar, pequeño, pero enteramente independiente de auxilios extraños, que pudieran al faltarle embarazarlo ó paralizarlo en tiempo de guerra, y supongamos, también en hipótesis, que nos lanzamos á la construcción de la escuadra correspondiente. Es natural que, con tal suposición, se nos ocurra comparar lo que nos sucedió en la última tentativa que hemos hecho, con nuestra situación actual. Todo el mundo se acuerda de que en los últimos años del pasado siglo se hizo un ensayo en pequeña escala para la creación de un poder naval militar, y todo el mundo sabe también que aquel poder naval, prescindiendo ahora de su magnitud, no satisfizo á nadie, y mucho menos que á todos á los marinos, porque ellos sostenían el peso de sus enormes deficiencias morales, ellos las apreciaban en toda su magnitud porque vivían en contacto con los poderes navales de otras naciones, y ellos sabían que, á la postre, sobre ellos caerían las responsabilidades de todo, como así ha sucedido, siendo solamente culpables en parte, como miembros de la defectuosa máquina del Estado nacional. Y, sin embargo, aquel poder naval fué creado en condiciones mucho más ventajosas que las presentes, porque entonces el espíritu nacional no había sido abatido por recientes desastres; entonces poseía España extensas y lejanas colonias que exigían imperiosamente una Marina de guerra, y entonces la Deuda nacional no estaba sobrecargada con el enorme peso de la de nuestras colonias, porque en lo demás nada ha cambiado: la misma inesta-

bilidad en nuestra política é igual desconfianza en todos los españoles para la obra de nuestros fugaces gobiernos.

Pero no nos refiramos á tiempos pasados; consideremos sólo los tiempos presentes, y preguntemos: ¿el estado actual de la Marina, habida cuenta de la pequeñez de su presupuesto, habida cuenta de todas las imperfecciones de leyes y reglamentos, es tal que pueda considerarse satisfactorio? Los cuidados que los gobiernos dedican á la Marina, y muy especialmente á su personal, que habrá de constituir el fundamento del de esa escuadra que tan imperiosamente reclaman, ¿nos pueden tranquilizar acerca del éxito de la empresa?

Ni me propongo ni es necesario entrar en detalles acerca de los males que aquejan á la Marina; demasiado frecuentemente se los ha exagerado para sacarlos á plaza, y frecuentemente también han sido reconocidos por los mismos marinos; que cada cual mire á su propia casa, y verá en ella tanto ó más de lo que perturba la de su vecino de Marina; pero es preciso proclamar y repetir constantemente que los males de la Marina, como los de todos los demás organismos, no se deben á la penuria del presupuesto ni á las deficiencias de la organización; es preciso acabar con la cómoda rutina de atribuir nuestra ineptitud á la falta de recursos materiales para practicar, y nuestra pereza á lo que llamamos *trabas administrativas:* porque sería facilísimo el demostrar que con el dinero gastado en cosas innecesarias, ó por lo menos remotamente necesarias, había lo bastante para que todo el personal practicase constantemente; y aún sería más fácil el demostrar que las tales *trabas administrativas* tan sólo son responsables del uno por ciento de la lentitud y de los desórdenes de nuestra administración.

En cuanto á los cuidados de los gobiernos por la Marina, bien elocuentemente hablan los hechos de todos los días: los gobiernos no piden á la Marina otra cosa que economías; concedidas éstas, nada les importa lo demás, con tal que no se produzcan alteraciones del orden público en los arsenales: á

esta sencillísima fórmula está reducida toda la política naval de los que proclaman solemnemente en el Parlamento que la dignidad nacional exige perentoriamente que tengamos una Marina de guerra fuerte y respetable. Esos mismos gobiernos, que no encuentran recursos para que el personal practique y conserve su aptitud, son los que después, cediendo á lo que ellos llaman *compromisos de gobierno*, que son sus *trabas administrativas*, admiten promociones numerosísimas, queriendo favorecer á unos muchachos que al fin serán sus víctimas; pero no he de seguir en la penosa labor de la disección: nuestros males, nuestra incapacidad actual para los servicios públicos, son tan notorios, que huelga toda demostración.

No; la dignidad nacional no consiste ni puede consistir en el fácil pero momentáneo esfuerzo que se necesita para desprendernos de unos cuantos millones para adquirir buques: la dignidad nacional, como virtud que es de la más alta estimación, exige esfuerzos mucho mayores, infinitamente mayores que ese, para conseguirla; no es con convulsiones nerviosas, ni aun con el sacrificio de la vida, como se satisface, que virtudes son éstas que no faltan ni en los pueblos salvajes ni en las razas que viven en servidumbre; sino con el ejercicio perseverante de la voluntad durante todas las horas de todos los días.

Y ya que de la influencia de los gobiernos sobre la Marina tratamos, bueno será recordar las palabras con que el eminente escritor naval Maham (1) condensa su opinión en este asunto; dice así: «Parece probable que un gobierno penetrado »de las tendencias naturales de su pueblo, realizará satisfacto»riamente su progreso en todos sentidos, y en cuanto al poder »naval, los éxitos más brillantes han sido siempre la conse»cuencia de la dirección inteligente, ejercida por un gobierno »completamente imbuído del espíritu del pueblo, y con plena »conciencia de su verdadera aspiración general: tal gobierno »tiene más estabilidad si ha sido creado por la voluntad del

(1) *The influence of Sea Power upon History*, pág. 58.

»pueblo ó de sus representantes naturales. También en algu-»nos casos han fracasado estos gobiernos, mientras que á ve-»ces el poder despótico, manejado con juicio y consistencia, »ha podido crear un gran comercio marítimo y una brillante »Armada, con mayor rapidez de la que puede alcanzarse por los »procedimientos más lentos de un pueblo libre. La dificultad »en el último caso está en asegurar la persistencia, después »de la muerte del déspota».

No puede desconocerse que el pueblo español tiene afición á la navegación y á las industrias del mar: de ello dan testimonio el desdén con que los habitantes de las poblaciones marítimas miran á todas las profesiones terrestres, y más aún nuestra importante Marina mercante, que por el tonelaje de sus buques de vapor ocupa el sexto lugar entre todas las del mundo, y eso que está agobiada bajo el peso de tributos superiores á los de las demás, ó lo que es lo mismo, que vive, aun luchando con todas en condiciones desventajosas.

Tampoco puede dudarse de la docilidad del pueblo español para aceptar los sacrificios que la Patria le impone: reciente está aún la manifestación brillante que hizo de esta virtud en los momentos de peligro, y más tarde aceptando sin protestas las duras consecuencias económicas; pero, ¿qué puede decirse, en cambio, de los gobiernos? ¿Están penetrados de las tendencias naturales del pueblo español? ¿Ejercen una dirección inteligente completamente imbuídos del espíritu de aquél y con plena conciencia de su verdadera aspiración? ¿Manejan el poder con juicio y consistencia? Y por último, ¿dónde está la persistencia que Maham considera indispensable para el mantenimiento del poder naval?

Perniciosa es, sin embargo, y en alto grado, la rutinaria costumbre de atribuir *todos* nuestros males á los gobiernos, y también es interesante lo que acerca de este particular dice Maham (1) al considerar las causas de nuestra decadencia ma-

(1) Obra citada, pág. 51.

rítima á partir de los días de Lepanto, cuando dice: «Induda»blemente, este resultado no puede atribuirse á una sola causa. »Seguramente los gobiernos de España han sido tales que han »constreñido el libre y floreciente desarrollo de las empresas »privadas; pero el carácter de un gran pueblo domina ó mo»dela el carácter de su gobierno...»

La supresión forzosa de tantos y tantos feudos oficiales como han desaparecido con nuestras colonias, ha cerrado las puertas doradas á muchos ambiciosos; las iniciativas particulares son desde ahora su único recurso. ¿Tendrán éstas fuerza bastante para abrirse paso á través de todos los obstáculos de nuestra mal llamada política? ¿Llegará por fin la hora en que el pueblo español, con la defensa de los intereses particulares que se vayan creando, empiece á modelar ó á dominar el carácter de nuestros gobiernos?

De lo expuesto se infiere que las condiciones actuales de nuestro país no son apropiadas para la creación y sostenimiento de un poder naval, mejor dicho, de una Marina de guerra de importancia; no lo son en el orden material, pero menos aún, mucho menos, en el orden moral, porque el primero en nada se opone á que tengamos una Marina pequeña, tan pequeña como lo exijan nuestros recursos; pero el segundo es independiente de la magnitud, porque indudablemente en el más pequeño buque de la Marina británica, se encontrará la representación viva de casi todas las cualidades que forman la entidad moral y material de aquella Armada y de aquella nación.

Tampoco se puede tomar en serio el argumento de los que dicen que es urgentísima la creación de una escuadra, porque solamente con la libertad que tendremos bajo su protección, nos será posible el atender á todos los problemas interiores para robustecer á la nación. Cuestiones de preferencia son éstas que se parecen á aquellas que servían para entretener los ocios de los malos filósofos de otros tiempos, que llegaron á discutir si fué primero el espíritu ó la materia. El problema de

la Marina no es anterior ni posterior á los demás, porque todos son inmediatos, cada uno en su conveniente proporción; en cuanto al problema de la creación de una escuadra importante, ya es otra cosa; lo inmediato por ahora, lo que la dignidad nacional exige imperiosamente, es que pongamos los medios para llegar á alcanzar la capacidad nacional que la escuadra exige: ciertamente que en nosotros están los medios de acortar el plazo que para eso nos falta; ciertamente que con el ejercicio perseverante de una firme voluntad, alentados por un verdadero espíritu de patriotismo, pero del patriotismo tranquilo, que consiste en cumplir nuestros deberes todos los días, podremos salvar pronto la distancia que nos separa de esas naciones que tienen verdadero poder naval; pero ni el patriotismo consiste en proclamar apasionadamente nuestros ambiciosos deseos, ni con elocuentes palabras convenceremos á nadie de que ahora vamos á correr, los que siempre hemos caminado con gran lentitud.

Muy lejos estoy de creer que España sea incapaz de tener una Marina de guerra, y más lejos aún de creer que deba abandonarse el problema de su creación, para que brote espontáneamente cuando las circunstancias le sean favorables; lo que quiero decir es que éste no es en manera alguna un problema especial, que ni exige ni es posible darle solución antes que á otros muchos, como los problemas del crédito público y del saneamiento de la moneda, el problema de la agricultura, el del desenvolvimiento de nuestra riqueza minera é industrial, etc., etc., y por último los dos grandes problemas, el de la disminución de la horrible mortalidad que diezma nuestra población, y el de la falta de instrucción, que la diezma todavía más para los fines nacionales; porque no deja de ser extraño que en este febril afán que nos ha entrado á los españoles por cultivar las minas y los campos y todo lo que es capaz de dar algún producto, nos hayamos olvidado de cultivar los hombres, que son la más abundante fuente de toda clase de riquezas.

La Marina es un órgano de la Nación, y debe crecer y educarse y fortificarse al par de la Nación misma; y así como los elementos constitutivos de cada una de las partes de su organismo vivo están preparados para el crecimiento y la vida del órgano particular de que forman parte, pero siempre en íntima y armónica relación con el crecimiento y la vida del organismo entero, así también la corporación marítima debe trabajar por el desarrollo de la Marina al unísono de la Nación considerada en su conjunto.

Parece desprenderse de esta última consideración que, ligada estrechamente la Marina á los progresos de la Nación, habrán de pesar éstos sobre ella, matando su ideal propio y con él su libertad de acción y sus más nobles aspiraciones de engrandecimiento; pero, bien mirado, no puede esto suceder, porque no se concibe que un órgano adquiera, sin traspasar los límites de la conveniencia, un desarrollo material superior á la capacidad y á las necesidades del conjunto, á semejanza de esos atletas que cuidan solamente del desarrollo de sus miembros, y acaban por perder las cualidades más necesarias á los hombres y convertirse en simples máquinas; y en cuanto al progreso moral, el que más enaltece á todas las corporaciones, no tiene límites ni aun para las aspiraciones más ambiciosas.

La Marina más que nadie está interesada en atender á su reconstitución interior y en impedir que vuelvan á repetirse esos imperfectos ensayos de creación de escuadra sin la preparación conveniente, porque ella, que nada gana con esas fantasmagorías de poder naval, sabe, por dolorosa experiencia, que es al fin la única que paga todas sus consecuencias. La Marina está interesada en poner en orden y completar lo más indispensable de los elementos materiales de nuestros puertos militares, para que las escuadras ó los buques que á ellos lleguen encuentren todos los auxilios y recursos que durante una guerra pueden necesitar, y los reciban con toda la rapidez que estas operaciones exigen; y ésta es una obra verdaderamente patriótica, urgentísima y anterior á toda otra, porque sin ella

de nada nos serviría la ventaja de nuestra decantada posición geográfica, que podría ser preciosa para las escuadras de una nación aliada y servir de elemento importantísimo para pactar favorablemente una alianza. La Marina está interesada, porque es condición esencial para su vida, en adquirir la unidad y la consistencia que hoy no tiene, porque ellas le darán la fuerza necesaria para contribuir á esa influencia sobre los gobiernos de que habla Maham, en vez de ser juguete de ellos, y porque así solamente tendrá la persistencia en la acción que es indispensable para el mantenimiento del poder naval.

Si así lo hace, buscando en sí misma el remedio que nadie puede darle, seguramente se ganará de un modo positivo y duradero la voluntad del pueblo español, cosa que nunca conseguirá con elocuentes discursos, porque, ó mucho me equivoco, ó los signos son cada día más acentuados de que acaba por fin la época de las palabras y va á empezar la época de las obras: entonces, y sólo entonces, podremos creer que la Marina ha entrado al fin de lleno en la resolución del verdadero problema de la Marina de guerra, y abrigar fundadamente la esperanza de tener un poder naval.

ANDRÉS

RECUERDOS

Hace bastantes años, deben ser diez ó doce, cediendo á los ruegos de mi buen amigo D. José de Lázaro, empecé á publicar en La España Moderna una serie de artículos con el mismo título que sirve de epígrafe al artículo presente.

Mis recuerdos nada tenían de interesantes ni de dramáticos; eran notas pálidas de una existencia tranquila y vulgar, y si algún valor pudieran tener, que lo dudo, sería el que puede tener todo documento humano, como se decía por entonces y como aún sigue diciéndose.

Llegó el año 1897, y no sé por qué, tal vez por mis muchas ocupaciones, quedó en suspenso la serie de aquellos artículos, ó, si se quiere, la serie de mis recuerdos.

Hoy de nuevo insiste el Sr. De Lázaro, y de nuevo cedo á sus amistosos requerimientos; y tomando el hilo de mis narraciones en el mismo punto y hora en que lo dejé, continúo escribiendo, ó, mejor dicho, dictando de la siguiente manera.

***

Habíamos quedado en mi primer drama, ó en mi primer proyecto de drama, cuyo título hubiera sido *La Cortesana*, título y asunto muy del gusto de aquella época, porque Alejandro Dumas, hijo, con su *Dama de las Camelias*, y sus imitadores con otros dramas de la misma familia, y perdóneseme si profano este sagrado nombre, habían puesto de moda la rehabilitación de la mujer perdida.

Mucho se ha hablado después de los moldes teatrales, y se ha dicho, que los antiguos moldes, por viejos y gastados, hay que hacerlos pedazos, arrojándolos adonde van los desperdicios de la vida social; y no hay literato novel, que no hable de los nuevos moldes en el arte, aunque todavía no sabemos cuáles puedan ser éstos, porque no hemos visto ni el más pequeño modelo.

Yo, en materia de moldes literarios, y moldes dramáticos sobre todo, tengo mis ideas, buenas ó malas, pero mías. Y por ser mías, serán modestas; pero siendo mías, natural es que las tenga cariño.

Yo creo que en el arte los moldes no varían mucho, y que en cuanto al modelado, la Dramática de todos los siglos y de todos los pueblos es casi la misma.

Si por molde se entiende lo que debe entenderse, y la palabra se toma en su sentido recto, quiero decir, si el molde es el que da las formas externas y generales á una obra dramática, me figuro que desde los tiempos de los griegos hasta la época del Romanticismo, y desde este período hasta los tiempos que hoy corren, los moldes han variado poco.

Lo que sí ha variado es la materia que ha de rellenar unos y otros moldes, y en ella está la esencia del arte: lo vulgar ó lo sublime, lo prosaico ó lo artístico, lo insípido ó lo interesante, lo estéril ó lo fecundo, lo que está condenado á deshacerse en polvo ó lo que ha de ser imperecedero.

Algo importa la forma del molde, no lo niego; pero más importa el líquido fundido que en él se vierta.

Si se vierte bronce, de bronce será la materia aunque el molde sea de arcilla; y en cuanto se enfríe se quedará firme y sólido. Y en cambio, aunque tomásemos moldes de oro finísimo, si en ellos vertiésemos barro cenagoso, barro sería lo de dentro á pesar de su aurífero moldeado, y á poco que el molde se torciera se derramaría en impuro líquido por los bordes, mostrando claramente lo que en el hueco se había echado y el mal empleo de la áurea vasija.

Para que esta imagen tenga alguna fuerza demostrativa, no hay que comparar servilmente la creación de una obra dramática con la mera fundición de una estatua; ni á caso tal se parece una obra dramática, que es lo que es, buena ó mala, por lo que lleva en sí, por la idea que la inspira, por las pasiones que se desarrollan, por los conflictos dramáticos que se producen, por toda esa masa fundida al calor de la inspiración y vaciada en molde cuyas formas externas son actos, cuadros, escenas, diálogos, situaciones, y todo el conjunto de formas en cuyos huecos cae la lava de las pasiones humanas.

De suerte que toda discusión sobre este problema literario y artístico es para mí cuestión de palabras. Si al hablar de moldes, se refieren los que reclaman una completa transformación en ellos, á las formas puramente externas de la Dramática, declaro que la reforma me parece estéril, mezquina y casi ridícula.

Si forzando la palabra se tuerce su legítima acepción, y se entiende por moldes algo más hondo, en este caso estaría yo conforme con los reformadores.

El fondo del Arte, de la Literatura, de la Dramática, ése sí que varía con el tiempo, conservando no obstante un fondo permanente, que es el de la naturaleza humana, pero siguiendo á ésta en sus evoluciones.

Hoy no pensamos ni sentimos como pensaban y sentían los espectadores de las tragedias de Sófocles, Eskilo, Eurípides y Aristófanes.

Nuestra vida es distinta de aquella vida que pintan Terencio y Plauto: los misterios de la Edad Media ó nos aburrirían ó nos harían sonreir.

Ni los admirables dramas de Shakespeare, ni los dramas y comedias de nuestro teatro clásico, se presentan al público sino arreglados y refundidos.

El fondo de una tragedia clásica no es el fondo de un drama romántico, ni una comedia de intriga se parece á un drama de tesis, ni un drama histórico á un drama novelesco; y así sucesivamente.

Cada época siente á su manera, aunque el sér humano siempre sienta; cada público se interesa por aquello en que encuentre más ecos armónicos en su manera de ser; y además, un público de eruditos en nada se parece á un público de galería.

La tragedia de la familia de los Atridas, como argumento, tiene muchos puntos de contacto con el Hamlet: el adulterio, el amante, el asesinato del esposo, la usurpación del poder, la desesperación del hijo y su venganza; y, sin embargo, son dos mundos completamente distintos, aun interviniendo en ambos casos lo sobrenatural.

Pero ¿en qué se parece Orestes á Hamlet? En lo que pueda parecerse el mundo clásico á la Filosofía y á la duda moderna.

A la mayor parte de nuestro público, la familia de los Atridas ya no le interesa; le podrá interesar algo el Hamlet porque es un presentimiento de la lucha moderna con sus dudas y vacilaciones; pero es preciso que el drama esté arreglado á nuestra escena, y que el actor sea un actor de fama; que por lo demás, y en punto á crímenes, más que los crímenes griegos ó escandinavos, le interesará el crimen de Don Benito, pongo por caso.

Si en determinada época domina en aquella sociedad ó en la parte culta de ella una idea, un sentimiento, una pasión, llevando esa idea, ese sentimiento, esa pasión al teatro, con vida y con calor, se obtendrá el asentimiento unánime.

Así, en tiempo de Calderón, aquel público saboreaba los autos sacramentales, que hoy harían dormir al nuestro; y si se aplaudían las comedias de Calderón y Lope, era porque representaban la propia vida de aquella sociedad, en cierto modo idealizada.

Y en la época romántica, la mayor parte de los dramas eran románticos, con sus exageraciones, sus crímenes, sus venenos, sus reminiscencias de la Edad Media, su mezcla extraña de fatalismo, misticismo y sus anhelos vagos de otro mundo mejor. Pero es que en la vida social, toda la juventud alardeaba de romanticismo: ellos se dejaban largas melenas y

se creían en la obligación de tener algo siniestro en su aspecto; ellas bebían vinagre para ponerse pálidas, y unas y otros tenían gran querencia á los cementerios.

En épocas patrióticas, el drama patriótico, sobre todo si estaba escrito en versos sonoros, tenía el éxito asegurado; y si las pasiones políticas se agitan, todo drama político, si es de un buen autor, cuenta con grandes probabilidades de éxito; dígalo, en Portugal, el drama titulado *Os lazaristas*; en España, *Carlos II el Hechizado* y *Electra*; y fuera de aquí, aún pudieran multiplicarse los ejemplos.

A veces, cuando dominan ciertas pasiones de una manera exagerada, por contraste y aun protesta, el público aplaude los dramas tiernos y sensibles, como sucedió muchas veces en Francia en tiempo del Terror. Lo difícil es escribir dramas que gusten en épocas de transición, cuando todo anda revuelto, cuando una sociedad entera vacila y no sabe lo que quiere ni á dónde va, y entonces la dificultad no está en los moldes, sino en el fondo, en la materia dramática.

Permítaseme un ejemplo.

Si en todo un público, considerando á los individuos como instrumentos musicales, existe el acorde *do*, *mi*, *sol*, *do*, bastará que se dé en el escenario este acorde, para que toda la sala responda á la excitación y vibre á la vez; pero si cada espectador lleva una nota distinta, ó varias notas revueltas y confusas, todo será conflicto y discordancia.

Pues esto sucede hoy mismo con nuestro público.

Al fin, en otras épocas, en el público había cierta docilidad: hoy cada espectador es un crítico, quiere algo; pero no sabe lo que quiere.

Estas desordenadas observaciones, que confusamente voy arrojando al papel, quieren decir que si en el Arte domina la forma, esta forma debe ir acompañada de cierto fondo, que debe ser el eco de la vida social en aquel instante, y que, por consiguiente, lo que hay que buscar, lo que importa que se encuentre, lo que interesa que se renueve, obedeciendo á la

eterna evolución de la vida, no son los moldes literarios ó dramáticos, sino, como decíamos antes, la materia que haya de arrojarse en esos moldes.

*
* *

Volvamos á nuestros recuerdos.

Cuando yo escribí, ó intenté escribir, el primer drama, una de las materias predilectas, como dije al empezar este artículo, era el estudio de la cortesana: entendámonos, de la cortesana de alto vuelo, de aquellas cortesanas del segundo Imperio, que representaban por entonces papel tan importante, y que servían de fundamento á casi toda aquella literatura dramática y á una buena parte de la novela.

Unas veces la cortesana era el ángel caído, el sér interesante, poético, con las alas manchadas de barro, más ó menos tísica, pero con el alma virginal.

Y esa cortesana tenía su proceso dramático perfectamente definido: sufría, se regeneraba por el amor, como que en ocasiones le fabricaba piadoso una segunda virginidad, y al fin del drama, por reminiscencias románticas, se moría poética y desesperada.

Otras veces la cortesana era un sér cruel é infame, que atormentaba á un joven poético, que le chupaba el oro y la sangre, como bellísimo vampiro, y que en el último acto le arrojaba expirante al proscenio.

Si el joven poético era un artista prodigioso, y malogrado por aquellos amores impuros; si la cortesana, al chuparle la sangre y el oro, le chupaba el genio creador y le dejaba la médula más seca que una yesca, la emoción dramática llegaba á los últimos límites.

Ejemplos de uno y otro procedimiento dramáticos pudiéramos citar muchísimos; pero en estos artículos que voy dictando no pretendo ser erudito, sino mero narrador de recuerdos de hace cincuenta años.

La materia que elegí para mi primer drama fué esta que acabo de indicar: la cortesana y su redención.

Aún recuerdo el argumento, porque, como he dicho en muchas ocasiones, aunque mi memoria es infelicísima para los nombres y para los pormenores, ha sido muy buena para las ideas generales, y, por extensión, para los argumentos de dramas y novelas.

He aquí, en sustancia, el argumento de mi primer ensayo dramático, que debe remontarse al año 58, poco más ó menos, del siglo pasado.

¡Qué desdicha, ya cuento por siglos!

La cortesana de mi drama había sido, como era natural, una mujer de incomparable hermosura, y traviesa como un verdadero diablo.

Había viajado mucho, había dado enormes escándalos, y sobre todo un escándalo monumental en una de las pequeñas cortes de Alemania.

Fué querido suyo un noble extranjero, mucho peor que ella, frío, egoísta, libidinoso como el mismo Luzbel, rico y acostumbrado á realizar siempre sus caprichos. En suma, éste era el traidor del drama, y el sér infernal que yo había escogido para tormento, castigo y, á la postre, redención de la heroína.

Pasaron algunos años, y un marqués español se encontró con la cortesana, y dicho se está que se enamoró de ella como un loco. Claro es que ella por vez primera supo lo que era el amor, no en sus viejos moldes, sino en su pureza ideal.

Ya tenemos al marqués y á la cortesana verdadera y profundamente enamorados.

Como la cortesana había de regenerarse á todo trance, la primera señal de regeneración fué decirle la verdad entera á su amante.

Y como era natural, el amante, parodiando el grito heroico de nuestra independencia, dijo en un arranque de pasión: *no importa;* y al efecto de regenerar á su impura adorada, se casó con ella.

He aquí á la cortesana convertida en marquesa. Viajaron los esposos algún tiempo, tuvieron un hijo, se le refrescaron á ella las pasiones; el amor de esposa y el amor de madre la regeneraron por completo, y á Madrid la trajo el marqués convertida en una señora honrada y respetabilísima.

Todo el mundo ignoraba en la Corte lo que había sido aquella señora tan hermosa, tan distinguida, de vida tan morigerada y hasta tan religiosa, y, en suma, de conducta tan irreprochable.

Pasaron algunos años; ella se familiarizó con la honradez, hasta el punto de imaginarse que siempre había sido honrada, y el chico creció, convirtiéndose en un joven poético, simpático y apasionado por añadidura, como hijo de sus padres.

Pero al llegar á este punto entra otro elemento más en la familia: una joven huérfana, de singular hermosura y de alma purísima; lo cual nadie puede negarme, pues siendo yo el creador de la joven, claro es que de sobra sabré cómo estaba fabricada la interesante dama joven de mi drama.

Y aquí empieza el drama.

Hizo el diablo, que todo lo enreda, aunque esta vez le salió mal el enredo, porque sin saberlo contribuyó al martirio de un alma pecadora, y por lo tanto á su purificación, que viniese á Madrid aquel antiguo amante de la antigua cortesana, de que antes hicimos mérito sin tener él ninguno.

Cuando fué su amante tendría unos veinte años; desde entonces habían pasado veinticinco, de suerte que este noble traidor, cuando el drama llega á su apogeo, viene á tener unos cuarenta y cinco años. Edad todavía muy á propósito para enamorarse como un loco, porque en un hombre robusto ésta es la edad de las grandes pasiones, y el traidor del drama lo había encargado yo, para los efectos del conflicto dramático, robusto y malvado á la vez.

Llega á Madrid, decimos; visita los salones, reconoce á su antigua amante, la noble marquesa, y como es un hombre correcto, no se da por entendido; pero se enamora ferozmente de

la joven huérfana; aquella de quien estaba enamorado el hijo de la marquesa, y de la cual, como huérfana, eran tutores los marqueses.

Digamos, entre paréntesis, que de muchos de estos elementos dramáticos me aproveché, andando el tiempo, para escribir *En el puño de la espada*.

Aquí está precisamente el conflicto dramático; porque el antiguo amante de la marquesa, á quien yo había dado el título de vizconde, por ser el título que en los dramas me parece más siniestro, no sé por qué razón, pero que sin razón ó con ella á mí me lo parece; el vizconde, digo, que era personaje de alma torcida y de pasiones satánicas, plantea el problema de su pasión, ante la marquesa, en esta forma:

Obliga á tu marido á que consienta, y consiente tú, en mi casamiento con vuestra pupila; porque, de lo contrario, estoy resuelto á todo.

Ó más claro: si te opones, le digo á tu hijo, que te cree una mujer honrada y que en ti tiene fe ciega, lo que has sido tú en tu juventud.

Tu hijo se desesperará, ó se volverá loco, ó se batirá conmigo y le daré muerte, porque tú me conoces y sabes cómo las gasto.

El lector comprenderá toda la fuerza del conflicto, y lo que sufriría la noble marquesa y excortesana.

¡Señor, ó se castigan ó no se castigan los pecados!

Sigue la lucha entre la marquesa y el vizconde durante todo el segundo acto y parte del tercero, y termina éste con una escena formidable.

En un gran baile, y después de luchas violentísimas, el vizconde cumple su amenaza y da el escándalo, y la marquesa se queda medio muerta, y la niña se desmaya, y el hijo de los marqueses abofetea al vizconde, y el marqués desafía á todo el mundo y defiende noblemente á su esposa.

En el último acto debía verificarse el desafío del abofeteador y el abofeteado; pero el marqués, por salvar á su hijo y

vengar á la marquesa, se anticipa y se bate con el vizconde, recibiendo en el duelo una herida mortal.

Cuando traen al marqués moribundo, el hijo no puede contenerse, y dirigiéndose frenético á su madre, le lanza esta frase: «Por ti, madre, por ti».

Que es el castigo tremendo de la cortesana, y el momento en que cae el telón.

Ni quito ni pongo, ni defiendo el drama *non nato*, ni tampoco me encarnizo con él; que si es crueldad repugnante martirizar á los recién nacidos, mayor crueldad fuera torturar á los seres que no llegaron á nacer.

Diré tan sólo que el drama estaba escrito según el gusto de la época, y que, según dije en el artículo anterior, obtuvo gran éxito en la única lectura que de él dí ante Brookman, otro compañero llamado J. C. y un amigo de todos nosotros, que era inspector de Telégrafos y que padecía horriblemente del estómago.

Mi principal triunfo consistió, según ya expliqué en el artículo referido, en que D. J. C. se mordió, según tenía por costumbre, las diez uñas de los diez dedos de ambas manos, y que el inspector de Telégrafos sufrió todo el día un violento dolor de estómago.

Aquellas diez uñas devoradas y aquel dolor de estómago me halagaron entonces sobremanera, y aun hoy mismo los considero como, y los cuento entre, mis más legítimos triunfos.

*
* *

Ya expliqué en ocasión oportuna con cuánta ilusión y con cuántas esperanzas entregamos Brookman y yo nuestros respectivos dramas al joven X, amigo, según él aseguraba, de todos los actores y actrices de aquella época.

Él nos prometió presentar nuestros engendros dramáticos á Arjona, y dió por indudable que los aceptaría con entusiasmo.

Ocho días pasaron sin que volviésemos á ver á nuestro amigo X.

¡Qué días y qué noches de angustia y de emoción! ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas, cuántos desfallecimientos!

Brookman y yo no hablábamos de otra cosa.

—No te quede duda—decía Brookman:—Arjona admite en seguida nuestros dramas, y los representa esta misma temporada.

Yo, que nunca he abusado de la esperanza, no estaba convencido del éxito feliz de nuestra empresa.

Creía, sí, que los dramas eran buenos, y que Arjona debía aceptarlos; ¿pero los aceptaría?

Esto me parecía dudoso; porque hay muchos dramas en este mundo, y los dramas se atropellan unos á otros, y se codean y se empujan para llegar á la escena, y muy pocos son los que llegan. Además, nosotros éramos desconocidos en los círculos literarios, y en aquella ocasión guardábamos el más riguroso incógnito.

Unas veces yo sentía grandes alientos: era imposible que al leer Arjona los versos de Brookman no se volviera loco, y la escena final del tercer acto de mi drama traía aparejado el entusiasmo del lector, ó por lo menos un dolor de estómago, como había demostrado la experiencia del simpático inspector de Telégrafos.

Y pasaban días y días, y no lográbamos ver al joven X: yo no estaba muy seguro, ni lo estoy aun hoy mismo, de que hubiera presentado nuestras producciones dramáticas al ilustre actor.

Por fin, al cabo de ocho días se presentó nuestro protector en casa de Brookman, en ocasión en que yo estaba con mi buen amigo, comentando el silencio de X y extrañando su tardanza.

—Es que los dramas están admitidos.

—Es que no están admitidos, y X no se atreve á darnos la noticia.

—Es que Arjona no ha tenido tiempo de leerlos.

—Es que no ha leído más que uno.

—Es que X no ha tenido ocasión de entregarlos.

Todas eran hipótesis, suposiciones y comentarios, cuando X se presentó, amable y risueño, pero con un enorme envoltorio de papeles bajo el brazo, que yo comprendí desde luego que eran los siete actos de los dos dramas.

Algún peligro he corrido yo en esta vida, y aun algunos, que referiré cuando llegue el momento oportuno; pero ni en esos trances extremos se me ha encogido el corazón como se me encogió dolorosamente al ver bajo el brazo del joven X aquel enorme envoltorio de papeles. No pude contenerme y le dije á Brookman:

—Ya lo ves, Arjona no admite los dramas.

Hablé en plural, porque el bulto papelero no era de un drama, sino de dos. Un drama, por mucho que abulte, no abulta tanto.

—No tan aprisa, no tan aprisa—nos dijo X.

—Vamos, cuenta, cuenta pronto—le contestó Brookman, que, aunque más frío por carácter, estaba tan penosamente conmovido como yo.

X dejó los dramas sobre la mesa, se sentó sonriente, y empezó su relación con toda clase de precauciones oratorias; pero en sustancia vino á decir lo que se dice en casos tales.

Que á Arjona le habían gustado mucho los dos dramas, que había hecho grandes elogios de los versos de Brookman y de la fuerza dramática de mi creación. Que éramos dos jóvenes, sin duda, de muchas esperanzas; pero que bien se veía que éramos principiantes, por una multitud de inexperiencias y por el desconocimiento completo que revelábamos de la parte técnica del Arte.

En suma: que para representarlos sería preciso introducir en ellos grandes correcciones. ¿Cuándo un principiante ha regateado correcciones?

Brookman y yo, casi al mismo tiempo, exclamamos que estábamos dispuestos á modificarlo todo.

Pero X nos interrumpió diciéndonos, que sería inútil, porque Arjona tenía ya muchas obras comprometidas y no podía comprometerse á representar las nuestras ni con modificaciones ni sin ellas.

En suma, repulsa completa de los dos dramas: el drama en verso y el drama en prosa habían naufragado poética y prosaicamente.

A mí me había parecido el joven X hasta entonces simpático, amable y de talento; en aquel instante me pareció que era tonto, antipático y cursi.

Era una injusticia, ya lo sé; pero la naturaleza humana es de por sí injusta y egoísta, y yo pertenezco por ley de nacimiento á esa parte de la Naturaleza que se llama género humano.

Ya no he visto más al joven X.

Brookman quería que insistiésemos, que lleváramos nuestras obras á otro teatro; pero yo me llevé la mía á mi casa y la hice añicos.

Por entonces vivía yo en la calle de las Tres Cruces: en las tres cruces de mi memoria clavé con ensañamiento mi primera producción.

Es más: pensando en ella, llegó á parecerme abominable. Ningún crítico me ha tratado nunca con más saña que la que yo empleé en aquel primer ensayo, contra el abortado drama *La Cortesana*.

¡Ni cómo una cortesana había de ser fecunda y había de portarse decentemente!

Mi primer intento de salida por los campos de la Dramática había sido desastroso. No sólo no prosperó el drama, sino que se apagaron mis entusiasmos, y durante muchos años no volví á ocuparme en trabajos dramáticos.

No por eso perdí la afición al teatro; pero me declaré definitivamente fracasado y muerto como autor.

Volví á ocuparme con empeño en mis clases de la Escuela de Caminos; de mis Matemáticas, que jamás me habían dado

ni me dieron después disgusto tan grande y tan profundo como el que recibí al ver entrar al joven X con los dramas bajo el brazo.

Imagen fatídica que se grabó en mi trágica pupila y que no se ha borrado jamás.

A mis trabajos como profesor y á mis estudios matemáticos agregué por entonces, ó me hicieron agregar, una nueva afición: la afición por la Economía Política.

En esta nueva senda me lanzó la cariñosa amistad, la incansable propaganda y el entusiasmo por esta gran ciencia, del Ingeniero de Caminos, que fué primero compañero mío en la Escuela, luego fué profesor de Derecho Administrativo, y de nuevo compañero en el profesorado, y siempre amigo queridísimo, D. Gabriel Rodríguez.

Mas esto merece capítulo aparte.

Cuando una gran tristeza sale al paso, cierra los horizontes con negra gasa; pongamos punto por hoy.

José Echegaray

PÁGINAS DE LA HISTORIA DEL PERIODISMO

DE 1820 Á 1823

Si fué violento el primer ensayo de libertad que tuvo la imprenta en España, durante el período de pasión y de lucha que sostuvo la guerra contra el extranjero invasor y en pro de nuestra independencia nacional, el ensayo del segundo período constitucional, de 1820 á 1823, para intentar un nuevo avance en la evolución del derecho y de las costumbres nacionales, sobrepujóle en odios, en iras y en atrevimientos.

Son importantes todos los estudios que se dirijan á examinar aquellos hechos, porque, al fin y al cabo, en uno y otro suceso fundó su cuna el periodismo político militante en nuestra patria, y de allí proceden los vicios que no han logrado extirparse aún enteramente, á pesar de las grandes evoluciones que nuestra revolución ha tenido, y del ya prolongado período de paz civil que venimos disfrutando.

Cuando las Cortes se abrieron, en 26 de Junio de 1820, parecía á los victoriosos de la insurrección militar que había sido una hazaña sorprendente el éxito de tan arriesgada empresa. Su entusiasmo les hacía considerar como una victoria definitiva la revolución que creían haber realizado, y arrogantes decían en la sesión del 10 de Septiembre: «En vano pretenderá la emulación disminuir las glorias de este ejército, ni valdrá decir que, estando toda la nación preparada, el ejército marchó sobre un llano de flores. Muchos, en verdad, deseaban ser

libres; pero no formaban planes adecuados para entonar con resultado los vivas á la libertad. Nos inculpan que con nuestro acto hemos dejado perder las Américas. Una especie de especulación particular de un número determinado de personas constituía la base de la guerra con el Nuevo Mundo. Infinidad de valientes habían ya comprado en el otro hemisferio, á costa de su sangre, el aumento de riqueza de estos especuladores, cuando se señaló, para el mismo sacrificio, el ejército que nos ha conducido al actual estado de libertad. Un horror á la opresión, y un patriotismo á toda prueba, les hizo tomar la determinación que tantos bienes ha de producir á la nación española. Dar el primer paso, bajo un gobierno despótico, hacia la libertad, no era tarea sencilla. Hemos hecho en un día una revolución, que en otros países ha costado siglos. Nosotros no hemos empleado en ella más tiempo que el que dista desde que el general Riego se pronunció en las Cabezas, hasta que el rey juró la Constitución. No tenemos más que motivos para rendir nuestros aplausos á una victoria tan insólita, que tan pocos sacrificios ha costado á la nación».

En seguida se tocó al capítulo de los premios. La sociedad quedaba salvada del oneroso peso del antiguo despotismo: nada más natural que se prodigasen mercedes á manos llenas á los fautores de tal prodigio. En la proclama de Riego, del 15 de Enero, ya se había comenzado por ofrecer licencias á los dos años á todo el ejército libertador; una dádiva de diez fanegas de tierra de baldíos, en sus pueblos respectivos, á cada soldado que acreditase haber servido los ocho años que entonces duraba el tributo de la sangre, con más mil reales, por cabeza también, para el primer año de su labranza. A los que reenganchados habían servido quince años, se les daban quince fanegas de tierra y 1.500 reales; y 25 fanegas y 2.000 reales, á los que llevaban veinte años en filas. Por último, á los que llevaban veinticinco años se les concedían 40 fanegas de tierra y 3.000 reales. Como este beneficio se hacía extensivo á los demás institutos del ejército que en cualquier punto de la Pe-

nínsula se adhirieran al movimiento de las Cabezas de San Juan, y contribuyeran á la propaganda y al triunfo de la revolución, no hay que decir que á las Cortes acudieron en demanda del cumplimiento de lo que se les había ofrecido, no sólo las fuerzas que al mando del general Quiroga arrostraron desde la isla de San Fernando con firmeza todos los peligros del primer período de la insurrección, sino las que á las del mariscal de campo D. Carlos Espinosa y el brigadier D. Manuel Latre fueron las primeras en asociarse en Galicia al movimiento del Sur de Andalucía. La misma donación exigieron el batallón literario de Asturias, y todos sus jefes, así como todas las tropas de guarnición en el heráldico principado; las del conde La-Bisbal, D. José O'Donnell, que sublevó el ejército y pueblos de la Mancha; las de los mariscales de campo D. Miguel López Baños, D. Felipe Arco-Agüero y don Demetrio O'Daly, y las del general D. Miguel de Haro, que acaudilló las que sublevó en Murcia. Decretáronse pensiones para las familias de los generales Porlier y Lacy, y otras víctimas de la tiranía. Mandáronse escribir en las salas del Parlamento algunos nombres liberales, como los de los mismos generales Porlier, Lacy y Acevedo; se concedieron á Riego y á Quiroga bienes raíces de los de los secuestros del Estado, bastantes á producir para cada uno una renta anual de 80.000 reales, 40.000 para López Baños, Arco-Agüero, O'Daly y Espinosa, y 20.000 para Latre. Y con aquella prodigalidad poco escrupulosa de los que usurpan su prerrogativa á todos los poderes, lleváronse estas dádivas hasta á condecorar con ellas al súbdito inglés Mr. Thomas Dick, que había contribuído con sus auxilios á los trabajos de la conspiración, no siendo menos escandalosas las que se acordaron para otros favorecidos del delito común, como el presbítero D. Jaime Gil Orduña y el famoso muñidor de los motines de Cádiz durante la primera época constitucional, Pablo López, conocido en todas las historias de aquel tiempo con el apodo de *El Cojo de Málaga*.

El presbítero D. Jaime Gil Orduña dábase aires de haber-

se puesto durante la guerra de la Independencia á la cabeza de los voluntarios de Chelva, con los que había asistido á la batalla de Tudela, al segundo sitio de Zaragoza y á otras funciones de guerra. No obstante, lejos de acreditar ante las Cortes que había sido un Mina ó un Empecinado, sólo pudo hacer certificar servicios políticos, por los que era apadrinado. En efecto: habiéndosele nombrado por los jefes de las insurrecciones militares vicario general castrense, solicitó y obtuvo que se le reconociese este carácter desde el año 1814, en que empezaron lo que él llamaba sus persecuciones, y que el erario le satisficiera los atrasos que en tal concepto decía pertenecerle, á razón de los 18.000 reales de sueldo anual que se le habían consignado. *El Cojo de Málaga*, protegido por el general Quiroga y por el conde de Toreno, tenía más conocidos antecedentes. Su historia era sabida de todo el mundo. Oficial de sastre en la villa de Coín, de donde era natural, luego que la nación se levantó en armas á consecuencia del grito que diera el *Dos de Mayo de 1808* contra el invasor extranjero, pasó á Málaga, donde se brindó á las autoridades nacionales, no pudiendo servir como soldado á causa del defecto físico que le dió el mote que llevaba, para ayudar á la construcción del vestuario de las fuerzas de voluntarios que en aquella capital se organizaban. Cómo, ni cuándo, ni por qué refluyó á la isla de León después de la invasión de Andalucía, nunca se supo. Allí apareció con cartas certificadas de nuestro cónsul en Gibraltar, en que se le reconocía como donante de 5.500 piedras de chispas para fusiles, con destino al ejército que mandó el general Ballesteros; y así, de esta dádiva, como de otros servicios suyos, se constituyeron luego en testigos el conde de Zelein, el general D. Carlos de Gand y otras personas. Ello es que, primero en la isla de León al constituirse las Cortes de 1810, y luego en Cádiz, dióse tales trazas de ardiente y fogoso patriota, que enteramente se le confió lo que hoy podríamos llamar *la clac* de las tribunas. Una señal suya era en ellas la orden de un aplauso ó de un vituperio contra todo orador, y

el ascendiente que cobró sobre las turbas declamatorias patrióticas fué tal, que así en las tribunas como en las calles y plazuelas, él tenía en las manos la caja de las tempestades patrióticas y las llaves del motín. Después de la retirada del ejército francés, al romper el rey Fernando VII las cadenas de Valencey, *El Cojo de Málaga*, parte integrante, aunque no oficial, del artificio político de aquellas Cortes, con ellas trasladóse á Madrid; por consecuencia de lo cual, en los decretos de Mayo, su nombre figuraba en las listas de los que habían de pagar sus pecados políticos en el suplicio de la horca. Logró eludirlo, para presentarse triunfante en 1820, y apoyado por Calatrava, Romero Alpuente, Quintana, Giraldo y otros; pretendió también su debida recompensa, consistente en la compra de una casa que el erario público adquiriría en Málaga, por valor de 70.000 á 80.000 reales, para regalársela, con más los bienes raíces que le asegurasen una renta anual de otros 80.000 reales, todo «para contribuir á enjugar las lágrimas de aquella familia que se había visto á punto de perder, *por sus servicios á la patria*, un sér tan querido en ella».

Estos desórdenes dan la pauta de las extravagancias á que se entregó, desde su origen, la situación de fuerza creada en 1820 por la sublevación militar del comandante del segundo batallón del regimiento de Asturias, D. Rafael del Riego, ascendido á general, premiado por las Cortes con una renta de 80.000 reales anuales, y con opción á un título de Castilla. Jactábase él, y jactábanse los hombres que aparecieron tras él en las Cortes de 1820, de haber realizado la hazaña de hacer una revolución, para la que otros países habían consumido siglos, y no escatimó privilegio alguno á los instrumentos de que se había de valer, si no para consolidar, al menos para fortalecer los lentos pasos que había de llevar, á pesar del hecho violento de las Cabezas de San Juan, la evolución jurídica, política y social en que nuestra sociedad por segunda vez entraba. ¿Cómo había de olvidar, entre estos instrumentos, el por una parte ariete demoledor y por otra palustre de recons-

trucción de la prensa? Aunque él la hubiera olvidado, de Madrid y de Cádiz, y de toda la España de 1808 á 1814, traía sus antecedentes, de los que escasísima corrección en sus desmanes propios había podido causar la severa interrupción de seis años de coacción y de silencio. No obstante, aun con la Monarquía absoluta, la imprenta se hubiese sobrepuesto á los antagonismos tradicionales que en España había profesado contra ella toda clase de instituciones; y si tras la reacción que sobrevino en Mayo de 1814, á la llegada del rey Fernando VII á las costas de Valencia, el Decreto de 25 de Abril de 1815 suprimió hasta los últimos restos de aquella prensa desvergonzada que, adulando al rey, creyó poder mantener permanentes las teas del odio que sin cesar arrojaba á la encendida hoguera de la discordia civil, cuando lo inminente de aquella situación había pasado, aunque no las tentativas que para reproducir sus vejámenes tanta sangre de los dos lados costó en suplicios desgraciados, desde 1817 no se le negó á don José Joaquín de Mora la licencia que había impetrado para publicar aquella *Crónica Científica y Literaria*, en que tuvo por colaboradores al catalán D. Agustín Letamendi y al poeta dramático mejicano D. Manuel Eduardo de Gorostiza, con los que dos años después lo convirtió en periódico político, con el título de *El Constitucional;* ni en 1818, á D. Javier de Burgos, la que solicitó para proseguir la *Continuación del Almacén de Frutos Literarios,* que al año convirtió en su *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura*, y que al cabo, desde 1.° de Junio de 1820, se hizo periódico diario, con la denominación de *Miscelánea de Comercio, Política y Literatura;* ni en 1819, á don Felipe Weis, para su *Diario Mercantil*; gracias que se hicieron extensivas á algunas provincias que las pretendieron, como Cádiz, que desde 1818 también vió salir de sus prensas *El Diario Mercantil*, de D. José Gozme, y Bilbao, que desde Septiembre del mismo año dió vida al *Correo Comercial,* de don Pedro Antonio de Aspraiz.

Desde la sexta sesión que celebraron las Cortes de 1820,

el 7 de Julio, por iniciativa de D. Eugenio de Tapia, se recordaron los decretos que por las Cortes extraordinarias y ordinarias de 1810 á 1814 se habían expedido, así sobre la libertad de la imprenta, como sobre las juntas de censura á que se la había sometido. Tapia no pretendía ampliar las libertades que ya desaforadamente, como en la primera época constitucional, la prensa misma se había adelantado á tomarse, sino por el contrario, refrenarla un poco. Así, en su proposición decía: «La facultad de comunicarse los pensamientos por medio de la prensa es un derecho incontestable de los ciudadanos, y como tal está sancionado por la Constitución; mas para evitar que esta facultad degenere en licencia, con notable perjuicio de la sociedad, es indispensable refrenarla con saludables leyes, así como para asegurar la vida y la propiedad de todos los individuos del Estado, se han establecido las correspondientes penas contra *los asesinos* y *los ladrones*. Por ventura, ¿la honra de un ciudadano ha de estar á merced de un escritor petulante, para que la vulnere á su antojo? ¿El Gobierno, la Representación nacional, han de ser impunemente el blanco de la mordacidad de un folletista? ¡Desordenada sociedad en donde semejante desenfreno se tolerase!» Y se toleraba, sin embargo. ¡Y quién más, quién menos, hacía de esta libertad liviana el instrumento de todas sus pasiones! Mas, ni aun en las mismas Cortes, cabía más que sutilizar leyes de coacción para que no se cumplieran, ó para declarar héroes de sus opiniones á los que en un campo ó en otro las conculcaban. En las Cortes de 1820, los proyectos ó los incidentes relativos á la libertad de imprenta dieron lugar á muchas discusiones, en que tomaron parte cuarenta y nueve distintos diputados. ¿Qué nombres se envolvían entre estos oradores? los de Argüelles, Muñoz Torrero, Romero Alpuente, Calatrava, Ramos Arispe, Toreno, Martínez de la Rosa, Puigblanch, Flórez Estrada, Cepero, Moreno Guerra, Díaz del Moral, Istúriz, Ezpeleta, Garelly, Piérola, Camus Herrera, Sancho, Dellarine López, Rovira, Ochoa, Vadillo, Gisbert, Navas, Castrillo; es decir, lo

más autorizado ó lo más florido de aquella Cámara. ¿Y había entre éstos quien realmente tuviese el propósito resuelto de comprometer la popularidad de que gozaba por las pasivas exigencias de la moderación del pensamiento? Ni una sola.

El examen de la prensa misma facilita la verdadera graduación de estos deseos. La prensa simbolizaba el torrente desenfrenado de la opinión. Maza de hierro disparada contra el edificio del pasado, que se trataba de derrocar hasta en sus más hondos cimientos, hería como la fuerza ciega del proyectil lanzado por una máquina de guerra, y tanto más merecía los aplausos y la admiración de los espíritus exaltados, cuanto eran mayores los estragos que en su proyección causaba. No faltaron periódicos que quisieron dogmatizar el orden y fundar prematuramente los principios de la armonía. ¿Pero era posible el éxito de este esfuerzo, aunque tan laudable? Para intentarlo, Burgos, con su *Miscelánea*, fué el primero que desertó de las huestes de los admiradores del libertador. No dió su labor el resultado que apetecía, y entonces, aliándose á Lista, á Miñano, á Gómez Hermosilla y á otros talentos tan equilibrados como los de éstos, se lanzó á aquellos razonados estudios de *El Sol*, *El Censor* y *El Imparcial*, que, en medio de la general anarquía de la publicidad, se erigieron en la cátedra más ilustre de la opinión y del periodismo. De *El Censor* eran, entre tanta licencia, estos juiciosos cánones: «Un artículo inconsiderado, una revelación prematura, una chanza inoportuna, hacen más daño al sistema constitucional que las bandas armadas de Morales y de Merino». De *El Censor* eran también estos otros: «Los periódicos son apelaciones al público: éste es su juez natural; y querer preocuparle ó prevenir su juicio con negras imputaciones, es una especie de cohecho prohibido, si no por las leyes criminales, por el código de la honradez y de la probidad. *Nobilitas sola est atque unica virtus*, como decía Juvenal».

Aun con la ayuda de colaboradores tan notables como los que formaron la redacción de *El Censor* y los periódicos que

quedan mencionados, la empresa en que se habían metido y en que perseveraron con tanto tesón Burgos y sus demás amigos y compañeros durante todo el largo período de aquella revolución, era por todo extremo ardua y espinosa. Cuando *El Censor* apareció por vez primera, el 5 de Agosto de 1820, no sólo le habían precedido ya otras muchas publicaciones periódicas, mejor ó peor dirigidas, como *La Colmena*, del radical Félix Mejía, que salió en Marzo; *El Conservador*, de Alcalá Galiano y D. Ángel Saavedra, después duque de Rivas, que fué algún tiempo como el eco público de la juventud patriótica que se reunía en el café de Lorencini; *El Conciliador*, de vida tan fugaz que apenas vivió un mes; *El Despertador Constitucional*, que se fundó en Abril; *El Universal*, de Galdeano y Narganes de Posada; *El Correo Universal*, de M. M., y *El Mensajero Universal* y *La Minerva Nacional* ó *La Minerva Española*, de D. José Joaquín de Mora. Y aunque ninguno de éstos, ni aun los más identificados con las ideas trastornadoras de tan azarosa situación, tomaron aquellos acentos de ira, aquella mordacidad sin rebozos, aquellas apelaciones irreverentes, ya á la fuerza, ya al desacato, que fueron propias de los que la siempre creciente exaltación de las pasiones fué trayendo, con vida más ó menos larga y más ó menos accidentada, á la arena del combate común; con todo, cuando se abrieron las Cortes ya los excesos del pensamiento escrito habían rebasado todos los límites de la moderación.

El primer ministerio liberal de 1820, al que no derribó el rey, sino la intemperancia de los que se llamaban sus amigos, los periodistas hidrófobos, los clubistas insensatos, los perseguidores del clero y de todas las altas jerarquías políticas y sociales, los insoportables exclusivistas de todas partes, que fueron las palancas invisibles de las intentonas de Morales, de Barrios, del *abuelo*, de la Junta Apostólica, de las conspiraciones de Erroz y de Vinuesa, y las rebeliones de Merino y de Salvatierra, previendo lo que inevitablemente había de suceder con la libertad de la imprenta, desde luego puso en

vigor las leyes y decretos que se habían promulgado desde 1810 á 1814. Pero ¿qué eficacia habían de tener? En el estado patológico de aquella sociedad estremecida, pasar de la glorificación al vituperio, no dependía más que de la impresión de un hecho imprevisto, del discurso de un orador desordenado en el seno de alguna de las sociedades patrióticas que por todas partes se formaron, de la sugestión ejercida desde rincones ocultos por la multitud de los escritores asalariados, que disimulaban la venta de sus conciencias con la ficción de los más fogosos arrebatos. Para poder vivir en paz relativa con aquel orden social era preciso llevar siempre en los labios, para atronar el aire con sus acentos, el *¡viva la Constitución! ¡viva Riego!* y hasta el *¡viva el rey constitucional!*, durante aquel breve período del 10 de Marzo, en que Fernando VII pronunció aquella famosa frase de «*Marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional*», hasta el 9 de Julio, en que, recibiendo la comisión de las Cortes, y contestando al discurso de su primer presidente el arzobispo electo de Sevilla, D. José de Espiga y Gadea, protestaba de que «al establecimiento y conservación entera é inviolable de la Constitución consagraría las facultades que la misma Constitución señalaba á la autoridad real, en lo que cifraría su poder, su complacencia y su gloria».

Nadie podía sustraerse de aquel culto incesante á los objetos de la frenética idolatría popular, si quería vivir algo tranquilo en medio de aquellas orgías de libertad. Todas las plazas principales de todos los pueblos subrogaron sus antiguos nombres al nombre de *Plaza de la Constitución.* Los currutacos, como signo de elegancia y buen gusto patriótico, llevaban en el ojal una cinta verde con el mote de *¡Constitución ó muerte!* Se pretendió que las damas discretas, «para distinguirse de las necias», volvieran al uso de las bandoleras que estuvieron en Cádiz de moda durante la guerra de la Independencia; pero sustituyendo la cifra de *¡Fernando VII!* por la de *¡Constitucional!* El teatro que quería llevar mundo á su cazuela tenía que representar, como el de la Cruz, obras *de ocasión;* por ejemplo,

La entrada de Riego en Sevilla. El café contiguo al del Príncipe, donde diez años más tarde se estableció el famoso *Parnasillo*, tomó el nombre de *Café y botillería de la Constitución.* Hasta la Iglesia creyó deber transigir los odios declarados que contra ella la revolución traía, rindiéndola homenajes semejantes á los del obispo de Córdoba, que publicó una pastoral en alabanza de la Constitución; á los del cura de la Magdalena, de la Coruña, que predicó un sermón en su elogio, y á los del prebendado de la catedral de Salamanca, D. Miguel Martel, que predicó otro en el mismo sentido con motivo de su proclamación.

Nadie por estos rendimientos del temor ó del miedo se salvó en su día de los furores y de los excesos de la desopinión. Antes de llegar á los oprobios que causaron á la majestad real las difíciles pruebas del terrible cautiverio y conducción á Sevilla y Cádiz, de aquellas sociedades patrióticas públicas y secretas que desde su primer número *El Censor* había condenado por parecerle «inútiles y estériles en los gobiernos libres», salieron á la propaganda de la prensa los desacatos continuos contra la autoridad y la persona del rey. Pronto pasaron los tiempos en que los exaltados de todos matices pedían en honor de Fernando VII la erección de un monumento público, al pie de cuya estatua, en la que aparecería adornado de la corona cívica con la Constitución en las manos, se pondría la inscripción dedicatoria: Á FERNANDO EL GRANDE—AL REY CONSTITUCIONAL. Ya hasta *El Zurriago*, que prosperaba, como *El Espectador* y *El Universal*, con las liberalidades que directamente salían del bolsillo particular del monarca, se le subía á las barbas para decirle que «aunque la persona del rey era sagrada é inviolable por la Constitución, esta inviolabilidad no le eximía de la censura del ciudadano en los pueblos libres»; pensamiento que en otra ocasión volvía á formular diciendo: «Una cosa es la inviolabilidad del rey, que le exime de responsabilidad legal, y otra cosa es la *censurabilidad* de sus actos». Con todo, no era esto todavía la irrespetuosa cari-

catura que del rey hizo después un periódico de Cádiz titulado *El Gorro Frigio*. «Es el rey—decía—un hombre bárbaro, atroz, con partidas de mulo; los labios gruesos, chato de nariz, color trigueño, un poco sanguinario por malicia natural, mal servil y mal constitucional, militar hasta cierto punto y como un granadero, no como un general.» Después añadía que el Gran Turco le había reclamado á su servicio, y terminaba: «Y nosotros, que deseamos perderle de vista, abrimos una suscripción para cuando llegue el caso de decidirse á marchar, costearle el viaje, no en posta, sino en un globo aerostático».

Tratando de la Iglesia y de los miembros respetables que forman su cuerpo de disciplina, *El Censor* había escrito: «Tengan entendido (los periodistas) que cada día que hablan con cierta complacencia *del corbatín de hierro* (la horca), del palo, de la hoguera, y sobre todo de las víctimas designadas que pertenecen á cierta clase muy respetada y muy respetable, enajenan de la causa de la libertad un número muy considerable de personas. ¿Se les figura que porque hayan leído cuatro libros de jansenismo han de hacer jansenistas á todo el mundo con un artículo de diario?» Tan estériles eran estas consideraciones tan juiciosas como los esfuerzos del gobernador del obispado de Oviedo, *sede vacante*, D. Ramón Valdés Llanos, y el vicario general D. Domingo Somoza, dirigiendo á su clero y fieles, sus feligreses, la pastoral en que les animaba á tomar parte en la contienda electoral para las Cortes decretadas por el rey «con el deseo más puro de desarraigar del ánimo de sus ovejas las preocupaciones y hábitos del despotismo». El arzobispo de Valencia, el obispo de Orihuela, desde Roma, donde se encontraba; los de Tarazona, Tarragona, Zamora, Pamplona, Urgel, Ceuta, Málaga, con el general de los capuchinos y otros prelados eminentes, fueron de los primeros en levantarse para batallar, tanto contra los principios persecutorios de la revolución contra la Iglesia, cuanto contra los procedimientos empleados contra algunos eclesiásticos, sirviendo como ejemplo de otros el inhumano seguido con el tan conoci-

do D. Martín Vinuesa, el cura de Tamajón. Realmente, éste, como muchos eclesiásticos, y sobre todo frailes, habían hecho de la libertad de la imprenta un uso tan violento como el que hacían los revolucionarios triunfantes. De un gran número de periódicos publicados entonces, así como de muchos folletos y hojas sueltas de polémica de la época, nunca se ha sabido el nombre de sus autores por haberlos hundido los claustros de donde salían en el secreto de su oscuridad. Vinuesa había sido de los más descubiertos adalides de la reacción que batallaba por imponerse, y sus escritos titulados *El grito del español*, *La papeleta de León* y *La Gaceta de Munich*, habían sido haces de estopa arrojados al incendio de los inexorables odios sectarios. Pero en Enero mismo de 1820, condenado á diez años de presidio y arrojado á un calabozo inmundo á la sevicia de su pena, ni aun en este suplicio verdadero fué respetado, y el 4 de Mayo, aniversario del día fatal en que Fernando VII había expedido los decretos execrables de 1814, asaltada su lóbrega prisión por una turba sanguinaria y criminal, recibió allí desdichada muerte acompañada de tormentos inenarrables. Acaso llevaban este mismo camino, entre los sesenta y nueve diputados de las Cortes ordinarias de 1814, que por haber redactado y suscrito aquella representación al rey se les dió el apellido *de los persas*, los que pertenecían al estado eclesiástico; pero cuando en Octubre de 1820 se elevó á consulta del rey su procesamiento *por aquel delito político*, el rey, que permitió que se les detuviera y se les encausara, sólo hizo excepción de los obispos y demás eclesiásticos, á los que se les designaron conventos de residencia forzosa durante la sustanciación. Aun así y todo, el conde de Toreno y D. Juan Corradi, impulsores de estos despropósitos, escandalizaban las conciencias sanas cuando hacían protestas de su fe, del mismo modo que Argüelles, que solía decir: «*Yo soy piadoso, y por tal me tengo*». Otros no llevaban á tanto su hipocresía. Carnerero, en *El Universal*, escribía terribles artículos contra la religión y se jactaba de ser de los que se congratulaban de que «á la vuelta de algunos años la

nación, con el auxilio de los buenos libros, vendría á ser *atea*, no profesando sino el culto filosófico y la religión de la razón, que es la religión de los sabios». Un famoso magistrado decía: «*Más me persuade el* Emilio *que el* Evangelio»; y García Herreros, en *El Universal* del 13 de Septiembre de 1820, apodaba de *faltos de luces* á nuestros obispos. No hay que decir que la literatura en boga, hasta entre las damas del melindre, eran el *Sistema de la Naturaleza*, el *Emilio*, el *Contrato social*, *La Religión*, de Diderot, y *Las Ruinas*, de Volucy, traducidas é impresas en París, en castellano, por el P. Canal, el abate Marchena y el antipapista Llorente, que se sobrevivían á su tiempo.

La verdad es que en las altas y bajas que todo período revolucionario tiene para todos los que en ellos danzan, ya como amigos, ya como adversarios, unas veces en los *clubs* ó en las sociedades patrióticas, otras en los periódicos, pocos escaparon sin pasar alguna vez por el tamiz del desconcepto. Así, en las Cortes de Cádiz como en las de 1820, la figura de Argüelles se destaca como en los sagrados libros las de sus hermosos patriarcas. Mas cuando en una de las discusiones de las Cortes, sobre organización militar, Argüelles sostuvo razonablemente que en toda monarquía el rey es el jefe natural del ejército, *El Zurriago* le salió al paso para recriminarle, y decía: «*¡Este fatal Argüelles!*» No se hable de Riego. Se le echó en rostro en plenas Cortes su carencia total de instrucción en todo, y Muñoz Torrero salió á su defensa diciendo «que mientras estuvo en Francia adornó su espíritu leyendo muy buenos libros». Esta adulación pasó en la categoría de los razonamientos incontrovertibles; y como el frenesí que se le profesaba rayaba en verdadera locura, si cuando el motín de las Platerías sólo se sintió que hubiese rodado por el suelo el retrato sagrado del caudillo, cuando en la apertura de las Cortes de 1822 se le designó presidente de ellas y tuvo la candidez de proponer un decreto prohibiendo que se le prodigasen en ninguna parte aplausos y aclamaciones por la plebe, por considerarlas *onerosas* á la pú-

blica tranquilidad, el periódico *La Tribuna* salió al día siguiente (28 de Marzo) encabezado con un ¡VIVA RIEGO! de letras de pulgada y media, y luego, con caracteres tipográficos lo más grandes que el tamaño del papel consentía, escribía al pie: «¡Viva eternamente su memoria en la gratitud de los hombres! Las Cortes han rechazado por unanimidad la proposición hecha por Riego pidiendo que se prohibiera decir *¡Viva Riego!*, proposición llena de delicadeza en D. Rafael Riego, pero criminal en boca del diputado Riego. Las Cortes se hubieran inmortalizado si, separando mentalmente estas dos personas, hubieran llamado á la barra al diputado Riego y obligádole á pedir perdón por el ultraje que había hecho á la nación en la persona y el nombre inmortal de Riego». No obstante, á poco de este suceso, Riego entra en la antesala de las Cortes al tiempo que de allí salía el diputado Salvá, el cual, aproximándosele para saludarle, le dice en público: «*Adiós, héroe de las Cabezas, sin cabeza*». La frase hizo fortuna y las delicias del pueblo. Todos los periódicos de la época, hasta *La Tribuna*, de Madrid; *El Plutón Granadino*, *La Abeja del Turia*, *El Mensajero*, de Sevilla; el *Diario Gaditano de la Libertad* y *La Confederación Patriótica de Málaga*, la reprodujeron y la comentaron, festivos, antes que *el héroe* comenzara á caer.

Aquel *Zurriago*, con todos sus apéndices, era una delicia. ¿La daba con sus demás colegas de la prensa? Si hablaba de Miñano, le llamaba ambicioso; si de Burgos, fatuo; si de Lista, desvergonzado; si de Hermosilla, desfachatado y grosero; y á todos los motejaba de traidores que estaban vendidos al gobierno y por ello vertían ideas liberticidas. A D. José María Llanos, que publicaba *Los Ecos*, le decía que, como *pretendiente*, sólo adulaba para lograr. Al editor de *El Diario Nuevo* le motejaba de ignorante, y añadía que tenía más vena que para el periodismo para su primitivo oficio de sastre, y aun para su ocupación actual de miliciano de caballería, empresario de café y botillería en la de *La Madre Patria* y como contertulio de la Fontana de Oro. Hablando de los periódicos, á

El Universal le regalaba plumas de ganso, á *El Espectador* de pelícano, á *El Indicador* de pájaro mosca, y de avestruz al *Diario de Avisos*. A veces no era tan crudo en sus sátiras, y para llamar afrancesados á *El Imparcial* y á los que le escribían, afeaba á este periódico que entre sus suscriptores hubiera admitido á D. Tomás Albán, dueño del establecimiento tipográfico de la calle de Carretas, que durante la dominación francesa se denominó, con rótulo de grandes caracteres sobre su puerta, *Imprenta de las tropas francesas*. Claro es que á Mejía, el editor de *El Zurriago*, no dejaron de presentársele ocasiones de grandes inconvenientes con la acritud de la sátira que en sus escritos empleaba. Un día el coronel D. José Huerta, satirizado por *El Zurriago* al recibir el mando de un cuerpo, allanó la morada del periodista con ánimo de castigarle severamente. Mejía, con su colega Morales, que le acompañaba, y con D. Manuel Arteaga y D. Eugenio Romero, redactores de *El Noticiero*, que oportunamente llegaron, promovió un escándalo mayúsculo, en que hicieron tomar parte á los transeuntes de la calle. Vituperada por éstos la conducta de Huerta, fué aquél librado del castigo y éste aporreado y llevado preso á un retén de milicia nacional. Otro chasco sucedió á Mejía, por causas idénticas, al final de 1822. Habiendo entrado cierto día á verter aguas en un portal, lo que entonces era de uso corriente, fué secuestrado por manos invisibles y le tuvieron algunas horas con los ojos vendados y prisionero. Aunque con la cuestión del secuestro armó harta algazara *El Zurriago*, Mejía dió á poco muerte á este periódico, pretextando hallarse las Cortes y el rey camino de Andalucía; mas no por eso corrigió por entonces su conducta: porque de *El Zurriago* pasó á *La Tercerola*, que, así como *La Bandera Española*, hacía desesperada campaña contra el rey.

Mientras pasaban todas estas cosas, *La Colmena* no cesaba de ponderar los bienes sociales y los progresos que España debía al régimen de la Constitución. «La Constitución, decía, ha despertado la industria; la mendicidad disminuye; una mul-

titud de ciegos que vivían á expensas de la caridad cristiana, hallan ya su alimento en el trabajo que les proporciona la venta de los papeles públicos, y todo en España es prosperidad.» No faltaban á los altos pensamientos de *La Colmena* proyectos levantados con que contribuir por su parte á este progreso nacional que decantaba. Por ejemplo, en su número 19, página 144, escribía en alas de su espíritu innovador: «Treinta años hace, con corta diferencia, que el *bolero* se baila: las mismas zancadas, las mismas cabriolas, la misma música, los mismos castañetazos, los mismos repiqueteos y siempre una misma cosa. No hay duda que esto debe gustar, pues que tanto tiempo dura; pero una nación constitucional ha de pensar en lo heroico, y nos parecía (*salvo meliori*) que este baile debe ya morir. En fin, si no muriese por su propia virtud, procuraremos matarlo; porque una vez que esté muerto, nadie preguntará de qué mal murió. Queremos que todo sea constitucional, elevado, noble y digno de la nación española, y esto no puede compaginarse bien con el *bolero*, con la *cachucha*, con el *zurripampli* y otras cosas de este jaez». Tras este preámbulo *La Colmena* no decía en qué había de consistir la reforma del baile nacional.

Si esto no es más que simplemente cómico, no lo es la parte con que la prensa desordenada de aquel tiempo contribuyó á los excesos que fueron despertando el espíritu de reacción. *El Espectador* inspiraba sin descanso á los gobiernos y á las Cortes, y á falta de éstos, á las tertulias patrióticas y á los motines de la multitud, medidas cruentas ó infames que sublevaban las conciencias honradas. En sus páginas se pidieron deportaciones arbitrarias, destierros ilegales, procesos infamantes y otros horrores de este género. Bajo las sugestiones de este y otros periódicos semejantes, los exaltados de Barcelona, Sevilla, Málaga y Oviedo hacían salir de estas ciudades á los que se les antojaban sospechosos de anticonstitucionalismo. En otras partes viéronse propietarios despojados de sus rentas y aun de sus bienes raíces; familias enteras sacadas de sus hoga-

res y entregadas á una inicua persecución, y millares de ciudadanos reducidos á la mendicidad. A nadie se permitía la defensa de los que eran objeto de toda clase de injuriosas imputaciones: ni á los periódicos mismos que alimentaban la exaltación de tantas pasiones desenfrenadas. En el *Café de Riego*, en Sevilla, se hizo auto de fe del número 39 de *La Sombra de Lacy*, por haber defendido á Romero Alpuente de las calumnias de *El Espectador*. Solamente por parecer *moderados*, en Sevilla también, en otra ocasión fueron quemados los números de *El Imparcial*, y en Cádiz los de *El Universal*. El mismo *Espectador* fué quemado en Valencia, Badajoz y Madrid, al concluir la Sociedad Landaburriana (19 Dic. 1822), y fué proscrito de la de Granada. Cuando *El Censor* y *El Imparcial* escribieron que «toda España estaba llena de anarquistas», *El Zurriago* contestaba: «*Nosotros pertenecemos al número de estos anarquistas*». Y aunque *El Espectador*, tantas veces citado, mereció por algunos de sus escritos desaprobaciones como las que llevó en Valencia y Badajoz, nadie lo había arrojado de sí cuando describió el vil suplicio que en su prisión se había dado al capellán de honor Vinuesa, cura de Tamajón, por los sicarios que lo martirizaron en el calabozo, donde el odio político lo había sumido.—«Hoy, como á las tres y media de la tarde —decía *El Espectador* en su número 21, página 84, columna *ij*,—mientras estábamos murmurando, estaba el Sr. Vinuesa, ¡alma de Dios!, sufriendo un soponcio bárbaro que le trasladó repentinamente al barrio de la verdad, sin saber leer ni escribir. La milicia buen fuego hizo sobre los soponci-facientes; pero cuando ha de llover, con todos los vientos llueve. Ahora que está el buen hombre descansando en el Señor, el Señor cuidará de enviarle á cumplir los diez años que le decretó el Sr. Arias; porque en el otro mundo diz que hacen justicia seca sin las contemplaciones que en éste nos hacen cambiar la veleta según el viento que corre. Por eso sus amigos han tratado de apelar á la audiencia del territorio celestial. ¡Buena moza llevas, Perico: ello lo dirá!»

La correspondencia de esta narración bárbara había de publicarse tres años después en *El Restaurador*, del P. Manuel Martínez, cuyo lema era: «Es preciso exterminar á los negros hasta la cuarta generación». En el suplemento al número 72, correspondiente al 17 de Septiembre de 1823, *El Restaurador* decía: «El Intendente interino de La Carolina da parte al Gobierno, con fecha 15, á las ocho de la noche, de que el general Riego está preso ya en uno de los calabozos de aquella cárcel. Le ha hecho preso el comandante civil de Arquillo con algunos colonos. Adoremos los altos y terribles juicios del Señor. El corifeo de la revolución cae desde las estrellas, en donde habrían querido erigirle su trono, á la oscuridad de un calabozo, y cae, no á manos de un gran general, sino de unos pobres labradores. ¡Así humilla Dios á la soberbia impiedad!»

En el legajo 7 del Negociado de las *Nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía*, que pertenecía por aquel tiempo al Ministerio de la Gobernación, se hallan los documentos originales de este suceso. Helos aquí:

I. «Excmo. Sr.—Son las siete de la noche de hoy 15, hora en que va á salir el correo, con cuyo motivo, de cualquier modo me tomo la confianza de decir á V. E. que el cabecilla Don Rafael de Riego acaba de entrar preso en esta Real Cárcel, con cuatro hombres que le acompañaban en su huída; y han sido arrestados por los colonos de la población de Arquillo de esta comprehensión, quienes lo acaban de encerrar en esta dicha Real Cárcel, de donde no se escapará, pues queda á cargo de la milicia realista, de la que soy el primero que se alistó en ésta. No sé las disposiciones que tomará esta autoridad interina acerca de su conducción, ó dar noticia para su determinación al Supremo Gobierno.—*Excmo. Sr.*—B. L. M. de V. E.—Manuel Antonio Quijano.

»P. D.—Al entrar aquí le hemos obligado á que diga: *¡viva el rey absoluto! ¡muera la Constitución!* No quería decirlo de modo alguno, fundándose en que siempre había expresado *¡viva el rey!*, pero jamás el adjetivo de *absoluto;* ni podía decir

INDAGACIONES Y CONJETURAS

SOBRE ALGUNOS TEMAS POÉTICOS PERDIDOS

II

Munio Alfonso.—El Conde Rodrigo González

Otro adalid, casi contemporáneo de Minaya, y alcaide de Toledo como él, llenó con el terror de su nombre las llanuras de la Mancha Baja, como Alvar Fáñez la sierra de Cuenca y las angosturas y valles del Henares y del Tajuña. Era su nombre Munio Alfonso (*Munio Adefonsi*). Sus increíbles proezas están narradas en la inestimable Crónica latina de Alfonso VII, con alto estilo y entonación casi épica. El prestigio de sus victorias se realza con la catástrofe de su muerte, á la cual precedió una misteriosa tragedia doméstica que ilumina con siniestros reflejos el ocaso de esta vida heroica. El Emperador Alfonso VII le constituyó príncipe de todas las milicias del territorio comprendido más allá de la sierra de Guadarrama (1), y al frente de aquellas huestes municipales penetró en el territorio andaluz, logrando en los mismos campos de Córdoba victorias que parecerían fabulosas si no estuviesen tan comprobadas. Con sesenta y dos caballeros triunfó del rey Texufin en los campos de Almodóvar. Con novecientos caballeros y mil peones de Toledo, Avila y Segovia, derrotó en 1143 innumera-

(1) *Et constituit eum secundum Alcaidem Toleto et jussit cunctis militibus et peditibus qui habitabant in omnibus civitatellis quae sunt Trans-Serram obedire ei. (Chronica Adephonsi Imperatoris*, núm. 67, en el t. XXI de la *España Sagrada.)*

ble morisma de Córdoba, Sevilla y Carmona, matando á los emires de las dos primeras ciudades (á quienes la *Crónica* llama Abenceta y Azuel), y haciendo innumerables prisioneros.

Hermosa descripción hace la *Crónica* de la pompa triunfal con que entró Munio Alfonso en Toledo por la puente de Alcántara. Iban delante los pendones y enseñas de los reyes vencidos, y clavadas en sendas picas las cabezas del cordobés y del sevillano. Seguían los prisioneros con las manos atadas á la espalda, salvo los jefes, que, por distinción, marchaban encadenados. Los peones cristianos conducían del diestro los caballos de los vencidos, con riquísimas sillas labradas de oro y plata. Gran número de acémilas y camellos africanos venían cargados de ricas telas, de armas sin cuento, lorigas, almetes, escudos y todo género de despojos arrancados á la opulencia de los vencidos. La Emperatriz doña Berenguela bajó del Alcázar para presenciar el espléndido cortejo á la puerta de la Iglesia Catedral, y el grande y sabio arzobispo D. Raimundo, á cuya iniciativa debieron las escuelas occidentales su primera iniciación en el saber de árabes y judíos, fué quien cantó el *Te Deum*, al frente de su clerecía. Otro día hubo que repetir el triunfo para que le presenciase el Emperador, que acudió presuroso de Segovia. Las cabezas de los dos emires permanecieron suspendidas de las almenas del Alcázar, hasta que, movida á compasión la Emperatriz, no olvidada acaso de la noble cortesía con que la habían tratado los caballerescos sitiadores del castillo de San Servando (1), mandó quitarlas de allí y que

(1) Aludo á un bellísimo episodio de la *Crónica de Alfonso VII*. Los almoravides, á quienes la Emperatriz motejó de cobardes, porque hacían armas contra una débil mujer, levantaron los ojos á la más alta torre del Alcázar de Toledo, donde estaba la Emperatriz rodeada de sus damas, que tañían diversos instrumentos músicos; hicieron una sumisa reverencia, y se retiraron levantando el cerco. Conviene transcribir las propias palabras del cronista, que, como todos los de su género, es menos leído de lo que debiera:

«*Hoc videns Imperatrix, missit nuncios Regibus Moabitarum, qui dixerunt eis: Hoc dicit vobis Imperatrix uxor Imperatoris: Nonne videtis*

INDAGACIONES Y CONJETURAS

SOBRE ALGUNOS TEMAS POÉTICOS PERDIDOS

II

Munio Alfonso.—El Conde Rodrigo González

Otro adalid, casi contemporáneo de Minaya, y alcaide de Toledo como él, llenó con el terror de su nombre las llanuras de la Mancha Baja, como Alvar Fáñez la sierra de Cuenca y las angosturas y valles del Henares y del Tajuña. Era su nombre Munio Alfonso *(Munio Adefonsi)*. Sus increíbles proezas están narradas en la inestimable Crónica latina de Alfonso VII, con alto estilo y entonación casi épica. El prestigio de sus victorias se realza con la catástrofe de su muerte, á la cual precedió una misteriosa tragedia doméstica que ilumina con siniestros reflejos el ocaso de esta vida heroica. El Emperador Alfonso VII le constituyó príncipe de todas las milicias del territorio comprendido más allá de la sierra de Guadarrama (1), y al frente de aquellas huestes municipales penetró en el territorio andaluz, logrando en los mismos campos de Córdoba victorias que parecerían fabulosas si no estuviesen tan comprobadas. Con sesenta y dos caballeros triunfó del rey Texufin en los campos de Almodóvar. Con novecientos caballeros y mil peones de Toledo, Avila y Segovia, derrotó en 1143 innumera-

(1) *Et constituit eum secundum Alcaidem Toleto et jussit cunctis militibus et peditibus qui habitabant in omnibus civitatellis quae sunt Trans-Serram obedire ei. (Chronica Adephonsi Imperatoris,* núm. 67, en el t. XXI de la *España Sagrada.)*

ble morisma de Córdoba, Sevilla y Carmona, matando á los emires de las dos primeras ciudades (á quienes la *Crónica* llama Abenceta y Azuel), y haciendo innumerables prisioneros.

Hermosa descripción hace la *Crónica* de la pompa triunfal con que entró Munio Alfonso en Toledo por la puente de Alcántara. Iban delante los pendones y enseñas de los reyes vencidos, y clavadas en sendas picas las cabezas del cordobés y del sevillano. Seguían los prisioneros con las manos atadas á la espalda, salvo los jefes, que, por distinción, marchaban encadenados. Los peones cristianos conducían del diestro los caballos de los vencidos, con riquísimas sillas labradas de oro y plata. Gran número de acémilas y camellos africanos venían cargados de ricas telas, de armas sin cuento, lorigas, almetes, escudos y todo género de despojos arrancados á la opulencia de los vencidos. La Emperatriz doña Berenguela bajó del Alcázar para presenciar el espléndido cortejo á la puerta de la Iglesia Catedral, y el grande y sabio arzobispo D. Raimundo, á cuya iniciativa debieron las escuelas occidentales su primera iniciación en el saber de árabes y judíos, fué quien cantó el *Te Deum*, al frente de su clerecía. Otro día hubo que repetir el triunfo para que le presenciase el Emperador, que acudió presuroso de Segovia. Las cabezas de los dos emires permanecieron suspendidas de las almenas del Alcázar, hasta que, movida á compasión la Emperatriz, no olvidada acaso de la noble cortesía con que la habían tratado los caballerescos sitiadores del castillo de San Servando (1), mandó quitarlas de allí y que

(1) Aludo á un bellísimo episodio de la *Crónica de Alfonso VII.* Los almoravides, á quienes la Emperatriz motejó de cobardes, porque hacían armas contra una débil mujer, levantaron los ojos á la más alta torre del Alcázar de Toledo, donde estaba la Emperatriz rodeada de sus damas, que tañían diversos instrumentos músicos; hicieron una sumisa reverencia, y se retiraron levantando el cerco. Conviene transcribir las propias palabras del cronista, que, como todos los de su género, es menos leído de lo que debiera:

«*Hoc videns Imperatrix, missit nuncios Regibus Moabitarum, qui dixerunt eis: Hoc dicit vobis Imperatrix uxor Imperatoris: Nonne videtis*

sus médicos judíos y sarracenos las embalsamasen con mirra y áloe, las envolviesen en ricos paños de seda y las colocasen en cajas de oro y plata, que fueron enviadas honoríficamente á las viudas de ambos Reyes.

A aquel día de gloria siguieron otros de luto y desolación para Munio Alfonso, manchado con la sangre de una hija suya, á quien la pasión ó la liviandad había comprometido en una aventura amorosa: *Quia ludebat cum quodam juvene*, dice concisamente la *Crónica*. El terrible vengador lloró su crimen todos los días de su vida, y quiso ir en peregrinación á Jerusalén, de lo cual le disuadieron el arzobispo de Toledo y otros prelados, dándole por penitencia que guerrease continuamente contra los sarracenos de España (1), como lo cumplió hasta tel fin, sucumbiendo en los pozos de Algodor, cerca del castillo de Peña Negra, que tenía en custodia, y desde el cual hacía frecuentes excursiones contra Calatrava. Y aquí no quiero omitir ni una sola palabra de la grandiosa narración de la *Crónica*; luego se verá por qué.

«Salieron Munio Adefonso y el alcaide de Fita Martín Fernández contra los sarracenos, y encontraron las huestes de los

---

quia contra me pugnatis, quae sum fœmina, et non est vobis in honorem? Sed si vultis pugnare, ite in Aureliam, et pugnate cum Imperatore, qui cum armis et paratis aciebus vos expectat. Hoc audientes Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, elevaverunt oculos suos, et viderunt Imperatricem sedentem in solio regali, et in convenienti loco super excelsam turrem, quae nostra lingua dicitur Alcazar; et ornatam tanquam uxorem Imperatoris, et in circuitu ejus magna turba honestarum mulierum, cantantes in tympanis et cytharis, et cymbalis, et psalteriis. Sed Reges, et Principes, et Duces, et omnis exercitus, postquam eam viderunt, mirati sunt, et nimium sunt verecundati, et humiliaverunt capita sua ante faciem Imperatricis, et abierunt retro: et deinde nullam rem laeserunt, et reversi sunt in terram suam». (Esp. Sag., tomo XXI, pág. 377.)

(1) *Sed Munio Adefonsi planxit hoc peccatum cunctis diebus vitae suae, et voluit peregrinare Jerusalem: sed Raymundus toletanae Eclesiae et ceteri Episcopi et clerici rogati ab Imperatore ut non peregrinaretur, praeceperunt ei poenitenciam, ut superdebellaret sarracenos sicut fecit, usquequo ab eis occisus est* (pág. 391).

paganos ordenadas en batalla junto á los pozos de Algodor. Trabada la pelea, cayeron al filo de la espada muchos de una y otra parte, y Martín Fernández fué herido, y moros y cristianos se retiraron á un tiempo del campo, quedando grande espacio entre las haces de los sarracenos y las de los cristianos. Conoció Munio Alfonso que la fortuna no se ponía de su lado, y dijo á Martín Fernández: «Martín, aléjate de mí con toda tu gente, y vete á custodiar y defender la fortaleza de Peñanegra, para que no la ocupen los Moabitas y los Agarenos, y haya gran duelo en la casa del Emperador. Entre tanto yo y mis compañeros pelearemos con ellos, y la voluntad de Dios será cumplida». Á la hora Martín Fernández y los suyos levantaron el campo y volvieron al castillo para guarnecerle. Y entonces Munio Alfonso llamó á un entenado suyo, á quien aquel año en el día de Pascua había armado caballero, y le dijo: «Vuelve á Toledo, á casa de tu madre, y ten cuidado de ella y de mis hijos y hermanos tuyos. No permita Dios que en un solo día se vea privada de mí y de ti». El joven respondió: «No iré, sino que moriré contigo». Y entonces airado Munio Alfonso, le hirió con la punta de la lanza, y el mancebo lloroso y atribulado se tornó bien contra su voluntad á Toledo.

»Acosado Munio Alfonso por los Moabitas y Agarenos, se retiró con su gente á cierta roca que llaman *Peña del Ciervo,* y allí cayó herido mortalmente por una saeta, y con él murieron cuantos le acompañaban, no sin haber hecho antes grande estrago en los infieles. Vino el alcaide de Calatrava, Farax Adali, y le cortó la cabeza, y el brazo y el pie derechos, y le despojó de las armas, y envolvió su mutilado cuerpo en limpios paños, y envió la cabeza de Munio Alfonso á Córdoba, á casa de la mujer de Azuel, y á Sevilla á casa del rey Abenceta, y por último allende el mar, á los palacios del rey Texufin, para que en toda tierra de los Moabitas (Almoravides) fuese sabida tan buena nueva. El brazo y el pie de Munio Alfonso y las cabezas de los demás guerreros cristianos fueron suspendidas sobre la excelsa torre que domina á Calatrava.

»Cuando llegó á oídos de los toledanos lo que habían hecho los sarracenos, vinieron á levantar del campo de batalla los restos mutilados de Munio Alfonso y sus compañeros, y los llevaron á enterrar en el cementerio de Santa María de Toledo. Y por muchos días la mujer de Munio Alfonso y las demás viudas venían á llorar sobre el sepulcro, y hacían una gran lamentación, diciendo de esta manera: «¡Oh Munio Alfonso! Mucho nos dolemos sobre ti. La ciudad de Toledo te amaba con el cariño de la esposa que nunca tuvo más amor que el de su único marido. Tu escudo jamás cedió en la guerra, tu lanza nunca volvió atrás, tu espada nunca se retiró sino sangrienta. ¡No vayáis á anunciar la muerte de Munio Alfonso en Córdoba ni en Sevilla: no la anunciéis en la casa del rey Texufin, para que no se alegren las hijas de los Moabitas, y se regocijen las hijas de los Agarenos, y se contristen las hijas de los Toledanos» (1).

Y añade el cronista con alto espíritu moral y religioso que aquella muerte fué expiación del gran pecado que Munio Alfonso había hecho contra Dios, no teniendo misericordia de su hija y olvidado de la que Dios había tenido con él sacándole ileso y triunfante de tantas batallas.

Prescindiendo de otros pormenores más discutibles, no puede negarse que el llanto de las viudas toledanas sobre la sepultura de Munio Alfonso es un trozo patético y de alta poe-

(1) *Et per multos dies mulier Munionis Adefonsi cum amicis suis et caeterae viduae veniebant super sepulchrum Munionis Adephonsi, et plangebant planctum, et hujuscemodi dicebant: «¡O Munio Adefonsi! nos dolemus super te: sicut mulier quae unicum amat maritum, ita toletana civitas te diligebat. Clypeus tuus nunquam declinavit in bello, et hasta tua nunquam rediit retrorsum, et ensis tuus non est reversus inanis. Nolite annuntiare mortem Munionis Adefonsi in Corduba et in Sebilia, neque in domo regis Texufini, ne forte laetentur filiae Moabitarum et contristentur filiae toletanorum». Mortuus est autem pro peccato magno quod fecit contra Deum, scilicet quia occidit filiam suam quam habebat legitimae conjugis, quia ludebat cum quodam juvene, et non fuit misertus filiae suae sicut Dominus misericors erat illi in omnibus praeliis». (España Sagrada*, t. XXI, pág. 390.)

sía, que trae inmediatamente á la memoria el llanto de Andrómaca al final del libro XXII de la *Ilíada*. Pero no me atrevo á conjeturar si este trozo formó parte de una canción de gesta en que se narrasen las prósperas y adversas fortunas del alcaide de Toledo, ó si es un fragmento puramente lírico, unas *endechas* funerales, como las que en el siglo XV se cantaron en el Carmen de Lisboa, sobre la tumba del Condestable Nuño Alvarez Pereira, en la isla de Lanzarote sobre la muerte de Guillén Peraza, en Córdoba sobre la tragedia de los Comendadores, en Vizcaya con ocasión de varios duelos domésticos y venganzas de banderizos, según el testimonio de Garibay (1).

(1) El galano y pintoresco cronista de la casa de Niebla, Pedro Barrantes Maldonado, fantaseando quizá en este caso particular, pero dando testimonio de la inmemorial costumbre de las endechas, describe los funerales de D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, muerto á manos de infieles en la sierra de Gaucín el año 1309, con rasgos que recuerdan mucho la lamentación hecha por la muerte de Munio Alfonso:

«E todos sus vasallos de Don Alonso Perez de Guzman cortaron las colas á sus cavallos, como era costumbre de los castellanos cada vez que perdían el señor, é traxeron el cuerpo abierto y embalsamado... é muchas hachas y candelas encendidas, é con esta orden caminaron con el cuerpo para Sevilla, é pararon en Medina Çidonia, que la tenía D. Alonso Perez empeñada del Rey, é allí dixeron misas é responsos sobre su cuerpo, é de allí truxeron su cuerpo á la su villa de Sanlucar, donde enbarcandolo lo llevaron por el rio hasta la puente de Sevilla, é allegaron de noche, é allí salieron todos los canónigos, clerigos é frailes de todas las ordenes de la cibdad, é todos los cavalleros, hijos-dalgo é oficiales é gente menuda de la cibdad, porque era tan amado é bien quisto Don Alonso Perez de Guzman en Sevilla como nunca lo fue Señor en ella por las buenas obras que le hazía. Allí salió Doña Maria Alonso Coronel su muger, é sus hijas Doña Leonor é Doña Isabel cubiertas de xerga, é salieron con ellas todas las señoras principales cubiertas de luto, é todos grandes é ricos con hachas é velas de cera que tenian mandado hazer para aquel día; alli fueron los llantos, los lloros, los gemidos, tantos que fue cosa extraña é lastimosa de ver... é generalmente dezían: «O padre de Sevilla, que con tu muerte quedas tantas viudas é tantas huérfanas; no solo te pierde tu muger, hijos, parientes, criados, vasallos, mas piérdete Sevilla, hasta los mas baxos é mas olvidados que en ella viven, porque tu larga mano en el bien todo lo alcançava».

«Doña María Alonso Coronel ronca de llorar dezía: «¡O mi señor y mi bien! qué bien adivinaba yo aquesto, bien me lo dava el coraçon. Ya que

Aun en este caso tendremos en la *Chronica Adephonsi Imperatoris,* compuesta poco después de 1146, el más antiguo vestigio de un género de poesía lírica popular, muy enlazado con los romances (1).

En la rica mies histórica del reinado de Alfonso VII podemos descubrir los gérmenes de otra leyenda, la cual dió origen á romances que todavía se cantaban en el siglo XVII, según testimonio fidedigno, y de los cuales es posible que hoy mismo quede algún rastro. Trátase de aquel poderoso conde de las Asturias de Santillana, Rodrigo González, á quien nuestros historiadores montañeses llaman el *último señor de Cantabria*, cuyo dominio se extendía con soberano imperio en cuanto la costa santanderina abarca, entre las bocas del Asón y el Deva, y desde la marina á las vertientes septentrionales de las sie-

---

Dios fué servido de llevaros, lleváraos en vuestra casa y en mi presencia para que no sintiera tanto vuestra muerte, Señor; que no falleçistes vos en cama blanda, syno en sierras ásperas y en montes bravos; no en mis braços ni manos, syno a las manos de vuestros enemigos; no en tierra de christianos, syno en tierra de moros; no granjeando vuestra hazienda, syno sirviendo al Rey; no enboscado en vicios, syno exerçitando virtudes; no en las cosas del mundo, syno en servicio de Dios; no en los vuestros grandes palacios de Sevilla, syno en las asperas montañas de Gausin; no en vuestra tierra, syno en la agena». (*Memorial Histórico Español*, publicado por la Academia de la Historia, tomo IX, págs. 243-244.)

(1) El parricidio del caudillo toledano fué llevado á las tablas con gran fortuna por el estro arrogante de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en su tragedia *Alfonso Munio*, representada en 13 de Junio de 1844, y titulada luego con más propiedad histórica *Munio Alfonso*. La egregia poetisa cubana, que se preciaba de no sé qué fantástico parentesco con el alcaide de Toledo, encontró el argumento de su drama en el conocido libro genealógico de Rodrigo Méndez Silva: *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble de Nuño Alfonso, Alcaide de la ciudad de Toledo, Rico hombre de Castilla* (Madrid, 1648). Es de sentir que no consultase directamente la Crónica de Alfonso VII, para dar más color histórico á su drama, que así y todo tiene grandes bellezas. El tercer acto, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo eminentemente teatral; y si el efecto decae en el cuarto, no decaen ni un punto en todo el drama la noble entonación del estilo y la plenitud de la versificación, dentro del molde algo abstracto de la tragedia clásica.

rras castellanas (1). El P. Sota, autor muy crédulo en cuanto á las épocas fabulosas, pero nada despreciable en la segunda parte de su obra, que se apoya en un sólido aparato de privilegios y escrituras, compuso larga disertación sobre los hechos de este famoso caballero, tomando por guía la Crónica del Emperador y adicionándola con escrituras, memorias y tradiciones locales muy dignas de consideración (2).

Hijo mayor de D. Gonzalo Núñez, señor de Lara, ya en tiempo de Alfonso VI se titulaba *armigero del Rey* (esto es, su alférez mayor), y también *príncipe* y *potestad*. Casado en primeras nupcias con la infanta de Castilla Doña Sancha y en segundas con Doña Estefanía, hija del conde Armengol de

(1) *Costas y Montañas (Libro de un Caminante), por Juan García.* (Madrid, Tello, 1871, pág. 188.) Fué autor de este hermoso libro descriptivo é histórico de la provincia de Santander el erudito y elegantísimo escritor D. Amós de Escalante, recientemente arrebatado á las letras patrias y al cariño de sus amigos.

(2) *Chronica de los Principes de Asturias y Cantabria... Su autor el Padre Predicador Fr. Francisco Sota, de la Orden de San Benito, Chronista de Su Magestad... en Madrid: por Juan García Infanzon. Año de 1681.* (Págs. 544-581.)

Los extensos límites que Sota y otros autores asignan al señorío de Rodrigo González parecen confirmados por la famosa donación que en 1122 hizo al Monasterio de Santa María de Piasca (escritura 32 del Apéndice de Sota, pág. 663): «*Mandante Comite dompnus Rodericus, in Asturias et Castella et Lebana et Petras Nigras et Campoo et in Angulo*».

Por Castilla ha de entenderse aquí la montaña de Burgos solamente; por Asturias las de Santillana, pues no consta que en las de Oviedo poseyese nada el conde Rodrigo. Peñas Negras, Liébana, Campóo y el valle de Angulo, confinante con el de Mena, marcan los términos de su señorío por Occidente y Oriente, quedando incluída en él la mayor parte del territorio de la Cantabria romana.

Fr. Prudencio de Sandoval, que á pesar de vestir la cogulla benedictina estaba muy picado de la vanidad linajuda, tuvo el raro capricho de atribuir al conde Rodrigo González (sólo conocido por este patronímico ó por el apodo honorífico de *El Franco)* el apellido Girón, que ni consta en ningún documento ni es de su tiempo. El P. Sota, tildado, y no sin razón, de falta de crítica, mostró en este caso alguna más que Sandoval, rechazando aquella fantástica denominación y genealogía ideada para lisonjear á la nobilísima familia de los condes de Ureña, que para nada necesitaban de tales orígenes postizos.

Urgel, su poder y su arrogancia subieron de punto en medio de la anarquía del reinado de Doña Urraca. Haciendo alarde de una semiindependencia, llegó á anteponer en los privilegios y donaciones su nombre al de la Reina: «*Facta charta sub Principe nostro Roderico Gondisalvi et Regina Urraca in Legione*». Palabras que no deja de invocar el P. Sota en apoyo de su tesis favorita: «Que los condes de Asturias de Santillana eran soberanos propietarios de su estado, y no habido por merced de los Reyes, como también lo eran los de Vizcaya sus vecinos». Pero no era Alfonso VII, aun en su primera mocedad, príncipe que tolerase estos alardes de soberanía, y tanto el señor de Cantabria como su vecino y aliado el conde Gonzalo Peláez, de las Asturias de Oviedo, experimentaron muy pronto la dura mano del hijo de Raimundo de Borgoña. Gonzalo Peláez llegó á la rebeldía abierta y sostuvo una guerra de siete años, que le costó la pérdida de todos sus Estados de Asturias y Castilla, teniendo que refugiarse en Portugal, donde le sorprendió la muerte cuando preparaba una expedición naval para recuperar su señorío.

Desde sus primeras páginas nos presenta el anónimo toledano, cronista de Alfonso VII, á Rodrigo González y su hermano el conde D. Pedro de Lara como descontentos y recelosos del Rey, y gradúa de fingidas las seguridades de paz y muestras de sumisión que le dieron. Cuando en 1129 entró en Castilla D. Alfonso el Batallador con poderosa hueste aragonesa, talando y estragando la tierra, ni Rodrigo ni el de Lara respondieron al llamamiento de su legítimo monarca. Tal desacato no podía quedar impune, y al año siguiente, 1130, el rey de Castilla «subió á las Asturias de Santillana contra el conde Rodrigo y los otros rebeldes, y expugnó sus castillos, y los destruyó, y puso fuego á sus heredades, y taló sus viñas, y cortó sus árboles. Viendo el conde que de ninguna manera podía escapar de las manos del Rey, ni en los castillos, ni en los montes, ni en las cavernas, le envió mensajeros pidiéndole que viniese á coloquio con él junto al río que llaman

Pisuerga; con esta condición: que á cada uno acompañasen seis caballeros solamente. Consintió el Rey, y acudieron uno y otro al puesto aplazado, y entablaron su coloquio. Y como el Rey oyese del Conde algo que no le era lícito cir con paciencia, se enojó terriblemente, y le echó las manos al cuello, y entrambos juntamente cayeron de sus caballos en tierra. Viendo esto los soldados del Conde, se llenaron de terror, desampararon á su señor y huyeron. El Rey prendió al Conde, y le tuvo en cadenas hasta que le entregó todos sus castillos y señoríos. Entonces le puso en libertad, pero enteramente despojado y sin honra. Después de muchos días vino al Rey el mismo Conde, y se humilló ante él y reconoció la culpa que había cometido. Y el Rey, como era tan misericordioso, se apiadó de él y le dió la alcaidía ó gobierno de Toledo y grandes honores en Extremadura y en Castilla, y el mismo Conde emprendió muchas guerras contra los sarracenos, y cautivó muchos de ellos, y alcanzó grandes despojos de su tierra».

Salta á los ojos del más distraído la analogía, ó más bien la identidad, entre este paso histórico y un famoso episodio de los cantares de gesta de Fernán González, que conocemos por la segunda *Crónica general* (de 1344) y por los romances. La entrevista de Alfonso VII y el señor de Cantabria en la margen del Pisuerga es punto por punto la del rey de León y el conde de Castilla en el vado de Carrión, aunque en el texto épico toda la ventaja está de parte del rebelde:

El Rey, como era risueño,—la su mula revolvió;
El Conde con lozanía—su caballo arremetió;
Con el agua y el arena—al buen rey ensalpicó.
Allí hablara el buen Rey—su gesto muy demudado:
«Buen conde Fernán González—mucho soys desmesurado.
Sino fuera por las treguas—que los monjes nos han dado,
La cabeza de los hombros—yo vos la oviera quitado.
Con la sangre que os sacara—yo tiñera aqueste vado».

Y como la Crónica de Alfonso VII es coetánea de los hechos que narra, y enteramente histórica en su contenido, hay que rechazar la hipótesis de que atribuyese una tradición épica á un personaje actual. Lo contrario es lo verosímil: la anéc-

dota de Rodrigo González, que fué cantada, según indicios que apuntaré después, es la que debió de servir de tipo, cuando la memoria de aquel turbulento prócer iba cayendo en olvido fuera de su tierra natal, para aplicársela á otros héroes épicos de más universal nombradía. No sólo sirvió de paradigma para la de Fernán González, sino que remotamente influyó en otros ciclos, como el de las mocedades del Cid. Tenemos, pues, un nuevo argumento cronológico para retrasar la fecha del segundo cantar de Fernán González y del *Rodrigo*, que efectivamente faltan en la primera *Crónica general*. Y tenemos un nuevo ejemplo del carácter profundamente histórico de la epopeya castellana, que hasta cuando parece inventar no hace más que trasponer y acomodar á sus héroes lances de la vida real.

Digno sucesor de Alvar Fáñez y de Gutierre Armíldez en la alcaidía de Toledo, puesto de honor de la frontera castellana, hizo Rodrigo González diversas entradas en Andalucía por el puerto de Muradal. La Crónica latina, que le menciona siempre con títulos honoríficos, como los de *Cónsul* y *Príncipe de la Milicia toledana*, describe de esta manera una de sus empresas, que puede dar idea de las restantes:

«Bajó á tierra de Sevilla, y destruyó toda aquella región, hizo muchos estragos é incendios, mandó cortar todos los árboles fructíferos, trajo en cautiverio hombres, mujeres y párvulos sin número, aquirió grandes despojos, oro y plata, vestiduras preciosísimas, caballos y yeguas, asnos, bueyes y vacas, y todo género de ganados. Viendo esta devastación el Rey de Sevilla, convocó muchos millares de Moabitas, Arabes y Agarenos de las islas de la mar, y de sus costas, y de sus vecinos y amigos, y muchos príncipes y caudillos, y fué á sorprender el campamento del *Cónsul*. Pero á éste no se le ocultó el peligro, y sacando su ejército al campo, le ordenó en batalla contra los Sarracenos. Dividió la gente de á pie en dos haces ó escuadrones, y puso con ellos á los ballesteros y honderos, y en el centro colocó á sus más fuertes soldados. Des-

pués ordenó las milicias de Avila contra los Arabes, las de Segovia contra los Moabitas (Almoravides) y Agarenos. El Cónsul se quedó en la retaguardia con las milicias de Toledo y de allende la Sierra y de Castilla, para poder prestar ayuda á los débiles y asistencia á los heridos. Trabada la pelea, los Sarracenos hacían grande estrépito con trompetas de metal, tambores y voces, é invocaban á Mahoma: los Cristianos desde el fondo de su corazón invocaban al Señor y á la Santísima Virgen y á Santiago, para que tuviesen misericordia de ellos y no se acordasen de los pecados de sus Reyes, ni de los suyos propios, ni de los de sus padres. Cayeron muchos heridos de una parte y otra. Finalmente, viendo el Conde que la parte más fuerte del ejército contrario era la que mandaba el Rey de Sevilla, cargó con terrible ímpetu sobre ellos, y el Rey de Sevilla sucumbió peleando, y con él murieron muchos Príncipes y caudillos, y toda la hueste de los Sarracenos fué desbaratada y se entregó á la fuga. El Cónsul fué siguiendo el alcance hasta las puertas de Sevilla, y después de recoger un rico botín, comenzó á retirarse hacia su campo, y de allí á Toledo, donde entró con todo su ejército, bendiciendo y alabando al Señor, que salva á los que en él esperan».

Muchas más debieron de ser las *fortísimas batallas* que venció el Conde Rodrigo, puesto que el cronista dice expresamente que no están todas escritas en su libro. Pero no bastaron todas ellas para que el prudente y enérgico Emperador Don Alfonso le permitiese nunca volver á su tierra montañesa ni tener ningún señorío en ella, sin duda por la razón que apunta el P. Sota, es á saber: por la importancia que el glorioso conquistador de Almería tenía que dar al dominio de la única zona marítima de Castilla la Vieja y á la posesión de un puerto tan seguro y capaz como el de Santander.

Viendo al Rey enojado siempre y de mal talante, determinó Rodrigo González en 1137 retirarse de su servicio y buscar en más remotos campos las sangrientas palmas de la victoria. Renunció, pues, á la alcaidía de Toledo y á los demás honores

y señoríos que del Rey tenía, y partió á la Tierra Santa, no como peregrino, sino como cruzado. En la guerra de Ultramar fué tan temida su lanza como en las campañas de Andalucía, y cuando ya se disponía á volver á España, fabricó, enfrente de Ascalona, un castillo fortísimo, que llamó *Torón;* y habiéndole guarnecido de caballeros, peones y bastimentos, se le entregó á los templarios para su defensa y custodia, y tornó á pasar el mar, con esperanza de que sus nuevas proezas hubiesen desarmado la cólera de Alfonso. Pero, como dice melancólicamente la *Crónica*, «ni siquiera vió la cara del Rey, ni fué recibido en Castilla en las heredades de sus padres», y errante y despechado volvió á expatriarse, sirviendo sucesivamente al Conde de Barcelona y al Rey de Navarra, y, por último, á Abengamía, príncipe de los Sarracenos de Valencia. Su mal destino parecía encarnizarse cada vez más. La *Crónica* refiere con su mortificante laconismo que los Sarracenos le propinaron un tósigo que no tuvo fuerza para matarle, pero que le cubrió de lepra. Con la esperanza de obtener sobrenatural curación ó de morir al menos junto al sepulcro de Cristo, se embarcó de nuevo para Palestina, y en Jerusalén acabó su trabajosa y desventurada vida (1).

Los pormenores que la *Crónica* calla los conservó la tradición recogida por D. Juan Manuel en las doctrinales y sabrosas páginas de *El Conde Lucanor* (enxemplo 44 de la edición de Argote). Para honra de la lealtad castellana consignó los nombres de los tres fieles compañeros de armas del Conde que le siguieron en su postrera y dolorosa peregrinación y le asistieron con heróica caridad y transportaron sus huesos á Castilla: Pero Núñez de Fuente Almexir, D. Roy González de Zaballos, D. Gutierre Rodríguez de Languerella, montañés el segundo de ellos y antiguo vasallo ó cliente de Rodrigo. Pero

(1) Los pasajes de la Crónica de Alfonso VII, en que va fundada esta biografía, pueden verse en la edición de Flórez, págs. 322, 329, 338, 365 y 367. No es fácil concertar las fechas, por el desorden cronológico de dicha Historia latina.

no conviene abreviar en nuestra seca prosa lo que tan galanamente escribió el mèjor prosista español de los tiempos medios:

«El conde don Rodrigo el Franco fué casado con una dueña, hija de don Gil García de Azagra (1), et fué muy buena dueña; et el conde su marido asacól falso testimonio; et quejándose desto fizo su oración á Dios, que si ella era culpada, que mostrase su milagro en ella; et si el conde le asacara falso testimonio, que lo mostrase en él. Et luego que la oración fué acabada, por el milagro de Dios engafeció el conde, et ella partióse dél, et luego que fueron partidos envió el rey de Navarra los mandaderos á la dueña, et casó con ella, et fué reina de Navarra. Et el conde, siendo gafo, et viendo que non podía guarescer, fuése para la tierra santa en romería, para ir morir allá: et como quier que era muy ondrado et tobía muchos buenos vasallos, non fueron con él sinon estos tres caballeros dichos, et moraron allá tanto tiempo, que les non cumplía lo que llevaron de su tierra, et hobieron de venir á tan gran pobreza, que non habían que dar al conde su señor á comer: et por la gran mengua alquilábanse cada día en la plaza los dos, et el uno fincaba con el conde, et de lo que ganaban gobernaban á su señor: et asimismo cada noche bañaban al conde et limpiábanle las llagas de la gafedat. Et acaesció que en bañándole una noche los brazos et las piernas, que por aventura hobieron mester escopir, et escopieron. Et cuando el conde vió que todos escopieron, cuidando que lo facían por asco que dél tomaban, comenzó á llorar et á quejarse de grant pesar et quebranto del asco que dél hobieron. Et porque el conde entendiese que non hobieran asco de la su dolencia, tomaron con las manos de aquel agua que estaba llena del podre et de las postillas que le salían de las llagas que el conde había, et bebieron della muy grand pieza. Et pasando con el conde tal vida, fincaron con él fasta que el conde murió. Et porque ellos

(1) De esta mujer de Rodrigo, que por la cuenta sería la tercera, no hay noticia en ningún otro documento.

tovieron que les sería mengua tornar á Castilla sin su señor vivo ó muerto, non quisieron tornar sin él. Et como quier que les decían quel ficiesen cocer, et que levasen los sus huesos, dixieron ellos que tampoco consentirían que ninguno pusiese la mano en su señor, siendo finado como siendo vivo, et non consintieron que le cociesen; mas enterrarónlo et lo esperaron fasta que fué toda carne desfecha, et metieron los huesos en una arqueta, et traíenlos á veces á cuestas. Et así vinían pidiendo las raciones, trayendo su señor acuestas; pero traían testimonio de todo esto que les había acaescido. Et viniendo ellos tan pobres, pero bien andantes, llegaron á tierra de Tolosa, et entraron por una villa, et toparon con grand gente que llevaban á quemar á una dueña ondrada, porque la acusaba un hermano de su marido, et decía que si algunt caballero non salvase á la dueña, que cumpliesen en ella aquella justicia: et non fallaban caballero que la salvase. Et desque don Pero Núñez, el leal et de buena ventura, entendió que por su mengua de caballero facían aquella justicia de aquella dueña, dijo á sus compañeros que si él sopiese que la dueña era sin culpa, que él la salvaría; et fuése luego para la dueña et preguntóle la verdad del fecho. Ella le dixo que ciertamente ella nunca ficiera aquel yerro de que la acusaban; mas que fuera su talante de lo facer. Como don Pero Núñez entendió que ella de su talante quisiera facer lo que non debía, asmó que non podía ser que algunt mal non le aconteciese al que la quisiese salvar: pero pues él lo había comenzado, et sabía que non ficiera todo el yerro de lo que la acusaban, dixo que él la salvaría. Et como quier que los acusadores le cuidaron desechar diciendo que non era caballero, desque mostró el testimonio que traía non lo pudieron desechar, et los parientes de la dueña diéronle caballo et armas; et ante que entrase en el campo dixo á sus parientes que con la mercet de Dios que él fincaría con honra et que salvaría la dueña; mas que non podía ser que á él non le aviniese alguna ocasión por lo que la dueña quisiera facer. Et desque entraron en el campo ayudó Dios á don Pero Núñez,

et venció la lid et salvó la dueña, pero perdió don Pero Núñez el ojo, et así se cumplió todo lo que don Pero Núñez dixiera ante que entrase en el campo; et la dueña et sus parientes dieron tanto de haber á don Pero Núñez, con que pudieron traer los huesos del conde su señor, ya cuanto más sin la lacería que ante. Et cuando las nuevas llegaron al rey de Castiella de cómo aquellos bien andantes caballeros venían et traían los huesos del conde su señor, et como venien tan bien andantes, plógole mucho ende et gradesció mucho á Dios porque eran de su reino omes que tal cosa ficieron, et envióles mandar que viniesen de pié así mal vestidos como venían; et el día que hobieron de entrar en el su reino de Castilla, saliólos á rescibir el rey de pié bien cinco leguas antes que llegasen al su reino; et fizoles tanto bien, que hoy día son heredados los que vienen de su linaje de lo que el rey les dió. Et el rey et todos cuantos venían con él, por facer honra al conde señaladamente, et por la facer á los caballeros fueron con los huesos del conde fasta Osma, do los enterraron; et desque fué enterrado, fuéronse los caballeros para sus casas; et el día que don Roy González llegó á su casa, cuando se asentó á la mesa con su mujer, desque la buena dueña vió la vianda ante sí, alzó las manos á Dios et dixo: «Señor, bendito seas tú, que me dexaste ver este día, ca tú sabes que después que Roy González se partió desta tierra, que esta es la primera carne que yo comí et el primer vino que yo bebí». A don Roy González pesóle desto, et preguntóle que por qué lo ficiera; ella dixo que bien sabía él que cuando se fuera con el conde; que le dixiera que nunca tornaría sin el conde, et que ella viviese como buena dueña, que nunca le menguaría pan et agua en su casa; et pues él esto le dixiera, que non era razón que le saliese de mandado, et que por esto non comiera nin bebiera sinon pan et agua. Et otrosí, desque don Pero Núñez llegó á su casa, desque fincaron él et sus parientes et su mujer sin otra compaña, la buena dueña et sus parientes con el grand placer que habían, comenzaron á reir, et cuidó don Pero Núñez que hacían escarnio dél porque per-

diera el ojo, et cubrió el manto por la cabeza, et echóse muy triste en la cama. Et cuando la buena dueña lo vió ansí triste, hobo ende muy grant pesar; et tanto le afincó, fasta que le hobo de decir que se sentía mucho porque facían escarnio por el ojo que perdiera. Et cuando la buena dueña esto oyó, dióse con una aguja en su ojo, et quebrólo, et dixo á don Pero Núñez que aquello ficiera ella porque si alguna vez riyesen, nunca cuidase él que reían dél por le facer escarnio; et así fizo Dios bien en aquellos caballeros buenos por el bien que ficieron».

No es imposible que algunas de las aventuras narradas en este *exemplo* de tan noble elevación moral hubiesen recibido forma poética antes de D. Juan Manuel. En el *Libro de Patronio* no faltan elementos épicos; y lo es desde luego el exemplo XXXVII «de la respuesta que dió el conde Fernán González á sus gentes después que hobo vencido la batalla de Hacinas». Además, la falsa acusación de la dueña de Tolosa es un lugar común de la poesía caballeresca, aunque presentado aquí con mucha novedad y con inesperado ingeniosísimo desenlace, que sirve luego para un heroico y bárbaro rasgo de ternura conyugal. Pero también puede suponerse que se trata de anécdotas transmitidas de boca en boca desde los tiempos del Conde Rodrigo y de sus compañeros, y en la duda, á esto me inclino.

Lo que no puede dudarse es que á fines del siglo XVII se conservaban todavía en la Montaña romances de su postrer señor, y que el P. Sota los oyó cantar. «*A la prisión del Conde* (dice) *se hizo un romance, que hasta hoy canta la juventud de Asturias de Santillana en sus bayles y danzas, y comienza de esta manera:*

Preso le llevan al Conde,—preso y mal encadenado...»

¿Qué romance sería éste? En la tradición asturiana (de las Asturias de Oviedo, se entiende) ha encontrado el Sr. Menéndez Pidal (D. Juan) uno cuyo principio es casi idéntico:

Preso va el Conde, preso—preso y muy bien amarrado...

Pero éste parece referirse al Conde de Saldaña y á Bernardo del Carpio, y de ningún modo á Rodrigo González, á quien ninguna tradición acusa de haber «encintado una niña en el camino de Santiago». Quizá por un caso de *contaminación* y de trasposición, de los que son tan frecuentes en la poesía popular, el personaje más célebre, aunque fuese fabuloso, suplantó al histórico cuando se extinguió la memoria de éste, nunca muy popular fuera de sus montañas, y en ellas mismas olvidado hoy; y el principio del romance de la prisión del Conde sirvió para encabezar otro romance enteramente novelesco, pero que conserva rastros de una antiquísima leyenda.

No creemos que el P. Sota pudiera engañarse enteramente sobre el sentido del romance que se cantaba en su tiempo en las romerías montañesas, porque el recuerdo tradicional de aquella especie de reyezuelo que osó desafiar desde las breñas cantábricas el poder de tan gran monarca como el Emperador, no sólo vivía en labios del pueblo, sino que estaba vinculado á ciertos lugares donde se pretendía encontrar vestigios de las fortalezas que allanó Alfonso VII para establecer su omnímodo poder en Cantabria. El P. Sota, que no era falsario, aunque tratándose de los tiempos primitivos diera asenso por credulidad ó espíritu novelero á grandísimas falsedades, recogió estos dichos del vulgo, interpretándolos á su manera, en un pasaje curiosísimo (á lo menos para los montañeses), no á título de historia, sino á título de *folk-lore*. «Los castillos de nuestro desdichado Conde Rodrigo, y casas fuertes de sus parientes y secuaces, que destruyó el rey D. Alfonso séptimo, fueron en gran número, según las muchas ruinas que de ellos hoy se ven en Asturias de Santillana. El primero fué el palacio del mismo Conde, que era á modo de castillo roquero, según los vestigios que de él han quedado sobre el llano de una alta peña en el lugar de Igollo del valle de Camargo. En medio del trecho que hay de allí á la villa de Santander, distante una legua de tierra llana, se erige un escollo solo y sin conexión con otro alguno, cuyo ámbito es de un cuarto de le-

gua; pero de tanta altura, que de su eminencia se alcanza á ver grandísimo trecho del mar Occéano, y sobre ella están los cimientos de un castillo antiquísimo, á cuya causa llaman á este escollo la Peña Castillo. Hubo de ser atalaya para ver cuándo venían los enemigos por la mar, porque para habitación no era conveniente, por ser de gran fatiga su ascenso y descenso. Era tan fuerte de naturaleza, que cuatro hombres le podían defender de un poderoso cerco con sólo desgajar peñas desde su eminencia... Otro está á tres cuartos de legua de Igollo y una de Santander, en un cerro muy alto que cae sobre el mar; pero no es inaccesible como el que acabamos de referir. Este se llama el Castillo de Liencres, por estar debaxo de él un lugar de este nombre. Y parece que fué quemado y no demolido, porque perseveran sus paredes, pero sin madera alguna ni teja. Estos tres castillos eran del Conde, y otros que tenía por diversas partes de su estado» (1).

M. Menéndez y Pelayo

(1) Sota, pág. 564.

EL EVEMERISMO DE SPENCER

I

«Si alguna vez llega á proclamarse la verdadera teoría, la conoceremos por el siguiente signo: su solución de muchos enigmas.» Con estas palabras de Emerson doy comienzo á un artículo que habrá de recordarnos una de las teorías más verdaderas é importantes en sus consecuencias, pero al propio tiempo, y quizás por esta misma razón, una de las menos ciertas en sus principios. El objeto del método experimental de la mitología comparada es enseñarnos en qué caso está adulterada una concepción ó el nombre de una divinidad, y dar el medio de restaurarla en su integridad primitiva; pero si empezamos por aferrarnos á un determinado *sistema*, nos privaremos del único medio posible de llegar á la verdad objetiva, haremos de la ciencia mitológica una serie de deducciones de un postulado mal establecido, y entonces veremos realizada esta contradicción tan elocuente: de un lado, una lógica incontrastable, un encadenamiento dialéctico y verdaderamente riguroso; de otro lado, fundamentos flojísimos que bastan por sí solos para deshacer los castillos fundados sobre ellos.

Tal contemplo la aplicación del sistema *histórico* al criterio con que deben juzgarse los mitos primitivos. Aparece por primera vez en el siglo IV (A. C.) con *Evemero*, para quien los

dioses de la fábula habían sido hombres ilustres que después de muertos alcanzaron la veneración de sus semejantes y el honor de ser divinizados (1). Resultó de este modo de ver (en las derivaciones de la teoría y contra el propósito mismo del maestro) cierta ligereza histórica, cierta mitografía grotesca, y no sé qué novela de los símbolos primitivos, de los misterios primitivos, que convirtió las fábulas más venerables en un conjunto cronológico, en una especie de narración divertida y convencional. De aquí dimanan todas aquellas ficciones de Ovidio en sus *Cartas á Emilia*, ficciones que han apoyado siempre, desde Boccacio á Demoustier, y desde Demoustier á Mascarilla, todos los cristianos que no han tenido el desinterés intelectual suficiente para reproducir dentro de sí las intuiciones de las primeras edades, y muchos de los paganos que habían dejado de comprender el significado de su propia religión. Esa interpretación mitológica de los cortesanos y de los poetas, amigos de cantar picantes metamorfosis, no sirvió sino para sustituir los cuentos más equívocos á los más antiguos y respetables *theologóumenos*, hijos de la imaginación primitiva.

Los filósofos del paganismo, que conservaban aún cierto respeto hacia los fundamentos objetivos de la fe de sus mayores, tacharon de falso el punto de vista evemérico en mitología. Así Cicerón, Plutarco, Eliano y otros. Por el contrario, algunos de los primeros apologistas del Cristianismo y de los primeros Padres de la Iglesia, Hermias, Taciano, Atenágoras, Eusebio, Arnobio, Lactancio, Clemente Alejandrino, San Agustín, etc., lo adoptaron y eligieron entre todos los métodos de exégesis preferidas por la sabiduría pagana, como uno de los más fuertes para empezar la acometida con él como con un ariete. Esta táctica apologética, muy propia de épocas de polémica, nos representa toda una clase de otras análogas, que llevan, como esa, en la frente la señal de su origen malicioso. Lo que añade

(1) Consúltese á Block, *Evhémére, son livre et sa doctrine*, I, 1.

una dificultad, y muy grave, á las demás de que semejante táctica está erizada, es la inclinación funesta del polemista á mostrar en su aspecto ridículo la concepción que refuta, para procurarse el placer de llamar la atención sobre los errores que él mismo ha añadido; método, en verdad, fácil, pues nada hay en el mundo, por elevado y sublime que sea, que no tenga su lado cómico; pero método contraproducente, porque tales juicios deponen contra el que los emite, dándole á él mismo un testimonio contundente de pobreza intelectual. Así como en tiempo de Voltaire estuvo de moda entre cierta gente el hacer burla y chacota de religiones como el Judaísmo y el Cristianismo, y citar párrafos ingenuos ó regionalistas de la Biblia, para hacer con ellos reir á los tontos, en tiempo de los primeros apologistas y Padres estuvo de moda el hacer aplicación del evemerismo, con el designio y propósito de ridiculizar el Paganismo y desacreditar sus mitos con el arma de la ironía y de la mordacidad. Esta campaña apologético-polémica sólo presenta cierta solidez en algunos pormenores y como exposición crítica de un paganismo mal entendido. El conjunto es un juego de sombras para niños grandes. Nada más lamentable, á la verdad, que el que los Padres cristianos, con reconocer la parte sobrenatural, ó, como ellos la juzgaban, infernal del Paganismo, hayan destruído con sus propias manos la gran ventaja que de otro modo hubiéramos podido sacar de las concesiones liberales de nuestros adversarios (1).

Hay un grupo de eruditos de los siglos XVI y XVII, que superficialmente considerados y atendiendo á sus propias declaraciones, parece que habría que colocar en el número de los evemeristas, aunque, bien mirado, su evemerismo era puramente exterior y retórico, y más que otra cosa un sistema de explicaciones alegóricas harto superficial. Me refiero á Leclerc, Larcher, Clavier, Petit-Badel y demás mitólogos de la escuela

(1) Gibbon, *History of the decline and fall of the Roman Empire*, XVI.

clásica. Mejor éxito tuvo una tentativa del teólogo tradicionalista Huet, que en su famosa *Demonstratio evangelica*, publicada en 1677, trató de probar, siguiendo los pasos de Bossuet, la identidad de la persona de *Moisés* con la de *Zoroastro*, *Orfeo*, *Adonis*, *Tammuz*, *Marna*, *Priapo*, etc. El mismo método, con un objetivo más histórico, indujo á otros exegetas á buscar en *Saturno* á *Noé*, en *Júpiter* á *Cam*, en *Neptuno* á *Jafet*, en *Plutón* á *Sem*, en *Baco* á *Nemrot*, en *Mercurio* á *Canaán*. Bochart habíalo entrevisto bien, y las últimas páginas del prefacio del primer libro de *Geographia Sacra* prueban que en sus postreros años había llegado, acerca de la paridad evemérica de esos mitos, á las analogías más ridículas. Por distinto camino buscó Vossio (1668) la clave en su tratado *De theologia gentili et philosophia christiana*, pues identificó á *Saturno* con *Adán*, *Prometeo* con *Noé*, *Plutón* con *Jafet* y *Minerva* con *Naama*. Apoyándose en estos autores, Banier publicó en el siglo XVIII una obra titulada *La Mythologie et les fables expliquées par l'histoire*, cuyo título claramente indica que se propuso defender las fábulas como historias verdaderas de los tiempos primitivos. Todavía en 1858, un hombre como Gladstone (1) se empeñaba en descubrir en la mitología griega un vislumbre de la historia de los hebreos, y en *Júpiter*, *Apolo* y *Minerva* una reminiscencia de la Trinidad Cristiana, así como Cresus entrevió en la *Odisea* la historia de los Patriarcas, y en la *Iliada* la toma de Jericó.

Huelga decir que semejante evemerismo ortodoxo nada tiene de común con el evemerismo primitivo ni con el que aquí vamos á estudiar. Tampoco creo necesario insinuar el poco éxito que ha logrado en el siglo XIX. Las tentativas de Cresus y Gladstone han sido dos esfuerzos aislados, desacreditados y muertos al nacer. Pero no se puede menos de convenir en que las mitologías naturalistas y racionalistas que estuvieron en moda, después de la ruina de la teología tradicional,

(1) *Study on Homer*, I, 1.

en Francia y Alemania, resultaron no menos infecundas. Por un lado, se quiso derivar el sentimiento religioso de las supersticiones fetichistas, olvidando otros muchos elementos que hay que tomar en cuenta. Por otro lado, se pretendió reducir los gérmenes de los mitos y del culto á fórmulas abstractas, vagas y filosóficas, de todo punto inaplicables á una sociedad rudimentaria, é incompatibles con la estructura mental de los hombres primitivos. Así, en dos divergentes direcciones surgió el espíritu de la mitología moderna desde un solo centro que no era en rigor histórico ni sociológico, sino intelectualista y metafísico.

No tardó en aparecer en Inglaterra la reacción que infaliblemente sigue á las doctrinas exageradas. Spencer, sabio universal, pensador profundo y de gran iniciativa, cuya muerte, ocurrida recientemente, ha llenado de duelo á Europa, tuvo el mérito de oponerse á idealistas y positivistas, penetrando profundamente en el fondo *social*, humano, directo de las religiones, por la vivacidad y la pasión de su dialéctica mitológica. Ha sido sin duda el primero en señalar la analogía palmaria de la *muerte* y de la idea religiosa, así como la relación estrecha entre la muerte recordada y conmemorada y las prácticas religiosas. Para él, la base de la religión no fué propiamente el mito, sino el culto; y el primitivo y más fundamental de todos los cultos fué el de los muertos. Este culto no ha podido manifestarse sino muy vagamente en el período mítico, y no ha aparecido sino muy confusamente en el período místico de las religiones. Sin embargo, por todas partes descubrimos la huella indeleble que ha dejado en dogmas, ceremonias y ritos. Spencer recorre con este prejuicio el ciclo de las creencias primitivas; toma sus datos de la historia, de la antropología y de la sociología; convierte los relatos de viajeros en un arsenal de sistematizaciones; encadena y baraja los relatos y los hechos para su objeto, y los presenta desfigurados, pero hábilmente combinados, con tanto rigor como ingeniosidad.

Tenemos aquí un ejemplo palmario de la manera como se falsifica una hipótesis con datos verdaderos, *envolviéndola* más bien que *fundándola* en ellos, esto es, dándole significación diferente de la que le es propia. Cuando se comparan las numerosas explicaciones seudo-empíricas de Spencer, es interesante advertir qué escrupulosamente compulsadas y certificadas están las noticias que aduce, cuán exactos son los detalles y cómo con cada explicación todo su edificio doctrinal parece volverse más completo, redondeado y seguro. Pero cuando se sabe, como debe saberlo el mitólogo de profesión, que Spencer no hace sino seleccionar y agrupar, con gran maña en la perspectiva, pormenores sin ilación alguna, se colige inmediatamente que su evemerismo es falso y que no hay un solo hecho que lo confirme. Poco tardaremos en verlo.

II

No es Spencer, aunque así se dice ordinariamente, sino Vico, el verdadero padre del evemerismo moderno; y voy á demostrar con toda claridad en qué grado de filiación se encuentra con relación á la sociología spenceriana, no sólo desde el punto de vista *necrolátrico*, que es el capital en ella, sino desde el punto de vista familiar ó doméstico. Nadie más respetuoso con el catolicismo que Vico, en cuanto á la forma de su enseñanza, que es siempre escolástica y mezclada de racionalismo y de piedad; pero en el fondo de su evolucionismo mitigado, como en todas las concepciones del mismo orden que la historia nos presenta, se ve claramente luchar la influencia secular del sistema evemérico. Partiendo (1) de que el desenvolvimiento de la humanidad y las vicisitudes de su civilización tienen por base tres ideas fundamentales, que son

(1) Consúltense sus *Principi d'una sciencia nuova intorno alla commune natura delle nazioni*, I, 3.

la *Providencia divina*, la *virtud moral* ó moderación de las pasiones y la *inmortalidad del alma* humana, dice que estas tres ideas fundamentales del género humano se hallan representadas y como encarnadas en tres hechos ó instituciones tan primitivas y universales como aquéllas; es á saber, la *religión*, el *matrimonio* solemne y la *sepultura* de los muertos, puesto que las naciones, ora bárbaras, ora civilizadas, todas tienen una religión cualquiera, todas contraen matrimonios solemnes, todas sepultan sus muertos, acompañando estos actos con ceremonias augustas y santas. «En todas las naciones, siquiera sean las más salvajes y bárbaras, ningún acto de la vida es rodeado y realzado con ceremonias más augustas, con solemnidades más santas que los actos que se refieren á la religión, al matrimonio y á la sepultura». «Por esta razón he tomado esas tres costumbres eternas y universales por los tres principios de la ciencia nueva». Y la marcha de las cosas en el proceso histórico ofrece, según Vico, una gran conformidad con las mencionadas ideas. De aquí la división de la historia en tres períodos, que son: el período *divino* ó teocrático, el período *heroico* y el período *humano* ó civilizado, á los cuales corresponden tres estados ó fases del lenguaje, á saber: el *sagrado* ó jeroglífico, el *metafórico* ó poético y el *articulado* ó perfecto, propio de las naciones civilizadas.

Creo innecesario advertir que los detalles de esta teoría son completamente inaceptables ante los progresos de la ciencia contemporánea. Lo que constituye la gloria de Vico es que en el siglo XVII ha podido delinear una filosofía de la historia, rompiendo la tela de araña en que había envuelto á la humanidad viviente el fatalismo providencial de San Agustín y Bossuet. Aun su mismo criterio evemérico no puede, en principio, considerarse enteramente absurdo. La sociedad, bajo su forma primitiva de familia, tribu ó nación, era un compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo lo constituían el suelo, la raza, la lengua, las montañas, los ríos y las producciones características; el alma, en cuanto base colectiva del sentimiento reli-

gioso, la constituían los recuerdos, las costumbres, las leyendas, las dichas, las esperanzas y los pesares comunes. Mirada por este lado, es innegable que la religión de los hombres primitivos era una relación social, patriarcal y nacional con el pasado. La patria la formaban entonces los altares de los dioses y las tumbas de los ascendientes; se era conciudadano por la comunidad de recuerdos y de esperanzas; según se forjaba el Olimpo, así se organizaba la ciudad.

De aquí resulta que la concepción de la religiosidad primitiva como culto á los antepasados, concepción que de ordinario se atribuye á Spencer, aunque acabamos de ver, y aún veremos en seguida mejor, que no está completamente claro hasta qué punto pertenece su paternidad al sabio inglés, puede ser aceptada en un sentido general, y aun considerada como inatacable dentro de los límites genuinamente sociológicos. Se tiene como aforismo incontrovertible en nuestra ciencia que la naturaleza común de los pueblos, base y fundamento, según Vico, de las civilizaciones que aparecen en la historia, se revela y manifiesta por la religión, el matrimonio y la sepultura. En términos experimentales y positivos, esto quiere decir que la religión, el matrimonio y la sepultura son en la vida de la sociedad, ó lo que es lo mismo, en la correspondencia siempre completa y perfecta de sus órganos y de sus funciones, las primeras manifestaciones de su equilibrio inestable, las formas primitivas y universales de su organismo y de su diferenciación universal.

Concedamos todavía á Vico y á Spencer otras coincidencias que á mí me ocurren y que son favorables á su teoría. Desde el punto de vista de su propagación histórica, la religión, si ha sido al comienzo un mero culto á los antepasados, no debió salir por de pronto de la esfera de la *tradición* y de la *familia*. Y antes de pasar adelante, para no confundir la propagación con el origen, habrá que desembarazarnos provisionalmente del último. Ahora bien, nada más fácil. Mi modo de concebir el origen de la religión es muy sencillo. El

hombre ha nacido para la fe: tal es su naturaleza y la primera necesidad de su inteligencia y de su corazón. Y digo que el hombre ha nacido para la fe, no porque ésta tenga un origen sobrenatural; antes al contrario, porque tiene un origen natural, tan natural como el de la función física de la nutrición. Preguntar cómo al escudriñar el universo el hombre cree, equivale á preguntar cómo al sentir hambre el hombre come. ¿Acaso no experimenta, paralelamente á las orgánicas, cierto número de necesidades que toman su origen de su constitución espiritual y no pueden ser satisfechas por las fuerzas de la naturaleza?

Pero ahora se pregunta: ¿cuáles han sido los medios por los que la religión se ha difundido entre los mortales? El primer medio histórico fué, sin duda, la comunicación, la tradición. La tradición constituye, en efecto, el punto de partida de la religión, y se encuentra en todas las sociedades. Aunque tenga poco valor histórico, representa una alta función social para la vida religiosa, cuyas creencias trasporta, por decirlo así, á través de las edades (1).

Pero la tradición sólo es duradera cuando se funda en razones interiores. La tradición no se sigue ni se conserva sin algún motivo de carácter psicológico y personal. He aquí algo de lo que ni Vico ni Spencer parecen haber tenido la menor idea.

Seguiré siendo generoso en mis concesiones. Si de la familia se trata, convendré en que la religión á este respecto nunca desmiente su origen; es decir, que más bien se propaga y sostiene por las instituciones familiares que por otras en apariencia más á propósito. En efecto: un examen detenido nos probará que es fuerza reconocer en las costumbres domésticas de carácter altruísta una causa poderosa de renovaciones sociales. ¡Cuántas nuevas doctrinas encontraron en ellas la base de

(1) Fechner, *Zend-Avesta*, I, 238; Latelier, *La evolución de la historia*, II, 104.

su propagación! Así aconsejaba Cristo á sus discípulos que propagasen la suya, y de esa predicación á domicilio se valieron los Apóstoles para cumplir su civilizadora misión. Aunque no siempre, por razones circunstanciales, fuesen bien recibidos, en la mayoría de las ocasiones, y á pesar del establecimiento de las hosterías (1) en las grandes ciudades, aprovecharon aquel antiguo derecho público para comenzar su evangelización en el hogar doméstico, é iban de pueblo en pueblo recibiendo hospitalidad, ó, mejor, tomándola ellos mismos.

Aún no he terminado de conceder postulados á Vico y Spencer. Les concederé también que el carácter de la religión primitiva puede esclarecerse, no sólo estudiando sus manifestaciones místicas, sino sus manifestaciones sociales. Pero estas últimas son susceptibles de ser entendidas muy antinómicamente, y recuerdo con este motivo lo que escribí en otro artículo (2): «Querer de una manera absoluta convertir á la religión en un fenómeno puramente social, es olvidar que el origen, la esencia misma de la religión, está en una idea antisocial y negativa: la idea de la muerte. Se ha dicho con exactitud que la religión es filosofía de la muerte, al modo que la filosofía es religión de la vida (3). El hombre verdaderamente reli-

(1) Esto significa en los idiomas semíticos orientales la voz griega *panoqueium*. Debo, no obstante, advertir que no hay en todo el Oriente posadas ni hospederías propiamente dichas para los viajeros, y sí sólo grandes paradores para las caravanas, donde son alojados gratuitamente, ó á lo menos por muy poco precio, los que van á estas casas y los demás pasajeros. Y puedo añadir con Glaire (*Introduction historique et critique à l'Escriture Sainte*, II, 1, 10, 1, 6), que en los tiempos antiguos eran poco comunes esos paradores; así, á no ser que un viajero fuese recibido por algún particular, tenía que pasar las más veces la noche al raso en las calles, lo cual es frecuente en los países cálidos; mas era costumbre que las personas distinguidas tuviesen la urbanidad de ofrecer su casa á los forasteros errantes en las plazas.

(2) La España Moderna, Marzo 1903.

(3) «La cosa del mundo en que el filósofo piensa menos es la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». (Spinosa, *Ethica*, IV, 67, 9.)

gioso, aunque carezca de temor á la muerte (los antiguos, muy religiosos, la miraban sin espanto, y los bárbaros, no menos religiosos, no la temían); aunque convierta á la muerte en uno de tantos fenómenos de sociabilidad trascendente ó superior, y rechace las supersticiones de la Edad Media, que la han rodeado de pavoroso misterio, no puede sustraerse á esa inquietud y á esos dolores del alma, que desde el triunfo del Cristianismo vienen atormentando con justa razón á los espíritus».

Mas en realidad de verdad, lo que toca á la propagación, nos consta que, al menos las religiones asequibles á la experiencia histórica, no se han impuesto precisamente echando mano de recursos necrolátricos ó domésticos, y que sus recursos verdaderamente *sociales* han sido de un orden muy distinto.

La historia comparada de las religiones pone ante los ojos este hecho: que una religión no se propaga sino alentada por un ideal, sea el que quiera, de sociabilidad universal. Ni aun las que se fundan exclusivamente en el misticismo nihilista ó en el dualismo de cielo y tierra, se exceptúan de esta ley. El éxito del budismo en Asia no provino de ese *nirvana* redivivo en las doctrinas desesperadas y antisociales del pesimismo contemporáneo, sino de la decisión con que Buda llamó á todos los hombres á la salvación, sin distinción de castas; de la claridad con que proclamó la igualdad de las clases; de la energía con que echó abajo la autoridad sacerdotal, emancipando á la moral del culto, y aboliendo las ceremonias y prácticas religiosas para sustituirlas con los deberes morales. De igual modo, el éxito del Cristianismo en Europa no provino de la elevación de sus dogmas, elevación inapreciable para la mayoría de los hombres de aquel tiempo, sino de sus admirables y sencillos preceptos de humanidad, de fraternidad, de amor al prójimo, de perdón de las ofensas, de dulzura y de humildad.

III

He indicado más arriba que no está completamente claro hasta qué punto pertenece á Spencer la paternidad de la teoría cuyo análisis nos ocupa. En efecto: aunque esta teoría se deba en cierto modo á Spencer, quien la expuso con maestría y confirmó con gran número de ejemplos en su excelente y documentado libro sobre los *Principles of sociology*, antes de él las manifestaciones del evemerismo son numerosas, y en todas, cuál más, cuál menos, se discierne algún elemento tomado á Vico: clara y descubiertamente, en el prólogo de la obra del filólogo y etnógrafo Bleek, acerca del origen del lenguaje; con tendencias eclécticas, en Fustel de Coulanges, el celebrado autor de *La cité antique* (1).

Bleek mostró, desde su punto de vista lingüístico, un criterio evidentemente evemérico en el modo de concebir y establecer la sucesión de las diversas formas religiosas; según él, la religión, en el sentido riguroso de la palabra, no nació sino relativamente muy tarde. En un principio, la religión no fué sino un culto á los antepasados; más tarde, este respeto á los

(1) Como tercer precursor de Spencer pudiera citarse á Huxley. En el ensayo sobre el origen del culto de los animales, publicado en *The Fortmightly Review*, Mayo 1870, y donde por primera vez estableció Spencer la tesis de que la forma rudimentaria de toda religión es la propiciación á los antepasados muertos, que se supone continúan existiendo y son capaces de conceder bienes ó males á sus descendientes, nuestro autor reconoce que no hace sino adoptar una conclusión que armoniza con la que algo antes expresó en la misma revista Huxley, á saber: que el salvaje, concibiendo un cadáver como abandonado por la personalidad activa que en él moraba, concibe esta personalidad activa como todavía existente y que sus sentimientos é ideas á ello concernientes forman la base de sus supersticiones. Por dondequiera hallamos expresa ó implícita la creencia de que cada persona es *doble*, y que cuando muere, su otro *yo*, quede cerca ó se aleje, puede volver y sigue siendo capaz de ofender á sus enemigos y ayudar á sus amigos.

ascendientes se convirtió en culto fetichista ó de la naturaleza; por último, el sentido dogmático se depuró y se ennobleció, y la religión fué el culto de Dios. Cómo el evemerismo supone que se verificó este progreso, ya lo sabremos más tarde; por de pronto, me limito á dejarlo consignado. Pero lo indudable es que Spencer no ha avanzado un paso más que Bleek en el terreno de los principios. El sistema del primero no es más que un comentario desarrollado y completo de la opinión del último. Hubiera deseado que los que en tiempos recientes han tributado merecidos elogios á Spencer, por lo concienzudo de sus investigaciones científicas sobre la materia, no dejasen de haber señalado esta relación de sus ideas con las de Bleek, pues no es justo que éste vaya á ver puesto el nombre del otro solo en una teoría que él casi inició en su forma concreta.

Del historiador francés Fustel de Coulanges, tan renombrado en estos últimos tiempos, una palabra bastará para que se forme juicio acerca de él. Su obra está limitada á las religiones de Grecia é Italia, por lo que ninguna autoridad pueden tener sus opiniones para una doctrina de conjunto sobre la mitología universal del género de la sostenida por Spencer. Como helenista y romanista, Fustel de Coulanges tenía derecho á decir: la religión de los dos pueblos que he estudiado no fué más que un culto de los muertos enlazado con el culto de los espíritus. Y, sin embargo, no dijo tanto. Menos audaz y más reservado que Spencer, reconoció sin distingos que, tanto en la Ciudad Eterna como en la patria de Homero, reinaron á la par dos religiones: la una, privada, en el interior de la familia; la otra, pública, en lo espacioso de los templos: la privada daba culto á los dioses *menores;* la pública, á los *mayores;* la privada sacó sus dioses de la consideración de las almas humanas; la pública los sacó de contemplar los fenómenos naturales: el mundo espiritual de las almas y el mundo sensible de los cuerpos inspiraron á griegos y á romanos entrambas religiones, diversas entre sí, florecientes en pacífica unión, sin confundirse la una con la otra, sin relación de ningún género,

permaneciendo la doméstica en estado de inmovilidad, al paso que la pública progresaba y se alteraba merced á la fantasía popular (1).

Si ahora comparamos á Spencer con Evemero mismo, hallaremos que sus interpretaciones mitológicas, á despecho de la universalidad de sus miras, son bastante inferiores á las concretas y limitadas interpretaciones de su más antiguo predecesor. Cuando Evemero presentó á sus contemporáneos su exégesis ó hermenéutica mitológica, apenas se habían traslucido algunos verdaderos principios de comentar los mitos desde el punto de vista social; y puede decirse que aquel hombre inmortal, guiado únicamente por su genio, fué el primero que redujo la mitología á un sistema de realismo verosímil y coherente.

Esto resaltará mucho más con una sencilla consideración histórica. En medio del desprestigio y ruina creciente de toda mitología, por la vuelta de la conciencia griega sobre sí propia; en aquel estado de desconsuelo que con tanta energía nos describe Grote en el más notable de los capítulos de su *History of Greece*, y con la tendencia á pensar de un modo profundo respecto á la significación de las cosas, es decir, con el advenimiento de la edad filosófica, los griegos comenzaron á observar, no sin perplejidad y pena, que los poemas de Homero y Hesiodo, que había llegado á constituir libros sagrados para ellos, no se conformaban con su experiencia de la vida. Y la primera pregunta que este cambio provocaba—la más infantil y noble — era: ¿Puede el mundo haber mudado tan radicalmente desde los días en que los hombres se sentaban á la mesa con los dioses? Luego, á medida que la filosofía griega ganaba en elevación y severidad, la posición del espíritu cultivado ante aquellas Biblias épicas se tornaba cada vez más hostil. ¿Era posible — seguía preguntándose la razón científica — que los supremos poderes del Universo se hubiesen manifestado bajo una forma humana tan tangible y con la grosería que se

(1) Véase la página 140 de *La cité antique*.

les presentaba en las luchas caprichosas de la *Teogonía* hesiódica ó en las intervenciones cómodas de las divinidades homéricas? Por otra parte, el mismo sentimiento religioso, nacido de lo íntimo de la conciencia del hombre, adquirió muy pronto en los filósofos una amplitud y una fijeza grandes, al paso que la mitología naturalista, hija de la percepción exterior é inmutable por el natural tradicionalismo del vulgo, seguía reflejando en sus concepciones plásticas los caprichos de los fenómenos naturales. Los primeros pensadores griegos se dieron cuenta de esta contradicción entre la mitología y el sentimiento religioso, y trataron duramente los relatos mitológicos, que sublevaban su sentido moral, y todas aquellas poéticas creencias en que el hombre prestaba á los seres divinos sus pasiones, sus vicios, su orgullo y sus debilidades. No pudieron con el vulgo encontrar sentimientos dignos de un autor celestialmente inspirado en los héroes de Homero, en aquellos reyes salvajes que degollaban, asaban y cocinaban al aire libre, que se enamoraban, tras la copa de hidromiel, de su esclava, arrancada la víspera del hogar paterno, y arrastrada á viva fuerza hasta la tienda del vencedor. Por el contrario, encontraban allí sentimientos de fiera, la pasión sin freno, el amor al asesinato, el pillaje, la violación, la invectiva, el insulto al vencido, la ratería, el festín, la embriaguez y el reposo del chacal, repleto de sangre, al lado de su hembra. Apenas hay un artículo más interesante en *Le monde marche* del buen Pelletan, que aquel en que se muestra á la *Iliada* como «una casa de fieras». Homero tenía razón en comparar, sin cesar, á éste con un león, al otro con un zorro. La fuerza era, en efecto, para aquellos caníbales la primera, la única virtud; la agilidad, gloria; la fuga, habilidad; la mentira, sabiduría. Habiendo Ulises encontrado de noche á un troyano extraviado entre ambos campos, lo atrajo prometiéndole la vida, y lo degolló en seguida sin remordimientos. Quítese del poema el eterno estribillo de matar y de comer en magníficos versos alejandrinos, y ¿qué queda de la *Iliada?* Algunos gritos del alma so-

lamente, porque, al fin, el hombre ha amado siempre, siempre ha sufrido, y ha traducido en cantos vibrantes sus sentimientos y sus simpatías.

Confieso que un poema de tal carácter es un monstruo de naturaleza, que causa horror y que resulta casi inconcebible que se le haya podido tener por libro religioso; con todo, es, á pesar de sus defectos, una producción capaz de sostenerse á la luz de nuestro siglo. Hagámosle esta justicia; nosotros sabemos leer á Homero, en cierto modo, mejor que los griegos mismos. Gracias á un poderoso adelanto en la libertad de apreciación, Homero ha recobrado la influencia que entre los últimos compatriotas suyos había perdido, y los dioses de la Grecia han revivido con él. Ya lo anunció el mayor entre los helenistas literarios de Alemania, Schiller. Su profecía se cumple. Lo único inmortal en poesía es lo que primero vive y después muere... para resucitar. La esencia, el espíritu, el corazón mismo de la teogonía griega obra sobre nosotros como no pudo obrar sobre aquellos helenos instruídos, que no disponían del horno celeste de la crítica, en que se limpia el oro de la verdad de las escorias del error.

Largos comentarios pudiera hacer de lo expuesto; mas como quiera que aún he de aducir numerosas pruebas en favor del interés religioso de tan vasto asunto, dejaré para otro lugar las consideraciones que de lo dicho se desprenden. Lo importante aquí es establecer que el tránsito de la inteligencia de los Griegos de la inclinación mitológica á la inclinación á lo histórico no ocurrió de repente, sino por grados; y que, en este sentido, la teoría de Evemero ocupa el lugar más elevado en la escala de aquella evolución exegética. Con efecto: varios caminos se abrían ante la especulación helénica, que no podía admitir las fórmulas crudas de la mitología tradicional, por considerarlas, sin duda, demasiado fuertes. Uno de ellos, el más cómodo é inmediato, era considerar toda la doctrina de los dioses como una fábula inventada por los fundadores de los Estados para contener al pueblo. Así Poli-

bio (1) y otros. Empero la corriente dominante de la metafísica, como dirigida por Atenas, se mostró enérgicamente en una dirección contraria á procedimiento tan cómodo. Desde que Platón (2), y antes de él Pindaro (3), entablaron la querella con Homero, los pensadores pugnaron por admitir en las leyendas una significación intrínseca y absoluta, cada cual según su manera de ver, los unos una significación física, los otros una significación moral, pero rechazando siempre la forma mítica en cuanto hecho é historia. Ya Anaxágoras, á quien se ha querido atribuir la invención de la explicación *alegórica*, relacionaba las poesías homéricas con la verdad y la justicia (4); y los Estoicos interpretaban la *Teogonía* de Hesiodo como el juego de los elementos naturales, cuya unidad suprema constituía para ellos la esencia divina (5). Enteramente distinta fué la tendencia seguida por Evemero. Convenía con los anteriores en que los actos que á los dioses atribuían los relatos de los poetas no tenían nada de divino, y esto demuestra su criterio racional; pero esta misma racionalidad de su criterio le indujo á rechazar todas las acomodaciones fantásticas y anticientíficas con que los metafísicos griegos atribuían á sus antepasados lo en que éstos no pensaron nunca, á lo que no pudieron llegar por su mentalidad rudimentaria. Evemero consideró á la mitología como un resultado histórico, y á los dioses como hombres, héroes y sabios de las primeras edades, antiguos reyes y tiranos que por acciones de fuerza y poder se habían hecho merecedores de honores divinos. ¿Cabe aseverar, como tan injustamente lo hacen Baur (6), O. Müller (7) y Strauss (8),

(1) *Historia*, VI, 56.
(2) *República*, II, 377.
(3) *Nemea*, VII, 31.
(4) Diógenes Laërtio, *Vidas de filósofos*, XII, 3, 7.
(5) Cicerón, *De natura deorum*, I, 10, 15. Compárese con Clemente, *Homilias*, VI, 1.
(6) *Simbolik und Mythologie*, I, 343.
(7) *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie*, 86, 99.
(8) *Leben Jesu*, introducción, 1.

que se trata de un autor dominado por las ideas populares y llevado por el desenvolvimiento de su espíritu hacia el razonamiento sofístico? Muy por el contrario: equivocado y todo, Evemero dió muestras de un sentido más científico que sus antecesores, empeñados en conciliar lo inconciliable. Su tentativa es también mucho más profunda que la de Spencer, pues descubrió la contradicción entre el mito y el culto implicada en la parte verosímil de las leyendas, y que se deja entrever en sus analogías, al paso que Spencer se contentó con atribuir al culto el historicismo mítico, olvidando la tendencia de los antiguos á constituir paralelamente ambos órdenes de ideas.

IV

Uno de los factores que explican el origen de las religiones es el *temor*. Spencer conviene en ello; pero se aparta de la escuela clásica en creer y afirmar que no es el temor á los cataclismos y fenómenos de la naturaleza, sino el temor á los muertos. Para Spencer, el temor á los muertos es un factor social que, á primera vista, no cede en nada, si es que no aventaja, al temor á los vivos. «De una parte, dice, la conciencia del hombre primitivo se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que le rodean; de otra, se determina por los sentimientos con que mira á los hombres que ya no existen. De estos dos grupos de hechos resultan dos grupos sumamente importantes de factores sociales. El *temor á los vivos* es el punto de partida del gobierno político; el *temor á los muertos* es el punto de partida del gobierno religioso». Este temor se nos muestra, sin que quede resquicio á duda, en todos los comienzos de una religión de familia. Añádase que en tal sentimiento van implicados otros varios elementos muy dignos de tenerse en cuenta para comprender íntegramente la religiosidad primitiva. Al lado del temor á un sér sobrenatural,

núcleo de toda religión, vemos el sacrificio y la oración, el reconocimiento, así como la esperanza de alcanzar provechos en relación con los actos de propiciación. *Along with that fear of a supernatural being which forms the central element of every religion, we see sacrifice and prayer, gratitude and hope, as well as the expectation of getting benefits proportionate to propitiations* (1). Orar y sacrificar son los hechos más antiguos y más viejos del espíritu humano, los dos más eternos y perdurables. Al principio consistían en una conciliación con los muertos hecha por los mismos medios que con los vivos: por súplicas y por dones. Estos dones eran idénticos á los que gustan á los hombres en vida: alimentos, armas, costumbres, caballos, servidores. En *Dahomey,* cuando un rey muere, se imagina crearle una guardia para el otro mundo, inmolando cientos de sus soldados. Lo propio ocurría entre los *Incas* del Perú, y al mismo género pertenecen las exequias de los *Negús* africanos, en que millares de víctimas inmoladas acompañan el alma de un príncipe para que no se vaya solo al reino de los espíritus. En *Bali* se inmolaban al sultán difunto todas las mujeres de su *harem*. Homero hace á Aquiles degollar en los funerales de Patrocio prisioneros troyanos con los caballos y los perros de su amigo. Los *Fidjianos* inmolan un hombre al pie de cada pilar de la casa de un jefe, para interesar un espíritu en la conservación del edificio.

De estos principios saca Spencer consecuencias muy trascendentales, entre ellas las de explicar la causa de la división de la idea religiosa en muchos cultos, y los diferentes rasgos de espiritualidad con que se distinguen. Conocida es la manera ingeniosa y sorprendente como Spencer explica el culto de los animales: los nombres propios fueron el origen de

(1) *Principles of sociology,* VI, 3. Al lector deseoso de consultar directa y detenidamente á Spencer, le aconsejo que, imitándome á mí, acuda á las ediciones inglesas de sus obras y no se fíe de las francesas é italianas, muy mutiladas y deficientes por lo que á este propósito he podido comprobar en repetidas ocasiones.

las religiones basadas en ese culto al identificar el nombre con la persona nombrada; así, los descendientes del llamado el *Lobo* acabaron por creer que descendían de un lobo entero y verdadero, al que rindieron adoración y homenaje. Lo mismo explica el culto de las plantas: ó proviene del culto de las almas de los muertos, que parecen por una razón ó por otra estar fijadas, ó proviene de una leyenda mal comprendida: una tribu salida de las selvas, *venida de los árboles*, acaba por creer que ha realmente nacido de los árboles, que cuenta árboles por antecesores. El culto de los ídolos y de los fetiches tiene su origen en que «los sacrificios celebrados en honor de un hombre muerto recientemente se convierten, andando el tiempo, en sacrificios á su cuerpo, que se conserva». En fin, el culto de la naturaleza, aunque nada ofrezca de común con las razones que inclinan al hombre á confundir el objeto de su adoración con un semejante suyo que haya dejado de existir, imagina Spencer asimilarlo á su teoría recurriendo á causas comunes á estos diversos géneros de creencias: las falsas interpretaciones de expresiones y de nombres.

No viene á mi propósito entrar en la discusión de estos dictámenes, que se refutan por sí mismos. Tampoco hablaré de la relación entre los *sueños* y las ideas de los salvajes sobre la existencia individual después de la muerte, relación que yo admito y que en nada favorece el evemerismo spenceriano, y aun pudiera afirmarse que lo perjudica, pues el elemento capital de la religión es la fe en la vida futura, y la historia prueba que las naciones que no han tenido esta fe son las que más se han distinguido siempre por su veneración á los ascendientes. Los Judíos primitivos, que con tanta exageración practicaban el culto de la familia, no creían en la inmortalidad del alma. Las religiones de China y del Japón, países donde el espíritu doméstico impera en todos los órdenes de la sociedad y del rito, son más negativas que positivas por lo que toca á la idea de una existencia posterior al sepulcro. Fuera de esto, el sistema de necrolatría, aunque se inspira en un hecho cierto, el hecho

de los dobles, es en sí mismo el más frágil de los antropomorfismos; así se explica que Taylor, partidario de Spencer en lo que toca al origen de la idea de la realidad personal después de la muerte entre los salvajes, haya escrito una refutación de las utopias necrolátricas con vehemencia tal que no ha sido superada.

No seguiré á Spencer en la vertiginosa carrera de sus deducciones (1), ni lo mostraré al lector evocando en cierto modo del temor á los espíritus de los muertos todas las formas de la religión, todas las leyes del mundo dogmático, y desenvolviendo la mitología de la misma suerte que se desarrolla un germen en sus partes más tenues y en sus fibras más delicadas. Creo haber apurado en los párrafos anteriores el círculo de las opiniones de Spencer, y ahora voy tan sólo á examinar el valor que tengan ante la sana ciencia.

Primeramente quisiera permitirme preguntar por qué los dioses han de ser simples héroes transfigurados por el recuerdo, sin que en el origen de la idea que representaban existiese de una manera implícita el sentimiento de lo eterno y de lo infinito, ó por lo menos el sentimiento de admiración mezclada de temor que el hombre, sér inteligente, experimenta en presencia de ciertos fenómenos naturales, ó la necesidad de explicación y protección que le domina ante todo lo que es poderoso y terrible. Nunca se debe olvidar que la explicación así obtenida nada tiene de común con un recurso mental ó una interpretación científica. El mismo Spencer, ¿no ha establecido, como un postulado capital de su sociología, y en oposición á la sociología de Comte, la prioridad del sentimiento

(1) La explanación completa de estas deducciones debe buscarse en la obra *The principles of sociology*, principalmente en la primera parte, del VIII al XXV capítulo, y en los cuatro capítulos preliminares de la parte sexta. Estos últimos son como un resumen de aquéllos, pero resumen basado sobre hechos diferentes, pues se aplican de un modo concreto á las «instituciones eclesiásticas», mientras los primeros forman parte de los «datos» generales de la ciencia social.

sobre la idea en todas las transformaciones históricas, y la mayor importancia del primero como agente ó factor ancestral en el orden de los fenómenos propiamente humanos? ¿Cómo ha podido ser infiel á su criterio general en mitología y reducido la religión al culto de los antepasados? ¿Por ventura queda esclarecida con este aserto la tenebrosa naturaleza del sentimiento religioso y de la idea religiosa? «Puede concederse, observa Guyau (1) con respecto á las proposiciones de Spencer, que el culto de los antepasados ha tenido su parte en la formación de las creencias humanas; se ha deificado á los héroes, no sólo después de su muerte, sino aun en vida. Pero ¿por qué hemos de reducir á este único principio una cosa tan compleja como las religiones? ¿Por qué hemos de querer ver en todo huellas de este culto, hasta en los mismos casos en que ningún hecho positivo parece autorizarnos? El sistema de Spencer, que reduce todas nuestras creencias á una sola, recuerda demasiado al *Génesis*, que hace salir á todos los hombres de la primera pareja, Adán y Eva, después de haber sacado á Eva de una costilla de Adán. Si es excelente buscar en un concepto primitivo, vago y homogéneo, el origen de todas las creencias heterogéneas y posteriores, debe exigirse al menos que este concepto primitivo sea lo bastante amplio para poder de antemano contener en sí todos los demás. Spencer tiende demasiado á confundir la *homogeneidad* de una noción con su amplitud; sólo por un prodigio de artificio llega á derivar de su principio una teoría religiosa del universo».

La observación de Guyau sobre la semejanza entre el criterio evemérico de Spencer y el criterio genesíaco, es, á mi juicio, tanto más justa, cuanto que en el evemerismo spenceriano, como en todas las doctrinas de patriarcado, religión doméstica, etc., se parte de una primera pareja, de la unión matrimonial monógama, que constituye la familia primitiva con

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 22.

los hijos y la casa, la cual se eleva por grados á *gens*, á tribu, á ciudad, á nación, etc. Pero esta doctrina, casi universalmente admitida en otros tiempos, ha sufrido rudos asaltos después de los descubrimientos de los etnógrafos é historiadores. Al considerar objetiva y fríamente los hechos de la historia humana, se reconoce que la familia está lejos de ser la sociedad más antigua, ó, como generalmente se dice, la única fundada en la naturaleza. Numerosas pruebas da la ciencia de haber sido coetáneos de esa institución otros varios grupos sociales. «El primer grupo social, dice Starcke (1), no fué siempre la familia: toda circunstancia, toda particularidad capaz de reunir individuos, la comunidad del nombre, de *tatuage*, de *tamanuus*, sirvieron ciertamente de base á grupos estrechos... Si comparamos la vida comunal primitiva de los Africanos, tal como la encontramos en los Hotentotes, con la de las tribus brasileñas, en Africa como en América del Sur, el tipo de organización colectiva es la familia reunida bajo la autoridad de los padres; fuera de ese punto común, hay muchas diferencias paralelas con un diverso género de vida; además, la evolución sociológica no ha sido análoga en los dos continentes, ni las fuerzas que la han producido idénticas. Aparte de sus hijos, el americano no posee nada precioso; en Africa, por el contrario, la propiedad inmueble, los rebaños, juegan gran papel; en América, el hábito, el temor al enemigo común, la identidad del nombre... de habitación, producen la formación de los primeros grupos en el seno de la tribu; en Africa, la propiedad es lo que une á los hombres; pero sobre ambos continentes, lo que mantiene los diversos grupos unos frente á otros, no es tanto la idea de un origen común, cuanto la comunidad de residencia en un lugar determinado».

Lo mismo, aunque en otros términos, viene á expresar Posada, autoridad poco sospechosa á este respecto (2): «La vida

(1) *Famille primitive*, 52, 76.
(2) *Tratado de derecho político*, I, 147, 160.

de relación, que se desarrolla por mil estímulos, determina conexiones y agrupaciones sociales tanto ó más antiguas que la familiar, cuya permanencia es menor sin duda, puesto que se extingue ó disuelve con la generación... A la agrupación que natural y espontáneamente resulta de la necesidad genésica, hay que añadir también la que resulta del hecho necesario de la *convivencia*... En las sociedades más rudimentarias, al lado de un movimiento de renovación constante de las uniones, hay un elemento de permanencia y estabilidad. La oposición de los sexos, en los individuos aislados, les impulsa á unirse, á formar familias más ó menos coherentes; pero los individuos no han surgido del aislamiento, sino que forman parte de otras uniones amplias, preexistentes, y á veces subsistentes. Es necesario ver en la *tribu*, en el *clan*, la expresión social de la estabilidad, de la permanencia de sociedades que, contra lo que sucede con la familia, permanecen de generación en generación... En la indeterminación y amorfismo primitivos, las dos ideas de consanguinidad y convivencia se confunden y mezclan, y se oponen gracias al *erróneo* razonamiento *lógico* de la ignorancia del hombre, y gracias á la fuerza intensísima de la individualidad que pugna por especificarse. Se puede, sin duda, pensar que siendo el hecho *material* que más pronto determina la unión social el *nacimiento*, este hecho es el que, desde luego, fija una de las cohesiones sociales más inmediatas; pero como este hecho no es aislado y único, sino que á la vez que se *nace* se *convive*, se vive en comunidad sobre un territorio variable ó fijo, este otro hecho determina también otro género de cohesión social... Y una prueba de lo coetáneo de estas influencias la tenemos en la misma amplitud de los parentescos y en su primitivo carácter comunal. Si imperase sólo el lazo de la sangre, el parentesco sería de individuo á individuo. Mas como la familia forma un grupo social de convivencia y de relaciones varias, de aquí que la otra idea se confunda con la de la sangre, y se produzcan esos parentescos comunales tan extensos... Ya el mismo Aristóte-

les (1), al exponer la génesis de la familia y del Estado (político) dentro de la familia, comprendió miembros y relaciones que no son de la sangre, definiendo la familia como la reunión del hombre y de la mujer, *del amo y del esclavo*... La familia de que se habla, como núcleo *independiente* y separado, como núcleo históricamente supremo... es una familia sólo en el nombre».

Si, pues, según todo lo expuesto, la sociedad humana no debe considerarse originada en la familia, no puede caber duda alguna de que es muy improbable que la religión primitiva haya sido una religión doméstica. No ignoro lo que suele afirmarse en contrario; sé muy bien que entre los Indios, los Griegos, los Romanos y los pueblos arios en general, la familia era una comunidad natural que tenía, no solamente los mismos bienes, los mismos intereses, las mismas tradiciones, sino los mismos ritos; que la religión era doméstica; que Platón definió el parentesco como *la comunidad de los dioses domésticos*; que requeríase que estos dioses fuesen adorados por sus familias, en su santuario, sobre el altar donde ardía perpetuamente el fuego sagrado; que un extraño no habría podido, sin cometer un sacrilegio, ofrecer un sacrificio. Todo esto es cierto, y no hay por qué negarlo. Empero no es menos cierto que semejante herencia de ritos, lejos de aparecer en la humanidad primitiva, se nos muestra, por el contrario, en estadios muy posteriores de la evolución religiosa, como un efecto de la ley de diferenciación social. Así, desde un punto de vista evolutivo y de transformación general, como el en que Spencer se coloca, resulta de todo punto imposible reconocer en el culto de los antepasados el origen de la religión. Este culto no es especialmente característico de las razas inferiores, y siendo un hecho que estas razas trazan sus genealogías siguiendo la línea masculina, como lo ha probado Lubbock (2), es extraño que no se conozca ningún caso en que

(1) *Política*, I, 1.
(2) *The origin of civilization*, IV.

hayan recibido culto antepasados de ese sexo. Añadamos (y éste es un rasgo común á las razas superiores) que por un exclusivismo en que se complacía el orgullo masculino, la mujer no participaba del culto doméstico más que por intermedio de su padre ó de su marido, y aun después de la muerte no tuvo nunca la misma parte que el hombre en el culto y en las ceremonias de las comidas fúnebres. Una de las razones que parece movieron á los antiguos hombres á sancionar esta desigualdad irritante, fué la creencia de que el poder reproductor residía exclusivamente en el padre; sólo él poseía el principio misterioso del sér y transmitía la chispa de la vida y el alma al niño: la madre era una simple receptora. Los *Vedas* (1) llaman al fuego sagrado la causa de la posteridad masculina. Diodoro de Sicilia (2) considera como creencia común de los Egipcios, que el padre es el único autor del nacimiento del niño, al cual la madre no proporciona más que recinto y alimento. En Eurípides (3), Orestes alega como excusa de haber matado á su madre, que el padre es el único autor de la existencia del hijo. En análogas preocupaciones se fundó el hecho de que la religión doméstica de Grecia y Roma no se propagase más que de varón á varón.

Por lo demás, la cuestión no tiene la importancia que hasta hace poco se le atribuyó. Los mitólogos han llegado á separarla del cuerpo científico de sus investigaciones; Max Müller (4) supone que Spencer la ha tácitamente abandonado, y á pesar de los esfuerzos de Campbell para renovarla, todo hace creer que dentro de algunos años nadie pensará en ella. La tentativa más reciente se debe á un discípulo de Spencer, á Allen, autor de la obra *The Evolution of the Idea of God* (5), publicada en Londres en 1897. Ahora bien: dejando aparte el

(1) Véase el *Mitakchara*, 139.
(2) *Biblioteca histórica*, I, VI.
(3) *Orestes*, 15.
(4) *Nouvelles études de mithologie*, 110.
(5) Véase la página 15 de *The Evolution*, etc.

modo fantástico como el autor hace surgir la agricultura misma del culto de los muertos, y el no menos fantástico modo de aplicar el criterio evemérico al propio Cristianismo en cuanto es esencialmente el culto de un hombre deificado, de un muerto, vemos que toda su argumentación gira sobre una confusión arbitraria de prácticas y costumbres. Allen se indigna contra los no evemeristas, y desafía á que se le pruebe que hay una diferencia esencial entre el espíritu de un muerto y de un dios y entre los cultos correspondientes. Me sería lícito á mi vez indignarme contra semejante sofisma, pero prefiero atenerme á la buena fe del autor; porque en otro caso, habría derecho para volver la oración por pasiva y preguntarle si los espíritus de los muertos han tenido caracteres religiosos que no han tenido los de los dioses. Hasta podría intentarse la demostración de que el culto de los muertos (que no hay que confundir con las prácticas funerarias) es relativamente secundario en la evolución religiosa. «En efecto, el culto de los dioses era persistente, continuo, general en el *clan* ó la tribu, en tanto que los ritos del enterramiento aparecen como originariamente momentáneos y restringidos al círculo de los parientes inmediatos, terminando con el duelo. ¿Por qué, por lo demás, querer deducirlo todo de un mismo principio? Los cultos del individuo, de la familia, de la sociedad, son probablemente tan antiguos unos como otros» (1).

Los falsos conceptos del evemerismo en su explicación del culto de los espíritus han sucumbido á puro llevar golpes de macizas refutaciones. Porque, ¿quién nos asegura que no se trata de un culto originario de la naturaleza? El hombre primitivo, como el salvaje actual y como el niño, vivía aún en esa dichosa edad en que se siente mucha más curiosidad por las cosas de la naturaleza que por las del hombre mismo; época feliz cuya única preocupación es explorar y comprender el mundo exterior. Mucho tiempo debió transcurrir todavía

(1) Mauss, *L'année sociologique*, 1898.

antes de que se terminase esta fase contemplativa ú objetiva de su evolución mental, y pudiera el espíritu, sazonado ya para la introspección y vuelta sobre sí, conocerse y divinizarse en cualquier ejemplar humano. Esta sazón llegó también; pero muy tardíamente, como demuestra la psicología de los pueblos. En este sentido dice Urbano (1): «La animación universal es la primera religión del hombre, y el primer culto que ha tenido ha sido el de la naturaleza, ocurriéndosele en último término adorarse á sí mismo, después de cansar sus sentidos en el mundo... Cuando no podemos subir á las cumbres donde nacen los dioses y donde dictan sus leyes, volvemos las espaldas á las montañas, nos refugiamos en la ciudad, nos encerramos en el cuarto. El gabinete sustituye al templo, y el dios deja de ser algo visible y humano para ser nuestra propia pena ó nuestro propio pensamiento más triste... Los dioses se hacen hombres cuando nos alejamos del mundo y nos retiramos de la vida. Y mueren los dioses fuera de su templo natural al encerrarlos en el arca de la alianza y al guardarlos como cadáveres en los sagrarios católicos donde yacen, no como cenizas humanas en columbarios de plata, sino como mohosos ungüentos que florecen por olvido en los más altos estantes de un droguero... Las montañas del Epiro y Tesalia se esterilizan para los dioses cuando los griegos llevan sus divinidades á la ciudad y las transportan al templo y á la casa... El dios supremo de los egipcios, el Nilo, cuando llega á tener una representación en los templos, muere y cesa de realizar milagros, como mueren los dioses de los Norsos al descender de las cumbres para vivir con los hombres... Los dioses hombres, para vivir un momento más, para ser tan perdurables en el mundo como los dioses en su verdadero templo, en la montaña ó en el río, no tienen más remedio que escapar de la ciudad, del pueblo, confortarse en el huerto de las olivas y subir á la cima más elevada para dejarse crucificar sobre la

(1) *Poliblia arcana*, I, 1.

cumbre ó devorar las entrañas. Y allí mueren de una vez para siempre, sin resurrección posible, dejando, al rodar su cuerpo, el espacio que reclama el verdadero dios; la montaña misma, el volcán que se deshace en llamas, la encina de menudas y apiñadas hojas, ó la rama humilde, olvidada y polvosa, que esparce por las faldas de la altura su perfume tónico y elegante».

V

La consecuencia importante que de lo dicho se debe sacar es que el evemerismo carece de fundamento psicológico. Pero no quiero contentarme con una crítica tan general, y voy á descender al detalle de los sistemas religiosos, para hacer ver con qué poca razón pretende Spencer apoyar su teoría en lo que sabemos acerca de los orígenes y espíritu social de esos sistemas.

En primer lugar, el *culto á los muertos,* que en algunos países, como el Celeste Imperio y Annam, se confunde é identifica con el culto á los antepasados, no puede en modo alguno servir de confirmación á la teoría de Spencer. Boninais (1) está aquí perfectamente de acuerdo con Paulus, que, en conformidad á su vez con el chino *Than-Trong-Hue*, afirma que el honrar las almas de los antepasados y el llevar luto en los aniversarios no proviene entre los Annamitas de que admitan la inmortalidad del alma—presuposición indispensable en la teoría de Spencer,—sino del ejemplo de sus compatriotas y de la costumbre inmemorial. Nunca se ve que al celebrar las fiestas de sus difuntos se pongan, ni por vía indirecta, á filosofar sobre la vida futura. Por eso el culto de los antepasados no es allí religión ni creencia, sino doctrina moral y filosófica; y si tiene

(1) Véase su artículo sobre *Le culte des Morts dans le Céleste Empire et l'Annam, comparé au culte des ancêtres dans l'antiquité occidentale.* Publicado en la *Revue des Religions*, 1895, 45.

entre ellos considerable influencia, es por servir de principio á sus instituciones y de base á las leyes civiles de la tierra. El Gobierno asegura á cada familia la propiedad de su campo matrimonial, toda vez que sus rentas sirven á los gastos del culto de los mayores.

La teoría de Spencer, que quiere explicar todos los sistemas religiosos primitivos por el culto á los antepasados y por razones puramente sociales, no es tampoco aplicable á la mitología védica, donde el hombre se retira al segundo término y donde sólo quedan los dioses ó *devas* como las potencias sumas que hay en el mundo. «Si Spencer—dice Max Müller (1)—hubiera estudiado la literatura védica, hubiese visto que el culto de los antepasados puede muy bien practicarse en unión con el de los *devas*; pero que lo presupone siempre, y por una razón muy sencilla: para deificar el espíritu de los antepasados, hay que tener ya la idea de *devas* ó de *dii*. Cuando se defiende empeñadamente que los *devas* ó dioses de la Naturaleza eran los espíritus de los antepasados divinizados, se comete una petición de principio; se enuncia, además, una proposición infundada, á mi juicio. No es que no existan ciertas relaciones entre la adoración de los *devas* y las ofrendas á los espíritus de los muertos, á los *pitaras*; pero el que quiera conocerla, á nada puede recurrir mejor que al *Veda*. Sin embargo (y esto es lo que yo quiero saber por qué motivo se hace), en vez de estudiar el culto de los antepasados donde podía estudiarse á fondo y con documentos históricos, Spencer ha querido recurrir á las tradiciones que los misioneros han recogido por fragmentos entre los indígenas del África, y, sobre todo, entre los *Zulús*».

Pero tengo en mi favor un ejemplo más significativo aún: el ejemplo del *mazdeísmo* ó sistema religioso de la antigua Persia. Si encontramos una sola religión en que no éntre para nada el culto de los muertos, flaquea por su base el evemeris-

(1) *Nouvelles études de mythologie*, 148.

mo de Spencer: si este culto no aparece allí, es porque no puede mirarse como esencial ó al menos como secundariamente constitutivo en la idea religiosa, según exige la teoría. Ahora bien: la religión de los secuaces de Zoroastro, no sólo no conserva el menor vestigio de culto, respeto ó veneración á los muertos, sino que, por el contrario, lo rechaza con asco. Para los mazdeos, la cosa más impura es un muerto; y este desprecio, ó mejor, esta repugnancia por la muerte, es un rasgo tan característico de los adoradores del fuego, que informa toda la serie de sus ritos religiosos y de sus prácticas funerarias (en cuya exposición creo inútil entrar), y se ha mostrado en todas las sectas derivadas del tronco mazdeo, aun las cristianas y relativamente modernas, como el *maniqueísmo*. La adoración de los muertos, y, sobre todo, la adoración de los mártires, eran los grandes puntos de disidencia entre la Iglesia ortodoxa y los maniqueos, y se puede fácilmente comprender cuán horrible debía ser á los ojos de los heréticos persas una práctica semejante (1).

Si nos fijamos en la religión de Grecia, hallaremos que no es Spencer el primero que ha fundado en ella generalizaciones aventuradas. Y es muy de notar que los mismos que no tienen interés en negar la extensión y antigüedad del culto de los antepasados entre los griegos, tachan de superficial y prematura toda exageración doctrinaria en este punto. Así, cuando Rawlinson afirma que «la veneración de los antepasados fué en Grecia, como en China, el fundamento de toda la mitología y del culto religioso», no hace más que mostrar su ligereza. El obispo Harlez (2), infinitamente más competente, halla esta aserción puramente arbitraria; tanto más, dice, cuanto que «con ella no se explica bien ni enteramente el panteón griego». Adolece, en efecto, el evemerismo spenceriano, como todas las teorías congéneres, de un grave defecto de li-

(1) Véase á Beausobre, *Histoire critique des Manichée*, I, 316; II, 651, 699.

(2) *Dictionnaire apologetique*, art. RELIGION GRECQUE.

mitación: el no ver que en las religiones, por primitivas y pobres que sean, los dioses se mencionan y acumulan sin tiento y sin motivo, y aun ignoramos qué acción ejercían en el gobierno del mundo. No ya en una religión tan rica como la griega, sino en otra tan primitiva y pobre como el *sintoísmo* del Japón, notamos ese fenómeno. El *sintoísmo* (camino de los dioses) admitió desde tiempos antiquísimos un número de seres divinos inexplicable por la teoría del culto de los muertos. Demos de barato que este culto explique dioses y diosas como *Izana-gi*, *Izana-mi*, *Ama-Terasu*, *Ninigni-no-Mikoto*, á pesar del carácter solar de algunos de ellos; pero no cabe ya tal explicación respecto á estos otros: *Benten*, diosa del matrimonio y de la danza; *Hotei*, dios de la cuna; *Daikohu*, dios de la opulencia; *Jebisu*, dios del comercio; *Bisamon*, dios de la milicia; *Inari*, dios de la labranza; *Jasen-riz*, dios de la guerra; *Futen*, dios de los vientos; *Kaminari,* dios del trueno; *Gozdu-Tenno*, dios de las olas; *Takaka*, dragón de la lluvia; *Kappa*, sierpe del lago; *Tatsu* y *Kirin*, monstruos de la selva; *Sojos*, monstruos de los mares; *Tengus,* endriagos disformes, correos del cielo; *Ogni*, demonios en copiosa legión; sin contar los animales fantásticos y feísimos que se transforman en mujeres y extravían con su aparente figura á los pacíficos viandantes; ni las transformaciones que hicieron florecer 19 divinidades, á cuyo cargo corrían las cosas del clima, aire, tierra, agua, viento, árboles, montes, fuego, bosques, estaciones, pastos; ni, para decirlo en una palabra, todo el raudal de dioses y diosas sin término y por parejas: dios y diosa de la tierra, dios y diosa de las semillas, dios y diosa de la vida, dios y diosa del espacio, dios y diosa de la abundancia, dios y diosa del barro terrestre, dios y diosa de la perfección, dios y diosa del contrato. Cuando los mismos japoneses nunca dieron suficiente razón de tanta variedad y complicación de nombres, ¿cómo hemos de pretender darla nosotros por medio de un principio tan exclusivo y tan poco amplio como el evemérico de Spencer? ¿Cómo hemos de referir cada nombre de la dei-

dad á su verdadero origen, á su fuente psicológica ó social? Sería más difícil que volver á las nubes la lluvia que de ellas escapó, mezclándose á las aguas de los manantiales y comunicándose á las raíces de las plantas.

Pero, volviendo al punto de partida, al helenismo y á la religión, ó á las varias religiones de carácter general que aparecieron en la evolución mental de los griegos, completaré mi pensamiento afirmando que la veneración á los antepasados es casi en absoluto extraña á la psicología de Homero, la más antigua forma conocida de las ideas griegas sobre Dios, el mundo y el hombre. En ella las almas quedan disipadas en sombras pálidas y sin fuerza, y apenas se encuentra señal ni traza del culto de los *manes* propiamente dicho. Para Homero, el alma no es más que una copia debilitada, un reflejo del cuerpo; según su manera de ver infantil, el *yo* propio á cada hombre es idéntico á su cuerpo. He aquí por qué hace descender las *almas* de sus héroes á los infiernos (1), en tanto que *ellos mismos* son presa de los perros y de los pájaros (2).

La idea de Dios y la idea de un muerto, son dos y deben ser dos. Una teoría como la de Spencer confunde estas ideas,

---

(1) *Iliada*, I, 3, 4.

(2) Höffding: *Psychologie in umrissen auf Grundlage der Erfahrung*, I, 5. El psicólogo danés conviene también, por lo que al aspecto general de la cuestión toca, en que «la tendencia que induce al hombre, sobre todo en las épocas primitivas, á considerar é interpretar todos los fenómenos de la naturaleza como efectos de la intervención de un sér personal, no se explica satisfactoriamente por la necesidad que se le atribuye desde un principio de representárselo todo á su imagen; porque propiamente no se conoce á sí mismo desde un principio, toda vez que la observación externa precede á la observación de sí mismo, y el lenguaje nos demuestra que se han formado expresiones para designar los fenómenos corporales, antes de que las hubiese para designar los fenómenos psíquicos. En cambio, esta tendencia puede explicarse parcialmente por una idea particular que se encuentra en todos los pueblos, en un grado poco avanzado de su progreso (*dagegen läsfst jene Tendenz sich zum Teil durch eine eigentümliche Vorstellung erklären, die sich in allen Völker schaften auf einer frühen Stufe ihrer Entwickelung bildet)*».

como si el respeto á Dios estuviese en razón directa del respeto á los muertos. Bien dice Guyau (1): «Los griegos, el pueblo que unánimemente se nos presenta como el menos religioso de los pueblos antiguos, era el que mejor veneraba á sus muertos. La ciudad más irreligiosa de los tiempos modernos, París, es en la que el día de los difuntos se celebra con más solemnidad, en la que el pueblo entero se une para celebrarla; es también la ciudad en que el *gavroche* más despreocupado se descubre ante la muerte que pasa y saluda en su camino á la imagen visible del eterno enigma. El respeto á los muertos que une las generaciones una con otra y reforma los órdenes trastornados, que da la inmortalidad más evidente, la del recuerdo y del ejemplo, no tiene razones para ser enterrado entre los despojos de las religiones. El día del Corpus puede olvidarse; el día de los Difuntos durará mientras dure la humanidad».

Antes de terminar, quiero hacer una observación que me preocupa. Spencer, con su teoría, no resuelve en realidad el problema del *origen de la religión*. Este problema, bien entendido y rectamente apreciado, se formula así: ¿Cuáles fueron las *causas* que debieron provocar primitivamente la aparición del sentimiento religioso, ó al menos su expansión, una vez dado? Problema independiente y enteramente distinto de este otro, que es el único que Spencer plantea: ¿Cuál fué la *forma* primitiva de las ideas religiosas? De donde resulta que el evemerismo de Spencer sólo podría decirnos, aun siendo verdadero, á lo más lo que fueron las religiones en los primeros pasos de su marcha, dejándonos á obscuras sobre los motivos ó razones que las hicieron nacer en el espíritu individual y en el alma colectiva de los pueblos. Esto será muy positivista, pero también muy poco científico. É inútil parece añadir que el punto flaco de la teoría está en haber estimado Spencer el culto de los muertos *espontáneamente* nacido en la sociedad, y *espontáneamente* transformado en su evolución. De ningún ar-

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 358.

gumento veo que descienda este criterio spenceriano. ¿Acaso la noción de lo divino no pudo nacer por sentimientos de dependencia, por energías de deseo, por discursos de entendimiento y por aspiraciones de voluntad, y ser luego aplicada á casos particulares por la observación de los fenómenos de la naturaleza, que sirvió á los primeros paganos europeos de escala para subir al culto de los dioses olímpicos? ¡Cómo! ¿Todos esos grandes *númenes* sólo han sido unos *muertos*, no han sido unos dioses?

Suspendo aquí las muchas y tristes observaciones que se ocurren sobre esta idea: ¡Cuando los hombres creen en el Dios de alguna religión de la antigüedad, creen en un hombre muerto! ¡Cuando se reúnen para tratar una cuestión religiosa, no son los vivos, sino los muertos quienes discuten! ¡Es el alma de sus antepasados, y lo que entonces hacen oir es el eco de la eterna voz de los muertos, á la cual siempre obedecen los vivos! Hay por necesidad que detenerse: no bastaría un volumen para agotar la lista de las deducciones sombrías y desconsoladoras á que el evemerismo de Spencer conduciría en última instancia. En cuanto á mí, aplazando el desenvolver mi pensamiento para otra ocasión, me limitaré por ahora á dejar consignado que no comprendo el origen de las religiones sin la influencia en el espíritu humano de elementos completamente externos, y que nada tienen de común con el culto de los antepasados; tales son las revoluciones de la naturaleza: sucesión de los días y de las noches, de la luz y de las tinieblas, del calor y del frío, del invierno y del verano, de la vegetación y de la esterilidad, de la vigilia y del sueño. Aquí está el verdadero y universal fundamento de la concepción religiosa; lo demás no es ciencia ni hipótesis razonada y trascendental; es una serie de vaguedades históricas, una vuelta á la tradición puramente sentimental y poética, que nos habla como de un recuerdo penoso del Egipto, «el país de los muertos donde nacieron los dioses».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*La lengua castellana en Puerto Rico*, por M. Fernández Juncos.—*Apuntes históricos*, del general Mendiburu.—Noticias cronológicas del Cuzco.—*Rectificaciones históricas*, por F. Iglesias.—*Los Anales diplomáticos y consulares de Colombia.—Hombres y cosas de América*, por E. Piñeyro.—*Santa*, novela de Gamboa.—*El buscapié cervantino*, por G. de J. Vázquez.—*El Éxodo y las flores del camino*, por Amado Nervo.=REVISTAS.—*Chile moderno.*—Los americanos y los empleos públicos en América á comienzos del siglo XIX.—Primeros chispazos de la Independencia en el Perú.=*Ideas* (Buenos Aires).—Comentarios sobre el castellano.—La guerra de la Argentina con el Uruguay en 1867-70.—Estudio sobre Echegaray.=*Revista Nueva* (Tegucigalpa.)= *Vida Moderna.*—La tuberculosis y los obreros.—La enseñanza de la Historia.—El ideal del descanso.

Cuando, hace pocos meses, dediqué gran parte de uno de estos artículos al examen de publicaciones referentes á la cuestión del castellano en América, no había aún llegado á mis manos la conferencia dada en la Exposición escolar de Puerto Rico por D. Manuel Fernández Juncos. El texto de esta conferencia no ocupa más de once páginas; pero es más importante, por su asunto, por el lugar en que se hizo público y por su autor, que muchos tomos mazorrales de gramáticos y retóricos. El autor es un español, verdaderamente benemérito de la patria en lo que más importa á la patria tener beneméritos; hombre en quien las buenas cualidades del espíritu español, y más especialmente las del asturiano, han venido á juntarse con aquellas otras que un contacto frecuente con la civilización yanqui, y una selección discreta de sus excelencias, hace nacer en quienes tienen abierta el alma á todo lo bueno, venga

de donde viniere. Quedándose en Puerto Rico, y asociándose en cierta medida á la obra reformadora de los nuevos ocupantes, ha prestado á España grandes servicios, tan grandes (mayores quizá) como los que, positivamente, le han prestado aquellos *americanos* que, viniéndose á la Península, fecundan hoy muchas iniciativas económicas con su dinero y su genio emprendedor. Los servicios del Sr. Fernández Juncos son de orden intelectual, y se refieren á la enseñanza del castellano en las escuelas portorriqueñas.

En esto estriba la mayor importancia de la conferencia que me ocupa, y que es á manera de un epílogo consagrador de toda una serie de esfuerzos.

«Tiene nuestra lengua (dice) tanta dulzura como la italiana, sin sus extremados afeminamientos; es tan enérgica y cortés como la francesa, aventajándola mucho en soltura y ritmo; tiene ventajas notables sobre la alemana, en punto á suavidad y elegancia, y llega en muchos casos sin esfuerzo á la sobriedad de la inglesa, siendo más que ella flexible, grandilocuente y armoniosa.

»Las personas que por su profesión, sus aptitudes y sus gustos llegan á dominar bien la lengua castellana, y á conocer sus principales cualidades y sus más íntimas bellezas, suelen mostrar por ella un entusiasmo rayano en la idolatría. Oíd á un poeta de lengua castellana, y os dirá que ninguna otra posee medios de expresión más adecuados para las ideas sublimes, bellas y graciosas, y que en ningún idioma del mundo suenan mejor que en el nuestro las palabras *Dios*, *madre*, *hermano*, *amor*, *caridad* y sus derivados; un prosista os dirá que ninguna otra lengua viva expresa la acción y la pasión con más variado número de verbos que la castellana, ni posee adjetivos más precisos, gráficos y pintorescos; un hombre de ciencia os informará que la lengua castellana, como heredera de los idiomas griego y latino, posee casi todas las voces técnicas derivadas de aquellas dos grandes fuentes de cultura, y un hombre de negocios os hará notar que—fuera de la lengua in-

glesa—no hay otra más comercial que la española ni que se halle tan extendida actualmente en nuestro planeta.»

El autor enumera las razones en que se funda la indudable utilidad de conservar el castellano para los portorriqueños: existencia de una copiosa y admirable literatura—que ha sido fuente en no pocas cosas de las extranjeras—y que sólo puede estudiarse y aprovecharse debidamente poseyendo el idioma en que fué escrita; el hecho de que el castellano haya sido el idioma de los conquistadores y civilizadores á la europea de Puerto Rico, y el usado por el pueblo portorriqueño durante 400 años; el de que «todas las bibliotecas, todos los archivos y colecciones de documentos públicos y privados, las fuentes todas de investigación histórica, la misma tradición, oral ó escrita, todo lo que se refiere á la vida interior y exterior de Puerto Rico está casi exclusivamente en lengua castellana, y se enturbiarían ó perderían esas fuentes desde el momento en que se extinguiese ó se descuidase aquí esa lengua madre»; la consideración de que sufriría menoscabo, por de pronto, hasta el mismo trato social, con la proscripción de la lengua castellana, puesto que no cabría expresar en otra «aquí, con su verdadero y propio colorido, todo ese torrente de ideas ingeniosas, sutiles, pintorescas y llenas de gracia, que parece que brotan del cerebro de los inteligentes portorriqueños para ser exclusivamente exteriorizadas y revestidas con los primores de nuestra lengua»; y en fin, la existencia de una literatura portorriqueña en castellano, la cual sufriría un golpe moral si se le quitara ahora su órgano único de nutrición y expresión.

Aparte todas estas razones, de orden intelectual y moral, aduce el Sr. Fernández Juncos otras referentes á lo material. Con la apertura del canal que ha de poner en comunicación el Atlántico y el Pacífico, Puerto Rico, «por su admirable posición geográfica, va á ser precisamente el punto de unión para el tráfico de todos los pueblos americanos de lengua española y el de escala más favorable á la navegación entre ambos continentes». Esto visto, ¿habíamos de pensar siquiera (pregunta

el autor) en suprimir ó abandonar la lengua castellana, precioso lazo de inteligencia entre la mayoría de los pueblos de América?

«Por fortuna—añade,—se aleja cada día la probabilidad de que esto se haga y de que á ello propenda el consejo de los Estados Unidos, cuya inteligencia, previsión y espíritu práctico son proverbiales. La extensión que en ese gran país se está dando actualmente á los cursos de idioma castellano; la asiduidad y provecho con que hoy lo estudian aquí los continentales de más autoridad y saber; el proyecto que ahora se acaricia en Washington, de establecer una Universidad bilingüe y de carácter panamericano en Puerto Rico, y la misma proposición oficial del tema que trato en estos momentos, son indicios bastantes para creer que la lengua castellana será un factor importante en los destinos futuros de este país.»

El autor no halla inconvenientes, sino ventajas, en que convivan en Puerto Rico el castellano y el inglés, idiomas que tienen allí derecho de vecindad por diversos motivos; pero cree que no podría intentarse, sin peligro de que ambos sufriesen (como ha sucedido ya en algunas regiones que fueron mejicanas y pasaron después á poder de los Estados Unidos), la imposición de un idioma nuevo á expensas del existente.

Termina la conferencia con algunas indicaciones sobre el procedimiento de enseñanza del idioma castellano. Debe empezarse, según él, por un gran acopio de palabras, «de las más usuales en el comercio de la vida», adiestrando al alumno en el uso de ellas por medio de ejercicios prácticos, pero sin nada de la pesada y absurda reglamentación de los gramáticos á la antigua. A estos ejercicios deben acompañar los de «lectura en alta voz de trozos escogidos, conversación sobre lo leído, recitaciones cortas y sencillas en prosa y verso, y ejercicios escritos, al dictado, de trozos clásicos y al alcance de la inteligencia de los alumnos; ejercicios de invención, de construcción de frases y de comparación de homónimos y sinónimos; corrección mutua, por los alumnos, de las copias al dictado y los ejerci-

cios de invención y construcción; primeros ejercicios de redacción sobre asuntos bien conocidos y sencillos, y todo cuanto pueda propender á dar destreza á los alumnos en el *uso* del idioma que estudian, sin omitir los estímulos del diálogo, cuya eficacia educativa se reconocía ya en los tiempos de Sócrates».

***

Varias veces he hablado en estas páginas de la rica é interesante producción histórica con que van poco á poco descubriendo é iluminando su pasado muchos escritores de Hispano-América. A los libros que en esas veces he citado, añadiré ahora dos que proceden del Perú, y que continúan la serie de los publicados por iniciativa de la Biblioteca Nacional, que dirige Ricardo Palma. El primero de ellos comprende dos obras: una colección de *Apuntes históricos*, escritos por el general D. Manuel de Mendiburu, y las *Noticias cronológicas del Cuzco*, de autor anónimo.

Los *Apuntes* son 44, los más de ellos breves, y versan sobre muy variados asuntos. Mencionaré los que más curiosidad pueden tener para nuestros lectores: El oro en América (el primero que se llevó á España); Guardias del virrey (alabarderos, que ya intentó crear Pizarro, y organizó formalmente, en 1557, el marqués de Cañete); Monasterios de monjas en Lima (13, desde 1558 á 1732); Fiestas (las religiosas que se guardaban en el Perú, ceremonias y regocijos en algunas de ellas); Autos de fe; Universidad de San Marcos; Bibliotecas; Cafés en Lima (desde 1771); Corridas de toros (tan antiguas, casi, como la fundación de Lima). El general Mendiburu vivió de 1805 á 1885, y es autor de un notable *Diccionario histórico del Perú*, fruto de sus muchas y penetrantes lecturas é investigaciones.

Las *Noticias del Cuzco* se refieren al gobierno de los Incas y al primer siglo de la conquista española (hasta 1595). Son importantes, especialmente en su primera parte, completando

las noticias que hasta ahora se sabían sobre el imperio peruano precolombino.

Como apéndice, lleva este volumen un poema inédito, *El aprendiz de rico*, original del poeta cuzqueño del siglo XVII Juan Espinosa Medrano, y anotado por el bibliotecario D. Manuel Calderón. El poema se refiere á la falsificación de moneda hecha por un acaudalado minero de Potosí, apellidado Rocha.

El otro volumen á que antes hice referencia, es una edición aparte de los ya citados *Apuntes*, del general Mendiburu.

También en Méjico es numerosa la producción de libros históricos, aunque no tanto como en el Perú, en Chile y en la Argentina.

De allá procede un interesante tomo de *Rectificaciones históricas*, escrito por D. Fernando Iglesias Calderón. El asunto concreto de las *Rectificaciones* es la traición del emperador Maximiliano, negada por algunos y causa de su fusilamiento. El Sr. Iglesias es hijo de D. José María Iglesias, vicepresidente de la República que fué en los azarosos días de 1876, y ha podido disfrutar muchos documentos comprensivos de nuevas noticias, que le sirven para apoyar su tesis. El autor discute ampliamente la resolución de la Comisión de Auténticas del Museo de Artillería, que declaró, por ocho votos contra uno, falsa la carta de Maximiliano al general López, que, donada por el general Escobedo, figuró en el Museo citado sin sospecha de falsedad durante algún tiempo.

Cualquiera que sea el juicio que se forme respecto de la prueba histórica que el Sr. Iglesias aduce (y yo no puedo entrar aquí en esa tarea), no podrá desconocerse que su libro encierra datos interesantes, y que su imparcialidad es grande y notoria, en diferentes pasajes, contra el fanatismo azteca de algunos escritores mejicanos, el fanatismo católico de otros, y la interposición de sentimientos católicos que á menudo oscurecen la visión clara de la realidad.

Los *Anales diplomáticos y consulares de Colombia* (tomo segundo) son algo más que una colección de documentos, los

más de los cuales suelen tener escaso interés fuera de la nación á que se refieren. Los dos primeros capítulos del tomo constituyen un tratado de Derecho internacional positivo, referentes á la personalidad política de Colombia y á su legislación en estado de paz, en estado de guerra y en punto á la neutralidad. El capítulo VIII complementa los citados con relación á los asuntos de Derecho civil internacional. El VII es sumamente importante porque se refiere todo él á las cuestiones de límites entre Colombia y Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Nicaragua. El IX es una crónica internacional en que se aducen noticias sobre la Conferencia Americana de Méjico, los Estados Unidos y Cuba, el Canal de Panamá y otros asuntos, y el X contiene una copiosa bibliografía. El XII es de documentos (Tratado Hay-Panceufote, Conferencia Internacional de La Haya, etc.).

El libro de D. Enrique Piñeyro, *Hombres y cosas de América* (1), es variado y curioso. Su parte más sólida está formada por un largo estudio sobre *El conflicto entre la esclavitud y la libertad en los Estados Unidos, de 1850 á 1861,* y otro sobre el pedagogo cubano José de la Luz y Caballero. El resto de los capítulos lo constituyen críticas bibliográficas sobre libros de Motley, Mariéjol, Morse y otros autores.

Es de notar, por lo directamente que se refiere á un autor español, lo que dice respecto de las opiniones antiamericanas de Menéndez y Pelayo y, en particular, del puesto que éste concedió á José María Heredia en la *Antología de poetas hispanoamericanos.*

* * *

Si la novela *Santa*, del Sr. Gamboa, escritor guatemalteco, se hubiese publicado hace veinte años, me atrevo á asegurar que su éxito hubiera sido grande. Hoy tiene en contra suya el cansancio de los lectores, á quienes la repetición de los

(1) Garnier hermanos. París, 1903.

tipos de Magdalenas, más ó menos puras en medio de su depravación, ó francamente depravadas, les previene contra todo libro de esta índole. Lástima es que así sea, porque Gamboa tiene condiciones excelentes de novelista, tanto en la expresión de los caracteres y el ahondar en las profundidades psicológicas de cada uno—y no con discursos empachosos, sino en acción vívida y real—como en la composición misma de los hechos que forman el relato.

Convengo plenamente con un crítico catalán, en que *Santa* es una novela «fuerte, tanto como sincera», y en que al autor, como á Goncourt, ha guiado el deseo de escribir un libro «completamente austero y casto, sin que ni una sola de las páginas motivadas por la naturaleza del asunto, ardiente y delicado, despierte en el ánimo de mis lectores otra cosa que una tristísima meditación»; pero no me resuelvo á creer que ése sea el efecto que realmente produzca en todos los lectores. Tratándose de pintar un mundo como el que Gamboa pinta, la sinceridad tiene ese peligro; y no es que yo recomiende la mentira ó el disfraz en tales asuntos, porque no soy de los meticulosos en literatura; pero sí creo que la supresión de muchos detalles de los que Gamboa acopia, en su afán (por otra parte legítimo, y aun diré que artísticamente irresistible) de realismo y de verdad, hubiera hecho posible la entrega de la novela en manos de lectores que, así como está escrita, no es posible animarles á que la cojan. Tampoco censuro con esto, sino que lamento, las condiciones del libro, teniendo en cuenta que, aparte su finalidad artística, tiene otra muy recomendable y alta: la de provocar esa «tristísima meditación» á que aludía Goncourt, meditación cuyo resultado último es el sentimiento de honda tristeza y de espanto, juntamente por las terribles lacerías morales que perduran en nuestra sociedad, y por la abrumadora convicción de que «todos somos igualmente culpables de los dolores y miserias que anonadan y acaban por aniquilar á tantos seres hermanos nuestros». Tolstoy ha conseguido el mismo resultado con *Resurrección*,

libro que, no obstante, está libre de los peligros que, en punto á su difusión, señalo en *Santa*.

Esto aparte—y considerado el libro como obra literaria puramente,—la novela de Gamboa merece plácemes y se puede considerar muy superior á otras muchas de los que, en tierras europeas, suelen hablar con desprecio de la literatura americana.

Un libro sobre Cervantes es siempre un libro grato para los españoles. Hay, pues, que darle las gracias á D. Gabino de J. Vázquez por haber escrito el lindo volumen que lleva por título *El buscapié cervantino* (1). El autor, cervantista entusiasta, ha expuesto con gran claridad, y sin palabras que huelguen, la historia de la leyenda y la falsificación del famoso *Buscapié*, que tuvo su época. A continuación da noticia de los dos conocidos trabajos de Sbarbi sobre la interpretación del *Quijote* y la teología cervantina.

*
* *

Llego tarde para hablar del libro de Amado Nervo (2), que ya han propalado por España otros periodistas con más títulos de críticos que yo. Seré por esto muy parco, condensando mi juicio en pocas palabras.

Lo discutible en Nervo es el sistema, la teoría métrica (cuando escribe en verso), la doctrina literaria y la terrible sinceridad con que lo dice todo. Sobre algo de esto ya he reproducido, en anteriores *Lecturas*, la opinión de escritores mejicanos. Pero lo que no puede discutirse es el gran talento del autor, su profundo sentido poético, su alma de artista y el irresistible encanto de su literatura. Todo ese diario de viaje por los Estados Unidos y por Europa, con que ahora nos re-

(1) Mérida de Yucatán, 1903.
(2) *El Éxodo y las flores del camino.*—Méjico, 1903.

gala, está sembrado de observaciones originales, de bellezas de expresión y de pensamiento, de poesía...

Es una joya, en medio de la vulgar y soporífera literatura moderna de viajes, que amenaza con ahogarnos bajo su peso.

*
* *

El último paquete de revistas americanas que llega á mis manos trae algunas novedades, en que he de ocuparme principalmente.

De *Chile Moderno*, publicación mensual, recibo tan sólo los números dos y tres. En su cubierta hallo muchos de los nombres conocidos y estimados de aquella floreciente república: Alfonso, Amunátegui Solar, Letelier, Montt, etc.

En el número dos hay un interesante artículo bibliográfico de G. René-Moreno, acerca de un folleto que se publicó en Lima en 1820, y cuyo título es así:

«DISCURSO sobre la preferencia que deben tener los americanos en los empleos de América. Prevenido en el año de 1811, por el Dr. D. Mariano Alejo Alvarez, abogado de la Audiencia de Charcas, para su incorporación en el Ilustre Colegio de Abogados de Lima. Al ir á pronunciarlo, no se sabe de orden de quién se le impidió por el decano, y sin oirlo se mandó que se archivara. Lima, 1820. En la oficina de Ruiz, á cargo de D. Manuel Peña.

»4.° de 152 por 98; 26.

»Epígrafe de Virgilio al dorso».

La importancia de este discurso estriba en ser síntoma de un gran descontento que en el país reinaba, y que ha de contarse como una «de las causas más profundas de la revolución» de nuestras colonias.

En la Memoria del gobierno del virrey Abascal, se consigna que, hacia 1806 y 1807, cundían en las provincias del Alto Perú doctrinas favorables á la independencia. Centro de esas doctrinas parece haber sido Chuquisaca, donde el desenvolvi-

miento de las ideas jurídicas llevaba á los espíritus universitarios á la concepción del proyecto de emancipación simultánea de todas las colonias. El autor del Discurso fué discípulo de la Academia Carolina de Chuquisaca.

«Aquellos jurisperitos que, como descendientes de los conquistadores, se sentían por razón y eran por educación el gremio culminante y preferible de la sociedad colonial, vegetaban mano sobre mano como parias dentro de su propia tierra. No menos de cuarenta doctores moraban en Chuquisaca, y unos cincuenta en las provincias. Una repulsa odiosa, un monopolio sistemático, mantenía á raya sus aptitudes profesionales. En provecho de agraciados que venían de España, se veían preteridos al distribuirse en el país los cargos con renta, mando y honores. Calcúlese el estímulo de la ocasión en el ánimo de éstos descontentos, al ver el año 1808 la metrópoli entrada por un conquistador irresistible, acéfalo de su dinastía al trono, revertido el poder soberano al pueblo, á falta del monarca absoluto.

»Y vieron que este último hecho era enteramente conforme con la doctrina de Santo Tomás enseñada en la Universidad de Chuquisaca; algo más que aquella reversión era el principio que proclamaban como basa de su autoridad suprema las propias juntas provinciales gubernativas, formadas tumultuariamente en la Península.

»La maciza sumisión del inveterado vasallaje, aquella interna tabla rasa de la fidelidad á la metrópoli, se destrizó en todos. Por las hendiduras saltaron aspiraciones á inquietar el pecho de los desposeídos regnícolas superiores del distrito de Charcas.»

Considerado así el Discurso de Alvarez, como un chispazo «de las doctrinas secretas del centro universitario, donde el autor se había doctorado», resulta sumamente curioso su análisis.

Desde luego, y á fuer de letrado, Alvarez fundamenta su argumentación en el texto de las leyes vigentes. Las de Indias establecen «grados para el llamamiento de los america-

nos á los empleos de sus respectivos países. Excluye de resultas, según Alvarez, á los no originarios de América, porque éstos no serían legalmente admitidos sino en el caso improbable de no existir oriundos idóneos. ¿Qué otra cosa significa, sino un derecho exclusivo de los americanos, el orden que la ley señala en igualdad de méritos para la preferencia entre ellos? Primeramente, los que desciendan de descubridores y conquistadores; en seguida, los que de pacificadores y pobladores. Esos lo somos únicamente todos nosotros». Y agrega Alvarez:

«Demostrando yo que este plan es el único conforme á la razón natural, al derecho de gentes, al civil, al canónico, á la legislación universal de la monarquía española, á la particular de estos reinos de las Indias, habré probado la justicia con que dicha ley ha sido establecida, y el agravio que se ha inferido á los americanos en el pasado gobierno, cuando un favorito déspota y codicioso ponía en pública subasta los empleos».

No deja el autor, como es consiguiente, de apoyarse en el ejemplo de los reinos españoles, que tantos conflictos había producido en la Península antes de Carlos I, y que bajo este rey fundamentó en gran medida el levantamiento de las comunidades.

«En los reinos y provincias recuperados en la Península del poder de los moros por los españoles, según las disposiciones de esa ley (la de Castilla), los preferidos para esos empleos de la tierra respectiva son los conquistadores ó libertadores, y sus descendientes». ¿Cómo, pues, no ha de hacerse lo mismo con los descendientes de los conquistadores y pobladores de estas Américas?»

«Esta conquista—añade con brío—es la herencia que nos dejaron nuestros abuelos: y ¿podremos ser despojados de ella para que otro se locuplete y goce de toda comodidad y satisfacción? ¡Qué! ¿Pereceremos en la tierra de promisión que nuestros mayores descubrieron? ¿Nuestras ciudades serán go-

bernadas por los que no las fundaron, y nuestros templos por los que no los edificaron? Si nuestros padres, levantándose del sepulcro, hicieran estas justas reconvenciones, ¿qué se les respondiera?

»Los de Castilla y León se hicieron dueños de todos los empleos eclesiásticos y seculares, porque, según la ley recopilada, *con ferviente devoción, católicos y animosos corazones, y derramamiento de sangre, libertaron de los infieles la tierra*».

A más del derecho de conquista—dice después,—los americanos tienen el de naturaleza. Uniéndose las Indias por la conquista á España, no perdieron los fueros ni la personalidad de imperios. Dos soberanías distintas están bajo el cetro del monarca español. Aunque súbditos de un mismo soberano, los naturales de América y los naturales de España se rigen por leyes distintas. ¿Dónde está la ley imperial que los haya igualado enteramente? Muy diversa es su condición respectiva. El español en los reinos de España es considerado en primer lugar; por consiguiente, el americano, á su turno, debiera serlo en las Américas. Si un americano pretendiera esa preferencia en España, claro que el intento se miraría como locura. Pues bien: los americanos, según Solórzano, se reputan por hijos legítimos de América, y los españoles en ésta como adoptivos ó legitimados por privilegio; y ¿se ha visto alguna vez que hijos de esta última especie sucedan habiendo legítimos?»

Con estos antecedentes respecto de sus ideas, no es de extrañar que pueda sospecharse si Alvarez fué uno de los doctores que, sin dar la cara, ayudaron con eficacia al movimiento popular de 25 de Mayo de 1809 en Chuquisaca. Lo único cierto que cabe afirmar es que, al ocurrir el levantamiento, Alvarez se hallaba en Arequipa. De todos modos, es interesante esta muestra de la literatura precursora de la independencia.

De otra revista nueva, *Ideas* (Buenos Aires), recibo los números tres á seis.

En el quinto se publican unos *Comentarios sobre las nue-*

vas tendencias literarias, escritos por D. Manuel Ugarte. Entresaco de ellos estos dos párrafos acerca del castellano:

«Los verdaderos escritores, que se han reído siempre de todos los arrendajos de la Gramática, no pueden subordinar su empuje á los caprichos de una Academia que aborrece cuanto lleva el sello de una personalidad vigorosa. Pero tampoco hay que creer que para tener talento basta escribir en mal castellano, hacer contorsiones con el estilo y crear palabras inútiles para expresar cosas que ya tienen representación en la lengua. El mejor mérito del que escribe consiste en saber discernir cuáles son las innovaciones necesarias y cuáles las inútiles, en alcanzar esa difícil serenidad de juicio que nos permite ver, como desde una altura, por encima de las modas y los apasionamientos del instante, las formas claras y precisas de la belleza inmortal». . . . . .

«No puede ser intangible una lengua que contiene millares de voces árabes y latinas. Proscribir las palabras extranjeras, cerrar las puertas del castellano á todo lo moderno, sería negarse á lo que podríamos llamar la circulación de la sangre de los idiomas. Es verdad que las palabras *campanadas*, *campear*, *canas*, *cañavera*, *carinegro*, *cartear*, *cencerrada*, *cimentar*, *desenconar*, *destajar* y cien otras, son genuinamente españolas y no tienen traducción inmediata en francés. Pero en cambio de ellas, hay en aquel idioma más de mil que no se pueden trasladar castizamente al castellano. Oigo decir á los puristas: Imitemos á Cervantes. Pero, Cervantes, si existiera hoy, ¿escribiría como escribió en su siglo?»

En el sexto número de *Ideas*, el Sr. D. J. C. Rubianes comienza un estudio sobre las *Relaciones con el Paraguay*, en el cual examina las causas mediatas é inmediatas de la guerra de 1865-70. A su juicio, existen respecto de esa guerra dos errores fundamentales: 1.°, que se hizo al tirano F. S. López, y no á la nación paraguaya; 2.°, que por lo que toca al choque de la Argentina y el Paraguay, fué una guerra impolítica y una gran desgracia fácilmente evitable. A desvanecer esos

errores se dirige toda la argumentación histórica del Sr. Rubianes, cuyas conclusiones hemos de ver en números sucesivos.

En el tercero de la misma revista hay un *Estudio sobre Echegaray*, á propósito de *El loco Dios* y *Malas herencias*. El juicio de Rojas no es muy favorable, dentro de los respetos que se deben al talento del dramaturgo español.

La *Revista Nueva*, de Tegucigalpa, es casi exclusivamente de amena literatura y se nutre en abundancia de traducciones, muy escogidas á decir verdad: Musset, Goethe, Baudelaire, Wittman, Maupassant, Wilde, etc. Forma, pues, una antología interesante de autores americanos y europeos.

Vida Moderna de Agosto último trae varios artículos interesantes. El primero de ellos es una conversación amistosa sobre tuberculosis, sostenida con los obreros reunidos en el Victoria Hall, por el Dr. J. de Salterain. El cual, apenas entrado en el asunto, formula así sus conclusiones preliminares:

«*De cada cien individuos que fallecen*, fijaos bien, VEINTE, por lo menos, *son tísicos ó influenciados por la tisis;* y los tísicos no deben morir, porque pueden curarse.

»Así, y sin mayores comentarios ni rodeos, que no es del caso apreciar detalladamente, apliquemos esos cálculos á la República, puesto que en ella actuamos y nos interesa de cerca, y veamos:

Término medio de muertos, de todas las enfermedades, al año	12.536
Quinta parte de esta totalidad	2.507

»Es decir: dos mil quinientos individuos, poco más ó menos, fallecidos por tisis y sus variedades, que disminuyen, año por año, é indebidamente, las escasas fuerzas de la joven nacionalidad.

»En la sola ciudad de Montevideo, durante los tres primeros meses del año corriente de 1903, han fallecido, únicamente

de tisis pulmonar, 106 individuos (35 al mes como término medio), de los cuales fueron 52 varones y 54 mujeres; 64 solteros y en la flor de la edad todos, sin excepción; 29 casados, 9 viudos y 4 menores de quince años.»

Pasa en seguida á determinar las causas de la tisis: falta de alimentación, de aire puro, de luz.

La falta de alimentación es inevitable para los obreros, dados los jornales que reciben, y que el conferenciante calcula en 20 pesos mensuales, de los que seis son para la habitación, otros tantos para ropa, calzado y gastos menudos. Quedan, pues, ocho para la comida.

Respecto de las habitaciones, argumenta de este modo:

«Vosotros me diréis: todo eso está muy bueno para los que pueden pagarse el lujo de vivir en habitaciones espaciosas, pero no para los que no tenemos otro remedio sino aceptar lo poco y malo que se nos brinda.—Entendámonos; hasta cierto punto. Cuando empleáis cinco centésimos, nada más que cinco centésimos, en carne para el puchero, buen cuidado tenéis de examinar la mercancía y rechazar la que os parece inferior ó podrida. ¿Qué sucede con esto? Que ningún carnicero, en general, se expone á vender mercaderías averiadas, porque sabe que no tienen salida, que pocos ó ningunos las aceptan. ¿Por qué, cuando vais á elegir un cuarto, una modesta vivienda, no hacéis algo parecido y rechazáis la que no sea sana, clara y aireada, la que esté corrompida, en una palabra?

»Poneos todos de acuerdo, no en nombre de esas teorías esdrújulas de las que no bonifican sino los falsos apóstoles, sino en razón de vuestros legítimos derechos; exigid del propietario aquellas condiciones elementales. Intentadlo al menos, que la querella bien vale la pena.

»Esos ricos señores de la tierra, la mayor parte, han sido pobres, como vosotros; y si han olvidado algunos, en la molicie del lujo y en el sibaritismo de la ociosidad, su origen oscuro y humilde, ninguno menosprecia los dictados del interés. Y si se convencen que la mercadería averiada y mala

no puede pasar por excelente, á buen seguro se apresurarán en acceder á las exigencias á que todo comprador tiene derecho.»

Aun en el caso de mayor pobreza, el doctor hace observar, con gran sentido, á los obreros, que pueden ventilar sus casas, tener abiertos balcones y ventanas. Les recomienda que no pasen los domingos en las tabernas, cuya atmósfera es irrespirable, y que por otros motivos son fuente de grandes perjuicios para la salud física y la salud moral.

Acude luego á evidenciar los males que se siguen de escupir sin tino en el suelo.

«Si lleváis sobre los hombros una carga de pólvora, por ejemplo, ¿derramaréis, acaso, puñados por el suelo, para que cualquier paseante arroje inadvertidamente un fósforo y se produzca la explosión? No; os guardaréis muy bien y preservaréis al terrible agente de todo contacto peligroso. ¿Por qué no habéis de hacer lo mismo con la pólvora de la saliva enferma, que puede prender al menor descuido, y que prende todos los días, consumiendo su explosión millares de existencias? Muchas más de las que devora en todas las latitudes ese brutal argumento que, en nombre de todas las tendencias atávicas de la humanidad, se denomina irónicamente el derecho de la guerra.

»Por escasos de recursos que os suponga, si no podéis proveeros de una salivadera con agua, para que la escupida no se seque y la semilla vuele, jamás os faltará una vasija húmeda, un cacharro, un plato cualquiera donde podáis hacerlo, ni un vaciadero común donde derramar su contenido.

»Los que habláis de libertad y de derechos dad el ejemplo, respetando el ingénito, que tenemos todos, de vivir sin que nadie nos perjudique.»

La conferencia toda es un modelo de buen sentido, de claridad y de sencillez, adecuada para los oyentes que tuvo.

D. José Salgado expone, en el mismo número, y con motivo del programa de Historia americana adoptado en las

escuelas del Uruguay, muy atinadas observaciones sobre la metodología de la enseñanza de aquella materia.

Y, finalmente, el padre Zenón Bustos, franciscano, comenta el libro de Ernesto Quesada, *Tristezas y esperanzas*, y discute nuevamente la tesis que éste atribuye á la novela *Reposo*, de Altamira, sobre la cual han emitido también opinión muchos escritores y críticos americanos que se citan en una nota.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Discurso de inauguración del curso en la Academia de Jurisprudencia, por D. José Canalejas y Méndez.—La enseñanza de las ciencias sociales en los países cultos.—«Socialización antigua y moderna».—Transformación de la administración pública.—Relatividad de la eficacia práctica de las ciencias sociales para la resolución de los problemas de este orden.

La Academia de Jurisprudencia no es una Academia como las demás. Aunque se ufane con ese título, que, hoy apartado por desviaciones del uso de su sentido original, resulta algo pomposo, no es una corporación compuesta de un corto número de personas que se supone sean las más eminentes ó distinguidas en algún arte ó género de estudios. En este sentido de la voz Academia, la de Ciencias Morales y Políticas podría disputarle con razón la representación de los cultivadores del Derecho. La Academia de Jurisprudencia es, en realidad, una sociedad de abogados y estudiantes de leyes que, con discusiones y conferencias, aspiran á contribuir al progreso de los estudios jurídicos. No se entra en ella por méritos ni mediante elección. Es, pues, Academia en otro sentido, que se acerca más al primitivo, y que tiene precedentes históricos mucho más remotos que los de las Academias oficiales. Es una Academia libre, una asociación de personas que se reúnen para cultivar y fomentar determinada clase de estudios.

Su influencia en España ha sido, con todo, de alguna entidad, comparable, aunque menos brillante, á la del Ateneo de Madrid en sus buenas épocas. Correspóndele la gloria ó la responsabilidad de que en sus discusiones se hayan formado ge-

neraciones enteras de abogados y políticos, que allí ejercitaron su verbosidad y se adiestraron en simulacros de las contiendas parlamentarias. Presidida de ordinario por hombres políticos de importancia, distinguidos muchos de ellos en el foro, los discursos de inauguración de sus cátedras ofrecen, por lo general, tanto interés—si no le ofrecen mayor—como los de recepción en las otras Academias á que anteriormente se alude.

El discurso de este año ha estado á cargo del actual presidente de la Academia, D. José Canalejas y Méndez. Del señor Canalejas, como hombre político, nada hay que decir. Todo el mundo le conoce. Como abogado es también muy conocido, aunque no haya llegado en esta profesión á conseguir tanta fama como en la política. Pero, seguramente, es menos conocido como universitario, como profesor que fué en su juventud, si mal no recuerdo, de Literatura griega y latina. Esta vocación primitiva, aunque haya quedado obscurecida por otros aspectos de su personalidad que se han sobrepuesto á ella en el curso del tiempo, no ha desaparecido por completo del espíritu del Sr. Canalejas; y en su afición al estudio, y en la importancia que da al saber, rasgos no muy generales entre nuestros políticos, se ve que conserva aún algo del antiguo profesor.

El discurso del Sr. Canalejas versó sobre el estado actual de la enseñanza de las ciencias sociales en los países cultos. Tema concreto, definido, de información, de hecho, muy distinto de los asuntos especulativos y de controversia, que con frecuencia han sido preferidos para semejantes trabajos didácticos. Precisamente por ser tal la materia del discurso, se ve claro en este caso cuánto influye la posición personal del expositor, aun en este género de trabajos que parecen alejados de la polémica. El Sr. Canalejas ha llevado al suyo la disposición de ánimo del luchador político, y tal vez la parte más interesante, y desde luego la más artística del discurso, es aquella en que se refleja este carácter y esta disposición del orador, ó si se quiere del escritor, puesto que de un discurso escrito se

trata. No es el Sr. Canalejas el *historiador sin alma y sin ciudad*, el postulado de Fenelon y de Luciano, de que habla al estudiar el cambio operado en la manera de escribir y de concebir la historia. No es un espíritu curioso é impersonal ante los hechos, que los recoja sin pasión como materiales para un estudio. Es un polemista que busca en ellos armas, razones para su tesis.

Según expone el autor en las primeras páginas de su trabajo, ha sido éste redactado en pocos días, como avance ó anticipado resumen de un libro que sobre el mismo asunto prepara. En realidad se resiente poco de esta precipitación el discurso, y sólo en la parte propiamente expositiva, en que se da noticia de las diferentes enseñanzas de ciencias sociales establecidas con carácter oficial ó particular en cada país, es en la que puede observarse algún desequilibrio en las proporciones y alguna falta ligera de enlace, ó cierta dispersión en los datos; pero sin que pueda á punto fijo saberse si es ello imputable á la rapidez con que ha sido escrito el trabajo, ó á la misma índole de su asunto, que exige que descienda á pormenores difíciles de acoplar en una narración, sin que algo perjudiquen á su trabazón y unidad.

La primera parte del discurso es una introducción, extensa con relación á las proporciones totales de este trabajo y á las de su parte expositiva (que sin duda adquirirá mayor desarrollo en el libro que el Sr. Canalejas prepara, y del que es como anticipado esbozo el discurso). Esa primera parte está escrita con gran elocuencia, y por el fondo de conocimientos que revela y la profundidad de pensamiento que en ella campea, descubre al hombre de estudio, al antiguo profesor á que antes he aludido.

Para justificar la elección de asunto, expone el Sr. Canalejas la importancia que tienen hoy las ciencias sociales, que no es una importancia exclusivamente doctrinal y teórica, sino que depende de la que han adquirido las llamadas cuestiones sociales, y del concurso que para su resolución en la

práctica—ó acaso debamos limitarnos á decir para su tramitación jurídica, puesto que las soluciones son problemáticas y en todo caso lejanas—pueden prestar estos estudios.

Como fenómeno característico de los actuales tiempos, ó, si se quiere una expresión más próxima y de alcance más reducido, del momento presente, ve el Sr. Canalejas «la función preponderante de las cuestiones sociales respecto de los acontecimientos políticos, militares, religiosos», etc., la tendencia á *socializarlo* todo, usando uno de esos vocablos bárbaros que entran al idioma como los germanos por las campiñas apacibles de Italia. Y al disertar sobre esta tendencia, distingue acertadamente el autor del discurso entre el hecho y su concepto moderno, y encuentra que el fenómeno no ha aparecido ahora súbitamente en la historia, aunque revista hoy caracteres más acentuados y presente manifestaciones más extensas, y que lo que distingue profundamente á los tiempos presentes de los pasados es la clara conciencia de ese fenómeno y su estudio reflexivo, que á más de aclararle, por una acción refleja, por la acción del pensamiento sobre la realidad, por la fuerza de las ideas (reconocida por el común sentir mucho antes que Fouillée expusiera su teoría de las ideas-fuerzas), aumenta en la práctica las proporciones, extensión é importancia del fenómeno.

Más que un fenómeno de *socialización*, presenciamos hoy un fenómeno de *democratización*. El predominio de lo social sobre lo individual llena la tradición histórica. La constitución económica de las monarquías del antiguo régimen es, desde muchos puntos de vista, socialista, con su teoría del dominio eminente, su sistema de tasas é intervenciones, sus organizaciones de oficios, su predominio de la doctrina del bien común y el *salus populi*. Pero el modo de socialización antiguo se distingue del moderno en que aquél se personalizaba en una persona ó en una entidad, en la ciudad, en la República, en el emperador, en quien se suponía, por una ficción jurídica, que el pueblo había depositado sus poderes; en

el rey, que era como viviente encarnación del Reino, ya por virtud del derecho divino, ya por virtud de un derecho histórico derivado de títulos de primera ocupación ó de conquista.

El modo de socialización moderno, lejos de tender á personalizarse en alguna elevada representación, es consecuencia del gobierno popular, es un modo de socialización democrático, difuso; por eso la cuestión social es, ante todo, cuestión obrera, aunque la masa trabajadora y proletaria no componga toda la sociedad. Se trata de la suerte y condición de los más, consideración decisiva desde el momento en que los principios de igualdad de la Revolución francesa han destruído en las modernas leyes la antigua jerarquía social que establecía clases diferentes de ciudadanos. Este carácter que revisten al presente las cuestiones sociales, es el nexo que enlaza cosas tan contradictorias en apariencia, no bien conciliadas aún por completo, y acaso nunca conciliables por entero, como la emancipación individual á que tiende el derecho revolucionario, y que éste representó en sus orígenes, y las restricciones sociales del intervencionismo que domina hoy en la legislación y en las ideas, y que parece llamado al triunfo en un porvenir próximo, aunque su victoria acaso no sea definitiva ni represente más que una etapa de transición en la transformación social, tras la cual etapa pudieran resucitar de nuevo los principios de la libre concurrencia y de la competencia individual.

Otro rasgo de capital importancia es la transformación *realista* de la política, de las ciencias sociales y de la historia. El estudio de los principios tiene hoy mucha menos importancia que el de los hechos; se pelea no por derechos abstractos, sino por realidades económicas; el problema obrero es, ante todo, un problema económico de distribución, de riqueza, y aunque ofrezca otros aspectos, todos se subordinan á éste, y son, respecto de él, secundarios y derivados. En cierto sentido amplio, y sin perseguir derivaciones doctrinales inmediatas, puede decirse que en este fenómeno hay como una aplicación del positivismo á los estudios sociales y á sus consecuencias

prácticas. La que se ha llamado concepción materialista de la historia, derivada de la teoría de Marx sobre la influencia preponderante del factor económico en la vida de los pueblos, adquiere cada día mayor importancia, no sólo como clave para interpretar lo pasado, sino como explicación de los hechos contemporáneos y guía de las inducciones sobre lo porvenir. Sin duda tiene razón el Sr. Canalejas al hacer notar que es incompleta y parcial esta teoría; pero, con todo, cada vez gana más terreno, y así como el jurista venció al soldado en el gobierno de los pueblos, se ve próximo el día en que el jurisconsulto será vencido á su vez por el economista.

El gobierno de los juristas representó, sin duda, un progreso. Los estudios á que éstos con preferencia se dedicaban, comunicaron ciertos principios de equidad y de justicia á las relaciones entre gobernantes y gobernados, aunque también emanasen de ellos errores como la doctrina del poder absoluto, que aparece en la historia como una derivación del Derecho imperial romano y como un renacimiento mitigado del cesarismo antiguo. Pero hoy, las nuevas necesidades del Estado moderno y el carácter de los problemas planteados en él, en los cuales predomina el aspecto económico, imponen á los hombres de gobierno nuevos y más detenidos estudios, y, sobre todo, exigen la creación de órganos de información numerosos y perfeccionados, puesto que lo que se trata de averiguar son, ante todo, cuestiones de hecho, y por los hechos, antes que por principios abstractos, ha de guiarse la política moderna. Acierta, pues, el Sr. Canalejas al consignar en su discurso que se necesita remediar la ignorancia del Estado. Tal vez se avecina y está iniciada ya en algunos países una transformación de la administración pública, que ha sido hasta ahora principalmente un órgano de tramitación y procedimiento, y que habrá de convertirse, en armonía con las nuevas funciones que deberá llenar, en órgano de información, de acopio y clasificación de datos que preparen la acción ejecutiva en cada caso. La estadística, no puramente numérica, sino

descriptiva, aparece como una de las principales funciones administrativas del porvenir, llamada á adquirir gran desarrollo á expensas acaso de la función procesal, hoy preponderante, y que habrá de simplificarse y hacerse más expedita por la necesidad de una acción rápida y de una legislación flexible que responda á la variabilidad y á la complejidad de la vida moderna.

Con todo, no hay que hacerse la ilusión, y seguramente no se la hace el Sr. Canalejas, de llegar á un Estado sabio que, por virtud de una información más completa y de nuevos órganos de carácter científico, pueda resolver con facilidad los problemas sociales, hoy insolubles, y cuyo tratamiento está limitado á paliativos. Aunque se aplique á las ciencias sociales el método de las naturales, nunca podrán inducirse de aquéllas principios y leyes dotados de la fijeza y la seguridad de los que nos ofrece el estudio del mundo físico. La complejidad y variabilidad de los fenómenos humanos de carácter reflexivo parece entregarlos para siempre á las disputas de los hombres. Por otra parte, las ciencias sociales se encuentran hoy en el estado de inventarios de hechos, y sus inducciones son, en la mayoría de los casos, provisionales é hipotéticas; y aparte de esto, la cuestión obrera no está planteada en la práctica como un problema cuya solución dependa de nuevas luces é investigaciones, sino como una lucha entre fuerzas vivientes en que al cabo se impondrá la ley del más fuerte. Es una pretensión á la conquista del Estado y á la transformación de la sociedad por los que se juzgan perjudicados dentro del régimen actual, no la persecución de alguna desconocida verdad á que estén dispuestos á someterse los que pugnan entre sí.

Con todo, la tesis del Sr. Canalejas es plausible. El Estado necesita saber, necesita enterarse de los nuevos fenómenos de la lucha económica, y ese conocimiento que ha menester no puede hallarlo ya en los Digestos é Institutas del antiguo saber jurídico, ni en las *Políticas* de estadistas y jurisconsultos; está fuera de la geometría de los principios; necesita ir á bus-

carle á la región movible y cambiante de los hechos, y para eso le son precisos órganos registradores que en todo momento le tengan al corriente de esos fenómenos que se producen en continuo cambio y en incesante actividad.

Esta necesidad que en una esfera general se impone al Estado, alcanza también, en más reducido círculo, á los gobernantes, á los hombres políticos. Claro está que no necesitan ser sabios, y que probablemente sería hasta perjudicial que lo fuesen, pues el cultivo de la ciencia es demasiado absorbente para ser compartido con tareas que requieren actividad continua y dotes de improvisación, reñidas con la pausada marcha de la investigación y hasta con la misma disposición neutral y desinteresada del espíritu científico. Pero no le basta ya al hombre de Estado la usual preparación de los estudios jurídicos de antaño, ni le basta tampoco con ser un buen abogado experto en las lides oratorias y en la defensa sagaz de las causas. Necesita estar penetrado de los nuevos problemas, y como ejemplos vivos de ello vemos que las más grandes figuras de la política contemporánea han consagrado gran parte de su atención á esas cuestiones. La embriaguez de la apoteosis imperial no impidió á Bismarck apreciar la gravedad de la cuestión obrera en Alemania, y hoy Chamberlain pone toda su popularidad y toda su fuerza en la política inglesa al servicio de una cuestión de tarifas, y ve en ellas el medio de mantener unidos con fuerte vínculo de intereses los países, dispersos por toda la tierra, que componen el cuerpo gigantesco del imperio británico.

*
* *

Tras la mencionada introducción traza el Sr. Canalejas la clasificación de las ciencias sociales, y describe su contenido según la doctrina de modernos tratadistas, pasando luego á examinar la forma en que la enseñanza de aquéllas se halla establecida en los principales países, y el proceso histórico de

su aparición y desarrollo en la instrucción pública y en las instituciones privadas docentes. Unidas unas veces á las antiguas Facultades de Derecho, formando ya en algunas naciones Facultades ó escuelas independientes, las ciencias sociales ocupan ya lugar muy importante en la enseñanza.

Sucesivamente examina el Sr. Canalejas el estado de dichas enseñanzas en Francia, á la que consagra la parte más extensa de su estudio, haciendo notar como rasgo curioso la resistencia que en un principio opusieron las Facultades de Derecho á la introducción de las nuevas cátedras; resistencia vencida gracias á las exenciones de la ley militar de 1889, que dispensaba de los dos años de cuartel á los licenciados en Ciencias y Letras, y no á los que lo fuesen en Derecho; en Alemania, patria de las antiguas ciencias camerales; en Bélgica, al tratar de la cual consagra algún espacio el expositor á las instituciones libres de enseñanza, creadas por los católicos; en los Estados Unidos, donde los estudios de las ciencias sociales han adquirido extraordinario desarrollo; en Suiza y en Inglaterra.

La patria de Stuart Mill y de Spencer—dice el Sr. Canalejas—no puede compararse en la enseñanza de las ciencias sociales con Francia y Alemania, y lo atribuye, en parte, al carácter poco especulativo de los ingleses y á su apego á la tradición. Sin embargo, bastan tres nombres que cita el señor Canalejas, los de Stuart Mill, Spencer y Thorold Rogers, el autor de *The economie interpretation of history*, de *Six Centuries of work and wages* y *A history of Agricultury and prices in England,* nombres á los cuales podrían añadirse muchos más, para que pueda afirmarse que esa inferioridad de Inglaterra, en lo relativo á la organización de la enseñanza de las ciencias sociales, no es extensiva al cultivo de éstas.

De los demás países habla el Sr. Canalejas muy brevemente, sin consagrar á cada uno de ellos capítulo separado, sino juntándolos en un artículo general. Y á continuación, y con más detenimiento, pasa á tratar de España, fijándose en la cá-

tedra de sociología que existe en la Universidad Central; en la *Escuela práctica de Estudios jurídicos y sociales*, creada por el claustro de la Universidad de Oviedo; en la *Escuela de Estudios Superiores* del Ateneo, á la cual me parece, sin ánimo de agraviarla, que le viene algo ancha la comparación con el Colegio de Francia, con que le honra el Sr. Canalejas; en la Institución Libre de Enseñanza y en la *Escuela de Criminología*, recientemente creada por el Sr. Dato, cuando fué ministro de Gracia y Justicia.

Aunque en la parte concerniente á España, quizás por la rapidez con que se ha escrito este discurso, faltan algunos perfiles, ofrece mucho interés por las ideas pedagógicas que de pasada expone el Sr. Canalejas. La condenación de los exámenes y de las oposiciones para el profesorado está hecha con energía, calificando á las últimas de «vetusto, arcaico y antipedagógico sistema, portillo de la influencia, ganzúa del favor, ó, cuando menos, expuesto al lastimoso triunfo del verbalismo oratorio infecundo». Calurosamente me asocio á todas estas calificaciones, que responden á un convencimiento en mí muy arraigado, de que las oposiciones, careciendo de los requisitos esenciales para ser una prueba verdadera de competencia, son, en cambio, en España una de las muchas ficciones ú *hojas de parra* con que vestimos y damos apariencia de justicia á cualquier arbitrariedad que convenga disfrazar de ese modo.

El discurso del Sr. Canalejas es, en resumen, un trabajo abundante en datos, bien pensado y escrito á trozos con vigorosa elocuencia, y cuando no llega á estas cimas, con soltura y corrección. Su principal defecto es aquella falta de trabazón en algunos pasajes que ya queda mencionada, y cierta latitud en la transcripción de programas y planes de estudios, que en un resumen como éste hubieran estado mejor en extracto. Mas, aparte de esos ligeros lunares, es uno de los más interesantes é instructivos discursos que se han leído en la Academia de Jurisprudencia.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Diversos modos de expresión de la poesía contemporánea.—La mujer escritora.=Política pedagógica: La libertad de enseñanza y los partidos políticos.—La segunda enseñanza en Italia.=Costumbres: Los judíos y la prostitución.=Higiene: Cómo reconquistar la belleza, la fuerza y la salud.=Ocultismo: El cuerpo astral y el magnetismo.=Diplomacia: Antigua y moderna diplomacia.= Impresiones y notas: Elogio de la palabra.—El peso del cerebro.— ¿Alejandro Dumas, plagiario?

LITERATURA

Diversos modos de expresión de la poesía contemporánea.—¿De qué medios dispone hoy un poeta—se pregunta en la *Revue Bleue* Leon Vannoz—para obrar sobre sus contemporáneos y, si tiene la ambición de ser un gran artista, sobre las generaciones futuras?

Todos saben que á fines del siglo xviii y principios del xix, la poesía estaba anémica en Francia, y mientras allí la Revolución con todas sus derivaciones lo absorbía todo, en Alemania transformaban Goethe y Schiller la literatura tudesca, y en Inglaterra renovaban la anglosajona los Lakistas, Coleridge, Southey y Wordsworth, y luego Byron, Keats y los Browning. Cuando el romanticismo, preparado por Rousseau y Diderot, la Stael y Chateaubriand, nació, su advenimiento no podía sorprender á nadie. El instinto que guiaba á los reformadores les hacía enamorarse de la Edad Media, pero su pasión fué siempre superficial.

Los parnasistas en la poesía, y los naturalistas en la novela, reaccionan contra el romanticismo y el simbolismo; por su parte, protestó después contra la rigidez del Parnaso y contra la óptica algo grosera del naturalismo. Estos son hechos conocidos de todos, sobre los que no hay que insistir; en lo que hay que fijar la atención es en algunos puntos particulares, esencialmente característicos.

El romanticismo tuvo la intuición de que debía remontar á los orígenes para recobrar la verdadera tradición de la lengua; pero en esta tradición no supo distinguir y sólo desarrolló un modo de expresión. El romanticismo tomó de la tradición el verso clásico, y le dió flexibilidad, acabando con la distinción entre las voces nobles é innobles; fué, como dicen los marxistas, una revolución burguesa de la literatura; pero no tocó al fondo mismo de las cosas. El verso clásico regular estaba lejos de ser el único modo de expresión posible de la poesía francesa, y cúando el Parnaso vino á reforzar ese prejuicio, oscureció más y más el problema, y por eso el simbolismo creyó hacer un descubrimiento al proclamar el valor del verso libre. En realidad, si estudiamos el conjunto de la tradición que se nos impone con el conjunto de conocimientos de que podemos disponer, se verá que la esencia del poema es un ritmo del alma, y que para traducirlo hay tres modos distintos de expresión: el verso clásico regular, el verso libre y lo que llama Sully Prudhomme el verbo eufónico, y que podía llamarse el verbo eurítmico.

Estos tres modos de expresión existen simultáneamente, y el error es afirmar uno y negar otros. El verso clásico regular tiene sus leyes, que sólo pueden aplicarse á él; y la esencia misma del verso clásico regular francés y castellano, es el de descansar en la rima y en el número de sílabas, y no en combinaciones de largas y breves; la verdadera tentativa revolucionaria consistiría en sustituir al sistema de la rima y del número de sílabas el de la cantidad de esas mismas sílabas; pero esto no es hoy posible, ni quizá lo será nunca, y hoy por

hoy los argumentos de los partidarios del verso clásico son más sólidos que los de sus enemigos; pero esos argumentos no afectan en nada á otra serie de verdades opuestas.

Los simbolistas han visto bien que el verso clásico no es el único modo posible de expresión de la poesía, y han inventado el verso libre; su error está en no haber insistido en lo que debían insistir: no han discernido bastante claramente que el verso libre no existe en realidad en sí mismo, en cuanto verso libre, sino que los versos no pueden ser libres sino con relación á un conjunto. Si se lee una página de Verhaeren ó de Regnier, se da uno cuenta sin trabajo de que se halla frente á un modo de expresión que no por ser distinto del empleado por Sully ó Heredia deja de constituir un modo legítimo y cómodo de la poesía francesa; esos versos obedecen á leyes propias; su sucesión forma series de frases musicales, y cada verso en particular no tiene valor sino con relación al conjunto; mientras que en Heredia, cada verso puede considerarse técnicamente como una unidad aislable. Ese es el fondo sustancial de la diferencia entre unos y otros.

El tercer método de expresión es menos conocido; pero tiene considerable valor, y ocupará un puesto más preferente cada vez en el teatro y en el porvenir: es esa forma bastarda entre verso y prosa que se puede llamar el verbo eufónico ó eurítmico, modo de expresión flexible y complejo que, cuando sea mejor comprendido y esté más difundido, nos reservará no pocas sorpresas. En sus más hermosos momentos de inspiración, Bossuet lo empleaba; Fenelón tuvo de él una idea casi clara al trazar su *Telémaco*; en Rousseau, Diderot y Saint-Pierre, la intuición es más precisa; Chateaubriand nos dió los primeros modelos del género; Renan, Quinet y Michelet lo emplearon; y obras enteras de escritores del siglo pasado están ejecutadas con arreglo á este modo de expresión, indeciso todavía, pero indiscutible para quien sepa sentir las armonías del decir.

Existen los tres modos, cada cual con su esfera propia de

acción, pero sin que deban confundirse nunca en su empleo. En lugar de vanas disputas sobre el valor poético de cada modo de expresión, el poeta debe ser libre para elegir conforme á su inspiración, entre los recursos que le ofrece la lengua, la forma que mejor se adapte á su temperamento y á la naturaleza de su emoción. El verbo eurítmico, traducción discreta de la emoción interior, es un instrumento excelente para el lirismo elegiaco, y también para el teatro. Pero pretender exaltar uno de estos modos de expresión, en detrimento de los demás, sería ciego *parti-pris*. Todo lo que es empirismo grosero ó eclecticismo superficial debe ser tenido en adelante por vano y hasta por nocivo. Sólo una cosa es necesaria: enunciar del mejor modo posible emociones verdaderas y profundas, ó verdades nuevas.

***

La mujer escritora.—No hace mucho—dice Neera en la *Nuova Antología*—una hermosa joven me consultaba este singular dilema: ¿Debo ser escritora ó debo estudiar Medicina?

¡Ser escritora!... ¿Qué quiere decir eso? Pero como una madre la fué á preguntar también si su hija debía dedicarse á escritora, y en muchos artículos se discute seriamente este tema, como si se tratara de una carrera abierta á la mujer, Neera ha juzgado á propósito decir su opinión, basada en su larga experiencia.

Obsérvese ante todo—dice—que la mayor parte de las mujeres, antes de escribir, dicen ó piensan que quieren ser escritoras. No escriben, pues, porque tengan vocación, sino porque creen que escribir es una ocupación como otra cualquiera, más agradable, honrosa y provechosa que las demás, y por poco que la vanidad éntre en ello, pronto toman por vocación lo que es simplemente una sugestión, sin que esto sea decir que la vocación no pueda existir; existe, pero sólo por excepción.

Dejando á un lado las mujeres que se dedican á la literatu-

ra por vanidad, por ocio ó por simple imitación, y hasta las que la cultivan como una especie de *flirt*, que las hay, fijémonos tan sólo en las que buscan la utilidad, que es el motivo que parece más serio. Se observa que la mujer escribe más fácilmente que el hombre; pero ¿no será debida esta mayor abundancia, más que á las aptitudes naturales para la literatura, á las costumbres sedentarias, al ocio y á la necesidad del desahogo sentimental? Pero, aun admitiendo sin restricciones la habilidad para escribir, ¿cómo puede sacarse partido de esa habilidad?

En Inglaterra y en América, muchas mujeres se colocan de reporters ó corresponsales de periódicos; pero entre nosotros no existe todavía esa salida. Lo que halaga á nuestras escritoras es el tomito que figura en el escaparate del librero, que se compra, que se lee, que se alaba y que produce tesoros. Pero, aun admitiendo que el volumen tome forma, y se imprima, y se lea, y se alabe, ¿cuántos son los que producen? Los gabinetes de lectura ofrecen un solo volumen á miles de lectores, por 2,50 pesetas de suscripción mensual; los particulares que lo compran lo prestan á otros, y la venta es ilusoria y la ganancia lo mismo.

Pues, sin embargo, ahí está Fulana, que... ¡Dios mío, sí! La excepción, la fatal excepción: el éxito de un par de obras en diez años, ¿entre cuántos escritores? entre 20.000 acaso. ¿Es serio hablar de ganancias en tales condiciones? La leyenda es conocida: en torno de uno ó de dos nombres circula una cifra cada vez más exagerada, y todos esperan alcanzarla sin pensar en la lotería ni en el mirlo blanco.

Jamás debe aconsejarse escribir novelas á los que buscan provecho material con su publicación, y son verdaderamente dañosos esos concursos de los periódicos que, con el cebo de 50 ó 100 pesetas, incitan á delinquir á tantas personas honradas, preparándolas desilusiones y amarguras sin fin. Ni el mayor ingenio puede estar seguro de un éxito pecuniario, porque éste depende de multitud de causas momentáneas y transito-

rias; así se ven obras sin valor obtener gran resultado, y verdaderas perlas literarias quedar sepultadas en el olvido.

El provecho material del escritor es problemático, y el de la escritora más problemático todavía. Un hilo imperceptible separa al aficionado del artista; es una línea en espesor, pero es un abismo en profundidad. Cuál sea esa diferencia, nadie lo sabe, ni es fácil saberlo. ¡Cuesta tan poco alabar los primeros pasos de un joven! Y si se trata de una mujer, la galantería hace el cumplimiento obligatorio; pero nadie cree que irá lejos, y esta consideración basta para embotar el filo de la lengua de la envidia. Hasta el editor por las primeras veces se arriesga á lanzarse; y sucede como cuando quiere uno ponerse en la plaza en primera fila: los primeros pasos se dan con relativa facilidad; pero á medida que se avanza, las filas, cada vez más compactas, se estrechan y rechazan al invasor; es la lucha de *uno contra todos*. Y los rostros placenteros se vuelven huraños, y los amigos os desconocen, y los desconocidos os miran como enemigos, porque todos quieren defender su puesto, el puesto que cada cual ha conquistado, unos por madrugar y otros por listos ó por fuertes.

¡Pobre mujer! Te sientes artista, tienes un ideal y quieres alcanzarlo; pero el camino es largo y está sembrado de obstáculos, de rivalidades y de odios. En él se tropieza con los que tomaron antes puesto, que han amado, creído y esperado como tú, y que escriben ahora como esclavos, defendiendo el escalón en que han logrado colocarse: todos están dispuestos á festejar á la escritora cuando la consideran como sér inofensivo; todos están prontos á combatirla cuando la ven convertida en una rival.

Entonces la lucha se empeña seriamente, y la diferencia del sexo se hace sentir con toda su fuerza; arrojada la máscara de la galantería, el hombre se siente dominado por la atávica brutalidad del animal en guerra; y pensando en esto, puede preguntarse á la joven que consulta sobre si debe ser escritora, si en su vocación ha pensado en la posibilidad del martirio.

Toda mujer inteligente escribe á maravilla para sí; pero escribir para el público es otra cosa, que ni se enseña ni se aprende. Hay muchas señoras que recitando en su casa, ó en una tertulia ó en una velada benéfica, parecen dignas rivales de las artistas más celebradas; pero sacadlas de aquel ambiente: ¡cuán pocas se librarían del fracaso! Las disculpas que valen para el aficionado no sirven para el artista. El público que paga es feroz, y no se deja sacar fácilmente el dinero del bolsillo. Si no sabéis lo que es hallaros solas ante la masa del público, compuesta de indiferentes, de idiotas, de distraídos, de malvados, de envidiosos y de vanidosos, con algún alma rara buena; si no os sentís preparadas para la batalla con músculos de acero y riñones de bronce, no os hagáis la ilusión de arrancar al público el grito de fiera domada, signo de vuestra victoria.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

La libertad de enseñanza y los partidos políticos.—En Francia, en Italia y en España tenemos planteado el mismo problema y con idéntica confusión de términos: la ley Falloux en un país, la ley Cavati en otro, y la ley Moyano en otro, son tres Códigos de Instrucción pública de hace medio siglo, de los que apenas nada queda en pie, pero que siguen siendo la base fundamental de la legislación, por todos los partidos minada, y por ninguno, sin embargo, derribada. Es interesante, por lo mismo, estudiar el estado de opinión de los otros países, para mejor apreciar la repercusión que estas cuestiones palpitantes, que afectan por igual á los políticos, á los pedagogos y á los padres de familia, tienen en el nuestro.

La abrogación de la ley Falloux está desde antiguo sobre el tapete. El pensamiento de los legisladores que votaron la ley de 1881 sobre enseñanza primaria, había sido aplicar á la enseñanza secundaria el sistema de libertad reglamentada instituída para la primaria. En este sentido se inspiraron los pro-

yectos de ley de Julio Ferry en 1880, de Pablo Bert en 1881 y de Duvaux en 1883; no se litigaba entonces sobre la libertad de enseñanza, sino sobre si sería obligatorio para las instituciones privadas de enseñanza que sus titulares fuesen graduados y poseyeran ó no su certificado de aptitud pedagógica. Sólo en 1898 es cuando se planteó la cuestión en su forma actual, por las proposiciones Levraud y Rabier, que tendían al restablecimiento del monopolio del Estado en materia de enseñanza, para salvar la crisis financiera de los liceos oficiales, y la crisis moral y política revelada por el desarrollo avasallador de las instituciones religiosas. La petición de urgencia de la proposición Rabier fué rechazada por 287 votos contra 225, entre los cuales se hallaban muchos de los partidarios convencidos de la libertad, como León Bourgeois, que votaban, sin embargo, contra ella, para hacer frente á la invasión clerical.

De la discusión salieron los famosos cuatro tomos de la información parlamentaria y multitud de discursos, pero nada definitivo. El Parlamento de 1902 acabó por votar una moción para derogar la ley Falloux, pero sin hacer declaraciones precisas sobre el monopolio ni siquiera sobre la estancia escolar. El ministerio Combes es el que desarrolló el pensamiento, aceptando el proyecto Chaumié, con el que se pretende organizar un sistema de garantías para el ejercicio de la enseñanza privada que dejen á salvo los intereses morales y materiales del Estado: estas garantías son relativas á la capacidad profesional y á la moralidad, por una parte, y á la conformidad de la enseñanza privada, con las leyes y las buenas costumbres, por otra.

El proyecto es combatido, naturalmente, por la derecha y por la izquierda: la derecha estima que todo ataque á la ley Falloux en ese punto es un ataque á los privilegios de que tanto partido ha sacado la enseñanza religiosa, libre de grados y de títulos, exenta de cargas fiscales y de inspección oficial, y con capacidad civil para contratar y adquirir; lo que

sobre todo les irrita es la exigencia para enseñar del certificado de aptitud pedagógica, «cédula de confesión contraseñada por las logias», según Lapparent. ¿Qué certificado será ese? ¿Quién lo expedirá y con qué condiciones? La inspección, por otra parte, les exaspera, porque ven que no se trata ya de una inspección ilusoria, sino de una inspección real y efectiva de las clases, de los libros, de los cuadernos y de las notas, con rigurosa intervención en toda la vida escolar.

En cambio, á los intransigentes de la izquierda todo eso les parece poco, y quieren volver al monopolio del Estado, que hará la unidad moral del país mediante la unidad material de la educación, resolviendo en favor del Estado el conflicto entre la libertad del padre y las exigencias de la patria. Este monopolio, sin embargo, no se entiende ya como el restablecimiento de la Universidad napoleónica: no es sólo la Universidad la que puede enseñar; pero las instituciones que se dediquen á la enseñanza privada necesitan previa autorización, y sólo podrán vivir mediante una *delegación revocable*; y esa autorización ha de ser objeto de una ley ó de un decreto, por lo menos, para cada caso. La enseñanza privada, de este modo, viene á ser, como dice Augagneur, una «enseñanza auxiliar», necesaria hoy por la insuficiencia de los locales y del personal, pero que desaparecerá cuando el Estado tenga edificios y profesores bastantes. Realmente, todo esto es un monopolio disfrazado.

Como toda esta doctrina pugna con el principio de la libertad, de ahí las divisiones dentro de cada grupo político en la solución que cada cual propone. No hay acuerdo posible entre unos y otros grupos, ni siquiera entre los que militan en cada uno de ellos; el monopolio y la libertad tienen ardientes defensores en todos los partidos, y de ahí la confusión reinante, pues ninguno hace bandera de estas soluciones. Lo probable es que se llegue á una transacción en la que resulten sacrificados únicamente los profesores religiosos, á quienes se les prohibirá toda enseñanza, pertenezcan ó no á congregaciones

autorizadas. De este modo se vendrá á parar á un sistema de libertad de enseñanza seglar y reglamentada, con exclusión de toda enseñanza por religiosos.

***

La segunda enseñanza en Italia.—Emilia Pierini, directora de la Escuela Normal, publica, en la *Rivista d'Italia*, un artículo que no tiene desperdicio, y que muestra que los males de que tanto nos quejamos en España no son privativos de nuestra nación, sino comunes á otros pueblos, importando recoger lo que resulta de sus experimentos, para no incurrir en errores ya demostrados.

Hace veinte años decía Gabelli: «Desde hace veinte años no se ha hecho más que trastornar y revolver los reglamentos y los planes de enseñanza, y sin aguardar á recoger los resultados de una reforma, ensayar otra y otra». Desde que esta queja se formulaba se ha seguido haciendo lo mismo, y de la ley Cavati apenas queda nada en pie, aunque después de cincuenta años sigue siendo el código fundamental de la instrucción pública. No era posible entonces prever el maravilloso desarrollo de la cultura científica, ni el prodigioso aumento de la población escolar, ni la aparición de multitud de necesidades antes completamente desconocidas. Se echa la culpa á la manía de los ministros de deshacer todo lo hecho por sus predecesores; pero, ¿hay entre los mismos profesores acuerdo ninguno?

Con la fórmula «la escuela para la vida», se ha creído tener el criterio para resolver el problema; pero es el caso que la vida no es igual para todos; y mientras para unos es puro utilitarismo, para otros la vida tiene más altos ideales. Tampoco puede servir de criterio la opinión de la mayoría, pues las gentes no se preocupan de planes, ni de horarios, ni de exámenes, y las familias de los alumnos, sobre todo, lo que quieren principalmente es que sus hijos acaben pronto, con poco

gasto y con poca fatiga. ¡Ay del país que en estas materias se guiase por la opinión pública!

Uno de los males que originan el actual estado de cosas es lo deficiente de la instrucción primaria. Como esta instrucción tiene que servir para el doble objeto de preparar á los alumnos para la segunda enseñanza, y de administrar cierta cultura elemental á los que no pueden recibirla mayor, ha sido preciso sacrificar el objetivo particular al general, y de ahí lo mezquino de la preparación que permite ingresar á un niño de nueve á diez años, con un examen facilísimo, en la primera clase del curso técnico ó gimnasial, obligando á rebajar el nivel de la enseñanza para ponerlo al alcance de tan tierna edad. Y como apenas terminado el curso elemental hay que elegir uno de los dos caminos que presenta la bifurcación de la enseñanza, las familias apenas vacilan en la elección: si los padres son de modesta posición, y necesitan sacar pronto provecho del trabajo de los hijos, los dirigen hacia los estudios técnicos; y si están bien acomodados, á los estudios clásicos, sin preocuparse nunca de las aptitudes de sus hijos. A los diez años tiene que estar resuelto el difícil problema del porvenir del niño.

Hay muchos que encuentran injustas y exageradas las acusaciones, afirmando el adelanto conseguido á pesar de todo; así lo declaran, entre otros, Villari, Chiarini y Carducci. En tanto los experimentos continúan, y en Francia se ha establecido la escuela secundaria única, en lugar de los dos liceos clásico y moderno; en Alemania se tiende á crear un bachillerato sin latín, en los primeros años; en Suecia se tiene una escuela secundaria única, sin latín, que luego se bifurca en línea latina y línea realista; y en Noruega, desde 1896, existe también una escuela media única de grado inferior, seguida del gimnasio y sin estudios clásicos.

Las *escuelas técnicas* han respondido todavía menos que las clásicas á su fin: no tienen dirección ninguna de cultura, ni especial ni general; están demasiado recargadas de materia de

estudio; reclutan sus alumnos de todas partes, con peor preparación que los de las escuelas clásicas, y tienen atascadas las clases de alumnos, tan turbulentos como numerosos; además de esto, tienen que atender al triple fin de preparar alumnos para los Institutos y para las Escuelas Normales, y suministrar cultura técnica á la burguesía industrial y comercial. Algunos mejores resultados dan los *Institutos técnicos*, pero, en el fondo, tienen los mismos inconvenientes; son escuelas profesionales para unos, y preparatorias para otros, para los universitarios, y politécnicas, pero en todo caso adolecen del defecto de la falta de cultura general. Otro tipo de escuela secundaria es la Normal, tipo también híbrido, de dudosos resultados.

La enseñanza necesita poca complicación: pocas clases, pocos profesores, pocos alumnos, pocas materias, horario breve y programas claros. En lugar de esto, se tiene todo lo contrario: las clases son numerosas, los alumnos incontables, las materias interminables y los programas poco definidos. Y para rematar el cuadro se ha suprimido el examen de fin de curso, única garantía del trabajo del profesor y del alumno, único estímulo para uno y otro, quedando así la enseñanza sin sanción; de modo que un joven puede hacer toda una carrera sin haberse examinado nunca y sin que ninguna inspección ni intervención alguna garantice su capacidad. ¿Es posible que semejante sistema pueda dar buenos resultados? El profesor podrá ser tan estimable como se quiera; pero ni por él, ni por el alumno, ni por la enseñanza, se le debe dejar tan por completo la responsabilidad de sus actos.

COSTUMBRES

Los judíos y la prostitución.—Los rabinos, según afirma Enrique Lew en *L'Europeen*, han declarado guerra de exterminio al comercio de carne humana, que está, casi en su tota-

lidad, en manos de judíos en la Europa oriental. Una encíclica de los rabinos condena á la infamia á cuantos de cerca ó de lejos tengan que ver con la prostitución, y en los Congresos celebrados, este año en Lemberg y el anterior en Francfort, se ha condenado la trata de blancas.

¿Cuáles son las causas de que tan gran número de judíos trafiquen con la carne humana? La miseria puede explicar algunos casos, el espíritu mercantil de los judíos puede explicar algunos otros; pero la causa más importante, según Lew, es el puritanismo exagerado del Ghetto, la terrible atmósfera de infamia en que se envuelve al que comete la menor falta en esta materia.

Ninguna indulgencia para la doncella seducida, sobre todo si ha sido madre: condenada para siempre, sabe que no puede ya contar más que con el desprecio de todo el mundo, y en su desesperación se prostituye, porque ni encuentra otro medio de vivir ni halla abiertas más puertas que las de las mancebías; por eso los lupanares reclutan tantas judías, que no salen de allí sino para morir en el hospital, ó para convertirse, cuando se hacen viejas, en intermediarias ó en patronas de mancebías.

El Ghetto no tolera la menor falta sobre la virtud de la mujer. Al día siguiente de las bodas, los padres de los novios se aseguran por sí mismos, previo examen de las ropas del lecho nupcial, de la virginidad de sus nueras; si las pruebas son dudosas, se llevan las ropas al rabino, y éste declara si son ó no falsificadas; y ¡ay de la pobre novia á quien falten las pruebas materiales de su virtud! El divorcio la deshonra, y el desprecio de todo el mundo la espera, y tiene que ir á parar al rebaño de las ovejas contagiadas; así se reclutan las mujeres. Los hombres son generalmente mozos de hotel sin ocupación, recaderos, y otros que, al ponerse en contacto con las mancebías, quedan contagiados de infamia.

No hay que pensar que estos proxenetas sean tipos bestiales y abyectos; estos comerciantes de carne humana se dife-

rencian poco de los que venden gallinas ú otros artículos; no ejercen su oficio por capricho ni por vicio, sino porque las intransigencias del Ghetto no les dejan otro. «¡Ah, qué sucio oficio!—decía uno de ellos.—Sí, señor; sucio, pero honrado. ¿Robo yo? ¿asesino yo? ¿traigo á nadie por fuerza? Aquí viene todo el mundo por su voluntad, y apenas hay nadie en la ciudad que no conozca mi casa; y, sin embargo, cuando me encuentran en la calle me miran con asco... ¡ah, sucio oficio!»

¿Son éstos los verdaderos fautores de la prostitución? No: es el Estado, que saca el mayor provecho de este infamante comercio; son los seductores, que engañan á las jóvenes inexpertas; ellos no compran la mercancía para sí, sino para los demás; y esta mercancía se compone de géneros averiados, completamente maduros para la venta.

Las escenas de compraventa de esta mercancía viva (*zywy towar*) dan lástima. En un hotel miserable, las muchachas, reunidas por una colectora, muestran sus encantos al patrón, asesorado de algunos clientes expertos; todo tiene colocación: muchachas de una mancebía en quiebra, jóvenes sueltas cansadas de su libertad, obreras y criadas seducidas por sus amos ó sus amantes, jóvenes de buenas familias á quienes una falta que ocultar lanza al oprobio; todo se compra, siendo pocas las que se venden á más de 20 rublos por cabeza. La ofrenda ordinaria á una muchacha es en Polonia 50 kops (1,32 pesetas), y cuando más un rublo (2,65 pesetas), de lo cual la mitad es para el patrón y lo demás para comida y vestidos. La industria, como se ve, no es lucrativa, pues hay que pagar casa, criados, salón, piano, patentes, obsequios á la policía y á la magistratura, etc., resultando harto mermadas las ganancias. Hay casas escogidas de más altos precios, pero en cambio hay muchísimas en que sólo se pagan 80 céntimos, sin contar de las *mujeres para soldados,* viejas harapientas y borrachas, que rondan los cuarteles cargadas con su lecho, reducido á una estera y un saco, y que reciben un pedazo de pan con un trozo de arenque, ó una copa de aguardiente.

A esta última categoría pertenecen pocas judías, pues cuando éstas llegan á viejas se hacen intermediarias ó patronas, y más frecuentemente se transforman en *gabetes*, expiando sus pecados con una vida de privaciones, de ascetismo y de obras de caridad, asistiendo á los enfermos y á los moribundos, acompañando á los muertos al cementerio llorando y gimiendo, y sollozando y sufriendo crisis histéricas el día del Gran Ayuno. Los viejos de la ciudad, sus antiguos adoradores, la recuerdan, y cuando se les habla de su piedad, de su bondad y de su abnegación, sonríen malignamente: «Sí, era siempre muy buena, y no se negaba á nadie». Eso no se lo perdonarán nunca.

HIGIENE

Cómo reconquistar la belleza, la fuerza y la salud.— En nuestra época, de encarnizada competencia—dice con razón Lefevre en *La Revue*,—la victoria final corresponde al hombre más vigoroso y más resistente, que pueda poner un *organismo de acero* al servicio de una *voluntad de hierro*.

La humanidad sufre y sufrirá siempre. Hay para hacer al hombre vigoroso algo más que descubrir que vacunas y sueros, microbios y culturas. Por mucho que admiremos los adelantos modernos, el pensamiento se vuelve hacia aquellos antiguos colosos galos y francos, hacia aquellos soberbios atletas de la antigua Grecia, de quienes nos separa un abismo. Hay en esta comparación una enseñanza sugestiva que meditar, un problema grave que resolver.

Todos saben que el *régimen* es el uso *razonado* y *metódico* de las cosas esenciales á la vida, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad. El régimen alimenticio ha cambiado mucho en la edad actual. Los pueblos antiguos, ó se abstenían por completo de carne, ó la comían muy poco; sin hablar de la China ni de Egipto, donde el vegetalismo era practicado universalmente, sabemos que los atletas griegos, modelo

de bellas formas, se alimentaban esencialmente de higos, nueces, queso y pan, y de maza, especie de pastel no fermentado; el caldo negro de los espartanos es legendario; los discípulos de Pitágoras vivían de higos, queso, legumbres, miel y pan; Platón prohibía el uso de la carne en su *República*; los neoplatónicos de Alejandría sentían repulsión por el *régimen de los lobos y de los buitres*, y Longino, Porfirio, Séneca y Ovidio han censurado las aficiones carnívoras.

La Iglesia, por su parte, ha prescrito, con fines higiénicos tanto como penitenciarios, dos días de abstinencia por semana y varios otros de ayuno, especialmente en la Cuaresma; y si en nuestros días ha cedido, no ha sido sin protesta; y las Ordenes religiosas que han respetado la regla primitiva, son precisamente aquellas entre cuyos adeptos se cuentan los mejores y más numerosos ejemplos de longevidad. Y en cuanto á los grandes hombres que han luchado contra la costumbre de comer carne, se cuentan Bossuet, Voltaire, Diderot, Rousseau, Michelet, Gassendi, Pascal, Newton, Franklin, Lamartine, Cuvier, Milne-Edwards, Dujardin-Beaumetz y cien otros más.

Pero, dejando á un lado argumentos de autoridad, vengamos al fondo de la cuestión. Las materias que sirven para reparar las pérdidas son las llamadas por Liebig *plásticas*, es decir, las albuminoídeas, proteicas ó azoadas, como la clara de huevo, las albúminas de la leche, de los vegetales, de la carne y de la sangre. Las substancias que producen la fuerza, ardiendo en cierto modo en el organismo con el oxígeno de la respiración, son las *combustibles* ó *respiratorias*, tales como los azúcares, grasas, aceites, mantecas y féculas. Añadiendo á estas dos clases de materias el agua y algunas substancias minerales, como la sal, los carbonatos de cal, sosa y potasa, las sales de hierro y los fosfatos, tendremos todos los materiales que necesitamos para nuestra alimentación.

Se llama *alimento completo* á todo el que por sí solo puede sostener la vida; ese alimento encierra, en la proporción necesaria, agua, plásticos, respiratorios y materias minerales.

Véase ahora en el siguiente cuadro cuáles son las substancias que mejor pueden sostener el vigor y el equilibrio fisiológico del organismo; son análisis de Payen, Boussingault, Berzelius, Wurtz y König (1):

Análisis de los principales alimentos, á tanto por mil.

NOMBRE de los alimentos.	Agua.	Albuminoídeos.	Grasas.	Fécula y azúcar.	Sales minerales.	Fósforo.	Alimentos.
Carnes	780	170	50	4 á 5	9 á 15	4,5 grs.	Carne.
Sangre	807	182	2	»	9	0,8	Pescado.
Huevos	756	122	107	5	10	4	Huevos.
Leche de vaca..	865	36	40	55	4	1,9	Leche.
Trigo	140	146	12	679	16	10	*Trigo completo.*
Cebada	130	134	28	636	45	6,6	*Pan completo.*
Avena	140	119	55	615	30	10	Cebada.
Maíz	177	128	70	599	11	9,6	Judías.
Arroz	144	64	4,3	781	6,8	9,7	Lentejas.
Lentejas y guisantes	115	265	25	580	16	8,7	Nueces.
Patatas	760	15	2	200	20	8,7	Apio.
Uvas y frutas azucaradas ..	890	7	»	150	5	8,15	Setas.
Almendras y frutas grasas.	54	242	537	72	29		
Castañas	537	83,1	8,7	536	15,2		
Queso de Gruyère	346	335	250	»	38,5		
Caldo	985	6	2	»	3		

Como se ve, las carnes, con $^4/_5$ de agua, están lejos de ser alimentos completos; aunque se coman dos ó tres kilos diarios, nadie por eso solo puede decir que está tan bien alimentado como tomando sopas, ó huevos y leche. En cambio, los cereales y las leguminosas, y sobre todo los frutos oleaginosos, son alimentos completos, cuyo poder nutritivo es asombroso. Así

(1) Los alimentos de cursiva son los completos. Hemos incluído la proporción del ácido fosfórico, que es la más importante de las materias minerales.

se ve que hay pueblos enteros que no comen otra cosa: el único alimento de los canarios es el *gofio*, trigo tostado; la avena es el manjar nacional de los escoceses; el maíz forma la polenta de los piamonteses y la borona de los gallegos, y el arroz es el alimento principal de la mitad de los habitantes del globo.

Las razas vegetalianas representan la gran mayoría de los habitantes de la tierra. El aldeano ruso vive exclusivamente de leche y de huevos; el noruego no conoce el uso de la carne; los soldados polacos que sirvieron con Napoleón, vivían de pan y legumbres; los mineros de Chile comen higos, habas y galletas; en Méjico, el alimento ordinario del obrero se compone de tortillas de maíz; los chinos sólo consumen arroz; los bolivios, maíz, cacao y agua; y todas estas razas son ágiles, vigorosas, de gran resistencia y de mucha longevidad, mientras que las razas carnívoras, esquimales, hotentotes, boschimanos, pregianos, etc., son precisamente las más degradadas, moral y materialmente. Estos son incapaces de soportar grandes marchas ni pesados trabajos, y aquéllos sufren diez y seis y diez y ocho horas de trabajo; aguantan marchas de 12 leguas, y cargan con pesos enormes sin violencia ninguna. En Smirna los cargadores llevan pesos de 200 á 300 kilos, y sólo comen pan negro y legumbres, pareciéndoles inútiles las carretas para el transporte.

Según la *Revue d'Antropologie*, los obreros del campo de los diversos países de Europa se mantienen de lo siguiente:

Bélgica: Pan moreno, legumbres, manteca y café; rara vez tocino salado.

Escocia é Irlanda: Avena, leche, manteca, patatas, café y té; por casualidad tocino gordo.

Prusia, Sajonia y Baviera: Sopa de hierbas, guisantes secos, patatas y leche; carne los días de fiesta.

Italia: Macarrones, polenta, pastas variadas, pan, legumbres, frutas.

España: Pan, legumbres, garbanzos.

Rusia: Pan de centeno, coles, sopa de setas, centeno.

Suiza: Leche, queso, sopa de legumbres.

Francia: Carne, por excepción, de una á seis veces al año, y en algunas comarcas, como Bretaña, nunca.

Los labradores—se dirá,—y en general los que viven al aire libre, pueden prescindir de la carne, porque el aire les alimenta; pero los habitantes de la ciudad necesitan de la carne como fortificante. Esa objeción es pueril: el aire no alimenta ni la carne fortifica. La carne es un excitante sencillamente: el caldo, el jugo de la carne y la carne misma, dan al organismo un *latigazo* análogo al que producen el alcohol, el café y el té. Por eso los acostumbrados á ello no pueden pasarse sin su bistec, como no saben prescindir de su copita.

Es verdad que hay personas que se sienten desfallecer si se las priva de carne; pero esas personas son dignas de compasión, porque se ven precisadas á arrastrar un organismo que sólo sabe andar á fuerza de excitantes. El vegetalista no necesita latigazos para marchar vigorosamente; el carnívoro necesita entreplatos aperitivos, carnes, licores, todo género de excitantes para marchar. En las pruebas de resistencia llevadas á cabo en diferentes ocasiones, ya con motivo de carreras á pie ó de marchas, ya en concursos de ciclistas, los vegetalistas han llevado siempre la mejor parte.

Es, pues, evidente, *à priori* y *à posteriori*, que las fuentes vivas de la energía, y por lo tanto del vigor material, intelectual y moral, están exclusivamente localizadas en las reservas vegetales. El carnivorismo agudo es compañero obligado del alcoholismo. Un excitante llama á otros, y así se llega á perder la noción sana de la legítima necesidad alimenticia. Esas hambres de ogro súbitas, esos desfallecimientos instantáneos, esos bostezos inoportunos y enervantes, no son expresión del apetito normal y fisiológico; son el síntoma de una perversión de sensación, ligada á una alteración ya profunda del mecanismo nutritivo, que viene á terminar fatalmente en lesión en el individuo, y en degeneración en la raza. Todo por considerar como verdaderos alimentos á los que no lo son ó lo son

imperfectamente, prescindiendo de los que contienen la mayor cantidad de materia nutritiva asimilable.

OCULTISMO

El cuerpo astral y el magnetismo.—La hipótesis más antigua, difundida y racional, de las propuestas para explicar los fenómenos psíquicos, es — según A. de Rochas manifiesta en la *Revue Scientifique et Morale de Spiritisme*, tal como *Sophia* lo reproduce—la del «cuerpo astral». Esta hipótesis, sin embargo, es combatida á la vez por los materialistas, que no admiten el alma ni el cuerpo astral, por no haber tropezado con ellos con su escalpelo, y por los teólogos, que niegan la existencia de intermediario alguno entre el espíritu y el cuerpo. De ahí el gran interés que ofrecen los experimentos realizados para probar la realidad de la existencia de ese intermediario.

El sentido del tacto puede ejercerse á distancias más ó menos grandes de la piel, hecho positivo debido á que el vehículo de la sensibilidad (llamémosle *od*, para emplear la terminología de Reichembach y de Carlos del Prel) se exterioriza más ó menos vigorosamente, cosa fácil de comprobar en ciertos sujetos magnetizados ó adormecidos por corrientes eléctricas. El *od* se proyecta en tales casos sobre la superficie del cuerpo, y parece sometido á los movimientos rítmicos del organismo, respiración y pulsaciones, de tal modo, que presenta máximas y mínimas que forman capas concéntricas, cuya sensibilidad disminuye con el alejamiento. A medida que la operación se prolonga, el *od* se rarifica por delante y por detrás, condensándose sobre los costados y formando allí dos polos, análogos á los de un imán, llegando á tal extremo la condensación, que á derecha é izquierda del sujeto se forman dos fantasmas luminosos, reproducción de las dos mitades laterales del cuerpo; estos dos medios fantasmas, que están á un metro próxima-

mente del cuerpo físico, se reúnen entre el magnetizador y el magnetizado para formar un fantasma completo, que pudiera ser *el doble* de los egipcios, ó el *cuerpo astral* de los ocultistas.

En todo caso, el cuerpo astral, que el sujeto puede mover haciendo un esfuerzo de voluntad, está ligado al cuerpo físico por un lazo fluídico sensible, que parece hacerse cada vez más tenue, á medida que aumenta la distancia entre ambos cuerpos. En ciertos sujetos el cuerpo astral permanece al nivel del suelo, como si fuera tan denso que no pudiera elevarse; pero en la generalidad tiende á elevarse, y cuando ha llegado á las regiones superiores los sujetos parecen gozar de una verdadera beatitud, sintiendo que se les obligue á volver á la mísera realidad física.

Según asegura Rochas, hay gran concordancia en las declaraciones de los sujetos, y su veracidad está comprobada por los efectos que se nota en los cuerpos físicos cuando se tocan en el espacio los sitios donde aseguran que se halla el doble. Estos experimentos se habían hecho hasta hace poco en el aposento mismo en que estaba el sujeto; pero Rochas ha llevado á cabo un experimento decisivo en condiciones realmente excepcionales.

La señora Lambert es el mejor de los sujetos de que Rochas se ha servido. Una noche varios amigos rogaron á Rochas que les enseñara cómo se verificaba el desprendimiento del cuerpo astral. Rochas hizo pasar á la señora Lambert al estado extático de beatitud anteriormente descrito; y siguiendo la conversación con los amigos, sin hacer caso de ella, se le ocurrió comprobar si el lazo fluídico que sujetaba su cuerpo físico al astral, y que ella describía como flotando en el aire á mucha altura, atravesaba realmente los pisos superiores. Para ello salió Rochas con disimulo del salón del piso bajo en que estaba, subió al piso principal, entró en la habitación que correspondía á la en que se hallaba la señora Lambert, y puso la mano con cuidado en el punto que le pareció estar verticalmente sobre el sujeto. Cuando bajó, se encontró con que la se-

ñora Lambert había saltado de repente sobre la silla, dando un grito y juntando sus manos sobre la cabeza; todo su cuerpo estaba contraído, y el pulso y la respiración habían cesado. No volvió en sí sino después de no pocos esfuerzos, y los dolores de cabeza de que se quejaba eran tan fuertes, que hubo que llevarla á la cama. Se había producido una especie de fractura cerebral, por donde el *od* se escapaba en abundancia, siéndole insoportable cualquier objeto cerca de la cabeza.

La relación magnética, cuya existencia es dudosa, debe ser estudiada seriamente, ya que se han comprobado no pocos fenómenos que sólo por ella tienen explicación. Por medio de esta relación se puede comprender por qué la telepatía no se produce con todos, es decir, por qué hay tan pocos que perciben las conmociones psíquicas que irradian en todos sentidos en torno del agente activo; quizá para este fin era para lo que los brujos recogían con cuidado la sangre, los dientes, etc., de las personas á quienes querían herir, proyectando hacia ellas su propio cuerpo astral, que sabían exteriorizar. No es dudoso que estos hechos, y muchos otros, han sido desfigurados y exagerados, con intención unas veces y por ignorancia otras; pero toda leyenda tiene su fondo de verdad.

DIPLOMACIA

Antigua y moderna diplomacia.—La «ciencia de las relaciones mutuas entre los pueblos y los gobiernos, ó el arte de negociar en el extranjero los intereses del Estado ó del gobierno que se representa», abarca amplísimo campo en la historia de la humanidad y ha sufrido grandes vicisitudes, aunque la palabra *diplomacia*, que sirve para designar esa ciencia y ese arte, no haya nacido hasta fines del siglo XVII, usada por el conde de Vergennes en Francia, y por Bucke en Inglaterra.

La diplomacia tiene una historia que no coincide con las

grandes divisiones de la historia universal, como hace notar en la *Nuova Antologia* Julio César Montagna. La diplomacia tiene cuatro períodos perfectamente caracterizados: el primer período llega hasta la paz de Westfalia, estando caracterizado por dominar en él «el principio de la fuerza, de la violencia y de la arbitrariedad, el derecho del más fuerte». El segundo se extiende hasta la Revolución francesa, y en él domina como elemento principal «el principio del pretexto de justicia y del equilibrio político», seguido de la vuelta al imperio de la fuerza con Napoleón, y al principio de la legitimidad, proclamado en el Congreso de Viena y sancionado por la intervención armada. El tercero abarca desde el Congreso de Viena todo el siglo XIX, y las aspiraciones al reinado del derecho y de la justicia, con el «principio de las nacionalidades», son sus caracteres. El cuarto, en fin, se señala por el último Congreso del Haya, con su noble tendencia á la paz universal y al arbitraje internacional.

En la antigüedad, la diplomacia, tal como hoy se entiende, era desconocida; el estado normal era entonces la guerra; pero aun entonces los reyes se envían embajadores con determinado objeto: el rey de Etiopía se los envía á Salomón, y éste á los reyes de Sidón y de Tiro; Pericles envía emisarios á Persia; Alejandro recibe embajadas de los pueblos que amenaza con su conquista. El primer caso de verdadero *jus gentium* se encuentra en Cineas, representante de Pirro en Roma. Carlomagno envió y recibió embajadas, y las ciudades italianas, necesitadas de cuidar de sus intereses comerciales y políticos, cultivaron con éxito la diplomacia, figurando entre sus representantes los hombres más ilustres en las letras: Brunetto, Latini, Dante, Petrarca, Boccacio, Guicciardini y Maquiavelo.

A todas ellas las superó Venecia, «escuela y piedra de toque de los embajadores», y primer país que reglamentó los derechos y los deberes de sus representantes en el extranjero. Ya entonces eran frecuentes las quejas por lo poco retribuído de los cargos, y Puebla y Maquiavelo se lamentaban de andar

escasos de dinero muchas veces. Asombra lo que Venecia se anticipó en el conocimiento de lo que pudiera llamarse derecho diplomático, y el desarrollo que alcanzó su representación, teniendo en el siglo xv embajadores en Viena, París, Madrid y Roma; ministros residentes en Turín, Milán y Londres; un *bailo* en Constantinopla, y representantes fijos en Egipto y Persia. Con la decadencia, Venecia perdió su supremacía diplomática; pero el ejemplo estaba dado, la escuela había producido discípulos, y desde el siglo xvi todos los Estados importantes, Francia, España, Inglaterra y Alemania, tuvieron diplomacia propia.

La escasez de los medios de información obligaba á veces á emplear recursos que salían de los límites de lo lícito; la inviolabilidad de los agentes, aunque reconocida, no siempre era respetada; el principio de la extraterritorialidad degeneraba en ocasiones en abuso del derecho de asilo, y las cuestiones de etiqueta producían incidentes tan pueriles como ruidosos. Durante cinco años se discutió entre las potencias qué representante debía entrar primero en Munster y por qué puerta; quién subiría primero las escaleras; quién entraría primero en la sala de liberaciones del Congreso de Westfalia, y quiénes se sentarían á la derecha y á la izquierda del presidente; hasta hubo el caso de tener que construir un edificio especial con tantas puertas como plenipotenciarios, para que así pudieran entrar todos á la vez; la mesa era casi siempre redonda, para no tener que disputar sobre la colocación. Hasta el Congreso de Viena no se fijaron los grados de los representantes ni se dictó el reglamento de presidencias, estableciéndose que la dignidad nacional no puede estimarse ofendida por el orden de los puestos ni de las firmas.

La idea del derecho dió un paso gigantesco desde el Congreso de Viena, y el principio de las nacionalidades que caracteriza el tercer período es de suyo tan claro y tan justo, que excluye todo empleo de artes misteriosas y de medios ilícitos para hacerlo prevalecer. Por eso la diplomacia moderna

es franca y abierta. Hoy apenas puede ocultarse nada al público, y la vida moderna, con sus medios de información, con la intervención de la prensa y de los Parlamentos, que son otros tantos coeficientes de honradez y de rectitud en la diplomacia, no consiente secretos ni atropellos. El mantenimiento de las buenas relaciones entre los pueblos, la eliminación de las causas de conflictos, y el desarrollo de las relaciones comerciales y del derecho de gentes, forman hoy parte esencial de la misión diplomática, no menos importante ni menos trascendental que la que antes constituía el fondo de las relaciones internacionales.

IMPRESIONES Y NOTAS

ELOGIO DE LA PALABRA.—Creo que la palabra—dice el insigne poeta catalán Juan Maragall—es la cosa más maravillosa de este mundo, porque en ella se abrazan y se confunden todas las maravillas corporales y todas las maravillas espirituales de nuestra naturaleza. Parece que la tierra concentra todas sus fuerzas para producir al hombre como el más alto sentido de sí misma, y que el hombre concentra todas las fuerzas de su sér para producir la palabra.

¡Qué cosa tan sagrada! Dice San Juan: «En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios», añadiendo que por ella fueron creadas todas las cosas, y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz, Dios mío! ¡Con qué santo temor debiéramos hablar! Estando encerrado en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberemos hablar como encantados, como ofuscados. Porque no existe palabra, por ínfima cosa que represente, que no haya nacido en un rayo de inspiración y que no refleje algo de la infinita luz que creó el mundo. Palabras que llevan un cáustico en la entraña, porque nacen en la palpitación rítmica del universo. Sólo el pueblo inocente puede pro-

nunciarlas y los poetas redecirlas con más intensa inocencia y mayor canto, con mayor luz reveladora. Porque el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra. Y cuando los poetas sepan enseñar á hablar tan sublimemente y hagan olvidar todos los demás lenguajes, después de haberlos olvidado ellos mismos, entonces vendrá su reinado, y todos hablaremos encantados música creadora.

***

El peso del cerebro.—Son curiosas, aunque todavía insuficientes para poder establecer principios ciertos ni generalizaciones aceptables, las observaciones hechas por el doctor Spitzka y comunicadas á la Sociedad Antropológica de Washington, sobre la capacidad cerebral de los hombres célebres.

Los cerebros más pesados son los de los matemáticos y los de los observadores. Las observaciones de Spitzka versan sobre 97 cerebros de hombres eminentes en los diversos ramos del saber. El cerebro del geólogo Juan Wesley Powell pesaba 1.487 gramos, peso superior al del promedio de los 97 cerebros observados, y que, sin embargo, no es excepcional, pues según el Dr. Matyeika de Praga, que se ha dedicado largo tiempo al estudio del peso del cerebro en relación con las condiciones psíquicas, el mayor peso que ha observado ha sido el de 1.820 gramos, correspondiente al cerebro de un joven de veintidós años.

Según Spitzka, los pesos medios de los grandes cerebros, por profesiones, son los siguientes: agricultores, 1.410 gramos; cortesanos, 1.433; soldados, 1.435,7; obreros, 1.449,6; negociantes y bolsistas, 1.468,5; intelectuales (médicos, profesores, sabios, etc., que han recibido educación superior), 1.500.

***

¿Alejandro Dumas, plagiario?—Se habla mucho de plagios actualmente en París, y el caso no es para menos. De Lorde había comprado á un vienés una obra que, traducida al francés, fué puesta con gran éxito en el Odeón; pero al vienés que había vendido la obra á De Lorde se le olvidó advertir que la pieza no era suya, sino de un autor rumano, muy conocido en su país, y sucedió lo que naturalmente debía suceder. Unos rumanos que asistían á la representación, apenas cayó el telón, se levantaron entusiasmados gritando: «¡Pero si es nuestro Caragiale! ¡Al fin nos han traducido á Caragiale!» Y en efecto, era Caragiale el autor, lo que no fué obstáculo para que la obra siguiera anunciada en los carteles como de Lorde.

Poco después se presentó un caso más grave: se trataba nada menos que de Alejandro Dumas, hijo, el incorruptible. Una importante y seria publicación, la *Revue d'Art dramatique*, ha exhumado una pieza titulada *El Talión*, cuyo primer acto, el único hasta ahora publicado, ofrece tal parecido con *Francillon*, que se diría que era la primera versión del mismo asunto, pues escena por escena, y personaje por personaje, y hasta tirada por tirada, los textos coinciden. *El Talión* era obra de Augusto Chirac, y *Francillon* fué posterior. ¿Cómo se llevó á cabo la sustitución?

Muy sencillo. De un lado había un escritor obscuro, aunque de talento, y fecundo como Chirac, con un montón de manuscritos (dice que ha escrito doscientas piezas) de su cosecha; de otro, un autor cargado de años y de gloria, solicitado por las empresas, y sin fuerza ni gana de trabajar. Un corredor, un danés llamado Jacobsen, pone en relación á estas dos personas, y he ahí cómo *El Talión* de Chirac se convierte, previo el cumplimiento del contrato convenido, en la *Francillon* de Alejandro Dumas.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Paleontologia criminale.—Contributo alle ricerche sulla genesi del diritto e della procedura penale, per Vincenzo Manzini.—Torino, 1903; 48 páginas.

El autor de este opúsculo tiene, como hombre de ciencia, dos excelentes condiciones: primera, mucha actividad y un gran amor al estudio; segunda, y principal á mis ojos, un espíritu muy amplio y enemigo de odios y exclusivismos de escuela. En los tiempos que corren esto último es un verdadero mérito, y más que en ningún otro sitio en la patria del señor Manzini, donde lo corriente es, desde hace no pocos años, que, sobre todo en asuntos de doctrina, los penalistas pospongan al proselitismo estrecho toda otra consideración. Lo que allí se procura, casi me atrevería á decir que ante todo, pero sí á lo menos con empeño grandísimo, es clasificar á todo publicista ó pensador, y poder decir del mismo que pertenece, ya al gremio de los secuaces de la «nueva escuela», ya al de sus adversarios. Preocupa demasiado lo de poder arrimar cada cual el ascua á su sardina.

Afortunadamente, el profesor Manzini no forma parte de ninguno de los dos bandos enemigos, y yo creo que hace muy bien. Así lo ha declarado él mismo en el prólogo de una de sus mejores obras, la monografía sobre *El hurto;* y por si esto no fuera suficiente, por motivos que no tenemos para qué explicar ahora, ahí están todos sus libros testimoniándolo de una manera indubitable.

El opúsculo sobre *Paleontología criminal* tampoco forma

excepción á la regla. Todo lo contrario. Es un estudio muy objetivo é imparcial. El autor, con el auxilio de una erudición amplia y segura, casi toda de primera mano, procura reconstruir el cuadro de la vida penal de los pueblos protohistóricos, hablándonos de las concepciones jurídicas de los mismos, y, sobre todo, de sus concepciones penales, á saber: de los actos que en dicho estado social eran reputados delitos, por qué y cómo; del problema de la imputabilidad y responsabilidad penal; de la organización judicial, si tal nombre pudiera dársele; del procedimiento y diferentes clases de pruebas admitidas en el mismo, y, por fin, de la penalidad de que se hacía uso.

En general, las inferencias del autor concuerdan con las de otros investigadores é historiadores. Creo que son probables; pero en cosas de éstas (¡y en cuántas no podemos decir que sucede lo mismo!) todo lo que se diga tiene, hoy por hoy, carácter hipotético.

P. Dorado

*
* *

La mendicidad y la vagancia.—Conferencias dadas en la Academia de Derecho y Ciencias sociales de Bilbao, por D. Pablo de Alzola y Minondo.

Dos son las conferencias que el autor dedica á este asunto. Ocúpase en la primera en exponer, á grandes rasgos, el cuadro que presentan muchas de nuestras grandes capitales, entre ellas Bilbao, donde no es difícil, dice, encontrarse con «una nube de mendigos indigentes, mezclados con pordioseros válidos, sanos y robustos, y niños y niñas abandonados por sus padres, que de día y de noche imploran la caridad pública en tono quejumbroso». A continuación analiza ligeramente los medios empleados en las legislaciones francesa, inglesa, belga, alemana y de otros países, que por lo común son de carácter represivo, y las compara con la nuestra; deduciendo de aquí, con bastante dolor, el estado de atraso en que nos encontramos en este punto.

Salvo algunas honrosas distinciones, nuestras ciudades son indolentes en este particular, y el hermoso ejemplo dado por Zaragoza con su humanitaria asociación de *La Caridad*; por Sevilla, Cádiz, Santander y otras poblaciones, con instituciones análogas, no ha repercutido por el resto de la Península, no siendo por tanto de extrañar, como oportunamente dice el Sr. Alzola, que en el Diccionario de Larousse, al tratar del desarrollo de esta plaga en España con un tono despectivo, se nos diga «que reina aquí la miseria en compañía de la superstición y de la ignorancia».

La segunda conferencia añade nuevos puntos de vista á los ya indicados en la primera, y es contestación á las objeciones que algunos señores opusieron á su doctrina.

En su apoyo cita las opiniones de algunos tratadistas, como Gil Maestre, Dorado Montero, H. Du Puy y otros, que optan por el sistema de reclusión y corrección en casas ó colonias dedicadas al efecto. Indica varios de los acuerdos formulados por el Congreso Penitenciario de París, y hace luego el análisis de la Memoria del fiscal del Supremo, Sr. Ruiz Vallarino, señalando el proyecto de ley de seguridad pública, y extendiéndose, por último, en algunas consideraciones sobre el régimen de las prisiones extranjeras, el trabajo en las mismas, y nuestro sistema penitenciario.

Tal es, en breve resumen, el contenido del interesante trabajo *La mendicidad y la vagancia.*

José María Sempere y Olivares

INDICE

Págs.

En la hondonada (novela), por Antón Tchekhoff..... 5

El problema de la Marina de guerra, por Andrés..... 46

Recuerdos, por José Echegaray..... 59

Páginas de la historia del periodismo (de 1820 á 1823), por Juan Pérez de Guzmán..... 73

Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos, por M. Menéndez y Pelayo..... 94

El evemerismo de Spencer, por Edmundo González-Blanco..... 113

Lecturas americanas, por Hispanus..... 148

Crónica literaria. — Discurso de inauguración del curso en la Academia de Jurisprudencia (por D. José Canalejas y Méndez), por E. Gómez de Baquero..... 166

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 176

Notas bibliográficas, por P. Dorado y José María Sempere y Olivares..... 203

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NÚM. 182.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

FEBRERO 1904

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA PRINCESA TARAKANOFF

(NOVELA)

PRIMERA PARTE

Diario del teniente Kontzoff. — Mayo de 1775. — Océano Atlántico. Fragata el *Águila del Norte.*

I

Desencadénase furiosa la tempestad desde hace tres días y tres noches. Nuestra fragata, el *Aguila del Norte*, danza sobre las olas, pasado Gibraltar. Sin mástiles, con las velas desgarradas, es arrastrada por la corriente hacia el Sudoeste. Después de haber dado la consigna, me encierro en mi camarote. La corriente nos sigue arrastrando. ¿Dónde nos detendremos? ¿Qué será de nosotros? Lo que tenga tiempo de escribir de cosas experimentadas y sensaciones vívidas, lo encerraré en una botella sellada y la arrojaré al mar. Que quien la encuentre se sirva remitirla á su destino; y ¡Tú, Dios omnipotente, dígnate tranquilizar mi alma, que desfallece abrumada por la duda y el remordimiento!

...Soy marino; me llamo Pablo Efstafievitch Kontzoff, oficial de la Armada de su majestad la emperatriz de todas las Rusias, Catalina II; fuí distinguido de un modo particular, por la gracia de Dios y de mis jefes, hace cinco años, cuando la célebre batalla de Tchesmé. Sabido es del mundo entero que

nuestros valientes compañeros, los tenientes Ilién y Klokatcheff, con cuatro brulotes construídos de prisa con cuatro barcos griegos, se lanzaron sobre la poderosa flota turca, cerca de Tchesmé, y la exterminaron. Y mi humilde personalidad fué la que, á la media noche del 26 de Junio de 1770, tuvo la dicha de arrojar desde el navío *Enero* la primera bala roja. Estalló en la santabárbara; en un abrir y cerrar de ojos voló el navío almirante turco; toda la flota enemiga corrió la misma suerte. Al día siguiente, de un centenar de navíos de 60 á 90 cañones, de todas aquellas fragatas, queches, galeras, no quedaba más que humeantes restos y cadáveres.

Esta victoria ha sido cantada en una oda á la batalla de Tchesmé por el célebre poeta Chersakoff, el cual, á mí, desconocido la víspera, consagró estos versos célebres:

> Kontzoff alcanzó la victoria sobre el turco;
> yo, poeta, en mis versos celebro su gloria.

Los ingleses Mackenzie y Douglas, que servían en los brulotes, se atribuyeron la mayor parte de la victoria; sin embargo, nuestros jefes supieron distinguirnos y recompensarnos. Entonces fuí yo honrado con el grado de teniente y nombrado ayudante de campo del vencedor de Tchesmé, el conde Alejo-Grigorievitsch Orloff.

Mi vida se deslizaba bastante feliz; pero la mala suerte persigue á sus víctimas. La fortuna, tan pronto como vino, me abandonó. Después de la victoria, nuestra vida transcurrió entre fiestas. Franceses, venecianos, españoles y otros, nos buscaban y nos mimaban. Pero muy pronto fuí sometido á una dura prueba. La guerra continuaba. El conde Alejo Orloff, satisfecho con gozar al fin de la paz, decía á menudo, riendo, á sus marinos: «Me siento dichoso como Enoch, admitido en vida en el paraíso». Solamente sus labios lo decían, porque sus pensamientos altivos y amenazadores dominaban á la multitud, como en otro tiempo cuando ayudaba á Catalina á subir al trono y la entregaba el cetro. ¿Presentía que había de lle-

gar un día en que aquella misma soberana le rechazaría humillado y en desgracia?

Un día, desde su escuadra, de estación entonces en el Adriático, el conde me envió con secreta misión á Montenegro. Era en 1773. Gracias á la oscuridad de la noche, abordé y entregué mi mensaje. Pero á la vuelta nos vieron los turcos y se hicieron á la mar, persiguiéndonos. Luchamos con el valor de la desesperación. Nuestros marineros fueron muertos y yo gravemente herido en la espalda; fuí hecho prisionero y conducido á Stambul. Aunque disfrazado de albanés, fuí reconocido como marino ruso, y, probablemente con la esperanza de un rico rescate, me trataron al principio con todos los miramientos posibles. ¿Qué será de mí, gran Dios, me decía en una ansiedad mortal, cuando estos bárbaros sepan que su prisionero es el mismo teniente Kontzoff, que hizo volar su navío almirante cerca de Tchesmé?

II

Sufrí dos años de dura esclavitud. Me tuvieron primero encerrado en una de las alas de una fortaleza de siete torres; después tomaron medidas más severas: me encadenaron cerca de una de las trescientas mezquitas de Stambul. Mi prisión estaba á orillas del Bósforo. Al través de la reja de hierro veía el mar.

¿Habían sabido los turcos que entre sus prisioneros se encontraba Kontzoff, ó bien había perdido su rapacidad la esperanza de un rescate? El caso fué que, tratándome dura y cruelmente, concibieron el proyecto de explotar lo que yo supiera hacer; quisieron por de pronto convertirme al islamismo. El mullah que venía á catequizarme era de origen eslavo, un búlgaro de Gabrovo. Me hacía el elogio de las costumbres musulmanas, de la omnipotente grandeza del sultán, de las ventajas terrestres y paradisíacas de la fe del profeta. Indig-

nado, me encerré primero en un silencio desdeñoso; pero, impacientado al fin por las impertinencias del intruso, comencé á discutir con él. Para ablandarme, el mullah me procuró una celda menos triste y un alimento más abundante. Me transportaron á la parte inferior de la mezquita; comenzaron á darme tabaco, golosinas y excelente vino; ¡pero siempre las cadenas!

El renegado mullah no bebía vino conmigo, pero me escanciaba vasos llenos y me mostraba, para después de mi conversión, perspectivas encantadoras.

—Conviértete al islamismo—me decía:—ganarás con ello; te librarán de tus cadenas. Mira todos esos navíos: entrarás á nuestro servicio, y muy pronto llegarás á ser nuestro capitán-pachá.

Yo permanecía insensible á las tentaciones é inquebrantable en mi fe. Mientras que él hablaba, entreveía yo á lo lejos las estepas infinitas, el Dnieper y sus porohy, y mi silencioso pueblecito de Ukrania-Kontzofka. Y aquella Ukrania, patria tan querida, estaba lejos, lejos... Mi corazón se desgarraba en la dolorosa visión del país natal; mi alma agonizaba de languidez y de tedio, pensando en la patria adorada, abandonada en un día de desesperación.

Huérfano, con el grado de oficial, había ido, tras una larga ausencia, á pasar una temporada en Kontzofka, á casa de mi abuela. Se llamaba Agrafiena Wlasievna Kontzova. En los alrededores de Kontzofka, cerca de Baturin, vivían ricos vecinos: Rakitiny, un brigadier de edad, viudo y retirado; Lev Iraklievitsch y su hija Irene Levovna.

Yo la veía en la iglesia; nos encontrábamos en los paseos, en las visitas, en los bailes. Eramos jóvenes; ella era bonita; nos enamoramos. Mis sentimientos hacia Irene eran violentos; los disimulaba con trabajo. Mi corazón era el de un cosaco, apasionado, impresionable y fiel. Alta, esbelta, blanca, con sus cabellos negros y sedosos, sus ojos profundos y brillantes, Irene había llegado á ser mi vida, mi ídolo, á cuyos pies re-

zaba todos los días, todas las noches. La amaba con todas las fibras de mi corazón joven y virgen; la amé hasta el punto de sacrificarla deber y honor. Todo el mundo ignoraba nuestro amor.

¡Horas encantadoras de confesiones y de juramentos, horas de olvido, de felicidad y de embriaguez!

A mí me gustaba la música; Irene interpretaba divinamente á Bach, Gluck, Haendel. Así transcurrieron la primavera y el verano. Un día, día funesto, una de mis cartas cayó en manos del padre de Irene. Yo no sé lo que pasó entre ellos. Era á principios del otoño. Nos disponíamos á ir á la iglesia, cuando vimos á un criado con librea de los Rakitiny, con un paquete sellado en la mano. Mi corazón dió un vuelco, acometido por un mal presentimiento. Era una carta del padre de Irene. Era corta, pero precisa:

«Agrafiena Wlasievna — decía él, — su Pablo Efstafievitch es un joven lleno de buenas cualidades; pero, perdóneme, para mi hija no es un *igual*. En vano le escribe cartas de amor: no será nunca suya. Que no se incomode con nosotros; seremos siempre sus amigos y le deseamos que encuentre una mujer cien veces más digna de él que Irene...»

Aquella carta me aniquiló. El día palideció á mis ojos. Yo vi desaparecidos amor, felicidad, juramentos; mis gratas esperanzas de un porvenir riente, todos mis sueños quedaban borrados por una mano brutal. Orgullosos y ricos, me dije, íntimos de los Razoumowsky, desdeñan el amor de un hidalgo de raza más antigua que la suya. Su parentesco con los favoritos de la corte precedente había triunfado del corazón. Irene estaba desde hacía mucho tiempo inscrita entre las señoritas de honor de la emperatriz.

¡Que Dios sea con ellos! Hice ensillar mi caballo, y loco de dolor partí al galope sin saber fijamente á dónde; atravesé el bosque de los Rakitiny, con la inconsciente esperanza de encontrar á Irene; pero, ¡ay! nada, nada... No podré decir todo lo que sufrí durante aquellas horas que erré por lugares tan

conocidos, tan amados, tan llenos de recientes recuerdos. Insensato, premedité un rapto; contemplé durante horas enteras las ventanas de mi amada, oculto en la maleza; pero mi espera fué en vano: ella no apareció. El palacio de Rakitiny parecía estar desierto y muerto. Una noche, en el colmo de la desesperación, cogí una pistola para concluir con la vida, que se me antojaba tétrica y vacía.—No—exclamé en aquel instante de locura suprema,—¿para qué el sacrificio? ¿Es ella digna de él?

Supe después que Rakitiny se había llevado á Irene, el mismo día de la carta fatal, á casa de unos parientes que vivían lejos, y que estaba estrechamente vigilada.

III

Un día, mi abuela me llamó á su lado.

—Pauliuka—me dijo,—quítate de la imaginación ese amor desesperado; un poderoso rival te ha vencido en el corazón de Irene Levovna; es un príncipe chambelán. Sé, además, que eres víctima de una intriga. Mientras ella jugaba al amor contigo, el príncipe estaba en casa de ellos y él es quien ha facilitado la pronta y misteriosa marcha de los Rakitiny. Olvida á Irene; es una orgullosa como su padre. Tú eres joven, y con la ayuda de Dios te consolarás un día con otra.

Yo era altivo y apasionado. El insulto me había llegado al corazón. «Sí; mi abuela tiene razón, todo ha concluído ya entre nosotros, es preciso olvidarla; yo no era más que un juguete en manos de esa mujer ambiciosa; olvidarla aunque se haya llevado para siempre la fe de mi juventud, la paz de mi alma». Después de largos días de sufrimiento, no pudiendo soportar más un país saturado del recuerdo de Irene, abandoné la tierra natal. La despedida á mi abuela me impresionó violentamente, y los dos tuvimos el triste presentimiento de que no nos volveríamos á ver en este mundo. Agrafiena Wlasievna

no tardó en verse atacada, después de mi partida, de una grave enfermedad. No se volvió á levantar de su lecho de dolor, y murió sin que pudiese estrecharla por última vez entre mis brazos. Quedé entonces doblemente huérfano, solo en el mundo, como serpolio en los campos, expatriado y con una pena que me roía el corazón.

Después de haber dejado Kontzofka, erré durante algún tiempo por Rusia, unas veces en Moscou, en donde era protegido por los Orloff; otras en San Petersburgo, esperando siempre encontrar las huellas de los Rakitiny. Pero nadie sabía darme noticias de ellos.

Las nuevas de Ultramar apasionaban en aquellos momentos á todos los espíritus. Se me ocurrió una idea repentina. Entré en el colegio de Marina y pedí mi envío inmediato á la escuadra que estaba de servicio en las costas de Francia. El conde Teodoro Orloff me dió una recomendación para el conde Alejo, comandante de nuestra flota del Mediterráneo.

Sería demasiado largo de referir todo lo que yo experimentaba; diré solamente que busqué la muerte en todas partes, en Spezzia, cerca de Navarino, en Tchesmé, y en todas partes me huyó. No llegué sino á ser esclavo de los turcos.

***

El mullah se mostraba cada vez más afectuoso, pero más importuno al mismo tiempo. Nos veíamos todos los días y pasábamos muchas horas juntos. Me impacientó algunas veces hasta la rabia; pero por lo general me divertía. Un día le rogué riendo que se sirviera quebrantar los austeros preceptos del profeta y bebiese conmigo, insinuándole que la cosa no perjudicaría en nada á su creencia. Se dejó poco á poco convencer, y con el mismo celo con que abogaba por la causa del islamismo, se puso á saborear el vino de Chío que me traía.

Discutíamos largamente sobre Rusia, sobre Oriente y otras cuestiones eslavas que nos interesaban á ambos.

Un día, era á principios del verano del año 1774, precisamente en el momento en que el *muezzin* convocaba á los fieles para la oración de la tarde, mi mullah entró en mi prisión con misterio y me preguntó, sonriendo no sin malicia, si sabía que en Italia había aparecido una peligrosa rival de Catalina, una poderosa pretendiente al trono de Rusia. Me quedé tan estupefacto con aquella noticia, que no encontré palabras que decir durante algunos instantes. Como el mullah repitiera su pregunta, repliqué yo al fin:

—¿Quién es esa pretendiente?

—La hija secreta de su difunta emperatriz Isabel Petrovna—contestó él con una sonrisa burlona.

—¡Ah, ese es uno de tantos dichos absurdos, una de esas historias sin consecuencias de sus bazares!—exclamé indignado.

El mullah se ofendió; sus ojos brillaron extrañamente; sacó de debajo de su *halat* un pedazo arrugado de *La Gaceta de Utrecht* y me lo dió. Mi corazón, fielmente consagrado á nuestra poderosa emperatriz Catalina, se contrajo dolorosamente.

El mullah tenía razón. Primero en París, después en algunos ducados alemanes, y por último en Venecia, había aparecido una extranjera que se hacía llamar Isabel, princesa de todas las Rusias. La pretendiente, según decían las gacetas, tenía el proyecto de pedir protección para sus muy legítimos derechos al sultán que nos hacía la guerra en el Danubio. El mullah me miró con satisfacción; una mala sonrisa contraía sus gruesos labios; después me dejó fríamente, sin decirme una palabra más.

Aquellas imprevistas nuevas me turbaron y me entristecieron profundamente. ¡Cómo!, pensé, ¿no era bastante desgracia para el país el reciente y funesto complot de Pugatcheff? He aquí que un aliado nuevo, poderoso é inesperado se presenta á los turcos. Pugatcheff redujo á cenizas todo el Povologiado; esta pretendida princesa de todas las Rusias va á ha-

cer que corran la sangre y el fuego por todo el Sur de la pobre patria, desgarrada por las terribles guerras civiles.

Cogí las rejas de mi calabozo y, mirando á lo infinito de la mar, las sacudí con impotente rabia, exclamando:—¡Dios omnipotente! ¡y tú, Salvador crucificado, dadme alas para volar hacia mi patria en peligro! ¡alas para que pueda avisar al fiel súbdito de Catalina, al conde Alejo Orloff!...—Mis votos fueron atendidos más pronto de lo que yo esperaba. Meditando mil medios de fuga me atormentaba el cerebro, sobre todo para encontrar una llave que abriese mis cadenas. Después de haber arrancado un clavo, del que colgaban los trajes, fabriqué, al fin, el instrumento deseado.

¿Cómo describir la alegría que me penetró cuando por primera vez, en mi prisión execrada, abrí mis cadenas por la noche y me dormí libre de su peso? Al amanecer tuve cuidado de volvérmelas á poner, y escondí la llave en una rendija de la pared. Mi proyecto estaba pensado: librarme de las cadenas, acogotar al renegado mullah, salir inadvertido de la prisión, y huir lejos de Stambul. Pero, ¿á dónde huir? Este era el problema que había que resolver.

El mullah continuaba visitándome todos los días, y me traía vino, que bebía él ávidamente. Una tarde le confié que, convertido por sus discretas exhortaciones, estaba pronto á ser musulmán. Mi resolución le sumió en una alegría tan grande, que se puso á vaciar con apresuramiento la cántara del vino de Chío; de suerte que no tardó en caer borracho perdido sobre el catre que me servía de lecho, tartamudeando con voz ronca una canción báquica de los búlgaros. Le sacudí rudamente; un ronquido fué su única respuesta. Le quité entonces su *halat*, su *tchalma* y sus sandalias, y me las puse. Éramos de la misma estatura; mi barba, que había brotado durante mi esclavitud, era tan larga como la suya, y tan sólo un poco más clara.

Bajando sobre mis ojos la enorme *tchalma* blanca, piadosamente inclinado, pasando las cuentas de un rosario y ha-

ciendo que murmuraba una oración, franqueé el umbral de mi prisión, atravesé tranquilamente y casi con lentitud el patio, por donde se paseaba el centinela turco con un mosquete al brazo. No me reconocieron á la luz gris del día que declinaba, y me dejaron pasar sin pedirme la consigna. El ruido de la calle me aturdió un instante; el aire libre me embriagó. Lentamente llegué á la orilla, hice señas á un barquero que se acercase, y le designé con el dedo uno de los barcos mercantes extranjeros, dispuestos á hacerse á la vela, que mucho tiempo antes de mi fuga había observado desde el enrejado ventanillo. Por su bandera vi que era un barco francés.

IV

El capitán del barco, un francés bajito, moreno y vivaracho, no tardó en justificar la lisonjera opinión que con justicia se tiene de su país. Reconociendo en mí á un marino ruso, me dirigió una mirada de inteligencia, se calló un momento; después me dijo en voz baja:

—¿No sería usted Kontzoff?

—¿Por qué supone usted eso?—le pregunté asustado.

—Porque celebraría prestar un servicio á semejante héroe. Supimos la fatal noticia de su prisión.

Confesé que, en efecto, era Kontzoff. Me llevó á su camarote y me prometió pagar al botero; mas, para mayor seguridad, ordenó á sus marineros que le izasen al puente con su bote y no le soltasen sino en alta mar. Mandó levar anclas y desplegar las velas; el viento nos fué favorable, y al amanecer estábamos lejos de Stambul.

El mullah durmió, sin duda, mucho tiempo, porque no fuí perseguido. Los franceses me dieron un traje bastante bueno, me proveyeron de dinero y me prometieron cortésmente trasladarme al primer buque ruso que encontraran en los parajes de Grecia. El capitán me contó, entre otras cosas, que la mis-

teriosa princesa que me interesaba no estaba ya en Venecia, y que se encontraba por el momento en Ragusa, sobre las costas turcas. Como precisamente cruzábamos por allí, rogué al capitán que me dejase. Inútilmente me hizo ver el peligro de semejante empresa: yo estaba aferrado á mi idea, á pesar del riesgo que me hacía correr la vecindad de nuestros enemigos.

Después de haberle dado cordialmente las gracias, desembarqué, no sin una vaga aprensión, en el territorio de la República de Ragusa, y no tardé en adquirir detalles precisos y preciosos sobre la pretendida princesa de todas las Rusias: había logrado ya cautivar á las personas de la ciudad que se tenían por ilustradas; abundaban las hipótesis á cuenta de ella. En la fonda en que paré habitaban muchos gentilhombres polacos y otros de su numeroso acompañamiento, que me miraron al pronto con notoria desconfianza; pero después de haberse enterado de mi nombre, de los detalles de mi esclavitud y de mi fuga, y sobre todo de mi proyecto de ir á incorporarme prontamente á la escuadra del conde Alejo Orloff, me admitieron amistosamente en su sociedad, y me contaron todo lo que sabían de la princesa, prometiéndome hacer que se me concediera una audiencia.

—¿Pero, en fin, quién es? ¿Dónde ha vivido hasta ahora?—pregunté á sus íntimos.—«Es la hija legítima, pero secreta, de la emperatriz Isabel, nacida de su matrimonio morganático con el conde Alejo Razoumovsky. Llevada desde sus más tiernos años cerca de las fronteras de Persia, ha vivido bajo diferentes nombres en Kiel, Berlín, Londres y otras capitales.

»En París se llamaba madame de Azoff; en Alemania y aquí, en Ragusa, la princesa Pinneberg. Piénselo bien: es su emperatriz, es Isabel II, de la sangre de Pedro el Grande. Príncipes alemanes y de otras naciones han solicitado su mano; el shah de Persia la codició, pero le rechazó ella porque era el enemigo jurado de Rusia. La corte de Francia le ha ofrecido aquí un asilo en casa de su cónsul, quien ha recibido, además, la orden de concederle sus buenos oficios».

Todas estas noticias sueltas y desordenadas me turbaban. Kiel, Berlín, repetía inquieto; ¡Kiel, Holstein!, que desempeñó un papel tan funesto en el destino de las hijas de Pedro el Grande, Ana é Isabel.

Llegó el día de la audiencia. Me afeité, y, empolvado, rizado y perfumado, me presenté en la morada de la princesa. El maestro de ceremonias, barón de Korff, me introdujo en una habitación tapizada de damasco azul, con sillería de seda color de rosa.

Apenas había tenido tiempo de dirigir una mirada por el salón, cuando oí una risa sonora y un roce de seda, y entre los abiertos cortinones apareció la princesa, fresca y alegre, rodeada de su acompañamiento. Después supe que su acompañamiento se componía en su mayor parte de gentilhombres polacos. A su derecha estaba el príncipe Radziwill, llamado Panie Kohanku (1), vestido con una casaca de terciopelo azul, salpicada de brillantes; seguía su hermana, la bella condesa de Moravska; luego, la princesa Sangouscho; detrás de estas damas venían: el conde Potock, jefe de la confederación, revestido con un *hontousch* de terciopelo encarnado y oro; el rico starosta Pinsky; el conde Pchezdzietky, y en último lugar el célebre duelista y muy influyente confederado Tcharnomsky.

Todos estaban llenos de bandas, placas y cruces. La princesa vestía una amazona de color amarillo pálido, bordada de oro; llevaba un sombrero de paja con plumas de avestruz, una manteleta rosa con encajes sobre los hombros, y en la mano un látigo con puño de oro; los orgullosos magnates polacos le daban el título de Alteza, permanecían en pie ante ella y se inclinaban humildemente al hablarla.

No ocultaré que la vista de aquella mujer me impresionó, porque era seductora y original.

Parecía tener de veintitrés á veinticuatro años; de alta estatura, esbelta, bien formada, con cabellos de dorados reflejos,

(1) Es decir: «El señor mi amante».

ojos negros, profundos é inteligentes, cutis blanco, con matices rosados que la sentaban á maravilla. Pero lo que le daba una expresión extraña de astucia fina eran sus ojos, que se posaban ligeramente sobre todas las cosas. Yo había visto bastantes retratos de la emperatriz Isabel, para que me chocara la extraña semejanza que ofrecían los ojos de la princesa Pinneberg con los de su presunta madre.

Mi turbación, ó más bien mi asombro, fué observada con gusto por la corte de la pretendiente. Con gracioso ademán me tendió la mano, me dirigió algunas frases amables en francés, hizo seña á los señores y á las damas para que se retirasen, y se sentó en una butaca, invitándome á que lo hiciera yo en un taburete frente á ella.

Se expresó en un francés en el que se mezclaban de cuando en cuando exclamaciones italianas.

—¿Es usted oficial de la Marina rusa?—dijo ella.

—Sí, señora; como dice... vuestra alteza—balbuceé, no sabiendo con exactitud qué título darle.

—Su nombre, que se ha hecho tan célebre desde la victoria de Tchesmé, ha llegado hasta mí; me enorgullecieron sus gloriosas hazañas, y he sufrido con su larga esclavitud.

Intimidado, guardaba silencio.

—Escúcheme—siguió ella diciendo con emoción, y su voz dulce, profunda y sonora vibra aún en mis oídos:—yo soy la gran princesa de todas las Rusias, soy la hija de la emperatriz que tan querida fué por el pueblo ruso. Por la sangre augusta de mi abuelo, y también por el testamento de mi madre, soy su única heredera.

—Perdonadme, princesa; pero la augusta y venerada Catalina, que ocupa el trono de Rusia...

—Lo sé, lo sé—dijo, interrumpiendo, la pretendiente;—la poderosa emperatriz Catalina es venerada por sus súbditos, y no soy yo, débil, oscura y sola en el mundo, la que podría triunfar de ella. Por lo demás, soy la primera en llamarme su humildísima y abnegada esclava.

—¿Pero cuáles son, entonces, vuestras pretensiones? ¿cuáles son vuestros proyectos?—pregunté, intrigado.

—¿Lo que persigo, lo que espero? La defensa y el respeto de mis legítimos derechos...

—Me parece, no se moleste vuestra alteza, que antes de reclamar el reconocimiento de vuestros derechos habría que probar primero su origen y su legitimidad.

—¡Ah! Necesita usted pruebas. Pues bien, aquí están—me dijo la princesa, levantándose. Abrió un cofrecillo de marfil con incrustaciones de plata:—éste es el testamento de mi abuelo, Pedro el Grande, y éste el de mi madre Isabel.

Me entregó dos pergaminos.

Los recorrí con avidez, y exclamé:

—Pero éstos no son más que copias y traducciones .

—No se fije en eso, señor Kontzoff. Los originales están en manos seguras, y ya comprenderá usted que me es imposible tener conmigo documentos tan preciosos, cuando ando de ciudad en ciudad, de país en país, á riesgo de perderlos ó de que me los arrebate algún enemigo invisible, siempre al acecho. Sin embargo, si estas copias le parecen insuficientes, hágame el favor de mirar esto.

Y me señaló con arrogante ademán dos retratos, uno de la emperatriz Isabel Petrovna, con la corona en la cabeza, y el otro de ella misma.

—¿No le parece á usted que estos dos retratos se parecen?—preguntó, mirándome fijamente con sus negros ojos.

—En efecto, la semejanza es extraña, y ya me llamó la atención al entrar. Pero, perdonadme, princesa, ¿en qué época fué pintado este retrato?

—Este mismo año, en Venecia. El célebre Piacetti pintaba el retrato de mi prometido, el príncipe Radziwill, y me pidió permiso para hacer también el mío.

—¡Qué asombroso encadenamiento de circunstancias!—murmuré involuntariamente;—las inverosimilitudes se presentan, los muertos salen de sus tumbas; allí, al otro lado del

Volga, resucita el emperador Pedro III, y aquí aparece una misteriosa hija de Isabel.

—¡Por favor!—exclamó ella, dirigiéndome una mirada de enfado,—¡no me confunda con Pongatcheff! Aunque se diga el emperador Pedro y mande acuñar moneda con esta divisa vengativa: *Redivivus et ultor* (resucitado y vengador), no podría, en todo caso, ser más que mi heredero...

—¿De modo, princesa, que afirmáis que es un impostor?

—No me pregunte usted lo que es—respondió evasivamente;—únicamente el tiempo despejará ese misterio. Quienquiera que sea, ahí tiene usted á Kazan, á Orenburgo, á Saratoff, en fin, á todo el Povologiado, que se han declarado en su favor. No conozco su pasado, no está en mí condenarle. Que Dios sea su juez... En cuanto á mí, soy, se lo repito, la muy legítima princesa de todas las Rusias, hija de Isabel, prima hermana del emperador Pedro III.

—Pero, ¿cuál es, pues, vuestro padre? — me decidí á preguntarla.

Ante esta pregunta escabrosa, su frente se oscureció y en sus ojos apareció un relámpago.

—¿No lo sabe usted? Por lo demás, importa poco... Quiere usted oirlo de mis labios, lo oirá: mi padre es el conde Alejo Razoumovsky, el marido morganático de mi difunta madre. No conozco el lugar de mi nacimiento. No me acuerdo sino vagamente de mi infancia. Veo como á través de una bruma un pueblecillo perdido en el Sur de Rusia, del que de repente me sacaron clandestinamente. Desde entonces comenzó para mí esta vida errante. ¿Querían destruir las menores huellas de mi pasado, ó sustraerme á algún peligro? No lo sé. Mi pasado me es desconocido; hay en él un misterio, un enmarañamiento de tenebrosas intrigas que no puedo desenredar; mi infancia se ha deslizado, desamparada y solitaria, en las estepas de aquella aldea lejana, y mi juventud ha sido triste y errante; huyendo sin cesar del veneno y los puñales, he crecido, adusta y sombría, y de esta suerte llegué á los veinte años, siempre

sola y abandonada. Tal vez el conde de Schouvaloff conoce más que yo mi pasado; recientemente solicitó verme, y he tenido con él una entrevista secreta.

—¿Habéis visto al conde Juan Schouvaloff, princesa? ¿Dónde y cuándo le habéis encontrado?

(La suposición de que era precisamente el padre de la princesa acudió á mi espíritu.)

—Le vi en Spa. Mis amigos me advirtieron la llegada de un célebre viajero ruso que solicitaba una entrevista conmigo. Se presentó bajo un nombre supuesto. Mostróse conmovido y turbado, y únicamente después de su marcha supe que era el célebre conde Juan Schouvaloff, el favorito del último reinado. ¿Por qué tenía aquella actitud singular, emocionada y turbada? No lo sé. Por lo demás, no soy yo la llamada á hacer suposiciones. Mi madre, al morir, se llevó á la tumba ese misterio, con tantos otros cuya solución pagaré tal vez con mi vida.

La princesa se calló, y pareció recogerse en una dolorosa meditación.

—¿Cuál es, pues, el socorro que buscáis? ¿De quién esperáis una protección para asegurar vuestros derechos? — pregunté.

Permaneció un instante sin responder, y su silencio me pesaba, porque me encontraba impresionado por sentimientos contradictorios.

—¿Quiere usted ayudarme?—me preguntó ella de repente.

Quedé desconcertado por lo brusco de aquella pregunta.

—¿Qué entendéis por ello, princesa? ¿Cuál es la ayuda que reclamáis de mí?—pregunté vacilando.

—Trate de comprender bien lo que voy á decirle. Si la emperatriz Catalina consiente en compartir, según su conciencia y pacíficamente, su imperio conmigo, me encontraré entonces dispuesta á todas las concesiones. Que tome ella el Norte, con San Petersburgo, las provincias del Báltico y el gobierno de Moscou. Que me ceda el Sur, con el Cáucaso y

una parte de las provincias del Este. Al Sur le quiero sin conocerle; allí es donde vi la luz; mi corazón me lo dice en voz baja. Créame, respetaré esa división; mis pretensiones no irán más allá. Me consagraré á la felicidad de mis súbditos. Fertilizaré el suelo de la patria, y, no hay para qué decirlo, devolveré ante todo su libertad á la Ukrania y á Polonia. Pero si Catalina discute mis derechos, Dios nos juzgará, pero correrá la sangre.

Sus ojos lanzaban siniestros resplandores.

—Estoy decidida á reivindicar lo que me pertenece con las armas en la mano, y no retrocederé ante ningún peligro. Iré á Stambul cerca del sultán, que me espera y me ha prometido su ayuda. Al frente de sus batallones me presentaré al otro lado de los Balkanes, á orillas del Danubio, y entonces, frente á frente con el ejército de Catalina, tomaré el desquite; todos los descontentos combatirán bajo mis banderas, y ¡quién sabe si contaré entre sus filas al comandante de la flota imperial en el Mediterráneo, al mismo conde Alejo Orloff!

—¿Orloff? ¿Pensáis en eso, princesa?

—Comprendo su asombro—replicó la pretendiente sin desconcertarse;—nada hay imposible. Dígame lo que piensa usted de mis proyectos.

—Me perdonaréis, princesa, si, como verdadero marino, os doy francamente mi opinión. Todo lo que me estáis diciendo parece un sueño de niño, y no tiene consecuencias. ¿En qué os fundáis, por ejemplo, para esperar la traición del conde Orloff?

—¿La traición?—exclamó la princesa, roja de cólera.—Bien es verdad que tiene usted excusa, porque no sabe usted lo que sucede — añadió dominando su enojo: — ¡ha estado usted durante tanto tiempo prisionero! El poderío de los Orloff toca á su ocaso; sus enemigos jurados, los condes de Pauin, los sustituyen. El favorito declarado de Catalina, el conde Gregorio Orloff, será muy probablemente reemplazado.

Inquieto por los rumores de desgracia que corrían á su al-

rededor, interrumpió bruscamente las negociaciones entabladas con el sultán sobre el Danubio, y volvió en seguida á San Petersburgo.

Pero una vez de vuelta, no ha podido llegar á la emperatriz. Le han enviado á Revel con una misión imaginaria. El conde Alejo no disimula su resentimiento, y no espera más que un momento propicio para vengarse de la afrenta hecha á su hermano.

Dadas todas estas circunstancias, puedo contar casi casi con su concurso. Por lo demás, ya le he escrito y enviado un manifiesto.

—¿Un manifiesto á propósito de qué?

—Le he declarado que si se hacía partidario mío le autorizaría para que comunicase mi manifiesto á su escuadra y proclamara abiertamente mis derechos al trono ocupado por otra.

—Estoy verdaderamente atónito, señora; permitidme, por favor, que os lo confiese: habéis realizado un acto audaz sin duda, pero también muy inconsiderado, y que podría resultar muy peligroso para vuestra persona.

—¿Por qué? Los ultrajados buscan una reparación; los abandonados esperan un desquite: esto es una ley general, muy humana y muy natural. ¿Y qué ultraje más sangriento que el olvido y el desprecio de los servicios gloriosos prestados á la patria? ¿y quién no sabe que Catalina es deudora de su trono á los Orloff?

Yo estaba turbado por aquel torrente de palabras. Aquella mujer atrevida y apasionada, con sus esperanzas insensatas y su orgullosa seguridad, estaba ciertamente en condiciones de medirse con el más audaz de los hombres.

—Se asombra usted y no cree en el triunfo de mi empresa —continuó ella diciendo con una risita nerviosa.—Se pregunta usted de dónde proceden la fe y las locas esperanzas que yo abrigo, y sin embargo, tengo la aprobación tácita de muchos compatriotas influyentes suyos; estoy en correspondencia des-

de hace largo tiempo con muchos de ellos. Pero usted, Kontzoff, es el primer soldado ilustre que encuentro en mi vida errante; esta entrevista me es grata, y me servirá por mucho tiempo de dulce consuelo en mi destierro... Lo creo, y mi creencia está tan arraigada en mi corazón, que nadie podrá arrancarla; desgarraré las tinieblas y los misterios que me rodean; me elevaré... Rusia está agotada con las guerras y las levas; está devastada por los incendios y la peste; el pueblo gime bajo el peso de impuestos exorbitantes y de cargas bárbaras. Al otro lado del Volga, los insurrectos, con Pongatcheff á la cabeza, siembran el país de ruinas y de cadáveres... El ejército está mal equipado y carece de víveres; las multitudes, descontentas y oprimidas, murmuran de este deplorable estado de cosas, y, estoy segura de ello, el pueblo aclamará con alegría á la legítima descendiente de su adorado emperador...

—¿Sabéis el ruso, señora?

—No—me respondió ella tímidamente.

A la edad de dos años me llevaron á Siberia, en donde querían envenenarme, y de allí me trasplantaron á Persia, en donde primeramente viví en casa de una vieja de Ispahan; después pasé á Bagdad. Allí fué donde un tal Fournier me enseñó la lengua francesa. ¿En dónde hubiera podido aprender nuestra lengua materna? Por lo demás, ¿qué importa? ¿sabía el ruso el czarevitch Dimitry?

—Dimitry hablaba el ruso, aunque con acento rutésico; pero era un impostor.

—Un impostor... *¡Gran Dios!* ¿se atreve usted á afirmarlo?... ¿No se avergüenza usted de repetir fábulas odiosas? Dimitry era un verdadero czarevitch, arrancado milagrosamente á los asesinos pagados por Sodonnoff,—y esto ofrece una coincidencia curiosa con mi destino, puesto que fuí salvada, gracias á Dios, del veneno en Siberia. No me cuente usted nunca esas historias indignas de usted, ó, si me habla de ellas, procure estar más al corriente de la historia de mi dinastía. Creo en mi estrella, mi esperanza no es vana... El trono me pertenece

y lo ocuparé un día... Creo en mi estrella—repitió febrilmente,—y le he escogido á usted por embajador cerca del conde Orloff. No me responda usted en seguida; reflexione detenidamente... Usted me comprende mejor que nadie, porque ha sufrido; á usted también le ha salvado un milagro de manos de los turcos... Tal vez me ha sido usted enviado por el destino... Adiós...

Y la princesa, inclinándose ligeramente, desapareció tras el pesado cortinón de damasco azul.

V

¿Quién es ella? ¿aventurera ó heredera legítima de nuestro trono?—me pregunté ansiosamente al dejar la pretendiente, y al pasar, intimidado, ante las numerosas personas de su acompañamiento, que me saludaban con respeto. Delante del terrado vi unos caballos de silla, con mantas de terciopelo rojo bordado de oro, y empenachados. Instantes después se oyó el ruido de un galope precipitado: era la princesa, que, seguida de su brillante y alegre cortejo, se dirigía rápidamente fuera de la ciudad.

Los días siguientes no salí casi de mi habitación, por la que, abrumado y preocupado, paseaba maquinalmente; escribía cartas, las rompía, después volvía á escribirlas. Desorientado por la aparición de aquella extraña princesa, no sabía lo que resolver.

Un día vi entrar en mi casa, con una porción de reverencias y cortesías, á Tcharnomsky, el secretario de la princesa Pinneberg. Era un hombre de unos cuarenta años, vestido con una corrección un poco afectada, con aire arrogante y casi insolente. Muy rico en otro tiempo, vividor, duelista célebre, un vagabundo absoluto desde que perdió su fortuna con las mujeres y por la confederación, continuaba siendo, á pesar de todo, hombre de mundo; era cortés, fino y humilde en caso de

necesidad, y, según decían, uno de los más fervorosos admiradores de la bella princesa, á la que estaba consagrado en cuerpo y alma. Su conversación era una mezcla de entusiasmo real y de elogios, que me parecieron un poco afectados, sobre el valor, la grandeza de alma y la extraordinaria inteligencia de la pretendiente. Confirmaba con juramentos los menores detalles de su pasado, y concluyó preguntándome si estaba decidido á servir su causa.

—¿Pero de quién es hija? ¿quién es su padre?—pregunté sin rodeos.—Aboga usted, caballero, por la causa de su princesa con elocuencia; pero no son más que palabras, y parece usted olvidarse de que en un asunto tan importante son necesarias pruebas evidentes é irrefutables; toda esa historia de la Siberia, del veneno, de Ispahan, de Bagdad, es tan poco verosímil...

El servidor rizado y perfumado de la princesa hizo un gesto de indignación, que reprimió en seguida; enrojeció de cólera bajo los afeites que cubrían su rostro; pero, diplomático demasiado fino para dejar sorprender sus sentimientos, respondió con fría cortesía:

—¡Qué dudas, qué desconfianza!... Ya sabe usted por la misma princesa que su padre es el conde Alejo Razoumovsky. ¿Para qué hacer de nuevo esa pregunta? Puesto que parece que se interesa usted por los detalles de su historia, voy á referírselos en lo que yo pueda. Todo el mundo sabe que Isabel Petrovna tuvo varios hijos del conde Razoumovsky.

—Sin embargo, todo eso no es conocido sino por rumores sordos, propagados por enemigos del trono, y nadie sabe nada en concreto—dije yo interrumpiendo.

—Por supuesto; muy pocos lo saben, porque se trata de una cosa demasiado íntima y demasiado delicada para ser conocida de todos. Pero en cuanto á mí, lo que le digo lo sé por buen conducto. ¿A dónde han ido á parar los otros hijos de Isabel? lo ignoro; en cuanto á la princesa Isabel, fué llevada á la edad de dos años á casa de unos parientes del conde Alejo

Razoumovsky, en Ukrania, entre los cosacos Daragany, en Tarakanoffka. La emperatriz madre y sus íntimos llamaron por broma á la niña *Tmoutar'rakauskaia Knihima*. Al principio, la niña fué cuidada con gran solicitud; se le dió cuanto era necesario para su subsistencia, pero muy pronto se perdieron sus huellas y fué abandonada.

La palabra *Tarakanoffka* despertó en mí todo un mundo de recuerdos lejanos. Volví á ver con la imaginación mi *houtor* natal de Ukrania-Kontzoffka y á mi difunta abuela Agrafiena Wlasievna. Aquellos cuadros del pasado, al principio vagos y velados, se precisaron y acentuaron con una limpidez asombrosa. Recordé que mi abuela, muy al corriente de los acontecimientos más íntimos del reinado de la emperatriz Isabel, me contó frecuentemente el extraño matrimonio de la augusta czarina de todas las Rusias con el pastor de las estepas Alioscha Razounz. El recuerdo de la inesperada fortuna del simple cosaco convertido en conde, y marido de Isabel, vivía como una leyenda grata en Ukrania.

Mi abuelo Yeracli Kontzoff, vecino de los Razoumovski, fué colmado de favores, distinguido en el servicio, condecorado, y murió en medio de los honores, merced á la influencia de aquéllos. Un incidente, insignificante en la apariencia, se presentó á mi memoria. Yo estaba aún en la escuela; íbamos un día, en una hermosa tarde de verano, á una fiesta dada por unos parientes nuestros, que vivían en las cercanías de Kontzoffka. Teníamos que atravesar la residencia del *hetman* Kirill Razoumovsky. Se había hecho de noche, y en los pálidos rayos de la luna flotaban como sombras grises las cabañas blancas, las siluetas enlazadas de los sauces, de los plátanos, de los tilos y de los álamos; las aspas rumorosas de los molinos de viento se destacaban negras en el cielo tachonado de estrellas, y se percibía el brillo de la cruz de la capilla.

Mi abuela, silenciosa y reconcentrada, parecía revivir algún recuerdo de su juventud. De repente, se santiguó devotamente, y dirigiendo una mirada por los alrededores, murmuró

con voz ahogada, medio triste, medio soñadora: «Tarakantchik».

—¿Qué ha dicho usted, abuela?—pregunté asombrado y curioso.—¿Tarakantchik?

—Voy á contarte una cosa, Pauliuka, ángel mío. Hace ya muchos años, vivía allí una personita misteriosa, rolliza y blanca como una torta de harina; no vivió allí mucho tiempo; desapareció, y nadie supo nunca á dónde ni cómo.

—¿Quién era?—pregunté.

—Lo mismo que la Caperucita encarnada—murmuró mi abuela,—la *Tmoutar'rakauskaia Knihima* fué devorada por los malos lobos sin corazón.

Así habló mi abuela y yo no pregunté más, creyendo, en mi santa ignorancia, que en efecto, la niñita había sido devorada por los lobos; el recuerdo de aquella historia se desvaneció con muchos otros de mi infancia. Pero al oir la palabra «Tarakanoffka», pronunciada por Tcharnomsky, aquel recuerdo borrado por los años tomó cuerpo, y me vi de nuevo con mi abuela, en aquella hermosa noche de verano; vi aquella misteriosa Tarakanoffka perdida entre el verdor de los sauces y de los plátanos, y me pareció oir todavía la voz dulce y conmovida de mi abuela cuando decía: «Tarakantchik».

La voz de Tcharnomsky, asombrado de mi largo silencio, disipó mi visión.

—Y bien, ¿qué decide usted, señor teniente?

—Precise usted, le ruego, de qué naturaleza son los servicios pedidos por la princesa.

—¡Oh! consisten en muy poca cosa—respondió Tcharnomsky, levantándose é inclinándose ante mí.—Se trataría solamente de entregar al conde Orloff la carta de su alteza...; de decir en dónde y en qué circunstancias ha tenido usted una entrevista con la princesa de todas las Rusias, y añadir que espera con impaciencia una respuesta á su primera carta y á su manifiesto. Del resultado de su misión de usted dependen sus futuras gestiones cerca del sultán, y otras más todavía.

Mientras me hablaba, Tcharnomsky me tendía un pliego sellado dirigido al conde Alejo Orloff. Comprendí que no debía vacilar mucho tiempo; tomé la carta. Mi deber, en efecto, era comunicárselo todo al conde, y á él solo incumbía resolver la dificultad.

—No sé quién es su princesa—manifesté á Tcharnomsky, despidiéndome de él,—pero entregaré en conciencia su misiva al conde Orloff.

Antes de salir de Ragusa, hice otra visita á la princesa, y me embarqué precisamente el día de una fiesta grandiosa, de la que se habló mucho tiempo después, dada en su honor por su prometido el príncipe Radziwill. Disipador, ligero, pero enamorado locamente de aquella joven, Radziwill se arruinaba por ella y la cubría de oro como si hubiera sido un Creso.

VI

Aquel día se había excedido. Y mientras que entre los sones de alegres músicas surcaban el aire con sus enigmáticos cigzacs fuegos artificiales multicolores, entre las salvas de los cañones, entre los vivas, unas hadas envueltas en oleadas de gasas y de encajes, cuajadas de brillantes, giraban bajo las luces de las arañas, y el vino de Champagne corría alegremente.

De pie en el puente del barco, contemplaba yo, pensativo y ansioso, desaparecer Ragusa iluminada por las azuladas claridades del sol naciente, y por la milésima vez me hacía esta pregunta: ¿Quién es esa pretendiente? ¿Es una aventurera desvergonzada ó la legítima descendiente de Pedro el Grande? ¿Es sincera ó representa una comedia?

Me quedó una extraña impresión de mi última entrevista con ella; conservé el recuerdo de sus ojos misteriosos, reflejando unas veces los atrevimientos de la esperanza, otras las vacilaciones de una fe afectada, y aquellas expresiones

cambiantes, indefinibles, me dieron mucho que pensar. Así fué, que cuando llevé al conde Orloff el mensaje confiado á mi cuidado, no me daba bien cuenta del móvil que me hacía obrar. ¿Era el deber puro y simple, ó bien un sentimiento de simpatía hacia aquella mujer extraña, audaz y apasionada?

El barco arribó á Ancona. Desde allí me dirigí á Bolonia, en donde se encontraba entonces el cuartel general del comandante en jefe de la flota.

El conde Alejo Orloff, el vencedor de Tchesmé, á quien no gustaba el mar, había encargado de la administración de la flota al contralmirante Greig, y acampaba en la costa. Benévolo y accesible á sus subordinados, gustaba de la broma, bromeaba á menudo él mismo y se imponía por su lujo desenfrenado. De gigantesca estatura, con los ojos grises, escrutadores y espirituales, divertido, de inmensa fortuna, el conde Alehan, como le llamaban en Moscou, atraía á su casa á todas las celebridades del imperio.

Los moscovitas admiraban sobre todo en él sus armas antiguas, incrustadas de piedras preciosas, sus tapices de los Gobelinos y su pajarera llena de pájaros raros de Ultramar. Un loro colgado en una jaula, en la puerta cochera de su palacio, hacía las delicias de los transeuntes, que se quedaban con la boca abierta cuando gritaba con su voz ronca: «¡Viva nuestra madre la emperatriz!»

En las legendarias fiestas dadas por el conde Alehan se sentaban á su mesa, en cenas suntuosas, bajo los naranjos y los limoneros, más de trescientos convidados. Ruso de corazón, el conde gustaba de las tradiciones nacionales y divertía á sus invitados con luchas á puñetazos y cantos heroicos, que recitaban una especie de bardos de barba blanca. Tenía bastante fuerza para doblar una herradura, y dominaba á un toro cogiéndole por los cuernos.

Divertía á todo Moscou con sus ocurrencias. Un día, queriendo poner en ridículo la afición de los elegantes por los quevedos y los monoclos, invitó á muchas personas á su casa

de campo de Sokolniki. Vestido con traje de montar, rodeado de elegantes jóvenes, el conde montó en un caballejo flaco y cojo, el cual, con los ojos cubiertos por enormes quevedos, llevaba en la frente un cartel, en el que estaba escrito con letras enormes:

«Y, sin embargo, no tiene más de tres años.»

Sus perros de caza y sus caballos de carrera eran los mejores de Moscou; sus caballos eran mestizos de árabes, ingleses y frisones. Acudía la gente siempre que la célebre yegua «Smietanka», con las narices dilatadas y esparciendo chispas al viento, se lanzaba al galope por las calles, enganchada al cochecillo del conde Alehan. Era también muy original en su correspondencia, y numerosas copias de su carta escrita á su hermano Grigori después de la victoria de Tchesmé, circulaban en la sociedad rusa; véase:

«Te saludo, mi señor hermano. Hemos perseguido al enemigo, nos hemos acercado á él, le hemos estrechado, derrotado, vencido, ahogado, quemado y reducido á cenizas. Y yo, tu servidor y hermano, me encuentro bien.—*Alejo Orloff.*»

Se hablaba mucho de él cuando el advenimiento al trono de Catalina. Después de Tchesmé, se habló mucho más todavía, porque para todo el mundo era un enigma viviente.

En las revistas, en las recepciones de la corte, iba vestido ricamente, resplandeciente de oro, de brillantes, de cruces y de estrellas, mientras que en sus viajes de recreo, á París por ejemplo, galopaba rodeado de lo más distinguido de la sociedad, con un sencillo traje gris y un sombrero flexible. En cuanto á mí, lo mismo que los otros, no adivinaba los móviles de sus acciones, á veces extrañas, y me quedaba á menudo absorto oyéndole hablar. Era en todo caso un espíritu de una sutilidad pasmosa, y yo ardía en deseos de volverle á ver tras una separación tan larga, aunque la comisión de la titulada princesa no dejase de causarme vagas inquietudes.

Antes de mi salida de Ragusa, había dirigido al conde una carta, en la que le daba cuenta de mi evasión, añadiendo que

le llevaba noticias sobre una persona misteriosa encontrada por casualidad.

Mi llegada á Bolonia se vió retrasada por una enfermedad que me obligó á guardar cama durante algunas semanas; cogí un enfriamiento en las montañas, y fuí atendido por la generosidad de un rico señor italiano.

No sin emoción me acerqué al magnífico palacio del conde Orloff; dí mi nombre al suizo. A causa de mi prisión larga y ruda podía esperar una buena acogida, pero en cambio no sabía lo que podía pensar el conde de la libertad que me había tomado de ver á la pretendiente sin haber obtenido autorización previa. Además, ¿á qué debía yo decidirme respecto de la princesa? En Ragusa había oído contar historias bastante escandalosas de su pasado. Pero no me había fijado en ellas; en suma: ¿qué me importaba á mí el pasado de aquella mujer? y además, ¿no la impulsaba á los compromisos su posición falsa?

Tal vez buscaba ella una salida, un socorro en la peligrosa lucha que entablaba con sus poderosos adversarios.

El conde me hizo entrar inmediatamente.

El héroe de Tchesmé, lo mismo en el extranjero que en su país, criaba pichones, por los que tenía una verdadera pasión. Le encontré en un vasto palomar, sentado en una silla de paja, al lado de una ventana polvorienta y sucia, admirando sus queridos pájaros. Como hacía un calor asfixiante, estaba en mangas de camisa y acercaba frecuentemente á sus labios una copa llena de un líquido helado.

—¡Ah! bien venido, amigo Kontzoff — dijo mientras continuaba mirando los pichones.—Por fin lograste escapar; te felicito, hermano, con todo mi corazón; si estás cansado, descansa... ¿ves allá arriba esa pareja gris? son muy malos, se suben á lo alto...

Agitó un pañuelo, como para asustarles, y yo, no sabiendo dónde sentarme, le miraba con curiosidad.

Desde la última vez que le había visto, había engordado; rebosaba salud.

—Ya ves, hermano, nos consolábamos con las palomas, mientras que tú gemías en poder de los turcos; cierto es que aquí no hay más que palomas negras ú oscuras; no se conocen las multicolores como en nuestro país, pero en cambio se encuentra una especie preciosa, que lleva cartas á cien verstas de distancia, y que sería bueno aclimatar en Rusia. Pero, á propósito, cuéntame tu esclavitud y tus aventuras.

Comencé. Al principio no me escuchó sino á medias; pero á medida que avanzaba en mi relación, se mostró más atento, y cuando hablé de la entrevista con la pretendiente y le entregué el papel que me había confiado, echó un último puñado de granos á sus palomas, y se levantó.

—Tus noticias, hermano, son importantes y merecen ser discutidas; bajemos á otra habitación.

Fuimos al jardín.

Mientras respondía á sus preguntas, miraba á sus ojos, que por momentos me parecían velados como por un pensamiento importuno.

—No me lo dices todo, Kontzoff—dijo interrumpiéndome y mirándome en el blanco de los ojos.—¿Por qué afirmas que es una aventurera? Dilo francamente: ¿repites lo que has oído decir, ó es esa tu convicción personal?

Desconcertado, no sabía qué responder. Al fin, me aventuré á decir tímidamente:

—La historia de su pasado me parece una fábula torpemente inventada: la Siberia, el veneno, la huída á Persia, la estancia en todas las ciudades del Occidente, las relaciones con las cortes de Europa... Yo me he conducido como fiel súbdito de la emperatriz Catalina; he observado de cerca á la pretendiente, y confieso sin rodeos que tengo algunas dudas...

—De acuerdo—me dijo el conde;—es un asunto tan complicado, que se puede sostener al mismo tiempo el pro y el contra... Pero he aquí lo importante. En San Petersburgo se habla ya mucho de ella como de una vagabunda que se engalana con un nombre falso y un ilustre origen... Vagabunda...

aventurera... ni niego ni afirmo... Pero entonces, si es una vulgar aventurera, ¿por qué se la toma en serio? ¿por qué se pide á los gobiernos extranjeros que la entreguen como á una criminal política? ¿por qué esa orden de bombardear la ciudadela de Ragusa en caso de negativa, y las instrucciones para conducirla muerta ó viva á San Petersburgo? No; si fuera una vagabunda, y nada más, no se preocuparían tanto; ó bien se apoderarían de ella, la atarían una piedra al cuello y la echarían al agua.

No pude reprimir un estremecimiento de espanto.

—No, hermano—continuó diciendo el conde;—no es una vagabunda. Reflexiona, y di lo que piensas de esto. Habla con el corazón en la mano, y no temas nada.

VII

El lenguaje del conde me pareció extraño. Recordé involuntariamente lo que la pretendiente me había contado de la caída en desgracia de los Orloff y de la elevación de sus enemigos jurados. ¿Era despecho, ó bien estaba persuadido el conde del origen augusto de la princesa Tarakanoff? A pesar de su aparente calma, creía entrever en él una emoción profunda.

—Perdonadme, excelencia—le respondí,—si mis palabras os parecen demasiado atrevidas. La pretendiente tiene un parecido pasmoso con la difunta emperatriz Isabel. Es el mismo porte majestuoso, el mismo y bello rostro blanco, la misma dulzura de labios, la misma mirada indulgente, las mismas cejas negras, y sobre todo los mismos ojos extraños, uno de los cuales bizca ligeramente. Tampoco puedo callar á vuestra excelencia la relación de mi difunta abuela de Ukrania sobre los parientes de Razoumovsky.

—¡Es verdad! No me acordaba; también tú eres ukraniano—replicó vivamente el conde.—¿Qué te contó tu abuela?

Repetí al conde aquella historia lejana del Tarakantchik, de aquel hermoso niño blanco y rosado que fué comido por los lobos sin corazón.

—¡Ah! ¿Entonces procede de ahí esa célebre Tarakanoffka? —murmuró el conde, pensativo;—yo también he oído vagamente hablar de la *Imoutar'rakauskaia Knihima;* verdaderamente es muy extraño todo esto...

Se retrataba la emoción en sus facciones; se levantó, se cruzó de brazos, y envolviéndome en una mirada enigmática de sus grandes ojos penetrantes con reflejos de acero, añadió:

—Kontzoff, no eres un niño, y ya comprendes que se trata aquí de un asunto de alta importancia para el Estado. ¿Juras ser mudo como la tumba y ejecutar mis órdenes ciegamente? ¿Me prometes, suceda lo que suceda, veas lo que veas, atención, obediencia y silencio?

—Lo juro, excelencia.

—Escucha entonces, y recuérdalo. Me respondes de todo con tu cabeza.—Y mirándome de nuevo fijamente, repitió con lentitud:—Ya me conoces... Acuérdate... Con tu cabeza.

Atravesamos el jardín silenciosamente.

—No sería difícil apoderarse de la pretendiente, y no faltan los medios, sobre todo cuando se trata de cumplir las órdenes de arriba. Pero, dime, en conciencia, ¿sería honrado atraerla á un lazo con engaño y astucia? Después de todo, es una mujer. Verdaderamente, sería despiadado.

—Sí, sería despiadado—respondí con ingenuidad;—se debe combatir á los enemigos abiertamente, cara á cara... De otra manera, se arriesga uno, con justicia, á pasar por traidor.

Al decir yo estas palabras, me pareció que el rostro del conde se contraía, y que sus ojos fríos brillaban de una manera extraña.

—Sí, mi querido amigo, eso sería cobarde; ni yo ni tú somos verdugos; sin embargo, no envían las órdenes desde San Petersburgo para bromear. ¿Y cómo nos consideran, además, á nosotros mismos? También esto es un problema. Te confesa-

ré, sin rodeos, que á mí mismo me han tendido lazos: dos veces me han enviado falsos embajadores que han intentado seducirme con promesas mentirosas, y presentarme como traidor ante la emperatriz. ¿Podías esperar tú una cosa así, Kontzoff? ¡Desconfiar de mí, después de tantos servicios, después de tantas hazañas!

La franqueza del conde Orloff halagó mi vanidad. He aquí la grandeza de los poderosos de este mundo—pensé, compadeciendo cordialmente al conde, cuya desgracia me parecía una cosa cierta.

Después de haber cambiado algunas otras frases, el conde me despidió diciendo que me hacía entrar en su guardia particular, que no debía salir de Bolonia y que debía esperar sus órdenes.

Al día siguiente marchó á Livornia y no volvió hasta pasados ocho días. Sin dinero, sin amigos, yo carecía absolutamente de todo y me aburría en extremo. Por fin vinieron á llamarme un día de parte del conde.

Aquella vez me recibió en su gabinete de trabajo.

—Adivina, Kontzoff, lo que te tengo que decir.

—¿Cómo podría yo adivinar los pensamientos de vuestra excelencia?

—Comienza por pagar tus deudas, aquí tienes dinero; después trata de arreglártelas de manera que estés dispuesto para ir mañana á Roma.

Me incliné.

—Mientras estabas enfermo, la misteriosa princesa, abandonada por su prometido el príncipe Radziwill, ha dejado Ragusa. Ha ido primero á Barletta, con un pasaporte napolitano; ha estado allí algún tiempo, y últimamente, bajo el nombre de una gran dama polonesa, ha llegado á Roma. Le debo desde hace mucho tiempo una respuesta á sus dos cartas; queriendo reparar mi falta para con ella, le envié estos días un mensaje con un hombre de confianza, pero no pudo lograr el serle presentado. Compadezco sinceramente á esa

pobre mujer, joven, sin experiencia, sin recursos y sin amigos. Tú solo puedes llegar á verla. Irás, pues, y le dirás de mi parte que le invito á venir á Bolonia. Creo que entre los que la rodean se encuentran algunos rusos; trata de saber quiénes son; defiéndela contra los espías. Que se fíe de nosotros dos, y no le negaremos nuestra ayuda.

En cuanto á la conciencia, no tengas miedo: todo se hará con completa justicia y sinceridad.

GREGORIO DANILEWSKY

(*Continuará.*)

NUESTRO SISTEMA DE RECOMPENSAS MILITARES

«Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procura el remedio; mas el que no lo conoce, no lo busca, y así peligra en él».—FRAY LUIS DE GRANADA: *Símbolo de la Fe.*

No ha mucho tiempo, un galano escritor de bien ganado crédito entre sus compañeros de milicia, no menor que la fama alcanzada en literarias lides, saliendo á la palestra, ha roto lanzas contra las censuras y clamoreo provocados por la largueza en recompensas otorgadas en las últimas guerras; sosteniendo que no hemos caído realmente en los extremos de prodigalidad por el vulgo supuestos.

Paladín de tal fuste había de esgrimir razones y argumentos eficaces para salir airoso del empeño; pero la fuerza de unos y de otros hállase, no en el pleito defendido, sino en la inteligencia del abogado; en el cariño y buena fe puestos en la defensa; en consideraciones relacionadas con corruptelas y hábitos, no exclusivamente arraigados en el Ejército, sino compenetrados con la manera de pensar y sentir de cuantos, al constituirse en organismos, no atinan casi nunca en nuestra patria á darles vida sino á costa de la vitalidad de otros más elevados y más nobles: viniendo así las colectividades integrantes de la entidad Nación á ser, más bien que miembros de un gran cuerpo, parasitarios seres alimentados con la sangre de España.

Mirando á esto, razón tendrá quien ciña espada si replica

á censuras ajenas con el *más eres tú*, en donde yo no veo virtud alguna regeneradora, de donde nada saco utilizable para servir de faro ó de sostén en el camino que á un mañana mejor puede llevarnos; *más eres tú* que sólo alcanza á ser desoladora consecuencia para cuantos bajo sus uniformes de soldados sienten latir corazones españoles, sobrado nobles para consolarse de propias decadencias con los decaimientos de quienes son á la postre sus hermanos.

En el Ejército existen gérmenes que pudieran ser base y saludable ejemplo de la cacareada regeneración, que á juzgar por las pruebas, fué sólo anhelo de un día, convulsión de un instante, platónico deseo en un punto sentido y olvidado. Complacido proclamo la existencia de fuerzas en el elemento armado con eficiencia suficiente para dar de sí muestras en forma más activa que con la pasividad de una sana amortización, al fin y al cabo sacrificio digno de imitación y no imitado. Pero si han de dar frutos de enmienda, y en algún tiempo cosecha de perfeccionamiento, no volvamos hacia atrás la mirada, ni dejemos los ojos posados en miserias actuales; y si con esperanzas de buen término se desea emprender trabajosa jornada por áspero camino, miremos adelante y arriba, gritando *sursum corda:* sin contentarnos con precarios alivios, sino buscando con patrióticas ansias lo que se tenga por absolutamente bueno; sin deprimir en los comienzos la alteza del propósito, que hartos obstáculos y demasiadas rémoras vendrán después á recortar los vuelos al deseo.

Así, pues, si juzgado el asunto de las recompensas con criterios usuales en esta sociedad donde vivimos, no faltarían subterfugio ó disculpa para hacer veces de justificaciones, visto á la luz más limpia de austera y sana severidad, propio aderezo de una bien entendida disciplina; dominado desde la excelsitud, donde no llegan voces del interés, forzoso es confesar la razón con que la gente nos moteja de pródigos: no por unos cuantos millares, más ó menos, de cruces otorgadas á las clases de tropa, que aun cuando en éstas vengan también, con

el abuso en el premiar, depresión del aprecio al premio concedido, rebajamiento en el concepto del deber ineludible por el solo estímulo de la propia conciencia, relajaciones peligrosas de la disciplina, é ideas equivocadas sobre el cumplimiento de vulgares obligaciones, no dignas de otro premio que la buena opinión, al cumplirlas, ganada; con todo, tales riesgos no son en las clases de tropa tan temibles como en el cuerpo de la oficialidad, que por su permanencia en el servicio de la Patria, debe ser fiel depositaria de levantado espíritu y llamada á infundirlo en sus subordinados.

***

Viejo achaqué en nuestro Ejército es la largueza irreflexiva en las recompensas. Cual otros muchos, arranca el mal del medio cuyas influencias ha experimentado: único agente que en una sociedad combatida por inconciliables tendencias políticas é insanos apetitos tenía fuerza bastante para imponer cambios en el gobierno de una nación donde la masa del pueblo estaba banderizada en opuestas tendencias, sin que ninguna constituyera núcleo con poder suficiente para imponerse por sí solos, el elemento armado ha sido, casi un siglo, blanco de las lisonjas y solicitaciones de quienes le buscaban como auxiliar resolutivo en cuestiones donde por exigencias de la disciplina jamás debió inmiscuirse. Al lado y á la sombra de unos pocos á quienes el fuego de convicciones exaltadas hizo olvidar sagrados deberes militares, medraron otros con la deslealtad y la traición, haciendo por ascensos y honores, que tiznaban su honra, lo que aquellos que se habían descarriado por impulsos, si no justificables en la conciencia del soldado, á lo menos no tachados de viles por la moral común.

El ejemplo de Riego, tránsfuga al frente del enemigo, que, levantando bandera de rebelión, en lugar de embarcarse movía civil contienda con tropas destinadas á defender allende el mar la bandera é integridad de España, dejando abandonados en enemigo continente á sus heroicos compañeros de armas, y

se hacía reo de alta traición, no contra el rey ni las instituciones, sino contra la patria, había de tener imitadores. La pasión y el sectarismo cegó á quienes, haciendo de aquel culpable del más vergonzoso crimen militar un héroe, esculpieron su nombre en letras de oro en el Palacio de la Representación Nacional, donde hoy, pasado ya el calor de aquellas luchas, perdura aún, para vergüenza de la ley militar, y todavía subsiste como piedra de escándalo, dándonos enseñanza desmoralizadora.

El espectáculo de Riego enaltecido desvió del deber á muchos oficiales de buena fe, pero faltos de sólidos principios militares; el ejemplo de Riego escalando vertiginosamente, por reprobados medios, ascensos y honores que deben reservarse al verdadero mérito y á la intachable reputación militar, tuvo á granel imitadores de ancha conciencia y honor holgado que sus pasos siguieron.

Por asonadas soldadescas que movían palaciegos manejos caía derribada una Constitución; y aquel rey cauteloso y artero encumbraba traidores á la ley militar: venían á tierra sistemas y gobiernos á impulsos de rebeliones suscitadas por logias y proscriptos, y se premiaban análogos servicios á los que merecían igual castigo.

Invalidada así la disciplina militar, decayeron el temor á rigores ya en ella no efectivos y los respetos á su augusta majestad escarnecida.

Si para hacer del Ejército demoledor ariete derrochaban recompensas los conspiradores, viéronse los gobiernos, más ó menos legítimos, en el caso de emplear igual medio de retener las fuerzas á su devoción: y de aquí premios prodigados, no á relevantes actos de energía ó lealtad, sino al mero y pasivo cumplimiento de la obligación: ascensos otorgados no al distinguido como bueno, sino á quien no se significaba como malo: y de aquí desprestigio de la recompensa en su valor moral, desdén á las que no traían consigo ventajas materiales: de aquí, en fin, nacimiento de vicioso criterio que, convirtiendo

en hecho digno de señalado galardón la observancia del deber rudimentario, fomentaba vanidades sin base, deprimiendo el alcance y eficiencia de mandatos incondicionales de la Ordenanza. Y al sentar el principio desmoralizador de que con el empleo del ejército en cualquier lance ha de venir forzosamente en pos la recompensa, siquier nada haga extraordinario, amenguóse la alteza de la institución. Cual triste herencia de aquellas convulsiones, nos quedaron vicios tan hondos que á extirparlos no han sido suficientes campañas de índole propia para variar de rumbos; pues su carácter de nacionales no exigía empujar á los tropas con aguijón distinto que ley militar y el patriotismo.

Dentro de nuestras viciadas costumbres advirtiéronse síntomas de saludable reacción en las primeras guerras en Cuba sostenidas, donde á despecho de mayores penalidades que las padecidas en la carlista, no se prodigaron las recompensas como en ésta; después vinieron los desdichados y bochornosos sucesos de Melilla, muy adecuados para argumento de ópera bufa á lo Offembach, á no haber sido chispa provocadora de la explosión que al cabo consumió nuestro imperio y prestigio. Recaímos allí con la mayor violencia en perniciosas prácticas; pero con todo, en los comienzos de la última campaña contra los rebeldes cubanos volvió á iniciarse algo, muy parecido á albor de nueva era en lo relativo á recompensas, y aun de severidades saludables en la exigencia del deber. Demostrando plausible entereza, mostróse el mando á la altura debida, aplicando la última pena á algún oficial, por de contado con mudo la prensa; recuerdo, y pueden muchos recordarlo conmigo, chos aspavientos de sensiblería, sobre todo de la gente civil y que en la época del mando del general Martínez Campos, y durante no escasa temporada del de su sucesor, había más pulso del acostumbrado en contiendas anteriores en la cantidad é importancia de las recompensas: tan es así, que no faltaron quejas ni murmuraciones, que á la postre habrían cesado, de seguir por el mismo camino con constancia.

Pero el ejemplo dado en muy corta campaña sostenida en Filipinas, donde de un modo escandaloso, en montón y poco menos que á la rebatiña, se arrojaron cruces y empleos, agregó al daño que por sí producía el grave mal de que en Cuba, no queriendo ser menos, y faltando razón para medir á aquel ejército por distinto rasero, se abandonara el criterio adoptado.

Desde entonces, no con la antigua fuerza, sino con superior pujanza, entronizóse la prodigalidad como norma del premio: no se admitía hubiera fuego sin propuesta, siquier faltaran hechos donde fundarla, siquier no hubiera muertos ni aun heridos: se tenía por título bastante para hacerse acreedor á recompensa la permanencia por unos cuantos meses en campaña, aun sin librar combate: cuando se sostenía alguno un poco reñido, digno tan sólo en otra guerra del nombre de escaramuza, era de ene propuesta grande; aun cuando nadie se hubiera distinguido especialmente, pues para eso estaba nuestro antiguo y socorrido sistema del turno en la propuesta. Pero este punto bien merece párrafo aparte.

La lógica, el buen juicio y los sanos principios militares, de consuno establecen que batirse no es mérito, sino obligación de quien viste uniforme, y más cuando sobre él se ostentan estrellas y galones, entorchados y fajas; que las heridas y las penalidades extraordinarias, soportadas con levantado ánimo, y el valor que, alzándose sobre el nivel común, suspende y arrebata por tenaz ó impetuoso, merecen compensación equitativa ó recompensa tan grande cual la exija la elevación del mérito; pero, entiéndase bien, recompensa no ha detenerse siempre por ascenso; que la inteligencia, las pruebas de notoria aptitud y el sereno valor frío y reflexivo deben premiarse con ascensos. Pues bien: tenemos esto tan olvidado en leyes y costumbres, que no sólo se confunden cosas tan diversas, permitiendo el ascenso de quien acaso por sus heroicidades mereciera superior galardón, y aun mayores ventajas materiales, pero incapaz á veces de mostrarse á la altura de

las funciones exigidas por empleo superior al que disfruta; sino que, cayendo en el absurdo y la inmoralidad, suele quien manda dar tarifas del número de muertos y de heridos, propios ó ajenos, por las cuales se debe regular el de recompensas que hayan de proponerse: haya ó no mérito por cima de lo vulgar y lo corriente. Y tal estamos, que esto, que tomaría cualquiera por abusiva debilidad del mando, viene á ser tópico para evitar desbordamientos que á no fijarles límites rebajarían los así establecidos.

El sistema, que explicaré brevemente para noticia de los lectores de La España Moderna, es de la mayor sencillez, consistiendo en establecer un turno en cada cuerpo, en virtud del cual de antemano se sabe, al entrar en fuego, á quiénes toca ser propuestos para recompensa: ni el mérito ni la distinción juegan aquí papel alguno, ni puede darse sistema más abonado para beneficiar á tumbones ó *cucos*, ni que más pugne con la razón, la lógica y la moralidad. Ocioso fuera malgastar argumentos y tiempo en combatir lo que conocido queda, por serlo, desacreditado; pero conviene hacer notar, aun cuando paso que el turno en la propuesta implica el reconocimiento del *derecho*, antes impugnado, *á la recompensa sin mérito especial para fundarla*. Por supuesto, amigos, deudos y paniaguados de generales son seres escogidos para quienes no rigen turnos sino cuando les benefician: de suerte que ni aun virtud para evitar prodigalidades ó injusticias tiene el procedimiento, y es verdaderamente milagroso que en un ejército donde suceden tales cosas no descendiera su espíritu aún más bajo del nivel no muy alto que en el nuestro tenemos. Pero, á seguir por tal camino, pronto se andará todo, y aun eso poco perderemos.

*
* *

Las consecuencias de tales costumbres son bien notorias: á los efectos deletéreos en el orden moral, agréganse los perturbadores de la organización y de los presupuestos; ínflanse las escalas superiores, mientras las inferiores, precisamente

menos aptas para ir conllevando faltas de personal, quedan exhaustas de él; y en la imposibilidad de que un ejército se bata sin subalternos, se abre la mano, y á millares se crean oficiales, sin exigirles pruebas de suficiencia por la ley y los planes de las Academias Militares requeridas. Un día son cadetes con unos cuantos meses de campamento por toda instrucción y toda ciencia; otro, los bachilleres á quienes se zurcen estrellas y galones; otro, los provinciales; otro, oficiales por inaptos pasados á la reserva; otro, unos cuantos millares de sargentos en un día ascendidos. Todo ello en un país donde existen reglamentadas condiciones para ingresar en el cuerpo de oficiales, y establecimientos de instrucción fundados al efecto. Y, claro, salvo contadas y honrosas excepciones, los que así se reclutan son lisa y llanamente morralla; tanto valiera trocar en jueces á los alguaciles, ó dar á los barberos títulos de doctor en medicina.

Fenece una campaña, y se encuentra el país precisado á pagar en la paz una oficialidad doble en cuantía, y me quedo corto, de la precisa para necesidades de la guerra, mitad en competencia de la que ha menester para guiar las tropas. El primer expediente salvador que á la gente le ocurre es la clausura de las Academias Militares, lo cual es preparar para mañana nueva penuria de subalternos, y otras hornadas de gente indocta y desmedrado espíritu; pero, eso sí, se realiza la importante economía del chocolate del loro. Háceme pensar esto en cierto jardinero que atajaba viciosas frondosidades en la copa de un árbol, acudiendo al ingenioso medio de aserrar sus raíces.

Pasado, con las urgencias de la lucha, el tiempo en que se gasta sin contar, llegan los presupuestos ordenados de las épocas normales; y aun dando á la oficialidad míseros sueldos, con los cuales no se puede vivir siquiera como vive un jornalero, la carga no es por eso menos abrumadora: vienen las excedencias á mermar más aún tan menguados recursos, y consideraciones de equidad, poniendo de relieve la injusticia de

mandar en montón á jefes y oficiales que vuelven de batirse á que se mueran de hambre con los sueldos de situaciones pasivas, y de otra parte, temores de los gobiernos á las posibles consecuencias de esto para el orden público, ponen á los Ministros de la Guerra en el caso de sostener en activo, si no al total, á una gran parte de ellos cuando menos: y aquí del inventar comisiones y destinos para justificar el sueldo, y habilitar rincones donde el servicio que se presta es suficiente para desmilitarizar al propio Marte.

Al gasto enorme que esto supone, han de aplicarse recursos que de hallarse el ejército bien organizado y en razonable proporción el número de soldados y oficiales, podrían gastarse en sostener mayores efectivos, en vestuario, armamento moderno, ganado, fortificaciones, maniobras: en tanta y tanta cosa como hemos menester y no tenemos: en tantas sin las cuales son las tropas en los presentes tiempos despuntada arma de mellado filo.

Para atajar tal daño, inevitable hoy día cual fatal consecuencia de hechos consumados, pero que ningún militar de buena fe se resigna á aceptar como crónico, se acude á la amortización en grande escala, imponiendo sacrificios no á los favorecidos en las campañas, sino á los desheredados de la fortuna que no tuvieron quien les empujara; á la amortización, donde naufragarán en los empleos inferiores muchas capacidades y aptitudes, que fuera justo y aun conveniente para el país y el ejército llegaran á puestos elevados donde dieran frutos beneficiosos á uno y otro; á la amortización, que mata todo estímulo al matar la esperanza de ascenso; y la perspectiva de quince ó veinte años, es decir, media vida de permanencia en los empleos, consigo trae descorazonamiento y tedio; pero con todo, solo remedio posible de aplicar, único con eficacia suficiente para sacarnos del pantano donde la plétora del personal nos sume; camino que irremisiblemente debe recorrerse *hasta el fin, sin abreviarlo artificiosamente*, para obtener beneficiosos resultados; enorme sacrificio de todo

punto indispensable de consumar viril y despiadadamente hasta en sus últimas y más dolorosas crueldades, si el Ejército ha de vivir con vida no oprobiosa; base precisa para darle, con medios *que hoy no tiene* de cumplir su misión, mayor prestigio para sus oficiales, puesto más alto en la sociedad, medios de decorosa vida, superior instrucción, y exigirles, á cambio de todo ello, deberes más estrechos.

Pero de poco servirá el sacrificio de hoy, si no se busca, para el problema de la recompensa, solución que á cubierto nos ponga de un mañana cual el ayer que lamentamos.

Es la amortización desagüe de lenta acción, que poco á poco va rebajando el nivel de un depósito demasiado lleno, pero de efecto inútil á la postre, si no cegamos el cauce del torrente, capaz en un día solo, si surge otro conflicto armado, de dejar libre paso á la avenida que haría de nuevo rebosar las aguas.

Esto que nos ha sucedido varias veces, debe hacernos pensar en la repetición del mal, pues nuestra triste suerte y causas de índole nacional nos han acostumbrado á vivir poco tiempo en las dulzuras de la paz.

*
* *

Por exigencias económicas parecidas á vitales urgencias, cual base indispensable de organización racional; como prueba al país de que no está su Ejército falto de noble desinterés; cual medio de realzar el prestigio de la oficialidad en términos que ni el más malicioso lo vea empañado ni aun por ligeras nubecillas, y, sobre todo, para fortalecer nuestro espíritu militar y nuestra disciplina, es de necesidad ineludible hacer algo que evite nueva recaída en el derroche de premios, y en la perniciosa confusión de los conceptos por que se conceden.

Recientes experiencias dan buena prueba de que los buenos deseos del legislador suelen estrellarse en costumbres y corruptelas más fuertes que la ley, en malos hábitos, con superior poder que el convencimiento de la bondad intrínseca,

de aquella en quien ha de aplicarla, y no le es dado sustraerse á la presión de recomendaciones y concupiscencias. Sugiéreme esta observación el recuerdo del triste resultado recogido del juicio de votación para el ascenso, y de la creación de la Orden Militar de María Cristina. Una y otra reforma fueron implantadas á manera de frenos represores de la prodigalidad de recompensas, si no en cuantía, en calidad á lo menos, dando con la cruz galardón á señalados hechos dignos de premio, pero donde faltaran pruebas de indudable aptitud para alzarse á empleos superiores; con ello era igual, por el pronto, la material ventaja á la obtenida con el ascenso, y grande el alcance moral y honorífico de la recompensa por el prestigio de la condecoración; se separaban juiciosamente el mérito de la competencia extraordinaria, el justo premio de la conveniencia del Estado, única consideración que, atendiendo á los sanos principios militares, debe tenerse en cuenta para otorgar ascensos. Con el juicio de votación, parecía levantarse poderoso obstáculo á los ascensos injustificados, y ofrecer medio de aquilatar los servicios notables en el aspecto de la aptitud y pericia demostradas.

No ocultaré gravísimo defecto, á primera vista advertido en el tal juicio, poniéndole, con gran razón, la tacha de deprimir el prestigio del mando al confiar á los inferiores fallos sobre la conducta y méritos de quien ejecuta órdenes del general, único competente para decidir sobre acciones por él dispuestas, con arreglo á instrucciones por él dictadas, y reservadamente las más veces; con finalidad que él solo conoce, y alcance que nadie sino él se halla en estado de apreciar. Si quien manda ha de hacerlo con no mermada autoridad, disfrutando de todos los respetos necesarios para llenar su misión, es preciso que, cual dispone del castigo, pueda asimismo conceder el premio; y si resultaría inconveniente despojarle de cualquier medio de robustecer su autoridad para ponerlo en manos de dignidad más alta, júzguese de las consecuencias de mermarle prerrogativas para entregarlas á sus subordinados.

No es el tal juicio, en puridad, sino remedo de sufragio universal en el Ejército; pero trasunto en pugna con el concepto de la disciplina, invasión en él de procedimientos democráticos que siempre produjeron perniciosísimos efectos al llegar á las filas del elemento armado, cuya fuerza y empleo se halla fundada esencialmente en los respetos á la jerarquía.

Si por estas razones era malo, en absoluto y en principio, el procedimiento, examinado *à posteriori*, y atendiendo á resultados de la práctica, forzoso es convenir, no ya en que es malo, sino *pésimo*, pues á aquellos defectos viene á agregarse el no habernos servido para disminuir poco ni mucho el número de los ascensos. Fió sin duda el legislador en la gran fuerza de la envidia, que alguien ha llamado defecto nacional, esperando de ella provocara á los llamados á emitir su voto á suscitar obstáculos á los ascensos de iguales é inferiores; pero se equivocó de medio á medio; pues á reserva de murmurar después y deprimir al ascendido (negándole los méritos) en el momento de la votación tenía más fuerza el compadrazgo, el deseo de hacer del *juicio* malla de tal anchura que á través de su trama permitiera por turno el paso á muchos. Y, ayudando á todo esto, la consideración de un hoy por ti y mañana por mí, que aun cuando no en virtud de expreso acuerdo, mas por informulado convenio tácito, establecía algo como cooperativa de auxilio mutuo para el ascenso. A no ser esto así, bien pudiéramos los españoles envanecernos: que á tener todos los ascendidos por artes del dichoso juicio las condiciones por la ley exigidas, no podría reunirse entre los oficiales de todos los ejércitos de Europa tan numerosa pléyade de notabilidades.

La consecuencia del abuso fué total descrédito, en brevísimo plazo, del novísimo método, descrédito sólo igualado por el que pesa sobre condecoración tan digna, por las cláusulas de su reglamento de gran aprecio, cual la de María Cristina. Instituída para premiar acciones casi hazañosas, cual venera adecuada para *semi-héroes* (déjeseme pasar la palabreja), ya se ven por ahí tantas y tantas, otorgadas en escaso número de años,

que la gente no quiere avenirse á creer sea tan grande la abundancia de los tales *semi-héroes*, ni se decide á conservarle más estima que la inherente á los devengos pecuniarios que van á ella anexos. Y si con la manga ancha en concederla ganaron sueldo muchos no acreedores á ostentarla, pierden casi toda la honra bien ganada los pocos que realmente se hicieron de ella dignos; se embotó un noble estímulo, afilándose en cambio presunción infundada, y quedó aplebeyado lo que nació muy noble.

***

Prueba lo sucedido que el viejo mal de los abusos en las recompensas no se cura en España con tópicos á medias ó meros paliativos, ni fórmulas que se reduzcan á expedientes más ó menos artificiosos ó prudentes, sino que ha menester de remedios heroicos, capaces de levantar barreras infranqueables; pues en la tierra donde nació el refrán que enseña ser hijas de una madre, y gemelas de un parto, ley y trampa, no menos hace falta que preceptos terminantes no susceptibles de elásticas interpretaciones: preceptos cual el de la exigencia *ineludible y garantida con práctica eficacia* de condiciones categóricamente requeridas para el ascenso, y de dos clases: intrínsecas las unas en la persona, sin las cuales no reconocieran legitimidad ni validez en los ascensos los encargados de abonar los haberes (es decir, los intendentes ordenadores de pagos), bajo su personal responsabilidad y previo examen de quedar cumplidos los trámites que la ley señalara antes de aprobar altas en nuevo empleo; y especiales las otras en los hechos motivadores del ascenso, que á semejanza de lo vigente hoy para las cruces de San Fernando, se aquilataran en virtud de expedientes incoados á petición de los interesados, invocando el artículo del reglamento de ascensos. Éste debería redactarse en forma análoga al existente para la cruz recién citada, mas diverso en el fondo; pues informa éste la tendencia de evidenciar por modo incontestable heroico valor en los llamados á ingre-

sar en la Orden, y debería dictarse el otro cual garantía de la existencia en el solicitante de inteligencia y aptitud notoriamente superiores á su empleo, al nivel por lo menos de las indispensables para ejercer el inmediato: y esto *con preferencia al valor* (supuesto, claro está, falta de prueba en contra), y aun admitiendo la posibilidad de merecido ascenso, por hecho en que el arrojo personal no hubiera intervenido para nada.

Presiento el clamoreo que tal proyecto provocaría entre mis compañeros de armas. Es natural, humano y disculpable, pues sería preciso formar corporaciones de justos y de santos, para que á los anuncios de supresión ó restricción de una ventaja disfrutada con título legítimo, cual el ascenso como hoy se otorga lo es por la ley, no suscitara en ellas mal humor ni se tachara de tiránico atropello. Pero, con todo, seguro estoy de que los elementos de más valía en el Ejército, serán, á poco que lo piensen, partidarios del sistema propuesto, quedando frente á él los de escasa instrucción y mediana inteligencia, y con ellos los holgazanes que fían sus progresos á la amistad y la influencia de magnates. Ciertamente, no son éstas las opiniones dignas de atención.

Y aún no creo suficiente lo anterior para atajar el mal con la energía necesaria, si aun restringido en tales términos, quedara en el ascenso por mérito de guerra virtualidad á poder de la cual subsistiera el riesgo de trastornar la organización y las plantillas perturbando el servicio, hinchando unas escalas y enflaqueciendo otras, y recargando el presupuesto con peso abrumador. Para evitar todo esto, creo indispensable establecer que los empleos concedidos en la forma indicada, fueran con cargo á las vacantes ordinarias en las escalas superiores; y caso de no existir ninguna al tiempo de otorgar el ascenso, tuviera que aguardar el agraciado se produjera una para entrar en el goce de las ventajas y á ejercer las funciones del nuevo empleo. Siempre á reserva de situarle en el puesto del escalafón correspondiente á la antigüedad determinada por la fecha del hecho de armas recompensado.

La resolución de los expedientes de ascenso habría de ser función encomendada al general en jefe, ó hablando más concretamente, para evitar interpretaciones, al generalísimo.

De los medios propuestos, es el juicio contradictorio suficiente reparo, en mi entender, para evitar la prodigalidad de los ascensos. Y lo creo así, no obstante el reciente fracaso del de votación, de más pomposa forma, por ser la cruz de San Fernando la única recompensa que aún conserva grande y arraigado prestigio en el Ejército, en armonía con su significación; prestigio, á mi ver, debido á la necesidad de *probar* los hechos invocados; á la precisión en que se ve el jefe designado para incoar el expediente, no de emitir un voto libre por el cual nadie ha de pedirle cuentas, sino obligado á formular una opinión con base sólida, redactando razonado dictamen por escrito y autorizado con su firma; y á la existencia de un reglamento que pide hechos concretos.

Es indudable, de otra parte, que la exigencia de instancia del interesado en plazo expreso, contendría no pocas pretensiones infundadas con el temor de ponerse en ridículo, cuando la petición pudiera resultar en absoluto desprovista de base.

Mas dando de barato que aun éstas fueran ilusiones, y que llegada la ocasión fracasara también el juicio contradictorio, caso muy improbable, en la extensión al menos del fracaso sufrido por el de votación debido en primer término á no echar sobre nadie responsabilidades, nos quedaría con todo la verdadera y más robusta valla que, aunque indirecta, es de seguro é infalible efecto. Me refiero á la cortapisa de no entrar en posesión de los empleos mientras no hubiera vacantes para los ascendidos, de donde se derivan dos consecuencias importantísimas: inmediata una, y consistente en evitar la plétora de las escalas y el recargo indefinido de los presupuestos; mediata otra, y en virtud de la cual, el conceder sin tino ascensos sobre ascensos traería consigo la precisión para los agraciados de aguardar meses ó años á disfrutar los beneficios de la recompensa, con lo que resultando ésta menos inmediata y

real, no sería apetecida y solicitada tan ahincadamente. Y como, de otra parte, produciríase con ello estancamiento absoluto de los no beneficiados con prodigalidades, por quedar reservado el total de vacantes para los ascendidos, implicaría para aquéllos verdadera postergación, intolerable, á quienes sin verdaderos y suficientes méritos los atropellaran: con lo cual, de las filas del mismo Ejército surgiría recia protesta, poniendo nuevo y muy eficaz freno á tales procederes.

*
* *

No se me oculta las censuras que caerán sobre mí por el feo delito de apuntar medios de cercenar ventajas á quienes, como yo, visten uniforme; seguramente incurriré en no pocas iras; á montón caerán sobre mí las maldiciones; jiras harán mi piel, y aun acaso no falte quien tache mi conducta de indigna falta de compañerismo. Cosas y acciones suelen presentarse con muy diverso aspecto, según el punto desde donde se miran; y sabiéndolo así, el miedo á tales juicios no me parece suficiente motivo para trocar mi leal compañerismo por feo compadrazgo; ni el vestir uniforme causa bastante á dejar olvidad as generales conveniencias del *Ejército* por atender á intereses particulares y privados su oficialidad; ni incentivo mi cualidad de miembro de *una religión de hombres honrados*, para que acalle mi conciencia de español cediendo á sugestiones de mi estómago. Es más: estoy bien cierto no ha de faltarme probación y aplauso de no pequeña parte de mis compañeros, de aquellos *hombres honrados* por Calderón, enaltecidos en la frase citada; de aquellos, precisamente, cuyo juicio puede, por lo que vale, interesarme. De los que sólo ven en la milicia *modus vivendi*, carrera no distinta de las demás, modo tan sólo de devengar un sueldo, no me he cuidado nunca ni han de empezar ahora á preocuparme.

Refrenada la fiebre en el ascenso, la más perturbadora y cara de las recompensas cuando se aplica como hasta hoy lo ha sido, no sería ya difícil encarrilar y reducir á justas propor-

ciones las otras, en las cuales no convendría llegar á restricciones tan estrechas como en aquél. Ni se puede pasar de un salto del colmo en la largueza á un mísero criterio, ni es preciso hacerlo, ni atajado el mal más grave, y cegada la fuente cuyas aguas inspiran sed más ardorosa, dejaría tal mejora de influir intensamente en el espíritu y costumbres, en términos de coadyuvar á una mayor economía en el otorgamiento de premios.

Algo y aun algunos se podría decir sobre medidas de importancia secundaria, pero interesantes, acerca de la concesión de cruces; pero teniendo en cuenta el no escribirse estos artículos en especial para los militares, sino más bien para solicitar de los paisanos la atención necesaria á los problemas del Ejército, como problemas de *índole nacional*, para todos vitales, no es conveniente, ni aun siquiera oportuno, descender á minucias que pudiera llamar reglamentarias y de mero detalle. Bástame haber puesto en evidencia la gravedad del mal, haber hallado modo de cortar el más grave y rebelde; y bástame afirmar, por último, mi decidida y robusta opinión opuesta á la creencia de espíritus pusilánimes, que coreando el triste recuerdo de un gobierno no caído al soplo de una *tenientada* (donde tomaron parte, cuando más, tres ó cuatro docenas de chicuelos), sino hundido por propia debilidad y vergonzosa cobardía al asustarse de fantasmas en su imaginación forjados, piensan que en el Ejército es imposible la implantación de radicales reformas.

Viven equivocadas tales gentes: para imponerlas bastan, no asustadiza voluntad, decidido propósito de no retroceder por desagrados de cuartos de banderas, que la energía en el mando y la firmeza en el plan dejan reducidos á liviana, inocente y pasajera murmuración; porque, por dicha y para honra del Ejército, pasaron ya los tiempos de las sublevaciones; porque, aun decaído, no ha bajado tan hondo el espíritu de la oficialidad que la impulse á faltar francamente á sus deberes por móviles venales: no; si desgraciadamente no podemos

alabarnos de constituir una oficialidad brillante, aún podemos gritar que en nuestros pechos viven vergüenza, pundonor y decoro.

Pero, naturalmente, ni medidas de esta índole pueden tomarse aisladas, sino formando parte de un plan que recta y ostensiblemente persiga progresos de diversos órdenes, ni estaría de más, aun cuando ello ya no depende de los militares, que vieran éstos análogas tendencias en otros organismos del Estado. No que yo crea debamos esperar albores de regeneración de otra parte salidos, pues alguien ha de dar el ejemplo; y si todos esperan, convendría esperaran sentados; pero sí pienso que, persuadidos todos de lo mismo, á todos nos sería más fácil la tarea.

IGNOTUS

RECUERDOS

Era época de gran actividad democrática.

La democracia moderna empezaba á elaborarse, y aunque entre los demócratas los había individualistas y otros que simpatizaban con cierto socialismo atenuado, que ha encajado siempre sin violencia en los moldes del krausismo, por entonces la lucha entre ambas tendencias permanecía en estado casi latente, para no presentar punto vulnerable á la tendencia conservadora ni al partido conservador de entonces, representado por la Unión liberal.

El gran partido progresista no se había fundido con el partido democrático propiamente dicho.

Existían simpatías, corrientes de conciliación y de alianza entre una y otra agrupación; pero el partido democrático tenía sus jefes naturales, D. Nicolás María Rivero, Pi y Margall, Figueras, Castelar y Martos, que aunque jóvenes todavía estos dos últimos, por la maravillosa elocuencia de ambos pertenecían al Estado Mayor del partido.

Y en aquella poderosa gestación democrática, que dió jugo á toda la revolución de Septiembre, dos eran los grandes centros de propaganda: el periódico y el Ateneo. El periódico, decimos, de D. Nicolás María Rivero, con su programa á la cabeza, que diariamente se repetía, y que andando el tiempo se convirtió en la Constitución del 69.

Este era el elemento de combate, el verdadero elemento

político; pero el centro intelectual y filosófico era el Ateneo de Madrid.

Y en aquellas discusiones formaban alianza estrecha contra el enemigo común los demócratas políticos, los demócratas filosóficos, ó digamos krausistas, y los economistas.

Entre los krausistas, la figura más importante era la de Paco Canalejas.

Orador admirable, cuya frase tenía incomparable energía, de gran cultura literaria é histórica, y uno de los discípulos predilectos de Sanz del Río.

A este propósito recuerdo una anécdota que los compañeros de Canalejas repetían, no como invención graciosa, sino como realidad histórica, de la Universidad Central.

Se contaba que Paco Canalejas, que por entonces seguía la carrera de Derecho, llegó á la clase de Derecho administrativo precedido de gran fama de talento y de elocuencia, y notable por su espíritu filosófico y elevado.

Cierto día le preguntó la lección el profesor, pero hizo el diablo que la lección fuese de lo más prosaico y vulgar que en sí encierra la Administración pública.

Tratábase de las Ordenanzas municipales, de las alineaciones de las calles, aseo de las fachadas, altura de las cortinas de las tiendas, con otras mil menudencias insípidas y groseras de la policía de la Villa.

Paco Canalejas empezó á explicar su lección, y á explicarla á conciencia como era su costumbre; pero el profesor no quedaba satisfecho porque esperaba algo más grandioso del joven filósofo, y así le interrumpió diciéndole:

—Está bien y es exacto todo lo que usted explica; pero yo quisiera que, elevándose algo sobre esas pequeñeces, penetrase usted más á fondo en la vida municipal propiamente dicha.

No necesitó más Canalejas, y se lanzó con su acostumbrada elocuencia á explicar filosóficamente lo que era el Municipio, su historia, su desarrollo, su transformación y su importancia capitalísima en el organismo social.

Algo se le ensanchó el pecho al profesor; pero alentado por aquella muestra que le daba el joven discípulo de su palabra y de su saber, le pidió algo más.

—Muy bien: eso que usted dice ha sido, y eso debe ser, el Municipio; pero el Municipio no es un organismo aislado. Elévese usted, elévese usted algo más.

Y como caballo á quien se aflojan las riendas, lanzóse Canalejas á mayores espacios. «No—dijo,—el Municipio no es un organismo aislado; suponer que lo sea sería afirmar algo así como un individualismo municipal. El Municipio vive en el seno del Estado»; y aquí Canalejas, sintiéndose en terreno propio, desarrolló con nueva y más alta elocuencia los conceptos de Nación, Estado y Sociedad.

El profesor le oía y le aplaudía á cada momento; pero la ambición humana, siquiera se trate de un profesor de la Universidad, no tiene límites, y de nuevo le interrumpió diciéndole:

—Admirable, señor Canalejas; pero ni las naciones ni las sociedades humanas son agrupaciones aisladas. Siga usted, siga usted, y busque organismos más completos. Suba usted, señor Canalejas, que puede usted subir.

Y Canalejas, ebrio de entusiasmo oratorio y filosófico, plantó las naciones en el seno de la humanidad, y desarrollando la teoría krausista, explicó cada vez con elocuencia más poderosa lo que ha sido la humanidad en la Historia, su evolución inmensa y el ideal á que camina.

El profesor, arrebatado por la magia de aquellos elevados conceptos, le interrumpió de nuevo con esta frase, tentadora para un filósofo:

—Dice usted de la humanidad; pero la humanidad no encierra en sí la razón de su existencia, ni vaga sin causa por el espacio infinito. ¿Por qué se detiene usted? Suba usted, suba usted más, señor Canalejas.

Y Canalejas contestó con energía:

—No; la humanidad no encierra en sí la razón de su existencia. La humanidad existe en el seno de Dios.

Y el profesor, en el límite del entusiasmo, levantándose casi de su asiento, alzando la mano y trazando con ella una línea horizontal en el espacio, le gritó más bien que le dijo:

—Muy bien, señor Canalejas; manténgase usted á esa altura.

Y Canalejas, suspenso y un tanto aturdido, se quedó pensando cómo podría mantenerse durante toda la conferencia á la altura de Dios.

El caso es que había ido subiendo desde las Ordenanzas municipales y la altura permitida á las cortinas de una tienda, nada menos que hasta la altura del Ser Supremo.

*
* *

En otra ocasión usó de la palabra para combatir las ideas democráticas un joven orador de talento y de palabra que, andando el tiempo, llegó á elevadas posiciones.

Hizo un discurso elocuente y formidable contra los demócratas; produjo mucho efecto, y obtuvo muchos aplausos, y era preciso destruir aquel efecto y apagar aquellos aplausos con otros mayores.

Porque aquellas discusiones del Ateneo eran por entonces tan ardientes y tan importantes como las propias sesiones del Congreso de Diputados.

La hueste liberal se sentía abrumada por los apóstrofes brillantes del joven orador, y, buscando la revancha, todos nos volvimos hacia Paco Canalejas.

Y Canalejas se levantó formidable, pronunciando una de las improvisaciones más brillantes que he oído. ¡Qué palabra, qué lógica y qué entonación!

Era la lógica convertida en hombre y aplastando con maza de hierro los argumentos del contrario. Era la idea democrática que avanzaba como lava hirviente. Aquello era un delirio: los aplausos eran estrepitosos al final de cada párrafo; el entusiasmo de la hueste liberal, indescriptible, y el triunfo de

Canalejas tan grande, que el joven conservador se sintió aplastado, y ni contestó, ni rectificó siquiera.

Triste y mohino abandonó el salón.

Y luego, acercándose á Canalejas, porque eran amigos y habían sido compañeros en la Universidad, le dijo con desaliento y tristeza:

—Paco, no creí que hicieras eso conmigo.

—¿Pues qué hice? contestarte en el mismo tono en que tú nos habías atacado.

—Sí; pero tú no sabes el daño que me has hecho; acaso has destruído mi porvenir. Me había prometido el ministro un puesto de mucha importancia (y le dijo cuál era); pero vencido y humillado por ti en el Ateneo, supongo que perderé la plaza. Vine esta noche sólo para hacer méritos y con la esperanza de salir airoso; tú has destruído todas mis esperanzas con tu intempestiva elocuencia, que admiro, pero que detesto.

Paco Canalejas se afligió á su vez, y entre mil excusas, que probaban su buen corazón, le dijo:

—Hiciste mal en no advertírmelo. Ya puedes comprender que, de haberlo sabido, no hubiera extremado el ataque; creí que sólo se trataba de un torneo, no de un combate.

***

Si fuera á contar todo lo que recuerdo de aquella época de mi vida, no acabaría nunca.

¡Qué época tan hermosa, tan llena de vida, de ilusiones, de esperanzas!

¡Qué buena fe, qué entusiasmo leal en unos y en otros! Dentro, combatientes; amigos, fuera.

Ni envidias, ni emulaciones malsanas, ni caminos tortuosos, ni traiciones repugnantes.

Yo no digo que fuéramos ángeles. El hombre es hombre, tiene sus vanidades y sus egoísmos. Las pasiones hierven, que si no hierven no son pasiones; pero comparando aquellos tiem-

pos con éstos, me parece que la temperatura del entusiasmo era por entonces más elevada que hoy; el egoísmo, menos desvergonzado; la envidia, más prudente.

En el Ateneo y en la Bolsa, los viejos y los jóvenes marchábamos en buena armonía; y aun en la prensa, pocas veces se prescindía de los respetos que la edad y la buena educación exigen.

Y esto, sin distinción de opiniones.

Claro es que á la juventud democrática se le antojaba que los representantes del antiguo moderantismo, los que constituían el Estado Mayor de la Unión liberal, y aun las grandes figuras del partido progresista, eran gente atrasada, incapaces por sus años y por espíritu de tradición de comprender las novísimas teorías democráticas.

Pero esto no impedía que se les tratase con la debida consideración, ni que se les regateasen los aplausos.

Más les aplaudíamos á ellos, y con más fervor, que á nosotros mismos.

Yo recuerdo un mitin de la Bolsa, á que acudió González Brabo; y claro es que González Brabo, el que había sido acusador de Olózaga, representante de la reacción, ministro más tarde de Narváez y al fin presidente del Consejo de Ministros al estallar la revolución de Septiembre, no podía ser por aquellos tiempos muy simpático á la juventud avanzada, ni tampoco á los librecambistas.

Pero se presentó como librecambista en la Bolsa, pronunció un hermoso discurso con voz potente, resonancias de clarín guerrero y párrafos llenos de viril energía, que provocaron delirante entusiasmo.

Cierto es que fué un gran orador, que no sólo disponía de grandes medios oratorios, sino que sabía con habilidad de maestro acomodarse á las circunstancias, dejando, sin embargo, en sus discursos puntos de retirada, para cuando el radicalismo apretase más de lo justo, en su sentir.

Pues en aquella ocasión se le aplaudió con loco entusias-

mo, sin atender para nada á que ya no era joven y á que había representado en una parte de su vida tendencias reaccionarias, aunque en aquel momento atravesase un período de relativo liberalismo para el gran orador.

Y al fin de la sesión, después de haber hablado varios jóvenes, hizo el resumen Alcalá Galiano, el orador maravilloso, gloria de la tribuna y de la elocuencia española.

Ya por entonces era muy viejo, su cuerpo encorvado, casi caduca la fisonomía, entre calva y cana la cabeza, la piel caía floja, las manos estaban siempre temblonas.

Pero había oído los aplausos arrancados por la enérgica elocuencia de González Brabo, y él no quiso ser menos, y pronunció uno de los más hermosos discursos que he tenido la suerte de oirle.

Aquella comparación entre el sol naciente, que representa la juventud, y el sol poniente empañado por el vapor de la tarde, envuelto entre espesos nubarrones, deformado por la refracción, rojizo y roto por las nubes, imitando en el cielo algo así como una miserable oblea, produjo un efecto indescriptible.

Y, como era de ley, se le aplaudió más que á nadie. Y al terminar la sesión sólo pensábamos en cómo había hablado González Brabo, y en el prodigioso discurso de Alcalá Galiano.

*
* *

Y lo que sucedía en los mitins de la Bolsa, sucedía en la sección del Ateneo.

Eran nuestros presidentes, sin distinción de opiniones, y siempre pagando tributo á la edad, á la carrera y á los largos servicios prestados, unas veces Nicomedes Pastor Díaz, por ejemplo, y otras veces Olózaga; y uno de los oradores más aplaudidos era Fermín Gonzalo Morón.

Claro es que en el Ateneo la nota más brillante, la nota

sublime de aquellos tiempos, era Emilio Castelar, en sus lecciones sobre los cinco primeros siglos del Cristianismo.

Todavía me parece que le veo, en el momento de ir á dar la conferencia, atravesar por entre la muchedumbre compacta que llenaba pasillos y salones, el salón de lectura y la biblioteca.

Y tras él, y agarrado á él, á Nicolás María Rivero; y formando cola y aprovechando el surco abierto, sus amigos más íntimos, Canalejas, Alzugaray, Morayta y otros cien; que la mayor gloria, por entonces, era ser amigo íntimo de Castelar.

El que no oyó á Emilio Castelar en aquellas lecciones, no le ha conocido en el apogeo de su elocuencia.

Escritas están, pero no son lo que fueron. El discurso escrito de un gran orador, es el esqueleto del discurso pronunciado. Le falta sangre, le falta nervios, y formas artísticas, y vida, en suma.

En aquella época la voz de Castelar era una maravillosa voz de tenor, de infinitas modulaciones, todas armónicas.

Después, en las luchas del Parlamento, al ardor de las pasiones políticas, en los mitins y en la plaza pública, enronqueció aquella voz y se hizo áspera, y á veces gritona.

No era así en el Ateneo.

Cuando pintaba la muerte de Cristo en la cruz, sintiendo frío el que había cuajado de soles el espacio, sintiendo sed el que había vertido Océanos sobre los mundos, los acentos de Castelar eran verdaderamente divinos, y al pronunciar las palabras *frío* y *sed*, ponía en ellas no sé qué notas maravillosas, que daban frío y daban sed á cuantos le oían.

Y al pintar la derrota de los Comuneros, decía:

«Cae Padilla en Villalar, en un charco de sangre, abrazado al morado pendón de nuestras libertades», con una entonación tan triste, tan profundamente trágica, que la impresión era general, y unánime la admiración por el gran artista de la palabra. Pero ¿cómo recordar todos los entusiasmos, todos los delirios, todas las tempestades de aplausos que como de mina

inagotable arrancaba Castelar de sus asombrados oyentes, de amigos y de enemigos, así de los indiferentes como de los más acérrimos partidarios?

Antes de empezar cada conferencia se oían opiniones contrarias, disputas animadísimas, y hasta conatos de conflictos personales.

Unos proclamaban á gritos que Castelar era el primer orador del mundo, que ni Demóstenes, ni Cicerón, ni los grandes oradores del Parlamento inglés, ni los de la Revolución francesa, ni nuestro Olózaga, ni nuestro Alcalá Galiano, ni Argüelles, ni D. Joaquín María López, se le podían comparar.

Los otros se burlaban de él sin piedad, le ponían en ridículo y asaeteaban á chistes el género de su oratoria, y la entonces virgen Democracia no salía mejor librada.

Esto, momentos antes de empezar la conferencia; pero al empezar Castelar, las burlas desaparecían como bandada de pájaros nocturnos que huyen al llegar el sol, y el entusiasmo era unánime, y el más reaccionario batía palmas con tanto furor como el más demócrata.

No se oía más que esta frase, que parecía estereotipada y repartida por centenares de ejemplares:

—¡Sí, es prodigioso, prodigioso! ¡Sí, es admirable, admirable!

Y he citado estos dos extremos, los aplausos en la Bolsa á González Brabo y Alcalá Galiano, por los más demócratas, y los aplausos á Castelar en el Ateneo, por los más reaccionarios, para demostrar que en aquella época de grandes pasiones, de grandes luchas, época no muy lejana de la Revolución, existía, ante el talento y la oratoria, una especie de suspensión de hostilidades y de fraternidad común á todos los hombres políticos de las más opuestas tendencias.

Hoy dirán con desprecio que acasó todo eso no es más que el culto á una vieja divinidad, la Retórica; pero yo creo que la Retórica ha existido siempre, desde que con retórica

convenció el reptil de la cabeza aplastada á nuestra madre Eva, hasta el momento presente; y su imperio, dígase lo que se quiera, durará hasta que se extinga el sentimiento artístico.

*
* *

He recordado los continuos triunfos de Emilio Castelar; recordaré uno de los últimos triunfos de Alcalá Galiano.

La oratoria de Alcalá Galiano era verdaderamente extraordinaria, y yo creo que única.

No aconsejo á mis lectores que lean los discursos del gran tribuno.

Escritos, aun sin contar con las infidelidades y verdaderas profanaciones de la reproducción taquigráfica, constituyen algo así como una maraña gramatical que aturde y marea, en que la atención se fatiga y el pensamiento acaba por distraerse.

En la estructura gramatical de los discursos hay dos tipos que, si se me permite que invente dos nombres, diré que son el tipo *lineal* y el tipo *orgánico*.

Los oradores del tipo lineal proceden, como lo indica el nombre, por sucesión lineal de oraciones sencillas. Cada oración constituye una unidad, con su agente, su acción y su término; es decir, su nominativo, su verbo y su complemento, y las oraciones van una tras otra, como los coches de un tren, enganchadas gramaticalmente por las diferentes articulaciones y enganches gramaticales, y que se permita la imagen á quien, como el autor de estas líneas, tuvo por profesión, durante muchos años, la ingeniería.

Estos discursos son poco comprometidos para el orador; y digo poco comprometidos, hablando relativamente, que, por lo demás, todo discurso, aun para los grandes oradores, es grave compromiso.

Digo que no son comprometidos, porque así como un tren no se altera en su esencia ni se destruye porque se acorte qui-

tándole uno ó dos coches, sino que continuará constituyendo un tren, así el párrafo de un discurso lineal puede acortarse fácilmente desenganchando algunas de las últimas oraciones.

Y esto es aplicable, sobre todo, á las grandes enumeraciones de que tanto efecto saca el orador. A ellas era muy aficionado Castelar, y constituían párrafos brillantísimos, y siempre aplaudidos, de su oratoria.

Pero una enumeración, sin compromiso de ningún género, y con sólo variar la conjunción *y*, puede acabar en cualquier término. La enumeración será más corta, pero la corrección gramatical del párrafo será irreprochable.

Los párrafos de los discursos en Alcalá Galiano pertenecían al segundo tipo. Su estructura gramatical no era *lineal*, era *orgánica;* eran un verdadero organismo, eran un tejido y un laberinto y una red de venas ó de nervios, que circulaba complicadísima.

Empezaba, pongo por caso, por una oración fundamental, y luego la interrumpía por un inciso, y aquel inciso por otro, y el segundo por algo á modo de paréntesis, y en el paréntesis venían nuevos incisos y nuevas oraciones secundarias; y al oyente le parecía imposible salir de aquella complicación gramatical sin grave daño del orador y del sentido lógico de la frase.

Pues no era así: las oraciones accidentales se cerraban en su sitio propio y en el debido momento, se cerraban los paréntesis, los incisos adquirían la debida redondez, y uniendo cabos sueltos y completando sentidos que habían quedado en suspenso, cerraba Alcalá Galiano con llave de oro y con gallardía incomparable aquella oración principal, que al empezar el párrafo había quedado abandonada y como en olvido.

Estos eran unos, entre muchos, de sus grandes efectos oratorios. Y nada de esto estaba preparado ni escrito de antemano; eran verdaderas improvisaciones; quizá no hubiera podido escribir como hablaba. Al hablar era una especie de dios de la oratoria, que está presente por su espíritu en todos los

puntos del discurso, dando unidad prodigiosa y artística á aquella riquísima variedad.

Alcalá Galiano tenía todas las cuerdas de la lira y toda la escala de los sentimientos. La nota cómica, como la nota dramática; el humorismo británico, como el arranque tribunicio del orador latino.

Yo le oí una serie de conferencias que explicó en el Ateneo sobre literatura inglesa; y á decir verdad, en aquellas conferencias el público no era ni muy numeroso ni muy entusiasta.

Oía con respeto, daba algunas muestras de aprobación, pero no rompía en aplauso espontáneo.

Verdad es que Alcalá Galiano, en la ocasión á que me refiero, más bien conversaba que pronunciaba discursos.

Se presentaba sin preparación alguna, según decían sus íntimos; improvisaba no sólo la forma, sino el fondo, recogiendo los recuerdos que le salían al paso en la memoria, y en estas condiciones el público oye con agrado, pero nunca se siente conmovido, aun tratándose de tan maravilloso orador; y era curioso presenciar la lucha del orador y el público cuando aquél llegaba al fin de la conferencia.

Claro es que no quería marcharse sin un buen aplauso, y buscándolo como lo han buscado todos los que se han dirigido al público en una ú otra forma, pues sólo deja de buscarlo el que sabe que no lo encontrará, y no es cuestión de gusto, sino de impotencia, el renunciar á él, preparaba Alcalá Galiano el último párrafo, ó digamos el final, con uno de esos períodos orgánicos de que antes hablaba; y empezaba á levantar los brazos y á agitar las manos, que llevaba cubiertas por guantes blancos de algodón, y á torcer el cuerpo y á doblar la cabeza, que iba transformándose, y cuya cara, de ser francamente fea, pasaba á ser artísticamente hermosa.

Y de esta suerte iba como tejiendo en el aire la complicada trama gramatical que había de levantar en la sala el estruendo del aplauso.

De esta suerte, repetimos, levantando cada vez más los brazos, agitando cada vez más los guantes de algodón y doblando cada vez más el cuerpo y la cabeza, hasta tal punto que si el párrafo era muy largo casi desaparecía Alcalá Galiano tras la mesa, al menos para los que estábamos en las primeras filas, llegaba el orador al fin de su empeño oratorio y esperaba el aplauso.

Algunas veces el aplauso no rompía, y entonces Alcalá Galiano empezaba otro nuevo final, más complicado, más largo, más espléndido; y cuando sólo se divisaban tras de la mesa dos brazos y dos guantes de algodón como banderas vencedoras, de aquella especie de legitimidad gloriosa, el público rompía en aplauso estrepitoso ante la bandera blanca de la oratoria, como hubiera roto en estruendos de entusiasmo una asamblea francesa republicana ó bonapartista ante la bandera tricolor.

Tras algunas conferencias en que se repitió el cuadro que acabo de trazar, picóse por lo visto el amor propio del anciano tribuno, y preparó con más cuidado y ya con empeños de victoria estruendosa una nueva conferencia.

Fué la última vez que le oí, y no se borrará de mi memoria el gran triunfo que ya en sus postrimerías supo alcanzar Alcalá Galiano, de un público que iba siendo, por cansancio ó por indiferencia, sobradamente frío y desdeñoso.

Sobre todo una descripción, que fué el punto culminante de la conferencia.

Hablaba Alcalá Galiano de los gobiernos, del público y de la Prensa en punto á noticias falsas y mentirosas.

Citaba los boletines de la última guerra civil, poniéndolos en ridículo con gracia inimitable; oponía el carácter ligero, insustancial, de apasionamientos infantiles, de ligereza femenina, á la severa gravedad del mundo clásico, y sobre todo del pueblo romano. Pintaba por manera maravillosa la muchedumbre llenando el foro y esperando con ansia noticias del resultado de la batalla de Cannas.

Pasaban las horas; las noticias no llegaban; la ansiedad era inmensa; todos volvían la vista hacia determinado punto del horizonte; todos esperaban con angustia, pero con dignidad.

De pronto aparece un punto en aquel horizonte con tanta angustia explorado. Y el punto se acercó, y todos pudieron comprender que era un soldado. Y era un soldado, en efecto; y cuando estuvo cerca, se vió que venía jadeante, cubierto de sangre y polvo, con el rostro pálido, en que parecían luchar la desesperación y la muerte.

Al fin llegó al foro; la muchedumbre le rodeó, y él, que no era ni un embustero boletín ni un noticiero farsante, sólo dijo estas palabras:

—*Pugna magna, victis sumus.*

¡Cómo pintó Alcalá Galiano toda esta escena, que en estos recuerdos aparece tan torpe y fría!

¡Cómo preparó el efecto final!

¡Con qué expresión tan soberana de grandeza y dolor dijo la frase latina que acabo de escribir!

Yo no he oído nada más hermoso.

Y aquella vez, sí, el público, vencido y dominado con la ilusión viva de que estaba viendo el foro, la muchedumbre de ciudadanos romanos, al soldado jadeante y herido, y de que oía aquellas sublimes y concisas palabras, sin alardes, floreos ni exageraciones,

Pugna magna, victis sumus,

rompió en aplauso atronador, que se prolongó más de cinco minutos.

Los jóvenes aplaudíamos al viejo, porque sabía hacer algo á que nosotros no llegábamos; y aunque luego le llamásemos reaccionario y viéramos en él un enemigo, en aquel momento el viejo y sublime orador triunfaba, y todos saludábamos en él á una de las glorias más soberbias de la oratoria española.

Por aquellos tiempos todos los jóvenes amaban á su patria y á los hombres que saben honrarla.

***

Y á todo esto, ¿cómo andaban mis aficiones dramáticas? Pues continuaban muertas, ó por lo menos adormecidas. Sin embargo, se aproximaba el momento de mi segundo conato de autor dramático, como veremos en el artículo próximo.

José Echegaray

LA DISCUSIÓN

DEL

PRESUPUESTO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

SUMARIO.—Francia y España.—Contrastes.—La discusión del presupuesto de Instrucción pública en Francia.—En España.—Impresión general.—En el Congreso.—Enmiendas.—Discursos.—En el Senado.—Varios discursos.—Conclusiones.

Me disponía á resumir, con algunas indicaciones críticas, la discusión parlamentaria de nuestro presupuesto de Instrucción pública, para el año corriente de 1904, cuando llegó á mis manos el número de Diciembre de 1903 de la *Revue internationale de l'Enseignement*, con un interesante artículo de M. F. P. (Francisco Picavet, supongo), en el cual se da cuenta de la discusión de otro presupuesto de Instrucción pública, para el mismo año, en el Parlamento de la República vecina.

—Aquí tengo mi modelo—me dije,—ó por lo menos una buena fuente de inspiración para mi trabajo; leí el de M. F. P., y en efecto, no me sirve para modelo; no hay imitación posible; aquél es otro país, iba á decir otro mundo; allí pasan las cosas de otra manera: las Cámaras francesas tratan estos asuntos vitalísimos de la cultura nacional muy de otro modo; no ya porque Francia tenga otros problemas pendientes diferentes de los nuestros, sino porque los que tiene los *trabajan y enfocan y resuelven* allí con otros ánimos, con otra preparación, y poseídas las gentes de muy distinto espíritu.

El artículo de M. F. P. me ha servido, sin embargo, muchísimo, como contraste.

Porque resulta éste, en verdad, muy fuerte y muy instructivo. Los franceses tienen enseñanza ya formada, muy hecha y construída, con tradición respetable, constituída en organismo de la educación y de la cultura nacionales. Su obra se ve, se siente, y se aplaude por sus frutos. «Gracias á su Universidad—ha podido decir el ponente del presupuesto de Instrucción pública en la Cámara francesa, M. Simyan,—Francia contribuye tan brillantemente á la obra común de la humanidad que piensa, y que consiste en tratar de conocer al hombre, su puesto y su papel en la naturaleza, sus lejanos orígenes, su pasado antiguo ó más reciente... En el vasto campo de la filosofía, de las ciencias, de la erudición, de la historia y de la crítica, no hay parte en la cual los maestros de la Universidad no hayan trazado su huella».

La tarea propia del Legislativo (y aun del Administrativo) del Estado, ante una situación tal de las instituciones docentes, se reduce á realizar reformas parciales, á extirpar defectos, á acentuar tendencias, y á mejorar, en suma, los diferentes *servicios*. De una manera más inmediata, el Parlamento francés atiende á ampliar la esfera de acción eficaz de la enseñanza del Estado, á fin de sustituir, en sus funciones propias, á las suprimidas Congregaciones religiosas.

En cambio nosotros estamos, ó deberíamos estar—que no es lo mismo,—empezando: no tenemos una enseñanza nacional; la acción docente, acción social en el fondo, no tiene aquí el organismo indispensable; apenas si hay gérmenes, apenas si podemos hablar de programa, de orientación inicial.

Pero aun siendo éste el contraste más fundamental que se nota al comparar las discusiones parlamentarias de los presupuestos de Instrucción pública, en aquella República y en esta Monarquía, no es ése, sin embargo, el que resalta con relieve más acentuado. El que más resalta es el que se advierte cuando se examina detenidamente el procedimiento de las dis-

cusiones, y se toma en cuenta la conducta observada en las mismas por los representantes respectivos de los dos países. Hay en este punto diferencias notables; pero muy notables.

***

La discusión parlamentaria del presupuesto francés revela, en casi todos los que la han mantenido, en las Cámaras mismas, y en la administración que ha presentado la obra objeto del debate, una gran preparación experimental, un estudio serio y directo, de detalle, de cada necesidad sentida, de cada defecto producido, amén de un convencimiento íntimo, real, no verbalista y de reclamo, de la eficacia y fecundidad del esfuerzo social y del Estado, en la labor de organizar, mantener y mejorar la educación nacional mediante una enseñanza rica y potente, respetable y respetada, con centros propulsores en todos los sitios estratégicos del país y con ramificaciones que se extiendan por todo el territorio del mismo.

Nada de socorridas generalidades acerca del valor de la enseñanza, de la misión de la escuela... nada de reconocer la necesidad de la educación, la pobreza de las instituciones docentes, para luego perderse en lamentaciones sobre la imposibilidad de atender, *como se quisiera*, tan importante servicio social.

Por de pronto, todos los años hay una Ponencia, Memoria ó Informe, en que se plantea el problema de la enseñanza tal cual resulta planteado, resuelto ó pendiente en la práctica, y que supone siempre un grado de preparación especialísima, una particular competencia técnica, de persona que *ha procurado enterarse*, sobre el terreno, en la vida misma de la enseñanza pública.

M. Simyan, que ha sido el ponente del presupuesto de Instrucción pública francés este año, examina uno por uno los grados de la educación, y se detiene en casi todas sus manifestaciones. Aplaude lo que le parece digno de aplauso, señala las deficiencias notadas, y propone los remedios.

Así, por ejemplo, hablando de la enseñanza superior, formula su apreciación sobre la marcha de las Universidades; indica su orientación hacia las ciencias aplicadas; sugiere la necesidad de una reorganización de las estaciones zoológicas del Mediterráneo; critica la marcha, quizá decadente, en el aspecto científico, de las Facultades de Medicina, y señala el aumento alcanzado por la clientela de las Facultades de Derecho luego que éstas rompieron los moldes tradicionales. El Colegio de Francia, el Museo de Historia Natural, la Escuela Normal Superior, la de Cartas, la Biblioteca Nacional, etc., etc., todo lo revisa, con conocimiento directo de los asuntos, el ponente de la Cámara.

En la segunda enseñanza, M. Simyan examina las dos cuestiones principales que hoy preocupan allí: de un lado, la experiencia en algunos liceos del régimen de autonomía, y la aplicación en todos del nuevo plan de estudios; y de otro, la situación del personal docente de liceos y colegios.

Por último, en la enseñanza primaria, el ponente advierte la necesidad sentida de formar maestros y maestras y de mejorar económicamente su situación, proponiendo á este último efecto la Comisión, de acuerdo con el ministro, un crédito suplementario—lean los que creen que hemos hecho un esfuerzo supremo al aumentar en un millón y pico de pesetas la consignación para sueldos de los maestros,—un crédito, digo, de 3.729.200 francos para ascender á 9.477 maestros y maestras...

Y de conformidad con el espíritu y sentido de la ponencia, se ha desarrollado toda la discusión parlamentaria.

***

¡Qué diferente impresión produce la lectura de la discusión de nuestro presupuesto de Instrucción pública! Y eso que la lectura no refleja por entero la realidad de la discusión misma. Yo he presenciado parte de ella. ¡Qué prisas! ¡qué impaciencias! ¡qué desorden! No hay tiempo ni para estudiar, ni

para poner los puntos sobre las *íes*, ni para provocar aquellos movimientos de concentración, de acuerdo, de orientación común, tan indispensables para acometer empresas eficaces, en las asambleas legislativas.

En el Congreso dedicáronse al presupuesto de Instrucción pública parte de seis sesiones, pero bajo la presión de la prisa; era preciso abreviar, ganar el tiempo perdido con la obstrucción de la minoría republicana. En el Senado se fué á paso de carga: en tres ó cuatro días se discutió todo. ¡Y qué sistema! Lluvia de enmiendas; se aceptaron unas cuantas, no sabemos con qué criterio; bajo la amenaza de la obstrucción quizá. Lo indicaba muy bien el Sr. Cárdenas al defender una suya. Decía este señor senador, que quien desee conseguir la aceptación de determinadas enmiendas tiene una receta infalible que aplicar: «presentar muchas enmiendas á todos los capítulos y artículos, y como lo que se concede es un tanto por ciento, mientras más pida indudablemente obtendrá más» (1).

Leyendo, y sobre todo oyendo, los discursos, se advierte—yo lo pude advertir de una manera práctica:—de un lado, la poca importancia que á todo lo verdaderamente sustancial que en la discusión resulta, se da por los llamados á formular las conclusiones de efecto positivo; y de otro, la contrariedad explicable con que exponen sus ideas, su pensamiento, aquellos que tienen una preparación anterior, que no hablan por hablar y que hacen un plan meditado. Sirva de ejemplo, entre otros, los discursos de los Sres. Labra, Hinojosa y Sardá, en el Senado.

***

Veamos ahora, antes de recoger las notas más salientes de la discusión y formular algunas conclusiones; veamos, con algún detalle, los debates parlamentarios.

En el Congreso inició éstos el Sr. Gil y Morte, profesor en

(1) Senado, sesión de 22 de Diciembre de 1903.

Valencia, con un discurso muy completo y de una excelente intención en general. Entre otras cosas puso de relieve la situación, bien conocida, de la ignorancia nacional; defendió con energía la necesidad de mejorar la dotación del magisterio primario; abogó por la construcción de escuelas, por el aumento del material pedagógico, por la mejora y aumento del material de los Institutos, por la difusión de la enseñanza técnica y mercantil, tratando además, con relativa extensión, la cuestión de las Universidades. En este punto el Sr. Gil y Morte defendió muy buena doctrina, en lo referente á la orientación social y científica de la Universidad, pero reclamó la reducción del número de éstas, y yo creo, por mil razones circunstanciales, que no urge tanto suprimir Universidades, como reducir el personal docente, mejorando el que quede, y mejorando de un modo extraordinario la dotación del material científico. El Sr. Gil y Morte afirmó «que es menester establecer contacto íntimo y muy extenso entre los profesores de nuestras Universidades y el extranjero».

Al Sr. Gil y Morte contestó el Sr. Tormo, abundando en muchas de sus ideas, pero sin poder ir más allá de donde la Comisión indicaba.

Intervino luego el Sr. Gutiérrez Brito, para hablar del cuestionario único, y declarar una verdad que yo ratifico, á saber: «que los jóvenes llegan cada año en peores condiciones de preparación» á las Facultades y enseñanzas superiores.

El último turno sobre la totalidad lo consumió el Sr. Suárez Inclán, quien, entre otras cosas, declaró peligroso, dada nuestra escasa cultura, la supresión de cualquier centro docente, y habló (supongo que por hablar) de la necesidad y urgencia de un gasto de 200 millones de pesetas para construir las 20.000 escuelas que hacen falta, pidiendo como sacrificio inmediato «40 ó 50 millones de pesetas en cinco años, como subvención á los Ayuntamientos para» aquella grande obra (!).

No hay en el discurso del señor ministro de Instrucción pública, sobre la totalidad del presupuesto, declaraciones impor-

tantes que recoger, fuera de la indicación relativa al aumento del sueldo de los maestros, á fin de poner como mínimum el de 500 pesetas.

Y no debe esto sorprender. El actual presupuesto no entraña una reforma de los servicios de la enseñanza; se presentó como los anteriores; quizá peor, con una baja en los gastos. El gobierno no tenía por qué hacer declaraciones trascendentales en defensa de su obra.

***

Pasemos á la discusión del articulado; no seguiremos, sin embargo, éste en sus detalles; en rigor, no merece la pena; sólo nos fijaremos en algunas de las enmiendas más interesantes.

El Sr. Gil y Morte propuso la creación de un centro técnico pedagógico; se comprende bien la idea del Sr. Gil y Morte: hace falta, en efecto, organizar algo de lo que el distinguido profesor indica, pero acaso hubiera estado más en lo firme recordando la existencia del Museo Pedagógico Nacional, que ya realiza alguna de las funciones á que el diputado republicano se refiere, y proponiendo aumento de sus medios, para que dicha institución pueda cumplir su múltiple misión con más holgura que hoy lo hace. Aparte esto, la idea de dar estabilidad á la administración de la enseñanza, hoy tan á merced de los vaivenes de la política, es de las que no necesitan discutirse.

Los diputados republicanos presentaron otra enmienda, que no prosperó, para mejorar el sueldo á 149 maestros, y á 463 maestros auxiliares que hoy cobran 625 pesetas: se quería que en adelante cobrasen 750; por otra parte, la minoría republicana indicaba este sueldo como sueldo mínimo.

El mismo Sr. Gil y Morte propuso—y la propuesta desgraciadamento no pasó de allí—el envío de varios inspectores de enseñanza al extranjero.

El Sr. Requejo presentó un voto particular en lo relativo

á la ordenación de los sueldos de los maestros, voto que no fué aceptado, y el Sr. Vincenti una enmienda con el objeto de modificar la escala de los sueldos del magisterio primario, pero también sin éxito. La política pedagógica del gobierno en este punto es muy modesta: el aumento hasta 500 pesetas del sueldo de los maestros que lo tienen menor.

El mismo Sr. Requejo defendió otro voto particular en el capítulo de la segunda enseñanza.

El Sr. Lerroux pidió la supresión de la cátedra de religión de los Institutos, no aceptando la enmienda la Comisión, según el Sr. Canals, «porque esto significa una alteración en el plan de segunda enseñanza».

El Sr. Vincenti presentó varias otras enmiendas, entre ellas dos de cierta importancia; relativa, la primera, á la enseñanza industrial: proposición creando un centro técnico en Barcelona, y la segunda referente á la enseñanza comercial: proposición sobre creación de una escuela naval de comercio, haciendo, con ocasión de defender estas proposiciones, consideraciones generales sobre los diversos problemas pedagógicos pendientes.

Intervino en la discusión del presupuesto el Sr. Alvarez, que asentó una vez más la necesidad de enviar al extranjero á los jóvenes de nuestras Universidades, y de traer á éstas profesores extranjeros, contestándole el señor marqués de Figueroa.

También intervino con ocasión de otra enmienda el señor Roselló, quien pronunció uno de los discursos, sin duda, más interesantes del debate, señalando los diversos problemas que entraña la reforma de nuestra educación nacional, y marcando una orientación que podríamos llamar radical. El Sr. Roselló ponía las cosas en su punto cuando argüía de este modo:

«Se dice que aquí luchamos siempre con la falta de dinero, y eso no es exacto. Sobre vuestro anterior presupuesto hizo el gobierno del Sr. Villaverde una economía de 20 millones de pesetas. Y ¿no comprendéis que si en el momento de venir á ese banco hubierais tenido la energía necesaria para aplicar

esos 20 millones de pesetas á la transformación inmediata, rápida, de la educación popular, hubierais alcanzado el aplauso unánime del país, hubierais respondido á vuestros compromisos?»

Por otra parte, el Sr. Roselló defendió algunos principios que conviene notar, por la alta significación que entrañan. Hablando de la educación mixta, decía:

«El empeño de educar separadamente á los dos sexos, cuando en la sociedad no existe esta separación; el afán de mutilar la vida en la escuela, cuando en todas partes se integra por la concurrencia de los dos sexos, como sucede en el teatro, en la iglesia, en el paseo, en el hogar y doquiera que la vida se manifiesta y se desarrolla, es uno de los errores más grandes en que puede incurrir el pedagogo. Es ésta cuestión discutida ya con verdadera amplitud. Es cuestión resuelta en muchos países de Europa, como Dinamarca, los Países Bajos, Bélgica, Suiza; preconizada en los Estados Unidos, y sostenida allí contra todos sus opositores, como un medio eficaz de ennoblecer la raza, de dar á la educación un sentido superior, de infundir ánimo más varonil á las mujeres educadas en concurrencia con los niños, y de que tengan éstos más cortesía, y un alma dispuesta á las emociones del arte y á los sentimientos más nobles del corazón.

»La educación en común trae, como consecuencia, el planteamiento del derecho de la mujer al desempeño de casi todas las profesiones liberales, de gran parte de los destinos públicos, y hasta de las funciones de muchas magistraturas, confiadas exclusivamente al hombre.

»En España vive la mujer en un triste desamparo, porque á vueltas del lirismo que la consagramos al apellidarla ángel del hogar, encanto y sostén de la familia, en realidad la abandonamos en absoluto á todas las miserias y á todas las necesidades de la vida, que para ella es mucho más cruel que para el hombre».

Y refiriéndose á la neutralidad de la escuela, afirmaba:

«Hay que tener el valor necesario para salvar la independencia del espíritu y la integridad de la conciencia del educando y del educador, proclamando la neutralidad de la escuela, respetando profundamente todas las creencias, pero al mismo tiempo dejando al espíritu libre de todo yugo, de toda imposición que elabore sus convicciones, como producto de sus propias energías.

»La neutralidad de la escuela que no se opone á que reciban enseñanza religiosa en local adecuado, y bajo dirección competente, cuantos voluntariamente la apetezcan, no puede ser considerada como hostilidad á ninguna confesión».

Todavía intervinieron otros diputados en la discusión del presupuesto; aún se aceptaron y se rechazaron otras enmiendas; pero teniendo el espacio limitado, y siendo preciso decir algunas palabras acerca del debate en el Senado, no puedo insistir más en esta parte de mi estudio.

*
* *

En tres días, como dejo indicado, se despachó la discusión del presupuesto de Instrucción pública en el Senado. No quiere esto decir que no hayan intervenido muchos señores senadores en la discusión; nada de eso: intervinieron bastantes; hubo numerosas enmiendas, pero todo de prisa, muy de prisa; las vacaciones se venían encima; el 31 de Diciembre estaba en casa; no era fácil, pues, que en condiciones tales de impaciencia y premura, los padres graves—entre los cuales los hay que están enterados, sin duda, del problema pedagógico—pudieran discutir serenamente los gastos de la enseñanza, y menos desarrollar ningún plan meditado de reforma de la educación.

Sobre la totalidad del presupuesto hablaron los señores marqués de Bolaños, barón de Bonet y López Muñoz, á quienes contestaron los Sres. Alvarez, Hernández Fajarnés y el señor ministro, interviniendo para alusiones el Sr. San Martín.

Imposible extractar aquí todos estos discursos, en los cuales se habló de tantas cosas, de tantas, aunque siempre con cierta vaguedad, sin duda por el apremio del tiempo, y acaso, acaso, por el convencimiento íntimo que los oradores abrigaban, de la ineficacia del esfuerzo.

Los libros de texto, los abusos de ciertos profesores políticos, el sueldo de los maestros—que el señor barón de Bonet querría, con razón, que no bajase de 1.000 pesetas,—el material, los locales, la supresión de las Universidades, con la oportuna rectificación del Sr. San Martín, que estima más oportuno reducir el personal, dotándolo mejor; el profesorado extranjero para España, etc., etc.: he ahí algunos de los puntos tratados con varia fortuna.

*
* *

Inició el debate sobre el articulado el Sr. Sardá, uno de los campeones más modestos, pero más laboriosos de la reforma pedagógica en España: maestro de verdad, competente como pocos en materias de enseñanza, hizo el Sr. Sardá un discurso interesante y muy completo.

He aquí los puntos principales tratados por el Sr. Sardá en dicho discurso: aumento de escuelas en número suficiente para recoger en ellas los niños en edad escolar; construcción de edificios escolares para establecer las escuelas—las actuales y las nuevas;—formación adecuada del personal de maestros primarios en número suficiente, y con ocasión de este punto, manera de reclutar el magisterio, crítica del sistema de oposiciones, las Escuelas Normales, número de éstas, ingreso en las mismas, la inspección.

Después del Sr. Sardá, hablaron los señores Fajarnés, Pulido, San Martín, marqués de Guadalerzas, Cárdenas, Labra, Maluquer, barón de Bonet, Jimeno, Aramburu, López Mora, Labastida, Álvarez, Hinojosa y el ministro del *ramo*.

No dispongo de espacio para seguir paso á paso el des-

arrollo de la discusión: me limitaré, pues, para dar una breve idea de la misma, á recoger algunas declaraciones de varios de los oradores que la mantuvieron.

El Sr. Cárdenas, entre otras cosas, hizo la indicación siguiente:

«Mi ideal en instrucción pública es tal, que rompe por completo con toda la organización existente. De manera que para mi ideal, ¿qué tiene que ver este presupuesto, ni qué la manera de entender la instrucción, ni qué la división de la enseñanza, ni tantas otras con ello relacionadas? Absolutamente nada; porque es un presupuesto que, con relación á lo que yo pienso de instrucción pública, está en la infancia, es como un presupuesto de hace cincuenta ó sesenta años».

El Sr. Labra, que es de los que con más autoridad pueden hablar de estas cosas de enseñanza en el Parlamento español, pues de antiguo viene proclamando la necesidad de una política pedagógica, declaraba, con razón, que con las reformas realizadas (sobre todo el pago de los maestros por el Estado y el aumento del sueldo mínimo) estamos sólo en el principio; y añadía:

«¿Creéis que se puede obtener el progreso con las 500 pesetas, como término medio, cuando las 500 pesetas representan como sueldo seis reales diarios, en este país, en que el jornal ordinario de un hombre de campo, fuera de algunas regiones de Andalucía, viene á ser de siete, ocho y diez reales? ¿Creéis que un hombre á quien se le pone en estas circunstancias, tenga medios de atender al servicio de la enseñanza, y sobre todo, con aquellas condiciones, maneras é ilustración que son absolutamente indispensables para realizar esta empresa de la obra de la educación, íntimamente relacionada con la instrucción, que pide por lo menos condiciones medianas de comodidad?

»Por manera que, nótelo bien el señor ministro, no es más que el principio: son 500 pesetas que han roto el *statu quo*; es necesario llegar, no á 750 pesetas de que se ha hablado en la otra Cámara; mi afirmación es que es menester llegar á las

1.000 pesetas como *mínimum* de sueldo del maestro, que es, en términos generales, lo que tienen en Europa y América; allí no hay un solo maestro que no disfrute de esa cantidad».

A lo que el ministro responde que no estamos preparados para realizar ese esfuerzo, que realizaron Servia y Rumania.

El Sr. Hinojosa, otro de los que están enterados y saben lo que es preciso pedir, hizo estas interesantes manifestaciones:

«La mayor parte de los profesores, desde luego todos los de Ciencias y Letras, y muchos de la Facultad de Derecho, Medicina y Farmacia, que no ejercen sus profesiones, se ven en la imposibilidad absoluta de adquirir libros y revistas, con el sueldo verdaderamente insuficiente, aun para las necesidades más perentorias, de que disfrutan; sobre todo, el sueldo de ingreso, que, como saben los señores senadores, es de 3.500 pesetas, con los descuentos naturales. No hay duda de qué una de las causas del atraso científico en que nos encontramos es esta carencia de instrumentos de trabajo que permitan seguir el movimiento científico. Se ha provisto de una manera muy insuficiente á esta necesidad, consignando una cantidad relativamente pequeña; pero ya es un principio de enmienda, y confío yo en que en lo sucesivo esa cantidad se aumentará en la proporción conveniente.

»En cuanto á las pensiones de los catedráticos y alumnos para hacer estudios en el extranjero, es ésta la vez primera que viene al presupuesto la consignación correspondiente, aunque la reforma fué establecida ya por el señor conde de Romanones. Yo tuve ocasión de aplaudirle calurosamente en el Senado hace más de dos años, pues considero esta novedad digna de toda alabanza.

»Soy de los que creen que para reconstituir nuestra ciencia y nuestra enseñanza necesitamos, y necesitamos imperiosamente, el auxilio ajeno. Aun el más optimista en esta materia habrá de reconocer que carecemos de elementos propios en la

cantidad necesaria, aunque sean muy valiosos, para llevar á cabo esta empresa.»

El Sr. Jimeno, refiriéndose á la formación del profesorado, hacía esta manifestación:

«Pero suponed en cambio que, desapareciendo por completo el período del doctorado en las Facultades, que no diré que no sirva para nada, pero sí que sirve para poca cosa, se convirtieran sus enseñanzas en una Escuela de estudios superiores, donde entraran asignaturas de Ciencias, de Medicina, de Farmacia y de Derecho; convirtiéndose en un Seminario de enseñanza semejante al Seminario universitario de los alemanes, y aun más ennoblecido que los de Alemania; añadid á esto el que aquel que quisiera ser profesor y adquirir un grado superior en la enseñanza universitaria, cursara dos ó tres años de enseñanza superior de la Facultad á que perteneciera, y esas enseñanzas fueran orientadas hacia la investigación y experimentación prácticas, en trabajos de laboratorio, de museos, en el hallazgo y conocimiento de las ruinas, en el estudio y práctica de la numismática, en la rebusca de libros raros de las bibliotecas, fuente inagotable de riquezas históricas, haciendo una verdadera práctica experimental y de observación: ¿no estarían aquellos alumnos más preparados para llegar á ser profesores?»

***

Si recogemos ahora, prescindiendo de los detalles, las indicaciones más generales que acaso resultan de la discusión parlamentaria del presupuesto de la enseñanza, desde luego creo yo que pueden afirmarse varias cosas.

Salvo excepciones, como la del Sr. Bugallal (D. Isidoro), quien llevado quizás de un patriotismo que me atrevo á considerar mal orientado, cree que se exagera mucho cuando se habla de la ignorancia de nuestro pueblo, pues estima «que el nivel intelectual de España está acaso igual, si no por enci-

ma del de Italia, y aun del de Bélgica, siendo esta última nación una de las más cultas de Europa»; salvo este y algún que otro desahogo por el estilo (1), la opinión general se ha manifestado con bastante unanimidad, en el sentido de reconocer que estamos mal, muy mal, en esta materia de la educación nacional, y además, que el presupuesto aprobado no entraña el remedio necesario.

No diré yo que esta manifestación de la opinión parlamentaria refleje siempre un convencimiento sincero, moral, basado en un conocimiento positivo de los términos reales del problema: la retórica y el reclamo entran por mucho en toda la labor de las Cortes; pero el hecho es que las declaraciones de muchos de los oradores de ambas Cámaras, han venido á afirmar la necesidad de hacer algo, de pensar en algo, que nos saque de la situación presente, insostenible.

El presupuesto es deficiente; es preciso un presupuesto más rico para la enseñanza: se necesitan más escuelas, muchas más escuelas; es indispensable hacer buenos maestros, hay que mejorar su situación económica: el sueldo mínimo debe ser de 1.000 pesetas; debe irse á él pronto; es necesario construir locales, aumentar las consignaciones para el material pedagógico, reformar las Normales, crear la Escuela del profesorado, aumentar el material científico, enviar nuestra juventud al extranjero, y nuestros profesores á los grandes centros de cultura del mundo, y acaso traer aquí profesores eminentes de otros países... he ahí unas cuantas afirmaciones ó fórmulas mantenidas, con aplauso general, durante la discusión parlamentaria.

Lo que se advierte, en medio de estas notas é indicaciones...

(1) Como este otro del mismo orador: refiriéndose al modo de computar los analfabetos, decía: que entre ellos se cuentan (mal contados al parecer) las mujeres, «y respecto á las mujeres, añadía, aun cuando entre ellas hay algunas que brillan con luz extraordinaria... no puede considerarse al resto como un factor que pueda influir en la más alta instrucción de la nación española». El que no se consuela es porque no quiere.

optimistas, muy *relativamente* optimistas nada más, es una falta de oriente, de fuerza impulsora y de dirección superior, capaz de hacer cuajar, en resoluciones concretas y eficaces, las aspiraciones manifestadas. De haber habido algo de eso, el presupuesto de Instrucción pública, presentado *en baja*, hubiera experimentado una transformación más profunda que la sufrida; pues al fin sufrió alguna. Es muy poca cosa, no es nada casi, para lo que se necesita; pero no hay que olvidar que ha habido algunos aumentos significativos. Los recordaba el Sr. Sardá en su discurso: «1.300.000 pesetas, para aumentar los sueldos á los maestros de menos de 500; 125.000, para la caja de clases pasivas del magisterio primario; 150.000, para material científico; otras tantas, para la construcción de edificios escolares; igual cantidad, para los establecimientos privados; y otros varios en diferentes capítulos».

Hagamos votos por que la situación no se estanque, y por que mejore todo lo que necesita mejorar, que no es poco.

Adolfo Posada

EL PUEBLO ESPAÑOL ANTE LA REFORMA SOCIAL

Tienen toda la importancia que modernamente se les atribuye los estudios acerca de la psicología del pueblo español. Más tarde ó más temprano, por métodos evolutivos ó revolucionarios, estamos abocados á una reforma, que paulatinamente ha empezado ya á manifestarse en recientes leyes de carácter social; é importa mucho conocer si se halla bien preparado el terreno para que esa reforma fructifique, y cuáles son los obstáculos ó resistencias que será preciso vencer para que no se malogren los esfuerzos que una ó varias generaciones han de consagrar á tal empeño.

Para la educación del carácter individual, para la conveniente preparación del sér humano á la suprema conquista de la *personalidad*, que le ha de integrar en el máximum de su representación ética y jurídica, importa sobremanera el acabado estudio de la psiquis, complemento indispensable de todos los datos que suministra la antropología; y ya sea sobre la base de la teoría clásica dualista del *compuesto humano*, ya sobre la más moderna de la psicología experimental, es lo cierto que todos los progresos de las ciencias morales y jurídicas se apoyan en la observación intensa de los fenómenos del alma.

La sociología ha pretendido, en sus comienzos, levantarse sobre bases meramente antropológicas; y el nombre de *física social*, con que primitivamente fué designada por Comte, es bastante significativo en este punto. El mismo Comte, al definirla—después de consagrarla con la nueva denominación—

como la ciencia de la estructura y de las funciones de la sociedad, y Spencer, al entenderla como la ciencia de la *evolución super-orgánica*, pusieron el fundamento á la serie de investigaciones que, durante muchos años, han venido realizándose sobre datos meramente antropológicos, paleontológicos y etnográficos, y estudios comparativos de este mismo carácter, que redujeron la sociología al aspecto fisiológico del organismo colectivo, prescindiendo, casi por completo, de la influencia de aquella *idealidad social* de que habla Ardigó, y que emerge del conjunto de las representaciones y de los impulsos psíquicos que tienen su asiento en la conciencia.

Fué el ilustre publicista Gabriel Tarde quien, colocándose en un punto de vista, quizá tan censurable como los anteriores, por su carácter unilateral, ha considerado la sociología como una ciencia meramente psicológica; y esta tendencia—juntamente con la orientación ética de los estudios sociales, como reacción contra el sentido exclusivista de la *lucha por la existencia*, ya de individuos, ya de clases ó razas,—ha venido acentuándose á través del pensamiento de los más ilustres escritores, hasta que en estos mismos días, el quinto Congreso del *Instituto Internacional de Sociología*, celebrado en París en el pasado mes de Julio, ha elegido como asunto de sus principales deliberaciones lo que, según Posada, constituye el *tema del día*, ó mejor, la preocupación dominante en la sociología; tema ó preocupación que yo no puedo explicar mejor que transcribiendo las siguientes palabras del profesor ilustre, escritas para dar cuenta de los trabajos del indicado Congreso: «Si hubo un período, no hace mucho tiempo, en que merced al influjo spenceriano, la sociología tendía á constituirse como una prolongación diferenciada de la biología, y los principales sociólogos se inclinaban á la concepción orgánica de la sociedad como un todo, actualmente, á causa de una porción de influjos muy complejos, la sociología busca una base y una explicación psicológicas, y ya se bosqueja como una psicología más complicada que la individual, como una

psicología intermental, ya como una psicología colectiva, ya como una ciencia sustantiva relativa á fenómenos que piden una explicación psicológica, ó bien todavía como una disciplina en la cual se sintetizan la biología, la geografía, la psicología, etc., sin ser por ello una mera prolongación de ninguna de estas ciencias particulares, al igual que el fenómeno social, y más aún la sociedad misma, no entraña sólo una relación biológica ó psíquica, sino todas estas relaciones conjuntamente» (1).

Síguese de los datos y consideraciones anteriores y de otras muchas que, por brevedad, omito, que va acentuándose más y más cada día la tendencia ó carácter psicológico de la ciencia social; y en el orden práctico de las modernísimas investigaciones, constituyen una concluyente prueba de lo dicho los afanes que por todas partes se despiertan de ahondar, buceando en las profundidades del alma popular para descubrir sus íntimas energías y las determinaciones que se deben á los influjos del ambiente moral y al instinto de imitación de otros pueblos y razas más progresivas, sin detenerse, como antes se hacía, en la investigación de los caracteres antropológicos de la raza física, para clasificarlos y encasillarlos, y de los mismos, deducir aptitudes y tendencias que se suponían congénitas y que sólo era posible cambiar y transmitir mediante la transfusión de sangre ó la herencia fisiológica.

Tratando de paso este asunto el Sr. Unamuno—con motivo de la reciente aparición del libro de Bunge *Nuestra América*, que atribuye capital importancia para los fenómenos de la civilización al cruce de razas y al elemento antropológico,—dice que cada día cree menos en eso de las razas y más en el poder de la sugestión y de la educación é imitación; y se reserva tratar con mayor detenimiento este problema. Quien haya seguido con interés el camino hasta ahora recorrido por el genial pensador que, sin haber agotado sus actuales

(1) *La Lectura*. Agosto 1903, pág. 519.

reservas, ha llegado tan á lo profundo en el conocimiento del alma española, educiendo de la observación intensa del fenómeno social las leyes fundamentales de nuestra vida y las causas de nuestra decadencia, y prodigando su inmensa personalidad científica á través de la paradoja y la metáfora—más adecuadas á su temperamento artístico y á su manera de ver y de reproducir la realidad de las cosas que el abstruso y recortado lenguaje de la ciencia clásica,—habrá de esperar con avidez el cumplimiento de aquella promesa, en el que, sin duda alguna, se condensarán las más poderosas sugestiones para determinar el avance, tan necesario, en el proceso mental de la psicología de nuestro pueblo; confirmando de paso el valor y la fecundidad de la actual orientación de la ciencia sociológica.

A esta orientación corresponden, en suma, todas las modernas fórmulas sintéticas de la sociología, que puédense resumir en la enunciada por Hauriou, quien afirma que la materia sobre la que trabaja el sociólogo no está limitada á los fenómenos sociales considerados en sí mismos, objetivamente, sino que se extiende del mundo exterior al mundo interior de los sentimientos, de las ideas, de las voliciones, que determinan la conducta y engendran los actos. Basta, en efecto, dirigir una rápida ojeada al novísimo movimiento literario de la ciencia social y á sus naturales repercusiones en las esferas del arte, de la legislación y de la política, para convencerse de que lo que se busca preferentemente en toda investigación de aquella índole es la base psicológica, la manifestación espiritual, el carácter de la sociedad que se pretende conocer, en cuanto aquella base puede revelarse en las costumbres, las tendencias y los ideales del pueblo, en sus creencias ó supersticiones colectivas, en la energía vital que desarrolla en sus empeños, en la oscilación de los móviles supremos de su conducta, en sus desalientos ó desmayos, en las variaciones más ó menos violentas del sentido de sus progresos, en su resignada pasividad ó en los anhelos con que trabaja por emanciparse de cualquier

clase de yugos ó tiranías, en el ejercicio de la libertad y la manera de responder á las exigencias de la solidaridad humana; en todo aquello, en suma, que revela la existencia en la sociedad de algo más que influencias del ambiente, ley de la herencia, continuidad de la evolución universal ó lucha y selección de razas, en que se pretendía comprender todo el contenido de las ciencias sociales.

II

Sería cerrar los ojos á la evidencia ó exagerar la petulancia y la manía que tenemos los españoles de despreciar las cosas de España—cuando individualmente no pusimos en ellas nuestras manos—el desconocer que, en estos últimos tiempos, hase despertado en nuestro país una devoción profunda al análisis introspectivo de nuestra conciencia nacional. Lo que llama Unamuno la *intra-historia* empieza á trabajarse ó descubrirse ahora, con relación á nuestra patria, de la que apenas si había llegado á nuestra generación otra fuente de conocimiento que el eterno relato semi-heroico y sentimental de la *historia de nuestras glorias*, tan severamente tratadas por la crítica contemporánea, después de la caída á que nos ha conducido nuestro perpetuo sueño *sobre sus laureles*. Fueron primeramente nuestros más preclaros noveladores Pardo Bazán, Pereda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Palacio y algunos otros, los que, reconstituyendo el ambiente de idealidad en que se baña la vida de las regiones, con sus caracteres típicos, con sus costumbres religiosamente conservadas, con su color local, con su nativo lenguaje, no desfigurado por la retórica académica, con la vibrante tonalidad de su respectiva naturaleza, aportaron elementos de grandísimo vigor para la reconstitución del alma nacional.

Después de aquellos artistas, ó contemporáneamente con ellos, trabajaron y trabajan en el mismo empeño, y acaso con

más directa finalidad, encaminada á descubrir el fondo de nuestro carácter, para determinar el sentido conveniente de nuestra reforma moral, política, pedagógica, social, económica y artística, Altamira, Maeztu, Salillas, Ganivet, Costa, Picavea, Morote, Díaz Caneja, Martínez Ruiz, el mismo Unamuno, y algunos otros; y sus trabajos—particularmente los de aquellos que, como Altamira, Costa y Unamuno, han puesto toda la perseverancia de una vocación en esta gran labor reconstructiva—habrán de ser la base indispensable de toda obra reformista, si no se quiere reincidir en el achaque, tradicional en nuestra patria, de acometer empresas legislativas, políticas y sociales traduciendo del extranjero la forma externa de las instituciones, sin haber estudiado ni tener en cuenta las aptitudes del pueblo para recibirlas.

Así, mientras el vulgo de nuestros políticos y reformadores sin enjundia, que monopolizan la dirección escénica de las exterioridades de nuestra vida nacional, fatígase en la tarea de seguir aprisionándola en los moldes de la eterna fórmula, mil y mil veces renovada, los verdaderos forjadores de la obra social contemporánea van poco á poco extrayendo de las viejísimas canteras en que se contiene la energía creadora del alma humana los materiales de la substancial renovación que se anuncia con claridades de aurora en los horizontes de la vida.

Labor honrada y generosa, digna de la más alta estima y gratitud de los hombres. Porque se trata nada menos que de conocer la trama de nuestra constitución interna, á fin de modelar las normas morales que han de sustituir á las caducas leyes que, á través de muchas generaciones, nos han dirigido *desde fuera* y en interés de seres extraños á nosotros mismos, no obstante lo cual han sido veneradas por nuestros padres con fetichismo incomprensible.

La ciencia y el arte colaboran hoy en esta obra con avidez de nueva vida. Dentro y fuera de España, infatigables trabajadores del progreso hállanse empeñados en la gigantesca em-

presa de abatir la Bastilla de una legalidad absurda, vana colección de tópicos, que no puede resistir al examen de la crítica; no obstante lo cual han profundizado tanto sus raíces, que hácese preciso remover el suelo, hasta llegar á las capas de roca, para destruirlas.

Y es de notar que aquel arraigo no se debe á una vegetación espontánea, quiero decir, á una compenetración de las instituciones con el carácter del pueblo que las mantiene, sino más bien á la rutina y secular pereza que, por evitarse el trabajo de pensar, acepta el pensamiento y la obra extraños y amolda á ellos su conducta, como el mendigo holgazán viste el traje hecho á otra medida, sin darse la molestia de reformarle para adaptarlo á las proporciones de su cuerpo.

Por consecuencia de esta falta de compenetración entre la vida y sus normas exteriores, la abstracción impera soberana y constituye nuestro hábito mental más pronunciado. Abstractas son todas las nociones que dirigen nuestra actividad; abstracta la libertad, sin contenido, de que alardeamos; abstracta la capacidad jurídica, de cuya conquista nos envanecemos, y abstracta la ley que rige todas estas categorías de nuestra conducta.

Quiero decir con esto que las conquistas progresivas y democráticas mediante las que creemos haber corregido todos los errores tradicionales, hanse reducido á modelar una perfecta estatua del hombre, pero sin el soplo de la vida, para estarnos luego recreando en su contemplación, cual si con ello hubiéramos llenado todas las exigencias de nuestro destino. De esta manera hemos llegado á formar un concepto de la ley, como de un espejo en que se graba perpetuamente la imagen de aquella estatua sin vida; y dando luego á esta ley un valor sustantivo, independiente de los movimientos de la actividad humana, á la que nos propusimos que sirviera de norma, hemos supeditado en absoluto esta actividad consciente, libre y autónoma al tiránico dominio de aquella fórmula abstracta, negando así las recíprocas influencias que se dan entre el

principio interno de la vida y las formas de su ordenación social, y viniendo por tal camino á quedar reducido todo el movimiento de la nuestra al movimiento mecánico y obligado de la locomotora encarrilada en dos líneas paralelas, sobre las cuales recorre eternamente sin espontaneidad el camino trazado por una causa externa que se le impone, sin poder jamás determinar una dirección variada, por grande y pujante que sea la fuerza impulsiva que brota de sus entrañas.

Este concepto, tan difundido como absurdo, de la ley que ha de presidir los movimientos de la actividad libre, contribuye á producir un divorcio entre esta misma actividad, cuando se ostenta en una potencia anímica vigorosa, y aquella ley mezquina y achatada, hecha para nivelar la medianía é incapaz de contener en sus aforismos el amplio y fecundo movimiento de la vida individual y social, cuando con tal vigor se manifiesta; á la manera que los estrechos cánones de la técnica dramática, que se llamó clásica algún día, fueron rotos por el torrente invasor de intensa vida que se desbordaba con rugidos de león en la poderosa personalidad artística de Shakespeare y de Ibsen, de Galdós y Echegaray.

Aplíquense estas consideraciones á la vida de un pueblo, y no podrá menos de reconocerse la inmensa fecundidad de los trabajos que actualmente se consagran al conocimiento de su psicología. Hasta la hora presente lo único que hemos llegado á conocer del conjunto de cada agrupación humana es lo que, con más ó menos propiedad, ha venido llamándose *su historia*, la sucesión cronológica de los acontecimientos políticos, diplomáticos, económicos, literarios, artísticos, etc., que revelan la identidad del todo nacional; pero nada ó muy poco de lo que pudiera llamarse la *personalidad* del pueblo mismo, constituída por sus caracteres psíquicos y su complexión moral, en una palabra, por el interno poder creador en cuya virtud aparecen las costumbres y las instituciones, por vía de generación, y no de adaptación ó superposición mecánicas.

Lo mucho que importa por parte del pueblo la adquisición

y perfeccionamiento de la conciencia de esta personalidad, y por parte de sus directores el conocimiento de su carácter y energías, nunca será bastante ponderado. En los actuales momentos es de necesidad absoluta despertar aquella conciencia y fomentar por todos los medios este conocimiento, á fin de que la obra social que trata de levantarse no lleve desde su origen gérmenes de destrucción ó decadencia.

III

Pero ¿existe en el pueblo español aquella intensa energía determinante de un carácter y generadora de instituciones sociales, que excluye la necesidad de adaptarse las de creación extraña, y que hemos denominado *personalidad?* En otros términos: ¿el pueblo español se basta á sí mismo para producir con los elementos de su constitución histórica, desarrollados en esta ó la otra dirección, aquella reforma de sentido ético y social en sus costumbres, en sus leyes y en sus instituciones que reclaman las actuales vicisitudes de la civilización, para considerarle al nivel de los pueblos progresivos? En una palabra: esa grandiosa transformación social que significa el advenimiento del cuarto estado, del elemento democrático y obrero, á influir en las determinaciones de la vida nacional, y á señalar el contenido de un derecho nuevo, en que el trabajo humano adquiera la plenitud de su representación, ¿tiene hoy en España la suficiente base sustantiva para producirse con caracteres de originalidad, por haber alcanzado nuestro pueblo la suprema conquista de su personalidad y la conciencia de sus atributos, ó más bien hácese preciso traducir, importar los elementos esenciales de esa reforma, de aquellos países en que la comunidad de raza, de legislación ó de tradiciones, implican mayor analogía con el nuestro?

He aquí el problema de mayor trascendencia en este que pudiera llamarse período constituyente de la reforma social

española. En otro lugar he dicho y razonado que «esta reforma no tiene posible aplazamiento, si no hemos de rezagarnos en siglos á la marcha del mundo» (1). Hay que abordar, por lo tanto, aquel problema, como primera exigencia del método, para que mejor fructifique nuestro trabajo; hay que investigar cuál es nuestro grado de preparación ó de aptitud para tan difícil empresa; hay que sondear en todas direcciones las entrañas de nuestro pueblo para percibir sus más íntimos movimientos, y saber, en consecuencia, si este pueblo ostenta los rasgos psicológicos que le capaciten para las grandes luchas y reivindicaciones de los tiempos novísimos, que, como ha dicho Deschanel, no se limitan ya á un reparto más ó menos equitativo de las riquezas, sino que tienden gradualmente á la plena conquista de la personalidad.

He aquí por qué ofrece más dificultades de las que á primera vista pudiera creerse la obra de nuestra reforma social, que no consiste sólo en ir adoptando sucesivamente los más progresivos modelos de la legislación extranjera en orden á la reglamentación del trabajo y á la integración jurídica del obrero, sino que debe comenzar por un profundo y sincero examen de conciencia; porque allí donde el pueblo haya alcanzado la de su valor personal, él mismo sabrá imponer las soluciones adecuadas á sus necesidades, y aun cuando no las haya visto previamente establecidas en otros países, sabrá también engendrarlas por su propia espontaneidad; mientras que allí donde no haya llegado todavía á ser consciente de sí mismo, en vano llamarán á sus puertas las más legítimas conquistas de la solidaridad humana, porque el pueblo, por lo mismo que no ha sentido las necesidades á que responden, las dejará pasar con indiferencia, quedando sumido en la postración de sus abyecciones; y entonces, para hacerle entrar en el concierto de la civilización y marchar en conserva con los demás

(1) Discurso leído ante la Academia de Derecho y Ciencias sociales de Bilbao, el día 30 de Diciembre de 1902; pág. 79.

pueblos por el inmenso océano de la vida, será preciso que alguna fuerza exterior venga á sacarle de su letargo, empujándole sin cesar hasta que sus movimientos adquieran la espontaneidad impulsiva que le capacite para el progreso.

IV

La enorme dificultad de adaptación del alma contemporánea á los viejos organismos en que viene moldeándose hasta la hora presente la vida pública y privada de los individuos y de las sociedades, ofrece al observador un cuadro de desorden moral repleto de sugestiones. El movimiento incesante de las ideas; la libertad absoluta del pensamiento y de sus medios de expresión, que permite ahondar sin trabas en la investigación científica hasta descubrir las leyes fundamentales de la existencia; la comunicación constante de los conocimientos por los poderosos medios que ofrecen las industrias y las artes modernas; la creciente ambición de buscar la verdad en el seno de la naturaleza, bañándose en la luz que brota de sus entrañas, sin el artificio de la lógica y del estéril dogmatismo tradicionales; la vida expansiva y al mismo tiempo de intensa concentración psicológica que permite ir acentuando cada día los vigorosos contornos de la personalidad: todos estos elementos, de consuno, determinan el ambiente del espíritu moderno y el carácter de una civilización que trata de abrirse franco paso, porque no ha conseguido todavía renovar las condiciones del medio en que se produjera aquella otra civilización arcaica á la que está llamada á sustituir.

Frente á frente á estos anhelos de renovación, y sirviendo muchas veces de obstáculo á sus conquistas paulatinas, quedan aún como residuos de otras épocas: un proceso mental de prejuicios y cavilaciones que dificulta el libre vuelo de la indagación y ofusca ó entenebrece la verdad hallada por procedimientos positivos; una encarnación *curialesca* de la justicia,

que desoyendo muchas veces los intensos clamores de la verdad, sacrifica los más sagrados intereses á una formalidad del procedimiento, y desconoce el valor sustantivo, independiente de toda fórmula, y la potente energía creadora del más grande de todos los atributos de la humanidad, que aspira á quebrantar con su fuerza expansiva, incontrastable, la inmensa red en que le tienen aprisionado los leguleyos; una concepción económica, jurídica y sociológica, que nos hace inaccesibles á las grandes reivindicaciones del ideal, porque chocan con el rutinarismo legal ó consuetudinario que se halla adherido á nuestra mentalidad, como si constituyese la forma substancial del pensamiento; en una palabra, toda una psiquis deforme y achatada por el martillo de la filosofía clásica, cuyas lucubraciones dogmáticas y apriorísticas llegaron á producir una radical impotencia de la personalidad, aprisionándola en moldes tan mezquinos como los que en el total sistema de aquella filosofía sirvieron para modelar el prototipo de todos los seres y de todos los fenómenos del universo.

A este gran desequilibrio que se observa en el orden general de la vida humana, corresponde otro, no menos preñado de sugestiones, en el sistema nacional ó político. Me refiero á la considerable diferencia que se nota, dentro ya de las unidades étnicas, ó simplemente regionales, entre la vida concentrada, culta y rica de los grandes centros de población, y aquella otra miserable y difusa en que vegetan los habitantes de los campos y de las pequeñas localidades, especialmente en determinadas regiones, cual sucede en la central de España. Esta diferencia, no tan sólo es suficiente para justificar la variación de tipo en el régimen de la administración municipal, según la densidad de la población ó su carácter de rústica ó urbana, sino que, muy principalmente para mi objeto, determina nada menos que una doble psicología popular, que muy notables pensadores han estudiado comparativamente, y que, por de pronto, obliga á considerar como el más complejo de los problemas sociológico-políticos el que consiste en definir la carac-

terística fundamental de una nacionalidad, y en establecer la ley suprema y unitaria de su vida; por lo mismo que la coexistencia de aquellos dos aspectos irreductibles implica duplicidad de fuentes de información para el conocimiento teórico y de normas directivas para la conducta práctica.

Otro de los problemas que encierra el presente estado de *crisis total*, y ciertamente de los que pueden señalarse como más interesantes, hoy que se indaga con afán el sentido y el método de la revolución salvadora que venga á destruir los obstáculos que hemos visto oponerse á la plena y radiante manifestación del alma contemporánea, es el que consiste en averiguar en cuál de las dos concepciones se halla la posible redención de los pueblos decadentes, que aspiran á entrar de nuevo en la senda del progreso, á saber: en la proclamada por Carlyle y Emerson, y en España por Costa, que propenden á no ver en la historia sino la proyección de la sombra de los grandes hombres, de los héroes, y evocan, como única esperanza para las colectividades que agonizan, la aparición de los forjadores de pueblos; ó en la representada por Taine y otros ilustres pensadores—en cuyo sentido parecen comulgar la mayor parte de los que en España se consagran al estudio de estos problemas,—según los cuales, el mismo ambiente de la vida, la energía inmanente de la colectividad, el pueblo, en una palabra, encierra dentro de sí todos los elementos necesarios para la restauración que se persigue .

Importa mucho aquilatar el valor de esta última concepción, la más generalizada, y que para mejor arraigar en el ánimo de las gentes, ha tratado de levantarse sobre razonamientos científicos. A este propósito se han escrito, por algunos de los más ilustres representantes de la moderna psicología sociológica, como Fouillée, Guyau y otros muchos, páginas de verdadera inspiración, pero de escaso valor científico-positivo.

Por no prolongar demasiado el presente estudio, me limitaré á transcribir, como ejemplo, las siguientes palabras de Izoulet, escritas en su notable libro *La cité moderne:* «No el

individuo, sino la ciudad, es racional y libre, religiosa, legisladora, docta, industriosa, pensadora y elocuente. Todas estas cualidades *son productos colectivos sociales.* La ciudad es la que eleva al individuo desde el instinto animal al pensamiento humano; ella es la que lentamente transforma la bestia en ángel».

Sobre estas bases levántase, como he dicho, la doctrina que pretende hallar toda la *vis medicatrix* de la sociedad en ella misma, removiendo y utilizando sus íntimas energías, y buscando en sus capas inferiores, como en las profundidades de una mina carbonífera, las fuerzas latentes, que no llegaron á extinguirse con la falta de ejercicio.

Olvidan, los que piensan de este modo, que su teoría, por muy brillantemente que la expongan, es insuficiente á explicar aquel fenómeno, constantemente repetido en la historia, de que las ideas vivificantes, preñadas de virtudes redentoras, *las ideas fuerzas*, para usar de una frase consagrada, han sido siempre sugeridas á la multitud por el pensamiento inicial de los grandes hombres; y que éstos, lejos de hallar facilidades para su propagación, hubieron de sellarlas con esfuerzos colosales, y muchas veces hasta con su sangre: que tal ha sido siempre la resistencia que opusieron á su entronizamiento la perezosa rutina, la ignorancia y la abyección de los pueblos, que por ellas, más tarde, se salvaron de la ruina.

En los tiempos que alcanzamos, constituye ya un lugar común de la oratoria política y patriotera esa vulgarizada especie de la salvación del pueblo por el pueblo, que van repitiendo por todas partes, hasta saturar la atmósfera moral, los que se creen llamados á pronunciar la fórmula de nuestro ya famoso empeño regenerador.

Por lo que á mí toca, propendo á dudar de cuanto por ahí se dice de los tesoros de energía vital que yacen en las entrañas del pueblo español. Más que un resultado de profunda y perseverante labor investigativa, encuentro en este generalizado concepto una pasajera manifestación de lo que el escritor

italiano Cogliolo ha llamado *la moda en la ciencia*, moda que nos hace víctimas de la obsesión de ciertas palabras ó frases consagradas por ella, y que se pronuncian con aire de suficiencia, creyendo que con su constante repetición tenemos ya resueltas las más difíciles cuestiones del orden práctico.

Hace poco reflejaba este optimismo nuestro incomparable Pérez Galdós, en una conversación referida por el ilustre periodista Morote á los lectores de uno de nuestros más difundidos periódicos (1). Aquel infatigable obrero de la inteligencia ha recorrido y recorre las provincias de España estudiando las más humildes y sencillas manifestaciones de la vida. A este propósito, renuncia á toda comodidad en sus viajes para ponerse en más íntimo contacto con las gentes; oye, observa y apunta, y así dice haber aprendido que su patria no se halla en el estado de atraso, ignorancia y agonía en que se la supone, induciendo que del fondo del alma nacional nos ha de venir la cura de nuestros males, que «médico de sí mismo, el pueblo español sanará», y que «se levantará este pueblo, que ya camina, aunque sus pasos no se oigan: tan alejados estamos de él...»

Declaro sinceramente que pongo toda mi fe en las palabras del maestro, cuando algunos renglones más arriba, en la misma interesante conversación, hace la crítica de los críticos de su última comedia; porque yo también, como el cura don Rafael de aquella hermosa producción escénica, *creo en Mariucha;* porque yo también encuentro miopes á los que no supieron ver en ella las grandezas de fondo, de verdad social, de intensa y duradera emoción artística, de formidable poder revolucionario...; pero esta misma declaración autorízame—sin riesgo de aparecer irrespetuoso con el pensamiento de una de nuestras más puras glorias nacionales — á manifestar que, para conocer perfectamente el estado psicológico y moral de un pueblo, se necesita una comunicación más íntima y perma-

(1) *Heraldo de Madrid*, 31 de Agosto de 1903.

nente que la que se obtiene mediante viajes y visitas, en cuyos relatos refléjase siempre la tendencia optimista, inseparable del espíritu de *dilettantismo* que se desarrolla al influjo de la inmensa variedad de tipos, paisajes, costumbres y caracteres que pasan sucesivamente ante la vista del observador.

Para proceder en aquel estudio sin riesgo de espejismos que nos conduzcan á reconstrucciones mentales totalmente alejadas de la realidad, hácese precisa una compenetración absoluta, que es casi imposible en las actuales costumbres; hay que *vivir*, en una palabra, la *vida* del pueblo para conocerle á fondo; y tal es el escollo en que tropiezan las más interesantes investigaciones, por lo general emprendidas y practicadas *desde fuera,* y acaso acaso *desde muy lejos*. Si se lograse infiltrar en el espíritu de las contadísimas personas de alguna cultura, que viven en íntimo y perseverante contacto con el pueblo, algo del espíritu *social* y humanamente *caritativo* que impulsa la vida contemporánea en los grandes centros de población, quizá de esa manera nos acercaríamos á obtener el elemento informativo que se necesita para apreciar el carácter del pueblo mismo, que hoy solamente *nos imaginamos* conforme al criterio de cada cual.

¡Ah! si el cura y el médico y el abogado y el notario rural y el juez de instrucción y los demás funcionarios que van á los pueblos á ejercer diferentes ministerios públicos, no llevasen ese espíritu de vulgaridad y ramplonería que les aleja por completo de la altísima misión pedagógico-social que podría ejercer cada uno de ellos; si en vez de convertirse en instrumentos de una tradición de holganza y de rutina, consagrando al enervante juego ó á la chismografía callejera ó de casino las prolongadas horas que les restan, después de cumplir forzosa y mecánicamente la cuotidiana faena *pro pane lucrando*, se dedicasen á convertir en substancia vivificante el fruto de las continuas observaciones á que les brinda el simple ejercicio de sus cargos; ¡ah! si los que nos vemos obligados á vivir, dirigiendo determinados aspectos de la con-

ducta, en alguno de esos apartados lugares en que la ruda lucha del trabajo se repite monótonamente cada día, sin que el trabajador haya podido vislumbrar aquellas regiones ideales—por ahora—en las que le es posible entregarse al ensueño de su emancipación; si los que tenemos que tratar al pueblo en su nativa estupidez, lejos de la influencia de esas modernas propagandas que, si no logran cambiar la condición social, cambian, al menos, la psicología de las muchedumbres, que viven en la fe de sus futuros resultados; si todos los que nos hallamos en este caso pusiéramos un poco de amor á ese pueblo, como voluntaria ofrenda nuestra, para la obra de su redención, entonces no tardaríamos en poder aquilatar el verdadero valor de sus fuerzas latentes; entonces se conocería mejor que se conoce ahora si el pueblo se basta á sí mismo, necesitando sólo dirección inteligente, ó si es necesario el advenimiento del héroe, del taumaturgo, del forjador y cincelador de sociedades, para crear de nuevo, desde los mismos fundamentos, la progresiva, culta, rica y emancipada que trata de levantarse.

Altamira, que es acaso nuestra primera autoridad en orden al conocimiento de la España íntima, ha confesado recientemente que cada día se siente caer más en el pesimismo, considerando en conjunto nuestro problema nacional; y ésta es hoy la última palabra del esclarecido escritor que lleva la voz de nuestros estudios históricos en los congresos europeos. La devoción sincera y perseverante que ha puesto este trabajador infatigable en la investigación de la psicología de nuestro pueblo, y el acendrado patriotismo que siempre le ha distinguido, alejan ahora toda suspicacia y obligan á pensar que tal vez es más fundado este rasgo de amargura, pronunciado á raíz de una comunicación con los representantes de la ciencia europea (1), que los frecuentes ditirambos con que

(1) *España en el Congreso Internacional de Ciencias históricas*, por Rafael Altamira (Roma, 1903), publicado en *La Lectura*. Año de 1903, página 477.

nuestra reinante superficialidad adorna los discursos de la bulliciosa y rutinaria patriotería.

No basta ahuecar la voz y emitir conceptos altisonantes; hay que contraer sagradas nupcias con la verdad, única tabla de salvación que nos resta; hay que castigar también el estilo hinchado y petulante que todos los que hablamos ó escribimos para el público somos propensos á emplear en nuestros escritos ó discursos—como si el público no pudiera oirnos sin bocina, sin máscara teatral ó sin algún otro disfraz de nuestros naturales medios de expresión.—Esta costumbre de emplear para todo un lenguaje académico y rebuscado, contribuye sobremanera al abuso de los tópicos de moda, que son los que acaban por entronizar ciertas ideas y las ingieren en el común sentir de las gentes, sin que una crítica positiva las avalore. Juzgo que en esto consiste gran parte del secreto de la gran difusión, entre el vulgo de los políticos, de esa pretendida virtualidad educadora y redentora de nuestras latentes energías populares.

V

He aludido de intento al contraste entre los juicios recientes de los dos literatos que son hoy, aunque por diferentes procedimientos, los más caracterizados investigadores de la *Psicología del pueblo español* (1), porque, siendo así, revela este contraste, entre otras cosas, la enorme dificultad del problema de que se trata; como lo revela también el hecho de las frecuentes vacilaciones y rectificaciones que se observan si-

(1) Altamira ha escrito un hermoso y altamente sugestivo libro con este título; y de Galdós, dice el eminente crítico González Serrano, para terminar su estudio de *Episodios nacionales* (en *Nuestro Tiempo*, número de Marzo de 1903), que en dicha obra se encuentra, mejor que en disertaciones indigestas, una psicología real y viva, como la que demanda Taine para la literatura, la *Psicología del pueblo español*.

guiendo atentamente el proceso mental de un solo investigador.

Es, en verdad, complejo cuanto interesante el problema; y brinda á trabajar con ahinco, precisamente desde ahora que se nos va revelando la primera orientación nacional en orden á las exploraciones de la intra-historia. Acaso la principal finalidad de las consideraciones que preceden no es otra que la de demostrar la importancia inmensa de esta labor. El arte y la ciencia—en aquella hermosa conjunción que proclama Unamuno (1) como la forma más elevada de la cultura intelectual, á la vez que como la más fecunda en resultados útiles para el progreso de ambas manifestaciones del espíritu—están llamados á colaborar en ella. No será poco si se logra que los que hoy vienen á trabajar con alientos de juventud en el empeño de la reforma social de nuestra patria, fijen su atención en la trascendencia de este previo problema del conocimiento de su psicología, para levantar sobre él una obra duradera y de sólida construcción.

El problema, por otra parte, es vastísimo, inmenso. Pudo un ministro afortunado establecer en España, casi puede decirse, por sorpresa, una de las principales instituciones en que se cifra la reforma social de los países más cultos; pudo aparecer aquí la legislación de *accidentes del trabajo*, sin violencia y casi sin discusión, aprovechando habilísimamente el señor Dato «la proverbial desidia de la raza latina, aumentada hasta la exageración en nuestra Península», como ha dicho y explicado maravillosamente el Sr. Ossorio Gallardo (2); desidia que impidió al elemento capitalista darse cuenta de la trascendencia del proyecto; pero una vez éste aprobado, aumentaron considerablemente las dificultades para proseguir la obra empezada de la legislación social. ¿Por qué? Porque aquel problema previo, que acabo de calificar de inmenso, estaba sin

(1) *En torno al casticismo*, pág. 191.
(2) Ver mi libro *Ley de accidentes del trabajo*, pág. 269.

resolver, ¡qué digo! sin plantear y hasta sin que de su existencia se tuviera aquí conocimiento; y así las cosas—apercibidos ya el capital y los intereses creados á la sombra de las leyes tradicionales, dispuestos á defenderse en todos sentidos, y aprovechando para ello el poder de inercia que lleva consigo todo *statu quo*,—cuando, al poco tiempo, quiso continuarse aquella obra, las almas generosas que en ella trabajaban se encontraron, por una parte, con la formidable resistencia de aquellos intereses, y por otra, con la esfinge de aquel problema pavoroso de la preparación del país, de su conocimiento íntimo, de los misterios que encerraba su psicología, problema que demandaba previa solución, no siendo suficiente haber acudido á los más acabados modelos de la legislación extranjera para implantar aquí la reforma social, porque todas las perfecciones de aquélla habían de estrellarse contra la roca inconmovible de las resistencias del carácter y del espíritu de la raza.

He ahí por qué nos importa, hoy más que nunca, el conocimiento de nosotros mismos. Y nos importa en varios respectos, pero muy principalmente en estos dos. Es el primero averiguar qué acervo de energías y predisposiciones acumula el pueblo español para la vida de *solidaridad* que constituye el fundamento y aspiración suprema de la reforma social; solidaridad en todos los órdenes y esferas de la coexistencia humana, que hoy se cumple defectuosamente y sólo *por imposición* de la naturaleza, que ha enlazado todos los medios y los fines, estableciendo entre ellos repercusiones inevitables, de aquellas que en el orden económico, por ejemplo, dan lugar á las llamadas *armonías* de la escuela de Bastiat; y solidaridad que, por el contrario, se pretende ahora hacer entrar en la categoría de las determinaciones *libres* y espontáneas, de suerte que cuando se hallen reunidos ambos caracteres en las relaciones humanas, ó, lo que es lo mismo, cuando nuestra solidaridad se trueque de *forzada* y *mutilada* en *total* y *voluntaria*, podremos enorgullecernos de haber conquistado la forma límite de la convivencia. Y en segundo lugar, es preciso conocer qué

preparación inmediata tiene la nacionalidad española para intentar y llevar á cabo la profunda revolución, de contenido social, que implica esa nueva vida de solidaridad perfecta. En este punto hácese preciso conocer el carácter y la tendencia dominante en sus instituciones y en sus costumbres y el alcance ó trascendencia que en ella ha tenido la revolución política. Porque, ya lo he dicho en otra parte (1), es muy dudoso que en España se haya consumado *por dentro* esa previa revolución, indispensable, á juicio de eminentes pensadores, para llevar á cabo pacíficamente la reforma social, que significa la emancipación del elemento obrero, la integración de su personalidad y, en una palabra, todo el contenido de la legislación de este nombre, que paulatinamente se va produciendo en los países más cultos. Y siendo esta última inaplazable, según he dicho también, impónese resolver si una y otra deben simultanearse, ó si ineludiblemente ha de ser terminada con prioridad aquella revolución política trascendental que, sin limitarse al eterno tópico de las formas, renueve por completo, en sus más íntimos motivos, todas las manifestaciones de nuestra vida ciudadana, extirpando radicalmente las enfermedades constitucionales de nuestro régimen, elevando el espíritu social á las cumbres de la vida moderna, haciendo surgir entre nosotros un estímulo de justicia inmanente y superior á todas las solicitaciones del egoísmo; en una palabra, aquella revolución profunda, substancial, interna, que consiste principalmente en una nueva aparición del cristianismo, cuyo espíritu marcha hace muchos siglos en corrientes subterráneas, y del que sólo flotan en la superficie las fórmulas, los ritos y toda clase de exterioridades, sin contenido espiritual, sin substancia ética, cuyos resultados no se ven en parte alguna (2).

(1) Discurso de Bilbao, citado en otra nota.

(2) De que esta cuestión se halla hoy en España á la orden del día, son elocuente testimonio las discusiones en que se halla empeñado el partido socialista obrero con motivo de la famosa proposición sobre su alianza electoral con los republicanos.

Doble aspecto del problema nacional, enfrente á las solicitaciones de la reforma que traen de todas partes los vientos del mundo, y que significa tanto como la doble cuestión que ha de resolver el labrador consciente y reflexivo, antes de arrojar las semillas en el surco, á saber: primeramente, si la naturaleza geológica y química del terreno es la adecuada para la germinación; y después de esto, si la tierra se halla suficientemente removida por el arado, y preparada por los abonos que el mismo labrador depositara en ella, para que la planta brote sin obstáculos materiales y adquiera nutrición y desarrollo suficiente para producir el codiciado fruto.

VI

Hablando con entera sinceridad, yo, que, por unos ú otros motivos, vivo, hace algunos años, en la más íntima y directa comunicación con el pueblo, puedo asegurar que no he sentido esos pasos de avance que algunos creen haber escuchado.

El pueblo español—al menos el que vegeta en esta vasta estepa castellana, en la que tiene asiento la que Unamuno ha llamado *casta histórica*, ó sea, el núcleo central determinante de nuestra nacionalidad—se distingue por un individualismo feroz, que destruye toda influencia educadora y moralizadora, empezando por la de la familia misma.

Es de notar que la familia constituye generalmente el modelo más puro y elevado de la sociedad cooperativa, y que la idea de un patrimonio y unas aspiraciones comunes en la misma son, no solamente el recuerdo más remoto y más enérgico de su historia, sino también el ideal de su constitución.

Pues bien: si nos detenemos á observar el desarrollo jurídico y social de la familia castellana, veremos cómo—tal vez á consecuencia de un régimen dotal y sucesoral, sostenido á pesar de su odiosidad, y consolidado á través de una tradición

perseverante—se marca una gran desviación de los referidos principios, viviendo los elementos familiares en una disociación honda y fatal, que produce un estado de anarquía en el seno de la sociedad más coherente por su naturaleza. El pueblo castellano es refractario á todo ideal colectivo de aquellos que suelen establecer una red de simpatías entre todos los miembros de una sociedad. En Castilla cada individuo es un esclavo del pensamiento obsesionante de su interés exclusivo, personalísimo, peculiar—de peculio;—y los actos de más trascendencia en la vida espiritual é íntima (amor, matrimonio, paternidad, muerte) no logran sobreponer su idealidad á los sórdidos afanes con que cada cual procura conservar, acrecentar y mantener diferenciado *su capital* económico exclusivo.

El régimen dotal, arraigado hasta la médula de la raza, introduce un sistema de desconfianzas que hace imposible la perfecta fusión de las personalidades. Padres, hijos y esposos mantiénense, en este respecto, absolutamente separados; y lo que constituye el síntoma más desconsolador es que á nadie sonroja esta modalidad, que pone la codicia y la mala fe como supuesto normal de la constitución de la familia.

En los centros de alguna cultura, el refinamiento de la vida, las exigencias del trato social y, á veces, la hipocresía, vienen á poner un correctivo á las crudezas del sistema; pero en el campo, y en las pequeñas localidades, alejadas de aquellos estímulos, obsérvase constantemente que el hombre, «lobo para el hombre», lo es desde la misma cuna, y los odios familiares por causa de intereses, no atenuados por la educación, adquieren formas del todo primitivas y salvajes.

Consecuencia que se deriva de estos hechos es la que, si la emancipación y el progreso moral del hombre se determinan en el sentido de una cada vez más grande y más consciente y más libre *solidaridad*, hay que reconocer que nada existe más alejado de este ideal que aquel grosero y absorbente individualismo incrustado en el alma castellana, y que se revela, del mismo modo que en el ejemplo referido,—el más típico, porque

implica una verdadera aberración antinatural,—en todas y cada una de las manifestaciones de su existencia.

Así se desarrolla la vida jurídica del pueblo en medio de una lucha de egoísmos é insinceridades, por una parte, de recelos y suspicacias, por la otra, que excluyen toda noción de fraternidad. El contrato, lejos de ser aquí la fórmula suprema de la libertad en las relaciones económicas,—concepto que hoy se agita entre las más elevadas representaciones de la ciencia sociológica, que empiezan á volver los ojos hacia el olvidado *pacto* de Rousseau, para encontrar en él sugestiones de génesis social nada despreciables (1),—el contrato no puede significar aquí otra cosa que un lazo tendido por la mala fe de los unos sobre la candidez é impericia de los otros; lazo de la sordidez y la miseria moral, apretado y garantido por una ley que no sabe penetrar en el alma de las relaciones humanas,—véase un cuadro de altísima sugestión, en este punto, en *El tanto por ciento*, de López de Ayala;—lazo mantenido y fomentado por el leguleyo, que destruye por completo los más íntimos y substanciales ligámenes de la sociedad, que hace desaparecer aquella *afectio societatis* tan necesaria para constituir un todo coherente, y deja sólo en su lugar un conjunto de individuos que conviven sobre un territorio, mirándose siempre con recelo, como eternos enemigos, con necesidades, aspiraciones, fines y medios de una incompatibilidad irreductible, siempre apercibidos á la defensa del uno contra el otro y jamás á la cooperación, que pudiera producir tan provechosos resultados para todos.

Así vemos el estado de atraso y de primitiva miseria en que yacen la mayor parte de los pueblos del centro, de la médula de España, sin vías de comunicación para el cambio de productos, porque las preocupaciones de sus odios recíprocos son más fuertes que los estímulos de su comodidad; pueblos que pasan la vida implorando de limosna, al Estado, á la Di-

(1) Ver Unamuno, *En torno al casticismo*, pág. 74.

putación ó á cualquier otro agente tutelar, aquello mismo que, con un poco de solidaridad, pudieran conseguir por sí mismos mediante esfuerzos comunes encaminados al mismo fin; pueblos dominados por la pereza, indiferentes á todo, que padecen fatigas y penalidades sin cuento, porque su espíritu rutinario y su organización ruda y sin idealidad los hace preferir aquellos esfuerzos propios de la bestia, al noble empeño emancipador que necesitan para convertir su trabajo en trabajo de hombres...

¿A qué continuar? Individualismo brutal, pereza, rutina corporal y absoluta falta de mentalidad, indiferencia, resignación estúpida, ausencia completa, no ya de ideales, de los que es incapaz en su organización psíquica rudimentaria, sino hasta de otras necesidades físicas que las que se satisfacen con un pedazo de pan duro y negro y escaso—y téngase en cuenta el inmenso poder civilizador de los refinamientos de la vida:—tal es por dentro el pueblo castellano de los campos y de las pequeñas localidades, el núcleo fundamental de la vida popular en España.

Para completar el cuadro, para averiguar si existen gérmenes de cultura y de progreso, ó, por lo menos, ideales ó aspiraciones, que puedan aprovecharse, en otras clases sociales, en los elementos de la población concentrada en las ciudades, en los obreros de la industria y en su organización societaria, en la juventud ilustrada, en los partidos políticos, en las Universidades y demás centros pedagógicos, en la religión, el arte, el comercio, etc., etc., necesitaríamos llenar infinidad de páginas, repitiendo á cada paso la eterna queja que produce en labios de todo observador sincero el estado de atraso, de general incultura, y principalmente la falta de espíritu social, que obliga á señalar deficiencias y vicios radicales en todas nuestras costumbres y nuestras instituciones (1).

(1) Véanse las *Consideraciones generales* que se hacen sobre este asunto en el cap. III de mi libro *Ley de accidentes del trabajo*.

Renuncio á esta tarea, porque es preciso concluir, y porque los hechos que pueden aportarse en comprobación de tan entristecedoras verdades están grabados en la memoria de todos los españoles, y, agrupados ó dispersos, han sido ya consignados en multitud de escritos. En España no hay espíritu social, no hay sed de justicia, no hay solidaridad voluntaria, ni en las alturas ni en las capas inferiores; hay sólo una lucha de intransigencias y dogmatismos, blancos, negros, azules, rojos... todos ellos con el espíritu inquisitorial encarnado en los redaños de la raza. El mismo socialismo, que en todas partes es hoy *tendencia, movimiento, aspiración*, algo difuso y abierto á todos los que comulgan en ideales de solidaridad, aquí pretende seguir encerrado en fórmulas dogmáticas y atrincherado en baluartes berroqueños. No discuto el sistema, que acaso constituya una virtud, en las actuales circunstancias; señalo sólo el hecho, como prueba de la irresistible influencia de nuestros hábitos mentales, y dejo para otra ocasión el discurrir acerca de este carácter de *nuestro* socialismo.

Prescindo de detalles conocidísimos, y concluyo, afirmando que en España es indispensable una *causa exterior* para levantar el espíritu nacional, porque en el pueblo no existen gérmenes ni tendencias que á ello nos aproximen. Los que han afirmado haber oído los pasos de avance de este pueblo, no han podido señalar su dirección ó rumbo fijo; concrétanse á repetir que hay anhelos y energías latentes. Son vaguedades y frases hechas que no resisten á un severo y razonado análisis introspectivo; son generosas ilusiones de quienes se esfuerzan en atribuir al pueblo y á sus soñadas virtudes los rasgos de idealidad y de energía que ellos mismos supieron infundirle, trabajando con ahinco, día tras día, en la labor titánica de su educación, que se han propuesto como fin supremo.

He aquí la clave del misterio: esos infatigables trabajadores han visto reflejarse muchas veces en el espejo de las aguas muertas, que yacen en la superficie de la vida popular, la imagen de las hermosas construcciones que habían brotado de la

mente de ellos, cuando, llenos de amor á la humanidad doliente, se esforzaban por hallar una fórmula de remedio á sus intensos sufrimientos; y, por un fenómeno de espejismo, que constituye en ellos un rasgo de suprema modestia, han creído después que aquellas construcciones ideales eran la expresión de algo grande y generoso que latía en las entrañas del pueblo mismo, atribuyéndose sólo un trabajo de exploración, allí donde, en realidad, eran ellos los verdaderos creadores de la materia sobre la que laboraban. Así se explica el optimismo de algunos, á quienes no puede ser aplicado el calificativo de inconscientes patrioteros y fonógrafos del monoseado lugar común, que cuadra, por lo general, á gran parte de los que, en discursos y proclamas, repiten el socorrido tópico de la salvación del pueblo por el pueblo.

Por conclusión de todo lo dicho, es necesario afirmar que la anhelada reforma ó regeneración social requiere el hombre ú hombres en cuyo espíritu haya de forjarse y modelarse previamente; que el pueblo es incapaz de realizarla por sí mismo ni de suministrar estímulos y materiales suficientes para llevarla á cabo; y que no siendo posible, por otra parte, que surja en cada época y en cada nación el hombre superior, el héroe, el taumaturgo que infunda con su aliento nueva vida y levante con su colosal esfuerzo toda una sociedad agonizante, impónese la necesidad de un método de higiene y curación, que han de llevar á cabo, con espíritu progresivo, los que por sus talentos y virtudes cívicas deban ser constituídos como directores de la vida social en cada colectividad organizada. Método por el cual, á partir de la superficie exterior, se vaya poco á poco infiltrando aquel espíritu en las sucesivas capas hasta llegar al corazón, á la médula del pueblo, al alma de las instituciones, que á la terminación de este proceso resultará radicalmente modificada.

El instrumento adecuado, el vehículo indispensable de la reforma paulatina que ha de llevarse á cabo por el indicado procedimiento, no puede ser otro que el de la legislación, cuyo

poder educador no podrá menos de reconocer quien haya observado los fenómenos de psicología social que se producen en una colectividad inculta ó de cultura rudimentaria al anuncio de la promulgación de una ley nueva que venga á quebrantar la rutina de sus prácticas, y ante la presencia de los encargados de ejecutar aquella ley. La curiosidad que se desarrolla entonces en torno de esos acontecimientos es suficiente á producir un estímulo ó movimiento progresivo, que, por lo general, no se repite hasta que nuevos fenómenos de la misma índole se manifiestan en el mismo medio.

Una *legislación social* prudente y sabia, establecida conforme á un plan orgánico, que se vaya desarrollando sin vacilaciones ni retrocesos, será, por consiguiente, en España el más poderoso factor de la reforma de nuestro carácter, así como el vehículo que ha de conducir desde la superficie hasta el fondo, desde la forma hasta la esencia, aquel espíritu de solidaridad, que, por este proceso, se irá transformando, poco á poco, de necesaria en libre, de parcial en total, de imposición de la naturaleza animal en suprema aspiración del sér humano, para que bajo su reinado se desarrolle la vida de paz, justicia y amor en que se cifra la perfecta y acabada reforma social, que, en España y en el mundo entero, es el ideal de las almas grandes.

Hipólito González Rebollar

LA LOCURA DEL DOCTOR MONTARCO

Conocí al Dr. Montarco no bien hubo llegado á la ciudad; un secreto tiro me llevó á él. Atraían, desde luego, su facha y su cara, por lo abiertas y sencillas que eran. Era un hombre alto, rubio, fornido, de movimientos rápidos. A la hora de tratar á uno hacíale su amigo, porque si no habría de hacérselo no dejaba que el trato llegase á la hora. Era difícil averiguar lo que en él había de ingénito y lo que había de estudiado: de tal manera había sabido confundir naturaleza y arte. De aquí que mientras unos le tachaban de ser afectado y afectada su sencillez, creíamos otros que en él era todo espontáneo. Es lo que me dijo y repitió muchas veces: «Hay cosas que, siendo en nosotros naturales y espontáneas, tanto nos las celebran, que acabamos por hacerlas de estudio y afectación; mientras hay otras que, empezando á adquirirlas con esfuerzo y contra nuestra naturaleza tal vez, acaban por sernos naturalísimas y muy propias».

Por esta sentencia se verá que no fué el Dr. Montarco, mientras estuvo sano de la cabeza, el extravagante que mucha gente decía, ni mucho menos; sino más bien un hombre que en su conversación vertía juicios atinados y discretos. Sólo á las veces, y ello no más que con personas de toda su confianza, como llegué yo á serlo, rompía el freno de cierta contención y se desbordaba en vehementes invectivas contra las gentes que le rodeaban y de las que tenía que vivir. En esto denunciaba el abismo en que fué al cabo á caer su espíritu.

En su vida era uno de los hombres más regulares y más

sencillos que he conocido; ni coleccionaba nada—ni siquiera libros—ni le conocí nunca monomanía alguna. Su clientela, su hogar y sus trabajos literarios: tales eran sus únicas ocupaciones. Tenía mujer y dos hijas, de ocho y de diez años, cuando llegó á la ciudad. Vino precedido de un muy buen crédito como médico; pero también se decía que eran sus rarezas lo que le obligó á dejar su ciudad natal y venir á aquella en que le conocí. Su rareza mayor consistía, según los médicos sus colegas, en que siendo un excelente profesional, muy versado en ciencias médicas y en biología, y escribiendo mucho, jamás le dió por escribir de medicina. A lo que él me decía una vez, con su especial estilo violento: «¿Por qué querrán esos imbéciles que escriba yo de cosas del oficio? He estudiado medicina para curar enfermos y ganarme la vida curándolos. ¿Los curo? ¿Sí? Pues entonces que me dejen en paz con sus majaderías y no se metan donde no los llaman. Yo me gano la vida con la mejor conciencia posible, y una vez ganada, hago con ella lo que se me antoja, y no lo que se les antoja á esos majagranzas. No puede usted figurarse bien qué insondable fondo de miseria moral hay en ese empeño que ponen no pocas gentes en enjaular á cada uno en su especialidad. Yo, por el contrario, hallo grandísimas ventajas en que se viva de una actividad y para otra. Usted recordará las justas invectivas de Schopenhauer contra los filósofos de oficio».

A poco de llegar á la ciudad, y cuando ya empezaba á hacerse una más que regular clientela y á adquirir renombre de médico serio, cuidadoso, solícito y afortunado, publicó en un semanario de la localidad su primer cuento, un cuento entre fantástico y humorístico, sin descripciones y sin moraleja. A los dos días le encontré muy contrariado, y al preguntarle lo que le pasaba, estalló y me dijo:—¿Pero usted cree que voy á poder resistir mucho tiempo la presión abrumadora de la tontería ambiente? ¡Lo mismo que en mi pueblo, lo mismito! Y lo mismo que allí, acabaré por cobrar fama de raro y loco, yo, que soy un portento de cordura, y me irán dejando mis clien-

tes, y perderé la parroquia, y vendrán los días de miseria, desesperación, asco y cólera, y tendré que emigrar de aquí como tuve que emigrar de mi propio pueblo.

—¿Pero qué le ha pasado?—le pregunté.

—¿Qué me ha pasado? Que son ya cinco las personas que se me han acercado á preguntarme qué es lo que me proponía al escribir el cuento ese, y qué quiero decir en él y cuál es su alcance. ¡Estúpidos, estúpidos y más que estúpidos! Son peores que los chiquillos que rompen los muñecos para ver qué tienen dentro. Este pueblo no tiene redención, amigo; está irremisiblemente condenado á seriedad y tontería, que son hermanas mellizas. Aquí todos tienen alma de dómine; no comprenden que se escriba sino para probar algo ó defender ó atacar alguna tesis, ó con segunda intención. A uno de esos memos que me preguntó por el alcance de mi cuento le repliqué: «¿Le divirtió á usted?» y como me dijera: «hombre, como divertirme, sí me divirtió; la cosa no deja de tener gracia; pero...» Al llegar al pero le dejé con él en la boca, dándole las espaldas. Para ese mamarracho no basta tener gracia. ¡Almas de dómines! ¡Almas de dómines!

—Pero...—me atreví á empezar.

—Hombre, no me venga usted también con peros—me atajó;—déjese de eso. La roña infecciosa de nuestra literatura española es el didactismo; por dondequiera el sermón, y el sermón malo; todo cristo se mete aquí á dar consejos y los da con cara de corcho. Una vez cogí la *Epístola moral á Fabio* y no pude pasar de los tres primeros versos: se me atragantó. Esta casta carece de imaginación, y por eso sus locuras todas acaban en tontería. Es una casta ostruna, no le dé usted vueltas, ostruna; ostras, ostras y nada más que ostras. Todo sabe aquí á tierra. Vivo entre tubérculos humanos; no salen de tierra.

No escarmentó, sin embargo, y volvió á publicar otro cuento más fantástico y más humorístico que el primero. Y recuerdo que me habló de él Fernández Gómez, cliente del doctor.

—Pues señor—me decía el bueno de Fernández Gómez,—no sé qué hacer después de estos dos escritos de mi doctor.

—¿Y por qué?

—Porque me parece peligroso ponerme en manos de un hombre que escribe cosas semejantes.

—¿Pero á usted le cura bien?

—¡Oh, eso sí, no tengo la menor queja! Desde que me puse en sus manos, voy á su consulta y sigo sus prescripciones, me va mucho mejor y noto de día en día que voy mejorando; pero... esos escritos... ese hombre no debe de andar bien de la cabeza... eso es una olla de grillos...

—No haga usted caso, D. Servando; yo le trato mucho, como usted sabe, y nada he observado en él. Es un hombre muy razonable.

—El caso es que sí, cuando se le habla responde acorde y todo lo que dice es muy sensato; pero...

—Mire usted, yo prefiero que me opere bien, con ojo y pulso seguros, un hombre que diga locuras (y éste no las dice), á no que un señor muy sesudo, soltando sensateces como puños de Pero Grullo, me descoyunte y destroce el cuerpo.

—Así será... así será... pero...

Al día siguiente le pregunté al Dr. Montarco por Fernández Gómez, y me contestó secamente:—¡Tonto constitucional!

—¿Y qué es eso?

—Tonto por constitución fisiológica, *a nativitate*, irremediable.

—Yo le llamaría á eso tonto absoluto.

—Tal vez... porque aquí lo constitucional y lo absoluto se confunden; no es como en política...

—Dice que la cabeza de usted debe de ser una olla de grillos...

—Y la suya y la de sus congéneres, ollas de cucarachas, que son grillos mudos. Al fin los míos cantan, ó chirrían, ó lo que sea.

Algún tiempo después publicó el doctor su tercer relato,

éste ya agresivo y lleno de ironías, burlas é invectivas mal veladas.

—Yo no sé si le conviene á usted publicar esas cosas—le dije.

— Oh, sí, necesito echarlas fuera; si no escribiera esas atrocidades acabaría por hacerlas. Yo sé lo que me hago.

—Hay quien dice que no sientan bien en un hombre de su edad, de su posición, de su profesión...—le dije por tentarle.

Y, en efecto, saltó y exclamó:

—Lo dicho, lo dicho, se lo tengo á usted dicho mil veces: tendré que marcharme de aquí, ó me moriré de hambre, ó me volverán loco, ó todo junto. Sí, todo junto: tendré que irme, loco, á morirme de hambre. ¡Mi posición! ¿A qué llamarán posición esos porros? Créame: no saldremos en España de unos marroquíes empastados, y mal empastados, pues estaríamos mejor en rústica; no saldremos de eso mientras no entremos porque el Presidente del Consejo de Ministros escriba y publique un tomo de epigramas ó de cuentos para los niños, ó un sainete mientras es Presidente. Arriesga con eso su prestigio, dicen. Y con lo otro arriesgamos nuestro progreso. ¡Qué estúpidamente graves somos!

Y así, arrastrado por un fatal instinto, se puso el Dr. Montarco á luchar con el espíritu público de la ciudad en que vivía y trabajaba. Esforzábase cada vez más por ser concienzudo y exacto en el cumplimiento de sus deberes profesionales, cívicos y domésticos; ponía un exquisito cuidado en atender á sus clientes estudiándoles las dolencias; recibía afablemente á todo el mundo; con nadie era grosero; hablaba á cada cual de lo que podía interesarle, procurando darle gusto, y en su vida privada continuaba siendo el marido y el padre ejemplar. Pero cada vez eran sus cuentos, relatos y fantasías más extravagantes, según se decía, y más fuera de lo corriente y vulgar. Y la clientela se le iba retirando y se iba haciendo el vacío en su derredor. Con esto su irritación mal contenida iba en aumento.

Y no fué esto lo peor, sino que empezó á tomar cuerpo é ir hinchándose y redundando un rumor maligno, y fué la acusación de soberbia. Sin motivo alguno que lo justificara empezó á susurrarse que el Dr. Montarco era un espíritu soberbio, un hombre lleno de sí mismo, que se tenía por un genio y á los demás tenía por pobres diablos incapaces de comprenderle por entero. Se lo dije, y en vez de estallar en una de aquellas sus acostumbradas diatribas, como yo esperaba, me contestó con calma:

—¿Soberbio yo? Sólo los tontos son de veras soberbios, y francamente, no me tengo por tonto; no llega mi tontería á tanto. ¿Soberbio? ¡Si pudiésemos asomarnos los unos al brocal de la conciencia de los otros y verles el fondo! Sí, sé que me tienen por desdeñoso de los demás, pero se equivocan. Es que no los tengo por aquello en que se tienen ellos mismos. Y además, si entrara en descubrirle más por dentro mi corazón, ¿qué es eso de soberbia y empeño de prepotencia y otros estribillos así? ¡No, amigo mío, no! el hombre que trata de sobreponerse á los demás es que busca salvarse; el que procura hundir en el olvido los nombres ajenos es que quiere se conserve el suyo en la memoria de las gentes, porque sabe que la posteridad tiene un cedazo muy cerrado. ¿Usted se ha fijado en un mosquero alguna vez?

—¿Qué es eso?—le pregunté.

—Una de esas botellas con agua dispuestas para cazar moscas. Las pobres tratan de salvarse, y como para ello no hay más remedio que encaramarse sobre otras y así navegar sobre un cadáver en aquellas estancadas aguas de muerte, es una lucha feroz á cuál se sobrepone á las demás. Lo que menos piensan es en hundir á la otra, sino en sobrenadar ellas. Y así es la lucha por la fama, mil veces más terrible que la lucha por el pan.

—Y así es—añadí—la lucha por la vida. Darwin...

—¿Darwin?—me atajó.—¿Conoce usted el libro *Problemas biológicos*, de Rolph?

—No.

—Pues léalo usted. Léalo y verá que no es el crecimiento y la multiplicación de los seres lo que les pide más alimento y les lleva, para conseguirlo, á luchar así; sino que es una tendencia á más alimento cada vez, á excederse, á sobrepasar de lo necesario, lo que les hace crecer y multiplicarse. No es instinto de conservación lo que nos mueve á obras, sino instinto de invasión; no tiramos á mantenernos, sino á ser más, á serlo todo. Es, sirviéndome de una fuerte expresión del P. Alonso Rodríguez, el gran clásico, «apetito de divinidad». Sí, apetito de divinidad. «¡Seréis como dioses!» así tentó, dicen, el demonio á nuestros primeros padres. El que no sienta ansias de ser más, llegará á no ser nada. ¡O todo ó nada! Hay un profundo sentido en esto. Díganos lo que nos dijere la razón, esa gran mentirosa que ha inventado, para consuelo de los fracasados, lo del justo medio, la *aurea mediocritas*, el «ni envidiado ni envidioso» y otras simplezas por el estilo; diga lo que dijere la razón, la gran alcahueta, nuestras entrañas espirituales, eso que llaman ahora el Inconciente (con letra mayúscula) nos dice que para no llegar, más tarde ó más temprano, á ser nada, el camino más derecho es esforzarse por serlo todo.

La lucha por la vida, por la sobre-vida más bien, es ofensiva y no defensiva; en esto acierta Rolph. Yo, amigo, no me defiendo, no me defiendo jamás; ataco. No quiero escudo, que me embaraza y estorba; no quiero más que espada. Prefiero dar cincuenta golpes y recibir diez, á no dar más que diez y no recibir ninguno. Atacar, atacar, y nada de defenderse. Que digan de mí lo que quieran; no lo oiré, no me entero de ello, cierro los oídos, y si á éstos, á pesar de mis precauciones para no oirlo, me llega lo que dicen, no lo contesto. Si nos dieran siglos por delante, antes les convencería yo á ellos mismos de que son tontos, y vea si es esto difícil, que ellos á mí de que estoy loco ó de que soy soberbio.

—Pero ese sistema puramente ofensivo, amigo Montarco... —empecé.

—Sí—me atajó,—tiene sus quiebras, y sobre todo un gran peligro, y es que el día en que me flaquee el brazo, ó la espada me quede mellada, aquel día me pisotean, me arrastran y me hacen polvo. Pero antes se saldrán con la suya: me volverán loco.

Y así fué. Yo empecé á sospecharlo desde que le oía hablar tan á menudo de ello y tronar contra la razón. Acabaron por volverle loco.

Entercóse en proseguir con sus relatos, relatos tan fuera de lo aquí, en España, corriente, y á la vez en no salir del género tan razonable de vida que llevaba. La clientela se le fué alejando; llegó la penuria á llamar á las puertas de su casa, y, para colmo de males, ni encontraba revistas ó diarios que admitieran sus trabajos, ni su nombre ganaba terreno en la república de las letras. Y todo ello concluyó en que unos cuantos amigos suyos tuvimos que hacernos cargo de su mujer y sus hijas y llevarle á él á una casa de salud, porque su agresividad de palabra iba en aumento.

Recuerdo como si fuera ayer, la primera vez que le visité en la casa de salud en que fué recluído. El director, el doctor Atienza, había sido condiscípulo del Dr. Montarco y le profesaba gran cariño.

—Ahí está—me dijo,—estos días más tranquilo y encalmado que al principio. Lee algo, muy poco, porque estimo contraproducente el privarle en absoluto de lectura. Lo que más lee es el *Quijote*, y si usted coge su ejemplar y lo abre al acaso, es casi seguro que se abrirá por el capítulo XXXII de la parte II, en que se trata de la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, aquel grave eclesiástico que en la mesa de los Duques reprendió duramente al caballero andante. Vamos á verle, si usted quiere.

Y fuimos.

—Me alegro que venga usted á verme—exclamó así que me hubo visto, y levantando la vista del *Quijote*;—me alegro. Estaba pensando si, á pesar de lo que nos dice Cristo, según el

versillo 22 del capítulo V de San Mateo, estamos ó no autorizados á emplear el arma prohibida.

—¿Y cuál es el arma prohibida?—le pregunté.

—«Quien llamare tonto á su hermano, es reo del fuego eterno». ¡Vean, vean qué sentencia tan terrible! No dice quien le llame asesino, ó ladrón, ó bandido, ó estafador, ó cobarde, ó hijo de mala madre, ó cabrón, ó liberal, no; sino dice quien le llame «tonto». Esa, esa es el arma prohibida. Todo se puede poner en duda menos el ingenio, la agudeza ó el buen juicio ajenos. ¿Y cuando le da al hombre por presumir de algo? Papas ha habido que se tenían por latinistas y que se hubieran ofendido menos de que se les tuviera por herejes que de haberles acusado de incurrir en solecismos al escribir latín, y hay graves cardenales que más puntillo ponen en pasar por castizos que en ser tenidos por buenos cristianos, y para quienes la ortodoxia no es más que una mera consecuencia de la casticidad. ¡El arma prohibida! ¡El arma prohibida! Vean la comedia política; se acusan los actores de las cosas más feas, se inculpan embozadamente de graves faltas; pero cuidan de llamarse elocuentes, hábiles, intencionados, talentudos... «Quien llamare tonto á su hermano, es reo del fuego eterno». Y, sin embargo, ¿saben por qué no avanza más el progreso?

—Porque tiene que llevar á cuestas á la tradición—me aventuré á decirle.

—No, no, sino porque es imposible convencerles á los tontos de que lo son. El día en que los tontos, que son todos los hombres, se convenciesen de verdad de que lo son, el progreso tocaría á su término. El hombre nace tonto... Pero quien llame tonto á su hermano es reo del fuego eterno. Y reo de él se hizo aquel grave eclesiástico «destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables...»

—¿Lo ve usted?—me dijo por lo bajo el Dr. Atienza;—se sabe de memoria los capítulos XXXI y XXXII de la parte segunda de nuestro libro.

—Reo del infierno se hizo, digo—continuó el pobre loco,—aquel grave religioso que con los Duques salió á recibir á Don Quijote y con él se sentó á la mesa, frontero á él, á hacer por la vida; y luego, lleno de saña, de envidia, de estupidez, de todas las bajas pasiones cubiertas con capa de sensatez y buen juicio, amenazó al Duque con que tenía que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hacía aquel buen hombre... Llamó *buen hombre* á Don Quijote, el muy majadero y grave eclesiástico, y luego le llamó Don Tonto. ¡Don Tonto! ¡Don Tonto! ¡Don Tonto al más grande loco que vieron los siglos! ¡Reo del fuego eterno! Y en el infierno está.

—Acaso no sea más que en el purgatorio, porque la misericordia de Dios es infinita—me atreví á decir.

—Pero la falta del grave eclesiástico, que es España y nada más que España, es enorme, enormísima. Aquel grave señor, genuina encarnación de la parte de nuestro pueblo que se cree culta; aquel insoportable dómine, después de levantarse mohino de la mesa y llamarle sandio á su señor, al que le daba de comer, creo que por no hacer nada de provecho, y de decir aquello de «mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras; quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar»; después de decir esto, y «sin decir más ni comer, se fué». Se fué, pero no del todo, sino que anda por ahí dando y quitando patentes de sensatez y cordura... ¡Es terrible! ¡Es terrible! En público le llaman á Don Quijote «loco sublime» y otra porción de cosas así que han oído; pero en el retiro de su corazón, y á solas, le llaman Don Tonto. Ya ve usted: Don Quijote, que por irse tras un imperio, el imperio de su fama, dejó á Sancho Panza el gobierno de la Insula. ¡Don Quijote! ¿Y qué fué ese pobre Don Tonto? ¡Ni siquiera ministro! Y después de

todo, ¿para qué crió Dios el mundo? Para su gloria, dicen; para manifestar su gloria. ¿Y hemos de ser nosotros menos?... ¡Soberbia! ¡Soberbia! ¡Satánica soberbia!, claman los impotentes. Vengan, vengan acá, vengan todos esos graves señores infestados de sentido común...

—Vámonos—me dijo por lo bajo el Dr. Atienza,—porque se exalta.

Con una excusa cortamos la entrevista y me despedí de mi pobre amigo.

—Le han vuelto loco—me dijo el Dr. Atienza, así que nos vimos solos;—han vuelto loco á uno de los hombres más cuerdos y cabales que he conocido.

—¿Cómo así?—le pregunté.

—La mayor diferencia entre los locos y los cuerdos—me contestó—es que éstos, aunque piensan locuras, á no ser que sean tontos de remate, porque entonces no las piensan; aunque las piensan, digo, ni las dicen ni menos las hacen; mientras que aquéllos, los que llamamos locos, carecen del poder de inhibición, no son capaces de contenerse. ¿A quién, como no llegue su falta de imaginación á punto de imbecilidad, no se le ha ocurrido alguna vez alguna locura? Ha sabido contenerse. Y si no lo sabe, ó da en loco ó en genio, mayor ó menor, según la locura sea. Es muy cómodo hablar de ilusiones; pero créame usted que una ilusión que resulte práctica, que nos lleve á un acto que tienda á conservar ó acrecentar ó intensificar la vida, es una impresión tan verdadera como la que puedan comprobar más escrupulosamente todos los aparatos científicos que se inventen. Ese necesario repuesto de locura, llamémosla así, indispensable para que haya progreso; ese desequilibrio sin el cual llegaría pronto el mundo espiritual á absoluto reposo, es decir, á muerte, eso hay que emplearlo de un modo ó de otro. Este pobre doctor Montarco lo empleaba en sus fantásticos relatos, en sus cuentos y fantasías, y así se libraba de ello y podía llevar la vida tan ordenada y tan sensata que llevaba. Y realmente aquellos relatos...

—¡Ah!—le atajé.—Son profundamente sugestivos; están llenos de sorprendentes puntos de vista. Yo los leo y releo, porque nada aborrezco más que el que me vengan diciendo lo mismo que yo pienso. Leo de continuo aquellos cuentos sin descripciones ni moraleja. Me propongo escribir un estudio sobre ellos, y abrigo la esperanza de que una vez que se le ponga al público sobre la pista, acabará por ver en ellos lo que hoy no ve. El público ni es tan torpe ni tan desdeñoso como creemos; lo que hay es que quiere que se le den las cosas mascadas, ensalivadas y hechas bolo deglutible para no tener más que tragar; cada cual harto tiene con ganarse la vida, y no puede distraer su tiempo en rumiar un pasto que le sabe áspero cuando se lo mete á la boca. Pero los comentaristas sacan á flote á escritores así, como el doctor Montarco, en quien sólo se leía la letra y no el espíritu.

—Pues usted sabe—reanudó el doctor—que caían en el vacío. Su extrañeza misma, que en otro país les hubiera atraído lectores, espantábalos aquí de ellos. A cada paso y ante la cosa en el fondo más sencilla, se decían estas gentes ahitas de bazofia didáctica: «y aquí, ¿qué quiere decir este hombre?» Usted sabe lo que ocurrió: la clientela le fué dejando, á pesar de que curaba bien; las gentes dieron en llamarle loco, á pesar de la cordura de su vida; se le acusó de pasiones de que en el fondo, y á pesar de las apariencias, estaba libre; se rechazaron sus escritos; la miseria llamó á su puerta, y le obligaron á decir y hacer las locuras que antes pensaba y vertía en sus escritos.

—¿Locuras?—le interrumpí.

—No, no eran locuras, tiene usted razón, no lo eran; pero han conseguido que acaben por serlo. Yo, que le leo ahora, desde que le tengo aquí, comprendo que el error estuvo en empeñarse en ver un escritor de ideas en uno que, como este desgraciado, no lo era. Sus ideas eran una excusa, una primera materia, y tanta importancia tienen en sus escritos como las tierras de que se valiera Velázquez para hacer las drogas

con que pintaba ó el género de piedra en que talló Miguel Angel su Moisés. ¿Qué diríamos del que para juzgar de la Venus de Milo hiciese, microscopio y reactivos en mano, un detenido análisis del mármol en que está esculpida? Las ideas no son más que materia prima para obras de filosofía, de arte ó de polémica.

—Siempre he creído lo mismo—le dije,—pero veo que es una de las doctrinas que más resistencia encuentra en nuestro pueblo. Una vez, viendo jugar á unos ajedrecistas, asistí al más intenso drama de que he sido espectador. Aquello era terrible. No hacían sino mover las figurillas, dentro de los cánones del juego y sin salirse del casillero, y sin embargo no puede usted figurarse ¡qué intensa pasión, que tensión de espíritu, que derroche de energía vital! Los que seguían sólo las peripecias del juego creían asistir á una vulgar partida, pues lo cierto es que jugaban los dos medianamente; pero yo atendía al modo de coger las piezas y ponerlas, al silencio solemne, al ceño de los jugadores. Hubo una jugada, de las peores y más vulgares por cierto, un jaque que no remató en mate, que fué extraordinaria. Usted hubiera visto cómo empuñó, con la mano toda, su caballo y lo puso dando un golpe sobre el tablero, y cómo exclamó: ¡jaque! ¡Y aquellos dos hombres pasaban por dos jugadores vulgares! ¿Vulgares? De seguro que Morphi ó Filidor lo eran mucho más. ¡Pobre Montarco!

—Sí, ¡pobre Montarco! Y hoy no le ha oído usted sino cosas razonables... Rara, muy rara vez desbarra por completo, y cuando le da por desbarrar se finge un personaje grotesco, al que llama el consejero privado Herr Schmarotzender; se pone una peluca, se sube en una silla y declama unos discursos llenos de espíritu, unos discursos en que palpitan las ansias eternas de la humanidad, y al concluirlos y bajarse de la silla me dice: «¿No es cierto, amigo Atienza, que hay mucho de verdad en el fondo de estas locuras del pobre consejero privado Herr Schmarotzender?» Y la verdad es que muchas veces he pensado en lo que hay de justo en ese sentimiento de

veneración y respeto con que se rodea á los locos en algunos países.

—Hombre, me parece que debe usted abandonar la dirección de esta casa...

—No tenga usted cuidado, amigo. No es que yo crea que á estos desgraciados se les rasgue el velo de un mundo superior que nos está velado; es que creo que dicen cosas que pensamos todos y por pudor ó vergüenza no nos atrevemos á expresar. La razón, que es una potencia conservadora y que la hemos adquirido en la lucha por la vida, no ve sino lo que para conservar y afirmar esta vida nos sirve. Nosotros no conocemos sino lo que nos hace falta conocer para poder vivir. Pero ¿quién le dice á usted que esa inextinguible ansia de sobrevivir no es revelación de otro mundo que envuelve y sostiene al nuestro, y que, rotas las cadenas de la razón, no son estos delirios los desesperados saltos del espíritu por llegar á ese otro mundo?

—Me parece, y usted me dispense lo rudo de lo que voy á decirle, me parece que en vez de estar usted asistiendo al doctor Montarco, es el doctor Montarco el que le asiste á usted. Le están haciendo mella los discursos del señor consejero privado.

—¡Qué sé yo! Lo único que le aseguro es que cada día me confino más en esta casa de salud, pues prefiero cuidar locos á tener que sufrir tontos. Aunque lo peor es que hay muchos locos que son á la vez tontos. Ahora me dedico muy en especial al doctor Montarco. ¡Pobre Montarco!

—¡Pobre España!—le dije, le dí la mano, y nos separamos.

Duró poco en la casa de salud el Dr. Montarco. Le invadió una tristeza enorme, un abrumador aplanamiento y acabó por sumirse en una tozuda mudez, de la cual no salía más que para suspirar: «ó todo ó nada... ó todo ó nada... ó todo ó nada...» Su mal fué agravándose y acabó en muerte.

Luego que hubo muerto, registraron el cajón de su mesa,

hallando en él un voluminoso manuscrito que tenía escritas al frente estas palabras:

Ó TODO Ó NADA

Ruego que, así que yo muera, se queme este manuscrito sin leerlo.

No sé si el Dr. Atienza resistiría ó no la tentación de leerlo, ni sé si, cumpliendo la última voluntad del loco, lo quemó.

¡Pobre Dr. Montarco! ¡Descanse en paz, que bien mereció paz y descanso!

MIGUEL DE UNAMUNO

DESOLACIÓN

¿Á quién confiaré mi pena?

El crepúsculo. Gruesos copos de nieve giran perezosamente en torno de los mecheros de gas que se acaban de encender, y se posan, formando una capa blanda y fina, sobre los tejados, sobre las grupas de los caballos, sobre los hombros y los sombreros. El cochero Iona Potapof está blanco como un fantasma. Plegado sobre sí mismo, tanto como puede plegarse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace ningún movimiento; aunque cayera sobre él todo un montón de nieve, no experimentaría, á lo que parece, la necesidad de desembarazarse de ella. Su caballejo permanece también igualmente inmóvil y blanco. Por la angulosidad de sus formas, la rigidez de sus patas, la inmovilidad, se parece, hasta de cerca, á un caballito de pan de higo de un kopek. Está, evidentemente, sumido en sus pensamientos. En efecto: después de haber sido arrancado á su arado, á sus paisajes habituales y grises, y de haber sido lanzado á aquel abismo lleno de fuegos monstruosos, de incesante ruido y de gentes que corren, ¡cómo no pensar en todo eso!

Hace ya mucho tiempo que Iona y su caballo no se han meneado; han salido de la cochera poco después de la comida, y no se han *estrenado* aún... Y la niebla de la noche cae sobre la ciudad. Los innumerables fuegos de los faroles reemplazan

á la luz viva. La agitación bulliciosa de la calle llega á su mayor fuerza.

—Cochero, cuartel de Viborg—oye Iona de repente.

Iona se estremece, y al través de sus pestañas, pegadas por la nieve, ve á un oficial con capote y la capucha echada.

—Cuartel de Viborg—repite el oficial.—¿Estás durmiendo? ¡Cuartel de Viborg!

Iona, en signo de consentimiento, tira de las riendas, y este movimiento hace que caiga la nieve de sus hombros y de la grupa del caballo. El oficial se sienta en el trineo. Iona excita con la boca á su caballo, se inclina hacia delante, tiende un cuello de cisne, y, más por costumbre que por necesidad, hace sonar el látigo. El caballo también alarga el cuello, dobla sus piernas rígidas, y se pone en marcha con paso indeciso.

—¿Por dónde vas, animal?—oye exclamar Iona, desde los primeros pasos, en la masa negra que sube y baja.—¿Por dónde diablo vas? Toma á la derecha.

El oficial se enfada.

—¿No sabes guiar?... Toma á la derecha.

Un cochero de lujo jura; un transeunte que atraviesa la calle, y á quien han rozado la espalda las narices del caballo, mira á Iona de un modo furioso, y se sacude. Iona, como si estuviera sobre alfileres, se vuelve en su asiento, menea los codos á derecha é izquierda, mueve los ojos, como un hombre á quien el vapor ciega, y tiene aspecto de no comprender en dónde está ni por qué está allí.

—¡Qué imbéciles!—exclama el oficial.—Se diría que se han puesto de acuerdo para ponerse delante del caballo.

Iona se vuelve hacia su parroquiano y mueve los labios.

Quisiera decir algo, pero no sale de su garganta sino un sonido ronco.

—¿Qué?—pregunta el oficial.

Una sonrisa contrae la boca de Iona, hace un esfuerzo y dice con voz sorda:

—Mi hijo, señor... ha muerto esta semana.

—¿Eh?... ¿De qué ha muerto?

Iona vuelve el busto y dice:

—¿Quién lo sabe?... De la fiebre probablemente... Ha estado tres días en el hospital, y ha muerto. Hágase la voluntad de Dios.

—¡Ten cuidado!—exclama una voz en las sombras.—¿Vas ciego? Abre los ojos.

—Anda, anda—dice el oficial,—ó no llegaremos hasta mañana... Arrea un poco.

El cochero tiende de nuevo el cuello, se yergue y agita el látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero el oficial ha cerrado los ojos y no parece dispuesto á escucharle.

El oficial baja en el cuartel de Viborg, y Iona queda parado en aquel sitio, sin menearse. La nieve blanquea de nuevo á su caballo... Pasa una hora, luego otra.

Tres jóvenes llegan disputando. El uno es bajo y jorobado; los otros dos son altos y delgados.

—Cochero, al puesto de policía—grita con voz cascada el jorobado.—Los tres, veinte kopeks.

Iona tira de las riendas y castañetea los labios. Veinte kopeks es un precio irrisorio, pero no piensa en el precio. Un rublo ó cinco kopeks, todo le es lo mismo ahora, con tal de llevar gente. Los jóvenes, empujándose y diciendo palabras gruesas, se acercan al trineo y quieren subir los tres á un tiempo. Discuten sobre quiénes han de sentarse y quién ha de permanecer en pie. Tras un largo debate, deciden que el jorobado, como más pequeño, permanezca en pie.

—Vamos, anda—dice el jorobado, instalándose y soplando en el cuello de Iona.—¡Arrea! ¡Y tienes un sombrero, amigo!... No se encontraría uno semejante en Petersburgo.

Iona ríe:

—¡Jí, jí!... Así es...

—Bueno, arrea, arrea... ¿Vas á ir á este paso todo el tiempo?

—La cabeza se me parte...—dice uno de los dos mayores.

—Ayer noche, en casa de los Doukmassov, Vaska y yo hemos bebido cuatro botellas de coñac.

—No comprendo que se mienta así—exclamó indignado el otro alto.—Miente como un animal.

—Que Dios me castigue si no es cierto.

—Tan cierto como que tose una gallina.

Iona sonríe:

—¡Jí, jí! Son señores alegres.

—¡Que el diablo te...!—exclama el jorobado.—¿Quieres andar, viejo apestoso? ¡Valiente paso! Arrea, arrea firme.

Iona siente detrás de su espalda el cuerpo que se mueve y la voz que tiembla del jorobado; oye las injurias que le dirige, ve á las gentes, y el sentimiento de la soledad comienza insensiblemente á suavizarse en él. Los dos altos se ponen á hablar de una tal Nodejda Petrovna.

Iona se vuelve hacia ellos á cada momento.

Aprovechando un minuto de calma, murmura:

—Esta semana... he perdido á un hijo...

—Todos morimos—suspira el jorobado, enjugándose los labios después de un acceso de tos.—Vamos, arrea. De prisa. Señores, así no podemos ir. ¿Cuándo vamos á llegar?

—Reanímale un poco pegándole en el cuello.

—¿Lo oyes, viejo? Si gastáramos cumplidos con vosotros, habría que ir á pie. ¿Lo oyes, serpiente Gorinytch (1)? ¿Te burlas de lo que decimos?

Y Iona, aunque no los ve, oye el ruido de los golpes que le pegan.

—¡Jí, jí... son señores alegres! Dios les conserve la salud.

—Cochero. ¿Estás casado?—pregunta uno de los altos.

—¿Yo? ¡Jí, jí! Mi mujer es ya bajo la tierra húmeda; ¡jí, jí! la tumba, vamos. Ya ven, mi hijo ha muerto y yo vivo. ¡Qué

(1) Serpiente que desempeña un gran papel en los cuentos populares rusos.

cosas! La muerte se ha equivocado de puerta... En lugar de venir á mí, ha ido á mi hijo.

Y Iona se vuelve para contar cómo ha muerto su hijo.

Pero el jorobado, lanzando un ligero suspiro, anuncia que, gracias á Dios, han llegado... Iona recibe sus veinte kopeks y se queda mirando á los jóvenes, que desaparecen por un portal sombrío.

¡Solo otra vez! Y una vez más empieza el silencio... Su pena, un instante calmada, renace y angustia su pecho con una fuerza mayor. Los ojos de Iona recorren ansiosos los grupos de gentes que se apresuran por los dos lados de la calle; ¿no se hallará entre aquellos miles de personas alguna que le oyera? Pero las gentes pasan sin fijarse en él ni en su pena...

¡Pena enorme, sin límites! Si el pecho de Iona estallara y su angustia se esparciese, parece que inundaría el mundo entero, y, sin embargo, nadie la ve.

Iona ve á un agente y se decide á hablar con él.

—Amigo—le dice,—¿qué hora puede ser?

—Las nueve dadas... ¿Por qué te paras aquí?—le responde el agente.—Sigue.

Iona avanza algunos pasos, se recoge sobre sí mismo y se entrega á su pena... Ve ya que dirigirse á las gentes es trabajo perdido.

Y no han transcurrido cinco minutos, cuando levanta la cabeza como si sintiera un dolor agudo, y tira de las riendas... No puede más... «Al relevo—se dice,—al relevo».

El caballo, como si lo comprendiera también, empieza á trotar. Al cabo de una hora y media, Iona está sentado junto á una gran estufa sucia. Otras personas roncan tumbadas en el suelo. Hay una atmósfera irrespirable... Iona mira á los que duermen, se rasca la cabeza y se arrepiente de haber vuelto tan pronto.

«Ni siquiera he ganado mi avena—piensa;—por esto me aburro... Un hombre que hace lo que debe hacer, cuando ha comido y su caballo también, está siempre tranquilo.»

Un cochero joven se levanta desde un rincón, se queja medio dormido y va á coger un jarro de agua.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Pues bien, á tu salud. ¿No sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? Es una historia.

Iona quiere ver el efecto que han producido sus palabras, pero no ve nada. El cochero se ha vuelto á tapar la cabeza, y duerme. Iona suspira... Va á hacer ya una semana que su hijo ha muerto, y todavía no ha podido decírselo tranquilamente á nadie. Habría que decirlo con orden, reposadamente; contar cómo su hijo cayó enfermo, cómo sufrió, lo que dijo antes de morir y cómo murió... Habría que contar su entierro. Le queda una hija en el pueblo, Anisia; también habría que hablar de ella. ¡Quisiera hablar de tantas cosas!... El que le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle. Contárselo á las mujeres sería mejor aún; son tontas, pero basta con dos palabras para hacerlas llorar.

«Tengo que ir á ver á mi caballo—se dice Iona. —¡Ya tendrás tiempo de dormir! No tengas miedo, dormirás bastante.»

Va á la cuadra.

Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo que hace.

No puede pensar en su hijo cuando está solo. Podría hablar de él con alguien; pero pensar en él estando solo y representárselo en vida, es atrozmente penoso.

—¿Comes?—pregunta á su caballo.—Vamos, come, come. Puesto que no hemos ganado para avena, comamos heno... Sí... Ya estoy viejo para hacer de cochero... A mi hijo le iba bien, pero no á mí. Él era un verdadero cochero. No tenía más que vivir.

Iona se calla un rato, y luego dice:

—Sí, caballo, así es. Ya no tenemos á Kouzma Yougtch... Ha querido dejarnos. Le cogió así de repente, y ha muerto sin motivo... Mira, supongamos que fueras padre de una jaca, y

que, de pronto, esa jaca te dejara solo; ¿no serías desgraciado?

El caballo come, escucha y sopla sobre las manos de su amo.

Iona se olvida de que es un sér irracional, y se lo cuenta todo.

ANTÓN TCHEKHOV

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*El Ateneo* (Lima).—Un documento inédito de Lagasca.—El historiador Betanzos.—Tratamiento de indios.=*Revista Nacional* (Buenos Aires).—Heráldica argentina.—La cosecha del cauchú en la región del Amazonas.=*Cuba y América*.—Los juegos florales de Matanzas en 1861 y la Avellaneda.—Las poesías de Luaces.—Los restos de José María Heredia.—Los indios quichés de Guatemala.=*España* (Buenos Aires).—La piscicultura antigua y moderna.—Deber de los editores españoles.—Ediciones baratas de clásicos.—Centro de información comercial argentina.=*La Quincena* (El Salvador).—Fiestas eclesiásticas en 1680.—Un libro en defensa de España.=Memento bibliográfico.

La figura de Lagasca es una de las más interesantes en la larga serie de nuestros gobernantes coloniales, y también una de las más características de la época á que perteneció. Su psicología fué trazada con gran acierto por Salillas, en una conferencia del Ateneo, y desde entonces puede decirse que el pacificador del Perú dejó de pertenecer al tesoro escondido de los eruditos, para pasar á la cultura general histórica de los españoles no especialistas.

Claro es que, siendo quien fué Lagasca, toda noticia nueva á él referente ofrece un gran interés. *El Ateneo*, de Lima, nos proporciona (tomo VI, núm. 29) una de esas noticias en forma de documento, que á la vez ilustra la biografía del historiador Juan Díez de Betanzos, ya acometida por el insigne Jiménez de la Espada, pero todavía llena de obscuridades. El documento es una provisión, hallada original en el Archivo de Lima por D. Carlos A. Romero, y en ella se habla de los

servicios militares prestados por Betanzos con Francisco Pizarro, especialmente durante el sitio de la ciudad de los Reyes por los indios. Betanzos fué uno de los que se mantuvieron leales á la autoridad legítima en medio de las turbulencias que trajo la rivalidad de Pizarro y Almagro. Así lo hace constar el documento: «E... servistes á Su Magestad en ser lengua del Gobernador Vaca de Castro, mediante lo cual tomaba entendimiento de cualquier negocio y cosas de lo que los señores naturales destos reynos con él querían negociar é negociaban para sosiego é quietud é buen tratamiento dellos, y lo mismo continuasteis á hacer con el Visorey Blasco Núñez Vela, siendo intérprete á todos los negocios que con los naturales se ofrecieron, dando claridad de todo lo que pedían, é dándoles á ellos á entender el amor que Su Magestad les tenía é lo que en sus negocios se proveía: é questando en la ciudad de los Reyes cuando prendieron al dicho Visorey, os hallastes en su servicio. Y entrado en ella Gonzalo Pizarro, y haciéndose recibir por fuerza por Gobernador destos dichos reynos, os salistes della y os venistes á esta ciudad del Cuzco por no hallaros con él en la revelión y tiranías que conseguía; é con el buen celo que teníades al servicio de Su Magestad sirviendo en la Real Armada que estaba en el puerto de Santa, é con gran deseo de saber el estado de los negocios destos reynos é de Gonzalo Pizarro é los suyos, acudiendo á su real voz, fuistes á la dicha Real Armada el primer hombre que salió del dicho campo del dicho Gonzalo Pizarro, y distes razón y cuenta verdadera á los capitanes que en ella estaban, de los negocios de la tierra y de Gonzalo Pizarro, porque mediante esto la dicha Real Armada mejor entendiese lo que habían de hacer en la pacificación destos reynos; y en ella os embarcastes y venistes sirviendo á Su Magestad hasta el puerto de la ciudad de los Reyes, de donde por más servir fuistes en mi busca y me topastes en Chuquinguay, donde os metistes debajo del estandarte real, é servistes de lengua, intérprete en las cosas que á los caciques é señores destos reynos se ofreció negociar con

ellos y mandarles, así para su conservación como por las cosas tocantes al servicio de Su Magestad».

Betanzos tomó parte activa en la batalla del valle de Xaquixaguana, en la cual fueron vencidos Gonzalo Pizarro y los suyos. Pero no sólo prestó servicios de este orden. El documento menciona también con gran estimación el de haber traducido al idioma de los indios la doctrina cristiana. En pago de todo, Lagasca, como gobernador del Perú, concede á Betanzos el repartimiento de indios y caciques principales que antes tuvo en la provincia de Chiquicache Antonio de Mendoza. Las prevenciones que la concesión contiene en punto al trato de los indígenas son sumamente interesantes.

Se previene á Betanzos, en primer término, que «dejéis á los caciques sus mujeres é hijos é indios de su servicio» y que los adoctrine y haga adoctrinar «en las cosas de nuestra santa fe católica»; y además, que á todos los indígenas comprendidos en el repartimiento «los tratéis bien, é procuréis su conservación, pidiéndoles tributos moderados y tales que buenamente los puedan dar, con apercibimiento que si en ello excediéredes, alliende de ser penado, se vos mandará tomar la demasía en parte de pago de lo que adelante hobiéredes de haber, conforme á la tasación que de los tales tributos que hobieren de dar los dichos indios se hiciere. Y por ser cosa notoria que con las guerras y alteraciones pasadas habidas en estos dichos reynos quedan los naturales desmenuídos, cansados y fatigados é faltos de comida, é si no fuesen sobrellevados y reservados de trabajo este presente año, dándoles tiempo para poder hacer sus sementeras suficientes y echalles semillas para ello, está claro el daño que adelante se seguirían así á los españoles como á los dichos naturales. Por tanto vos encargo é mando que por todo un año, primero siguiente, sobrellevéis los indios del dicho repartimiento lo más que pudiéredes para que tenga efecto este beneficio».

La provisión lleva fecha de 28 Agosto 1548, y va firmada por el propio «Licenciado Gasca». Betanzos vivió hasta pri-

mero de Marzo de 1576. Su primera mujer, doña Angelina, era hermana del inca Atahualpa. La segunda fué doña Catalina de Velasco, en quien tuvo cuatro hijos. De otras relaciones irregulares le nacieron otros cuatro, á quienes reconoció.

D. Juan W. Gez diserta, en el número de Junio (1903) de la *Revista Nacional* (Buenos Aires), sobre heráldica argentina. La creación oficial del escudo de armas de la nueva república fué hecha por decreto de la Asamblea Constituyente del año XIII, y á ella siguió la del sello, en que al parecer colaboraron el general Alvear y el Dr. Monteagudo, siendo grabador el cuzqueño Juan de Dios Rivera. Un mes después mandóse acuñar moneda de oro y plata en Potosí, con los mismos atributos.

Al sobrevenir la anarquía de 1820 y romperse la primitiva unidad nacional, las provincias autónomas procuraron tener sus escudos especiales. Una de las provincias formadas fué la de San Luis, en la cual, al constituirse la dictadura de Rosas, se grabó un sello que representa las armas provinciales, y cuya descripción es como sigue: tres cerros (los tres principales de la Carolina) y sobre ellos el sol. Al pie de los cerros, un cuadrúpedo mirando al sol.

«Este animal significaría la época de prosperidad de la provincia, que databa, según el nombrado gobernador Calderón, desde el gobierno *modelo y progresista* del omnipotente argentino.

»En el centro del escudo, y al pie de los *cerros*, llevaría esta inscripción:

»LA PROVINCIA DE SAN LUIS AL ILUSTRE GENERAL ROSAS; y en el círculo, LE CONSAGRA GRATITUD ETERNA POR SU EXISTENCIA Y LIBERTAD.

»El cerro de Famatina se denominó desde entonces *Cerro del general Rosas*, tal vez rememorando las medallas y monedas batidas en Buenos Aires en honor del tirano, en que figuran los Cerrillos, estancia de la Guardia del Monte, guarida del déspota y punto de partida de su preponderancia en la

masa inculta de la vasta campaña, que le sirvió de pedestal para llegar á las alturas del poder ilimitado.

Las otras provincias de Cuyo no hacen figurar cerros, apareciendo sólo la leyenda *rosina* y las laudatorias en tinta roja, color de la divisa de Rosas y de su partido.

El sello del gobernador Calderón se usó en todos los documentos de la época de la tiranía, hasta 1852 en que fué derribada por el general Urquiza en los campos de Caseros.

A partir de este suceso, se borró la inscripción mencionada y se usó con la sola leyenda al pie de los cerros: LA PROVINCIA DE SAN LUIS.»

Introdujeron luego algunas variantes: orla de laurel; dos venados que se miran frente á frente, al pie de los cerros. Tal como quedó después de estas modificaciones, el autor opina que es uno de los escudos más hermosos y originales de América, y lo comenta en esta forma:

«Los cerros simbolizan la fortaleza y su riqueza mineral; el *sol*, el astro rey de la tradición incásica que ilumina los destinos del nuevo Estado, desde su redención política; los VENADOS al pie, los más hermosos representantes de su rica fauna aborigen; los *laureles* que lo orlan, como los de la nación, los atributos del triunfo y de la gloria; y los *lazos* de cinta que los unen por debajo, los símbolos de la unión que hace la fuerza y labra la prosperidad de los pueblos, á que ha de llegar esa provincia, en días más venturosos y no lejanos, mediante la inteligencia y el verdadero patriotismo de sus buenos hijos».

En su número de Julio, la misma *Revista Nacional* trae curiosos datos sobre los árboles de cauchú del Perú, en la región del Amazonas, limítrofe con Bolivia y el Brasil. Los datos están tomados de un artículo que publicó el diario *El Tiempo*, de Lima. Según ellos, la cifra actual de la población de aquel territorio sube á 8.000 personas, á saber: 2.000 en Alto Junía, 3.000 en Taramacá y 3.000 en Bajo Junía, procedentes todas ellas de los recolectores del cauchú (caucheros), exploradores y descubridores de aquellas tierras.

En efecto, y después de los primeros que allí arriban en poco número, la crisis del cauchú en el Yavary (donde en 1895 llegó á haber 20.000 peruanos) atrajo á los explotadores al Junía Alto y allí fueron reconcentrándose.

«El comercio de importación y exportación del Juruá se hace por los varaderos del Tamaya y Abujao y por la boca del Juruá mismo; pero la primera de estas rutas es penosa y difícil, y la segunda, aunque cara, cómoda, como que toda es fluvial y se recorre á vapor.

»Como es natural, todos prefieren para la exportación la ruta de la Boca y Manaos; la de los varaderos é Iquitos, sólo los que están muy cerca de dichos varaderos.

»El Juruá es navegable en todo su curso en los meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo; en los demás meses, sólo hasta el Yarahuacá.

»No tenemos á la mano datos estadísticos de la importación del Juruá por la Boca y Manaos, pero sí de exportación en los últimos años.

»Helos aquí:

	Kilos de goma.
1896	2 235.000
1897	2.234.000
1898	2 987 000
1899	4.235 000
1900	5 029.000
TOTAL	16 720 000

»Fácilmente se comprende que por lo menos la tercera parte de esta enorme cantidad de goma, que, módicamente calculada á dos soles el kilo, llega á libras 3.404.000, es goma procedente de Juruá peruano; y no necesitamos decir que los derechos de exportación los ha cobrado íntegramente el gobierno brasileño.

»En cambio, el comercio del Juruá por los varaderos no pa-

sa de 100.000 soles en importación y 200.000 en exportación, y este mismo miserable comercio lo dificultamos por cuantos medios se nos ocurre, invocando los intereses del fisco.

»Para terminar, manifestaremos que el Perú ha ejercido y ejerce jurisdicción en el Alto Juruá, pudiendo citarse como hechos que lo acreditan, aparte del cobro de impuestos, jamás objetado por nadie, y del mantenimiento de un comisario, que en la actualidad lo es D. Efrain Ruiz, acaudalado comerciante peruano, el envío de una expedición militar por el exdelegado Sr. Quiroz, en 1897, para abrir una trocha entre el Yamaya y el Amoña; el contrato celebrado en 1898 entre el gobierno peruano y D. Ricardo Polish Coroy para unir por medio de un ferrocarril el Tamaña y el Alto Juruá, contrato de que se ocupó la prensa inglesa; y finalmente, las gestiones del exdelegado Dr. Capelo para establecer una aduanilla en el Alto Juruá, habiendo el referido funcionario llegado hasta nombrar el empleado que debía servirla.»

El número de Septiembre de *Cuba y América* está dedicado, casi en su totalidad, á la ciudad de Matanzas. Contiene noticias históricas curiosísimas sobre la imprenta en Matanzas de 1813 á 1834, sobre el poeta Milanés, el licenciado José Elías Hernández, etc. De todas ellas, la que probablemente interesará más á mis lectores es la relativa á *Los primeros juegos florales del Liceo de Matanzas en 1861 y la Avellaneda.* No hay para qué decir que se trata de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la inspirada poetisa cubana, en cuyo honor vino á darse aquella fiesta literaria. Fué su celebración el día 9 de Octubre, y la Avellaneda se trasladó á Matanzas desde Cárdenas, donde residía con su marido, á sazón teniente gobernador de aquella ciudad.

El salón del Liceo estaba decorado con gran lujo. Presidía la sesión el gobernador D. Pedro Esteban, y asistía lo más granado del mundo intelectual matancero. El primer premio de los Juegos lo obtuvo el poeta Federico Milanés por su *Oda á la muerte de Quintana.* Fué la Avellaneda quien repartió los

premios, terminando así la primera parte de la fiesta. La segunda estuvo especialmente dedicada á la gran poetisa, á quien entregó el Liceo un hermoso ramo de laurel.

El número de 11 de Octubre de la misma revista está dedicado á conmemorar el trigésimoquinto aniversario de la revolución de 1857, reproduciendo íntegro el tomo de poesías que en ese año publicó Luaces, cuya fama va pareja con la de Heredia y la Avellaneda. La edición de 1857 fué sólo de 1.000 ejemplares y circuló poco. Modernamente era desconocida, y aunque en ella no figuran las mejores composiciones de Luaces (la oda *Al trabajo*, la oda á Cyrus Field, etc.), es interesante. Al frente de la colección va la biografía del poeta, escrita por Calcagno en 1867.

En el número de 15 de Noviembre, el Sr. Escoto habla de *Los restos de José María Heredia*. Heredia murió en la ciudad de México en Mayo de 1839, y se le enterró en el panteón del Santuario de Nuestra Señora de los Angeles. De allí lo trasladó su viuda, en 1844, al cementerio de Santa Paula, de la misma ciudad.

«No era aquel monumento de descanso eterno ni un nicho ni una bóveda, sino un pedestal de piedra pintada de color obscuro, de un metro de altura ó poco más; en la parte superior se colocaba una caja de metal de bastante capacidad para contener los restos; para cubrir la caja y que le sirviera á la vez de adorno, tenía una urna en forma de farol, hecha con vidrios negros para que no se viese la caja interior, y como color más propio al caso, en los vidrios se ponían las inscripciones con letras doradas. Guardaba alguna semejanza con los fanales que para el mismo objeto se usaron en otras edades, modificado lo más sencillo posible para su costo. El que compró la familia Heredia, no obstante, después de terminado, con los derechos, le subió aquél á quinientos pesos.

»La vidriera que cubría los restos del poeta tenía en sus cuatro costados la siguiente inscripción, que la familia conserva copiada entre sus papeles, firmada por los Sres. Pom-

poso Fernández de San Salvador y Juan Oraz y Guzmán; dice así:

El licenciado D. José María Heredia falleció el día 7 de Mayo de 1839, de edad de 35 años. Varios de sus amigos y compañeros dedican á su grata memoria el siguiente

EPITAFIO

Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo,
Pero le hacen la ciencia, la poesía
Y la pura virtud que en su alma ardía,
Inmortal en la tierra y en el cielo.

»Trasladóse á Cuba la viuda, y allí murió; y cuando años después, la hija del poeta, D.ª Loreto, trató de inquirir el estado de la sepultura de su padre, halló que el cementerio de Santa Paula se había cerrado y los restos en él existentes trasladado al cementerio de Tepeyac, pero sin que pudiera determinarse á qué sitio de éste.»

Y así continúan las cosas. El articulista no se resuelve á permanecer en la general ignorancia, y con plausible devoción á la memoria de Heredia, pide que se investigue seriamente en el cementerio citado, por si los restos del gran poeta no fueron á confundirse, con otros anónimos, en el osario común y se colocaron aparte. Lícita es la esperanza; pero lo más probable es que, como el mismo autor escribe, «la autoridad eclesiástica encargada de la administración de los cementerios diera el aviso de clausura de aquel camposanto, llamando á los interesados á que hiciesen por su cuenta los traslados de aquellos restos que exigían gastos; y como la familia de Heredia faltaba de México y ninguno de los parientes allá residentes se interesó en el asunto, los restos del poeta, mezclados con otros que se hallaron en el mismo caso, fueron trasladados á Tepeyac á discreción de la persona encargada de la operación, quien ya por ignorancia, ya no demostrando ningún interés, si conocía la fama de Heredia no tuvo el cuidado de distinguirlos, perdiéndose así tan preciados restos».

En otro número de *Cuba y América* (13 Septiembre) se dan curiosas noticias sobre *Los indios quichés* de Guatemala. Son éstos, según el articulista, descendientes de los antiguos toltecas, cuyas costumbres practican todavía en gran parte. Su principal ocupación es la agricultura, aunque son también muy expertos en las labores de hilar, tejer y teñir, y fabrican preciosas telas de lana y algodón adornadas con dibujos muy originales. Su carecterística consiste en la laboriosidad y el buen grado con que reciben la civilización.

«Se supone á los *quichés* completamente convertidos al catolicismo, pero hay motivos para creer que su catolicismo es muy atenuado, ó, si se quiere, que está muy mezclado con sus antiguas creencias. Sus sacerdotes nativos, llamados *ajkeetz*, celebran extrañas ceremonias que recuerdan las que se efectuaban antes de la conquista. Sobre altares de piedra situados en apartados lugares de las montañas, hacen los sacerdotes sus ofrendas, sacrificios é invocaciones. Se dice que antiguamente—no garantizamos la noticia—los *quichés* hacían anualmente el sacrificio de un niño vivo, que arrojaban al cráter de un volcán, como ofrenda al dios que suponían habitaba en el interior de la montaña.

»Hace algunos años, en uno de los grandes lagos en cuyas orillas existe gran número de pueblos *quichés*, navegó por primera vez un vapor, con gran sorpresa de los indios, que vieron en aquello una profanación del lago. Cierto día, mientras el vapor arrastraba una gran lancha, fué ésta á pique, ahogándose las personas y el ganado que conducía. Los indios atribuyeron el incidente al dios del lago, que había querido castigar la profanación de que había sido objeto. Para aplacar sus furores, los indics le ofrecieron secretamente varios sacrificios.

»Hasta hace poco, los sacerdotes indios bautizaban á los recién nacidos en un arroyo de agua, sacrificando al mismo tiempo un pollo ó un pavo vivo y plantando un grano de maíz. Cuando la planta que salía del grano daba su fruto, se reco-

gía éste cuidadosamente y confeccionaban con él un pastel, que se comía en una gran fiesta.»

Una de las mayores calamidades que sufren los indios es el aguardiente hecho de salvado y de la caña de azúcar, cuyo uso abusivo les embrutece, como á los demás indios y á los indígenas africanos. Por caso excepcional, se cita un pueblo *quiché* en que está severamente prohibida la venta de licores y se castiga con rigor á los borrachos.

El Gobierno argentino ha contratado al profesor yanqui John W. Tibcomb para estudiar y proyectar la mejor manera de promover en aquella República la explotación de las pesquerías. Con este motivo, D. Ignacio Vázquez publica en *España* (número de 9 de Noviembre) un curioso resumen de la historia de aquellas industrias, para desvirtuar la opinión de muchas gentes de la Argentina, en quienes las conferencias de Tibcomb han producido la errónea idea «de que se trata de un asunto nuevo ó poco conocido, algo así como un secreto que aprovechan singularmente los Estados Unidos».

El Sr. Vázquez comienza citando ejemplos de Roma, de China y de la Edad Media. En Alemania existían muchos grandes estanques dedicados á la piscicultura. Los que en El Escorial mandó construir Felipe II también servían para aquel fin.

La piscicultura puede proponerse uno de estos tres fines: propagación de especies nuevas, repoblación de las extinguidas ó que amenazan desaparecer, facilitación de la reproducción natural en sitios peligrosos para la seguridad de los peces.

«El primer paso dado para la creación ó invención de esa industria se debe, según un documento del año 1420, á un monje llamado *Dom Pinchon,* de la Abadía de Réome (Francia).

»El procedimiento que empleó *Dom Pinchon* fué despreciado en su época, como lo fué el del sueco *Lund*, á mediados del siglo XVIII, que hizo ensayos satisfactorios en las márgenes del lago de Koxen. En 1765 la *Revista de Hannover* pu-

blicó la descripción de un procedimiento para realizar la piscicultura artificial, procedente de investigaciones que hizo el célebre naturalista Buffon en vista del resultado de un invento de que le dió cuenta en 1758 el alemán *Jacobi*, quien parece desconocía los ensayos que anteriormente se habían hecho.

»*Jacobi* montó en Hamburgo y otros puntos varios establecimientos de piscicultura, base de un lucrativo comercio; pero no fué seguido su ejemplo hasta la primera mitad del siglo XIX, en que fué introducido en Inglaterra el procedimiento de *Jacobi* por John Saw, Drumond y Boccius, con resultados prácticos, pues se consiguió la repoblación de varios ríos con truchas.

»En 1843 un pescador de La Bresce, pueblecito de los Vosgos, llamado *José Remy*, asociado á su amigo *Gehin*, recibieron del prefecto del Departamento una medalla de bronce y una gratificación de cien francos por su procedimiento para la piscicultura artificial, que estaba basado en la misma idea de *Jacobi*, aun cuando *Remy* no tuvo el menor conocimiento de la invención de aquél, sino que su obra fué el resultado de observaciones y estudios propios, que le impulsó á llevar á cabo la disminución que observaba de la pesca en los alcoyos donde solía ganar su sustento, por causas que impedían la reproducción normal y natural de las truchas.

»El mérito de este nuevo descubrimiento hubiera quedado relegado al olvido también, si el célebre naturalista Quatrefages no hubiese presentado al Instituto de Francia, en 1848, una interesantísima memoria sobre la piscicultura artificial, en la cual recomendaba el empleo de la caja incubadora inventada por *Jacobi* en 1758.

»Ese hecho dió origen á una discusión pública, en la cual se relataron los brillantes resultados que obtuvieron en 1843 los modestos pescadores de los Vosgos, *Remy* y *Gehin*, que fueron debidamente comprobados por la Academia de Ciencias. El Gobierno francés acordó á *Remy* y á su compañero una pensión anual de 2.000 francos.

»Si bien en el siglo XVIII se ocupó ya Spallanzani de la fecundación artificial de los peces, y otros naturalistas también se ocuparon de esas investigaciones científicas á principios del siglo XIX, es lo cierto que después de la publicidad dada al procedimiento de *Remy*, empezó á tener el invento fines prácticos.»

Uno de los más sabios y activos propagadores de la piscicultura fué el profesor Coste, de París, fundador, entre otros muchos, del establecimiento de Löchebrunnen, margen izquierda del Rhin (1877-78). A ejemplo de éste, se crearon otros muchos en Alemania, Austria, Suecia y otros países. El del Monasterio de Piedra, en España, produjo en 1888 más de cien mil truchas comunes y asalmonadas, y muchos millares de salmones del Rhin y truchas de los lagos.

Pero donde con más amplitud se ha desarrollado esta industria es en los Estados Unidos, introduciendo especies nuevas (la carpa, por ejemplo), y fomentando las conocidas.

«Los norteamericanos han inventado y perfeccionado todo género de aparatos para el transporte de los huevos vivos fecundados; y así los piscicultores de aquella nación han llevado el salmón de California á Nueva Zelanda, y la trucha á Australia.

»También se ocupan con gran éxito los piscicultores de los Estados Unidos en la cría y propagación de la anguila, que se desarrolla y produce admirablemente en aguas estancadas de fondo margoso ó turboso.

»Donde ha dado resultados más sorprendentes la cría del salmón ha sido en la Gran Bretaña é Irlanda, donde no sólo se fomenta su multiplicación echando en los ríos pequeñas crías artificiales, sino facilitando la subida de los salmones á los sitios más apropiados para el desove natural, construyendo las llamadas escalas salmoneras que corrigen los saltos de agua que estorban al paso; porque está debidamente comprobado que los salmones jóvenes, después de desarrollarse en el

mar, vuelven para desovar al mismo río en que nacieron ó fueron echados después de su incubación artificial.»

En el número de 16 de Noviembre de la misma revista, el Sr. M. Calandrelli habla del *Deber de los editores españoles.*

«He encarecido—comienza diciendo—la necesidad de estudiar el español en los clásicos de la madre patria, siempre que se me ha ofrecido la ocasión de hablar ó escribir sobre enseñanza de la literatura, impulsado por la convicción de que, si el estilo depende de nuestra exclusiva manera de pensar, querer y sentir, el lenguaje está atesorado en los libros clásicos españoles.

»Una falsa pedagogía ha bastardeado la enseñanza, reduciendo la literatura española á unas cuantas docenas de reglas ó preceptos literarios y descuidando la lectura, el análisis y el estudio de las buenas obras de ingenio que conservan el tesoro de nuestra lengua.

»En vez de leer y comentar en las aulas el mayor número posible de producciones clásicas, se explican los preceptos y se obliga á los alumnos á que los aprendan de memoria. Con esto, nuestros profesores se dan por satisfechos y pasan á otro orden de estudio.

»La verdad es que ningún alumno de segunda enseñanza deja las aulas con un caudal de conocimientos en la materia suficiente para que sea digno de ocupar en la sociedad el puesto reservado á hombres cultos. Su lenguaje se resiente de la jerga común; su estilo no corre por ningún sendero trazado con juicio, no se dirige á ningún rumbo digno de una inteligencia educada mediante el esfuerzo de varios años de estudio.

»Al oir sonar la frase común, corremos en busca del sentido de ella, escondido en la envoltura tenebrosa de la sintaxis, como el gusano en su capullo, y apenas si advertimos cierto barniz literario en la capa superficial de las lucubraciones juveniles, maduradas en las aulas al calor de la palabra del maestro.»

Mas para que ese conocimiento directo de los clásicos sea posible en las condiciones que reclama la enseñanza, son precisas varias condiciones, entre ellas la de que se publiquen *textos ó ediciones cuyo precio esté al alcance de todas las fortunas, hasta de las más modestas.* Y aquí empieza el deber de los editores españoles.

«No sólo en bien de la enseñanza y como vínculo intelectual de ambos pueblos, sino como empresa comercial, deberían publicarse, separadamente, las principales obras dramáticas, por ejemplo, de los más renombrados dramaturgos españoles, en ediciones numerosas y á precios sumamente bajos, á fin de que pudiesen ser compradas por estudiantes pobres y por aficionados á la buena literatura, y sirviesen de libros de texto en todos los colegios en que se enseña literatura, como se usa con las novelas, cuyo precio se ha acomodado hasta á los indigentes, que con pocos centavos se dan el lujo de leerlas.

»Las grandes colecciones de clásicos prestan hoy escasos servicios. Para leer, verbigracia, *El médico de su honra*, de Calderón, es preciso comprar, ó todas las obras de él, ó las colecciones en que entran otras obras de diferentes autores, cuyo precio es demasiado subido para estudiantes, y que no pueden servir para libros de textos.

»Escogiendo las mejores comedias de los principales comediógrafos y publicándolas separadamente, prestarían los grandes servicios que anhelamos á los cultores de las letras y á los que emplearon sus ahorros en la divulgación de las obras de ingenio.

»Dígase lo mismo de todas las principales producciones clásicas, en verso ó en prosa.»

Estamos de acuerdo en un todo con el Sr. Calandrelli, á condición de que dirijan las ediciones personas capaces de hacerlas con la debida crítica.

En el número de 22 de Noviembre, el Sr. Romero (D. Eduardo) expone el proyecto de un Centro de información comercial, que completaría las iniciativas tomadas por la Asociación

Patriótica Española, de que es muestra la misión Grandmontagne.

«Está fuera de duda que el mejor medio de propaganda comercial es el *viajante*, que, con conocimiento de los productos de la casa que representa, estudia en el mercado y comunica á sus principales las necesidades, gustos y condiciones del consumidor; pero el viajante es caro: el comercio en pequeño no puede enviarlos á cada plaza ni á cada país. Para substituirlo está el *representante comisionista* fijo, que, siendo más barato, puede ser tan útil como el viajante; pues si éste es más perito en el artículo que vende, aquél tiene la ventaja de conocer mejor la plaza.

»De ahí mi creencia de que la Asociación Patriótica pudiera establecer una Sección de Información comercial análoga al Centro de Información comercial del Ministerio de Estado de España, pero más completa.

»Esta sección se encargaría de reunir datos y estadísticas. Contestar las preguntas que sobre el mercado argentino le hicieran los exportadores peninsulares; recibir muestras de los productos y exponerlos con sus precios y condiciones de venta; facilitar listas de las casas que se dedican en la República á los distintos ramos del comercio; abrir un registro donde pudieran encontrarse las direcciones de los comerciantes españoles de cada artículo, é informar sobre sus precios, derechos de aduana é impuestos; y, sobre todo, poner á los productores españoles en contacto con representantes activos, honrados y conocedores de la plaza, que puedan encargarse de la venta de sus productos.»

En apoyo de su tesis, el Sr. Romero cita los grandes servicios que prestó, durante su efímera existencia, la Estación Enotécnica de España en Londres, fundada por el Sr. Canalejas y dirigida por D. Vicente Vera.

En *La Quincena* (San Salvador), número 7, el Sr. Barberena da curiosísimas noticias sobre los festejos con que se celebró en 1680 la inauguración de la catedral de Guatemala.

Estos festejos dan idea del grado de libertad de que gozaba el clero en las colonias.

Uno de los números ó partes del programa consistió en un baile ejecutado por dos grupos de niños, 11 varones y 12 niñas, espléndidamente vestidos y organizados por personas del clero guatemalteco.

«Durante ocho tardes consecutivas, después de colocado el Santísimo, exhibían ambas partidas sus respectivos bailoteos, ante numerosa y selecta concurrencia, alternándose los dos grupos, es decir, saliendo un día el masculino y el siguiente el femenino.

»Los imberbes ejecutaron, entre otras danzas, el *tocotín*, el *chichimequillo* y el *talame*, pertenecientes al arte coreográfico indígena.

»No me detendré á describir los fuegos artificiales con que se daba pábulo al regocijo público por la noche, durante los días que tardó la fiesta.

»Varias veces, terminados los fuegos, salieron vistosísimas *encamisadas*, algunas de las cuales fueron por demás brillantes, tal como la organizada por el Muy Noble Ayuntamiento, compuesta de veinte caballeros con sus respectivos lacayos. Entre los primeros figuraban el maese de campo don José Agustín de Estrada, regidor decano, y el capitán don José Calvo de Lara, alférez real, vestidos á la húngara, con petos dorados, mangas y calzón de encajes finos color celeste, bordados con oro y plata sobre lama de oro, mantos imperiales de rengue verde, con ramazón de oro sobre raso blanco, y las vueltas de armiños negros, con puntas al vuelo de plata; caballos overos y sillas bordadas de oro y plata sobre carmesí.

»Mas á todos aventajó la encamisada del clero, que fué el *clou* de la fiesta, formada por cerca de treinta presbíteros, distribuídos en cuatro cuadrillas, de indios, turcos, españoles y moros. Todos iban vestidos de lamas y rasos de varios colores, con bordaduras de hilo de oro, de plata y de perlas, puntas

de oro de Milán, con joyas de esmeraldas y otras piedras preciosas. También se representaron comedias en la lonja del costado de la iglesia. De ellas, *la más pasadera* fué la titulada *La matriz coronada*, en tres actos y en verso.»

En el número 10 de la misma revista, el Sr. V. Pujol, presidente en Guatemala, anuncia un libro que en breve publicará, y cuyo objeto es la defensa de España y la crítica de los resultados de nuestra última guerra colonial. El autor se propone probar que la época funesta para España comienza en la casa de Austria, y que nuestra nación fué el primer pueblo europeo que, después de la era cristiana, fundó y practicó instituciones de derecho emancipadoras y leyes liberales. Que el desarrollo de nuestra vida pública al unificarse España fué interrumpido por el régimen absoluto y por el estado de guerra permanente y por las empresas que extraviaron la opinión. Que el hallazgo de América, la conquista y la colonización no nos dieron sino laureles y ningún provecho efectivo y sólido en los intereses y en la cultura nacional, trayendo por indirectos trámites coyuntiva para perder los buenos sistemas y los hábitos laboriosos, y para armar al régimen absoluto de recursos contra nuestros derechos.

«Intento probar que ni las pérdidas de las colonias en el continente americano al comenzar el siglo XIX, ni la pérdida del resto del imperio colonial cuando el siglo desapareció, significaban un perjuicio real, porque ni el gobierno ni la administración habían hecho refluir á la metrópoli bienes que compensaran los sacrificios, ni adhesión íntima que mantuviese la unidad moral.

»Que España no es más pobre ni más débil que antes de Junín y de Santiago, y que aparte de los achaques del amor propio, no hay otra cosa que una resta nominal. En el estado de las cosas, ni nosotros servíamos á las colonias, ni las colonias nos servían á nosotros.

»Intento probar que España tenía en su territorio abundantes elementos, que pueden restaurarse volviendo la iniciati-

va á las costumbres, el afán de trabajo al pueblo y á la actividad, y el celo patriótico á los gobiernos.

»Que no es un país degenerado ni un alma agobiada á pesar de los males del fanatismo y de la monarquía absoluta, sino un carácter que, desviado en las formas y exterioridades, guarda dentro toda su antigua robustez y todas sus generosas esperanzas. Que el pueblo llano, el que trabaja, es decir, nueve décimas partes de la nación, aunque no instruído, es capaz é inteligente, sin que ceda en aptitudes á ninguna otra raza. En lugar de degenerar, ha conservado intacta la energía tradicional como en espera de que llegue la hora en que se sepa darle destino. No principió á vivir vida plena por interposición de circunstancias adversas.

»Pero si España reune sustancia y jugos para poder desenvolverse con ventaja, necesita cambiar los métodos en todas ó casi todas las direcciones, pues no basta disponer de brazos y de cerebro si se emplean sin concierto y se mueven sin prudencia. Tiene nuestro porvenir y nuestro ideal de progreso tenaces enemigos que embarazan el paso: el fanatismo, que embrutece; la rutina, que petrifica; la pobreza, que aisla y debilita.»

A continuación, el autor expone los medios que, á su juicio, pueden producir la desaparición de esos enemigos y los elementos con que ya cuenta España para su regeneración.

HISPANUS

MEMENTO BIBLIOGRÁFICO.—A. Reynal O'Connor, *Mi año literario. 1903.*— Dr. José Ingegnieros, *Simulación de la locura.* —D. Amunátegui Solar, *La sociedad chilena en el siglo XVIII. Mayorazgos y títulos de Castilla.*—M. Martínez, *Investigación de la paternidad.*—Idem, *Reforma del Código de Minería.—Dictamen emitido por el Dr. Ludw Von Bar sobre el laudo pronunciado en la cuestión entre el gobierno de los Estados Unidos de América y el gobierno de El Salvador.*

CRÓNICA LITERARIA

Una nueva historia de la filosofía.—*Historia de la Filosofía del siglo XIX*, por D. Alberto Gómez Izquierdo.

Un sistema de filosofía es un fenómeno histórico, como cualquier otro producto del ingenio humano. Aparece en un momento del tiempo, es fruto de la actividad intelectual de uno ó varios individuos y guarda relación con el ambiente mental de la época en que se produce, y con ciertos antecedentes ideales heredados de épocas anteriores. Al mismo tiempo ese sistema, siendo un conjunto de ideas que aspiran á explicar el universo y la existencia, y acaso sus relaciones con otras realidades y existencias posibles, que exceden de la experiencia humana, aparece ligado á una porción de hechos exteriores y transitorios: á las explicaciones orales de un filósofo, á uno ó varios textos escritos que produjeron ciertos efectos sociales y fueron acogidos con admiración, con indiferencia ó menosprecio.

En ese concepto de fenómenos históricos, los sistemas de la filosofía forman el material y el objeto de una rama especial de la historia; pero como al mismo tiempo constituyen una interpretación de lo permanente de la realidad, de las causas y razón de ser de las cosas, hay en su naturaleza una cierta contradicción en que pugnan lo permanente y lo transitorio; la antítesis entre el yo como espejo de la representación en que se contiene el mundo, y el yo fenómeno pasajero é individual de ese mismo mundo. Tal contradicción ha in-

fluído, sin duda, en la manera de concebir y de escribir las historias de la filosofía.

La historia de la filosofía abarca, en efecto, dos partes: una parte externa, absolutamente histórica, constituída por materiales semejantes á los de la historia general, y en particular á los de la historia literaria. Esa parte es biográfica, bibliográfica, social; comprende las vidas de los filósofos, su educación, la génesis de sus ideas, la forma en que las expresaron, los textos en que están consignados, la relación que guardan con las ideas reinantes en la época en que aparecieron, con las anteriores y posteriores, el éxito que alcanzaron entre los contemporáneos y la estimación que después se les ha concedido. Otra parte de la historia de la filosofía, que es su parte específica, consiste en la exposición de los sistemas, en el orden que mantienen entre sí y el lugar que ocupan en el desarrollo del pensamiento filosófico, ya dentro de una de sus grandes épocas ó ya en su total curso histórico.

Los precursores de la historia de la filosofía, los autores de vidas de filósofos y sofistas como Diógenes Laercio, Eunapio, Suidas, dieron importancia á la parte externa, en consonancia con el carácter de sus obras. Pero cuando la historia de la filosofía se constituye en el siglo XVIII, tan fecundo en toda clase de estudios históricos y de erudición, y produce ya grandes obras como las de Brucker, Tiedemann y Tennemann, la parte específica, la exposición de los sistemas, va predominando. Probablemente se ha debido esto á varias causas. La ley general de diferenciación, por virtud de la cual en todas las producciones del ingenio humano lo específico tiende á acentuarse y á sobreponerse á lo genérico, es una de ellas. Otra, el que siendo la historia de la filosofía una historia especial, requiriendo competencia particular en los estudios filosóficos, además de las dotes ordinarias del historiador, y siendo difícil que concurrieran en una misma persona en grado eminente ambos órdenes de facultades, han solido ser escritas dichas obras por filósofos antes que por verdaderos historia-

dores. Asimismo los materiales propiamente filosóficos, los sistemas y doctrinas, son más fácilmente accesibles á la investigación, por los textos, fragmentos y comentarios contemporáneos ó próximos que se conservan, que los materiales de carácter exclusiva ó principalmente históricos. A todo lo cual ha de agregarse, tratándose de historias generales ó que abarquen al menos una época importante de la filosofía, que la gran extensión del asunto y la abundancia de materiales ha hecho preferir lo específico, la exposición de los sistemas, en la imposibilidad de dar desmedida extensión á las obras, deteniéndose mucho en las particularidades externas. Al mismo resultado han contribuído la tendencia á considerar los sistemas filosóficos en sí, en su valor sustantivo como algo abstracto y no como fenómenos históricos en relación con un sujeto individual y un medio social, y la propensión de los historiadores de la filosofía á introducir ó investigar en ella una filosofía de esta historia especial, ciertas leyes de sucesión entre los sistemas, ó al menos un organismo, un orden lógico que armónicamente los relacione y trabe entre sí.

No se ha sustraído por completo la historia de la filosofía á la evolución de la historia literaria, que da tanta importancia al estudio del medio y al individual de los autores. Pero indudablemente está más retrasada en ese camino. En las monografías que ahora frecuentemente se publican, la historia externa suele ocupar ya lugar importante; pero en las historias generales de la filosofía ó en las de una época, y especialmente en los Manuales y resúmenes didácticos, suele prevalecer el tipo de la historia abstracta, compendio de sistemas que parece que no han nacido entre hombres, sino en un mundo aparte de entidades y sombras metafísicas.

Aun así, la historia de la filosofía presta servicios. Es un mapa de la especulación, que permite ver hacia dónde cae cada una de sus partes. Pero así como un mapa no suple el conocimiento directo de los países en él representados, la historia de la filosofía no sirve tampoco más que para orientarse

acerca del orden, sucesión y relaciones de los sistemas, y no suple en manera alguna el conocimiento de los textos. Es una fuente mediata que viene después de los textos y los comentarios, y acaso cada día se va volviendo más mediata y se va alejando más de las fuentes originales.

A ellas tuvieron que acudir por precisión los historiadores primeros; pero ya las grandes historias que existen adquieren á su vez la consideración de fuentes, y en ellas beben comúnmente muchos autores de Manuales, por donde gran parte de las noticias de éstos vienen á ser de segunda mano.

Pero, aunque sean fuentes de valor relativo, son las más usadas porque son las más cómodas y las que están al alcance de todos; porque facilitan esa tintura de saber que se designa generalmente con el nombre de cultura general; porque representan el enorme ahorro de trabajo y de tiempo que en forma de resultados adquiridos lega cada generación á la otra, y dan esa noción indispensable de los hechos pasados que necesita el hombre semiculto para que no le coja de nuevas lo que se ha hecho en la esfera del pensamiento antes de que él viniese al mundo. Hasta en la limitada esfera de la ilustración para *gens du monde*, que dicen los franceses, ó sea del saber administrado con arreglo á las necesidades de la conversación y trato de gentes, hace falta aprender que existieron ciertos hombres que se llamaron Platón, Aristóteles, Kant, Hegel, Schopenhauer, los cuales trataron de explicar los misterios de la realidad y construyeron para el caso ciertas hipótesis metafísicas.

Pero no se crea que con esto se conoce ya á Platón, á Aristóteles, á Kant, á Hegel, á quienquiera que sea. La noción que suministran las historias de la filosofía, cuando no va seguida del estudio de los textos, es comparable á la que nos dan los libros de viajes, en que se describen países que no llegamos á ver nunca con nuestros propios ojos. La mejor descripción de un libro de viajes se queda siempre á cien leguas de la impresión sensible ó intuitiva del viajero que contempló aquellas ciudades y residió en ellas, que visitó aquellos monu-

mentos, cruzó aquellas llanuras, subió á aquellas montañas, siguió el curso de aquellos ríos, observó costumbres, trajes y tipos de los moradores, y tuvo al alcance de los ojos ejemplares de la fauna y flora. De igual manera, los más precisos y puntuales resúmenes sólo dan idea imperfecta de los textos originales de los filósofos, sucediendo en esto algo de lo que acontece con las historias literarias que nos cuentan el argumento de las obras, aunque en las historias de la filosofía ocurra en menor escala por tratarse de producciones del espíritu en que la forma representa menos y tiene más reducida participación la fantasía que en las creaciones de las letras.

Por lo mismo, el natural complemento de las historias de la filosofía, y sobre todo de las elementales escritas para la enseñanza, son las Antologías filosóficas al estilo de los conocidos *Trozos escogidos de filósofos,* de A. Fouillée. Con esto y con otorgar mayor atención á la historia externa, perderían estos libros gran parte de su aridez, y al despojarse de ella se harían al par que más artísticos más instructivos, porque producirían impresión más honda y duradera en el ánimo del lector, y dejarían en su memoria algo más que un vago rastro de nombres y de fórmulas.

***

Sirva de introducción lo que queda dicho á la noticia bibliográfica que voy á dar de un nuevo libro de historia de la filosofía, de autor español: la *Historia de la Filosofía del siglo XIX*, por D. Alberto Gómez Izquierdo, catedrático del Seminario Pontificio de Zaragoza.

Forma esta historia un tomo de XIX + 600 páginas en 4.°, de compacta impresión, con notas numerosas y un copioso índice alfabético de los autores citados en la obra. Las páginas numeradas con caracteres romanos corresponden al índice general de materias, fe de erratas, y al prólogo del célebre

filósofo católico, director del Instituto de Filosofía de Lovaina, Mons. D. Mercier.

La mención del establecimiento docente en que profesa la Filosofía el Sr. Gómez Izquierdo, basta para que se comprenda la filiación filosófica de éste. Es un filósofo católico, pero no se trata de un amojamado escolástico de los que creen que en el siglo XIII se dió pauta invariable de fondo y forma á la filosofía, y que cualquier novedad que se introduzca ha de ser con perjuicio de la ortodoxia. El prólogo de Mons. Mercier basta para indicar que el autor de esta *Historia de la Filosofía* pertenece á la nueva Escuela filosófica de Lovaina, y el texto lo confirma plenamente, en particular al juzgar el carácter y tendencias del tomismo moderno en Italia, y al disertar sobre la nueva dirección del escolasticismo en Bélgica, de que ha sido iniciador y es principal representante monseñor Mercier (1).

La *Historia de la Filosofía* del Sr. Gómez Izquierdo se distingue por cualidades de fondo y forma muy apreciables. Entre las literarias figuran la claridad en la exposición y la fluidez y soltura del estilo, que hacen agradable la lectura de este libro. Entre las concernientes al fondo, la abundancia de datos, la exactitud de las noticias, la sagacidad en la apreciación de las doctrinas, y el criterio imparcial, que tan difícil es de conservar en trabajos de este género, cuando el historiador no está colocado en una posición ecléctica, sino afiliado á alguna de las escuelas militantes. Avalora estos méritos la consideración de ser la historia de la filosofía un género tan poco cultivado en España, cosa no rara en verdad, si se tiene en cuenta que, como hizo notar Cousin en sus famosas pero ya anticuadas lecciones de introducción á la historia de la Filosofía, para el desenvolvimiento de ésta son condiciones precisas que la filosofía y la erudición hayan alcanzado

(1) El *Curso de Filosofía* del director del Instituto de Lovaina figura entre las publicaciones de LA ESPAÑA MODERNA.

considerable florecimiento, requisitos ambos, y en particular el primero, que han faltado modernamente en nuestro país.

Como en la mayor parte de las *Historias de la Filosofía*, en la del Sr. Gómez Izquierdo, la exposición de las doctrinas ocupa mucho más lugar que las particularidades de la historia externa. Mas éstas no están descuidadas tampoco, y la atención que el autor las consagra representa un progreso respecto de la mayor parte de las obras similares de análoga extensión, aunque no llegue todavía á lo que á mi parecer puede y debe hacerse para poner la renovación de la historia de la filosofía á la altura conseguida ya en gran parte en la historia literaria, y hacerla participar plenamente del cambio operado en la manera de concebir y de escribir la historia en general.

La traza general de la obra conserva, si no una separación absoluta, cierta distinción entre ambas clases de materiales y de datos, pues el cuerpo de la historia está consagrado á la exposición de las doctrinas, y en las notas se consignan por lo común las noticias biográficas y bibliográficas. No faltan, sin embargo, en el texto algunos pormenores en que se refleja el carácter de fenómeno histórico de los sistemas y teorías, y la relación que guardaron con la tradición filosófica, el ambiente de la época y las circunstancias personales de los filósofos.

Las notas antes mencionadas tienen positivo valor, especialmente en la parte bibliográfica, que no sólo menciona las principales obras de cada uno de los filósofos notables, sino que contiene noticias de las traducciones al francés, como idioma más usual y generalizado entre las personas de regular cultura, de las traducciones españolas, á veces, y de los expositores y comentaristas más importantes de cada sistema ó doctrina. Los datos biográficos, aunque concisos, suelen ser en general bastante completos.

En opinión del Sr. Gómez Izquierdo, «el siglo XIX supera en abundancia y variedad de concepciones filosóficas á cuan-

tos le han precedido», afirmación que no resulta exagerada si incluímos en ese período á algunos de sus primeros y más sobresalientes filósofos, como Kant, que nacieron en el siglo XVIII y vivieron en él la mayor parte de sus años, y si tenemos en cuenta, por otra parte, que este movimiento de la filosofía novísima del siglo XIX se encierra en un período de tiempo mucho más breve que el que comprenden las grandes épocas pasadas de la historia de la filosofía.

El orden de exposición adoptado en esta historia no es rigurosamente cronológico ni tampoco por nacionalidades. «Podrá ser esta división muy cómoda—dice el Sr. Gómez Izquierdo refiriéndose á la última,—pues con sólo atender al lugar y fecha del nacimiento, está ya averiguado el lugar que corresponde á cada filósofo, pero no deja ver con claridad el influjo recíproco de las ideas entre sí. Por este motivo nosotros agrupamos los filósofos por razón de la afinidad de sus doctrinas, no por los vínculos de nación ó raza. Y si cada período de la historia de la filosofía forma un ciclo en la evolución del pensamiento filosófico con caracteres propios y con especial fisonomía, hemos creído encontrar también en la filosofía del siglo XIX dos períodos distintos y que podían tratarse por separado. La línea divisoria de estos dos períodos viene á coincidir aproximadamente con la que separa el siglo en dos mitades, pues las tendencias y principales direcciones iniciadas á principios de siglo, cambian sensiblemente cuando éste empieza la segunda mitad de su carrera. De aquí la división de nuestra obra en dos secciones: la primera comprende desde 1800 á 1850, y la segunda desde 1850 á 1900.»

En el párrafo anterior queda expuesto el plan del libro. En cuanto á la filiación y relaciones que establece el autor entre los sistemas, dentro de cada uno de los dos períodos en que divide el movimiento filosófico del siglo XIX, están expresadas en los cuadros esquemáticos que traza al principio de cada sección de su obra. Partiendo de que el sensualismo de Locke y la crítica del conocimiento humano de David

Hume son las direcciones más salientes de la filosofía en el siglo XVIII, deriva de Hume por influjo positivo y por reacción el empirismo de la escuela escocesa y el criticismo kantiano, origen del idealismo germánico. Ve en el naturalismo de Cabanis, Lamarck, Gall, Broussais, etc., y en el positivismo de Augusto Comte, la continuación del materialismo del siglo XVIII. Otros dos movimientos filosóficos (de menor importancia, sin duda) tienen el carácter de reacciones. La novedad peligrosa para los dogmas católicos que presentaban las nuevas doctrinas filosóficas, lleva á los filósofos cristianos al tradicionalismo y al ontologismo, contribuyendo también al escaso valor filosófico de los apologistas de esta época (la primera mitad del siglo), la pobreza de la herencia que habían recibido de sus antecesores, pues la escolástica apenas había dado señales de vida después de la restauración iniciada por los filósofos españoles á fines del siglo XVI. El otro movimiento filosófico que tiene también cierto carácter de reacción, es el que representan los espiritualistas franceses como Laromiguière, Maine de Biran y Degerando, y los eclécticos como Royer Collard y Cousin, que partiendo los unos de Locke y Condillac y los otros de la Escuela escocesa, vienen á representar ambos, no obstante su diverso punto de partida y las notables diferencias que los separan, una reacción contra el materialismo.

En la segunda mitad del siglo XIX distingue el Sr. Gómez Izquierdo las siguientes tendencias filosóficas: la filosofía inglesa, representada por asociacionistas y evolucionistas como Stuart Mill, Bain, Spencer, Darwin, vuelve á orientarse hacia el idealismo fenomenista de Hume. Continuadores del idealismo germánico son, por una parte, la metafísica pesimista de Schopenhauer, Hartman y Nietzsche, y el neo criticismo de Lange y Renouvier; por otra el monismo de las ideas fuerzas de Fouillée, y por otra el idealismo lógico de Weber, Remacle y Bergson.

Como reacción al idealismo de Hegel, aparece la aplicación

del método experimental á la psicología por Lotze, Fechner y Wund. Extremando esta dirección, y bajo la influencia del positivismo de Comte y el evolucionismo de Darwin, aparece la escuela materialista, representada por Haeckel, Büchner, Vogt y Moleschot. El eclecticismo de Cousin engendra en Francia una verdadera legión de filósofos, importantes muchos, aunque no aparezca entre ellos ningún astro de primera magnitud. Tales son Garnier, Saisset, Julio Simón, Janet, Caro, Ravaisson, Vacherot. Este mismo influjo de Cousin inclina á los espíritus al cultivo preferente de la historia de la filosofía, relegando á segundo término la especulación personal.

También el positivismo de Comte deja continuadores y herederos que, aun apartándose de la estrecha ortodoxia de aquel filósofo, mantienen su tendencia. En este número incluye el Sr. Gómez Izquierdo á Taine, Roberty y el mismo Renan, aun reconociendo los varios y abigarrados elementos que entran en la concepción filosófica de este último, que fué historiador y filólogo antes que filósofo original.

Por último, cierran este cuadro de la historia de la filosofía en la segunda mitad del siglo XIX las dos direcciones de la restauración escolástica: la tradicional, que se limita á exponer y comentar las doctrinas de Santo Tomás, y el neoescolasticismo de la escuela de Lovaina, que «pretende ampliar la síntesis escolástica con las conclusiones, bien establecidas, de la ciencia y la filosofía contemporáneas». La exposición de este último movimiento filosófico es muy interesante y completa en la Historia del Sr. Gómez Izquierdo, cuyas personales ideas le afilian á esta escuela, según antes he indicado.

En las páginas de esta Historia se menciona tan grande número de filósofos, que seguramente serán pocas las omisiones que puedan notarse aun de los de segundo y tercer orden. Pero esto mismo hace que sean en extremo someras las noticias que se dan acerca de la labor de algunos de ellos, y también puede repararse cierta desproporción en la atención que el historiador consagra á los que no son de primera magnitud.

A pesar de este y otros ligeros defectos, difíciles de evitar en una obra de esta clase, el libro del Sr. Gómez Izquierdo representa una laboriosidad extraordinaria, un inmenso acopio de materiales, un gran dominio del asunto y un criterio claro é independiente dentro de su orientación personal. Desde la *Historia* del Cardenal González no se había publicado en España libro alguno de tanto mérito en esta clase de estudios.

De la filosofía española contemporánea no trata el Sr. Gómez Izquierdo, reservando su estudio para otro volumen que prepara, y que, á juzgar por el que es objeto de este artículo, promete ser una aportación muy importante á la historia de nuestra cultura moderna, aunque, tratándose de filosofía, la materia no se distinga por su riqueza.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: La nariz de Cleopatra. — Los ofrecimientos de la corona de España á Leopoldo Hohenzollern. = Feminismo: La coeducación de sexos. = Pediatría: El mundo á los ojos de los niños. = Enciclopedia: Pensamientos de Tolstoi. = Política pedagógica: El analfabetismo y el ejército. = Ocultismo: La magia en la India antigua. = Estética: Las ideas literarias de Nietzsche. = Impresiones y notas: ¿Es un veneno la sal? — La electricidad, clave del problema de la materia. — La electricidad y la langosta. — Una república europea casi ignorada. — La paz y el desarme por las mujeres. — Víctor Hugo, dibujante.

HISTORIA

La nariz de Cleopatra.—«Si la nariz de Cleopatra—dijo Pascal — hubiera sido más corta, la faz de la tierra habría cambiado.» Tal es, como afirma en la *Nuova Antologia* Pablo Bellezza, la fórmula epigramática de un principio histórico que Gibbon enuncia así: «Una mínima fuerza basta para producir grandísimos y constantes efectos cuando obra según la inclinación natural de las leyes orgánicas».

Así Michelet comprendió entre sus fuentes históricas más importantes el diario de las digestiones de Luis XIV, cuyo reinado divide en dos épocas, la anterior y la posterior á la fístula, como Emilio Ollivier divide el reinado de Napoleón III en otras dos, anterior y posterior al mal de piedra que padeció, y como Carlyle asegura que el acontecimiento más importante de la historia moderna no fué ni la dieta de Vorms, ni la Revolución francesa, ni la batalla de Waterlóo, sino el de

que «Jorge Fox se hizo un traje de cuero», porque así vestido, durmiendo á la intemperie y comiendo frutos silvestres, pudo no trabajar para vivir, y fundó el puritanismo, es decir, el culto de la conciencia. Exageraciones, sin duda, pero que tienen su fundamento.

Byron, parafraseando la frase de Pascal, la invierte diciendo: «Si César hubiera conocido el beso de Cleopatra, Roma hubiera sido libre y el mundo no hubiera sido suyo». Aquel mismo César, que supo resistir á las seducciones de la hermosa egipcia, se perdió por una debilidad: como era calvo, obtuvo licencia para salir con una corona de laurel por las calles de Roma, y aquella corona fué la que armó el brazo de Bruto y de Casio; por lo que se dijo, no sin algo de verdad, que si no hubiera sido calvo no hubiera muerto tan prematuramente. Si Boulanger, en una noche famosa, se hubiera dirigido al Elíseo, como querían sus partidarios, en lugar de acudir á la cita de la vizcondesa de Bonnemain, probablemente se hubiera hecho amo de Francia, cambiando toda la historia contemporánea.

Guillermo Humbold, á propósito del primer viaje de Colón y del descubrimiento de la isla Guanahaní, que no hubiera ocurrido si no hubiera accedido á los ruegos insistentes de Pinzón para que cambiara de rumbo hacia el Suroeste (1), hace notar de qué pequeñas causas dependen los grandes sucesos; Pinzón había visto una bandada de aves dirigirse al Suroeste, y presumiendo con razón que en aquella dirección había tierra, hizo que Colón cambiara de rumbo; sin aquella bandada, Colón hubiera seguido la dirección que llevaba, y en lugar de las Antillas hubiera ido á dar con la América del Norte, que

(1) Decimos *Suroeste* y no *Sudoeste*, como diríamos *Suramérica* y no *Sudamérica*, y *surexpreso* y no *sudexpreso*, como dice el vulgo semiculto, porque no queremos conscientemente incurrir en galicismos. En castellano se dice *Sur* y no *Sud*, y el enlace de la *r* con la vocal siguiente es más armonioso que el de la *d*, no habiendo, por lo tanto, razones etimológicas ni eufónicas para decir *Sudoeste* y no *Suroeste*.

hubiera sido española y católica en lugar de inglesa y protestante, y los Estados Unidos no existirían. Y sabido es que Roma fué salvada por los gansos del Capitolio; que en Grecia se descubrió una terrible conjuración por el rebuzno de un asno, y que Darío llegó á ser rey de Persia por el relincho de un caballo.

Cuando Napoleón desembarcó de la isla de Elba, un suceso insignificante determinó el triunfo de su tentativa de restauración: el batallón que le salió al encuentro no se rendía á sus arengas, cuando un grito sale de las filas: «¡Viva nuestro cabito!»; y aquella evocación del «petit caporal» decidió á las tropas, que le aclamaron en lugar de combatirle. En cuanto á la batalla de Waterlóo, que decidió la suerte de Europa, sabido es que no pudo empezar hasta medio día, porque, habiendo llovido aquella noche, la tierra estaba blanda y la artillería no podía maniobrar; si en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815 no hubiera llovido, ¿quién es capaz de saber lo que hubiera ocurrido en el mundo, si Napoleón hubiera ganado en lugar de perder la batalla de Waterlóo, como probablemente hubiera sucedido? El gran Federico II, que sabía algo de estas cosas, decía con sabia frase: «Su Sacra Majestad la Casualidad hace las tres cuartas partes de la tarea de este miserable universo».

En su *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, Leopardi hace notar el alcance de los estornudos históricos: mientras Jenofonte arengaba á sus tropas para decidirlas á una expedición peligrosa, estornudó un soldado, y aquel estornudo, interpretado como de buen agüero, venció todas las resistencias; en cambio, en otra ocasión, Hipías, hijo de Pisístrato, estaba arengando á los suyos, cuando le acometió un estornudo tan violento, que le hizo saltar un diente; se buscó el diente y no se encontró, y entonces Hipías, que se proponía invadir el territorio en que se hallaba, cambió el curso de sus ideas, y terminó su arenga diciendo: «Soldados, esta tierra no nos está asignada por el destino, y con nuestras armas no lo-

graremos conquistar un pedazo de tierra mayor del que cubre el diente que se me ha saltado».

Del ilustre diplomático Metternicht se cuenta que, estando un día empeñado en una partida de *whist*, á cuyo juego era muy aficionado, hizo esperar algunas horas á un enviado especial, y si le hubiera recibido en seguida se hubiera evitado el degüello de algunos centenares de personas; la historia añade que desde aquel día no volvió Metternicht á tocar una baraja.

Sin hablar del incendio de Troya ni de la divina Elena, la terrible lucha entre griegos y persas fué provocada por una úlcera del seno de la mujer de Dacio, Atossa; ésta, por consejo de su médico el griego Demócides, que había prometido curarla con esa condición, indujo á Dacio á mover guerra á los griegos, que sin este motivo no hubieran tenido por qué chocar con los persas. La invasión de los árabes en España, que costó ocho siglos de constantes guerras, fué motivada, según las crónicas, por otro suceso fortuito é insignificante: la hermosa Florinda se bañaba en el Tajo con sus compañeras, cuando una de éstas propuso ver cuál de ellas tenía la pierna mejor formada; en el preciso momento en que Florinda se alzaba los vestidos, el rey D. Rodrigo la vió desde una ventana de su palacio, y prendándose de ella no paró hasta hacerla suya; su padre, el conde D. Julián, llamó á los moros para vengar su afrenta, y así ocurrió la invasión agarena.

La campaña de Rusia, según Dubiel, fué producida por una errata de imprenta; en el *Journal de l'Empire* debía decir: «La unión de los dos emperadores dominará Europa»; y en lugar de esto decía: «Uno de los dos emperadores dominará Europa»; el czar se irritó, creyendo en una perfidia, y el conflicto estalló, haciéndose inevitable. La reciente guerra anglo-boer no hubiera estallado si los boers no hubieran tropezado al emigrar de su primera residencia con la terrible mosca tse-tse, que hace inhabitables las riberas del Zanteze, donde seguramente se hubieran establecido los boers.

El cardenal Gaisruck, arzobispo de Milán, yendo á Roma

para asistir al cónclave de 1846, se vió detenido en el camino por un accidente de viaje que le hizo llegar poco después de la proclamación de Pío IX; era portador del reto de Austria. Si hubiera llegado á tiempo, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias de su intervención?

Claro es que en los casos citados y en todos los semejantes hay que distinguir entre la causa eficiente y la causa ocasional; entendido y aplicado sin esa restricción, el criterio de «la nariz de Cleopatra» se resuelve en una falacia, pues con razón observa Enrique Heine á los que hacen proceder la guerra de Troya á los huevos de Leda: «Estoy convencido de que, aunque se hubiese hecho una tortilla con aquellos huevos, Héctor y Aquiles se hubieran igualmente batido como héroes ante las puertas ileas». Y sin embargo, hasta historiadores de nota han caído en tal sofisma; así se ha dicho y repetido, por ejemplo, que la paz de Utrecht fué debida á un vaso de agua dejado caer con simulada inadvertencia por lady Marlborough sobre el traje de la Sra. Masham, por despecho de que ésta le hubiera suplantado en el favor de la reina; seguro es que, aun sin la torpeza de su mujer, el gran Marlborough habría sido también reclamado, é Inglaterra se hubiera retirado de la coalición. Un historiador tan grave como Bossuet no vaciló en explicar la restauración de Inglaterra por el mal de piedra que padecía Cromwell; pero aunque éste hubiera estado sano y hubiera gobernado en sus últimos años con la misma energía que en los primeros, la preponderancia concedida á la aristocracia territorial hubiera producido de todos modos la vuelta del país á la monarquía.

«Se suele decir—escribe Leopardi—que el espíritu humano debe muchísimo á los genios extraordinarios y descubridores que surgen de cuando en cuando; yo creo que les debe muy poco, y que los progresos del espíritu humano son obra principalmente de ingenios mediocres». En el mismo sentido decía Federico de Prusia: «Se forja uno ordinariamente en el mundo una idea supersticiosa de las grandes revoluciones de

los imperios; pero cuando se está entre bastidores se ve que, en general, las escenas más prodigiosas son movidas por resortes comunes y por viles ganapanes». Y Montesquieu, abundando en el mismo modo de pensar, explicaba la paradoja diciendo: «El hombre extraordinario fracasa en sus empresas: su vista, que alcanza muy lejos, le hace descubrir objetos que están á grandísima distancia; descuida los pormenores, de los que depende, sin embargo, el éxito de casi todos los grandes negocios; el hombre mediocre, por el contrario, trata de sacar partido de todo, sintiendo que no tiene nada que dejar al descuido».

Así ha podido lord Beaconsfield componer toda una novela (*Endymion*) sobre esta tesis: no son los príncipes ni los ministros quienes deciden de la suerte de las naciones, sino que los acontecimientos preparados por causas generales son determinados por la influencia de personajes secundarios; esta tesis es también la de Tolstoi, al decir que «los pretendidos grandes hombres no son más que las etiquetas de la historia: dan su nombre á los acontecimientos, sin tener, como las etiquetas, la menor relación con el hecho mismo». Es el caso de la conocida anécdota de Temístocles, quien mostrando su tierno hijo á sus amigos, les decía: «Mirad, ahí tenéis el árbitro de Grecia; porque él manda en su madre, su madre manda en mí, yo gobierno á los atenienses y los atenienses gobiernan á Grecia».

El criterio de las pequeñas causas viene á poner término á aquella ley de la mínima acción ó del mínimo medio que Santo Tomás formaba así: *in his quæ Providentiâ debitè reguntur non debet esse aliquid frustra.* Por eso la suma sabiduría escoge para producir un efecto grande la causa mínima, la mínima cantidad de acción posible, como dice Rosmini en su *Teodicea.*

*
* *

Los ofrecimientos de la corona de España á Leopoldo Hohenzollern.—El íntimo de Bismarck durante treinta años, el señor de Keudell, ha publicado un interesante libro, *Bismarck y su familia, de 1846 á 1872*, de cuyo análisis, hecho en *La*

Renaissance Latine, extractamos lo concerniente á los ofrecimientos de la corona de España, que dieron motivo á la guerra franco-prusiana y á la creación del novísimo imperio alemán. Keudell desempeñaba cerca de Bismarck el cargo de jefe de su secretaría, especie de ayudante civil para quien no había secreto ninguno, y por cuya mano pasaba todo. Espíritu claro, modesto y escrupuloso, es incapaz de alterar la verdad, y sus noticias, sus opiniones y sus juicios tienen positivo y grande valor.

La corona de España fué ofrecida cuatro veces en 1869 y 1870 al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, por indicación del consejero de Estado D. Eusebio Salazar y Mazarredo. El primer ofrecimiento fué declinado pura y simplemente. Al segundo, el príncipe Carlos Antonio, padre del príncipe Leopoldo, respondió en Septiembre de 1869 que la petición podría estudiarse si el Gobierno español tenía la seguridad de la aprobación simultánea del emperador Napoleón y del rey Guillermo de Prusia; el príncipe mismo dió parte al emperador, pero éste no se dignó dar su opinión.

Cuando su tercer viaje á Alemania, á fines de Febrero de 1870, Salazar fué á Berlín y entregó á Bismarck una carta confidencial del general Prim. Aquel día tenía Keudell despacho con el canciller, y al terminar le dijo éste: «Haced que no pase nadie; acabo de recibir una carta del general Prim, sobre el trono de España, y necesito toda mi tranquilidad para meditar la cosa». Al día siguiente, Bismarck dictó á Keudell un informe no oficial, destinado al rey, en el que se enumeraban las ventajas políticas y comerciales de aquella solución, declarándose abiertamente por ella, como la mejor para los intereses de Alemania y los de España, pues tener en el trono de España un príncipe alemán, equivalía á contar con uno ó con dos cuerpos de ejército, siendo para España la mejor solución para salvarla de la anarquía.

El 15 de Marzo de 1870 se verificó, bajo la presidencia del rey Guillermo, un Consejo al que asistieron el príncipe real

de Prusia, el príncipe Carlos Antonio y su hijo Leopoldo Hohenzollern, Bismarck, Roow, Moltke, Thile, Delbruck y Schweinitz. El príncipe Carlos Antonio quería contar con la aquiescencia de Napoleón; pero le objetaron que el general Prim no quería que se trasluciese nada del asunto, y no insistió, siendo opinión unánime que la aceptación de la corona era un acto de patriotismo; el príncipe Leopoldo, sin embargo, se resistía, por parecerle que su aceptación era una ofensa á la familia destronada, y en los primeros días de Abril hizo saber su negativa definitiva. Ante las súplicas de todos, y especialmente de las de Bismarck, se rindió su resistencia al cabo de algunas semanas, pero haciendo saber al general Prim que no debía contar con la mediación de las autoridades alemanas, sino que debía entenderse directamente con el príncipe.

Salazar fué enviado entonces por cuarta vez á Alemania, y pudo regresar á Madrid con el consentimiento formal del príncipe Leopoldo, que se puso en conocimiento de Bismarck privadamente. La importante noticia llegó á Madrid uno ó dos días demasiado tarde; las Cortes acababan de cerrarse, y se acordó convocarlas á sesión extraordinaria para la elección de rey. Se hizo imposible guardar el secreto, y el 2 de Julio por la noche, Prim avisó al embajador de Francia, el barón Mercier de Lostende, que telegrafió en seguida á París.

El punto que se trata de dilucidar en esta cuestión es el siguiente: ¿ha sido Bismarck el que ha maquinado el asunto Hohenzollern para producir la guerra con Francia y crear el imperio alemán? Así se ha creído y se ha dicho, no sólo en el extranjero, sino en la misma Alemania; pero Keudell afirma rotundamente que no.

Hasta fines de Febrero de 1870, Bismarck no había tomado en serio ni se había preocupado de la cuestión, habiendo contestado el 11 de Mayo de 1869 á Benedetti, la única vez que el Gobierno francés trató con el prusiano de la sucesión en la corona de España, que «dada la inseguridad de la situación y

las ideas bien conocidas del príncipe Carlos Antonio, era de prever que la corona no sería aceptada si las Cortes llegaban realmente á ofrecerla». Sólo cuando Prim imploró su ayuda, asegurando que Leopoldo sería elegido por las tres cuartas partes de los representantes del país, es cuando se fijó en la conveniencia del proyecto, consignando sus ideas en el informe que presentó al rey Guillermo.

Por lo demás, según Keudell, Bismarck nunca pensó que de aquel asunto pudiera surgir la guerra. En Mayo de 1869, Napoleón había dicho á Benedetti que la elevación de Montpensier sería antidinástica, pero tendría que permitirla por ser el tiro personal contra él; pero que la candidatura Hohenzollern sería antinacional, y Francia no la toleraría; este modo de pensar de Napoleón no era conocido de Bismarck, por haberse recomendado á Benedetti la mayor circunspección. Para Bismarck, lo que importaba á Napoleón era que no triunfase ni la república ni la candidatura de Montpensier, desconociendo la explosión que en Francia había de producir la candidatura Hohenzollern. Ocurre á veces, dice Keudell, que lo inverosímil es la verdadera verdad, y eso es lo que ocurrió en ese caso.

FEMINISMO

La COEDUCACIÓN DE SEXOS.—*La Revue*, de París, ha abierto una información sobre el importante problema de la coeducación de sexos, á cuyo principio se ha declarado guerra abierta en América, que es donde más se ha practicado, en la que han tomado parte eminentes profesores y pedagogos del mundo culto. He aquí el resumen de sus opiniones:

Meyer, profesor de Historia antigua en la Universidad de Berlín.—Su experiencia es muy limitada. Las alumnas que ha conocido se han conducido siempre con mucho tacto y corrección, sin que su asistencia á las clases haya motivado nin-

gún disgusto; pero nada puede deducirse de hechos excepcionales. En todo caso, es absolutamente necesario imponer restricciones á la admisión de mujeres en las Universidades.

El Dr. Winckel, rector de la Universidad de Munich.—Se está en Baviera en el primer estadio de la prueba, y nada puede afirmarse todavía. En las Universidades bávaras no se admite la matrícula de la mujer, y sólo en casos especiales, con autorización del Ministerio de Instrucción pública, son admitidas de oyentes; de modo que nada puede saberse de sus aptitudes ni de su competencia.

V. Lexis, de la Universidad de Gotinga.—La coeducación de sexos no ofrece ningún serio inconveniente. Las preocupaciones contra las alumnas van desapareciendo, y aunque por ahora no se las admite á la matrícula en Facultad, habrá que admitirlas. Los resultados de los estudios de la mujer son satisfactorios; no hay entre ellas genios, pero sí excelentes aptitudes, hasta para el cultivo de las matemáticas.

G. H. Darwin, de la Universidad de Cambridge.—La coeducación es problema que debe resolverse en cada caso y según los casos; pues en unos países saldrá bien, y en otros se irá á un fracaso. En Cambridge no hay facilidades para el ensayo.

Augusto W. Harcourt, de la Universidad de Oxford.—Los ensayos hechos son favorables á la coeducación. La única queja formulada lo ha sido por los estudiantes varones, á quienes molestaban los sombreros de las señoritas, para evitar lo cual fueron éstas colocadas en los últimos bancos. La presencia de las mujeres en las clases hace que haya mayor orden y compostura. Las alumnas son más laboriosas que los alumnos, pues éstos se ocupan más de sus juegos que de nada. El promedio de la capacidad es igual.

Dr. Brockhaus, de la Universidad de Viena.—La coeducación no ofrece inconvenientes. En Viena es demasiado reciente la admisión de las mujeres, para que pueda hacerse ninguna afirmación sobre los resultados obtenidos.

A. de Senarclens, profesor de Derecho de la Universidad de Lieja.—En veintinueve años de práctica en Lausana y Lieja, no ha visto ni una mujer en su auditorio. No tiene experiencia ninguna.

Haraldo Hœffding, rector de la Universidad de Copenhague. —Ha tenido alumnas desde 1877, no bajando de 300 las que han estudiado allí desde entonces. La coeducación ha afinado las maneras de los estudiantes. Los resultados obtenidos por las mujeres son excelentes, pues las que estudian suelen ser alumnas brillantes, y obtienen grandes éxitos en sus carreras.

A. Baret, profesor de Lengua y literatura inglesa en la Sorbona.—Piensa todo el bien posible de la coeducación, y los resultados obtenidos por la educación universitaria de la mujer son maravillosos. En lenguas vivas, la mujer ocupa el primer rango.

Alfredo Croiset, decano de la Facultad de Letras de París.— La coeducación es ventajosa, contribuyendo á refinar las buenas costumbres. En cuanto á los resultados, no son malos, estando subordinados á los estudios anteriores de la mujer.

J. de Crozals, decano de la Facultad de Letras de Grenoble. —Se ha dicho de la Facultad de Grenoble que era una Facultad feminista. En sólo cuatro años ha contado con 132 alumnas (27 en 1900, 28 en 1901, 37 en 1902 y 40 en 1903). Las relaciones entre ambos sexos son tan cordiales como correctas, y ambos salen ganando.

E. Duclaux, de la Facultad de Ciencias de París.—¿Por qué ha de ser el cerebro de la mujer menos educable que el del hombre? Nunca se hará demasiado común la coeducación de sexos.

E. Faguet, de la Sorbona.—La coeducación no tiene más que inconvenientes insignificantes, y viriliza á las mujeres sin desnaturalizarlas. Esto, desde los veinte años. Antes, Faguet se declara enérgicamente contra la coeducación.

Ch. Gide, de la Facultad de Derecho de París.—Nunca ha tropezado con una mujer en los miles de exámenes que ha ve-

rificado. Carece de experiencia, y sólo podría emitir opiniones apriorísticas sin valor.

Premier, de la Facultad de Farmacia de París.—La coeducación no es imposible, y el estudio y práctica de la Farmacia no tiene nada de incompatible con las aptitudes femeninas. Los resultados de los exámenes de la mujer son regulares.

Gabriel Seailles, profesor de Filosofía en la Sorbona.—Su experiencia no le permite hacer declaraciones sobre los resultados que puede dar la educación universitaria de la mujer. No conoce más que una estudiante que haya arrostrado el concurso de agregada de Filosofía, y fracasó; cuatro ó cinco sufrieron los exámenes de licenciatura, pero con éxito modesto.

Van Hamel, de la Universidad de Groninga.—Las cuatro Universidades de Holanda están frecuentadas por mujeres, cuyo número aumenta de año en año; en Leyden eran 18 en 1896, y son hoy 72; en Utrecht hay 48, en Groninga 36, y en Amsterdam 69. Antes sólo se matriculaban en ciertas asignaturas, pero hoy la mayor parte se matriculan para la enseñanza completa de una Facultad, teniendo preferencia la Medicina, y siguiendo luego las Letras, las Ciencias y el Derecho. Holanda cuenta ya con un número respetable de doctoras. La coeducación no ofrece ninguna dificultad; las costumbres holandesas excluyen toda tentativa de seducción; á veces, de los trabajos en común sale algún matrimonio, y aun entonces hay mujeres que no consienten en casarse sin antes terminar su carrera. Los resultados son en general satisfactorios, pues la mujer estudia por vocación cuando lo hace, y no se distrae como el hombre, teniendo gusto decidido por los altos estudios. Su inferioridad, sin embargo, es manifiesta en cuanto á las disposiciones científicas y á la aptitud para las investigaciones personales.

Dr. F. Waldapfel, de la Universidad de Budapest.—La coeducación es cosa natural; la admisión de las mujeres en las Universidades debe, en principio, concederse sin vacilación. El duro trabajo de los hombres estimula á la mujer, y la coedu-

cación con la mujer ennoblece las costumbres del hombre; si de cuando en cuando se desarrolla un flirteo inocente á consecuencia del trato universitario común, eso no tiene importancia; y si la coeducación contribuye á formar lazos de corazón ó relaciones serias y duraderas, tanto mejor: ninguna base mejor para la vida en común que la establecida sobre estudios comunes. Hay que poner, sin embargo, como condición á la coeducación, que los profesores no se dejen influir por el sexo de los examinandos, á fin de que las mujeres no gocen de ninguna indulgencia ni de ningún favor en los exámenes; la igualdad ante la cátedra y ante el tribunal calificador debe ser el principio fundamental de la enseñanza superior. Por lo demás, Waldapfel no tiene experiencia personal ninguna sobre el valor intelectual de la mujer.

Luis Credaro, profesor de Pedagogía en la Universidad de Roma.—La coeducación de sexos, que tanto desarrollo ha adquirido en las Universidades italianas, no ha presentado hasta ahora ningún inconveniente notable. La mujer está siempre bien preparada cuando se examina; repite fielmente sus lecciones, pero en general no da pruebas de pensamiento creador. En cuanto á los resultados, no podrán apreciarse hasta dentro de unos diez años.

Dr. A. Shdanow, rector de la Universidad imperial de San Petersburgo.—Antes de admitir las mujeres en las Universidades, debiera ensayarse la coeducación de sexos en la segunda enseñanza.

Hammarsten, rector de la Universidad de Upsal.—La coeducación ejerce favorable y mutua influencia sobre ambos sexos. La conducta de las alumnas es excelente; en punto á constancia y formalidad igualan ó aventajan al hombre, y el resultado de los exámenes es bueno. En cuanto á los resultados que la mujer obtiene en la vida práctica de sus estudios, es difícil hacer afirmaciones.

Universidad de Zurich.—Todos los profesores consultados (Cohn, Ruge, Bleuler, Bachmann, Bobet, Wetter, Schinz y

Kleiner) son partidarios de la coeducación por los buenos resultados que produce, dando la mujer ejemplo de aplicación y de puntualidad. Dejan algo que desear las mujeres en cuanto al don de crear y de crítica profunda, y están peor preparadas en general que los hombres. En cuanto al éxito de la mujer en los exámenes, las opiniones difieren, aunque la mayor parte convienen en que es semejante en general al del hombre.

Andrea Terys, resumiendo los informes recogidos, deduce de ellos las conclusiones siguientes:

1.ª La coeducación de sexos en las Universidades de Europa presenta numerosas ventajas, y un solo inconveniente serio, que desaparecerá cuando los dos sexos reciban una instrucción preparatoria equivalente.

2.ª Las mujeres, con cualidades y defectos diferentes, se muestran en el curso de sus estudios y durante los exámenes sensiblemente iguales, pero no inferiores, á sus compañeros varones.

3.ª Si su paso por la Universidad no ha revelado hasta aquí ningún genio brillante entre las mujeres, ha permitido al menos á cierto número de ellas crearse honrosas posiciones independientes, desde las que realizan excelente labor.

PEDIATRIA

El mundo á los ojos de los niños.—Lo que nosotros sabemos del mundo no lo sabemos por experiencia propia, sino por nuestros estudios y lecturas; la concepción infantil del mundo es fruto de su propia observación, y por lo mismo, como dice en *La Revue* Paula Lombroso, es mucho más original y curiosa.

El mundo para los niños es algo sencillo que no tiene nada difícil de explicar. La luna impresiona á los niños más que el sol, sin duda porque pueden mirarla de frente; un niño de tres años cree que la luna es un globo atado á un hilo y que

se ha volado hasta el cielo; para otro la luna tiene alas que se suspenden del cielo; otro, hijo de un pintor, está persuadido de que la luna ha sido pintada por algún artista de arriba; otro, que había visto empapelar una habitación, se imaginaba que la luna y las estrellas estaban pegadas al cielo como papel pintado; un niño, citado por Sully, se figuraba mirando al cielo que estaba sentado en un enorme globo decorado de estrellas, y otro se imaginaba que la luna era una gran linterna colgada por Dios en el cielo para alumbrar las calles.

Muchos niños creen que hay varias lunas, una para cada calle, y cuando no ven más que un cuarto, dicen que la luna se ha roto. Hacen comparaciones absurdas, pero lógicas, sacadas de los hechos que les son conocidos. Una niña de tres años tomaba las estrellas por gusanos de luz volados á lo alto; un niño de dos años y medio creía que las estrellas eran chispas de fuego; para otra niña de cuatro años, las estrellas son «pedacitos de día en la noche», comparación semejante á la de un americanito, para quien el cielo es una coladera por cuyos agujeros pasa la luz que forma las estrellas; otro niño, de seis años, juzgaba el sistema planetario como una familia: el sol era el marido, la luna la mujer, y las estrellas los hijos y las hijas. Para los niños, el sol, la luna y las estrellas están cerca de la tierra; los pequeñitos creen que con alargar las manos pueden alcanzarlas; un niño de tres años estaba convencido de que la luna estaba tocando á la torre de la iglesia, y otro aseguraba que atando unas escaleras á otras se podía escalar el cielo.

En cuanto al viento, algunos creen que son los árboles los que le mueven como un abanico; muchos se imaginan que el viento es un sér real que se divierte en quitar y arrastrar los sombreros, revolotear las hojas y los papeles y levantar los vestidos, y que vive en determinado lugar, de donde sale para recorrer los campos. Muchos niños creen que es Dios quien hace el relámpago, encendiendo el gas ó frotando muchas cajas de cerillas, y que la lluvia viene de una fuente ó es lanzada

desde el cielo á la tierra por medio de regaderas. Para una niña de cuatro años, la nieve eran migajitas de pan y de azúcar en polvo caídas del cielo; un bebé que veía la espuma del mar por primera vez, decía que era el buen Dios que hacía espumar el jabón; y otro, de seis años, sostenía que las montañas eran de ladrillos y podían construirse fácilmente.

El misterio de la generación es de los que más ocupan el cerebro de los niños; muchos se forjan las más extrañas hipótesis, aunque la generalidad se contentan con creer que los recién nacidos se encuentran en los jardines, entre las flores y las coles. Otra sensación infantil es la incertidumbre del niño sobre su sexo. Un niño de cinco años aseguraba que antes había sido niña, cuando llevaba faldas. La idea de hacerse grandes les preocupa mucho: un niño creía que para crecer había que añadir materialmente al cuerpo un poco de cuello, un poco de piernas y un poco de brazos. Lo más curioso es que creen que los demás se harán pequeños cuando ellos sean grandes.

Los niños no tienen de los fenómenos fisiológicos, y sobre todo de la muerte, más que un concepto vago; no conciben la eternidad de la muerte, y se preguntan, como Jorge Sand, si no acabaría su padre de morir; ó como el niño que decía á su madre, al saber la muerte de una amiga: «¿Estará todavía muerta cuando volvamos á Londres?» Una niña creía haber descubierto el medio de no estar nunca enferma: «no hay que meterse nunca en la cama, decía muy formalmente, porque en la cama es donde vienen todas las enfermedades». Un niño creía que las vacas blancas dan la leche y las negras el café. Otro creía que el corazón es un reloj que se tiene en el vientre. Un niño de cinco años sostenía que el sueño viene por los pelitos de los párpados, y sabida es la creencia infantil de que cerrando los ojos no es uno visto por nadie.

Los niños creen vivos á todos los seres, sin distinguir entre los animados y los inanimados. Una niña quería acariciar la cabeza de una locomotora y darla bizcochos; otra creía que

su aro estaba vivo y que la comprendía yendo donde ella quería, y conocido es el modo con que las niñas suelen hablar á sus muñecas como si fueran pequeños bebés.

El niño es curioso: observa y quiere explicarse todo lo que ve y oye; incapaz de toda explicación complicada, busca la más sencilla y á ella se atiene. De ahí esas interpretaciones infantiles de los hechos más corrientes y de los fenómenos más grandiosos, y de ahí la idea de un Dios de carne y hueso, sujeto á todas las miserias humanas. En cuanto á la atribución de la vida á los seres inanimados, cree Paula Lombroso que es debida al espíritu de fraternidad y de expansión del niño, que le hace creer semejantes á él todas las cosas.

ENCICLOPEDIA

Pensamientos de Tolstoi.—La vida no es verdaderamente vida—dice en el *Diario íntimo*—sino desde el momento en que aparece la conciencia. Ahora bien: la conciencia existe siempre; nos parece que se oculta únicamente cuando la vemos manifestarse en los demás seres vivos; pero cuando la buscamos en nosotros sabemos que es permanente, que no empieza ni acaba.

El hombre concibe al principio la vida como material, y moviéndose en el espacio y en el tiempo, y ve la detención de su vida en la detención del movimiento de esa materia limitada. La observación del movimiento en los otros seres, en el tiempo y en el espacio, nos mantiene en esta creencia. Esta observación nos hace creer que nuestra vida se mueve en el tiempo, aunque interiormente no sintamos nada este movimiento continuo; al contrario, tenemos el sentimiento de poseer una conciencia permanente, siempre la misma, y que solamente parece velarse por intervalos para la observación exterior, de sueño, de locura, de pasión.

El hombre es un sér espiritual que está encerrado en límites materiales.

El concepto de una vida material y de una existencia efímera del hombre es un error del pensamiento: es tomar la parte por el todo, el efecto por la causa, como si se atribuyera la fuerza de impulsión á las oleadas que empujan la rueda de un molino, y no al movimiento de toda la corriente.

La fuerza de los Gobiernos es debida á que su autoridad se mantiene gracias á una doctrina embustera, que enseña que el poder es necesario; á su vez el poder no deja circular más que esta doctrina, y hace callar todo lo que pueda denunciarla.

Por engañada ó por seducida que esté por el atractivo de las recompensas y de los honores, la fuerza armada no se da menos cuenta de que está hoy compuesta de la misma clase de hombres que los que está llamada á oprimir ó á incitar á malas acciones; por eso la autoridad de los Gobiernos no se apoya, como en otros tiempos, en la fuerza, sino solamente en la mentira.

Los hombres, no sólo parecen prestarse con la conciencia tranquila á todas las exigencias gubernamentales, sino que se hacen además, por su voluntad, agentes de policía, jueces de instrucción, procuradores, soldados, generales, ministros y reyes, y siempre con gusto, ó por lo menos con exterior sangre fría, arrebatan á los pobres su última vaca para pagar la contribución, esa contribución que se impone para pagar el lujo y el asesinato; ó bien encarcelan, guillotinan, inventan nuevos medios de asesinato ó se preparan para ello, y se jactan, en fin, de poseer, en medio de la miseria de los demás, bienes y tierras arrebatados á los miserables.

Los hombres que se tienen por cultos—los que deberían por medio del ejemplo mostrar cómo un sér racional condena la violencia—no hacen en realidad más que discutir y predicar la libertad y la dignidad humanas. Esa charlatanería, por lo demás, no dura mucho: todas las hermosas frases de esos bellos espíritus cesan en cuanto se les silba para que monten

en los arneses; inmediatamente se pára su elocuencia sobre la libertad; endosan la librea, se proveen de un fusil ó de un sable, y á las órdenes de un sargento se ponen á correr, á saltar, á dar vueltas, á gritar ¡hurra! y á matar por orden, si es preciso, á su propio padre. Así esos hombres, que deberían tratar de armonizar su conciencia con sus actos, no piensan más que en hacer callar, en obscurecer esa conciencia.

El hombre cuya conciencia no se ha despertado todavía, cree que el Gobierno es una institución sagrada, una especie de órgano esencial de un cuerpo vivo, la condición absoluta de toda sociedad. El hombre cuya conciencia está despierta, sabe que el Gobierno está compuesto de hombres que se equivocan, que se atribuyen una importancia ilusoria y sin justificación racional, y que por procedimientos violentos hacen ejecutar sus deseos. El hombre que tiene plena conciencia de las cosas sabe que todas las asambleas, senados, sínodos, etc., como todos los tribunales y autoridades administrativas, comprenden en general seres extraviados ó corrompidos que cometen violencias absolutamente lo mismo que salteadores de caminos.

La institución que se llama Estado no podría existir para quien sepa pensar por sí mismo. Las violencias cometidas por el Estado desaparecerán, no gracias á medios exteriores, sino únicamente por el despertar de la conciencia de cada uno de nosotros.

No comprendéis lo que quiere decir la palabra *Dios*, y os irritáis de oirla pronunciar; os decís: «ya es hora de que la humanidad deje de hablar de un Dios que nadie comprende». Es muy natural que os irritéis por el empleo de una palabra cuyo sentido no comprendéis. Lo extraño es pretender que nadie concibe la idea de Dios porque vosotros no la concibáis. Al contrario: el hecho de que toda la humanidad haya empleado siempre esta palabra porque sentía la necesidad de la idea que evocaba, ese solo hecho debería incitaros á pensar que esa incomprensión de lo que todo el mundo comprende es

culpa vuestra y no de la humanidad; y en lugar de aconsejar á la humanidad que no evoque el nombre de Dios, deberíais esforzaros en buscar el sentido de esta idea.

Desde el momento en que estoy convencido de que la vida reside en ese principio inmaterial que está en mí, que es mi verdadero *yo*, no puedo ya creer en que ese *yo* se aniquile, porque está fuera del tiempo y del espacio. La idea de la muerte no es más que un error, que nace de la falsa idea de que el verdadero *yo* del hombre es su envoltura corporal.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

El analfabetismo y el ejército.—Las estrepitosas victorias prusianas de Sadowa, Metz y Sedán, atribuídas al maestro de escuela, lanzaron al ejército italiano en las vías de las más radicales reformas, empezando por declarar guerra sin tregua al analfabetismo, según dice A. Olivieri Sangiacomo en *L'Italia Moderna*. Cada compañía se convirtió en una escuela, cada soldado tuvo su carpeta, su cuaderno y su pluma, y cada dormitorio tuvo su mapa y su tabla mural. Los mismos que enseñaban el manejo del arma enseñaban el *a b c*, y los oficiales alternaban sus explicaciones del Reglamento y del Código con lecciones de Geografía y narraciones históricas. Se acabaron los ocios de cuartel, y si de algo se pecó fué de exageración en el trabajo. Cuando se hizo el reclutamiento de 1870, el 46,59 por 100 de los reclutas no sabían leer ni escribir; cuando se les licenció, sólo había el 9,88 por 100 de analfabetos.

Pero...

Cosa bella e mortale passa e non dura;

y la reacción no tardó en presentarse con la ley de 15 de Julio de 1877. Tácitamente al principio, y abiertamente después, la escuela elemental desapareció del cuartel, los exámenes de idoneidad alfabética de los licenciados se suprimieron, y así fué

poco á poco decayendo la instrucción elemental en el ejército. «El ejército debe recibir al ciudadano ya instruído en leer y escribir», decía el general Marselli en la época de los sueños megalómanos que produjeron la ruptura de relaciones comerciales con Francia, el aumento de dos cuerpos de ejército, las aventuras de Abisinia y la semibancarrota del Estado. La abolición de las escuelas elementales de los regimientos fué el golpe de gracia dado á la cultura nacional.

El fracaso de la instrucción obligatoria en Italia es evidente. La Capitanata, por ejemplo, gasta millón y medio de liras al año, á costa de enormes sacrificios, para atender á la instrucción primaria, sin que por eso disminuya el número de analfabetos; de cada 100 reclutas, hay 61 analfabetos; de cada 100 novios, 68 no saben firmar el acta nupcial (1).

---

(1) Véase, para hacer *pendant* á este cuadro del analfabetismo en Italia, el artículo que he publicado en *El Globo* sobre el analfabetismo en España:

El analfabetismo en España.—Nada prueba mejor la absoluta necesidad de atender con exquisito celo á la cultura nacional, mejorando los medios de instrucción, que el crecido número de analfabetos existentes en España.

Según las últimas estadísticas dadas á conocer por el Instituto Geográfico y Estadístico, la proporción de analfabetos en los años de 1860, 1877, 1887 y 1900 ha sido la siguiente:

1860	75,52	por 100	de analfabetos.
1877	72,01	—	—
1887	68,01	—	—
1900	63,78	—	—

Llegar al siglo xx con un contingente de 64 personas de cada 100 que no saben leer ni escribir, es realmente bochornoso. Cierto es que, mirando hacia atrás, podemos consolarnos con saber que todavía hemos estado peor. Algo, en efecto, hemos ganado; pero este algo es tan pequeño, que viene á concretarse en esta conclusión: en cuarenta años hemos conseguido reducir en un 12 por 100 el número de los analfabetos de España. Es, ciertamente, bien poco.

Pero meditando sobre las cifras oficiales anteriores, ocurre preguntar: ¿Es posible que de cada cien españoles sólo sepan leer y escribir 36? Y si no saben leer y escribir más que 36 de cada ciento, ¿son culpables de su

La ley habrá quizá ayudado á los capitales y á los grandes centros manufactureros, pero no podía ayudar del mismo modo á los pequeños pueblos, á las aldeas, á los habitantes diseminados por el campo. Aplicando el legislador á todos el mismo criterio, no pensó que las numerosas familias dedicadas á la agricultura y al pastoreo deben, en ciertos períodos del año, conducir á sus hijos á los campos, á las viñas, á los pastos de la montaña, ni se fijó «en que en los campos los niños empie-

---

ignorancia los otros 64? ¿Por qué esos 64 españoles de cada 100 no saben leer ni escribir? ¿Porque no quieren, ó porque no pueden?

Porque hay que distinguir entre analfabetos y analfabetos: el recién nacido es un analfabeto, y el hombre que al hacer una escritura de compraventa no puede firmar porque no sabe, es otro analfabeto; pero el primer analfabeto lo es necesariamente y no puede ser otra cosa, y el segundo lo es por culpa suya, ó de sus padres, ó del Ayuntamiento, ó del Estado. El primer tipo de analfabetos es común á todas las naciones, y el segundo, aunque existe también en todas, existe en proporciones diversas, que son las que sirven para medir el nivel de la cultura general de cada nación. Los unos son analfabetos *per se*, y los otros analfabetos *per accidens;* y para emplear un término más sugestivo, podemos llamar á los primeros *analfabetos inocentes*, y á los segundos *analfabetos culpables*.

Al estudiar el analfabetismo de una nación debe prescindirse siempre de los analfabetos inocentes; y considerando que hasta los seis años no hay realmente motivo para culpar á nadie de ignorancia, puede y debe partirse de la edad de seis años para fijar el número de analfabetos culpables, de verdaderos analfabetos de la nación. Verdad es que al hacer esa eliminación se incluye entre los analfabetos multitud de niños (los que asisten á las escuelas de párvulos) que saben leer y escribir y que podían aumentar el contingente de la población culta; pero sobre que eso es la excepción, por no existir escuelas de párvulos más que en centros populosos, nada importa hacer esa concesión (que halla su compensación en la cifra que se rebaja de los analfabetos) para llegar á la determinación exacta de los verdaderos analfabetos.

No debe, pues, decirse que en España hay, en números redondos, 64 personas por cada 100 que no saben leer ni escribir, sino 49 personas por cada 100 que, estando en edad de poder saber leer y escribir, ni leen ni escriben porque no saben. El estudio de los censos de población anteriores al de 1900—pues el de 1900 no contiene todavía la clasificación de la población por edades—nos permite, en efecto, fijar en un 14,50 por 100 el número de habitantes menores de seis años, y á este promedio debemos atenernos, como el más aproximado á la verdad, para afirmar que el nú-

zan desde la más tierna edad á ayudar á la familia en sus labores». ¿A qué, pues, imponer una obligación y amenazar con penas á quien no la cumpla, si no han de poder cumplirla los que tienen que vivir con el trabajo de sus propios brazos? Aun prescindiendo de que muchas familias pobres alquilan sus hijos á los dueños de tierras por un salario convenido, es que no hay en las casas ni en las chozas de los habitantes del Mediodía ni un solo músculo que no tenga que contraerse ó distenderse en provecho de la casa: custodiar las cabras, guardar las ovejas, recoger leña, vender caza, extirpar las malas hierbas,

---

mero de analfabetos culpables es el de 49 por 100. Aplicando esta reducción á los datos conocidos de España, tendremos el siguiente número, por provincias y de menor á mayor, de analfabetos culpables (culpa suya, de sus familias, de los Municipios ó del Estado, que eso ya se ventilará en otra ocasión):

Número de orden.	PROVINCIAS	Habitantes.	Analfabetos por 100.
1	Álava	96.386	19,79
2	Madrid	775.034	22,25
3	Palencia	192.473	25,95
4	Santander	276.003	26,04
5	Burgos	338.828	26,32
6	Segovia	159.243	28,18
7	Navarra	307.669	30,10
8	Guipúzcoa	195.850	31,75
9	Vizcaya	311.361	32,25
10	Soria	150.462	32,42
11	Valladolid	278.561	33,37
12	Salamanca	320.765	36,43
13	Logroño	189.376	36,57
14	Zamora	275.545	36,91
15	León	386.083	38,16
16	Oviedo	627.069	39,48
17	Barcelona	1 054 541	39,68
18	Guadalajara	200.186	42,50
19	Avila	200.457	42,91
20	Gerona	299.287	44,61
21	Huesca	244.867	47,30
22	Huelva	260.880	50,05
23	Lérida	274.590	50,19
24	Sevilla	555.256	50,43
25	Zaragoza	421.843	51,17

rastrillar los sembrados, recoger habas, espigar, atender á las faenas de la trilla, de la vendimia, de la recolección de las aceitunas, etc., por 25, 30 ó 40 céntimos diarios; renunciar á este ingreso es desequilibrar el presupuesto de la casa. Y los niños no van á la escuela. Y así, mientras los cuartos se gastan, las escuelas están desiertas y el pueblo de los campos crece en medio de la más crasa ignorancia, sin ternezas de sociólogos y sin afectos de filántropos, sin oir más que las palabras del cura que le parafrasea los domingos el Evangelio prometiéndole el reino de los cielos, ó las predicaciones del

Número de orden.	PROVINCIAS	Habitantes.	Analfabetos por 100.
26	Cádiz	452.659	51,90
27	Tarragona	337.964	52,14
28	Cáceres	362.164	53,47
29	Lugo	465.386	54,31
30	Pontevedra	457.262	54,44
31	Teruel	246.001	54,78
32	Toledo	376.814	55,69
33	Orense	404.311	55,78
34	Cuenca	249.696	55,96
35	Coruña	653.556	56,50
36	Valencia	806.556	57,66
37	Córdoba	455.859	60,29
38	Ciudad Real	321.580	60,42
39	Canarias	358.564	60,70
40	Badajoz	520.246	60,77
41	Alicante	470.149	61,22
42	Baleares	311.649	62,53
43	Murcia	577.987	62,91
44	Castellón	310.828	63,04
45	Albacete	237.877	63,12
46	Málaga	511.989	63,56
47	Almería	359.013	64,27
48	Granada	492.460	65,62
49	Jaén	474.490	65,79

Echando una ojeada al cuadro anterior, se ve que hay 21 provincias que dan una proporción de analfabetos inferior al promedio de 49 por 100, y 28 provincias cuyo número de analfabetos excede al promedio indicado. Entre las 21 provincias de mayor cultura elemental se hallan las Provincias Vascongadas, Navarra y Asturias, con los antiguos reinos de León

presidente de la liga prometiéndole el reino de las tierras... ajenas.

Hay que volver atrás en la marcha emprendida. Hay que volver á convertir los cuarteles en escuelas, sin que los oficiales desdeñen alternar el manejo del sable de mando con la férula del maestro. La escuela elemental tiene la ventaja de poderse establecer dondequiera y en todo momento, llenando todos los vacíos de la ociosidad. No emplear algunas horas de los ocios desmoralizadores del cuartel en enseñar á los soldados á leer y á escribir es un delito de lesa patria, haciendo improductivos los millones que el ejército cuesta al país. Por el servicio militar pasan todos los ciudadanos útiles, y ya que llegan de analfabetos, que salgan siquiera del servicio con la instrucción elemental. Cuando el ejército, creado para la guerra, no se utiliza en guerrear ni funciona afortunadamente como tal instrumento de guerra, debe dar á sus funciones una dirección que le permita prestar al país útiles servicios en el seno de la misma paz. Vuelva el ejército á ser la verdadera *escuela de la nación*, y realizará una labor eminentemente patriótica, no sólo contribuyendo á la difusión de la cultura, sino afirmando en los ciudadanos el sentimiento, harto más

---

y Castilla la Vieja, y parte de los de Castilla la Nueva, Aragón y Cataluña; entre las 28 provincias de menor cultura aparece el resto de la Península, figurando en el último tercio de la escala toda la rica zona valenciana y murciana, con las extensas regiones andaluzas, cuyo atraso alcanza al máximum, pues llega á más del 65 por 100 en Granada y Jaén.

El Norte todo, con excepción de Galicia y de Gerona, marcha á la cabeza de la nación por su relativamente floreciente estado, como si el eslabón de la cordillera Pirenaica que nos enlaza con Europa tirara de la Península para engarzarla entre los países civilizados; y el Sur entero, sin excepción alguna, aparece á la zaga del país, como para enlazarse en su cultura con los países de allende el Estrecho.

No puede ahondarse, en un solo artículo de periódico, en el complejísimo problema del analfabetismo. Baste por hoy haberlo enunciado, planteándolo en sus verdaderos términos, y quede para otra ocasión el estudio de sus causas y de sus remedios.

FERNANDO ARAUJO

obscuro de lo que parece, de la patria, y formando de ese modo la conciencia nacional.

OCULTISMO

La magia en la India antigua.— Con motivo de la publicación de un interesante libro publicado con el título que sirve de epígrafe á este artículo, por Víctor Henry, hace Emilio Faguet en *La Revue,* de París, una exposición crítica de la materia, que estimamos digna de ser recogida en estas páginas.

La magia india antigua, como todas las magias, es una medicina, una adivinación, una buenaventura y un exorcismo. Es, en efecto, una *medicina*, pues cura todas las enfermedades, ya que la medicina es, ante todo, una sugestión, y debe las tres cuartas partes de sus efectos á la influencia moral. En medicina se trata principalmente de ser ingenioso y de hacer creer que el remedio es bueno. ¿Qué más ingenioso que la magia? Para curar la fiebre se hace enrojecer un hacha, se apaga en agua y se salpica al calenturiento con este agua; con unos cuantos versos en apoyo de que lo que apaga el fuego apaga la fiebre, es difícil que el enfermo no se sienta aliviado.

La magia es una *adivinación.* Se observa el vuelo de los pájaros antes de entablar una batalla, lo que quiere decir que el hombre, en caso de indecisión, echa á la suerte para salir del apuro fiándose de los que mandan en la naturaleza; así, si sale bien ha acertado, y si sale mal no tiene que echarse la culpa de su resolución. La magia india tiene un sistema completo de adivinación: así, para saber si una joven se debe casar con su pretendiente, se recita un himno sobre una cazuela llena de agua, y se ruega á la joven que haga saltar una poca con su mano; la joven golpea el agua, y si salta hacia Oriente es buen presagio; otras veces se recita el mismo himno ante varios terrones procedentes de diversos sitios, y se invita á la joven á que señale uno: si elige tierra del cementerio, es señal de que morirá joven; si el terrón elegido procede de un hormi-

guero ó de tierra de césped, puede casarse con toda confianza; pero si señala el terrón procedente de una encrucijada, es seguro que su fidelidad será intermitente. Y así de las demás consultas, que no dejan de ser ingeniosas.

La magia es una *buenaventura*, en el sentido preciso de la palabra. No sólo anuncia el éxito, sino que lo crea. En la magia india antigua hay encantos para producir todas las buenaventuras deseables, para hacerse rico, para hacerse amar, para vencer, para librarse de los celos, etc. Para hacerse amar hay que cantar una canción en torno del símbolo del sér amado, que dice así: «Como la liana se abraza al árbol, así, ¡oh mujer!, yo me abrazo á ti para que me ames y no te separes de mí; como el águila al emprender su vuelo oprime con sus alas el suelo, así, ¡oh mujer!, yo oprimo tu corazón para que me ames y no te apartes de mí; como el sol da todos los días vuelta á la tierra, así, ¡oh mujer!, yo doy vueltas en torno de tu corazón, para que me ames y no te alejes de mí».

La magia, en fin, es un *exorcismo:* formula imprecaciones, paraliza los malos propósitos y las malas voluntades de los espíritus malignos, que son innumerables. El gran dios malo es Nirrti, la noche, las tinieblas. El que quiere hacer un *Nairrta* ó un exorcismo contra la noche, se va, cubierto de un vestido negro, el primer día de luna llena, al ponerse el sol, á orillas de un río ó arroyuelo, donde se halla preparada de antemano una balsa de cañas trenzadas calafateadas de barro; allí encima se hace fuego, se atiza, se le sostiene con libaciones de manteca, y en él se cuece el pastel sagrado, que se come religiosamente; luego se arroja el vestido negro que se ha impregnado de Nirrti, se entierra la balsa, se cambia de traje, poniéndose uno nuevo con calzado nuevo ritual, y se regresa á casa sin volver la cabeza.

Víctor Henry no sólo es un filólogo y un historiador concienzudo, sino que es un filósofo que sabe explicar, y que explica, las cosas, mostrándonos que la magia es una lógica, aunque lógica errónea. La magia, por otra parte, es medio

ciencia, medio religión. Es religión en cuanto se relaciona con los poderes misteriosos é invisibles que hay que aplacar ó combatir. Se mezcla, se ha mezclado y se mezclará siempre con todas las religiones, aunque éstas la rechacen, como se mezcla, se ha mezclado y se mezclará con la ciencia, aunque ésta la repugne con horror, irrisión y desprecio. Entre Ciencia, Religión y Magia hay relaciones múltiples, que si alguna vez se borran no tardan en reaparecer. Al principio está el mito, de donde salen la religión y la ciencia lo mismo que la magia.

El mito—dice Henry—es la proyección del Universo en el tiempo de tres períodos, y en el espacio de tres dimensiones; la religión es la proyección del Universo en los planos de la moralidad y de la casualidad; del mito saca la magia sus datos inmediatos; á la religión debe la magia el completo del *más allá*, que no la permite descansar, lanzándola en las vías de la investigación infinita, de donde va desprendiéndose la ciencia.

ESTÉTICA

Las ideas literarias de Nietzsche.—Nietzsche, dice Emilio Faguet en *La Renaissance Latine*, es ante todo un clásico, un apoliniano y un dionisiaco, un neogriego, un helenista que quisiera ser heleno. De ahí su pasión por Wagner, y luego su cólera, cuando se convenció de que el drama wagneriano, en lugar de ser la resurrección de la tragedia griega, no era más que la flor de otoño, enfermiza y malsana, del romanticismo.

El artista es para Nietzsche un «enfermo» de sobreexcitación, cuyos estados fisiológicos, que le convierten en otra persona, son: 1.° *La embriaguez:* el aumento del sentimiento de su poder y la necesidad interior de hacer de las cosas un reflejo de su plenitud y de su propia perfección. 2.° *La extrema acuidad* de ciertos sentidos, la necesidad de desembarazarse en cierto modo de sí mismo, un verdadero estado explosivo. 3.° *La*

imitación forzada: una extrema instabilidad que impulsa de un modo contagioso á comunicar determinada imagen, que nace interiormente, poniendo los miembros en movimiento con cierta suspensión de la voluntad, y ceguera y sordera de todo lo que pasa en el exterior.

Este estado especial de fiebre es el que distingue al artista del profano, al creador del receptivo; cada uno de estos estados tiene su óptica, contraria una de otra; exigir de un artista que se ejercite en la óptica del espectador, es exigirle que empobrezca su potencia creadora. Nuestra estética ha sido hasta aquí estética de mujeres, en el sentido de que sólo los receptivos son los que han formulado reglas, fruto de su experiencia sobre lo que es bello. El artista es impersonal en el sentido de que su personalidad voluntaria no entra ni debe entrar en su obra porque «el autor debe callarse cuando su obra se pone á hablar», y es personal en el sentido de la intervención de su personalidad sensible, de su temperamento en su obra.

El artista así dotado es uno y simple; los géneros mixtos en las artes revelan la desconfianza del artista en sus fuerzas, así como el estilo recargado es signo de debilidad en un autor, en una escuela, en una época ó en una civilización. No por eso hay que entender que el arte clásico sea siempre el mismo y que no haya más que un arte clásico: hay por lo menos dos genios opuestos, dos grandes especies de arte clásico: «el de la gran tranquilidad»—Virgilio y Gœthe—y el del gran movimiento—Homero y Shakspeare,—y más allá de uno y otro están el «arte hastiado, ávido de reposo» y el «arte agitado», á los que se ligan, respectivamente, el romanticismo alemán y el francés. Es innegable que la cultura alemana ha engañado á los europeos; es un idealismo suave, bonachón, con reflejos argentados, y este brillo mate, este enigmático resplandor de vía láctea, es el que hacía decir á los extranjeros: «Ahí hay algo lejano que no vemos ni oímos ni entendemos bien, pero quizá sean astros; hay que acercarse á los alemanes, por si acaso»; y se acercaron á ellos, cuando precisamente los alemanes

empezaban á despojarse de aquel resplandor, que no era propio de los astros, sino de las nubes en que se envolvían.

Las dos especies, clásica y romántica, de artistas, llevan en sí una visión del porvenir; pero una hace brotar esta visión de la fuerza, y la otra de la debilidad de su tiempo. El arte *fuerte* es ante todo realista evidentemente. ¡Nada más que la realidad, pero no toda la realidad, sino más bien la realidad escogida! El arte fuerte es flexible, sin embargo, y la señal de esta flexibilidad está en lo que se ha llamado las gracias del descuido, descuido que no debe ser afectado, sino producto natural del movimiento de un sér que no pone en el acto que ejecuta toda la fuerza que tiene.

Una cuestión personal, particular, de los filósofos, y de Nietzsche especialmente, es la de saber hasta qué punto deben ser claros. Nietzsche adora la claridad; pero, como él dice, «cuando se escribe se quiere ser comprendido y no comprendido»; al escribir, todo espíritu distinguido escoge su auditorio y defiende la entrada á los demás. Nietzsche pertenece á una raza fina, irónica, humorística; es apasionado de la fuerza, pero aborrece la brutalidad, y le horroriza la vulgaridad y la violencia de ciertas frases del arte contemporáneo.

Nietzsche cree que el teatro tiene su tiempo; cuando el pueblo necesita que se le representen materialmente sus héroes y sus leyendas, es porque no tiene ya el pleno vigor de su imaginación, cuando creaba la epopeya. En cuanto á la moralidad ó amoralidad del teatro, Nietzsche está convencido de que los grandes dramaturgos no se cuidan de eso ni piensan más que en pintar la vida; el pueblo ó el público burgués es el que trata de esos fines del teatro. El teatro no hace detestar las faltas que representa; las hace amar por los que están inclinados á cometerlas, y no las hace aborrecer sino á los que ya las aborrecen. El teatro moraliza á los que aburre. ¿Creéis que Tristán é Isolda atestiguan contra el adulterio por el hecho de que el adulterio les hace perecer á los dos?

Las ideas literarias y artísticas de Nietzsche no están liga-

das entre sí, ni forman sistema ó teoría general; pero son muy originales, muy penetrantes, como suelen ser casi todas sus ideas, y se refieren todas á la concepción de un arte sano, viril, fuerte y noble; desprecian la sensiblería y la trivialidad, todas las formas del arte popular ó burgués, y elevan el espíritu hacia la visión de un arte hecho *por* una especie superior y *para* una especie superior.

IMPRESIONES Y NOTAS

¿Es un veneno la sal?—Las sales contenidas en los alimentos representan importante papel en el sostenimiento de nuestro organismo. Si se toman dos perros, por ejemplo, de la misma edad y del mismo peso, y se les somete, al uno á un régimen alimenticio abundante, pero sin sal, y al otro al ayuno absoluto, se observa que el perro privado de alimento vive diez ó quince días más que el privado solamente de sal. Este experimento, repetido miles de veces con idéntico resultado, ha despertado naturalmente la curiosidad de los sabios. ¿Por qué esa muerte precoz? Porque los alimentos privados de sal, no sólo son impropios para la vida, sino que son nocivos.

¿Cuál es el valor exacto del cloruro de sodio ó sal de cocina en la alimentación? Rosenthal da á un perro alimentos abundantes, pero sin sal, y al cabo de unos días comprueba que el perro tiene albuminuria, y que ésta desaparece en cuanto el animal toma sal. Wundt ha hecho la prueba en sí mismo, y al tercer día se le presentó la albuminuria, que hizo desaparecer volviendo al régimen ordinario. Es evidente, por lo tanto, que la sal es necesaria al organismo animal, pero no por eso ha de creerse que cuanto más sal se tome, mejor se estará; pues tomando la sal en grandes cantidades, se presenta también la albuminuria y los riñones ofrecen manifiestas lesiones de nefritis.

Para estudiar hasta dónde llega la acción de la sal, nada

más notable que el caso clínico del Dr. Widal: el enfermo que acudió á su sala tenía los párpados tumefactos, la cara verdosa, las piernas hinchadas, y apenas podía respirar porque sus pulmones estaban infiltrados de serosidad y comprimidos por el líquido de la pleura; Widal acudió al régimen lácteo de cuatro litros diarios de leche, y á los ocho días el enfermo estaba deshinchado y casi curado; entonces, Widal, sin alterar el régimen, añadió á la leche 10 gramos de sal diarios; á las veinticuatro horas la albuminuria reapareció como al principio. Entonces el doctor hizo un experimento: prescindió de la leche y dió á su enfermo carne, pan y patatas, privadas de sal, y la albuminuria desapareció mejor todavía que con la leche, pues ésta dejaba cerca de 4 gramos de albúmina en la orina, y la carne sólo dejó 70 centigramos. El éxito maravilloso de este ensayo produciría una revolución en el tratamiento de los diabéticos, pues la base de este tratamiento es ahora la *decloruración* alimenticia. Achard y Paisseau lo han aplicado á un enfermo que, á consecuencia de una cirrosis del hígado, tenía en el peritoneo 8 litros de líquido, y con el régimen *desalado* el líquido ha desaparecido en ocho días.

¿Qué consecuencia sacar de todo esto? ¿Debe admitirse, con Widal, que la sal obra sobre el riñón como un tóxico, ó aceptar, con Achad, que la sal irrita el riñón mecánicamente? Ambas hipótesis se han sostenido, pero ninguna es exacta. Los experimentos de Castaigne y de Rathery prueban que el riñón—el organismo—necesita cierta cantidad de sal para mantenerse normal; si en los alimentos hay más ó hay menos sal de la necesaria, las células del riñón padecen; si hay exceso de sal, se achican y se reducen al estado de membranas inertes; si hay falta de sal, se hinchan y estallan. En ambos casos la manifestación más aparente del estado anormal del riñón es la albuminuria. Hay, pues, que tomar sal, pero no debe tomarse más que la necesaria.

*
* *

La electricidad, clave del problema de la materia.—Oliverio Lodge ha hecho conocer en el *Hilbert Journal* sus opiniones sobre la materia, que se resumen en una teoría tan original como digna de ser estudiada con madurez.

Nada de asociaciones de moléculas ni de átomos; el atomismo es una hipótesis que ha podido servir cuando la ciencia no había hecho ciertas investigaciones, pero que hoy carece de valor científico. No hay en el universo más que una sola sustancia, la electricidad, ni la materia es otra cosa que una acumulación de electrones. Los electrones, al combinarse de infinitos modos y en cantidades variables, son los que producen los llamados átomos de los elementos químicos, átomos que, lejos de ser indivisibles, como indica su nombre, contienen multitud de electrones, unos positivos y otros negativos; un átomo de hidrógeno, por ejemplo, tiene 350 electrones positivos y otros tantos negativos, y un átomo de radio, que es el más pesado de todos los conocidos, encierra 160.000 electrones. El universo es así, para Lodge, un sistema de luz organizada.

*
* *

La electricidad y la langosta.—Las aplicaciones de la electricidad son inagotables. Tras la electricidad que nos alumbra, que nos calienta, que nos transporta y que nos cura, he aquí ahora la electricidad que nos libra de la langosta, la electricidad insecticida.

El Dr. Hugo Helberger, de Munich, ha descubierto, según parece, un excelente procedimiento de exterminio de la langosta. Clavando en tierra una barra de cobre de un centímetro de grueso, la pone en contacto con uno de los polos de un conductor eléctrico de 110 voltios, y en el acto ve brotar del suelo legiones de gusanos y de insectos de todas clases que corren asustados como si quisieran librarse de algún enemigo invisible; todos esos insectos perecen en cuanto entran en el

radio de acción de la electricidad, y claro es que aplicado el sistema á la langosta, sus resultados serían maravillosos.

***

Una república europea casi ignorada.—No se trata de la república de San Marino, ni de la república de Andorra, dos estados liliputienses europeos, sino de la república de Moresnet, territorio neutral entre Alemania, Holanda y Bélgica.

En 1815, á la caída del imperio napoleónico, Moresnet no tenía más que 200 habitantes. Hoy cuenta con 3.000, y á juzgar por las noticias que Hurrelbrinck publica en *Elseviers*, de Amsterdam, su prosperidad es envidiable. Posee ricas minas de zinc con quince altos hornos para su explotación, y fabrica además 700.000 litros de ginebra en sus destilerías de alcohol, de los que destina á la exportación 675.000, pues tiene bastante con 25.000 litros para el consumo interior.

***

La paz y el desarme por las mujeres.—En *L'Européen* tropezamos con la siguiente carta de la Sra. Mac Kenty, vicepresidenta de la asociación «La paz y el desarme por las mujeres».

Señor: Me dirijo á vuestra cortesía para pediros la inserción de esta carta en vuestro importante periódico. Colocado bajo la alta dirección de un gran hombre como Bjœrnstjerne Bjœrnson, vive en la fuente misma de la idea de Paz, y es lo que me alienta para pensar que será acogida con benevolencia.

Pascal ha llamado á la opinión «la reina del mundo». Sólo, en efecto, una incesante propaganda puede fijar la victoria definitiva de un ideal de justicia y de humanidad.

En nuestra época de evolución infinita, la obra de pacificación ha realizado las más admirables conquistas, y el ideal de

la paz afirma cada vez más los intereses de la humanidad. Cuando el Congreso de la Haya, el proyectado arbitraje se parecía al vuelo de una quimera lejana; pero la quimera se ha precisado acercándose velozmente á la tierra. Si los señores Federico Passy d'Estournelles, de Constant y otros muchos hombres eminentes han consagrado todas sus fuerzas vivas á la obra pacífica, conviene rendir cordial homenaje á la señora de Flammarión, presidenta fundadora de la asociación «La paz y el desarme por las mujeres», vicepresidenta del último Congreso del Havre.

De la familia de Víctor Hugo, ha unido su vida al maestro cuyo nombre recuerda todos los esplendores del cielo; pero ha continuado sencillísima y dulce, como la mujer que ama y quiere irradiar bondad en la vida de los suyos. Ha guardado preciosamente en el fondo de su alma no sé qué herencia de piedad que la ha legado el autor de *Los Miserables;* así fué ferviente pacificadora desde el primer momento.

Para alcanzar su objeto, la señora Flammarión ha llamado á la buena puerta: se ha dirigido á la mujer, no sólo á causa de su papel de madre y de educadora, sino porque la verdadera mujer es el símbolo terrestre de la bondad, de la caridad, porque es dulce y paciente y porque pone toda su alma en la aceptación de un deber ó de una misión.

Si os suplico que os hagáis eco de esto, es para que no se olvide que nosotras las mujeres nos hemos asociado también al hermoso impulso de la propaganda pacifiquista y queremos contribuir á destruir lentamente los fermentos de odio para recuperarlos por las ideas generosas del progreso universal.

*
* *

Víctor Hugo, dibujante.—Se comprende la sorpresa de los visitantes de la *Casa de Victor Hugo*, donde se han reunido todas las manifestaciones de la vida del gran poeta, al encontrarse con que el autor de *Noventa y tres* ha sido también un

pintor notable, un dibujante excelente y un buen decorador, como dice Nemi en la *Nuova Antologia*. Allí hay, en efecto, dibujos, caricaturas, pinturas al óleo, acuarelas, aguas fuertes, marinas y maderas esculpidas, en todo lo cual se revela la impresión poderosa y personalísima del insigne creador.

Por cierto que entre las cartas exhumadas con motivo de estas aficiones de Víctor Hugo á las artes gráficas hay una de 1866, que termina diciendo: «Merci *con todo el mío corazón*». A propósito de esta frase española, el ilustre poeta J. M. de Heredia escribe al mismo Burty, á quien iba dirigida: «Creo que el gran Víctor Hugo ha escrito con «todo el mío corazón», que es un pisto de español y de italiano; pero creo, á pesar de todo el respeto que le tengo, que el ilustre poeta—el más español de todos los franceses junto á Corneille—estaba poco al corriente de la gramática transpirenaica; no sabe el español, pero lo adivina, lo crea».

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

I furti privilegiati, per l'avv. Marcello Finzi.—Torino; Fratelli Bocca, editori.—162 páginas, 3,50 liras.

Es una buena monografía, bien hecha, con abundancia de documentación. Finzi ha aprovechado para su trabajo muchas legislaciones, así antiguas como modernas y contemporáneas. El expurgo, examen y comparación de las mismas es lo que constituye la base y casi toda la materia del libro, en el cual se muestra el autor muy parco en discusiones teóricas. «La investigación histórica—dice el mismo Finzi en las primeras páginas de la obra—no es, por tanto, aquí un simple ornamento ó una exposición de curiosidades arqueológicas, sino que tiende á ser el fundamento de nuestras deducciones. La síntesis, fuera de toda idea preconcebida, se apoyará sobre los elementos que nos haya ofrecido el análisis...»

El trabajo es nuevo, original, sobre materia acerca de la cual hay muy poco escrito. Su utilidad, por esto, es clara.

Versa sobre una especie particular de delitos privilegiados, y es delito privilegiado, para el autor, «un hecho delictuoso previsto por la ley, el cual, no obstante tener los elementos constitutivos de un determinado género de delitos, sin embargo, se halla sometido, en virtud de especiales circunstancias, á una sanción más benigna que la de otros»; siendo, «análogamente, hurto privilegiado aquel hecho delictuoso previsto por la ley, el cual, aun cuando contiene todos los requisitos del delito de hurto, sin embargo, por virtud de especiales circunstancias, se halla contemplado en una disposición

más benigna». Los principales de estos hurtos privilegiados, á que la monografía de Finzi se refiere, son los hurtos mínimos ó de pequeñísima entidad, los de sustancias alimenticias, el hurto campestre (espigamiento, sustracción de frutas, hierbas, etc.) y el hurto forestal.

P. Dorado

***

Curso de Filosofía: ONTOLOGÍA, por D. Mercier. Versión castellana por Edmundo González-Blanco, conforme á la tercera edición francesa.—La España Moderna.—Un tomo de 664 páginas. Su precio, 10 pesetas.

Durante estos últimos años, Monseñor Mercier, el gran restaurador europeo del tomismo amplio, y decidido cultivador de los estudios psicológicos, ha venido trabajando en el terreno de la metafísica, y sobre todo en el de la metafísica general ú ontología. Empleó para las primeras ediciones (1890 y 1894) unos pequeños apuntes de cátedra, que publicó en los citados años con el título de *Nociones de Ontología.* Este no es el actual libro incorporado al *Curso de Filosofía*, y cuyo prólogo firma nuestro obispo con la fecha reciente de 22 de Septiembre de 1902. Se trata de un cuerpo científico y completo de doctrina; y salvo algunas incoherencias, en parte resultado del método escolástico seguido por el autor, es un testimonio bien convincente de su rico fondo de instrucción filosófica, singular exquisita erudición y prodigioso talento.

Es innegable que actualmente la metafísica late y se hace sentir en los círculos más objetivamente experimentales; y no lo es menos que todos los moldes en que se vacía son frágiles ó pasajeros. Por eso Monseñor Mercier se esfuerza en demostrar que el molde sólido y permanente está en la filosofía orgánica fundada por Aristóteles y Santo Tomás y continuada por sus sucesores.

He observado que muchos positivistas, en sus escritos y en sus conversaciones, hablan del escolasticismo como de la más

ardua de las doctrinas especulativas, y que han llegado á creer que todas las tendencias de la experimentación moderna son consideradas por sus secuaces como erróneas y malsanas; si así fuera, su desprecio hacia la filosofía escolástica estaría justificado; pero la verdad es que los escolásticos de nuestros días, y lo propio puede decirse de los del siglo XIII, no entienden esto de la misma manera, sino que aceptan casi todos los resultados de las ciencias de observación, interpretándolos con sutileza y profundidad en favor de sus teorías. En la *Ontología* de Monseñor Mercier, sobre todo, no se desdeña la exposición y examen de los nuevos sistemas físicos, químicos y biológicos, sino que, por el contrario, se les trae á colación con cualquier motivo. Así, al tratar del «principio de individuación», se discute la novísima teoría celular del «individuo-colonia»; al tratar de la «potencia» y del «acto», se discute la novísima teoría transformista de la evolución mecánica; al tratar de las «causas finales», se discute la novísima teoría materialista y sensualista de la determinación estética, etc., etc.

Por razón de esta amplitud de criterio, no menos que por la vasta cultura y penetración del ilustre prelado de Lovaina, es por lo que se puede considerar su *Ontología* como uno de los ensayos más felices y de las tentativas más acertadas para hacer florecer en el terreno filosófico el majestuoso árbol del *idealismo realista*, que combinando el sistema de Aristóteles con los procedimientos de observación, coloca á la razón en comercio inmediato con el fondo de la existencia universal, objeto de la metafísica.

Si queréis oir, lectores, la conclusión de Monseñor Mercier contra la filosofía no escolástica, escuchad estas nobles y hermosas palabras que nuestro metafísico toma de Vacherot, pensador poco sospechoso á los positivistas: «La escuela de Aristóteles es, sobre todo, una escuela de ciencia y filosofía positiva... Nada menos especulativo que su filosofía, si se entiende por esta palabra toda concepción *à priori*... Toda la

doctrina de Aristóteles se funda en una fórmula que es solamente la expresión abstracta y más elevada de la experiencia: *potencia* y *acto*, estas dos palabras que resumen su pensamiento y lo explican todo». Ved una preciosa confesión de aquel neo-kantiano, tan impregnado de criticismo y de prevenciones anti-escolásticas. Por mi parte, no añadiré ni una palabra: tan sólo diré á los que aún confunden el tomismo verdadero con un ergotismo de decadencia: *Erudimini.* Aprended.

Antonio Morillo

INDICE

Págs.

La princesa Tarakanoff (novela), por Gregorio Danilewsky 5

Nuestro sistema de recompensas militares, por Ignotus..... 37

Recuerdos, por José Echegaray..... 55

La discusión del presupuesto de Instrucción pública, por Adolfo Posada..... 70

El pueblo español ante la reforma social, por Hipólito González Rebollar..... 86

La locura del doctor Montarco, por Miguel de Unamuno..... 114

Desolación, por Antón Tchekhov..... 129

Lecturas americanas, por Hispanus..... 136

Crónica literaria.—Una nueva historia de la filosofía.—*Historia de la Filosofía del siglo XIX* (por D. Alberto Gómez Izquierdo), por E. Gómez de Baquero..... 155

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 166

Notas bibliográficas, por P. Dorado y Antonio Morillo..... 202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 16. NÚM. 183.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1904

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA PRINCESA TARAKANOFF

(NOVELA)

PRIMERA PARTE

VIII

Yo estaba aterrado. ¿Pensaba, en efecto, el conde hacer traición á la emperatriz? Pero no; esto era imposible por parte de un patriota probado, de un héroe célebre, de un primer oficial de Catalina. Sin embargo, ¿qué significaba entonces aquel mensaje? Atormentándome la mente en vano, tomé el partido de sondear al conde acerca de sus proyectos. Al mismo tiempo, corría el rumor de que acababa de ser llamado y que iba á ser reemplazado en el mando de la flota del Mediterráneo.

—Perdonadme, excelencia—me atreví á decir tímidamente;—pero como me marcho mañana á Roma con un mensaje de una naturaleza sumamente especial, permitidme que os pregunte lo que sucederá si la pretendiente acepta vuestra invitación y viene á Bolonia.

—¡Ah, astuto pajarraco de mar!—exclamó el conde riendo.—Todos los marinos estáis cortados por el mismo patrón; sería preciso abrir nuestro corazón y ponerlo ante vuestros ojos; por desgracia, nosotros los diplomáticos no gustamos de charlar. Espera un poco; ya lo verá el que viva. Has de saber solamente, y tenlo bien entendido, que soy y seré siempre el devotísimo súbdito de nuestra emperatriz Catalina Alekseievna.

—Concededme, excelencia, un generoso perdón por mis importunas preguntas—repliqué;—pero mi mensaje no se refiere á cosas de marina; afecta á la diplomacia, y yo no me he dedicado nunca á ella; lo que me preocupa es el temor de que la pretendiente proclame abiertamente sus derechos al trono.

—Eso es lo que me inquieta á mí también... Tal vez sea ella, en efecto, un vástago imperial de la sangre de nuestra madre Isabel Petrovna. Hay que estar dispuesto á todo. Por de pronto, trata de acudir en su ayuda, aportándole dinero de que carece. Tus servicios no serán olvidados, y ¿quién sabe? tal vez algún día nos lo agradecerá la misma Catalina... Quizá su corazón, á veces de piedra, experimentará compasión por la desgraciada, y las circunstancias harán lo demás.

El conde, pensé yo entonces, no hará traición á la emperatriz; por el contrario, quiere, sin duda, disuadir á la pretendiente de sus proyectos, y convencerla de la locura de toda tentativa sobre el trono de Rusia. Así fué que me puse en camino para Roma con verdadero celo.

Era en los primeros días de Febrero de 1775. Al llegar á la Ciudad Eterna encontré al mensajero del conde, un teniente de navío como yo. Decían que era griego; pero á mí me parecía más bien medio judío y medio alemán. Se llamaba Ivan Moisievitch Chrystenieck. Hable con él del asunto común que nos reunía: Chrystenieck tenía una perpetua sonrisa y melosas palabras; pero sus ojos hipócritas desmentían lo que decía, no se sabía á punto fijo si con su expresión malévola os pedían vuestra alma ó vuestra bolsa.

Me dijo que la princesa ocupaba en el Campo de Marte el piso bajo de la *villa* Juani, y que vivía aislada bajo un falso nombre, en una gran penuria; tenía que pagar 50 sequinos por el alquiler de su vivienda, no disponía más que de tres criados, no recibía á nadie, salvo un padre jesuíta y un médico, y no salía sino para ir á la iglesia. Chrystenieck, disfrazado de mendigo, había rondado por los alrededores de la *villa*, pero no había podido lograr el ser admitido en ella. Me llevó al

Campo de Marte. La *villa* Juani estaba aislada en medio de un vasto parque. Me acerqué á la puerta cochera, y dí tres golpes tímidos. En una ventanita, á la que hacía marco una vid silvestre, apareció la doncella de la princesa Tarakanoff, Francisca Mecheda, hija de un capitán prusiano; detrás de ella percibí la figura del fiel secretario Tcharnomsky.

—¿Qué desea usted?—preguntó con acento de desconfianza.

Apenas le reconocí. Su elegancia, su actitud insolente y altiva de otro tiempo, habían desaparecido. Sus cabellos no estaban ya rizados; en su rostro no había ya afeites, y su traje estaba usado.

—Vengo de parte del conde Orloff.

—¿Tiene usted una carta?—preguntó él con acento breve.

—Espero, de todos modos, que podré entregarla personalmente á la princesa.

—¿Trae usted una carta?—repitió el secretario, volviendo en él su arrogancia.

Comprendí que era inútil insistir y le entregué un paquete sellado. Cogió la carta, leyó ávidamente la dirección, escrita en alemán, y se precipitó sin decir palabra al interior de la *villa*. Transcurrieron dos ó tres minutos; después la puerta se abrió de par en par ante mí.

—Perdone usted, se lo ruego—me dijo Tcharnomsky inclinándose;—no le había reconocido á usted á causa de su uniforme. Entre usted: la princesa le espera. Es usted un visitante deseado.

La pretendiente me recibió en una salita cuya ventana daba á un gran jardín. No se veían allí, como en Ragusa, tapicerías de damasco, muebles forrados de seda, ni señales de aquel lujo tan reciente todavía. La pretendida princesa de todas las Rusias, Isabel Tarakanoff, la princesa de Wladimir, la señora de Azoff, la princesa Pinneberg, la seductora del poderoso y caprichoso shah de Persia y de los príncipes de la sangre de Alemania, estaba allí, reclinada en un modesto sofá

de cuero, con una manteleta de terciopelo azul sobre los hombros, calzados sus piececitos con unas zapatillas de abrigo. La habitación era fría y húmeda. Un moribundo fuego arrojaba en la chimenea vacilantes resplandores. La princesa me pareció envejecida. Pero, á pesar de sus facciones enflaquecidas, de sus mejillas pálidas y hundidas con placas rojas, de sus descoloridos labios, estaba siempre bella. Pareció alegrarse de volverme á ver, y sonrió mirándome con benevolencia; pero ya no era la despreocupada sonrisa que entreabría sus labios rojos en Ragusa: ahora tenía el aire de una corza asustada y casi mortalmente herida que ha escapado de la feroz jauría, pero que siente su fin próximo.

—Sea usted bienvenido. ¡Por fin le veo á usted! Me trae usted la respuesta tan impacientemente esperada del conde de Orloff. La he leído, y le doy á usted las gracias con todo mi corazón. ¿Qué más me tiene usted que decir?

—El conde Orloff es vuestro devoto servidor y vuestro muy humilde esclavo—dije, repitiendo lentamente las palabras de que él se había servido;—está en absoluto á vuestro servicio, y se prosterna á vuestros pies.

La princesa se levantó á medias, y arreglándose las ondas de su magnífica cabellera, me tendió su mano, que besé respetuosamente.

—Todo el mundo me ha abandonado — dijo ella con voz triste y vibrante, tosiendo febrilmente y llevándose su pañuelo á los labios;—además, estoy enferma. Pero mi enfermedad es lo que menos me preocupa; lo más grave es que mis recursos están agotados: estoy sin ningún medio de vida. El príncipe Radziwill y los demás magnates polacos, los franceses, que me habían prometido su apoyo, todos me han desamparado, todos han desaparecido como por encanto. Y todo esto ha ocurrido inopinadamente, en cuanto el ejército de usted ha estipulado un armisticio con los turcos. ¡Oh! algún día me vengaré de todas esas gentes. Por ahora me encuentro sin nada; no tengo con qué pagar al médico ni las medicinas, ni con

qué comprar provisiones; los acreedores me asedian, la policía me amenaza y mis enemigos me persiguen. Esto es atroz, es para volverse loca... y nadie para salvarme...

Se calló, presa de un acceso de tos seca; después fijó en mí una mirada llena de ansiedad; en sus ojos no había ya ni señales de aquella audacia salvaje, de aquella fe en sí misma, de aquella orgullosa confianza que me asombraran en nuestra primera entrevista.

—Señora—dije profundamente conmovido, — he aquí una letra de cambio que el conde Orloff me encargó entregaros. Su excelencia no me dijo á qué suma se eleva; pero os ruega que la aceptéis de buen grado, como débil muestra de su abnegación.

Y diciendo esto, tendí á la princesa un pliego sellado con las armas del conde, y conteniendo valores pagaderos en casa del banquero Jenkius. La princesa rompió precipitadamente el sobre, pasó una mano por sus deslumbrados ojos, me dirigió una mirada indefinible, volvió á toser, y por fin exclamó con voz ahogada por la emoción, estrechando el papel contra su pecho anheloso:

—¡Cómo! ¿es esto posible? ¿no es un sueño? ¿no es una broma?

—Un hombre tan célebre, tan eminente como su excelencia el conde Orloff, no tiene la costumbre de bromear en esta clase de asuntos.

La princesa, olvidándose de su padecimiento, se puso en pie, dió palmadas como una criatura, y riendo y llorando á la vez, se precipitó á la habitación inmediata. Oí palabras entrecortadas por sollozos nerviosos: «¡Crédito ilimitado!» Después, un ir y venir de criados consternados é inquietos, sin saber qué hacer para calmar la crisis; por fin, apareció Tcharnomsky pálido y convulso.

—Gracias en nombre de la princesa — me dijo, estrechándome fuertemente la mano. — En estos momentos, desesperadamente críticos, usted solo aporta un socorro, solamente us-

ted no ha faltado á su promesa. Esos ingratos polacos han seducido á la pobre princesa, y la han abandonado cobardemente en los momentos de más inminente peligro, después de haberla entretenido con promesas y esperanzas insensatas. El conde la invita á ir á Bolonia. ¿Accederá ella? no lo sé todavía; pero, sin embargo, es probable. Emprendedora y audaz hasta la locura, no retrocede ante ningún peligro desde que se trata de su causa.

—¿Puedo dar parte de las palabras de usted al conde Orloff?

—Espere algunos días. Usted conoce su situación y sabe que está enferma—respondió Tcharnomsky.—Iré á ver á usted con objeto de llevarle su respuesta definitiva; hasta entonces, se lo ruego, sírvase guardar todo esto en el mayor misterio; va en ello la seguridad de la princesa.

—Hay, sin embargo, aquí, por lo que he oído decir, algunos rusos que tienen acceso con ella y que podrían perjudicarla. ¿Quiénes son?

Tcharnomsky se turbó, y contestó evasivamente que no sabía nada.

Picado por esta falta de confianza, me retiré. Pasaron algunos días, durante los cuales no tuve ninguna noticia de la princesa. Desde un hotel próximo espiaba con Chrystenieck lo que ocurriese en la *villa* Juani. Durante los primeros días, la *villa* estuvo tan silenciosa y tan desierta como anteriormente. No vimos más que al médico y á una mujer con un velo negro que tenía aspecto de religiosa y permanecía siempre mucho tiempo con la princesa. Al fin, una tarde un criado llevó un coche con las cortinillas echadas, y la princesa, vacilante, con su manteleta de terciopelo azul, apareció en el umbral.—Procuremos saber á dónde va—dije á Chyrstenieck.

El coche tomó por callejuelas desiertas, por pasajes estrechos y sombríos, y se detuvo en el Corso, ante las oficinas del banquero Jenkius. Transcurrió otra semana. Tcharnomsky tardaba en devolverme la visita prometida, y yo estaba molesto

y preocupado. Por añadidura, Chrystenieck, que observaba cada paso de la princesa, me dijo un día con acritud que probablemente se burlaban de nosotros, y que aquella pretendiente no pensaba ni por asomo en emprender el viaje á Bolonia.

La princesa pagó sus deudas, y la desierta *villa* se transformó como por milagro. Día y noche había carruajes estacionados ante la puerta. La princesa tomó posesión de los pisos de la *villa*. Amuebló las habitaciones, tuvo coches, elegantes libreas, caballos de silla. Recorría las galerías, los museos, daba bailes suntuosos.

Roma, en aquellos momentos, estaba muy animada: era la época del Cónclave que debía dar sucesor á Clemente XIV. Los salones de la princesa se vieron frecuentados por los más nobles señores, por los artistas, los poetas, los escritores más célebres, y por el alto clero. La desconocida del velo negro había desaparecido por completo. Un dia la vi á poca distancia. Me lanzó una mirada de cólera y de odio, y me pareció oirla murmurar un juramento en ruso; pero no pude distinguir sus facciones al través de su espeso velo, y no vi sino unos cabellos dorados mezclados á hilos de plata. Los sones del arpa, que la princesa tocaba como artista, me llegaban á intervalos.

Una muchedumbre de mendigos, á los que daba grandes limosnas, asediaba su puerta y saludaba con gritos y aclamaciones la llegada de las ruidosas cabalgatas que iban de excursión por los alrededores de Roma. La princesa se había vuelto á poner fresca y alegre, seductora y llena de confianza en sí misma. Me alegraba de la metamorfosis de aquella mujer, medio niña, ligera y frívola. Pero Chrystenieck me exasperaba con alusiones repetidas á la desconfianza que no podía dejar de inspirar al conde aquella lentitud. Roma hablaba de la bella desconocida, como antes habló Ragusa. Chrystenieck me dijo que el banquero Jenkius había asignado á la princesa, de parte del conde Orloff, diez mil escudos; que la princesa resucitada prodigaba locamente aquel dinero, como si creyera que nunca había de tener fin.

Un día recibí una invitación para una de sus fiestas. La princesa, en medio de sus invitados, se parecía á un sol radiante rodeado de astros luminosos. Ejecutó un número musical en el arpa, y puso en ello tanta alma, que me quedé absorto y conmovido. Al hablarme no hizo ninguna alusión á su partida; pero cuando me despedí de ella, me dijo en secreto:

—Esté usted tranquilo; todo se arreglará de la mejor manera.

Siguiendo los consejos de Chrystenieck, dos días después la recordé por carta que me debía una respuesta definitiva respecto al viaje á Bolonia. Estuvimos bastante tiempo sin respuesta. Nos perdíamos en conjeturas. Por fin me trajeron un billete firmado por la princesa, en el que me daba una cita en la iglesia de Santa María de los Ángeles.

Declinaba el día; entré en la iglesia, iluminada á medias y perfumada por el incienso. Unas lamparillas ardían ante las imágenes de los santos. Un silencio misterioso reinaba en el desierto templo. Solamente las sombras negras de las estatuas y de las columnas se destacaban en el sombrío fondo de la iglesia. Ante un altar, en una de las naves, había una mujer alta, esbelta, con la cabeza cubierta por una mantilla de terciopelo. Reconocí á la princesa.

—El deseo del bienestar y de la felicidad de mi patria es tan vivo en mí—dijo ella con voz clara y sonora,—que á pesar del riesgo y del peligro que corro tal vez, acepto la invitación del conde Orloff. Antes desconfiaba de él; creo en él ahora. Ya ve usted que cumplo mi palabra. He anunciado á todos mis amigos que estaba resuelta á renunciar al mundo. A usted le diré otra cosa...

Vaciló un instante, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y añadió con voz firme:

—Marcho mañana; voy á reunirme con el conde, ¡suceda lo que quiera! Dígame usted solamente que no me hará usted traición, que no me entregará á mis enemigos...

Me incliné silenciosamente. ¿Qué podía responder yo, el

fiel servidor de la emperatriz Catalina? Cuando alcé los ojos, vi brillar la esperanza en su mirada; vacilación, debilidad, desconfianza, habían desaparecido. Sin saber por qué, me compadecí de aquella mujer, que estaba allí, ante mí, erguida en toda su estatura, valiente y soñando con la lucha y la victoria.

—Hasta pronto, pues... Hasta mañana... que marcharemos.

—Gracias á Dios—me dije aliviado,—el conde la convencerá de la imposibilidad de sus proyectos y cuidará de su porvenir.

Ella me estrechó fuertemente la mano, me miró como si quisiera todavía decirme algo, y me dejó bruscamente. Atravesé la iglesia conmovido y pensativo. De repente, de la pila de mármol se destacó una sombra negra que me cerró el paso. Era la misteriosa desconocida de la *villa* Juani.

—Kontzoff—me dijo en ruso con indignado acento, llevándome detrás de unas columnas,—¡es usted un traidor!...

—¿Cómo se atreve usted á insultarme así? ¿Quién es usted? Si es usted rusa, dígame su nombre—exclamé sublevado ante tan inesperado ataque.

—No tiene usted ningún motivo para preguntarme mi nombre... Se lo repito, es usted un traidor; fragua usted la pérdida de esa desgraciada. Usted es quien la ha infundido la idea de ese viaje maldito... Presiento un lazo, un drama...—murmuraba la desconocida, apretándome la mano convulsivamente. Júreme que no es una intriga, una traición, si no es usted uno de aquellos foragidos que hicieron perecer á un inocente... en Schlusselburgo...

La relación del sangriento drama de Mirovitch, contado por mi abuela, acudió á mi memoria, y respondí con indulgencia á la desconocida:

—Cálmese; sus prevenciones la llevan demasiado lejos; crea usted que soy un hombre honrado, un oficial de marina, y que no cumplo sino con mi deber transmitiendo el mensaje

confiado por mi jefe; estoy persuadido de que no sucederá nada enojoso á la princesa Tarakanoff.

La desconocida me señaló con el dedo una imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

—Júreme por ella que cuanto me dice usted es cierto.

—Lo juro... La princesa no corre ningún peligro fiándose del conde—murmuré vacilante, abrumado.

La desconocida soltó mi mano y salió lentamente, mientras yo la seguía con los ojos, tratando de explicarme su abnegación hacia la pretendiente.

IX

Era el 12 de Febrero. Hacía buen tiempo, pero frío. La princesa se instaló con su comitiva y sus criados en varios carruajes. En la puerta de la iglesia de San Carlos distribuyó una abundante limosna entre los pobres; después, escoltada por señores y artistas, y entre el ruido de las aclamaciones de la multitud, salió de Roma. En la puerta de la ciudad se inscribió bajo el nombre de condesa Seliuska y tomó la dirección de Florencia. Yo iba de vanguardia y Chrystenieck la seguía.

El 16, la princesa Tarakanoff llegaba á Bolonia, pero el conde no estaba allí. La esperaba en su palacio de Pisa, más aislado que el de Bolonia. Se quedó asombrado del tren y de la numerosa comitiva de la princesa; la recibió muy humilde y respetuosamente; la instaló no lejos de él, rodeándola de comodidad y lujo, tratándola como soberana, y permaneciendo de pie ante ella.

Sucedieron cosas extrañas. ¿De qué hablaba el conde con la princesa? ¿Cuáles fueron sus negociaciones con ella? Nadie podía saberlo. Pero todo el mundo adivinó que se trataba de una intriga amorosa. La princesa no tardó en ir á habitar en el palacio mismo del conde; su acompañamiento y sus criados se alojaron en las casas próximas.

Desde la llegada de la princesa, Chrystenieck trató de ponerse delante, atribuyéndose el buen resultado de la misión. Pero yo me cuidaba poco de él, porque le despreciaba demasiado, y, en suma, el conde no dejaba de saber que á mí sobre todo era debida la determinación de la princesa.

Corrió el rumor de que él la había regalado, entre otras cosas preciosas, un medallón con su retrato en miniatura pintado sobre marfil, y que había roto con su amante favorita, la mujer del rico David Koovitch Davidoff, *née* Orloff. No había ya duda, la nueva encantadora había domado el corazón del gigante. El león se había enamorado de una falena. Cegado por los encantos de la dama, no se tomaba el trabajo de ocultar su pasión. Se presentaba en todas partes con ella, en los paseos, en la Ópera, y la acompañaba hasta á la iglesia.

La princesa me llamó un día. Estuvo sumamente simpática y bondadosa, y me despidió repitiéndome que yo solo la inspiraba confianza plena. También el conde se mostraba benévolo y cordial conmigo.

Chrystenieck, celoso del crédito de que yo gozaba cerca del conde y de la princesa, empleó diversos procedimientos para sacar partido de las circunstancias. Se quejó varias veces de la afrenta que le había inferido en Roma la princesa Tarakanoff al negarse á recibirle, á él, á Chrystenieck, el fiel mensajero del conde. La princesa, queriendo reparar aquel pretendido insulto, obtuvo para él un diploma de coronel. En cuanto á mí, no se pensó en nada; pero yo soporté aquella injusticia con bastante indiferencia, gozando de la confianza del conde y de la princesa.

—Kontzoff—me dijo un día el conde,—á ti te competen el honor y la gloria de haberme proporcionado el medio de ser útil á una persona tan distinguida. Es preciso asegurarla un porvenir estable y tranquilo. ¡Qué encantos los suyos! ¡qué ingenio! ¡qué inteligencia tan extraordinaria! ¡qué maneras tan seductoras! Te confesaré francamente que casi siento deseos de romper con mi vida de soltero.

—¿Así está vuecencia?

—Sí, pero ella se obstina en oponerse al más ardiente de mis deseos, y me repite siempre: No consentiré sino cuando esté en mi puesto...

—¿Qué puesto es ese, excelencia?—pregunté intrigado.

—Rusia, el día en que la emperatriz Catalina no se oponga á sus derechos.

—¿Sucederá eso algún día?

El conde se calló un momento, como reflexionando.

—Tal vez... pero temo aquí por ella, sobre todo á esos polacos y á esos jesuítas que rondan continuamente á nuestro alrededor y espían cada uno de sus pasos. Temo la bala ó el estilete de un asesino pagado por ellos en cualquier lugar solitario.

Leíase la angustia, la ansiedad en los ojos del conde; la pasión y el amor convulsionaban su rostro pálido y parecían vibrar hasta en su voz.

El conde no salía apenas de las habitaciones de la princesa.

—¡Ah! ¡qué desgracia que sea tan obstinada!—exclamó de nuevo haciendo que me acercara;—por más que razono y argumento no quiere darse á partido. Todo se estrella y se quiebra contra su voluntad. Si alguno, ganando su confianza, pudiera determinarla...

—¿Determinarla á qué, excelencia, si no soy indiscreto?

—A un matrimonio secreto y á la fuga después...

—¿Con quién?—insistí yo todavía.

—Conmigo—fué su réplica breve y precisa.

—¿Cómo podría ser una fuga con vos, excelencia? ¿Y á dónde huir?

—¿A dónde? poco me importa; al fin del mundo si fuera preciso.

Al pronunciar aquellas palabras apasionadas, el atleta, el héroe, permanecía ante mí avergonzado y tímido, con los ojos bajos, como un adolescente. ¿Qué tenía yo que responder? Renové en mí mismo el juramento de permanecerle fiel y abnegado en cualesquiera circunstancias. ¿No se trataba

acaso de un matrimonio? ¿Qué había de malo en ello?—me dije para tranquilizar mi conciencia.—Casándose con la princesa Tarakanoff, ¿no prestaría indirectamente un servicio al Estado el conde Orloff, al hacer de temida pretendiente una simple condesa?

X

Interrumpo esta narración y vuelvo á la realidad, ¡á nuestra fragata á punto de zozobrar! ¡Dios!... Deshecha por la tempestad, el *Aguila del Norte* es arrastrada desde hace cinco días y cinco noches por una corriente irresistible. ¿En dónde estamos? No sabemos nada. Nuestros cálculos nos engañan. Hoy al amanecer nos encontrábamos lejos de España, cerca de costas rocosas y salvajes que nos parecían ser las de Africa. Recurrimos en vano á las señales.

Un escollo... y sucumbiremos... Irene, amada del alma, adorada traidora, ¡ojalá pudieras ver los sufrimientos, las angustias y las agonías del alma condenada por ti á errar sin tregua ni descanso por el destierro, muy lejos, por extranjeras tierras!... Negra noche... silencio sombrío... Encuéntrome otra vez en mi camarote... ¡Señor todopoderoso, dígnate confortarme; concédeme todavía los pocos días necesarios para terminar mi relato!... Sin fuerzas ya por el cansancio, pasajeros y tripulantes se han dormido. Solamente yo velo todavía... Me aproximo al sangriento desenlace de la intriga..., de la prueba más ruda de mi vida, de la que motiva esta confesión.

Tal vez algún día estas hojas sueltas, estos pensamientos lanzados febrilmente sobre el papel, caerán en manos de la mujer que es causa de mi desgracia, de mi destierro y de aquella intriga de la que fuí el inconsciente instrumento, y que es objeto de mis eternos remordimientos.

. . . . . .

. . . . . .

El conde volvió á Bolonia con la princesa. Un día ella me mandó á llamar; como de costumbre, me acogió cordialmente. Las rosetas de sus mejillas y el enfermizo brillo de sus ojos me impresionaron penosamente.

—Señor teniente, tengo que comunicarle una noticia importante—me dijo ella, mirando á su alrededor con inquietud y bajando la voz.

—Hablad sin temor, señora, y esté segura vuestra alteza de mi leal adhesión.

—¿Sabe usted que el conde se marcha mañana á Livornia?

—He oído decirlo.

—Ha habido, según parece, algunas riñas entre los marineros rusos y los ingleses, y el conde ha sido llamado por el cónsul inglés Dick para calmar los ánimos.

—Es un asunto sin consecuencias; todo se arreglará en seguida; el conde no tardará en estar de vuelta—dije, esperando tranquilizarla.

—El conde quiere á toda costa que le acompañe... Si no consiento en ello, si no voy con él, ¿qué piensa usted que ocurrirá? ¿Me abandonará como lo hicieron los otros? Si se marcha sin mí, ¿será tal vez una separación eterna?

—¿Qué estáis diciendo, princesa? ¿Una separación?... Pero puesto que ese viaje es un viaje de recreo, ¿por qué vaciláis? El tiempo es delicioso: ¿no os seduce ese viaje con el conde?

—Sí, me tienta mucho—respondió ella pensativa;—tengo muchos deseos de ver Livornia, el mar, y sobre todo la flota; ¡me ha hablado tanto el conde de esos valientes marinos rusos! pero...

—¿Pero qué, señora?—y para mis adentros añadí: —El conde está herido en el corazón; la ama, y le es duro separarse de ella aunque no sea más que por un día.

—Hay algo que me impide acompañarle—dijo tímidamente la princesa. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, sus labios temblaban, su pensamiento parecía hallarse lejos, lejos. De repente cogió mi mano, y me dijo con voz entrecortada y rápida:

—Escúcheme: usted es un hombre honrado... El conde quiere casarse conmigo... ¿Qué le parece á usted? Háblemе con franqueza, se lo suplico.

—Os felicito, princesa—dije inclinándome; —vuestros encantos, vuestros méritos han encadenado al conde, y no me extraña.

Sus mejillas, de pálidas, se pusieron lívidas; sus facciones, contraídas, convulsionadas; una angustia, una ansiedad mortales.

—Dígame, se lo suplico en nombre de todo lo que le sea sagrado: ¿no me engañará él también?

En mi confianza ingenua y ciega, no preveía ningún peligro.

—¿Por qué tenéis tan funestos presentimientos? ¿De dónde os acosan esas ideas de peligro y de traición? ¿Engañaros el conde, cuando no piensa más que en vuestra seguridad; cuando no sueña sino con un amor y abnegación sin límites; cuando, para sustraeros á todo peligro, está dispuesto á huir lejos con vos?

— ¿Es verdad que me ama? ¿Me lo jura usted por su madre, por su padre?—me preguntó ella ansiosa y anhelante.

—Lo juro; me lo ha confesado él mismo, arrastrado por la pasión; me ha honrado, á mí, á su pobre y humilde servidor, con su confianza, y hablaba con el corazón en la mano.

La mirada de la princesa se fijó en un crucifijo colgado de una pared; le contempló largo rato silenciosa, recogida; sus pálidos labios se movían como en fervorosa oración. Poco á poco sus facciones se serenaron; la ansiedad y el temor desaparecieron, y sus ojos recobraron su expresión de energía audaz.

—Solamente los valientes triunfan... Mi resolución está tomada; la cuenta está echada... ¡Iré! Sepa usted de todos modos que venderé cara mi libertad—añadió la princesa levantándose, y sus ojos lanzaron un audaz desafío al porvernir.

Aplaudí calurosamente el valor de la joven.

—Una palabra más, Kontzoff. Dígamelo como si hablase usted á Dios: ¿es cierto que el mismo Orloff fué el que hizo subir al trono á Catalina?

—Sí, el mismo; os lo juro una vez más.

—Está bien. ¡Un Cid! ¡un Bayardo! Héroes de ese temple no conocen más que el valor; también conocen la grandeza de alma—exclamó la princesa con ardor.

Me retiré con el corazón henchido de alegría; pero á medida que reflexionaba sobre las peripecias rápidas y complicadas de los sucesos, asaltaban mi alma malos presentimientos; el demonio cuchicheaba en mi oído, haciendo revivir tristes recuerdos.

—¿Conoce la princesa ese pasado del conde, no menos célebre que sus victorias, pero manchado con sangre y muertes? ¿esas hazañas negras, tenebrosas, que ninguna gloria es capaz de borrar?

Estos pensamientos me obsesionaron de tal modo, que no pude cerrar los ojos en toda la noche. Me debatía entre sentimientos contradictorios. Ir á decírselo todo á la princesa... ¿pero no era esto hacer traición al conde? ¿y para qué turbar el alma impresionable de la princesa con aquellos terribles recuerdos? Mi conciencia me censuraba mi silencio; mi deber lo exigía... y abrumado, aturdido por aquellas reminiscencias que, como pesadillas sangrientas, surgían ante mí en toda su espantosa realidad, compadecía á la princesa sin saber por qué. No presentía en aquellos instantes fatales que mi compasión, mis inquietudes, estaban ¡ay! harto motivadas. En cuanto fué de día me precipité á la casa del conde, sin decisión tomada. La multitud se agolpaba curiosa ante el palacio. Los coches llegaban. El conde estaba ya sentado con la princesa en un carruaje; en otro se daba tono Chrystenieck; en los demás se acomodaban los acompañantes del conde y de la princesa Tarakanoff.

—¡Ah! ¿ya estás ahí por fin, Kontzoff? No esperábamos más que á ti para ponernos en marcha—exclamó el conde al

verme. Me instalé en el coche ocupado por Chrystenieck.

La mañana estaba espléndida. Fatigado por el insomnio y por las escenas de la víspera, me encontraba sumido en una profunda somnolencia, cuando la voz aguda de mi compañero vino á despertarme bruscamente.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—¿De qué, si me hace usted el favor de decirlo?

—Pues de este viaje improvisado—respondió el griego.

—No pienso nada, y no me aventuro á prever nada—respondí secamente.

—Pues bien, mañana tendremos una pareja de recién casados—dijo Chrystenieck, y una maliciosa sonrisa se deslizó por sus labios.

—¡Ah! ¿pero dónde se efectuará lo boda, en qué iglesia?

—¿No basta con la capilla de la escuadra? Se casarán á bordo del buque almirante, y eso es lo que la ha decidido á ella á seguir al conde á Livornia.

—¿Así, pues, es una cosa resuelta?—pregunté, prestando cada vez mayor atención al lenguaje medio burlón medio astuto del griego.

—Cosa resuelta, absolutamente resuelta. ¿No observa usted que el conde se consume de impaciencia amorosa? Era al principio increíble, y he aquí que lo imposible se convierte en absoluta realidad.

En Livornia, el comandante de nuestra escuadra, contralmirante Samuel Karlovitch Greig, acudió al encuentro del conde Orloff y de la princesa Tarakanoff; fueron en seguida á casa de Greig y al consulado inglés. El día mismo de su llegada, el conde y la princesa, en compañía de la mujer del almirante y de la del cónsul, hicieron excursiones por los alrededores y por mar, seguidos á todas partes por una multitud bulliciosa. A la noche siguiente, el conde llevó á la princesa á la Opera.

Momentos después de su vuelta al palacio, percibí en los pasillos la figura de otro griego de nuestra flota, un tal Rivas,

ó más bien De Rivas, que se deslizaba misteriosamente á lo largo de la pared, descendiendo precisamente del ala del palacio ocupada por el conde. Era de la raza de Chrystenieck, tan negro y tan astuto. Se les llamaba en la escuadra el moscardón y su hembra. Supe después que De Rivas había sido enviado antes que Chrystenieck y yo á Venecia para tomar informes sobre la pretendiente.

—Hasta mañana, pope, y no te olvides de la casulla...— le dijo riendo el conde desde la ventana, ignorando que yo estaba allí.

La aparición del griego á aquella hora en las habitaciones del conde me dió que reflexionar; me estremecí al escuchar las enigmáticas palabras del conde. Una casulla... ¿para qué?... ¿qué significa todo esto?... Me perdía en conjeturas, apoyado en la columna de mármol, mirando, pensativo, el mar y las flotantes velas de nuestros navíos, de las que surgían luminosas las astas de nuestras banderas.

XI

El 21 de Febrero hizo un día delicioso: sol de primavera, cielo de Italia de un azul oscuro intenso, mar tranquila, hálitos de alegría y de fiesta en el aire. El conde y la princesa almorzaron con algunos amigos de la intimidad en el consulado inglés.

La princesa, vestida con elegancia y riqueza, era el alma de la reunión. No presentaba señales de la enfermedad tan reciente; nada de las angustias y de las ansiedades de la víspera se traslucía en su rostro, animado por una alegría sin cuidados. Bromeaba con los invitados, se paseaba por la sala, ornada de flores, tratada por todo el mundo con marcada deferencia. El conde no descuidaba los menores detalles de atenderla, dándola unas veces el abanico, tomando otras los refrescos de manos de los criados y ofreciéndoselos con tierna solici-

tud. Y ella miraba, complacida, á su alrededor; ¿no tenía humildemente á sus pies á su caballero, el león domado?

—Mire usted á nuestro enamorado—me dijo al oído Chrysteníeck;—aun á la sombra de los laureles de Tchesmé, nuestro héroe no deja escapar una victoria.

El almirante Greig, de naturaleza sombría, grave, reconcentrado, parecía algo ensimismado; con los ojos bajos, pensativo y silencioso, no prestaba atención á nadie. A lo lejos se veía el mar y nuestra flota improvisada. Las damas propusieron un paseo por mar.

—¿Cuándo me enseñará usted sus barcos, conde?—dijo la princesa.—En Civita Vecchia organizó usted un simulacro de la batalla de Tchesmé; honró usted á otros: ¿no nos honrará usted, á nuestra vez, con algún espectáculo grandioso?

—A vuestras órdenes, alteza; todo está dispuesto—respondió el conde inclinándose.

Los invitados se encaminaron hacia el mar. Señoras y caballeros bajaron á la playa. El conde, llevando del brazo á la princesa, la murmuraba dulces frases. En la playa, la multitud, al verle con su uniforme de general de color verde oscuro bordado de oro y rojo, gritaba: ¡Viva!, mientras que un murmullo halagador circulaba entre los circunstantes.

La princesa, las señoras de Greig y de Dick se instalaron en una lancha que ostentaba las armas de los príncipes. El conde iba en compañía del almirante y del cónsul.

La escuadra nos recibió con una magnificencia extraordinaria. Por todas portes flotaban las banderas, los oficiales vestían de gala, los marineros estaban subidos en los mástiles y en las vergas. La música del buque almirante se puso á tocar un aire guerrero; resonaron las salvas de artillería y se confundieron en un inmenso ¡hurra! Se esperaba que hubiese maniobras, y se creía que para mayor ilusión se incendiaría algún barco inútil. Numerosas chalupas dejaban la playa y se acercaban al navío *Tres Jerarcas*. Pero no hubo nada.

Solamente los sones de un cotillón bailado con entusiasmo

por la juventud en la cámara principal, llegaban á los oídos de los curiosos. Momentos después se invitó á las damas á que pasaran á otra cámara. El conde y el almirante las siguieron, discutiendo en voz baja. El almirante, sobre todo, sombrío, reservado é impasible de ordinario, parecía agitado.

—Se van á casar el conde y la princesa—dijo un oficial en voz baja.

—¿Por qué se casan aquí? ¿Qué significa ese matrimonio clandestino y misterioso?—preguntó otro.

—No hay iglesia rusa más cerca; el almirante ha cedido la capilla del navío: éste ha sido el móvil del viaje de la princesa á Livornia.

Varios de los circunstantes bajaron á la cámara, situada bajo el puente, entre los dos astutos griegos, Chrystenieck y De Rivas; éstos cambiaban miradas de inteligencia. No sé por qué, pero las palabras de la víspera pronunciadas por el conde, «pope» y «casulla», acudieron á mi mente y me hicieron estremecer. No se veía un sacerdote entre todos los presentes. Esta circunstancia me dió serias inquietudes. Me mantenía aparte y esperaba el fin con ansiedad.

Los oficiales se paseaban por el puente hablando alegremente y mirando con los anteojos al público de la plaza. Nadie sabía lo que pasaba en la sala. Unos afirmaban que el conde celebraba sus desposorios y que se estaban festejando con brindis; otros aseguraban saber de buena tinta que en aquellos momentos se efectuaba la ceremonia de la bendición nupcial celebrada por Chrystenieck y Rivas, que desempeñaban los papeles de curas: Rivas era pope, Chrystenieck diácono. Pero me adelanto á los acontecimientos.

XII

¡Ah! mi corazón se desgarra cuando pienso en aquel momento terrible; la pluma se me cae de las manos..., y á cualquiera parte adonde la suerte dirija mis pasos, siempre y en

todas partes, esa hora maldita me turbará como un remordimiento.

El puente se llenó de nuevo de gente; se formaron pequeños grupos. Las chanzas, las risas corrían prontas y alegres por los circunstantes.

La princesa, sentada, apoyada en la pasarela, contemplaba el mar. Me hizo al verme un signo amistoso con la cabeza y me llamó á su lado. Yo la ayudé á ponerse un abrigo.

—Jamás olvidaré lo que ha hecho usted por mí—murmuró ella con una sonrisa radiante, estrechándome la mano.—Ha cumplido usted su palabra; el sueño se realiza, pronto estaré en Rusia, y allí... Sí, ¿por qué no esperar?... Allí aclamarán á una nueva emperatriz, á Isabel II... Este es el siglo de los milagros... ¿Qué fué antes la misma Catalina?

Tales palabras me sorprendieron penosamente. Me callaba, escuchando aquellas divagaciones de mujer ciega.

En el navío *Tres Jerarcas*, las salvas de los cañones repercutieron de nuevo acompañadas por una tempestad de frenéticos hurras. Los tambores batían y la música tocaba una marcha triunfal. La escuadra comenzó las maniobras.

Encantada por aquellas muestras de alegre deferencia de sus futuros súbditos, la princesa seguía con mirada brillante el humo que se elevaba en columnas y los movimientos rítmicos de los buques.

La veo todavía con su manteleta de terciopelo azul, con un sombrero de paja negra y una sombrilla blanca en la mano.

Y á mi vez me puse pensativo. El conde ha encontrado á la compañera de su vida, sabrá dirigirla, hacerla oir la voz de la razón y llevarla después arrepentida á los pies de la emperatriz.

—¡Sus sables, sus armas, señores!—exclamó cortando el aire, con voz vibrante y ruda, el capitán Litwinoff, oficial de la guardia imperial.

Marineros armados invadían el puente. Greig y su mujer, el cónsul Dick y otros, habían desaparecido.

Asombrado y atónito entregué mi sable, á ejemplo de los demás oficiales.

La princesa, al repentino ruido de los aceros entrechocados, se irguió temblando, pálida, terrible. Lo comprendió todo... ¡ay! demasiado tarde.

—¿Qué significa todo esto?—dijo bruscamente.

—Por orden de su majestad, quedáis detenida—respondió el capitán.

—¿La violencia?... ¡Traición!... ¡Ah, desgracia! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Ah! ¡nadie!...

Se lanzó hacia adelante y se esforzó en abrirse paso al través de las filas de soldados que empuñaban las armas. Los atezados y sombríos rostros de los marineros la miraban con asombro.

—Silencio, señora—dijo Litwinoff.—Son inútiles vuestros esfuerzos.

—¡Traición, perjurio, abominación! —exclamó la Tarakanoff, furiosa.—¡Conducirse así con una mujer, con una descendiente legítima de vuestros príncipes! ¿Me oís? ¡Apartaos de mi camino!—gritó á los soldados, mudos, pero conmovidos.—¿Y Orloff? ¿Dónde está Orloff?

—El conde está prisionero como vos—dijo de nuevo Litwinoff.

La princesa retrocedió y dió un grito doloroso. Sus apagados ojos me buscaron entre los circunstantes, y en su mirada, llena de censuras y de desesperación, creí leer: «¡Tú eres la causa de mi desgracia, tú eres quien me ha perdido sin remedio!»

Vaciló sin fuerzas y cayó inanimada.

XIII

Los marineros la llevaron á un camarote.

Quebrantado hasta el fondo del alma por todo lo que había pasado, bajé maquinalmente á la cámara. Me encontré con Chrystenieck.

Me miró con sorna.

—¡Ah! ¿está usted asombrado, amigo?

—Sí que lo estoy... Hay motivo para asombrarse.

—Era imposible llegar de otra manera al fin.

—¿Cómo?

—Solamente el cebo del matrimonio podía hacer que esa aventura se confiase al conde.

—Pero ¿á qué ha venido el representar esa comedia de amor?—dije bruscamente.

—¡Oh! ¿hubiera venido de otra manera al barco? Había órdenes de atraparla hábilmente, y las órdenes se han ejecutado, querido colega.

La cámara se llenaba de marinos medio ebrios, alegres y despreocupados, como si no hubiese ocurrido nada, como si se hubieran ya olvidado del drama innoble de que fueron actores.

El vino corría á torrentes, las pipas se encendían, y el ponche espumaba. Y mientras que la alegría degeneraba en embriaguez, allí, en aquella cámara llena de carcajadas, la desgraciada, en su encierro, pensaba en el porvenir sombrío que fatalmente debía conducirla á la muerte... Adiós, esperanza, amor y proyectos atrevidos. La prisión únicamente fué la realización de todo aquello. ¿Pero quién era el culpable? Este pensamiento dominaba el dolorido cerebro de la Tarakanoff.

XIV

Transcurrieron algunos días. Los livorneses, amenazadores, se agrupaban en torno del palacio del conde Orloff. Un batallón de marineros armados daba guardia á la residencia. Embarcaciones sospechosas rondaban por las aguas del buque almirante *Tres Jerarcas*.

Me enviaron varias veces con cartas y paquetes que debía entregar al capitán del barco. Supe después que todo iba dirigido á la princesa.

Un día, al volver á la ciudad, creí oir un débil grito que se confundió con el rumor de las olas. Dí un salto en mi lancha. Había reconocido aquella voz. Dirigí la mirada hacia el *Tres Jerarcas*, y percibí al través de un tragaluz con reja un rostro pálido, de facciones descompuestas, y una mano que agitaba desesperadamente un pañuelo blanco. Agité á mi vez mi pañuelo en respuesta á la prisionera.

¿Fué observada aquella escena desde el navío? ¿llegó el grito á oídos de sus carceleros? no lo sé; el caso fué que el rostro tan triste y tan pálido desapareció para siempre como una visión. Yo, más triste y con el corazón más oprimido, salté á la playa sin apartar la vista del navío.

Corrió el rumor de que nuestra escuadra iba á levar anclas al día siguiente. Me apresuré á ir á tierra para saber si el conde me retenía con él ó me mandaba á Rusia, y me dirigí preocupado hacia la casa en que yo paraba, cuando vi ante mí á una mujer vestida de negro, inmóvil, en el umbral. Reconocí á mi desconocida de la iglesia de Santa María de los Ángeles. Sus vestidos, llenos de polvo y en mal estado, indicaban un viaje largo y reciente.

—¿Me reconoce usted?—dijo con voz amenazadora. Se levantó el velo con rápido ademán. Vi un rostro lívido, unos ojos indignados, unos labios que se estremecían de desprecio. Sus cabellos me parecieron más blancos.

—¿Qué me quiere usted?—la pregunté.

—¡Lo que yo quiero!—exclamó ella con ironía.—¡Ah! es usted un hombre honrado, con sus seguridades, con sus garantías, ¿no es verdad? ¡Ha obrado usted como un hombre de honor!

—Escúcheme antes de condenarme—la dije abrumado.

—¡Traidores! ¡asesinos! la habéis entregado, la habéis vendido, la habéis engañado, la habéis perdido, y tranquilos hoy, creéis que semejante crimen quedará sin castigo... Os engañáis: la venganza está preparada; el desquite vendrá más pronto de lo que creéis...

Y ella se erguía, avanzando amenazadora, fría como una viviente encarnación de la venganza. Yo me encontré instintivamente contra la pared, cerca de una ventana abierta que daba al jardín. Miré, y vi con satisfacción que estaba desierto. El ruido podía atraer á los curiosos y crear dificultades á la desconocida, cuyos propósitos no adivinaba.

—Me dice usted que no tiene la culpa—siguió diciendo ella elevando la voz,—y, sin embargo, ¿no es usted el que determinó á esa desgraciada á que se marchara? ¿No es usted quien salió fiador de su seguridad, quien la convenció de la lealtad de Orloff? ¿No es usted, en fin, quien la afirmaba que era posible su casamiento con el conde, que el amor de éste no tenía límites y que sus promesas eran sagradas? ¿Qué tiene usted que responder á todo esto? ¿Es verdad, sí ó no, que lo ha dicho usted? Discúlpese si se atreve.

—Sí, es cierto; he dicho, asegurado y afirmado todo eso —respondí con voz firme.—Mi excusa está en los juramentos, en la palabra del conde, que creí sincera.

—¡Traidor! ¡bandido! ¡muere! — exclamó la mujer con furor. Levantó una mano. Vi brillar un arma. Me apuntó al corazón. No tuve sino el tiempo de hacerme á un lado. La bala salió, pero sin tocarme. El humo me cegó un segundo. Cogí á la desconocida por el brazo. Ella, con las facciones descompuestas, anhelante, furiosa, forcejeó, logró desasirse, disparó por segunda vez. Pero esta vez también la bala fué á alojarse en la pared. Al ruido de las detonaciones acudieron mis gentes; llamaron precipitadamente á mi puerta. Salí afuera, y dije con afectada calma que al cargar mi pistola se me había disparado. Se retiraron, pero no sin dirigir de soslayo miradas inquietas y desconfiadas.

Volví á entrar, cerrando la puerta. Me acerqué á la desconocida, que con el rostro entre las manos, sollozaba convulsivamente.

—Escúcheme—la dije:—es preciso sepa usted al fin que yo también soy víctima de esa intriga infame; es preciso que sepa

usted que en ese crimen odioso he sido el instrumento inconsciente de Orloff.

Y la relaté el drama en sus más minuciosos detalles. Cuando hube concluído, la desconocida alzó los ojos llenos de indefinible angustia, me miró largo rato, y me dijo con voz triste y entrecortada:

—Jamás me perdonará usted... le pareceré tan criminal... y, sin embargo, si supiera usted todo... si conociera usted mi vida... Ciertamente, mi historia es aún más triste, más dolorosa que la de usted, y en ella está la excusa de mi acto insensato.

Conmovido ante la intensidad de su arrepentimiento y de su dolor, la dije con dulzura:

—Cálmese, quiero olvidarlo todo, la perdono: todo está en manos de Dios; todo se hace por su voluntad.

—¡Oh! ¿es posible un perdón tan generoso? ¡Qué bueno es usted!—exclamó; y esta vez, las lágrimas que brillaban en sus ojos eran de reconocimiento.

—Pero, ahora, cuénteme su historia; dígamelo todo; no tema que la venda.

—Le creo á usted—respondió ella sencillamente.—¿Ha oído usted pronunciar alguna vez el nombre de Mirovitch? ¿Conoce usted esa historia siniestra? Pues bien: yo soy su mujer, Poliksena Ptchelkyna; yo soy la causa de su conspiración, de sus cadenas, de su terrible suerte.

Si el rayo hubiera caído á mis pies, no me hubiese afectado tanto. La miré con una mezcla de espanto y de confusión. Cogí la mano de Poliksena, aquella mano que había querido matarme, y la estreché calurosamente.

Ella continuó:

—Comprenderá usted que no podía permanecer en Rusia. Durante diez años erré sin techo, sin ayuda, cobijándome en monasterios, unas veces en Volinia, otras en Lituania. Disfrazada de hermana gris, cuidé á los enfermos y á los heridos en los hospitales, en las ambulancias. Hace un año me encontra-

ba al otro lado del Volga, y fuí la primera en saber la existencia de la princesa Tarakanoff, señora de Azoff y princesa de Vladimir. Unos desconocidos me llamaron al lado de ella, atendieron á mis necesidades y me la hicieron conocer en Ragusa; fuí con desconfianza; pero en cuanto la vi, creí en ella. ¡Oh! ¡cuánto deseaba yo su felicidad y su grandeza! En ella sentía renacer mis sueños apagados, mis esperanzas desaparecidas. Velé sobre ella con la solicitud de una madre que á costa de su vida quiere apartar todo peligro de un sér querido. Sufría con su ligereza, con su confianza de niña, y la explicaba tuviese mucho cuidado antes de acercarse á nadie. Yo presentía, veía venir el peligro, con la perspicacia de los sufrimientos experimentados. Describiros el estado de mi alma cuando supe el desenlace del drama, me sería imposible... Perdía una vez más todo, como anteriormente en Schlusselburgo... Vengarla, vengarle, á él y á ella á toda costa; dar muerte á los asesinos, aunque hubiese de perder mi alma por toda la eternidad: tal es mi firme resolución... Me quedo todavía en Livornia... Esperaré... Tal vez los livorneses arrancarán á la desgraciada de manos de sus carceleros. Yo no sé lo que piensa usted de la Tarakanoff; en cuanto á mí, la fe es hoy tan profunda en mi corazón, que únicamente la muerte podrá arrebatármela.

Diciendo esto, Poliksena me estrechó la mano.

—Adiós, hombre generoso, hombre honrado; ya no los hay en estos tiempos.

Me dejó tambaleándose.

La volví á ver otra vez en la hospedería del Lirio, cerca del convento de las Ursulinas, que la servía de asilo. Esperaba que la Tarakanoff sería libertada en Inglaterra, tal vez en Holanda, en donde debía recalar nuestra escuadra.

—No, será libre... Ha nacido para resucitar la patria, para libertar al pueblo oprimido—me dijo al despedirse.

XV

En la noche del 26 de Febrero nuestra escuadra desplegó al viento sus pabellones, levó anclas é hizo rumbo al Occidente. Chrystenieck partió por el continente con los informes del conde Orloff. Fué á Moscou, en donde la emperatriz estaba con su corte, con motivo de la ejecución de Pongatcheff. El conde salió de Livornia casi al mismo tiempo. La estancia en aquella ciudad le inspiraba serios temores.

Los livorneses, sublevados ante la cobardía del conde para con la Tarakanoff, se mostraban más hostiles cada vez; así que, temiendo el puñal en la calle, el veneno en su casa, el conde no se arriesgaba á salir de su palacio, y se reducía por todo alimento al pan seco y á la leche.

En cuanto á mí, salí de Livornia el último. Recibí orden de embarcarme en el *Águila del Norte* y volver á Rusia. Este barco, construído expresamente para la travesía, estaba encargado de transportar nuestros enfermos, inválidos y heridos, y, además, las riquezas adquiridas por el conde en las poblaciones griegas y turcas, como cuadros, estatuas, bronces y otros objetos de arte ó curiosidadas de inmenso valor. Entre aquellos tesoros vi, no sin sorpresa, aquel retrato de Isabel Petrovna, al que se parecía tanto la Tarakanoff, ofrecido sin duda por la princesa en recuerdo de un día de amor.

Los designios de Dios son impenetrables. Nos embarcamos, y el *Aguila del Norte* se hizo á la mar. Pero poco después de haber dejado el puerto, nos vimos sorprendidos por una tempestad terrible. Por mucho tiempo luchamos con fuerzas dobles por el peligro, pero en vano. Desmantelados, con el timón perdido, durante más de una semana fuimos arrastrados hacia el Sudoeste. Al décimo día de esta carrera desenfrenada, la mar se ha calmado un poco. El viento es menos fuerte. Escribo... Pero, ¿se puede esperar algo, cuando el barco, des-

trozado por esta lucha á muerte, flota como un cadáver á merced de las olas?...

Un día más... día de angustia como los otros... La noche llega bajo un cielo de plomo. El viento ruge con mayor furia... el agua sube por diferentes vías. Los marineros, exhaustos, no tienen ya fuerza para dar á las bombas. Disparamos nuestros mosquetes, implorando en vano un socorro... ¡Qué suerte tan triste!... ¡la muerte en un barco medio hundido ya, sin esperanza de salvación, sin las caricias de la amada, lejos de la patria, y, por extraña ironía de la suerte, entre los tesoros de un héroe criminal!...

Expiamos el crimen de Orloff... Las tres de la madrugada... Mi confesión ha terminado... La encierro en una botella y la arrojo al mar... Una palabra más... es mi última voluntad... es preciso que Irene sepa... ¡Dios mío! ¿qué sucede?...

. . . . . .

La botella fué encontrada en el mar, conteniendo un cuaderno y una carta escrita en francés.

«Se ruega al que se encuentre esta botella que la envíe á Livornia, dirigida á la señora Ptchelkyna; y si no se la encuentra, que la remita á Rusia, á Tcheringoff, para que la haga llegar á manos de la hija de Liev Jeraklievitch Rakitin, Irene Levowna Rakitina.—15-17 Mayo.

PABLO KONTZOFF,
Teniente de la Armada rusa.»

GREGORIO DANILEWSKY

(*Concluirá.*)

UNA FIEBRE TIFOIDEA

En el tren correo de Petersburgo á Moscou se encontraba, en el compartimento de fumadores, un joven teniente, Klimov. Frente á él estaba sentado un hombre de cierta edad, afeitado, con aspecto de capitán de la Marina mercante—un finlandés acomodado ó un sueco, según todas las apariencias,—que no cesaba de chupar su pipa y de repetir:

—¡Ah! ¿es usted oficial? También yo tengo un hermano oficial. Solamente que es marino... Es marino, y sirve en Cronstadt... ¿Y por qué va usted á Moscou?

—Estoy de guarnición allí.

—¡Ah!... ¿Y es usted casado?

—No; vivo con mi tía y mi hermana.

—Mi hermano también es oficial... marino... Pero está casado. Tiene mujer y tres hijos. Sí.

El finlandés se asombraba de todo, sonreía de una manera idiota, lanzaba sus «¡ah!», y no dejaba de tirar de su apestosa pipa. Klimov, que se sentía mal, respondía con trabajo á sus preguntas y le odiaba con toda su alma. Pensaba lo agradable que sería arrancarle su pipa, tirarla por la ventanilla y echar también á su dueño.

«¡Qué gentes más sucias estos finlandeses... y esos griegos!—pensaba.—Son completamente inútiles; no sirven para nada; ¡qué indecente pueblo! No hacen más que ocupar sitio en la tierra».

Y de pensar en tales individuos, experimentaba náuseas.

Por contraste, quiso pensar en los franceses y en los italianos. Pero la evocación de estos pueblos no consiguió suscitar en él, Dios sabe por qué, sino recuerdos de organillos, de mujeres desnudas y de cromos extranjeros, semejantes á los que en el cuarto de su tía pendían de las paredes, sobre la cómoda.

Realmente, el oficial no se sentía en su estado normal. Sus brazos y sus piernas le pesaban; su boca estaba seca y pastosa; sentía un gran atontamiento en su cabeza. En su malestar, oía como en sueños el ruido de las ruedas, el abrir y cerrar de las portezuelas en las estaciones. Las campanadas que llaman á los viajeros, el silbato del jefe, el apresuramiento de las gentes, repercutían más febriles que de costumbre. El tiempo corría rápido, insensible, y le parecía á Klimov que el tren se detenía á cada minuto en una estación, y que en el andén gritaban unas voces metálicas:

—¿Está pronto el correo?

—¡Pronto!

Le parecía que el encargado de la calefacción de los coches entraba cien veces y miraba el termómetro, que se encontraban incesantemente trenes y se pasaban puentes. El ruido, los silbatos, el humo del tabaco; todo esto, mezclado á visiones amenazadoras de imágenes confusas, de una forma y de un carácter de que no puede acordarse un hombre sano, ocasionaba á Klimov una insoportable pesadilla. Con terrible angustia levantaba su pesada cabeza, miraba la luz y quería pedir agua. Pero su lengua seca apenas podía moverse. Se esforzaba en tumbarse más cómodamente y dormirse, pero era imposible.

En Spírovo bajó para beber agua. Vió á los viajeros que se apresuraban á sentarse á la mesa.

«¿Cómo podrán comer?»—pensó, esforzándose en no sentir el olor de las carnes asadas y no ver las bocas que mascaban. Estas dos cosas le parecían en alto grado repugnantes.

Cuando, después de haber bebido el agua, volvió á su coche, el finlandés continuaba allí fumando.

—¡Ah!—dijo con su habitual asombro.—¿Qué estación es ésta?

—No sé—respondió Klimov, acostándose y apretando los labios para no respirar el acre olor del tabaco.

—¿Y cuándo llegaremos á Tver?

—No sé. Perdóneme... no puedo contestar, me encuentro mal, he cogido un frío hoy.

El finlandés golpeó su pipa en la portezuela y se puso á hablar de su hermano el marino. Klimov no le oía ya, y pensaba, sufriendo, en su blando lecho, confortable; en una jarra de agua helada, en su hermana Katia, que sabía tan bien mecer, arrullar y servir agua gentilmente. Sonrió hasta al acordarse de su asistente Pablo, cuando le quitaba sus pesadas botas y colocaba el agua en la mesilla de noche. Le parecía que le bastaría estar acostado en su cama y beber agua para que todo su malestar cediese á un sueño reparador y profundo.

—¿Está pronto el correo?—preguntó á lo lejos una voz sorda.

—¡Pronto!—respondió una voz de bajo junto á la portezuela.

Era ya la segunda ó tercera estación después de Spírovo. Y le parecía á Klimov que las llamadas, los silbidos, las paradas no cesarían nunca. Desesperado, ocultó su cara en el diván, se cogió la cabeza y volvió á pensar en su hermana Katia y en su asistente Pablo. Pero su hermana y Pablo se confundieron en imágenes nebulosas, giraron y desaparecieron. Su respiración ardiente, repercutida por el respaldo de la banqueta, quemaba la cara de Klimov; sentía escalofríos por la espalda; pero á pesar de sufrir todo esto, no podía decidirse á moverse: una invencible postración, como la que abruma en una pesadilla, le envolvía poco á poco y paralizaba sus miembros.

Cuando se decidió á levantar la cabeza ya era de día. Los viajeros se ponían sus abrigos y se movían. Klimov se puso

su capote, y siguiendo á los demás viajeros maquinalmente, bajó del coche. Se dirigió á un coche; el cochero le pidió un rublo y cuarto para llevarle á la calle de Povarskaia. Klimov no regateó, y se sentó en el trineo. Comprendía aún la diferencia de las cifras, pero el dinero no tenía para él ningún valor.

Al llegar á su casa, su tía y su hermana, joven de diez y ocho años, salieron á su encuentro. Katia tenía un cuaderno y un lápiz, y él se acordó de que ella estaba preparando el examen de institutriz. Sin responder á las preguntas y á las frases de afecto, se puso á recorrer todos los cuartos, y al llegar junto á su cama cayó sobre la almohada.

Al volver en sí, se vió en el lecho, desnudo; vió un jarro de agua, y á su lado á Pablo. Pero Klimov sentía, como anteriormente, que no podía mover sus brazos y sus piernas, y que su lengua estaba pegada al paladar. Seguía presenciando las escenas del tren. Al lado de su cama estaba un médico gordo, con barba negra.

—No es nada, no es nada, joven—murmuraba el doctor.—Perfectamente, perfectamente. Faya, faya.

El doctor decía faya, en lugar de vaya.

—Faya, faya. Perfectamente, joven. No hay que perder valor.

La elocución rápida, negligente, del doctor, su caraza y su protector «joven» molestaron á Klimov.

—¿Por qué me llama usted joven?—gimió.—¿A qué viene esa familiaridad?

Pero se asustó de su propia voz. Era tan seca, tan débil, tan silbante, que era imposible reconocerla

—Perfectamente, perfectamente—murmuró el doctor sin ofenderse.—No hay que enfadarse. Faya, faya.

El tiempo en la casa corría tan extrañamente como en el tren. El día sucedía á la noche rápidamente, y á Klimov le parecía que el doctor no se separaba de su cabecera...

Una vez, en pleno día, Klimov vió cerca de su cama al pa-

dre Alejandro, el capellán de su regimiento, revestido. Murmuraba algo con una seriedad tal que Klimov no le había visto nunca.

Por la noche, dos sombras alternaban velándole: eran la tía y la hermana de Klimov.

Durante todo el tiempo de su enfermedad, el teniente estuvo obsesionado por el olor de las carnes asadas y de la pipa del finlandés; pero una vez sintió un olor penetrante de incienso, y sintió tal repugnancia que se puso á gritar:

—¡Llevaos, llevaos el incienso!

No le respondieron. Unicamente oyó que algunos curas cantaban en voz baja.

Cuando Klimov recobró el conocimiento, no había nadie en su cuarto. El sol matinal brillaba en la ventana. Oyó ruido de ruedas, señal de que ya no había nieve en la calle. Le invadió una sensación de felicidad infinita y de alegría animal, semejante á la que hubo de experimentar el primer hombre al ver el mundo. Klimov deseó apasionadamente ver gentes, oir hablar. El mundo de Dios, hasta en un lugar tan pequeño como una alcoba, le parecía variado, magnífico, grandioso. Cuando apareció el doctor, pensó el teniente:

—¡Qué cosa tan hermosa es la Medicina! ¡Qué bueno y simpático es este doctor!

—Perfectamente—murmuró el doctor,—ya estamos curados. Faya, faya, faya.

Klimov escuchaba y reía alegremente. En cuanto se marchó el médico se durmió profundamente. Se despertó con la misma alegría y el mismo sentimiento de bienestar. Su tía estaba sentada junto á la cama.

—Tiíta—exclamó él con alegría,—¿qué he tenido?

—Una fiebre tifoidea.

—¡Ah! pero ahora ya estoy bien, estoy muy bien. ¿Dónde está Katia?

—No está en casa. Sin duda habrá salido... para su examen.

La tía, al decir esto, bajó la cabeza. Sus labios temblaron, y de repente se echó á llorar. Dominada por la desesperación, olvidándose de las recomendaciones del doctor, murmuró:

—¡Ah, Katia, Katia! Ya no tenemos á nuestro ángel, ya no le tenemos.

—¿Dónde está, tía, dónde está?

La tía, que no pensaba ya en Klimov, sino en su pena, dijo:

—Se contagió con tus tifoideas y... murió. La han enterrado antes de ayer.

Esta nueva tan inesperada cayó de golpe sobre Klimov. Pero, como si no hubiera sido ni horrible ni inesperada, no pudo dominar á la alegría animal que invadía al convaleciente teniente. Éste lloraba, sonreía y se quejaba cuando no le daban de comer.

Solamente, al cabo de una semana, cuando ya, sostenido por Pablo, se acercó á la ventana para mirar el cielo primaveral, se angustió su corazón. Se echó á llorar con la frente apoyada en los cristales.

—¡Qué desgraciado soy!—murmuró.—¡Dios mío, qué desgraciado soy!

Y su alegría cedió el lugar á la tristeza diaria y al sentimiento de una pérdida irreparable.

Antón Tchekov

LAS ILUSIONES SOBRE EL PROBLEMA SOCIAL

El crítico más inexorable de los sentimientos socialistas ó anárquicos y de los ideales á que tienden, reconocerá en ellos alguna vez esa *cólera del derecho* de que habla Víctor Hugo, y verá casi un resumen del poderío de la revolución social y un rugido enorme de la calentura de los pueblos; llegará hasta á encontrar ahí en ocasiones la expresión de los dolores de la edad presente, la más trabajada por las angustias de la concurrencia individual y de la libre competencia, que abandonan al hombre á sus propias fuerzas y por todo gobierno proclaman el «haz lo que quieras». Y en esos dolores de la edad presente, ¿cabe lícitamente adivinar los dolores de un parto y de una resurrección? ¿Vamos á estar oyendo siempre la agonía y los gemidos de la muerte, sin inquirir por qué tiembla la tierra y se derrumban las rocas y se desgarra el velo del templo? ¿Entonaremos prematuramente el *De profundis* á una sociedad que suponemos muerta, cuando acaso sólo está inmóvil y pronta á despertar?

Tales son las preguntas que, bajo la denominación de problema social, vienen sirviendo de pretexto á socialistas y anarquistas para alborotar al mundo con sus necedades. Pero no nos engañemos: no es ese problema lo que en realidad les inquieta; su verdadero fin es la extinción total de la sociedad humana. De aquí ese estado de violencia moral en que se cree que sólo una revolución radical puede cambiar de arriba abajo y de improviso el orden ó desorden de cosas establecido. Así

se sustituye el milagro á la evolución, olvidando que las sociedades nacen, crecen y viven de un modo lento, por grados imperceptibles, en serie rigurosa de progreso sucesivo. El espíritu de los pueblos no se muda en algunos años; es obra del tiempo, y hasta que haya cambiado ese espíritu es imposible que se transforme el cuerpo social. En este terreno, lo confieso, fáltame la fe en la eficacia milagrosa de un remedio que de repente todo lo cure.

Lo que se ha dicho á los sansimonianos puede decirse á los socialistas y anarquistas en general. «A pesar de muchas ideas, de muchas miras y de mucha probidad, los sansimonianos se equivocan. Con la moral sola no puede fundarse una religión. Se requiere el culto, el dogma y se requieren misterios. Para lograr que se dé crédito á los misterios se requieren milagros. Haced, pues, milagros. Primeramente, sed profetas, sed dioses si podéis, y en seguida sed sacerdotes si queréis» (1). Pero ¡ah! «el único milagro hecho por el sansimonismo fué el que una antigua cuenta de sastre que Saint-Simón dejó sobre la tierra, se pagase diez años después por sus discípulos. Veo aún al excelente padre Olinde irguiéndose con entusiasmo en la sala Taitbout y enseñando á la asombrada concurrencia la cuenta del sastre ya saldada. Y los tenderos se miraron con la boca abierta, y los sastres comenzaron á creer» (2).

Ya que no milagros, los socialistas y anarquistas han pretendido hacer profecías; pero en ninguna han acertado, como convence la más somera historia de sus sucesivas evoluciones. A comienzos del siglo XIX son derrotados socialistas y anarquistas en la teoría y en la práctica, en las obras de economía por la pluma de los sabios, y en las calles de París por la espada de las tropas del Gobierno... La democracia y el buen sentido europeo siguen trabajando sin nece-

(1) Víctor Hugo, *Ensayos sobre política y literatura*, 13.
(2) Heine, *De l'Allemagne*, I.

sidad de revolucionarios, y van silenciosamente mejorando la situación de las distintas clases... A mediados del siglo XIX se levanta Marx provisto de cuatro conocimientos económicos prendidos con alfileres, y con la voz hueca y retumbante de un oráculo infalible y con fórmulas matemáticas de las más deplorables, pronuncia ante la muchedumbre crédula ó ciega é incapaz de todo juicio sereno, un nuevo Sermón de la Montaña, que puede condensarse en su fórmula favorita: la concentración capitalista progresiva, fórmula según la cual los capitales y las tierras llegarían á encontrarse en un número de poseedores cada vez más restringido... Numerosos discípulos se congregan bajo la palabra del Profeta del colectivismo, distinguiéndose entre ellos el Pablo apóstol, San Engels, y el Pedro papa, San Kropotkine... Infinidad de fieles obreros engrosan las filas de la religión del buen judío alemán... Siéntese un olor fuerte, penetrantes emanaciones de taberna, que impresionan muy desagradablemente á las narices habituadas al perfume del eterno femenino que exhalaba el socialismo sentimental del siglo XVIII... La grey socialista y la grey anárquica se unen íntimamente, una vez convertida la primera en una religión de borrachos... Mientras los de una y otra grey discuten sus pequeñas diferencias y se aunan para enumerar y detestar los defectos del liberalismo económico, el mundo responde con el hecho: continúa marchando... Ligero fruncir de cejas en algún anarquista al ver lo mucho que tarda en cumplirse el vaticinio de Marx... Las leyes naturales siguen su curso: la concurrencia vital, el individualismo social, la libre competencia, equilibran insensiblemente las riquezas y las propiedades en casi todas las naciones... El anarquismo, para dejar de ser socialista, tiene que convertirse en un nihilismo desesperante, apareciendo bajo tal forma entre los rusos á la clara luz del día y absorbiendo la vida más palpitante del corazón de la raza latina... Postrimerías del siglo XIX... Estadísticas de diferentes países hacen ver que el capital y el suelo, lejos de concentrarse, se reparten con extre-

mada rapidez entre un número inmenso de individuos... Marx ruge de vergüenza, y se produce un deshielo de rusos en la literatura nihilista de los pueblos latinos... Cuadro final.

***

Acabo de nombrar á los pueblos latinos, y debo añadir que en ellos ha encontrado el anarquismo su último baluarte, y ellos serán la víctima definitiva y segura de la revolución anárquica. Raza tan formalista, tan dogmática y tan fetichista como la nuestra, no puede menos de acogerse como á una tabla salvadora, en nuestros tiempos, al anarquismo, último sacerdocio, creencia suprema, invencible superstición. Mi pesimismo en este punto es absoluto. Precisamente porque nuestra historia es muy larga y muy agitada, y porque nuestra vida como raza ha llegado casi al agotamiento, es por lo que no existen esperanzas de una renovación social en nuestro porvenir político y económico. Esta renovación necesita una base, y esta base es la virginidad ancestral, idéntica para un país á la virginidad de su suelo. En los climas cálidos hay regiones donde todo es gigantesco, precoz, desproporcionado; donde las flores brotan en una noche, donde un árbol produce una selva. En los organismos nuevos de la sociedad hay también naciones en que basta un pequeño proyecto individual, una buena idea que un hombre comunique á sus amigos, para producir una renovación social. Por este método se han formado las brillantes civilizaciones de Alemania, de Inglaterra, de los Estados Unidos (1). Mas no sucede lo propio con los pueblos

(1) Mis lectores conocerán varias relaciones de sociólogos acerca de esta materia. Citaré aquí una, sacada de otras fuentes, y que demuestra cómo en el régimen individualista se llega á resultados sociales y económicos sorprendentes, sin necesidad de inmoralidad, explotación ni astucia, con toda la honradez posible, unida á una gran dosis de laboriosidad y perseverancia. Dice un diario norteamericano de Austin (Tejas), que había llegado allí un hombre que había construído un ferrocarril de

latinos. He notado que todo su ideal estriba en tener buen gobierno y en que éste sea la causa eficiente de la prosperidad de los individuos. De aquí la fatal tendencia á la protección, reglamentación é intervención gubernamentales. De aquí también las revoluciones continuas, como reacciones naturales contra los abusos é inconvenientes anejos á esa intervención, á esa reglamentación, á esa protección. De aquí, en fin, la apariencia de energía y de entusiasmos populares con que las naciones latinas encubren su debilidad y su descontento. La falsa democracia ha creado en estas naciones dos poderes, el pueblo y el gobierno, á quienes ha concebido como relacionados de una manera verdaderamente monstruosa é injusta. En efecto: ha hecho del gobierno el poder responsable de todos los males sociales, y le ha colocado junto al pueblo tan sólo para ser quien pague todos sus desaciertos, á semejanza de aquel muchacho que pusieron al lado de un príncipe de su edad para que le sirviese de camarada, y á quien azotaban cuando el príncipe no sabía la lección.

Otra cosa he notado: que las naciones moribundas se mues-

---

600 millas, con un billete de cinco duros tomado en préstamo. Merece relatarse este caso curioso de la perseverancia de un hombre. Salió de Corpus Christi para San Antonio con todo su equipaje, metido en un carro de dos ruedas. Obtuvo la concesión para construir un ferrocarril desde San Antonio hasta Portella de Arkansas. Consiguió con sus propias manos practicar los desmontes en la primera milla. Un vecino le prestó una milla de rails viejos. Compró á crédito en un punto lejano una locomotora, condenada hacía seis años á hierro viejo. Por otro lado, y en la misma forma, compró dos vagones, viejos también. La locomotora y los vagones entraron en San Antonio. Grandes letras pintadas decían S. y A. P. (San Antonio y Arkansas Pass). Uriah Lott, así se llama este hombre emprendedor, hizo con esta milla de camino la red actual, que mide 600 millas. La primera milla se convirtió en tres, con material viejo de la misma especie. Después, sobre la base de las cuatro millas, pudo contratar rails y vagones con una fábrica de Pensilvania, para 10 millas más. Dinero no había ni para los fletes, pero se las arregló. Más tarde, sobre las 14 millas, emitió bonos, con los cuales hizo 40 millas más, y así sucesivamente. ¡Qué ejemplo para los inmundos latinos, siempre clamando protección económica á sus gobiernos!

tran frecuentemente fecundas en el postrero trance de la agonía, como las mujeres tísicas se quedan fácilmente embarazadas en el último período de la enfermedad. No fracasará, ciertamente, la empresa de regenerar á los pueblos latinos por falta de audacia, como algunos imaginan, sino por falta de prudencia; no por exceso de política, sino por exceso de consuetudinarismo; no por el arraigo de los principios individualistas, sino por ese socialismo anticipado é ingénito contenido en el derecho romano, en la Iglesia romana, y precursor de las tremendas amenazas del anarquismo. Esas sectas nuevas, que fundan todo su ideal en la negación constante, en el instinto destructor, en la sed de exterminio que no se satisface nunca; esas agrupaciones nuevas, que como nuevas estrellas resplandecen algún tiempo en nuestro cielo y luego vuelven á desaparecer, son en los tiempos actuales como el toque de fuego de una gran catástrofe, y el estruendo de sus bombas como la voz sorda y ronca de las campanas, volteadas en vísperas del día de la muerte de la raza latina. En ese empeño criminal, demoledor y absurdo, no se ve otra cosa que el alma indómita de esta raza, cuyo horóscopo sólo ella misma puede ignorar.

He notado también que, así como durante el embarazo de una tísica se detiene la dolencia, para reaparecer con más fuerza después del parto, poniendo fin á la vida de la enferma, en las laboriosas gestaciones de una nación moribunda parecen por un momento desaparecer todos sus males, reaparecer todas sus energías. ¡Con cuánta desconfianza no debemos, pues, mirar al porvenir, si las naciones latinas, en todo lo que toca al moderno desarrollo social, se acuerdan, para hablar con los anarquistas, de las «mejoras de las clases menesterosas», de la «regeneración», y si los españoles no pierden de vista «la europeización de la patria», ni extinguen el fuego de su «pasión por el progreso»! Una analogía notable relaciona desde este aspecto á la entusiasta y moribunda raza latina con un edificio viejo y susceptible de todo incendio fácil. Sa-

bido es que no hay fuego más voraz que el del incendio de una casa cuyo vetusto maderamen ha secado el tiempo.

Sin embargo, así como un río comprimido ahonda su lecho, la civilización ha hallado nueva fuerza en las peripecias de la lucha. Sólo hay una clave, una solución á los problemas de la mejora social, de la libertad, igualdad y fraternidad; es á saber, la adaptación á las leyes naturales. Con razón decía un día Bourgeois: «Nada puede intentarse contra las leyes naturales, y esto es demasiado cierto por desgracia; pero hay que estudiarlas incesantemente y servirse de ellas para disminuir los casos probables de desigualdad é injusticia entre los hombres». Todos nuestros esfuerzos y nuestros trabajos deben dirigirse á este fin; pero no olvidemos que, como advierte Newton, lo que llamamos leyes en la Naturaleza no existe, y que no se dan sino fórmulas que vienen en ayuda de nuestra inteligencia para explicar en la naturaleza una serie de hechos. No olvidemos tampoco que de la acción de la ley no se evade el espíritu más vigoroso y original. «Todos los hombres favorecidos por el dios Exito, escribe Emerson (1) á este propósito, convienen en una cosa: en haber sido todos causacionistas. Creyeron que las cosas no sucedían por acaso, sino por ley; que no había ningún anillo débil ni roto en la cadena que une los polos opuestos de todas las cosas. La creencia en la causalidad, ó sea en la estricta conexión entre un efecto cualquiera y el principio del sér, y, por consiguiente, la creencia en la compensación ó en que *nada existe para nada*, esto es lo que caracteriza á todos los entendimientos elevados, lo que dirige y regula todos los esfuerzos que hace un hombre industrioso. Los hombres más esforzados son los más firmes creyentes en la universalidad de las leyes. Todos los grandes capitanes, decía Bonaparte, han realizado grandes hazañas siguiendo las reglas del arte, ajustando sus esfuerzos á los obstáculos».

Maeztu, desde el punto de vista en que se halla coloca-

(1) *The conduct of life*, III.

do, ha reconocido también esta idea: «Los valores sociales, dice (1), se invierten. Ya la personalidad humana no es tanto más grande á medida que es mayor su resistencia contra la fatalidad. Esa grandeza es un espejismo; es negativa. Sólo produce el dolor y la muerte. El hombre, al contrario, ha de pesarse por el esfuerzo con que coadyuva al dinamismo de las cosas. La misión del artista es concebir una imagen que abarque en su desarmonía la mayor cantidad de vida. La del pensador, fundir su lógica en el *devenir* de los sucesos. La del hombre de acción, caminar al compás de los hechos. Así nuestra vida será más intensa, mayor; con nuestras imágenes, nuestros pensamientos y nuestros actos, no obstante el automático mecanismo que los produce, nos parecerán originales y creadores; así el ensueño de creación, que es el placer único, el placer por antonomasia, embellecerá nuestra existencia».

Es un error creer que el régimen individualista condena á los individuos á la indiferencia. Al contrario, el sentimiento de su debilidad excitará al hombre á fortalecerse por sí y ante sí; será el artista de su dicha, y este solo pensamiento aumentará su gozo. De aquí en adelante es menester que no se curen los males y penas de la sociedad con el bisturí del hombre de gobierno ó la droga del magistrado, y sí con la lenta y gradual purificación de la sangre, con la prudente reabsorción de los humores extravasados, con el ejercicio de las fuerzas y de las facultades, con la sabia alimentación, con el buen régimen. No nos dirijamos ya más al operador ó al clínico, sino al higienista (2). Para precaverse de las enfermedades y de los dolores de cabeza, César no utilizó jamás otros medios que marchas enormes, sobriedad, aireación constante y continuas fatigas. «Creedme, decía también Napoleón á Antonomarchi en Santa Elena, mejor haríamos en dejar á un lado todos vues-

(1) *Hacia otra España*, 225.

(2) El poeta Víctor Hugo tiene un pensamiento semejante en sus *Ensayos sobre política y literatura*, 7.

tros remedios: la vida es una fortaleza, de la cual ni vos ni yo sabemos nada. ¿A qué poner obstáculos en sus vías de defensa? Sus propios medios son superiores a todos los aparatos de vuestros laboratorios. Covisart convenía conmigo en que todos vuestros menjurjes no valen para nada. La medicina es una colección de prescripciones inciertas, y ha sido siempre fatal á la humanidad. Agua, aire y limpieza son los artículos de mi farmacopea».

Por otra parte, hay quien cree, y el ilustre Stuart Mill (1) ha defendido con elocuencia á esta doctrina, que «un pueblo donde no existe el hábito de la acción espontánea con la mira de un interés colectivo, que aguarda del gobierno una consigna para la acción común, ó aun esta acción, y no hace por sí mismo sino lo que tiene costumbre de hacer, es un pueblo cuyas facultades están á medio desarrollar». Cualquiera que conozca la realidad de la vida se verá obligado á darle la razón á Stuart Mill. Pero supongamos que no la tiene; que la sociedad, constituída como él quiere, continuaría siendo un banquete de hambrientos en que una maldita fatalidad prohibiría á la mayoría de las bocas los manjares dejados por los ahitos, pudriéndose sazonados en las mesas, y en el que cada cual defendería el único estimable que lograra arrebatar, con toda la ira de su hambre atrasada: ¿se seguirá de aquí que es preciso llegar como término y aspirar como ideal á la paz económica y política, sin confiar en la lucha social, como estímulo de indefinido progreso?

No ha mucho el mismo Kidd (2) ha prestado un servicio eminente al sistema individualista, aunque á pesar suyo, exponiendo de un modo luminoso toda una serie de fenómenos sociales de carácter selectivo. «Si, como yo creo (escribe), son verdaderas las teorías biológicas de Weisman, aplicadas á la sociología; si sólo puede haber progreso merced á la acumu-

(1) *Principles of political economy*, V, 11.
(2) *Social Evolution*, VII.

lación de variedades congénitas anteriores al promedio, y que excluyan las variedades inferiores; si en la selección constante que supone esta ley de las variaciones, la tendencia de toda forma vital elevada es *regresiva*, entonces el destino de la especie humana consiste en estar sujeto á esta rivalidad laboriosa, á esta lucha por la vida, que progresa desde su nacimiento. Entonces el combate por la existencia continuará en condiciones más humanas, pero siempre inevitable. Entonces todos los fenómenos de la vida humana, individual, política, social y religiosa deben ser analizados desde el punto de vista del encadenamiento cósmico, y ser estudiados por la ciencia sólo en sus relaciones con ese encadenamiento.»

La paz es para la nación lo que el sueño para el individuo. Tiene la misma raíz y proporciona los mismos bienes, acompañados de los mismos males. Necesaria al cuerpo social como medio de descanso y de renovación de tejidos, debe, no obstante, imitar al sueño en lo de ser periódica. La sociedad, en sus manifestaciones más elevadas, se muestra siempre como vida, como movimiento, como lucha. El resultado inmediato de una paz perpetua sería aumentar la falta de proporción entre la sanguinificación y la desasimilación del organismo de la sociedad. Apuro grande resultaría éste para los hombres de una región ó de una época en que la anarquía hubiese triunfado. Entonces nada interesaría: los estímulos íntimos del trabajo y del bienestar, las satisfacciones de la victoria, todo lo que hay de más atractivo en la tierra, se desdeñaría con la mayor estupidez para tranquilizar un vil temor ó para afianzar una pretendida «paz universal».

¡Paz universal! Cuando vino la salud al mundo, cantaron los coros de ángeles, y prometieron la realidad del ideal que esa palabra encierra, á los «hombres de buena voluntad». Pero los anarquistas no son estos hombres, y aquella palabra religiosa y dulce, caliente como la paja del establo milagroso en que nació el revolucionario Hebreo, me da frío al verla escrita en letras de molde á la cabeza de las obras del revolu-

cionario anarquista contemporáneo, ese ejemplar monstruoso que el príncipe del anarquismo, Bakounine, ha caracterizado con estas palabras bestiales: «No tiene intereses personales, ni sentimientos, ni negocios, ni bienes, ni preferencias, ni siquiera nombre. En él todo debe estar absorbido por un interés único y exclusivo, por un pensamiento único, por una pasión única: la revolución. No solamente por sus palabras y sus acciones, sino por un instinto de su personalidad, ha roto para siempre con el orden público, con todo el mundo civilizado, con las leyes, con las costumbres, con la moral y con todos los usos universalmente admitidos. Un revolucionario desprecia todo el doctrinarismo y toda la ciencia de este mundo. No conoce más que una ciencia: la ciencia de la destrucción. Frío para consigo mismo, debe serlo también para con los otros. Noche y día no debe estar ocupado más que en un solo pensamiento, no debe perseguir más que un solo objeto: la destrucción implacable. Cumpliendo esta obra fríamente y sin descanso, debe estar pronto á morir ó á degollar por sus propias manos á todo aquel que se oponga á su fin».

Consideremos aún más detenida y concretamente lo que significaría el triunfo de los nuevos luchadores. ¿No sentís escalofríos de miedo al considerar que esas gentes «abandonadas por la sociedad, fuerza y sostén de ella, pudiesen vencer con demasiada rapidez, con sus instintos anárquicos, á los que nadie hase cuidado de quitar el ardor del aguardiente, y con su intensa sed de riquezas transformada en rabia?... ¡Oh, el pueblo, el pueblo inculto! ¡el pueblo que sólo va aprendiendo su derecho á la vida! ¡el pueblo que vemos en los toros, en las tabernas y á puñaladas por las calles! ¡el pueblo de alma envilecida y de nervios muertos, del que salen los ladrones y las rameras, los borrachos y los valientes, los verdugos y los mendigos! ¡el pueblo sin belleza y sin poesía! ¡el pueblo de los pastores que dejan morir al padre por cuidar al burro, y de los zagales que dan el amor y el honor de sus zagalas por tres chivos! ¡el hampa y la chusma de la roña y los piojos tendida

inmensa por los pliegues de los campos y por las zahurdas de los pueblos y ciudades, debajo de aquella honrada minoría más noble de hombres de las minas y hombres de las fábricas que en vano se esfuerzan por educarla un poco luchando con la indiferencia idiota y criminal de los de arriba!...» (1).

Espero que no se han de interpretar mal estas observaciones; son, por desgracia, de una realidad aterradora, y por ellas llegamos á esta proposición, extraña en la apariencia, y que sonará mal en los oídos de las tres cuartas partes de nuestros contemporáneos: «La cuestión social, ó no existe, ó no se sabe formular en qué estriba». Sólo la complejidad, ó más bien la dificultad de soluciones que presentan los problemas económicos particulares, ha hecho que exista un pretendido problema social, en cuyo torno vociferan sin reposo masas estúpidas de descontentos, sin que ninguno sepa exactamente á qué se reduce tal problema ni sea capaz de formularlo claramente. Hay hechos sobre los cuales no caben problemas; y ser acusado de negativismo en este punto es una cosa tan extraña dentro del criterio de la ciencia, que el gran economista Boccardo, censurado por no haber planteado en parte alguna de sus muchas y voluminosas obras el problema social, no supo realmente al pronto lo que se pretendía de él. Respondió (2), muy razonablemente, que la pregunta de si había un problema social sonaba tan singularmente en los oídos de un legislador ó de un sociólogo, como para un mecánico la de si es problema el del movimiento continuo, ó para un geómetra la de si lo es el de la trisección de un ángulo.

El problema social no sirve en sociología sino para edificar castillos de naipes y producir el charlatanismo, sobre todo

(1) Trigo, *La sed de amar*, 482.

(2) Prefacio al volumen I de la *Biblioteca dell' Economista*. Compárese con Marsi, *Diario de Sesiones* del Parlamento italiano (Diciembre 1878); Zorli, *Emancipazione della classe operaria*, 24; Dorado, *El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana*, II; Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, 125.

cuando se limita, como generalmente sucede, al mundo de los obreros. No veo, decía un pensador contemporáneo, lo que se ha querido hacer del obrero europeo después de haberle hecho un problema. Lo que este problema implica ha sido realizado ya como reforma por la democracia del último siglo. Se han destruído los feudos, los mayorazgos, las primogenituras, los fideicomisos; se han amortizado los bienes del clero y en algunas naciones los de los frailes; se han destruído los privilegios. Después, esta labor negativa se ha completado con lo positivo de la proclamación de la igualdad civil y política, del derecho de asociación, del de voto. ¿Y se habla todavía de problema social? Háblese en buena hora de la mejora y precisión que convendría á introducir poco á poco en esas instituciones democráticas, como nosotros lo hemos hecho; pero ¿en qué se parece á un problema semejante punto de vista?

A mi juicio, en este punto no cabe hablar de problema social, sino simplemente de fomento y elevación del instinto social existente. «Las verdades más sencillas, ha dicho Fenerbach, son siempre las últimas que llega á conocer el hombre.» Santa sentencia de Perogrullo, pocas veces mejor justificada que en la ocasión presente. Para confirmarla es para lo que he redactado estas páginas, persuadido, á pesar de cuanto puedan decir los sociólogos, acostumbradós á embrollar las cosas más netas, de hacer con ello una buena obra y de merecer la gratitud del lector que busque la claridad en todo.

***

¿En qué estriba el pretendido problema social? En determinar el ideal de vida (1) más favorable á la armonía de la sociedad. ¿Qué es la sociedad? Un organismo. ¿Cuándo en un organismo hay armonía? Cuando ninguno de sus órganos estorba ó funciona en detrimento de los otros; es decir, cuando todos,

(1) Este es el verdadero nombre del problema: «*ideal* social».

como medios de vida que son, concurren á un mismo fin vital.

Estas deducciones, que un niño hace sin esfuerzo y por sentido común, apenas si tienen en su favor el beneplácito de un sociólogo. Los que escriben sobre cuestiones sociales miran su solución desde sus puntos de vista respectivos, olvidando que, si la sociología es un análisis, la sociedad es una síntesis compleja é indivisible, á cuyo conocimiento sólo se llega tomándola tal cual es en sí y no tal cual quisiéramos que fuese en nuestro modo particular de ver. De aquí que, para darnos cuenta de cómo ha de fomentarse y elevarse al instinto social, sea preciso ante todo determinar los elementos que componen el mundo social, los distintos aspectos bajo los que la sociedad puede ser mirada en el sentido de su interna constitución. Ahora bien: estos aspectos implican ideas y organismos sociales muy diferenciados, según los analicemos en el principio, en la esencia ó en el fin de las relaciones humanas. Si los estudiamos en sus orígenes, encontramos á las *familias* que son las más naturales y, en realidad, las únicas sociedades esenciales al hombre. Aquí la vida común está fundada meramente en el amor, y por el amor se propaga y conserva. El caso es enteramente distinto cuando existe asociación para trabajar y con el trabajo proveer á las necesidades físicas de la comida, del albergue, etc.; en esto se basan las instituciones económicas, *agricultura*, *industrias*, *comercios*, *profesiones*. Por encima de tales instituciones surgen otras que corresponden, no ya á necesidades físicas, sino á necesidades intelectuales: las *ciencias*. Al mismo tiempo, el hombre, no contento con desarrollar su mentalidad, dedica su acción á representar la belleza, y crea las *artes*. La sociología nos enseña también que, por la libertad, se desenvuelve y enriquece el espíritu; agota otras actividades; vive con vida más íntima, más depurada, más humana, estableciendo las *morales*. Esa vida y esa libertad las traslada asimismo á otro orden de cosas, á las relaciones de derecho, y organiza los *Estados*. Por último, después de haber limitado así todo lo específicamente humano, después de ha-

berse reconocido en armonía y solidaridad consigo y con sus semejantes, el hombre desea entrar en sociedad con Dios. Este último y definitivo aspecto de su naturaleza es el que explica y justifica la existencia de las *religiones*.

Los elementos sociales determinados son, pues, siete: la *familia*, la *agricultura*, *industria*, *comercio*, *profesiones*, la *ciencia*, el *arte*, la *moral*, el *derecho* y la *religión*. Esta división, ó mejor dicho, esta distinción tan sencilla, tan natural, tan corriente, es tan olvidada por lo general, que puede decirse que de su olvido provienen todos los exclusivismos de escuela, todas las parcialidades de los sectarios. Son muy pocos los pensadores y publicistas que miran á la sociedad como la síntesis orgánica y armónica de aquellos elementos. Así se explican esos criterios incompletos y tiranos con que actualmente se contempla y se predica la regeneración de la sociedad.

Para unos, la piedra de toque de esa regeneración está en la *familia*. Estos os atronarán los oídos con Roma y con las matronas romanas, y repetirán á cada paso que el Imperio pereció por haberse prostituído el matrimonio. Os dirán que de la educación de los hijos dependen el orden social y las buenas costumbres públicas. No cesarán de induciros á que seáis apóstoles de la familia, esa eterna arca de Noé donde la blanca paloma de nuestras ternuras y nuestras felicidades encuentra el reposo que necesitan sus alas inmaculadas. En fin, partiendo de hechos ciertísimos, pero que contienen una verdad incompleta, concluirán que el espíritu de la sociedad será un caos mientras no lo ilumine el espíritu doméstico.

Otros serán menos románticos. Creyendo que el hombre no es más que un aparato digestivo, reducirán la cuestión social á una cuestión de estómago. Aquí de los socialistas, colectivistas, anarquistas y demás enemigos de la economía política. En esta escuela no se entiende de desinterés ni abnegación: utilidad y nada más que utilidad. Nada de ciencia, arte, moral, derecho ni religión: no hay más ciencia ni más arte que la que es aplicable al mundo del trabajo; no hay más moral

ni más derecho que el de la igualdad á la riqueza. El ideal de la humanidad es desviar la actividad humana de las universidades, de los gobiernos y de las iglesias, para concentrarla en los campos, en las fábricas y en los talleres.

Los sabios, por su parte, proclaman la omnipotencia ó por lo menos la *omnisuficiencia* de la cultura. La cultura, dicen, es la madre del mundo moderno. Y esta cultura que se muestra y realiza en los sistemas de locomoción, que dan al hombre como un suplemento de velocidad; en los aparatos de transmisión, que pueden hacer que la palabra humana resuene instantáneamente en toda la tierra; en los métodos de grabado, tan complicados y tan variadísimos; en los adelantos de la medicina, cada vez más asequibles y democráticos: todo esto, digo, es para los sabios lo único llamado á resolver el problema social. No permiten que se borre el más insignificante pormenor en la totalidad de esos efectos. La cultura lo reviste todo con su sello; á sus creaciones prácticas añaden las teorías un carácter necesario. Esto no obstante, todo el mundo ve que tan decantados adelantos, lejos de favorecer, han aumentado las necesidades de las clases desheredadas. Pero esto les tiene sin cuidado á los científicos. Envanecidos con su saber y con sus descubrimientos é invenciones, no vacilan en reformar el famoso apotegma de los jurisconsultos: *fiat justitia, pereat mundus*, diciendo: *fiat cultura, pereat justitia.*

Con el exclusivismo estético queda también muy pronto generalizado el poder del arte, fuente y origen de todas las relaciones de la vida. Se dice que la sociedad ha evolucionado, no por ideas, sino por sentimientos; que la religión y la moral son sentimiento puro; que la fraternidad social se realizará por el altruísmo, un mero sentimiento; finalmente, que las ciencias tienden á convertirse en artes por la división del trabajo.

Vienen luego los juristas y nos dicen que la civilización no consiste en el progreso de las artes, de las ciencias, de la industria, ni en el bienestar material, sino en el triunfo del de-

recho sobre la fuerza, de la equidad sobre la injusticia, de la ley sobre los placeres. Una sociedad podrá producir poetas, artistas, escritores, sabios y filósofos; podrá conmover al mundo con los esplendores de sus grandes ciudades y las maravillas de sus exposiciones; pero si el derecho violado tiene que doblar la cabeza; si no puede levantarse ninguna voz para denunciar la injusticia y repararla; si el más humilde de sus miembros se encuentra á merced del poderoso, esa sociedad no será el alma de la civilización, sino el cadáver de ésta.

Contra tal tendencia se levantan los *eticistas* (?). La cuestión social es en su doctrina una cuestión puramente moral. No es el derecho lo que hará desaparecer la servidumbre, y sí sólo el amor. ¿Acaso se cimentan las alianzas con sospechas y acusaciones? Amad bien, y nadie ambicionará el papel de señor, sino el de esclavo; amad más todavía, y no sabréis quién obedece ó quién manda, porque los dos corazones no serán más que uno solo.

Para que no quede un solo elemento social que no sea exclusivista, la religión (y claro está que no me refiero á la religión verdadera tal como la entienden los hombres de recta voluntad y clara inteligencia) tiene defensores que por un exceso de celo (que por mi parte no vituperо) predican con manifiesta exageración que la religión es el único remedio que puede curar las llagas de los pueblos. ¿Pero hemos de olvidar el concurso de los demás elementos sociales? ¿Acaso éstos no tienen su legítima intervención en sus respectivas esferas? Si la religión supera á todos ellos en importancia, es por constituir el cerebro del cuerpo social, como en menor grado les supera la familia que viene á ser su planta. Sin pies ó sin cabeza, no es concebible ni posible un organismo, que acaso pueda vivir con otros miembros amputados, con otras vísceras enfermas; pero ¿negaremos la necesidad de estas vísceras para la salud integral del individuo? Pues eso mismo sucede con las sociedades. Suprimid la familia, y quedarán sin pies; no podrán caminar por la reproducción á través de la

vida, no podrán continuar su historia. Suprimid la religión, y quedarán sin cabeza; no podrán unificar sus ideas, no podrán tener un centro de acción y reacción de sus sentimientos. En caso de extrema necesidad, la religión por sí sola sabrá conservar la vida de la sociedad contra la paralización de sus órganos inferiores, á semejanza de esos desgraciados á quienes un esguince de las vértebras cervicales casi suspende la comunicación del cuerpo con el cerebro; pero en la existencia ordinaria, que es la de la inmensa mayoría y forma las tres cuartas partes de la existencia misma del creyente, la conservación del funcionalismo social sólo tiene sentido y finalidad cuando todas las partes de su constitución orgánica se desenvuelven en la más perfecta conformidad, en rigurosa armonía.

Planteemos, pues, integralmente el problema, si queremos resolverlo de un modo claro. Ningún órgano social puede estorbar á otro si no es cuando se le sobrepone por excesivo funcionamiento; y, por lo tanto, ninguno debe suprimir á otro. Nada más falso que creer incompatibles el fervor religioso con la cultura intelectual, ó el entusiasmo artístico y el genio guerrero con la prosperidad económica (1). Semejante apreciación nace de un erróneo concepto de las armonías sociales.

(1) «Nadie es capaz de calcular la riqueza que produce un artista de talento superior, aunque sus efectos no se perciban inmediatamente. Schiller primero y Rossini después, tomando por asunto de sus composiciones la libertad de Suiza, han producido á ésta más millones que no podría darle el Banco de Londres arruinándose. Anteriormente á estos dos genios, la Suiza era un país libre, sí, pero que casi ningún extranjero visitaba. Nadie conocía sus excelencias, y muchos de sus hijos tenían que emigrar para servir como soldados, de una fidelidad á toda prueba, á los gobiernos extranjeros. Hoy día entran en ella muchos millones anualmente, gracias á las pequeñas industrias que allí se han desarrollado á impulsos del consumo de los extranjeros que á dicho país afluyen todos los veranos. Un esfuerzo de unos cuantos hombres de corazón, un poema y una ópera han transformado un país pobre y esclavo en un país rico y feliz. Suiza les debe á Schiller y á Rossini casi tanto como á Guillermo Tell y á Winkelried. Así lo han comprendido sus hijos, elevando al primero un monumento tan sobrio como imponente en las aguas de los cuatro cantones.» (Gener, *Cosas de España*, 56.)

Valera (1) observa justamente que «en el estado actual de la civilización, y aun cabe afirmar que siempre, no acontece con las naciones lo que con los individuos, los cuales pueden ser sabios, santos ó poetas y ser pobres. Una nación, si es inteligente y activa, por santa, por sabia y por heroica y poética que sea, tiene que hacerse rica también. Si se queda pobre, da marcadas y evidentes señales de que no es inteligente, ó de que no es activa, ó de que padece alguna enfermedad secular de que no ha logrado curarse». Suscribo de todo en todo á esta observación, y creo que en un pueblo la bondad y excelencia del carácter, no sólo no puede ser obstáculo á la fortuna, sino por el contrario, su más importante y útil resorte de adelantamiento positivo y económico. Mas para ello es preciso que se cumpla nuestra condición fundamental, á saber: que ninguno de los órganos sociales domine exclusivamente ni sea sacrificado.

Hay para todo esto una razón única en que puede apoyarse el ideal sintético que debe presidir á nuestra evolución social, y es que no es asequible para el hombre el desarrollo gigantesco de alguna de sus potencias sin la consiguiente mengua y desdoro para las demás. ¿Qué cosa, por ejemplo, más ridícula en apariencia que la necesidad del derecho, de los deberes de justicia, tratándose de relaciones morales donde sólo rige el amor, como sucede en las relaciones de los sexos? Y, sin embargo, ni aun aquí, donde el *ama et fac quod vis* de San Agustín parece ser toda la regla de conducta, consigue el hombre librarse del fatal «derecho» que sostiene y justifica su moralidad conyugal. Se ha pretendido que el mero hecho de invocar el derecho entre personas que se aman, es ya casi una injuria. «Una mujer á quien su marido no maltratase tan sólo porque tiene derecho á no ser golpeada, tendría derecho á ofenderse» (2). «Pero ¿no se ofendería también si su marido

(1) *Crematística*, III.

(2) Janet, *Histoire de la science politique dans ses rapports avec la morale*, I, 390.

se abstuviese de golpearla sólo porque la ama y no porque tiene derecho á no ser tratada como un sér inferior? El que es amado, ¿no quiere ser también respetado, es decir, reconocido como digno? El amor es sobre todo un sentimiento, mientras que el derecho es una idea. El amor sin el derecho es un ciego que, queriendo abrazaros, os lastima y os hiere. El amor esclarecido es el que ama con justicia. No cabe, pues, admitir que el principio del amor bien entendido y aplicado en toda su extensión, baste para resolver todos los problemas de la vida moral y social. La historia muestra que ese principio no ha bastado, y no sólo porque haya podido ser mal entendido y mal aplicado, sino porque es incompleto en sí, porque con la ayuda de ese principio solo, no se podrían determinar las relaciones positivas de deber que necesitan existir entre los hombres» (1). Aquel conocido dicho de Aristóteles, «los que aman no tienen necesidad de la justicia, porque se hacen el bien, y, con mayor razón, no se hacen el mal», no constituiría principio cierto ni aun en una sociedad ideal donde el orden de la vida común no se hallase conmovido por los residuos de las perturbaciones precedentes, donde no resultase precisa la compensación reparadora, donde las relaciones de las personas fuesen inmutables como las leyes de la naturaleza y la esencia de las cosas.

Ley divina del espíritu humano, en estado de salud, es la justicia. Y sucede, por la oculta relación y armonía que Dios puso en nuestras facultades, que no podemos amar, ó por lo menos no podemos ejercer la caridad de una manera razonable, á menos que hayamos resuelto antes lo que es *justo,* y lo hayamos hecho. Esto es lo que constantemente repitió Jesucristo, y el precepto que entre todos dió más frecuentemente fué el de *Sed justos y juzgad* (2). Impónese el amor propio con fuerza irresistible en el comienzo de las rela-

(1) Fouillée, *La science sociale contemporaine*, V, 1.
(2) Ruskin, *The Seven Lamps of Architecture*, II, 1.

ciones sociales, y todo el que posee ó cree poseer la caridad entonces, se engaña á sí mismo si no se atiene á la justicia. En cambio, empezando por ésta, es fácil acabar por ser caritativo. Hombres hay que han conocido de un modo experimental semejante prueba. Han principiado por ser justos con un semejante á quien no amaban, y han acabado por amarle. Y el caso contrario no es menos frecuente. Personas excelentes ha habido que, por permitirse ser injustas con quien amaban, han concluído por odiarle. Con todas estas digresiones, quiero dar á entender que no es posible en la sociedad separar arbitrariamente sus elementos, como no es lícito al individuo prescindir de uno solo de ellos en la complejidad de sus relaciones públicas y privadas. El individuo está en la rigurosa obligación de prolongar su vida (deber de conservación), de reproducir la especie (deber de procreación) y de desenvolver su actividad social en la esfera económica (deber del trabajo). «Los suicidas, los célibes (1), los mendigos, contravienen las leyes fundamentales de la sociedad humana, por igual título que los homicidas, los bandoleros, los ladrones. Para convencerse de ello basta someterlos á la regla de la generalización, aplicada por Kant á la acción individual: si todos obrasen como ellos, el mundo perecería» (2). Los derechos in-

(1) Me refiero á los célibes sistemáticos ó egoístas, no á los que toman el celibato como medio para llegar á un fin social superior (caridad), ó á un fin sobrenatural superior (santidad). A éstos no se les puede asignar por deber la reproducción, puesto que la causa de su continencia es una virtud.

(2) Ihering, *Zwech im recht*, VIII, 187. Hay que advertir que este criterio de Ihering y de Kant, por útil y práctico que sea, y aun por admisible que se le considere en el terreno de los hechos, no puede satisfacer á un moralista desde el punto de vista de los principios y de la verdadera moralidad. Puramente negativo, ese criterio no pasa de aquella célebre proposición que Kant establecía como fundamento de la razón práctica: *Obra de tal manera, que el principio de tu acción pueda ser erigido en ley universal.* Esto significa que cada vez que queramos obrar, debemos tener claramente en el pensamiento el motivo que nos lleva á la acción, y preguntarnos entonces qué acontecería si todos los hombres pretendieran conducirse según el mismo principio. Por ejemplo: ¿puede eri-

dividuales deben, pues, ser definidos, no sólo en nombre de las obligaciones de justicia, sino también en nombre de la misma vitalidad social. La sociedad se disolvería si cada cual pudiese matarse á sí mismo, invocando su voluntad libre; ó dejar de procrear, fundándose en su personalidad autónoma; ó apoderarse de los bienes de otro, excusándose con decir que los necesita más que éste. He aquí por cierto uno de los puntos donde puede demostrar la religión su sentido práctico, y su eficacia para hacer más compactos los lazos sociales.

Otro hecho también concluyente confirma mi armonismo sociológico. ¿Qué cosas más aparentemente opuestas que la agricultura y la ciencia ó la agricultura y la legislación? Pues los orígenes sociales de las últimas están en la primera. Grecia, en su poético buen sentido, decía que Minerva, al plantar el olivo, derramó la sabiduría sobre la tierra. La humanidad debe gran parte de sus conocimientos á la primera doncella que reanimó con aceite de oliva la luz de la lámpara bajo la que el anciano patriarca escribía en sus tablillas. Y el origen de las leyes es tan agrícola como el del saber; pues el pan, á fuerza de luchar con el hambre, aguzó el ingenio, rescatando al hombre de la barbarie. Razón tiene la antigüedad: Ceres

---

girse en ley para todas las voluntades racionales y libres el apropiarse los depósitos confiados por otro, cuando, por la muerte del que los ha confiado, hay seguridad de que no es dable invocar prueba alguna de la apropiación? No; el depositario debe examinar claramente el motivo por el que se sentiría impulsado á obrar de esa manera; es decir, «á todos es lícito negar un depósito, si nadie puede probar que lo posee». Así, al tratar de establecer la posibilidad de los depósitos, se harían imposibles, porque nadie querría hacerlos. Como se ve, Kant pretende basar la moral en la naturaleza humana, sin tener en cuenta las prescripciones de la moral positiva. Pero esto, lo repito, es encerrarse en un criterio negativo, que nada puede dar de sí en la esfera de la acción, de la vida, del deber. Con su método no demuestra Kant que las reglas que hay que seguir se impongan á la razón y muevan á la voluntad á obrar bien; sólo demuestra que no tienen en sí nada de contradictorio para la voluntad ni para la razón. En lugar de una vida verdaderamente moral, Kant describe una vida puramente abstracta.

ha inventado la ley. A lo que añadía Pelletan (1): *Y también la civilización.* «Suprimid la mies, y la humanidad cae en seguida».

No existe, pues, la menor oposición, sino meramente diferencias, entre cada uno de los elementos sociales. De donde resulta que esos métodos de defender el ideal social exclusivamente en nombre de la utilidad, ó de la cultura, ó de la religión, son tan estúpidos como incompletos, y no se debe uno cansar de decir á los sostenedores de tales métodos: Os aplaudiremos sin ningún recelo si seguís valiéndoos de vuestra competencia dentro de vuestro terreno; mas no vayáis á creer que está ahí toda la solución que tenemos derecho á exigir. En cada hombre hay una relación doméstica, otra económica, otra intelectual, otra estética, otra moral, otra jurídica, otra religiosa con el medio en que vive. Suponer que todas pueden reducirse á una es mutilar *a priori* y teóricamente la naturaleza humana.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

(1) *Le monde marche*, VII.

EL MAGISTERIO DE LA PRENSA EN ESPAÑA

La forma definitiva del periodismo, en la condición común que tiene este organismo de la opinión en el mundo, no la recibió en España la prensa hasta que pacíficamente, si esta palabra puede aceptarse, se inauguró entre nosotros la aurora feliz de las instituciones constitucionales. Es indudable que si los diversos ensayos de periodismo que en España se hicieron desde principios del siglo XVII se hubieran continuado sin las grandes interrupciones que se observan de unas á otras tentativas, nuestros periódicos se habrían ido modificando y metodizando hasta adquirir la forma adecuada que los caracteriza, y en esta labor al menos nos hubiéramos adelantado á otros países. Hasta los últimos años del reinado de Felipe IV no es posible dar ni con un tipo de publicaciones aceptable que ya denuncie la existencia y la consistencia del periodismo, ni con una aglomeración de noticias de actualidad y enciclopédicas capaz de fijar los términos en que habían de girar los periódicos en lo sucesivo. D. Aureliano Fernández Guerra, á quien D. Eugenio Hartzenbusch ha seguido, fijó la fecha de la fundación de la primera *Gaceta* oficial de España en 1661 (1); y procediendo de esta publicación el periódico de gobierno que, á través de las vicisitudes de dos siglos y medio, aún subsiste,

(1) Escrito este artículo hace algunos años, he publicado después en la *Gaceta* de Agosto de 1902 mi *Bosquejo histórico de la Gaceta de Madrid*, donde se puntualiza mejor que por Fernández-Guerra y Hartzenbusch el principio que tuvo este periódico en 1621.

casi hay que reconocer que entre nosotros antes hubo *gaceteros* que *gacetas*, si bien con este oficio público, y aun administrativo en España, no conocemos más que dos nombres al que se hallen unidos en los documentos del tiempo: el del secretario íntimo de lengua alemana del bastardo de Felipe IV, D. Juan de Austria, borgoñón de origen y que se llamaba D. Francisco de Fabro Bremundano, y el amigote de D. Pedro Calderón de la Barca en su avanzada senectud, D. Juan de las Hebas. Con todo, el siglo XVII fué en España un siglo más de opinión que el que le sucedió, después del advenimiento de los Borbones, y á los ensayos de Andrés Almansa y Mendoza y de los que antes y después de él escribieron *Cartas* y *Relaciones* de noticias, sólo les faltó para que llegasen á la metódica regularización de sus trabajos la constancia y la consistencia, que no siempre estuvo en su arbitrio emplear, cuando el poder, que tan celosamente se arrogó desde la propagación de la imprenta, la inspección y la policía de sus producciones, tantas coacciones ejerció para ahogar en su germen la libertad del pensamiento.

Durante todo el siglo XVII apenas pudo ser el espíritu político, de aspiración ni de contradicción, el que inspirara este instrumento poderoso de la educación general. Se sobreponía entonces á todo otro sentimiento el estímulo de la curiosidad, y condensada el alma de la nación en una unidad inviolable de ideas y de sentimientos comunes, en todas aquellas cosas en que nuestro siglo ha consentido una verdadera anarquía de opiniones. El rigorismo de la ley y de la censura sólo tendía á impedir á todo trance la introducción de creencias disidentes que pusieran en peligro la unidad de la fe, y á la vez á que no descendiese hasta la masa indocta la también inviolable misión de las altas prerrogativas soberanas. La nueva dinastía que ascendió al trono al empezar el siglo XVIII, no consideró esta Monarquía sino como un predio patrimonial del derecho, y cuando la Corona se consideró unida á los pueblos únicamente por el vínculo del caso jurídico, los pueblos comenzaron á pen-

sar en sí y en sus derechos, prestando lento germen á todas las revoluciones sucesivas. Entonces el periodismo, con nuevas orientaciones, inspiró otra serie de tentativas, y hay que reconocer que, entre los muchos escritores, ya sabios ya ingeniosos, que se arrojaron á ellas, ninguno estuvo impregnado de un espíritu más positivo del tiempo en que vivía y de la evolución social á que caminaba como por instinto, que aquél mediano talento de D. Francisco Mariano Nifo, que sin capacidad para levantar ningún grandioso edificio, ni perseverancia para llevar las empresas que acometía á todas las consecuencias progresivas á que se prestaban, tuvo fuerza de penetración suficiente para adivinar por dónde se abrían su camino los nuevos giros de la opinión y de la historia. Nifo, con Ruiz de Uribe, fundó en 1758 el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico*, que en una serie continuada de transformaciones, desde que salió de las manos de sus fundadores, había de llegar á convertirse en aquel famoso *Diario de Avisos de Madrid*, que ha existido floreciente hasta el último tercio del siglo XIX; con el seudónimo de *D. Mariano de la Giga*, en 1762, Nifo fundó *La Estafeta de Londres*, aspirando á copiar, si no en la forma, al menos en una parte del fondo, los periódicos de Londres, que comenzaban á abrirse el paso en el continente. Apenas frustrada esta empresa, se previno á proseguirla con tenacidad, al año siguiente de 1763, con *El Correo general histórico, literario y económico de la Europa*; y aun teniendo este periódico en círculo de publicación, en Agosto del mismo año salió con otro *Diario Extranjero*, para coleccionar las noticias de todo el continente, sobre todo en lo que concernía á artes, ciencias, agricultura, mecánica y otros adelantos semejantes. En 1764, con Ruiz Minondo, dió otra forma á sus periódicos en *El Novelero de los estrados y tertulias*; pero luego, en 1769, en *El Correo general de España*, volvió á sus tipos primitivos, en los cuales sólo hubiera sido preciso que se le permitiese introducir algunos artículos *de política* para acercarse á los que ya se publicaban en Londres, en

Francfort y en Lugano. Al mismo tipo ajustaba en 1786, todavía, su *Estafeta de Londres*. Pero, en realidad, ¿corresponden estas publicaciones periódicas á la idea de nuestros periódicos?

Desde el reinado de Carlos III alcanzaron algún renombre: *El Semanario Económico*, de D. Pedro Araus, de 1765; *El Memorial Literario*, que D. Pablo Trullers y D. Joaquín Ezquerra fundaron en 1784; *El Correo de los Ciegos*, de 1786, en que no se desdeñaron colaborar Cadalso y Moratín; en 1792, el *Correo Mercantil de España y sus Indias*, de D. Diego Gallardo y D. Eugenio Larruga; el *Semanario de Agricultura y Artes*, que en 1797 fundó el abate D. Juan Antonio Melon y continuaron los profesores del Jardín Botánico de Madrid, y las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, de D. Manuel José Quintana y D. Juan Alvarez Guerra. Otros muchos periódicos de menor nombradía cita Hartzenbusch en sus *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños,* y para otros muchos más, que no cita, se pidió licencia, como el *Diario Enciclopédico de Ciencias*, que habían de redactar D. José María Merás y Alfonso, el médico irlandés D. Daniel O'Sulivan y el profesor francés de matemáticas M. Reynault, en 1788; el *Mercurio Histórico, Político y Literario de España*, de D. Cristóbal Cladera, del mismo año; el *Diario de las Musas*, de don Luciano Comellas y D. Lorenzo de Burgos, de 1789; *El Académico*, de D. Juan Meléndez Valdés, D. Juan de Peñalver, D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, D. Diego Clemencín y D. Domingo García Fernández, de 1793; *El Desengañador Político*, de D. Joaquín de Traggia, bibliotecario de la Real Academia de la Historia, de 1794; el *Diario Histórico*, de D. Pedro María Olive, y las *Efemérides Literarias*, de D. Esteban Albedert Dupont, abogado del Colegio de Madrid, del mismo año; el *Jardín Literario*, de D. Antonio Batija, de 1796; el *Correo de Madrid*, de D. José Antonio de Monegat, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Vich, de 1799; el *Diario de las Ciencias* y el *Diario de las Bellas Artes,* de D. Félix María de Enciso

y Castellón, «hijo de un criado que sirvió á V. M. más de cincuenta y siete años», de 1800; la *Década Filosófica, Política y Literaria*, de D. José de Meneses y Montemayor, alférez de fragata, de 1802; las *Efemérides* ó *Diario del estado de la Ilustración Nacional*, de D. Julián de Velasco, de 1803, y *El Censor Publicista*, de D. Santiago de Jonama, y *El Diario de los Espectáculos*, de D. Andrés de Miñano de las Casas y D. Alfonso Portillo, de 1804. El examen de todas estas publicaciones periódicas, en las cuales intervienen con frecuencia nombres tan distinguidos como los de Cadalso, Cladera, Moratín, Larruga, los Boutelou, Lagasca, Rojas Clemente y otros botánicos insignes; los abates Melon y Marchena, Llorente, Quintana, Alvarez Guerra, Beña, Arriaza, Meléndez Valdés, Cienfuegos, Clemencín, los Canga-Argüelles, Jonama, Traggia, Enciso Castellón, etc., sólo deja conocer los esfuerzos y la tenacidad de la opinión y la inteligencia por romper las ligaduras que contenían sus ya volcánicas expansiones; pero con la excepción uniforme y exclusiva de algún que otro artículo de crítica literaria, ni uno solo de aquellos escritores logró adelantarse á la acelerada evolución en que por aquel tiempo entraban todas las cosas que atañían al derecho de las instituciones y de los pueblos, de los individuos y de la sociedad. Toda tentativa en este sentido, disfrazárase del modo que se disfrazase, era instantáneamente reprimida por procedimientos tan severos como definitivos.

La fiebre del patriotismo dejó estallar las pasiones después de 1808, sin hacer nada útil para metodizar los ímpetus del sentimiento, poniéndole al servicio de las ideas generosas que inundaban todos los cerebros. De todo el periodismo que improvisaron las revoluciones y las guerras que comprenden el período de la Independencia nacional, sólo se destaca la serena silueta de *El Semanario Patriótico*, de Quintana, verdaderamente imbuída de la conciencia sentida é ilustrada de tan crítica situación. No es posible descartar de todo punto la nota del patriotismo de todos los que fueron colaboradores

con la pluma de aquella obra de titanes. Pero las ceguedades de los fanatismos anublaron en muchas ocasiones el anchuroso espacio que iluminaba el sol de la patria, y en la arena de sistemas, ideas y principios en que se empeñaron las lides de la inteligencia, frecuentemente hubieran podido comprometerse los intereses de la salvación nacional, si en palenques ajenos de aquellas disputas la espada y las alianzas no hubieran mantenido intacto el tabernáculo de la independencia. Aún con más furor que en las Cortes se sostuvo en los periódicos la intransigencia de todos los proselitismos; y aunque, ya por una causa política ya por otra, contendieron con la misma constancia hombres diversos, de tan varios temperamentos, de tan varias aptitudes y hasta de edades tan disconformes como Hugalde y Jérica, Villapanés y Pastor Pérez, Alcalá Galiano y Gallardo, Capmany y Mortpalau y Beña, Daza y Sánchez Barbero, Romero Pavón y Cabral de Noroña, Calvo de Rozas y Antillon, solamente dejaron á la posteridad un documento irrefragable de la elevación de su patriotismo y de la moderación de sus procedimientos, sin abjurar por esto de aquella fe con que lanzaban sus miradas al porvenir, aquellos pocos colaboradores que Quintana pudo congregar junto á sí, primero en Madrid, después en Sevilla, más tarde en Cádiz, para formar de la lectura del *Semanario Patriótico*, más que una palanca de movimientos galvánicos, una escuela permanente de educación política, que preparase los espíritus para recibir con serenidad y emplear con decoro las conquistas del derecho, que se hacían necesidad suprema de nuestra constitución jurídica en los onerosos errores y en el vergonzoso desamparo en que habría incurrido la soberanía patrimonial del Trono. Ni el canónigo Navas, ni el joven Lista, ni el ilustrado Tapia, ni el sabio Antillon, ni el consecuente Alvarez Guerra, á pesar de las sentencias que algunos sufrieron después de la reacción, se separaron ya más de aquella línea de conducta; y aunque de 1810 á 1814 hubo periódicos como *El Ciudadano Constitucional*, de Sánchez Barbero; *La*

España Vindicada, del poeta y diplomático D. José Colón; *El Diario Mercantil*, de D. Pablo de Jérica, y *El Redactor General*, de Alcalá Galiano, Fernández Sardinó y el marqués de Miraflores, que profesaron verdaderos principios de gobierno, sólo el *Semanario Patriótico* legó al porvenir un prestigio invulnerable, porque en sus cortas páginas atesoró todo el sentimiento levantado de la conciencia y de la dignidad nacional, toda la majestuosa aspiración de la libertad y del derecho, con toda la moderación del orden y de la disciplina y toda la amplitud de una culta tolerancia.

Acaso algunos de sus redactores, los que emigraron á Francia, pudieron escapar de las represalias del oscurantismo, y combatidos por las necesidades dobles de la vida y la proscripción, debieron á los estímulos de su propio trabajo el honor de inmaculadas reputaciones y la escuela de útiles enseñanzas. Fué más provechoso aquel primer magisterio de civismo y de moderación que lo que aprendieron en el modelo de otros países, y en él contrajeron los hábitos de aquella templanza y serenidad de criterio que dió base á una escuela política que, á pesar de las vicisitudes violentas de que ha estado preñada la centuria que desaparece, todavía subsiste. Por lo pronto, cuando tras la rabiosa reacción de 1814 á 1819 vino la revolución rabiosa de 1820 á 1823, los hombres salidos de aquel magisterio vinieron á contener la avalancha de los disolventes en *El Censor*, de Miñano, de Gómez de la Hermosilla y de Lista; en *La Miscelánea*, de Burgos; en *El Universal*, de Ayta Caborreluz, Narganes y Galdeano; y aunque *El Zurriago*, de Félix Mexía, que repartía plumas de ganso para *El Universal*, de pelícano para *El Espectador*, de pájaro-mosca para *El Indicador*, y de avestruz para el *Diario de Madrid*, y que al mismo Argüelles le calificaba de liberticida y le llamaba ¡el fatal Argüelles!, regalara apodos de ambicioso á Miñano, de fatuo á Burgos, de insolente á Almenara, de fariseo á Melon, de desvergonzado á Lista y de desfachatado y grosero á Gómez de la Hermosilla; ello es que, para encauzar las

ideas, los colaboradores de todos aquellos periódicos, que parecían sospechosos á los exaltados y á los intransigentes, el arduo trabajo de sus plumas los constituía en una cátedra permanente para enseñar buen sentido, siendo los primeros á quienes tenían que dirigirse en esta obra de misericordia á los mismos que los asaeteaban con sus sátiras y diatribas, pues no para otros que para estos escritores *El Censor* se proponía, entre los temas de sus bien meditados artículos, asuntos como el siguiente:—«*De la importancia y utilidad de los periódicos; de la protección que debe dispensárseles por los gobiernos liberales; de la imparcialidad con que han de estar escritos, y de las obligaciones de sus redactores*» (1).

Con todo, la excesivamente fecunda producción periodística de 1820 á 1823, como su anterior más inmediata de 1808 á 1814, ni fué el modelo ni fué la cátedra del periodismo español del siglo XIX. *El Conservador,* que se fundó el 17 de Marzo de 1820, como órgano oficial de la Sociedad Patriótica formada en el café Lorencini, dejaba de publicarse en Septiembre del mismo año, acusando á sus demás colegas de la corte, con quienes contendía, que era imposible hombrearse con «escritores tan ignorantes que, faltos de toda instrucción, desconocían hasta el propio idioma en que se expresaban». *El Zurriago* tildaba á los redactores del *Diario Nuevo de Madrid* de no saber ni el *musa-musæ*, y aconsejaba á su director que se volviese á su antiguo oficio de sastre, pues no servía para periodista, «aunque se hubiese hecho *nacional de caballería*, empresario del *Café y botillería de la Madre Patria* y contertulio de la *Fontana de Oro*». *El Censor* veía con pena la prodigalidad de periódicos que se fundaban para morir casi antes de nacidos, y que «entre los infinitos que se han publicado y publican, fuesen tan pocos los que estuviesen escritos con la dignidad, imparcialidad y juicio que requiere la naturaleza de esta clase de publicaciones, siendo espectáculo degradante el

(1) *El Censor,* núm. 55, 18 de Agosto de 1821.

de sus redactores, que entre sí se despedazaban con indecentes dicterios é invectivas».—«Los nombres—añadía—de *gacetero, periodista* ó *foliculario,* que se les da á los que los escriben, son calificativos de desprecio, hasta el punto que han venido á ser un baldón y una injuria para el que los recibe» (1). Después de aquellas luchas, que no sembraron sino odios, el periodismo aún no había nacido entre nosotros. La cátedra del escándalo y la malignidad no educa sino para la degradación y el delito. Siguieron en la segunda reacción, aún más violenta que la primera, tinieblas, tinieblas sombrías; otra siembra maldita de rencores hasta la muerte: en Noviembre de 1823, Riego; en Agosto de 1826, Bessieres; en 1828, las hecatombes del conde de España en Cataluña; en Octubre de 1830, Chapalangarra en las vertientes del Pirineo; en Mayo de 1831, Mariana Pineda en Granada; en Diciembre del mismo año, Torrijos en Málaga: todas las causas anárquicas de la discordia, laureando sus cabezas con las aureolas de los martirios. No hubo esperanzas de paz hasta que el rey enfermó y se creyó á las puertas de la muerte. El decreto de amnistía de la reina María Cristina de Nápoles fué el iris de la regeneración, y todas las demás cosas ambicionadas se dibujaron en el horizonte como por encanto. ¿Cómo no había de aparecer el periodismo? El decreto de amnistía se firmó por la reina María Cristina el 6 de Octubre de 1832; el 7 de Noviembre los dos Carnerero, Alcalá Galiano y Grimaldi ponían en circulación el primer número de la *Revista Española*, y el 16 del mismo mes su *Boletín de Comercio* la Junta del Real Consulado de Madrid, llamando á su colaboración, así financiera como literaria, á D. Fermín Caballero, á Estébanez Calderón, á Bretón de los Herreros y á Gil de Zárate, todos jóvenes de espléndidas esperanzas. Hasta la sátira acudió al palenque; pero no la sátira personal y de pasiones políticas, sino contra las costum-

(1) *El Censor*, tomo 10, pág. 57, núm. 55.

bres sociales que envejecían y degeneraban en anacrónicas. Otro joven literato, de ánimo resuelto y abierto espíritu, la sustentaba, y tras el seudónimo de *El Pobrecito Hablador*, que era, á la vez, el nombre de su periódico, se descubría el genio crítico de D. Mariano José de Larra, que empezaba á revolotear con propias alas. Algunos sospecharon que *El Pobrecito Hablador* sería secuela de *El Pobrecito Holgazán*, de Sánchez Barbero, durante la guerra de la Independencia en Cádiz, y que en Larra podría esconderse aquel espíritu político de *El Conciso*, que tantos suspiros costó á su infortunado autor en las prisiones de Ceuta. Pero Larra, aunque liberal por temperamento, había templado las alas de su genio en otro ambiente de más nobles idealidades. Su musa era el sarcasmo, pero no la iracundia.

La aparición de estos papeles periódicos sólo fué el alba precursora del sol espléndido del periodismo verdadero. Algunos de los escritores que el Consulado había puesto á su servicio ya desde 1828, pudieron ejercitar sus facultades periodísticas con el real beneplácito del rey Fernando VII, cuando, á instancias de la reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia, se fundó *El Correo Literario y Mercantil*, para destinar sus productos, juntamente con los del *Diario de Avisos*, en beneficio de los establecimientos benéficos. Formaron su redacción D. José María Carnerero, D. Juan López Peñalver, don Manuel Bretón de los Herreros y D. Mariano de Rementería y Fica; pero este periódico, que fué el primero de España en que se describieron los caminos de hierro, sólo se ocupaba de asuntos de intereses económicos y generales, ó de mera literatura, habiendo sido el primero también en que se dió noticia circunstanciada de la muerte de Moratín en París.

Desde el decreto de amnistía y reapertura de las Universidades, ¡cuántas nobles esperanzas patrias se depositaron en aquella augusta dama, cuya primera obra al venir á compartir el lecho y la corona del ya casi agotado é imbele Fernando VII, fué la creación del Real Conservatorio de Música y

Representación! Toda la juventud patricia ilustrada de todas las partes de la Monarquía se puso en movimiento y en derrotero uniforme; de todas partes afluyó á concentrarse con todas las armas de sus varias y vírgenes facultades en torno al trono que ella había pronto de escudar con el manto glorioso de madre. Desde la reina Doña Isabel I de Castilla, ninguna otra dama había ocupado el tálamo de nuestros reyes á quien las musas nacionales consagraran tantos tributos de veneración más sentida. El periodismo, aún en mantillas, trataba de prosternársele. *La Estrella*, en 1833, quiso erigirse en primer paladín de su causa; *La Aurora de España* la aclamó su protectora, y *El Tiempo* se dispuso á fijar las líneas del derecho de sus hijas. Burgos, fundador del Ministerio de Fomento, y que en el primer gabinete que formó la Reina Gobernadora obtuvo esta cartera con la interina de Hacienda, tratando de adelantarse á este movimiento, creó un *Diario de la Administración*, cuya redacción sometió á dos jóvenes ilustres: D. Salustiano de Olózaga y D. Joaquín Francisco Pacheco. Uno y otro estaban cortados para más, y el último, en la cátedra del Ateneo, había ya logrado hacer el trono de su reputación, de su saber y de su elocuencia. Hasta los jóvenes de su edad le llamaban *el maestro*, y las ocupaciones del periódico burocrático de que fué encargado no obstaron para que D. Bernardino Núñez Arenas, al crear otro periódico todavía más literario que político, *El Siglo*, contase con su colaboración principal, así como con la de Nicomedes Pastor Díaz, José García de Villalta, el Duque de Frías, Espronceda, Ventura de la Vega y Ros de Olano.

El 1.° de Enero de 1834 se fundaba el *Diario de Administración*, y el 21 del mismo mes, *El Siglo*; mas en 1.° de Abril presiente próxima su caída y se dispone á continuar el magisterio de la naciente prensa, que ya ensayó en 1820, en *La Miscelánea*, fundando un nuevo periódico político. Él mismo escribió su prospecto, y prohijó para él el título de *El Universal*, no en recuerdo de los que llevaron el mismo nombre

en 1814 y en 1820, y mucho menos porque «le halagara la vana presunción de *omniscio*»; sino porque «enemigos irreconciliables él y sus colaboradores de toda suerte de esclavitud había formado el designio de examinar y presentar, discutidas con la racional y prudente libertad sancionada por los fueros de la razón, todas las cuestiones enlazadas con los verdaderos intereses del Trono, del Estado y de la Patria». Su dogma se encerraba en esta lacónica frase: «La *utilidad* será la firme base sobre que procuraremos levantar nuestro edificio». Su programa abarcaba todos los problemas políticos del Estado, todas las cuestiones sociales y todas las manifestaciones de la cultura intelectual y del arte. Se hallaba de acuerdo con Lista, al cual, después de haber peregrinado, al terminar las campañas de *El Imparcial* y de *El Censor*, por la *Gaceta de Bayona*, en 1828, y por *La Estafeta de San Sebastián*, en 1830, el conde de Ofalia, durante su breve ministerio, lo había nombrado director de la *Gaceta de Madrid*. Pero Burgos cayó del Ministerio de Fomento el 17 de Abril, y debiendo influir este acto así en su posición personal como en la de los que había tomado por colaboradores, *El Universal* cesó de publicarse el 18 de Mayo, para resucitar el 10 de Junio, con un nuevo nombre, con un nuevo director, con una nueva redacción y con un nuevo programa. El nombre de este periódico, en lo sucesivo, fué el de *La Abeja*; el nuevo director fué el ilustre joven D. Joaquín Francisco Pacheco; á la nueva redacción afluyeron sucesivamente, como escritores políticos, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Gervasio Gironella, González Llanos, Hernández de la Rua, D. Alejandro Oliván, Pérez Hernández, Ríos y Rosas, Roca de Togores, después marqués de Molins, siendo el poeta de redacción, que entonces suplía la ausencia de folletín, D. Manuel Bretón de los Herreros. No quedó en *La Abeja* ni un solo nombre que recordara la antigua falange del elemento afrancesado, ni de Francia otros servicios que los de imprenta, pues ya para *El Universal*, á quien sustituía, se habían traído de París «prensas llamadas mecánicas, cuyo

uso hasta ahora ha sido desconocido en España, y son las únicas que hay de esta especie».

Tal vez á la resolución de los fundadores de *El Universal* los empujó más vivamente la aparición de otro periódico de intenciones más batalladoras, cuyo primer número se había dado á las esferas de la publicidad el 1.° de Mayo del año referido. Titulábase *El Eco del Comercio,* y aunque en los elementos metálicos de su fundación jugaba el nombre de don Angel Iznardi y el de D. Francisco Mendialdúa, en los elementos políticos de su composición, la dirección efectiva dióse á un antiguo *tomista* de la Universidad, que había caído desgajado de los pinares de Cuenca, sobre Madrid, algunos años antes, royéndole los zancajos con festiva impertinencia al ya viejo y molido D. Sebastián de Miñano, por sus estudios geográficos de España, así como cuando trocó los dogmas del doctor seráfico por los de Condorcet y Diderot, en nada menos pensaba que en la figura de un segundo Robespierre. Este joven audaz, disputador y fogoso, era D. Fermín Caballero, á cuyo lado en el momento se pusieron militantes, Bautista Alonso, Félix Bona, el gaditano Corradi, Fuente Andrés, Gálvez Cañero, Labrador, D. Joaquín María López; es decir, todos los segundones del naciente progresismo. Y en efecto, no fueron las polémicas que en su larga vida de quince años provocó *El Eco del Comercio* las polémicas de sus congéneres de 1810 y 1820; pero muchas, muchas veces oyó llamarle, en lícitas defensas, periódico de calumnias y de cobardes invectivas.

Mal puede decirse, no habiendo quedado piezas justificativas que lo acrediten, que la rápida transformación que sufrió el recién fundado *Universal*, al convertirse en *La Abeja*, tuvo por objeto oponer una fuerza juvenil de gran inteligencia, profunda erudición, firme conciencia y espíritu perseverante, á la fuerza menor y juvenil que lanzaban los elementos avanzados para abrir otra arma de combate entre los mismos que se habían colocado en torno del trono de la Reina Gobernadora y de su augusta hija, para renovar las iras y las aspere-

zas de 1820. La cuestión es que si los viejos furores yacían mal apagados en el corazón de algunos extremosos, de quienes *El Eco del Comercio* pudiese convertirse en instrumento, sus provocaciones hallaban un muro robusto en que estrellarse en el grupo de aquellos hombres que Pacheco reunió en *La Abeja* bajo su dirección y magisterio, todos eminentes por sus talentos, instrucción y facultades en el grado máximo de la palabra. Ninguno se desdeñó de llamarse su discípulo, y el que estas líneas escribe, ligado también á él, aunque mucho más tarde, por vínculos de gratitud, jamás ha podido borrar de su memoria el espectáculo de las lágrimas bañando el rostro de un hombre de entereza tan reconocida como Ríos y Rosas, al recibir como un rayo la noticia de la muerte *de aquel amigo, de aquel maestro.* Pacheco suscribía con sus iniciales todos sus artículos de *La Abeja,* y por este feliz hábito que tenía, se ve en sus columnas toda su varia, asidua é intensa labor. Del artículo de fondo, que, aunque en forma de discusión, conservaba siempre el tono dogmático del magisterio, descendía frecuentemente, invadiendo las atribuciones de Bretón de los Herreros, á la crítica literario-teatral, á las amenidades del ingenio y hasta á la poesía. Bretón, con su gracia inimitable, era el monopolizador de esta parte recreativa del periódico. Además de los artículos de entresemana, todos los domingos había de dar una *letrilla* por folletín. Algunas veces fingía el cansancio de su musa para cumplir con este empeño; pero siempre lo hacía con aquella *difícil facilidad,* aquella suma de dificultades propuestas y vencidas y aquella *salina* inagotable que constituía el tipo de su genio y de su musa.

¡Vaya, que es faena
que me causa pena!
¡vaya! que es muy duro;
¡vaya! que es apuro.
En cada semana...
¡Jesús! ¡qué polilla!
Con gana ó sin gana
dar una letrilla.

A una pluma seria
hoy sobra materia:
¿quién no hace un orondo
discurso... de fondo?
Y si escribe en gringo
¡oh! ¡qué maravilla!
¡Mas cada domingo
dar una letrilla!
....
.....*.....

Puede decirse que ningún punto de contacto existía entre el periodismo naciente de 1834 y el de 1812 y 1820, y, sin embargo, todavía el periodismo de *La Abeja* y *El Eco del Comercio*, de la *Revista-Mensajero*, de D. Antonio y D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Aniceto Alvaro, y de otros periódicos que alcanzaron una vida más fugaz y de menor resonancia, como *La Crónica, El Observador*, *El Nacional* y *El Eco de la Opinión,* no habían salido de las mantillas nacionales para ocupar puesto en el común cosmopolitismo de la prensa universal. Vino á abrir este horizonte á la prensa española y á conquistarle esta jerarquía en el mundo de la inteligencia un hombre nuevo en los círculos de sus connacionales, que no habían visitado en los últimos diez años á París ó á Londres, en cuyas capitales, como en otras de Europa, alcanzaba una merecida reputación. Este era D. Andrés Borrego. Los que le hemos alcanzado en los avanzados años de vida que logró, no hemos visto de él sino el espectro: un hombre fuera de juego hacía más de treinta años, batiéndose siempre en las trincheras del trabajo para mendigar la subsistencia; una fe que no era nuestra fe; ideas que no eran nuestras ideas; un muerto resucitado, empeñado en vestir el traje de los vivos. Era andaluz, y de Málaga; había visto por sus propios ojos en la Península los soldados invasores de Napoleón y los soldados auxiliares del duque de Angulema. Con inteligencia de gigante se había arrojado en la balanza vencida del mundo del porvenir, y sin haber adquirido en las luchas de su juventud aquellas responsabilidades por las que el peligro le hubiera

asediado de continuo, tomó el partido de los proscritos y se sentenció á sí propio al ostracismo. Esta parte de su vida está referida por él mismo en una carta á D. Mariano Luis de Larra (*Fígaro*), su redactor en *El Español,* é impresa el 23 de Mayo de 1836 en un número, el 205, de este periódico. Tomo de él algunas notas, que refuerzo con los apuntes que oyéndole á boca hice de él en 1872, cuando me dispensó el honor de que le sustituyera en la dirección política de *La Brújula,* último periódico que dió á luz, durante su larga ausencia al ejército del Norte.

—«Muy joven, decía Borrego á Larra, me alisté en las banderas del pueblo, y desde que sirvo en ellas, ni un solo instante me acusa mi conciencia haber desertado de la santa causa de la humanidad. Cuando la ruina de la naciente libertad española compelió á sus más esforzados defensores á buscar un asilo en los países extranjeros, mi ardor por la causa de los pueblos me llevó á combatir en las filas de los más comprometidos defensores. La prensa francesa, durante diez años (1), salvaguardia única de los derechos populares en el continente europeo, me contó entre sus más activos miembros, en la memorable lucha que sostuvo contra las demasías de poder de Luis XVIII y Carlos X (2). Llegado el momento del combate, cuando el verdaderamente heroico pueblo de París se alzó en armas contra la tiranía, en las memorables jornadas de Julio de 1830, me tuvo en sus filas desde la noche del primer día de batalla; y cuando al tercer día de esfuerzos, de abnegación, de entusiasmo y de sangre, alcanzamos la victoria y plantamos las banderas del pueblo en los alcázares de la

(1) 1823-1833.

(2) Los trabajos periodísticos de Borrego, antes de 1834, fueron: 1820-23, *La Confederación Patriótica,* que fundó en Málaga; 1825, *El Correo Nacional,* que fundó en Buenos Aires (Argentina); 1829, *Le Temps,* que fundó en París y es actualmente el periódico internacional de la capital de Francia; 1831-34, *Le Constitutionel,* de París, del que fué redactor; 1831-34, *The Morning-Herald,* de Londres, de quien fué corresponsal en París.

restauración, *fuí el cuarto de los combatientes que se apoderaron á viva fuerza del Hotel de Ville* é instalaron en él la autoridad popular encargada de regularizar la victoria. Los documentos públicos y recompensas decretadas por la Cámara de los Diputados de Francia ofrecen los testimonios de estos hechos. Resumen: una vida de estudios y de sacrificios; doce años de expatriación y ocho de combate entre las filas más perseverantes y progresivas. Nada ha alterado el carácter de mis escritos, ni se alterará mientras no vea realizado el reinado político del cristianismo; esto es, acelerar aquel estado social en que los hombres todos han de vivir entre sí tratándose como hermanos y como iguales».

Al restituirse á su patria y al fijar su residencia en Madrid un hombre de estos antecedentes, desde Francia trajo el propósito de aplicar su palanca á la organización del periodismo como instrumento de la pública opinión, sacándolo del estrecho círculo interior en que dirimía sus controversias, como si viviera aislado y fuera del planeta con relación á la vida, al movimiento y á los intereses de los demás pueblos y de la civilización general, y propenso á consumirse en divorcios domésticos secundarios y sin elevación ó á enfangarse en el lodo de emulaciones personales, de odios sectarios y de rencores de familia que nos degradaban á los ojos del mundo y nos empujaban á esa eterna lid de agitaciones y bullangas en que hemos perdido hasta la noción de nuestra personalidad nacional. Periodista desde su floreciente juventud, su ilusión era constituirse en el generador del periodismo en su patria, tal como él lo había profesado en *Le Temps* y en *Le Constitutionnel*, de París, y tal como lo había estudiado con creciente admiración en Inglaterra. Mas para realizar este pensamiento, el primer obstáculo que se presentó á su vista fué el inconcebible atraso en que se hallaban entre nosotros todas las artes auxiliares del periodismo. La Imprenta Nacional, donde se tiraba la *Gaceta*, todas las publicaciones oficiales y todas las de particulares que afectaban algún lujo, carecía aún en 1834 de má-

quinas ó prensas de manubrio. Hízolas traer Burgos de París para *El Universal*, como antes se ha dicho; pero con platinas de 0,760 m. × 0,550 m. de lado, porque nuestras fábricas de papel, así del Este como del Norte, no producían más que el llamado de tina, que era el único en que se imprimía en España, donde el de algodón y otras sustancias textiles no había hecho todavía su ingreso en tamaños más propios para este menester, ya que á la sazón tampoco lo fabricaban continuo y en rollos, como ahora, ni en Francia, ni en Alemania, ni en la Gran Bretaña.

Borrego logró formar una sociedad comanditaria, á cuyo frente se pusieron el conde del Montijo, D. Cipriano de Guzmán y Portocarrero, el marqués de San Felices, D. Mariano de Guillamas con su primogénito D. Fernando, y el banquero D. José de Irunziaga, y cuyas acciones se disputaron con verdadera emulación por todo el comercio de Madrid, con el objeto aparente de fundar, según establecía su artículo 4.°, «un establecimiento tipográfico planteado bajo las bases de los últimos adelantos hechos por este arte, y dirigido á difundir entre los españoles los productos de la imprenta, llevando éstos á todo el grado de perfección, así como al nivel de baratura á que se ha llegado en otros países»; pero con el fin general de crear un periódico que pusiera el nombre culto de España en la graduación más alta que el periodismo alcanzaba en los pueblos más civilizados, bajo la administración y la inspección inmediata del Consejo de aquella sociedad y la dirección técnica y efectiva de D. Andrés Borrego.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(*Concluirá.*)

RECUERDOS

Como voy dictando estos recuerdos sin plan preconcebido, sin orden cronológico, sino como ellos se van presentando, ordenada ó desordenadamente, y por lo regular desordenadamente, á mi memoria, los sucesos á veces se mezclan y se confunden, y aun se invierten.

Son como cerezas en cesto, que al sacar una de las que están en la superficie, saca enredadas por sus dobles rabillos un pelotón de las cerezas que se agrupan en el fondo.

Digo esto, porque al leer el último artículo veo que he precipitado las fechas, y que llegué de pronto á los mitins de la Bolsa y á las discusiones del Ateneo, sin la debida preparación y sin haber explicado ciertos cambios de mi espíritu y cierta ampliación de mis aficiones.

Sin haber dicho cómo y por qué yo, que no había pensado más que en las Matemáticas y en el teatro, llegué á encariñarme con otras ciencias y otras disciplinas científicas. Por ejemplo, con la Economía política, con las Ciencias sociales y y hasta con la Política misma.

No tomó espontáneamente esta nueva dirección mi actividad intelectual. Abandonado á mí mismo, hubiera seguido toda mi vida estudiando Matemáticas, y cuando más, y en ocasión propicia, hubiérame lanzado á escribir dramas.

Pero ni hubiera hablado en la Bolsa ni en el Ateneo, ni habría llegado á tener pretensiones de orador ni de hombre

político, con todas sus consecuencias buenas y malas, que de todo tiene la viña del Señor.

El impulso vino de fuera, no fué impulso interno.

Y diré cómo fué.

*
* *

La curación de todas mis tristezas, el remedio de todos mis aburrimientos, el centro de todas mis ilusiones intelectuales, por decirlo de este modo, ha sido siempre el estudio de las Matemáticas.

Cada uno se consuela como puede y á su manera. El creyente se entrega á la oración. El de exquisita sensibilidad y querencias musicales, en la Música busca alivios y distracciones. Ciertas naturalezas pervertidas, en el alcohol; y otras, en el opio. Yo, en las Matemáticas, que lo eran para mí todo en aquella época de mi vida.

Cuando vi rechazado mi primer drama, después de hacerlo pedazos, y más que pedazos añicos, á las Matemáticas, que tenía ya un tanto abandonadas, volví mi atención, dedicándome de lleno al estudio de las obras de los grandes maestros, que lo fueron en aquella ocasión Cauchy y Poncelet: los ejercicios de Análisis del primero, y las Propiedades proyectivas de las figuras del segundo. Y por cierto que la casualidad me hizo escoger dos sabios que en vida no habían sido muy amigos, y cuenta que las pasiones y los odios de los sabios no pecan por excesos de mansedumbre ni de prudencia.

Con esto y con las dos clases que entonces desempeñaba en la Escuela de Caminos, rellenaba buen número de horas de las veinticuatro del día; pero aún me quedaban bastantes para seguir leyendo las novelas francesas más en boga y para asistir á todos los estrenos teatrales.

Algún tiempo después tuve el sentimiento de separarme de mi constante y buen amigo Leopoldo Brookman.

Este había conseguido que le nombrasen Director del Ca-

nal de Castilla, con lo cual pidió licencia, la obtuvo y dejó la Escuela de Caminos.

Por entonces estreché mis relaciones de amistad con Gabriel Rodríguez.

Habíamos sido compañeros de carrera; él estaba en quinto año, cuando yo estaba en tercero. La diferencia de *categoría* entre ambos no dió ocasión por entonces á que estrechásemos nuestras relaciones de amistad; pero Rodríguez acabó la carrera, se fué á Cataluña, destinado al servicio ordinario, y volvió de profesor á la Escuela, precisamente cuando yo empezaba el quinto y último año.

Fué mi profesor de Derecho administrativo, me trató con gran cariño, me dió la nota de sobresaliente, y cuando algunos años después volví yo de profesor, se estrecharon nuestras diarias relaciones en la Escuela.

Al marcharse Brookman, como antes decía, aumenté las horas que diariamente dedicaba á la Biblioteca; y como en ella nos veíamos de continuo Gabriel Rodríguez y yo, él empezó á ejercitar en mí su actividad propagandista, hablándome continuamente del librecambio, de la liga de Manchester y de la Economía política.

Al principio, yo no prestaba grande atención á sus predicaciones, porque suponía que la Economía política había de ser tan aburrida por lo menos como el Derecho administrativo, el cual, dicho sea entre paréntesis, habíame sido profundamente antipático.

El libro de Colmeiro, cuyo mérito he comprendido después, fué para mí, mientras tuve que estudiarlo, el libro más repulsivo y, como diríamos hoy, más latoso.

Por aquel tiempo no se había enriquecido el idioma con este adjetivo, que hoy todo el mundo conoce y aun suele practicar.

Por fin, sin ilusión de ninguna clase, y únicamente por complacer á Rodríguez, emprendí la lectura de las *Armonías económicas*, de Bastiat.

La impresión que en mí produjo este libro fué inmensa: fué abrirse ante mis ojos un horizonte espléndido, que jamás había sospechado.

La forma eminentemente literaria, porque después supe que Bastiat, en opinión de los maestros, era un gran escritor; el rigor matemático de los argumentos, el noble y sano optimismo de que está impregnada la obra, conquistaron mi espíritu de una vez y para siempre.

Al que esto lea hoy podrá chocarle elogio tan entusiasta, y sobre todo, rechazará con desdén lo que acabo de decir sobre la argumentación matemática; pero yo afirmo que lo es, que á todos los argumentos y demostraciones de la obra de Bastiat se les puede aplicar el algoritmo matemático sin dificultad de ningún género.

No es, como se supone, una obra meramente poética, es una obra eminentemente científica: lo que hay es que para mucha gente no es científico lo que no es aburrido, ni hay nada profundo si en ello no dominan impenetrables obscuridades: no sé por qué ha de ser más científica una nebulosa que un sistema solar.

Nunca me ha parecido preciso que se escriba mal y confuso para decir cosas buenas. Si las Matemáticas me parecen hermosas, es, entre otras razones, porque son muy claras. La claridad es luz, y la luz es elemento estético desde que el *fiat* soberano la separó de las tinieblas.

¿Son las *Armonías económicas* una obra total y completa? ¿Abarca todos los problemas que hoy se agitan en la vida económica de los pueblos? ¿Los profundiza tanto como hoy se han profundizado? No, seguramente; porque, de ser así, el libro de Bastiat sería uno de los primeros de la Literatura universal.

Su optimismo, ¿puede aceptarse en absoluto, rechazando toda sombra y todo conflicto?

Tampoco lo creo, como no creo que esté hoy mismo resuelto el problema pavoroso del mal.

Pero todo esto no impide que el libro de Bastiat sea una obra verdaderamente admirable.

Todo lo que dice es exacto, es indiscutible, es matemático, no puede combatirse más que con sensiblería hueca, ó con palabrería, hoy muy de moda.

¿Dejará de ser un libro también admirable la *Geometría* de Euclides, porque desde entonces acá haya progresado prodigiosamente la Ciencia?

Con este criterio exclusivo, comparando en la eterna evolución de las cosas términos separados por muchos siglos, se pueden cometer grandes injusticias, y en la crítica grandes errores.

Un teorema es exacto en los límites de su enunciado; las demostraciones de Bastiat en el libro de las *Armonías económicas* son exactas también, dados los términos del problema y los procedimientos de que se sirve el autor para desarrollarlas.

Aunque no se considere el libro de Bastiat sino como un idealismo de la Economía política, será libro digno del respeto más profundo y de la más profunda simpatía.

*
* *

Sea de ello lo que fuere, que no he de extenderme más en estas disquisiciones, ello fué que la lectura de la célebre obra del simpático y noble economista produjo en mí un efecto extraordinario y me conquistó de una vez y para siempre para la Ciencia económica.

Ya no tuvo que hacer Gabriel Rodríguez grandes esfuerzos en su empresa de propaganda cerca de mi modesta pero interesante persona.

Leí con ansia y con entusiasmo todas las obras que quiso darme á leer de los maestros de la Ciencia en Inglaterra y en Francia, y las primeras, por de contado, las obras completas de Bastiat: aquella serie de folletos tan llenos de ingenio, de gracia y, de nuevo insisto, de espíritu matemático; porque no hay demostración de Bastiat (he de repetirlo una y cien

veces) que en demostración matemática no pueda convertirse, como lo fueron en lo sucesivo los discursos y los artículos de Gabriel Rodríguez, más severos en el estilo, pero impregnados del espíritu del gran maestro.

Con lo cual, después de agotadas las obras que me dió á leer, agregué espontáneamente á los *Anales de Matemáticas,* de Terquen y de Liouville, el *Journal des Economistes,* para que en mis lecturas habituales tuvieran representación mis nuevas aficiones.

No hay que decir que el estudio de la Economía política clásica provocó el de las escuelas rivales, y que leí cuanto pude sobre el comunismo, el socialismo y muy particularmente las obras de Proudhon, que eran las que en aquella época más ruido armaban en el mundo.

Pero Gabriel Rodríguez era un espíritu eminentemente práctico y batallador, y no se contentaba con lecturas, estudios y discusiones íntimas; quería salir, y salió á la lucha pública y ardiente, y me arrastró consigo, porque en mí, su carácter resuelto y su talento ejercían y ejercieron siempre influencia decisiva. Hoy casi le daríamos el nombre de sugestión.

Fundamos, ó por mejor decir, fundó él, un periódico titulado *El Economista*, del cual era el nervio y el alma. Y en ese periódico escribí yo muchos artículos, empezando lo que pudiera llamar mi vida periodística.

No le bastaba el periódico á Gabriel Rodríguez, y en unión con Figuerola, con D. Luis María Pastor, con San Romá, Moret, los Bonas y otros muchos, fundó ó fundaron entre todos la sociedad para la reforma de los aranceles de Aduanas y para la propaganda librecambista en España.

Claro es que, siguiendo á Gabriel Rodríguez, formé parte de dicha sociedad, y en uno y otro mitin de la Bolsa hice mis primeros pinitos como orador.

Tiempos aquéllos de actividad, de fiebre, de entusiasmo y de fe.

La verdad es que el público, y casi todos los que se preciaban de cultos y avanzados en ideas, estaban con nosotros.

Los aplausos se obtenían con bastante facilidad, como sucede siempre en casos semejantes: no había más que atacar fieramente al proteccionismo en general, y á los proteccionistas catalanes en particular, para ganar las simpatías del público.

Cada discurso de los que entonces éramos jóvenes y enarbolábamos la bandera del librecambio con resolución, era un gran triunfo.

Recuerdo que una vez, y en un mitin de aquellos, habíamos arrancado grandes aplausos Rodríguez y yo en nuestros respectivos discursos. Pues bien, al día siguiente tuvimos, como los triunfadores romanos, quien nos recordase, entre bromas y veras, que todos éramos mortales.

Escena que me hizo suma gracia y que no he olvidado nunca.

Entre los profesores de la Escuela y compañeros nuestros, había uno que era un tipo curiosísimo y muy digno de estudio.

Llamábase D. José J.; había sido profesor mío de Canales y Puertos, me quería mucho y me había dado la nota de sobresaliente. Y observe el lector, dicho sea de paso, cómo no pierdo ocasión de poner en relieve mis merecimientos. Si para esto no sirve una autobiografía, y la mía sobre todo, no sé para qué diablos ha de servir. Sobre todo, este documento humano no me parece que resultaría debidamente documentado si no hiciese constar dato tan importante.

D. José J. era hombre de talento, de inteligencia muy clara, de espíritu muy bueno en el fondo, pero metido en un cuerpo contrahecho. Era jorobado, enormemente jorobado, con doble joroba, piernas muy largas, cuerpo ancho y, en resumen, estatura muy pequeña. Dijérase que había recibido un golpe en la cabeza, que le había doblado y hecho rebosar por el pecho y la espalda toda la caja del cuerpo.

Comprendía él que su figura esa risible, y habíase propuesto, más por cálculo que por impulso de su naturaleza, hacerse respetar á fuerza de ironía; de suerte que, apreciado de todo el mundo, todo el mundo le tenía miedo, y nadie se permitía con él la más insignificante broma. Él en aquel pequeño círculo tenía el privilegio exclusivo de darlas.

Cuando después del doble triunfo antes referido nos encontramos con D. José en Secretaría, nos llamó á Rodríguez y á mí al hueco de una ventana.

Me parece que le estoy viendo, con su gabán de color pardo, sus largas piernas y sus largos brazos, su doble y triste prominencia, su rostro demacrado y pálido, sus gafas de oro y su sonrisa burlona. Pero no eran sus burlas, burlas aceradas, más bien tenían algo de triste y de bondadoso: era como una perpetua reconvención á la Naturaleza.

Cuando nos tuvo bien enchiquerados en el hueco de la ventana, empezó su discurso en esta forma (hasta creo recordar sus propias palabras):

Estuve ayer en la Bolsa: les oí á Uds.: me gustaron mucho los dos discursos, y aplaudí como todo el público.

Ustedes saben que soy su amigo, que soy sincero, y con toda sinceridad les doy la enhorabuena.

Pero por lo mismo que soy su amigo, y que yo no tengo aspiración ni ambición de ningún género, debo decirles á ustedes la verdad, é impedir que se ensoberbezcan más de lo justo.

Ya lo he dicho: pronunciaron Uds. dos discursos excelentes; pero todo es relativo en este mundo, y no han de creer Uds. que han realizado obras maestras de mérito excepcional.

—Por Dios, D. José—le interrumpimos á coro.

—Ya lo sé, ya lo sé; Uds. tienen buen sentido, pero los aplausos hacen perder la cabeza. Y aquellos aplausos ya se acabaron, y mañana nadie se acordará ni de los discursos ni de Uds., porque no imagino que Uds. se figuren que van á

ser inmortales por dos discursitos más ó menos aplaudidos en la Bolsa.

—Vamos, D. José, no sea Ud. bromista.

—¡Qué cosas tiene Ud.!

—No, si yo reconozco talento en uno y en otro: tienen Uds. más talento que yo; yo no sería capaz de hacer lo que Uds. han hecho ayer; pero, reconociéndome inferior á Uds., creo que somos cantidades del mismo orden. Yo cantidad finita, y Uds. también. Yo inferior, superiores Uds.; pero, desengáñense, lo probable es que ni de Uds. ni de mí se acuerde la Historia. Digo esto como correctivo á la vanidad que siempre es de temer, aun en personas mayores, y muchísimo más en la juventud, que tiene la cabeza llena de ilusiones. En suma, deben Uds. estar satisfechos, pero no orgullosos.

Y á este tenor, siguió largo rato tomándonos el pelo, como ahora se dice.

Y nos abandonó á nosotros para seguir sus bromas con los demás compañeros.

Se acercó á la mesa, se inclinó sobre ella para leer no sé qué, y detrás de su cabeza inclinada, y que desaparecía casi, se alzaba la punta de su joroba posterior cubierta por el paño de su gabán pardo.

Se le acercó un compañero, y en tono afectuoso le dijo:

—El sábado no vino Ud., don José; estuvo Ud. sin duda de picos pardos.

La frase la dijo sin intención; pero D. José siempre estaba en guardia y al quite, y por si acaso, sin abandonar su postura, levantó un poco su cara pálida, y como mirándose al soslayo la joroba, contestó sonriendo:—Yo siempre estoy de picos pardos.

Era un hombre especial. Aunque era bueno, y jamás hizo daño á ningún alumno, no hubo jamás en la Escuela profesor más respetado ni más querido.

Se hacía respetar en todas partes, hasta en el distrito, cuando giraba sus visitas de reglamento á las carreteras, pa-

seando por ellas, sobre enorme caballo, su figura tristísima y su uniforme de ingeniero.

En la fonda, pocas veces tocaba la campanilla para llamar á la servidumbre. Tenía dos cachorrillos (que así se llamaban por entonces á unas pequeñas pistolas), y en vez de llamar á la campanilla disparaba un tiro al aire.

¡Pobre D. José! era bueno y cariñoso, aunque cultivaba, y con gran resultado, la ironía.

Para que en él todo fuera extraño, murió en la berlina de una diligencia al volver de Panticosa.

Durante muchos años, él, Gabriel Rodríguez y Manuel Merelo tuvieron Academia de Matemáticas, que fué de las más acreditadas de Madrid.

*
* *

Ya por entonces contaba España con una colección bastante completa de partidos políticos.

Empezando por los más reaccionarios, nos encontrábamos con los carlistas, partido eterno y eternamente petrificado, en el que, sin embargo, empezaba á dibujarse el grupo puramente neo.

Seguía á éste el de los antiguos moderados, que roto y deshecho y fraccionado en su larga vida de los once años, había quedado definitivamente vencido en su totalidad y en sus fracciones por el célebre pronunciamiento del año 54, que empezando por la sublevación militar del Campo de Guardias, habíase convertido en verdadera revolución por obra y gracia del manifiesto de Manzanares.

Venía en tercer término la unión liberal, representada por O'Donnell y los doce hombres de corazón. Partido de fuerza y de inteligencia; término medio entre el moderantismo histórico y los partidos avanzados, y que gobernó durante cinco años con paz, con simpatía general, con gran desarrollo de los intereses materiales, con mucho espíritu de tolerancia, y

hasta con cierta gloria militar, que por entonces entusiasmaba y que prestaba á O'Donnell, á Prim y á otros muchos generales, prestigios y popularidad.

La unión liberal realizó y pudo utilizar los grandes productos de la desamortización decretada por las Constituyentes del 54 al 56, y con los miles de millones así obtenidos se subvencionaron y construyeron una gran parte de las vías férreas hoy existentes.

Es indudable que aquellos cinco años fueron años de progreso y de orden; y hasta se pensó en que España podría estar colocada en la lista de las potencias de primer orden.

Aunque yo jamás pertenecí á dicho partido, y aun más adelante, el grupo economista combatió á la unión liberal enérgicamente, la justicia me obliga á consignar lo que en las líneas anteriores dejo consignado.

En rigor, la unión liberal mostraba gran tolerancia: al menos, una tolerancia relativa é inteligente, dentro de las doctrinas políticas que por entonces dominaban.

Díganlo, por ejemplo, los discursos de Castelar en el Ateneo, las discusiones del mismo Ateneo, en que se hablaba con absoluta libertad de todo lo humano y de todo lo divino, sobre todo de lo divino, y en que no ya la intolerancia religiosa, sino los mismos dogmas del catolicismo, sufrían ataques formidables y brutales embestidas á veces.

En aquellas discusiones públicas brillaba el inolvidable Moreno Nieto con su erudición inmensa, su palabra prodigiosa, que era torrente inagotable y de velocidad verdaderamente torrencial.

Todos le queríamos, porque era un alma de niño, y sin embargo le teníamos por gran reaccionario los que alardeábamos de librecambistas. ¡Cómo han variado los tiempos!

A la unión liberal pertenecía en política; pero era el más liberal de todos sus compañeros.

Aunque es difícil concretar sus opiniones, más de una vez las precisó en estos términos ó en términos parecidos á éstos:

Yo no combato—decía—la libertad individual, ni por lo tanto la iniciativa individual: yo la considero soberana y fecundísima. Pero hay funciones en la sociedad que, ó bien no son propias del individuo, ó que el individuo desdeña. Y cuando una de estas funciones, necesarias para la vida de un pueblo, no las ejerce la actividad individual, el Estado debe suplir la falta, y tiene el deber y tiene el derecho de ejercitar aquella función á que las actividades de los individuos no llegan.

Y para aclarar su pensamiento ponía ejemplos análogos á éste:

Los individuos necesitan abrigarse de la intemperie, y por lo tanto construir casas; pero es necesidad tan universalmente sentida, que no hay miedo que no acuda á ella la actividad individual, como lo demuestra la experiencia de siglos y siglos; y pues el individuo ejerce espontáneamente esta función en buenas condiciones dentro de los principios económicos de competencia y de baratura, es claro que el Estado no tiene para qué hacerse constructor de casas, y si lo hiciera rebasaría sus límites naturales y causaría un daño social.

En cambio—continuaba argumentando Moreno Nieto,—la alta ciencia, la ciencia pura y abstracta, la que no trabaja por fin utilitario, la que no es de aplicación inmediata á las necesidades humanas, ésa, por regla general, y sobre todo en países atrasados, es totalmente desatendida por los productores individuales, y á ella debe acudir el Estado, porque la ciencia pura es germen de civilización y de progreso.

Estas ideas, expresadas con verdadera elocuencia y con grandes desarrollos, se las he oído al inolvidable D. José Moreno Nieto en numerosas discusiones de la sección de Ciencias morales y políticas del Ateneo.

En suma, trabaje el individuo todo lo que pueda trabajar; adonde él no llegue, llegará el Estado para suplirle.

Esto, que hoy parecería un individualismo anárquico, nos sonaba á los individualistas de aquella época á complicidades socialistas.

¡Cómo luchó por aquellos años D. José Moreno Nieto, con

qué fe, con qué entusiasmo, con qué pasión, y cómo en momentos dados levantaba sus dos brazos hacia el techo del salón del Ateneo viejo, exclamando con acentos épicos: «Al oir á los señores radicales ciertas cosas, yo no sé cómo no se desploman estas augustas bóvedas»!

Las augustas bóvedas consistían en un cielo raso blanqueado y desconchado en gran parte.

Y sin embargo nadie se reía; se le aplaudía con entusiasmo ó se le gritaba con furor, por atreverse á las augustas bóvedas del techo enyesado.

Alguna vez fué á oir á Moreno Nieto D. Antonio Cánovas del Castillo, y más de una vez se mostró contrariado por las concesiones que en aquella discusión ardiente nos hacía Moreno Nieto.

No era Moreno Nieto el único paladín de la derecha, pero yo no puedo citarlos á todos.

A la derecha estaba Mena y Zorrilla, y Bugallal, y Dacarrete, y otros muchos que después han figurado en la política, en el foro ó en la administración.

Recuerdo que en la extrema derecha figuraba un señor de palabra incansable, que se llamaba el Sr. Malo; y siempre que D. Pedro Mata tenía que contestarle, empezaba con gran sorna: «nos dice *el bueno* del Sr. *Malo* tal ó cual cosa»; y la izquierda, con arranques de infantil entusiasmo, rompía en carcajadas y aplausos.

¡Quién se acuerda ya de todas estas pequeñeces, tan llenas de vida sin embargo! quizá sea yo el único.

En la izquierda figuraba inmensa falange de jóvenes, que unos se han obscurecido, que otros han muerto, que muchos han luchado años después en la política y en otras esferas de la vida social.

En la izquierda había muchos elementos de procedencias diversas, pero unidos todos por el amor á la libertad y por una comunión íntima en las ideas democráticas, y hasta en las libertades individuales.

Citaré algunos nombres.

El primero de todos, Gabriel Rodríguez.

No era orador florido, no era un retórico colorista, ni abusaba ni usaba de las imágenes; pero era un polemista de primer orden, de palabra severa, enérgica, vibrante, pero siempre correcta.

Su arma era la lógica, y la manejaba como nadie: unas veces era estoque que atraviesa el corazón; otras, espada que raja; y al fin, maza que aplasta.

En las discusiones del Ateneo, en sus cátedras, en los mitins de la Bolsa, y más tarde en el Parlamento, fué siempre el mismo: luchó con grandes oradores, desde Moreno Nieto hasta el ilustre y admirable D. Antonio Cánovas del Castillo: dió y recibió golpes, pero no fué vencido nunca.

A más de un coloso de la oratoria le vi bambolearse al tener que resistir la acometida de Gabriel Rodríguez.

Era por de contado el jefe, el *leader*, y hasta el censor de todo el grupo librecambista.

Los krausistas, que entonces estaban en toda su fuerza, eran nuestros compañeros de combate, aunque no existiese absoluta conformidad de opiniones entre ellos y nosotros. Pero eran matices estas diferencias, y para la lucha contra el enemigo común no había que ahondar mucho en ellas.

Para nosotros, casi no existía más que el derecho individual. Respecto al derecho colectivo, ó dígase al derecho del Estado, los más radicales de nuestro grupo lo negaban en absoluto, otros lo achicaban sobremanera, y todos lo mirábamos con desconfianza.

En cambio los krausistas, á la par que afirmaban el derecho del individuo, afirmaban enérgicamente el derecho del Estado.

De todas maneras, en el credo democrático juntos comulgábamos. Juntos defendíamos la libertad del pensamiento, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta sin censura, la libertad de asociación sin privilegios ni restricciones, la

libertad del trabajo, y así sucesivamente todo un santo rosario de libertades.

El jefe de los krausistas era D. Francisco Canalejas, orador admirable, de palabra enérgica, de hermosísima entonación, de frase correcta y lapidaria, de hondo pensamiento y de gran cultura histórica, literaria y filosófica.

Era uno de los discípulos predilectos de Sanz del Río, una gloria de la Universidad y una esperanza para la patria.

D. José Canalejas ha reverdecido con nuevos alientos juveniles las glorias de su ilustre pariente.

Cuatro grandes figuras se destacaban en aquellas brillantísimas discusiones.

Como jefe de combate del grupo economista, ya lo he dicho, Gabriel Rodríguez.

Como jefe y gran orador de los krausistas, también lo he dicho, Paco Canalejas.

Como afiliado al grupo economista, pero ya desde entonces con horizontes más amplios, también orador admirable, también gloria de la Universidad, Segismundo Moret.

Y del lado de los conservadores, como dijimos, D. José Moreno Nieto, que sólo su nombre basta para recordar todo lo que era.

Alrededor de estos cuatro grandes luchadores y artistas de la palabra, podría ir escribiendo una larguísima lista de la juventud intelectual de aquel tiempo: San Romá, Alzugaray, Morayta, D. Pedro Mata... pero renuncio á citar más nombres, porque si quisiera citarlos todos, seguramente se me olvidarían muchos, ó haría interminable la lista.

La vida del Ateneo era una vida febril: las discusiones públicas, en que reinaba una libertad absoluta; las conferencias, que se sucedían casi sin interrupción: unas veces eran los viejos oradores de la edad heroica, como Alcalá Galiano; otras veces eran los jóvenes que empezaban, como Gabriel Rodríguez, Moret, Fernández Jiménez y yo, que también hacía por entonces mis primeros ensayos.

Pero dominándolo todo estaba Castelar, el orador prodigioso, que en aquellos años explicó sus célebres lecciones sobre los cincos primeros siglos del cristianismo, produciendo efecto indescriptible.

El Ateneo se llenaba de gente; en la sala, materialmente no se cabía; el pasillo estaba macizo, y maciza estaba aquella modesta escalera destinada al público, que tantas veces había subido yo cuando estudiante, porque quizá hace ya cerca de *sesenta* años que asisto al Ateneo: no creo que viva en la actualidad ateneísta más antiguo.

De toda esta época, de aquellos compañeros, de aquellos amigos, mucho recuerdo y mucho tengo que contar; pero como en este artículo me quedan ya muy pocas cuartillas, las rellenaré de lo más insignificante: es lo que voy á decir, un pequeño recuerdo que llena un pequeño hueco.

Quiero decir dos palabras de la primera vez que hablé en el Ateneo.

Llevaba ya muchos años hablando en mi cátedra; pero no era lo mismo explicar ante 20 alumnos sobre Cálculo y Mecánica, que dar una conferencia pública ante público numeroso y escogido y en un centro de la importancia del Ateneo de Madrid.

Me comprometieron y hablé; pero escogí una materia técnica. Mi primera conferencia fué sobre Astronomía.

Estuve disertando una hora, y al final oí los aplausos de cortesía.

Cito esta conferencia porque me ocurrió con ella una cosa curiosísima, no por otro motivo.

Al terminar se acercaron á felicitarme, con las felicitaciones de rúbrica, unos cuantos amigos, y todos me repitieron la misma pregunta, demostrando sumo interés.

—¿Qué le ha pasado á Ud.?—me decían;—¿qué disgusto ha tenido Ud. antes de empezar la conferencia?

Yo les escuchaba con asombro y me empeñaba en demostrarles que no había tenido ningún disgusto.

Pero ellos no dejaban de insistir:—Indudablemente le ha pasado á Ud. algo, ó ha reñido Ud. con alguien, porque todo el tono de su conferencia ha sido duro, seco y agresivo, como si estuviera Ud. enojado con todos nosotros; y como no hay motivo, porque se le oía á Ud. muy á gusto y con señales bien claras de benevolencia; como Ud. tampoco vacilaba en la palabra, ni mostraba turbación, y como, sin embargo, la entonación era violentísima y como de sequedad y enojo, claro es que todo esto obedecía á alguna causa.

Pues la causa no era otra sino un miedo descomunal, que procuraba ocultar instintivamente, expresándome con suma energía.

Era el miedo disfrazándose de enojo.

Como el que va á deshora por sitios solitarios procura darse ánimos cantando, yo procuraba ocultar mi pavura con entonaciones violentas y batalladoras.

Vaya Ud. á fiarse de oradores noveles.

Dicho sea en verdad, ha sido la primera y la última vez que me he enojado ante el público.

Y volvamos al Ateneo, á sus discusiones y conferencias.

José Echegaray

INTELECTUALIDAD Y ESPIRITUALIDAD

There are more things in heaven and earth, Horatio
Than are dreamt of in your phylosophy.
Hay en los cielos y en la tierra, Horacio,
más que lo que sueña tu filosofía.

(Palabras del espiritual Hamlet al intelectual Horacio, en el acto I, escena V, del «Hamlet» de Shakespeare.)

Llevaba unos días de dispersión espiritual, de estéril mariposeo de la mente; nada lograba interesarle: cogía un libro, abríalo, leía dos ó tres páginas de él y tenía que cerrarlo, porque la atención se le escapaba y desparramaba; poníase á escribir, y tantas eran las cuartillas rotas cuantas eran las escritas. Y, sin embargo, nunca gozó de mejor salud, nunca se sintió tan henchido de sangre corriente y rica, nunca rimaron mejor su corazón y sus pulmones. A la vez barruntaba dentro de sí algo fuerte y maduro que forcejeaba por brotar; creíase en vísperas de parir pensamientos rebosantes de vida y esplendor. Pero algo así como una calma solemne, contra la que luchaba en vano, le envolvía y perlesiaba. Era, sin duda, torpeza no esperar sosegado la gracia del Espíritu, sino irse á arrancarla á tirones.

Por fin, una tarde, cuando la lumbre del sol poniente daba en el ancho balcón de su celda, encerróse en ésta, con sus libros mudos, con los familiares objetos en que á diario se ablandaba su vista. Era como encerrarse en sí, y aun mejor, porque aquel ambiente de hábito serviale para comulgar con el mundo. Aquel cuadrado tintero de cristal, aquellos gruesos porta-

plumas, aquella carpeta, aquel recio sillón de cuero en que asentaba su cuerpo cuando la mente se le ponía á galopar, aquellas cajitas en que guardaba sus notas, las escuetas sillas, los rimeros de libros contra las paredes blancas de desnudez: todo ello era como alargamiento de su espíritu y á la vez brazos que le tendía el mundo para abrazarle. Eran suyos y eran de lo demás; eran él y eran á la vez lo otro. No le engañarían, no; habíalos tocado una y mil veces, y á cada toque se encadenaban los anteriores toques, hasta fraguar así un alma de efluvios y de recuerdos en torno á aquellas humildes cosas útiles. Tenía libros amantes, agradecidos, recordadizos, pues cada vez que al azar los abriera abríansele siempre entre las mismas páginas, ofrendándole el mismo pasaje siempre, el más regalado, el más intenso, el más avivador que tenían. Y al releerlo resurgían del ámbito de aquella celda, de sus entrañas, los fugitivos momentos todos en que otras veces lo leyera y vibraba su alma á lo largo del tiempo, remontando la vibración al pasado, hasta ir á perderse donde se pierde la conciencia con ella. Por el balcón de la celda columbrábase tan sólo, tras los rojos tejados á trechos verdegueantes de líquenes, las nubes del poniente que encandecía el sol en su caída. Allí, más cerca, al borde del tejado frontero, brotaba en el canalón la pobre uva de gato, cuyas tiernas florecillas chupaban jugos del poso de saborra que las aguas llovedizas arañaban á la recocida arcilla de las tejas. En verano, las palomas del campanario vecino bajaban á arrullarse en el tejado, y al borde de él picoteaban el fruto de las uvas de gato, mientras sesgaban los negros arrejánqueles el aire. Otras veces paseaban el tejado, contoneándose, los gatos ondulantes. Y también en ello había descansado su mirada: también el espontáneo jardincillo del canalón, y las palomas, los vencejos y los gatos, eran suyos y eran á la vez de lo otro; también, mientras los asía con su vista, habían cursado sus pensamientos más íntimos.

Se encerró allí en su celda, como ostra en su concha; dió á su mente suelta, y sin espolearla ni embridarla dejóla á su

albedrío. Vagabundeó un rato desflorando pasajeras ideas mientras revoloteaba por los lomos de los libros, adivinando nombres famosos y títulos de prestigio. Después fué recogiéndose, agazapándose en el cuerpo á que animaba y de que se servía, y luego el brazo de ese cuerpo recogió un papel y sus ojos lo recorrieron.

Era el ruidoso manifiesto que tanto había dado que hablar; era el famosísimo escrito en que él, él mismo, el que estaba entonces arrellanado en su sillón de vaqueta, vació su espíritu. Se puso á leerlo, y á medida que lo leía invadíale un extraño desasosiego. No, aquello no era suyo, aquello no había querido él escribir, no era aquello lo que había pensado y creído, no era lo que había escrito. Y, sin embargo, no cabía duda: aquello, aquello que veía ahora tan extraño, aquello fué lo que escribió y con lo que más renombre había ganado. Volvió á leerlo.

No, no comunica uno lo que quería comunicar—pensó;—apenas un pensamiento encarna en palabra, y así revestido sale al mundo, es de otro, ó más bien no es de nadie por ser de todos. La carne de que se reviste el lenguaje es comunal y es externa; engurruñe al pensamiento, lo aprisiona y aun lo trastorna y contrahace. No, él no había querido decir aquello, él nunca había pensado aquello.

Fué singular y desasosegador el efecto que le produjo leerse como á un extraño, leer sus escritos como si lo fueran de otro. Este desdoblamiento de su persona recordóle otra escena de pasajero desdoblamiento de sí mismo, de la que no se acordaba sin escalofríos, y fué ello cuando, mirándose á la mirada en un espejo, llegó á verse como á otro; se contempló cual sombra inconsistente, como fantasma impalpable, y á tal punto le sobrecogió aquello, que se llamó en voz baja por su nombre. Y su voz le sonó á voz de otro, á voz que surgía del espacio, de lo invisible, del misterio impenetrable. Carraspeó luego, se tocó, sintió el latir del corazón, que apresuraba su marcha. Y nunca olvidó ya aquella escena inolvidable.

Ahora no era lo mismo, ni mucho menos, pero era algo que se le parecía. ¿Había él escrito aquello? ¿Era él el mismo que quien lo escribiera? ¿No habría en él más de un sujeto? ¿No llevaría en sí legión de almas dormidas las unas bajo las otras? ¿No dormirían en los limbos de su sesera las almas de sus antepasados todos? ¿Le verían los demás como él se veía, ó muy de otro modo, y estaría haciendo y diciendo lo que creía hacer y decir?

Esta última idea, idea absurda y desatinada, venía obsesionándole hacía tiempo, y le acongojaba, porque se decía: esto es una locura, no más que una locura.

Ocurríale, en efecto, con sobrada frecuencia, mientras iba tranquilo por la calle, pensar esto: «¿Y si mientras yo creo ir tranquilo y formal estuviera en realidad dando piruetas, ó haciendo ridículas contorsiones, ó cometiendo actos vergonzosos? Esa animadversión que hacia mí noto en éste y aquél, ¿no será porque les he dicho cosas que ignoro haberles dicho, ó porque cuando he creído darles la mano les he hecho algún gesto de impudencia y de desdén con ella? Cuando me figuro estar diciendo una cosa, ¿no estarán oyéndome otra muy distinta y acaso contraria?»

La obsesión de este absurdo le desasosegaba, le malhumoraba, hacíale dudar de la salud y firmeza de su razón y emplear todo el vigor de autosugestión de que era capaz para desecharla de sí.

Con un vigoroso esfuerzo se sacudió el terco absurdo, pero volviendo á la extrañeza de su propio escrito.

Antaño, largo tiempo ha, había sido un decidido determinista, ni siquiera toleraba que se le hablase del libre albedrío: tan irracional le parecía este supuesto. Pero luego, estudiando más el asunto, habíasele quebrantado aquella cerrada fe determinista; y ahora, cuando le encontramos arrellanado en el sillón de su celda, ante su manifiesto, ha echado la cuestión de determinismo ó libre albedrío á la cilla de la metafísica, adonde raras veces baja. Ya no cree que la ciencia ha llegado

á poner en claro tal cuestión, sino que se enreda siempre en una petición de principio. Mas lo que sí siente, lo siente más que lo piensa, es que por muy libre que uno sea dentro de sí, en cuanto tiene que exteriorizarse, manifestarse, hablar ú obrar, comunicar con los prójimos, en cuanto tiene que servirse de su cuerpo ó de otros cuerpos, queda atado á las rígidas leyes de ellos, es esclavo. Mis actos—piensa—no son nunca exclusivamente míos: si hablo, he de disponer de un aire que no es mío para que mi voz se produzca; y ni aun mis cuerdas vocales son en rigor mías, ni es mío el lenguaje de que he valerme si quiero que me entiendan, y lo mismo me ocurre si escribo, si pego, si beso, si me bato. Y agrega: «Es que yo mismo ¿soy mío?» Y le vuelve zumbando la obsesión atormentadora.

Hay algo que nos hemos incorporado y hecho nuestro, y mucho que nos es extraño por completo; y entre ambos términos extremos, todo lo que es en parte nuestro y en parte no lo es. Nuestra vida es un continuado combate entre nuestro espíritu, que quiere adueñarse del mundo, hacerle suyo, hacerle él, y el mundo, que quiere apoderarse de nuestro espíritu y hacerle á su vez suyo. Yo—piensa nuestro hombre—quiero hacer al mundo mío, hacerle yo, y el mundo trata de hacerme suyo, de hacerme él; yo lucho por personalizarlo, y lucha él por despersonalizarme. Y en este trágico combate, porque sí, el tal combate es trágico, tengo que valerme de mi enemigo para domeñarle, y mi enemigo tiene que valerse de mí para domeñarme. Cuanto digo, escribo y hago, por medio de él tengo que decirlo, escribirlo y hacerlo; y así al punto me lo despersonaliza y lo hace suyo, y aparezco yo otro que no soy.

¡Miserable menester el de escribir! ¡Lastimoso apremio el de tener que hablar! Entre dos que hablan media el lenguaje, media el mundo, media lo que no es ni uno ni otro de los interlocutores, y ese intruso los envuelve, y á la vez que los comunica los separa. ¡Si fuera posible ir creando el lenguaje á medida que se habla lo pensado!...

Sin duda es la palabra más perfecta que la escritura por ser menos material, porque las vibraciones del aire se disipan y se pierden, mientras quedan los trazos de la tinta; sin duda el *flatus vocis*, como todo lo que es fugitivo, lleva más rica compañía, orquestación más competa, y el escrito, como todo lo que cuaja, queda escueto. Mas, aun así, ¡si se pudiera trasmitir el pensamiento puro, sin más palabra que aquellas vaguísimas y esfumadas en que se apoya dentro del alma! El entenderse de palabra ó por escrito es comunicación accidental, no sustancial.

Mira nuestro hombre á las nubes del poniente que allí se muestran como carmenadas por el viento, invisible marraguero, y ve que el sol en su caída las encandece. Y piensa en la comunión sustancial de los espíritus, en el entenderse por presencia espiritual tan sólo. Una vez, al oir un canto popular entonado por un zagal, y que le llegaba cernido en el perenne follaje de las pardas encinas, estremecióse y sintió como si oyera voces de otro mundo, no de otro mundo que se tienda allende el nuestro, sino de otro mundo que dentro del nuestro palpita; era como voces que brotaran de las entrañas mismas de las cosas, como canto del alma de las encinas, de las nubes, de los guijarros, de la tierra y del cielo. ¿Dónde había oído antes aquello? ¿Quién sabe? Tal vez una noche, mientras dormía, pasó junto á él el zagal cantando su canción, y la canción brezó el sueño de su sueño, hundiéndoselo en las fuentes de la vida. Otra vez se encontró, durante un viaje, con una extranjera que ni sabía su idioma ni él sabía el de ella, ni ninguno de los dos otro cualquier idioma humano en que pudieran entenderse, y fueron en el vagón solos, el uno frente á la otra, mirándose y á ratos sonriéndose. Y fué una larga y tirada conversación muda. Cuando él pensaba algo afectuoso y dulce hacia su compañera, sonreía ésta, y cuando le cruzaba el pecho algún anhelo poco limpio, el ceño de la extranjera se fruncía. Oíanse acaso el uno al otro, sin saber ellos mismos que lo oyesen, el batir acompasado de los corazones, que batían

al unísono al rato de estarse mirando los ojos; mas sin duda se mezclaban y confundían las respiraciones de sus almas. Porque el alma respira.

Respira el alma. ¿Por qué no discurrir con metáforas?

Nuestro hombre se puso á pensar en la respiración y cómo el aire, penetrando en las celdillas de los pulmones, aireaba la sangre, este ambiente interior de nuestro cuerpo. Es la sustancia material del mundo—pensaba—que circula dentro nuestro; es el mundo diluído y hecho nuestro. Y de aquí pasó á imaginarse á modo de una aireación espiritual de nuestra mente, y el mundo de los colores, las formas, los sonidos, las impresiones todas, diluído en ella.

Pero esto son metáforas, nada más que metáforas —se dijo, y se añadió al punto:—¿Metáforas? y ¿qué no es metáfora? La ciencia se construye con lenguaje, y el lenguaje es esencialmente metafórico. Materia, fuerza, espíritu, luz, memoria... metáforas todo. Cuando los que se tienen por positivistas tratan de barrer las metáforas de la ciencia, bárrenlas con escoba metafórica, y vuelven á llenarla de metáforas.

De aquí pasó á revolotear con su mente en torno á un tema que le era especialmente favorito, y es el tema de la superioridad de lo que llamamos imaginación sobre todas las demás llamadas facultades del espíritu, y la mayor excelencia de los poetas sobre los hombres de ciencia y los de acción.

Mil veces había deplorado esa bárbara intransigencia de los más de los espíritus con los que tenía que comunicarse, aunque no sustancial, sino accidentalmente; esa triste incomprensión de todo parecer que no fuese el de ellos; esa ridícula creencia de que hay doctrinas que uno tiene por absurdas, que sólo pueden profesar los espíritus perturbados ó desquiciados. Y todo ello—solía decirse—no es más que falta de imaginación, incapacidad para representarse las cosas, siquiera pasajeramente, como el prójimo se las representa; es sequedad de mollera. ¡Cuán lejos de aquel amplísimo espíritu del gran Goethe, que se sentía á un tiempo deísta, panteísta y ateo, y

en cuya mente cupieron la más honda comprensión del paganismo con una comprensión hondísima del cristianismo! Pero Goethe fué un poeta, el poeta, un verdadero y radical poeta, y no un miserable discurridor didáctico ó dogmático, de esos que creen marchar más seguros cuanto más lastre de lógica formal lleven á cuestas de la inteligencia y cuanto más se arrastren por la baja tierra del pensamiento, pegados al suelo de la tradición ó de los sentidos.

Volvió nuestro hombre á tender la vista sobre su manifiesto, y se dijo: «¡Y que me hayan llamado intelectual! ¡á mí! ¡á mí, que aborrezco como el que más al intelectualismo! ¿Intelectual yo? Si me motejaran de imaginacional, pase; ¿pero intelectual?» Y recordó á Pablo de Tarso y sus preñadísimas epístolas.

Recordó á San Pablo y aquella su clasificación de los hombres en carnales, intelectuales y espirituales, que así le placía traducirlo, ó, por mejor decir, así lo interpretaba. Porque hubo tiempo en que se aficionó á la exégesis. No á una exégesis científica; no á escudriñar y rebuscar lo que hubieran querido decir los que escribieron los libros sagrados; no á concordarlos lógicamente ni á inquirir, por las ideas y sentimientos de la época y el país en que vivieron, cuál fuese su sentir y su pensar; sino á tomar pie de aquellos textos, consagrados por los siglos, y en los que ha cuajado tan grande copia de tradición, y lanzarse desde ellos á especulaciones libres. Así que Pablo de Tarso dió al mundo sus epístolas, no eran ya suyas, sino de todos, del común acervo, del patrimonio de la humanidad, y podía él entenderlas y sentirlas de muy distinto modo que como las había sentido y entendido el mismo apóstol de los gentiles. Lo que hacían con él los que le leían y comentaban, bien podía hacer él con el apóstol, si bien lo hacía á ciencia y conciencia. Los textos eran el necesario apoyo para que su mente tomase tierra, pisase suelo; eran una sugestión de arranque.

Y en Pablo de Tarso, en su epístola á los Romanos y en la

primera á los Corintios, encontró aquellas tres clases de hombres: los carnales ó *sárcinos*, σάρκινοι, los animales ó *psíquicos*, ψυχικοί, y los espirituales ó *pneumáticos*, πνευματικοί. En el versillo 14 del capítulo VII á los Romanos, había leído muchas veces lo de que «sabemos que la ley es espiritual *(pneumática)*, pero yo soy carnal *(sárcino)*, vendido al pecado»; y en el 44 del XV de la primera á los Corintios, que hay cuerpo animal ó *psíquico*, y cuerpo espiritual ó *pneumático*, y no ignoraba que, para el apóstol, la psique, ψυχη, era algo inferior, al modo casi de la que más tarde habría de llamarse fuerza vital, el alma sensitiva, común á hombres y animales; y el pneuma, por el contrario, la parte superior del alma, el espíritu, lo hegemónico de los estoicos, algo que sobrevive al cuerpo. Pero á él le placía otra explicación, y vió siempre en la psique la potencia intelectual ligada á las necesidades de la presente vida terrenal, la esclava de la lógica educada y adiestrada en las luchas por la vida, el conocimiento corriente, vulgar y ordinario, necesario para poder vivir, conocimiento de que se desarrolla la ciencia. Y nunca pudo por menos que entender por hombres psíquicos á los intelectuales, á los hombres de sentido común y de lógica, que encadenan sus ideas por las asociaciones que el mundo exterior y visible les sugiere; á los hombres razonables, que aprenden su oficio y lo ejercitan, que si son médicos aprenden á curar, si ingenieros á trazar caminos, si químicos á preparar drogas ó analizar compuestos, si arquitectos á levantar casas. Estos hombres psíquicos son los del término medio, los que navegan en la corriente central, aquellos de quienes se dice que tienen un recto juicio y un claro criterio, los que no creen supercherías que no estén consagradas por la tradición y el hábito, los que no tragan despropósitos nuevos porque tienen llena la mente de los viejos despropósitos que se la atiborran. Entre éstos y los carnales ó *sárcinos* estableció diferencia siempre. Los carnales eran para él los brutos, los absolutamente incultos, los que poco más que de comer, beber y dormir se preocupan, los completa y totalmente atollados en

la vida animal. El psíquico, no; el psíquico llega á interesarse en cosas de ciencia y de cultura; el psíquico español clama por la regeneración patria, admira el teléfono y el fonógrafo y el cinematógrafo; lee á Flammarión, á Haeckel, á Ribot; posee tomos de la biblioteca Alcan, y cuando pasa junto á él la locomotora se queda extático contemplando su majestuosa marcha. Y si el psíquico es católico ortodoxo, admira el genio de Santo Tomás, aunque no lo haya leído, y sabe lo de la concordancia entre la geología moderna y el relato mosaico de la creación, y que cabe admitir el darwinismo en parte y que la Iglesia tiene remedio para los males sociales que aquejan á nuestro siglo. El psíquico es un intelectual, de intelecto chico ó grande, pero un intelectual al cabo.

Y por último vienen los espirituales, los soñadores, los que llaman aquéllos con desdén místicos, los que no toleran la tiranía de la ciencia ni aun la de la lógica, los que creen que hay otro mundo dentro del nuestro y dormidas potencias misteriosas en el seno de nuestro espíritu, los que discurren con el corazón, y aun muchos que no discurren. Espirituales y no intelectuales han sido los más de los grandes poetas. De uno de ellos, del dulcísimo Wordsworth, se ha dicho que fué un genio sin talento, es decir, un grande espíritu sin la suficiente inteligencia.

¡Cuántas veces había leído y releído el final del capítulo II y el principio del III de la primera epístola á los Corintios! «Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció lo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu procedente de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado. Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría (no con razonamientos didácticos, que es el término que el texto emplea), sino con doctrina del espíritu, juzgando lo espiritual espiritualmente. Mas el hombre animal, *psíquico*—ó, como nuestro hombre traducía, intelectual—

no recibe lo del Espíritu de Dios, pues es para él locura, y no lo puede entender, porque hay que juzgarlo espiritualmente. El espiritual—*pneumático*,—empero, juzga las cosas todas, mas él por nadie es juzgado. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo. De manera que yo, hermanos, no puedo hablaros como á espirituales, sino como á carnales—*sárcinos*,—como á niños en Cristo. Os dí leche, y no vianda; porque aún no podíais y ni todavía podéis ahora. Porque todavía sois carnales...»

Volvió á coger las epístolas de Pablo de Tarso, y releyó los tantas veces leídos versillos. «Nadie conoció lo de Dios sino el Espíritu de Dios». Y se dijo: Inútil querer conocer lo de Dios por razonamientos didácticos, por teología, por lógica; una teología es una contradicción íntima, porque riñen el *theos* y la *logía*; no sirven raciocinios para llegar á Dios. Y recordó á Kant y su trituración de las supuestas pruebas lógicas de la existencia de Dios, y cómo había caído en su espíritu todo ese andamiaje de una creencia metalógica, espiritual y no intelectual, pneumática y no psíquica. La prueba ontológica, la cosmológica, la metafísica, la ética, todas se habían derrumbado en un tiempo en su mente, y con ellas aquel Dios de la razón. Todo aquel racionalismo teológico se había venido á tierra en su espíritu con estrépito interior, aunque no trascendiera, destrozando no pocas tiernas flores del alma en su derrumbe y cubriendo el suelo de estériles escombros. Sacudidas cordiales, terremotos del espíritu lo desescombraron, y surgió en él por otro modo, por modo que los intelectuales no conocen, una fe que venía del Espíritu de Dios. Porque nadie conoció lo de Dios sino el Espíritu de Dios.

«Lo cual hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, sino con doctrina del espíritu, juzgando lo espiritual espiritualmente». ¡Místico! Esta palabra, escupida con desdén, como un insulto ó un reproche, le pareció oirla al oído, y tan clara y tan cercana y tan distinta, que hasta volvió la

cabeza á un lado. Y allí estaba, á su vera, no en cuerpo visible y tangible, sino en presencia espiritual, allí estaba aquel prototipo del intelectual en lo que éste tiene de más exclusivamente tal: allí estaba el *psíquico*, el animal por excelencia. Allí estaba papagayeando sus fisiologías mientras en su interior se revolvía contra su impotencia poética y creadora, contra su inespiritualidad no confesada. Se encogió de hombros, sonrió y se volvió á mirar al cielo, que iba oscureciéndose. Las nubes del ocaso aparecían como montones de ceniza que quedasen del incendio solar. Dió á la llave de la corriente eléctrica, y se encendió el hilo metálico; se hizo luz, luz de industria humana, luz de ciencia aplicada.

«El hombre animal no recibe lo del Espíritu de Dios, pues es para él locura; y no lo puede entender, porque hay que juzgarlo espiritualmente». Locura... locura... locura...—se repitió mientras paseaba con la mirada aquellos objetos familiares, á que la luz eléctrica arrancaba duras sombras. Locura... ¿y qué es locura? Ahí están los alienistas, y frenópatas, y psiquiatras, y quién recuerda cuántos motes más... ¿Qué es cordura? Pues por aquí acaso se debería empezar.

La salud es aquel estado en que el hombre se ve libre de toda enfermedad; pero, ¿qué es enfermedad? La salud, dicen otros, es el «estado en que el sér orgánico ejerce normalmente todas sus funciones» (1). Normalmente... normalmente... ¿y qué es lo normal? Echó mano de un libro que estaba leyendo aquellos días, de un libro en que almacenó multitud de datos sobre lo más misterioso de la vida del espíritu, un noble espíritu que había sido alma de la «Sociedad de Investigaciones Psicológicas» (2), y leyó:

(1) Es la definición que da el Diccionario de nuestra Real Academia de la Lengua.

(2) Se trata de la *Society for Psychical Research* (S. P. R.) y de la interesantísima y sugestiva obra de Frederic W. H. Myers, titulada *Human Personality and its survival of bodily death*, esto es, «La personalidad humana y su sobrevivencia de la muerte corporal», título que por sí solo

«La palabra *normal* se usa en el lenguaje corriente casi indiferentemente para expresar una de dos cosas, que pueden diferir mucho entre sí: conformidad á un patrón, y posición media entre dos extremos. A menudo, es cierto, el término medio constituye el patrón—como cuando un gas es de densidad normal—ó equivale prácticamente al patrón—como cuando una onza de oro es del peso normal.—Pero cuando venimos á organismos vivos se introduce un nuevo factor. La vida es cambio: cada organismo viviente cambia; cada generación difiere de la precedente. Asignar una norma fija á una especie que cambia es disparar al blanco á un pájaro que va volando. El término medio real de un momento dado no es un patrón ideal; antes bien, el más avanzado estado de evolución á que se ha llegado, está tendiendo, dada estabilidad en el ambiente, á convertirse en el término medio del porvenir».

Cerró el libro y se dijo de nuevo: Normal... locura... cordura... enfermedad... salud... La locura de hoy será la cordura de mañana, así como lo que hoy es cuerdo pasará mañana por loco. Los intelectuales llaman locura á lo que no pueden entender porque hay que juzgarlo espiritualmente. Y un intelectual, ¿qué es, en último término, más que un hombre normal, de término medio, igualmente lejos del carnal y del espiritual? El intelectual es el hombre del término medio, á igual distancia de la enorme masa de la carnalidad y de la escasísima porción de la espiritualidad conciente, porque la otra, la espiritualidad inconciente y potencial, dormita en todos y acaso más vivaz en los carnales mismos que no en los intelectuales. Porque es más fácil á la carne que no al intelecto recibir al espíritu; entre estos dos últimos se interpone la lógica

---

basta para ahuyentar á los *psíquicos*. Aunque es de creer que, si bien lo repudien en público, lo lean con avidez á hurtadillas y en privado. Y nada perderán con ello.

El pasaje citado arriba es del capítulo III—*Genius*,—párrafo 306 y página 76 del primero de los dos tomos de que consta la obra, obra de la que he de hacer un análisis en esta misma Revista.

de escuela. El intelectual es el hombre del sentido medio, que llama sentido común, tan lejos del sentido universal, cósmico ó instintivo, en que viven los carnales, como del sentido propio en que corroboran su espíritu los espirituales.

«El espiritual, empero, juzga las cosas todas, mas él por nadie es juzgado». ¿Con qué derecho juzgan de cosas de espíritu los que tienen el suyo enterrado bajo el intelecto?

«Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». Al llegar á esto de Cristo nuestro hombre hizo un alto con su mente. Se le presentaba lo que llaman el problema religioso, y se le presentaba tal como venía contemplándolo desde hace tiempo. En ese problema, en el problema religioso, veía la principal piedra de toque para distinguir á los intelectuales de los espirituales.

Presentábansele, en efecto, los intelectuales divididos, en lo que á la religión atañe, en dos grandes grupos, que suele llamarse el de los creyentes y el de los incrédulos. Concretando los términos, y con relación á su propia patria, se encontraba con intelectuales católicos é intelectuales no católicos, que de hecho resultaban anticatólicos. Luchaban entre sí estos dos bandos; mas como para luchar hay que asentarse en un mismo suelo, luchaban sobre el mismo suelo. No cabe lucha entre un pez que no sale de las honduras del mar y un ave que no baja de las alturas del cielo. Esos dos bandos luchan, dándose cara, es decir, mirando los unos á un lado y los otros al lado, pero en el mismo terreno, sobre el mismo plano de la intelectualidad. Y ¡ay del que les dirija su voz, ó desde arriba ó desde abajo de ellos, de fuera de su plano, del suelo de la espiritualidad ó del suelo de la carnalidad! Únense unos y otros en reputarle loco ó bruto.

Luchaban esos dos bandos. Para los unos hace falta la religión como necesaria base de la moral, sin que quepa orden social faltando el temor al infierno, á la muerte y al demonio; la religión tiene pruebas externas que la abonan, profecías,

milagros—ó más bien relatos de milagros,—y ante todo y sobre todo una tradición de siglos apoyada en una autoridad. Para los otros la religión carece de pruebas de su verdad; sin infierno ni temor á la muerte ni al demonio puede fundamentarse orden social, y esa tradición ni ha sido constante ni tiene valcr lógico que convenza. Unos y otros lo enfilan del mismo lado: unos ven en la religión instituto social al servicio del orden, y los otros instituto social al servicio del despotismo; unos buscan sus pruebas lógicas externas, y los otros rebaten estas pruebas. ¡Abogados y nada más que abogados éstos y aquéllos! Para unos y para otros se trata de una institución social, de algo que se apoya en autoridades y en evidencias ó inevidencias externas, de algo lógico ó ilógico. Es lo que llaman la lucha entre la razón y la fe, aunque tal fe no sea sino creencia. No podía él, nuestro hombre, sentirlo así, y apenas le interesaban ni los argumentos de los unos ni los de los otros. Disputas de intelectuales.

En cuanto á lo que llaman hombres espirituales — tal es el término tradicional y castizo—los intelectuales de la creencia...

Le llamaron á cenar á nuestro hombre, y fué á hacer por el cuerpo, dándole repuesto primero y sueño después.

MIGUEL DE UNAMUNO

RELACIONES HISPANOAMERICANAS

LA GUERRA DEL PACÍFICO

I

Restablecidas las relaciones comerciales entre España y las que fueron sus colonias de América, y estrechados los lazos de amistad, una vez dados al olvido añejos agravios, que debían unir á la antigua metrópoli y las nacientes Repúblicas de Méjico y el Ecuador, parecía natural que, siguiendo esa corriente felizmente iniciada, se hubiesen reanudado al poco tiempo, ó con pequeños intervalos, las relaciones con los demás Estados americanos. Mas no sucedió así: suspicacias, sin duda exageradas, pero fácilmente explicables por parte de los Gobiernos americanos; las frecuentes perturbaciones que sufrieron aquellos pueblos, y la consecuente inestabilidad de los poderes; errores cometidos por los Gabinetes de Madrid, y el temor de que nuevas concesiones reprodujesen las exigencias de Inglaterra, hicieron difícil continuar lo que había comenzado bajo tan excelentes auspicios, entorpeciendo el desarrollo del comercio, y prolongando la crisis de nuestras relaciones con América.

No importa á nuestro objeto en estas páginas el detalle de los mil incidentes que hubieron de surgir entre España y las Repúblicas americanas en general, asunto que podrá ser tema de otro trabajo dedicado especialmente á estudiar la forma y manera en que se reanudaron las relaciones entre una y otras;

pero sí es preciso consignar algunos extremos que sirven de antecedente á la historia del conflicto que tuvo tan lamentable desenlace en 1866, y que tanto retrasó el establecimiento de la intimidad de relaciones de los nuevos Estados con la antigua metrópoli.

Hasta 1841 ningún paso se dió, ni por parte de España ni por parte del Perú, para reanudar las relaciones (1). En dicho año, el cónsul de la citada República en Burdeos se dirigió al presidente del Consejo español, preguntándole, en carta confidencial, «si el Gobierno peruano podría, con seguridad de buen éxito, exponerse á solicitar de España el ajuste de todo aquello que obstruía la regularidad de las comunicaciones diplomáticas y comerciales». Habiendo sido favorable la respuesta, pudo esperarse que no tardase en iniciarse la negociación; pero pasó el tiempo, y el Perú se limitó á acreditar en España agentes comerciales, á los cuales se autorizó en un principio para ejercer sus funciones, negándose luego á otros la autorización por estimarse, sin fundamento bastante por cierto, anómalo el procedimiento.

A mediados de 1850 llegó al Callao, en un viaje de circunnavegación, la fragata *Ferrolana,* cruzándose entre ésta y la plaza, el comandante y las autoridades, los saludos de rúbrica, como si se tratase de naciones enlazadas por Tratados de amistad. Esto, y las manifestaciones hechas al encargado de Negocios de España en Quito, D. Salvador Tavira, durante su estancia en Lima, en 1851, por motivos de salud, hicieron renacer las esperanzas de un pronto arreglo; y, en efecto, habiendo tomado posesión de la presidencia de la República, en reemplazo del general Castilla, el general Echenique, nombró éste su plenipotenciario en Madrid á D. Joaquín José de Osma, «exministro de Relaciones extranjeras y hombre de en-

(1) Prescindimos de las diversas negociaciones que, sin éxito, tuvieron lugar en 1822, por iniciativa del general San Martín, de las proposiciones de Riva Agüero y de las tentativas de arreglo de Suera. Todas éstas tuvieron lugar con los generales que mandaban las fuerzas españolas.

tendimiento é ilustración, que contaba en la corte de Su Majestad Católica con la gran influencia personal de su hermano político, el general Zavala». «Osma — agrega un ilustrado historiador de estos sucesos (1) — fué cordialmente atendido por el Gabinete español, y esto le indujo á pedir que le recibiese S. M. la reina como á ministro plenipotenciario, lo que, de haberse efectuado, implicaba de hecho el reconocimiento de la independencia. Después, el Tratado se hacía de todo punto inútil (2). De modo que el Sr. Osma, con tan suave expediente, quiso empezar por el fin. Para su patria hubiese sido una fórmula inmejorable, pero el Gobierno español no podía contentarse con ella. Demasiado lo comprendió Osma, y no insistió por entonces».

Iniciadas las negociaciones, no fué difícil llegar á un acuerdo, firmándose, el 25 de Septiembre de 1853, el Tratado de reconocimiento, paz y amistad entre España y el Perú, semejante en el fondo y en la forma á los celebrados antes y después con las demás Repúblicas hispanoamericanas, por lo cual cabía esperar que en breve plazo fuese ratificado.

No sucedió así. En lugar de la ratificación, lo que recibió el Sr. Osma fué una larga carta del ministro peruano Paz Soldán, haciendo una viva y apasionada crítica del Tratado, y diciendo, en conclusión, al plenipotenciario, que al día siguiente de perder una batalla podría admitir la República tan duras condiciones, algunas de las cuales creía que afectaban al honor, la dignidad y la hacienda del Perú. Aunque la injusticia de la crítica era tan manifiesta que sólo podía explicarse suponiendo que el ministro no estaba muy lejos de admitir el aserto de que el Sr. Osma era poseedor de valores que eran objeto del arreglo entre ambas naciones, el plenipoten-

(1) D. Pedro de Novo y Colson: *Historia de la guerra de España en el Pacífico.*

(2) El procedimiento era irregular, pero no por eso era inútil el Tratado. El reconocimiento de la independencia resultó, después de todo, un hecho antes de que se concertase pacto alguno.

ciario no dimitió, sino que se limitó á contestar protestando enérgicamente de que, por infames indiscreciones, se hubieran hecho públicas en el Perú las bases del Tratado; de que, no obstante haberse atenido á sus primitivas instrucciones, se le desaprobaba todo lo hecho, y de que no se le enviaban otras muy concretas y precisas de acuerdo con la nueva opinión y nuevos propósitos que abrigaba el Gobierno.

Como quiera que el Sr. Osma no dió cuenta al ministro de Estado de su fracaso, y como poco después el general Castilla logró derribar á Echenique y recobrar la presidencia, el Gobierno español, acostumbrado á las dilaciones que las continuas revueltas producían en todos los negocios que había que tratar con la República, no dió importancia al retraso en ratificar el Tratado. Acaso por esta consideración y por aquella ignorancia, cuando en 1855 el presidente Castilla nombró cónsul en Madrid á D. Mariano Moreira, y éste solicitó el *regium exequatur*, no sólo se apresuró el ministro de Estado, general Zavala, á concedérselo, sino que á su vez nombró cónsul de España en Lima á D. José de Jane, que obtuvo también fácilmente el *exequatur* del presidente del Perú. De este modo, tan extraño y anormal, quedó reconocida de hecho la independencia de la República.

Pasaron algunos años, durante los cuales no faltaron incidentes que complicasen la situación, y en 1859 el general Castilla nombró plenipotenciario en Madrid á D. Pedro Gálvez, bien conocido por sus sentimientos hostiles hacia España. Gálvez pretendió ser recibido oficialmente antes de concertar el nuevo Tratado; pero ya no era ministro de Estado el general Zavala, sino el Sr. Calderón Collantes, y éste se negó en absoluto á semejante pretensión, por lo cual se retiró aquél sin iniciar las negociaciones.

Así las cosas, tuvieron lugar la expedición á Méjico y la reincorporación de Santo Domingo.

En vano declaró España, una y cien veces, que ni abrigaba propósitos de engrandecimiento territorial á costa de la Repú-

blica mejicana, ni hacía otra cosa en Santo Domingo que aceptar un hecho consumado.

La América española se alarmó, y el Perú hubo de distinguirse por su espíritu de hostilidad, apresurándose á fortificar los puertos y á reforzar la escuadra, y negando el *exequatur* al Sr. Merino Ballesteros, recientemente nombrado vicecónsul de España en Lima; nombramiento poco acertado, no sólo por las circunstancias en que se efectuó, sino por tratarse de una persona que no podía ser grata al Gobierno del Perú. Es un hecho positivo, que no cabe negar, que si por parte de la República hubo poca sinceridad en todos sus tratos con el Gabinete de Madrid, por parte de éste se cometieron múltiples errores, y por una y otra causa las relaciones entre ambos pueblos se habían hecho, no ya difíciles, sino realmente peligrosas, bastando cualquier incidente para que surgiera un conflicto, cuya única solución fuese la guerra.

Semejantes temores no tardaron en realizarse.

En Marzo de 1860 había proyectado el Gobierno enviar una escuadra á las costas del Pacífico, no con propósito alguno hostil, sino únicamente con el de que, visitando los principales puertos de la América del Sur, diese á conocer la fuerza de que podía disponer España.

No fué muy afortunada la idea de semejante viaje en tales circunstancias, porque cuando acabábamos de retirarnos de Méjico, diciendo que pretendíamos volver, y cuando aún no habíamos logrado afianzar nuestra situación en Santo Domingo, hacer un alarde de fuerza ante las Repúblicas hispanoamericanas era una verdadera imprudencia, pues un desaire, cualquier incidente, podía dar origen al conflicto. Pero, en fin, la escuadra, compuesta de las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y de las goletas *Vencedora* y *Covadonga*, zarpó de Cádiz en Agosto de 1862, á las órdenes del general D. Luis Hernández Pinzón; realizó felizmente su viaje, recibiendo en todas partes muchos obsequios, y el 10 de Julio siguiente (1863) llegó al puerto del Callao.

No tardó en surgir el conflicto que era de temer.

No había transcurrido un mes desde la llegada de la escuadra al Callao, cuando en una hacienda situada en Talambó (provincia de Chiclayo) ocurrió un incidente del que fueron víctimas varios españoles que trabajaban en el cultivo del algodón.

Habían surgido disensiones y disgustos entre los obreros y el dueño de la finca, que lo era un indio llamado Salcedo; y á pretexto de que aquéllos se habían amotinado, el mayordomo de la hacienda, Valdés, al frente de unos 40 hombres, se dirigió contra los españoles, y haciendo fuego mató á uno y dejó heridos más ó menos gravemente á cuatro más. La justicia local procedió á instruir el correspondiente sumario; pero lo hizo de una manera tan manifiestamente parcial, que el resultado fué declarar absueltos á todos los procesados, excepto á dos, á quienes se impuso la pena de cuatro meses de cárcel. Pasó la causa al Tribunal Superior de Justicia del Departamento de la Libertad, y tales enormidades encontró éste en aquélla, que mandó instruirla de nuevo y amonestó severamente al juez. Reclamó Salcedo contra este fallo, y después de otros varios trámites, llegó el asunto al Tribunal Supremo de la Nación, del que era fiscal el Sr. Paz Soldán, y en 16 de Febrero de 1864 decretó ésta la anulación del fallo del Tribunal del Departamento: esto equivalía á sancionar la impunidad.

Cuando el Gobierno español tuvo noticia de esos sucesos, el marqués de Miraflores dirigió una Real orden al cónsul de España en Lima dándole instrucciones. «El Gobierno de S. M. —decía—no pretende hacer cómplice, ni aun completamente responsable, al Gobierno del Perú de un acto bárbaro y atroz; pero como sea un hecho no sujeto á duda que á la luz del día se reclutaron y reunieron asesinos pagados, y conduciendo á éstos reunidos al lugar donde habían de perpetrar el crimen, es indudable que pesa sobre el Gobierno una responsabilidad moral inmensa de la sangre derramada de súbditos extranje-

ros, cuya nacionalidad ultrajada exige que, á nombre del Gobierno de S. M., gestione con empeño para que se haga pronta justicia, haciendo presente á ese Gobierno que el de S. M. necesita una pronta reparación de semejante atentado» (1).

El cónsul, que lo era un tal Ugarte (2), reclamó contra las dilaciones que sufría el proceso; y el ministro de Relaciones exteriores encargó al cónsul peruano en Madrid que asegurase al Gobierno español que la causa no había sufrido retraso y que el Perú abrigaba buenas intenciones, lamentando que no se hubiese celebrado un Tratado de paz y amistad.

Así las cosas, recibió el almirante Pinzón un aviso confidencial del ministro español en Washington, noticiándole que la escuadra había sido destinada con urgencia á las aguas de Cuba; pero aquél, teniendo en cuenta la situación de los españoles, que se juzgaban amenazados y le rogaban no se retirase; en presencia de la negativa del Gobierno peruano á aceptar que el representante francés se encargase de la protección de nuestros nacionales, y escuchando los consejos belicosos del excónsul Ballesteros y del exdiputado Sr. Salazar y Mazarredo, reunió á los jefes de los buques y con ellos acordó prescindir del aviso, continuar en el Callao y participar al Gabinete de Madrid los fundamentos de su actitud. El mismo Sr. Salazar se brindó á conducir personalmente á España la comunicación del almirante.

Con conocimiento de ésta, y en vista de los datos que facilitó el Sr. Salazar, acordó el Gobierno enviar al Perú un representante encargado especialmente de reclamar justicia, y con tal objeto nombró al citado Sr. Salazar, con el título de

---

(1) Despacho del marqués de Miraflores al cónsul de España en Lima; fecha, Madrid, 9 de Octubre de 1863.

(2) Ugarte, vascongado enriquecido y avecindado en Lima, fué nombrado cónsul, en reemplazo del Sr. Merino Ballesteros, por la presión que el Sr. Osma hizo sobre el general Zavala, y éste sobre el ministro. Su nombramiento fué mal recibido, pues se le tenía entre los españoles del Perú por poco afecto á España. Así lo afirma el Sr. Novo y Colson.

comisario especial extraordinario, dándole, para cumplir su misión, amplias instrucciones, públicas unas y reservadas otras.

Reducíanse las primeras á encargar al comisario que se empleasen todos los medios de miramiento y templanza para conseguir un éxito favorable en su misión, y á ordenarle que si desgraciadamente no daban aquéllos el resultado apetecido, se retirase á bordo de uno de los buques de la escuadra, y, de acuerdo con el almirante, obrasen ambos con arreglo á sus instrucciones, teniendo presente que, para decidirse á emplear la fuerza, habían de ser tales sus razones que su sola enunciación justificase al Gobierno de S. M. ante las naciones civilizadas.

En las reservadas se le prevenía que, bien enterado del estado del proceso de Talambó y de las vejaciones y atropellos cometidos contra súbditos españoles, y asesorándose del representante francés en Lima, presentase al Gobierno peruano, con su carácter de comisario especial, su primera reclamación, razonada y enérgica, pero pacífica, sin acudir de modo alguno al empleo de la fuerza, y reduciendo sus pretensiones á lo justo, para ver de terminar pronto este negocio y que pudiese retirarse cuanto antes la escuadra á las aguas de la Península. Se le encargaba reputase como principio de satisfacción el hallarse sometido un delito á la acción de los Tribunales; el ejercer el Gobierno sobre los procedimientos la inspección celosa que permiten las leyes; el someter á responsabilidad á los jueces y autoridades en el caso de un fallo irritante, y la promesa y garantía de resarcimiento de perjuicios. Si no se había instruído proceso, sería igualmente principio de satisfacción el incoarlo inmediatamente, ó las mismas seguridades antes mencionadas, no debiendo rechazar, en punto á resarcimientos y á cuestiones de principios, el arbitraje que pudieran proponerle. Si la reclamación era rechazada *in limine,* debía el Sr. Salazar retirarse á bordo de un buque español, expresando su pesar por tener que recurrir á demostraciones de fuerza; pero si la reclamación no se rechazaba de un modo absoluto, debía cru-

zar con aquel Gobierno alguna contestación, si de ella podía esperar un favorable resultado.

Ya á bordo, el Sr. Salazar debía dirigir un *ultimatum*, acompañado de copia de las instrucciones públicas, dando treinta horas para que se le contestase, anunciando que la satisfacción que se iba á procurar por la fuerza el Gobierno español era completamente contraria á los deseos de éste, el cual, por medio de un manifiesto, haría conocer á Europa y á América los agravios y negativas que á ello le habían impulsado. Si, en vista de todo, el Gobierno peruano no proponía solución al conflicto, debía el Sr. Salazar manifestar al general Pinzón que el asunto le pertenecía; quedando, sin embargo, á su lado hasta la terminación de la empresa, por si el Gabinete de Lima hacía á la vista de la escuadra lo que había rehusado por medios pacíficos.

Aun empezada la demostración de fuerza, debería el señor Salazar recibir la mediación que se le propusiese de ministros extranjeros, cuya opinión, lo mismo que la del jefe de la escuadra, podía oir en caso que dudase de la suficiencia de una solución que se le ofreciese.

Aunque el Sr. Salazar debía quedar en Lima, en caso de un éxito favorable, hasta la llegada del nuevo agente que nombrase el Gobierno de S. M., se le prevenía que no detuviese á la escuadra desde que terminasen las cuestiones, considerándose concluídas en este concepto: 1.°, con el condigno castigo de los culpables é indemnización correspondiente; 2.°, por compromiso formal del Gobierno de la República de realizarlo en los términos que se estipulasen; 3.°, por garantías que presentasen alguno ó algunos de los ministros de las potencias amigas de primer orden; y 4.°, por arbitraje aceptado por los mismos.

No huelga añadir que en las instrucciones que por el Ministerio de Marina se comunicaron al general Pinzón, se prevenía á éste que, llegado el caso de que el Perú no accediese á las justas reclamaciones de España, debería trasladarse inmediatamente á la rada del Callao y anunciar su propósito de

emplear la fuerza, esperando cuarenta y ocho horas la respuesta del Gobierno de Lima. Si ésta no fuese favorable, cumplidas las formalidades prescritas en el derecho internacional, debería dar principio á las operaciones militares, procurando siempre conciliar hasta donde fuese dable los sagrados derechos de la humanidad con el justo desagravio de las repetidas ofensas inferidas á la honra nacional.

El 18 de Marzo de 1864 llegó Salazar á Lima, é inmediatamente solicitó ser recibido por el Gobierno peruano. Éste contestó hallarse dispuesto á entenderse con él como *agente confidencial* del de S. M., dándole aquellas facilidades y reconociéndole todas las preeminencias que el derecho concede; mas no como *comisario*, porque, sobre no estar conforme esa denominación con los usos diplomáticos, podía producir embarazos en el curso de las negociaciones. Que semejante denominación no era propia, es cosa innegable; pero si todo había sido anómalo siempre en las relaciones entre el Perú y España, si se habían admitido cónsules sin existir Tratado, ¿tenía derecho el Gobierno de Lima para mostrarse intransigente en ese punto? De ninguna manera; pero tampoco debió el Gobierno español dar semejante título á su enviado.

Ante esa negativa, el Sr. Salazar se retiró á bordo de la goleta *Covadonga* el 12 de Abril, encomendando la protección de nuestros nacionales al encargado de Negocios de Francia, y avisando, en tono amenazador, el recibo de su Nota al ministro de Relaciones exteriores del Perú, á quien incluía copia del *Memorandum* que dirigía á los representantes de las naciones aliadas, explicando los motivos de queja que España tenía contra la República (1).

(1) En esa copia suprimió el Sr. Salazar el último párrafo del *Memorandum*, que decía: «Que habiéndose agravado los conflictos por la política conciliadora observada, creía llegado el caso de sustituir á las gestiones diplomáticas una acción más eficaz». El proceder no era muy correcto, pero esa falta resulta insignificante ante las que luego cometió el agente español. Bien es verdad que ninguna era tan grave como la de su nombramiento.

Salazar, á bordo de la *Covadonga*, se trasladó á las islas Chincha, donde se hallaba Pinzón con las fragatas *Resolución* y *Triunfo*. Conferenció con el almirante, enseñándole las instrucciones públicas, pero ocultándole las reservadas, que alegó se le habían perdido, si bien añadiendo que carecían de importancia; y aunque esto debió hacer sospechar al general Pinzón, y aunque en la comunicación que había recibido de Marina se le marcaba la forma en que había de emplear la fuerza, prescindió de todo y accedió á la propuesta de Salazar de apoderarse de dichas islas. Ni siquiera llamó su atención que el agente español le había formulado la misma idea antes de llegar al Perú (1). Tomaron, pues, posesión de las Chincha, sin encontrar resistencia, después de haber hecho la competente declaración diplomática de que así lo iban á verificar, fundándose en las muchas razones de queja contra el Perú que tenía España, en que el Gobierno de S. M. no había reconocido aún la independencia de la República, y, por lo tanto, podía *reivindicar* la propiedad de las citadas islas.

Contra esa idea de *reivindicación* protestaron en Lima, hasta recibir órdenes de su Gobierno, los representantes de los Estados Unidos, Inglaterra, Bolivia, Chile y Hawai.

El 6 de Mayo, el Cuerpo diplomático acreditado en el Perú envió á las Chincha una comisión compuesta de los encargados de Negocios de Francia, Inglaterra y Chile, á pedir que se le abandonasen las islas, que quedarían bajo su protección, sin izarse en ellas pabellón alguno, hasta que se arreglasen las cuestiones pendientes entre España y el Perú, respondiendo sus respectivos Gobiernos de la seguridad de la garantía que se les confiaba, y que devolverían al general Pinzón

(1) Desde Panamá, esto es, antes de llegar al Perú, había escrito Salazar una carta á Pinzón, de tonos muy belicosos, en la que le decía: «Recibirá usted ésta el 29; dése usted á la vela en seguida con las dos fragatas, y vaya usted á fondear á las islas de Chincha. Es el *rendez-vous* más conveniente, después de pesados todos los argumentos que usted puso y los míos».

si el Perú no accedía á justas pretensiones de España. La ocasión no podía ser mejor para rectificar el error cometido; error tanto más lamentable, cuanto que no habiendo alterado nada respecto al embarque del guano, no se privaba de recurso alguno al Perú, siendo España una especie de administrador gratuito de los intereses de la República.

Pero, en vez de eso, Pinzón y Salazar contestaron el 7 de Mayo en una declaración reducida á manifestar: 1.°, que sería restituída la barca peruana *Iquique*, apresada en las islas; 2.°, que la escuadra española se mantendría á la defensiva mientras no se le obligase á lo contrario, en cuyo caso concedería cuarenta y ocho horas de término á las autoridades si tuviese que hostilizar algún puerto de la República; 3.°, que el Gobierno de S. M. no reclamaría ningún crédito de particulares que no reuniese las condiciones siguientes: origen español, continuidad y actualidad del derecho en súbditos españoles; 4.°, que los créditos ó reclamaciones particulares que ofrecieran dudas serían sometidos á una comisión mixta; y 5.°, que carecía de fundamento la idea de que España deseaba establecer dinastías europeas en el Perú ni en ninguna otra República de América no reconocida. Esta declaración fué recibida como un insulto por la prensa peruana, y aquel Gobierno rehusó admitir la barca *Iquique*.

Salazar insistió en los deseos, que ya antes había mostrado, de venir á España, y así lo efectuó, aprovechando el regreso de la Comisión diplomática. En su viaje le acompañó como secretario el alférez de navío D. Cecilio Roda, siendo ambos objeto de asechanzas por parte de algunos peruanos.

Sobre este último extremo no se llegó á averiguar la verdad. El Sr. Salazar se presentó como víctima de criminales tentativas; pero no se pudo esclarecer lo ocurrido, aunque sí se adquirió la convicción de que en manera alguna tuvieron los hechos la importancia que aquél quiso darles. Sin embargo, el Gobierno, cometiendo una nueva torpeza, dió completo crédito al relato del Sr. Salazar, y el ministro de Estado, en

circular de 24 de Junio, dió cuenta á los representantes de S. M. de todo lo ocurrido y de la política que se proponía seguir en este asunto.

Desaprobando desde luego la idea de reivindicación de las islas Chincha emitida por los Sres. Salazar y Pinzón, reconociendo al Perú como pueblo libre é independiente, y sin querer humillarle, el ministro de Estado declaraba que la honra de España exigía que el Gobierno peruano desaprobase la conducta de sus agentes, que en el Callao quisieron prender al secretario del comisario español (1); que declarase que era ajeno á los conatos criminales dirigidos contra aquél, y que se hallaba dispuesto á castigarlos; y que se recibiese á un comisario español encargado de gestionar que se administrara justicia en el proceso de Talambó. Luego que España recibiese esas satisfacciones, se entregarían las Chincha al comisario que para recibirlas nombrase el Perú.

Al mismo tiempo se remitió á los representantes en París, Londres y Washington, copia de las bases que el Gobierno de S. M. creyó conveniente presentar al cónsul del Perú en Madrid para el arreglo de las cuestiones pendientes con dicha República, cuyas bases eran: 1.ª, que el Gobierno del Perú enviaría á Madrid un representante diplomático caracterizado que declarase en su nombre y con toda solemnidad:

A) Que desaprobaba el intento de las autoridades del Callao de querer reducir á prisión al secretario del comisario de España, y que las expresadas autoridades, las que hubiesen sido, estaban ya destituídas; y

B) que el mismo Gobierno no había promovido ni tenido participación alguna en los conatos contra la persona del comisionado español, intentados por peruanos en su viaje al Callao, á Paita, á Panamá y á Colón, estando dispuesto á castigar á los autores.

(1) El secretario á que se alude no fué el alférez de navío Sr. Lora, sino un tal Ceruti, de nacionalidad italiana, que iba empleado en uno de los buques de la escuadra.

2.ª El Gobierno español enviará un representante á Lima con el objeto de reclamar que se administre justicia en la causa de Talambó, y con una credencial igual á la que llevó el señor Salazar, el cual comisionado será recibido por el Gobierno del Perú.

3.ª Inmediatamente después de esta recepción, serán entregadas las islas Chincha al comisario que nombre el Perú.

4.ª El Perú nombrará un plenipotenciario que venga á España, á fin de ordenar sobre bases prudenciales y completa buena fe un Tratado entre aquella República y la nación española, semejante á los que han celebrado las demás Repúblicas hispanoamericanas.

Al tener conocimiento de la mencionada circular y de estas bases el ministro de Relaciones exteriores del Perú, se dirigió al Cuerpo diplomático, refutando los asertos del ministro de Estado, rechazando en absoluto las bases, mostrándose ofendido por la publicidad de ciertos cargos, y declarando que el Perú no suscribiría ninguna humillación, y que no desistiría de exigir el desagravio de la ofensa que le habían irrogado.

Cada vez se alejaba más la posibilidad de un arreglo; y era natural que así sucediese, porque la conducta del Gobierno español no pudo ser más torpe; parecía como que deseaba la guerra, y sin embargo no se decidía á hacerla. Cuando inmediatamente después de llegada la escuadra al Callao no se lograron las satisfacciones pedidas, debió emplearse la fuerza. No se hizo: se siguió negociando, se cometió la torpeza de apoderarse de las islas Chincha cuando no podíamos suprimir la exportación de guano; dimos exagerado crédito á las quejas de Salazar, y concluímos fundando nuestra reclamación en los agravios que suponía haber sufrido el titulado comisario español. De este modo hicimos de un incidente secundario la cuestión principal. Y no fué esto lo peor, sino que se incurrió en una grave contradicción, desautorizando al jefe de la escuadra por haberse apoderado de las islas, y declarando, sin embargo, que no se devolverían éstas hasta que el

Perú hubiese cumplido las condiciones que le dictábamos.

Verdad es que, si torpe era la conducta del Gobierno en este asunto, no pecaba de acertada ni de hábil, y menos de discreta, la actitud de la opinión. Con un desconocimiento profundo de la realidad de las cosas y de los verdaderos intereses españoles en América, la prensa madrileña, no sólo la ministerial, sino la de oposición, como *La Iberia*, órgano de los progresistas, y *La Discusión*, demócrata, publicaban furiosos artículos contra las Repúblicas; con lo cual, sobre dar armas á los enemigos de España, se dificultaba toda solución con el Perú y se suscitaban nuevos conflictos con otros Estados americanos.

Pronto pudo advertirse que la mayoría de las Repúblicas, aunque haciendo protestas de amistad á España, se mostraban sentidas por la conducta de ésta; y no era difícil comprender que, si no todas, algunas de aquéllas no debían tardar en hacer causa común con el Perú.

En efecto: los representantes en el Congreso latinoamericano reunido en Lima (1), de Chile, Bolivia, Confederación Argentina, Colombia, Venezuela y Perú, dirigieron al general Pinzón una Nota, fecha 31 de Octubre, en la cual, después de consignar que las circunstancias en que el almirante español había ocupado las Chincha herían los derechos de todos los Estados del continente, requerían á aquél á la pronta desocupación de las islas y su entrega al Perú en los términos correspondientes á los derechos y á la dignidad de la República; manifestaban que la declaración del Gobierno de S. M., de que reprobaba el principio de reivindicación, habría disipado las justas alarmas de América si no se hubiese mantenido la ocupación de las islas; añadían que las Repúblicas de-

(1) Por consecuencia de la circular dirigida por el Gobierno peruano el 11 de Enero de 1864, se reunieron en Lima, el 28 de Octubre del mismo año, delegados de ocho Repúblicas, los cuales firmaron en 10 de Junio de 1865 un Tratado de alianza, garantizándose mutuamente su independencia, soberanía, integridad del territorio y forma de gobierno.

seaban conservar sus amistosas relaciones con España; enumeraban las disculpas ya expuestas por el Perú, y afirmaban que éste se hallaba dispuesto á atender las reclamaciones justas, así que entrase en debida forma en la posesión de su territorio.

Como las instrucciones enviadas al almirante, aunque desautorizábase el acto de la ocupación, prescribían que no se abandonasen las islas, claro es que no podía acceder el general Pinzón; y como éste, además, había anunciado al Gobierno de S. M. su propósito de dejar el mando de la escuadra, no cabía siquiera que entrase en negociaciones de ninguna especie. Su contestación de 2 de Noviembre fué, pues, negativa.

De este modo nos alejábamos cada día más de las Repúblicas americanas, mientras buscábamos la aprobación por el Gabinete de Londres de la conducta del de Madrid; aprobación que se obtuvo, juntamente con la promesa de que el ministro británico en Lima aconsejaría al Perú que evitase un rompimiento. La mediación de los Estados Unidos, por dos veces ofrecida, fué rechazada con buen acuerdo; como también se rechazaron las bases para un arreglo que formuló en París el representante peruano Sr. Barreda.

El conflicto no tenía ya más solución que la guerra, y así pareció entenderlo el Gobierno.

Imposible era, después de lo ocurrido, la continuación al frente de la escuadra del almirante Pinzón: bien demostró éste comprenderlo al indicar su deseo de volver á la Península, y no se le ocultó al Gobierno, que nombró para sustituirle al general Pareja.

Al comunicar á éste su nombramiento, se le dirigió por el Ministerio de Estado una Real orden, fecha 19 de Octubre, previniéndole: 1.°, que de ninguna manera debían abandonar nuestros buques aquellos mares sin obtener previamente las satisfacciones consignadas en las bases del Sr. Pacheco; 2.°, que procurase inculcar la idea de que España renunciaba á toda mira de conquista en el continente americano; 3.°, que afir-

mase, llegado momento oportuno, que no se trataba de reproducir franca ni encubiertamente la lucha pasada, sino que el conflicto actual era uno de tantos como ocurren entre las naciones; 4.°, que conservase las Chincha, no á título de reivindicación, sino como medio de hacer entrar al Perú en vías de arreglo; 5.°, que no impidiese la salida de guano que exportasen las Compañías extranjeras por virtud de contratos anteriores á la ocupación, pero que impidiese se utilizase de esto el Perú; 6.°, que el Gobierno se proponía adoptar nuevas medidas según se desarrollasen los sucesos; y 7.°, que procurase aprovisionarse en puertos amigos, y que, en caso necesario, invocase el derecho de gentes, declarando que la negativa á permitirle aquello constituía un acto de hostilidad, al que respondería en la forma oportuna.

Se dieron, además, el general Pareja instrucciones reservadas, en las cuales se le ordenaba que no hiciese uso de su credencial de plenipotenciario sino cuando el Gobierno peruano manifestase directamente por medio de algún agente diplomático extranjero, de una manera explícita, clara y segura, el deseo de tratar con él, ó cuando en los casos previstos en los otras instrucciones llegasen á abrirse hostilidades entre las fuerzas españolas y peruanas, y después se tratase de terminarlas por composición ó arreglo, para el cual partiría de las bases contenidas en la propuesta del Sr. Pacheco; contestando, si el Gobierno peruano intentase introducir alguna variación en las mismas, que no estaba autorizado para ello, sino sólo para dar cuenta al Gobierno de S. M., persistiendo entretanto en la actitud que prescribían las instrucciones.

Se le manifestaba también que no debería tener reparo en anunciar la resolución de emplear medios coercitivos, en caso de que el Perú se negase en un plazo dado á entrar en negociaciones razonables; pero que debería guardar reserva acerca de la extensión de ese plazo, que á tiempo oportuno se le comunicaría, sin emprender operación alguna ofensiva hasta recibir nuevas y positivas órdenes, á no ser provocado y

forzado á ello por hostilidades de buques peruanos, guardando también la mayor reserva sobre el límite de las facultades de que iba investido y sobre el momento en que había de comenzar por parte nuestra la agresión.

Con respecto al aprovisionamiento de víveres y carbón, se le decía que, para evitar inconvenientes con algunos Gobiernos de dudosa disposición, como los de Chile y Bolivia, prefiriese valerse de los medios empleados hasta entonces, procurando recibir aquellos artículos por medio de buques neutrales.

Por el Ministerio de Marina se ordenó además al general Pareja (1) que no abandonase el fondeadero de las Chincha hasta recibir nuevas instrucciones, á no ser que se viese obligado á devolver cualquier acto de hostilidad iniciado por el Perú, ó en el caso de creer conveniente presentarse en el Callao con todas las fuerzas para reclamar al Gobierno de la República copia de los contratos con extranjeros para la exportación de guano.

Como complemento de estas instrucciones, puede considerarse la circular que el 8 de Noviembre dirigió el ministro de Estado, Sr. Llorente, á los representantes de S. M. en el extranjero, en la cual formulaba las siguientes declaraciones: 1.°, que persistía en considerar como satisfacciones suficientes las contenidas en el proyecto de arreglo de 25 de Junio, debiendo tenerse por retirada esta propuesta, y sin ningún valor y efecto, si en un plazo dado, que se reservaba fijar y del que daría previo conocimiento al Perú, no había sido aceptada; 2.°, que renunciaba á toda mira de conquista y dominación en el territorio del continente americano; 3.°, que de igual modo persistía en no considerar ocupadas las islas Chincha á título de reivindicación, sino como medio coercitivo para obtener del Perú reparaciones justas; y 4.°, que era posible se viese obligado á adoptar ulteriores disposiciones

(1) Real orden de 20 de Octubre.

respecto á la exportación del guano, bien fuera para estorbar que el Perú hallase por este medio recursos para hostilizar á España, bien para conseguir el resarcimiento de perjuicios; pero que en todo caso se obraría de manera que no se lastimasen los derechos de los acreedores extranjeros del Perú que lo fuesen en virtud de contratos aprobados por el Congreso de aquel país, y publicados antes del 14 de Abril, día de la ocupación. Acerca de esta última declaración se dieron previamente amplias explicaciones al Gobierno inglés (1).

Teniendo conocimiento el Gabinete de Madrid de que el Perú persistía en su actitud, rechazando en absoluto las bases propuestas por el Sr. Pacheco, creyó llegado el caso de dirigir al general Pareja nuevas instrucciones, como lo hizo con fecha 25 de Noviembre, ordenándole que, conservando la posición de las Chincha con aquella parte de sus buques que considerase absolutamente indispensable, tomase con el resto de ellos la vuelta del Callao, verificado lo cual debería pasar una comunicación al Gobierno peruano pidiéndole manifestase si aceptaba las bases ó si consideraba oportuno proponer algunas modificaciones que no afectasen á su esencia, y que esperaba que contestase en el término de cuarenta y ocho horas.

Si el Gobierno peruano aceptaba las bases, el Sr. Pareja debía pedir un inmediato cumplimiento y que se enviase á Madrid alguna de las personas que hubiesen desempeñado cargos diplomáticos importantes en Europa, siendo esencial que se pasase al jefe de la escuadra una comunicación firmada por el presidente de la República ó el ministro de Relaciones exteriores, participando que dicho nombramiento se hacía para cumplir lo prevenido en el artículo 1.° de las bases del Sr. Pacheco.

En el caso de que el Gobierno del Perú exigiese algunas modificaciones ó explicaciones respecto á su sentido é inteli-

(1) Despacho al encargado de Negocios en Londres, fecha 26 de Octubre.

gencia, se aceptaría la negociación, señalando un plazo improrrogable de seis ú ocho días, que podría, sin embargo, ampliarse por razones muy poderosas, para terminar aquélla. No se aceptaría modificación alguna esencial, pero el general Pareja podría hacer las siguientes concesiones: á la base primera, que bastaba que el agente peruano que había de venir á Madrid declarase solemnemente que las autoridades del Callao intentaron reducir á prisión al secretario del Sr. Salazar en la inteligencia de que no era español ni tenía relación alguna oficial con el Gobierno de S. M. ni con sus representantes; y que consideraba la pretendida participación del Gobierno peruano en los atentados contra el comisario de España, como contraria á los deberes y sentimientos del Gobierno de una nación civilizada. Era condición *sine qua non* que esto se declarase en Madrid. A la base 2.ª, que las islas Chincha podrían ser evacuadas ó devueltas inmediatamente después que el Gobierno peruano hubiese firmado las bases del Convenio, y que el comisario español podría denominarse «agente especial», pero en este caso se añadiría un artículo expresando que se nombraría una comisión mixta para entender en las reclamaciones de súbditos españoles.

Si expiraba el plazo de la negociación sin haberse llegado á un completo acuerdo, se debía considerar el Sr. Pareja en el mismo caso que si el Perú no hubiese contestado en el término de las cuarenta y ocho horas ó fuese la contestación resueltamente negativa. En cualquiera de estos casos declararía que iba á principiar las hostilidades en el plazo de diez días, lo que debía llevar á cabo si el Gobierno peruano no iniciaba las negociaciones con arreglo á lo expresado.

En el caso de negociar, si se trataba de cambiar saludos entre los buques de ambas naciones, debía exigir que los peruanos disparasen los cuatro primeros cañonazos antes de que los españoles principiasen á disparar, y prosiguiendo luego alternativamente. Esta sería condición ineludible en el caso de aceptarse modificaciones en las bases. Por último, no debería

exigirse indemnización alguna por gastos de la expedición, á no dispararse un cañonazo ó hacerse declaración de guerra, en cuyo caso el Gobierno de S. M. reclamaría indemnización por todos los gastos causados desde la fecha de 14 de Abril último.

El 7 de Diciembre tomó Pareja el mando de la escuadra, que fué reforzada, primero con las fragatas *Blanca*, *Berenguela* y *Villa de Madrid*, y luego con la *Numancia* y vapor *Marqués de la Victoria* (1); y el 30 del mismo mes se presentó en las Chincha el general peruano Vivanco para negociar con el almirante español.

No obstante la buena voluntad de ambos plenipotenciarios, las negociaciones hubieron de prolongarse, hasta que habiendo recibido Pareja las instrucciones de 25 de Noviembre, se vió precisado á dar por terminadas aquéllas.

Dejando en las Chincha la goleta *Vencedora* y todo el convoy, se dirigió Pareja al Callao con el resto de las fuerzas, fondeando en dicho puerto el 25 de Enero de 1865. Inmediatamente envió al Gobierno del Perú un *ultimatum*, señalando para la contestación un plazo de cuarenta y ocho horas. Rechazada la mediación que el día 26 le propusieron el ministro y cónsul francés, el 27 por la mañana recibió el almirante una comunicación del ministro de Relaciones exteriores, anunciándole la visita de un plenipotenciario, y en efecto, poco después volvió á presentarse el general Vivanco. La conferencia fué larga, pero no infructuosa, pues el mismo día 27 quedó firmado el Tratado preliminar de paz entre España y el Perú (2). En él no se consignó nada acerca del saludo; pero

(1) La fragata *Triunfo* había quedado completamente destruída por un incendio casual en las islas Chincha.

(2) El Tratado, que lleva fecha de 27 de Enero de 1865, dice así:

Artículo 1.° Habiendo desaprobado el Gobierno de S. M. C. la conducta de sus agentes en el litoral del Perú, tomando posesión de las islas Chincha á título de reivindicación, y habiendo al propio tiempo el del Perú reprobado, como desde luego lo supuso el de S. M. C., la violencia intentada contra el comisario español en Panamá, según lo ha expresado

los plenipotenciarios acordaron, después de empeñada discusión, que disparasen el primer cañonazo los fuertes del Callao y que los demás disparos fuesen simultáneos. Se verificó el saludo, se devolvieron las islas, y el Perú pagó la indemnización. Todo parecía satisfactoriamente terminado, y sin embargo, ¡cuán lejos estaba de ser esto verdad!

Ni en España ni en el Perú fué bien recibido el Tratado. En España, porque las pasiones políticas que se habían apoderado de este asunto y que inspiraban todos los juicios, impidieron reconocer que, aun no hallándose exento de defectos, era dicho pacto bastante ventajoso, poniendo fin á una

---

el Gobierno de la República por medio de sus circulares y agentes diplomáticos, en guarda de su honor, queda allanado el principal obstáculo que se oponía á la desocupación de las dichas islas, y, por lo tanto, serán éstas evacuadas por las fuerzas navales de S. M. C. y entregadas á la persona que el Gobierno del Perú nombre para recibirlas.

Art. 2.° El Gobierno del Perú, á fin de cortar radicalmente toda posibilidad de desavenencia, confirmando sus amistosos sentimientos respecto de la España, acreditará un ministro cerca de S. M. C.

Art. 3.° Como el Gobierno del Perú nunca se negó en absoluto á la admisión del comisario español, y como el de S. M. C. ha manifestado en sus circulares diplomáticas de 24 de Junio y 8 de Noviembre últimos que el título de comisario especial no daña los derechos del Perú á su independencia, queda convenido por las partes contratantes que el Gobierno de S. M. C. podrá enviar á Lima, y el del Perú recibirá, un comisario especial encargado de entablar gestiones ó reclamaciones sobre la causa seguida por el suceso de Talambó.

Art. 4.° El Perú autorizará con plenos poderes á su ministro en España para negociar y concluir un Tratado de paz, amistad, navegación y comercio, semejante al ajustado por Chile ú otras Repúblicas americanas, que S. M. C., como el Gobierno del Perú, están dispuestos á celebrar.

Art. 5.° En dicho Tratado se establecerán al mismo tiempo las bases para la liquidación, reconocimiento y pago de las cantidades que por secuestros, confiscaciones, préstamos de la guerra de la independencia, ó cualquiera otro motivo, deba el Perú á súbditos de S. M. C., con tal de que reunan las condiciones de origen, continuidad y actualidad española.

Art. 6.° Las altas partes contratantes convienen en que la liquidación y reconocimiento de que trata el artículo anterior se hagan precisamente en virtud de pruebas documentadas, auténticas y oficiales, y nunca en virtud de pruebas testimoniales ni de ninguna otra clase.

Art. 7.° Si ocurriere alguna dificultad ó duda para la liquidación y

situación peligrosa para nosotros; porque ni era posible decorosamente retirar la escuadra antes de llegar á una solución, ni cabía que nuestros barcos, poco menos que abandonados por el Gobierno, pudiesen acometer en buenas condiciones empresas militares. Es más: en las instrucciones se había ordenado á Pareja que no exigiese indemnización sino en el caso de negociar después de romperse las hostilidades. Pareja se excedió de sus facultades al recabar una indemnización de tres millones de pesos, pagada en el acto, y luego pareció esa suma pequeña, insignificante, sosteniéndose que debía haberse exigido 30 ó 40 millones de pesos (1).

---

reconocimiento de alguna ó algunas de las entidades reclamadas, serán resueltas por una comisión de seis individuos, nombrados tres por cada una de las partes contratantes.

Art. 8.° El Perú indemnizará á España de los tres millones de pesos fuertes españoles que se ha visto obligada á desembolsar para cubrir los gastos hechos desde que el Gobierno de dicha República desechó los buenos oficios de un agente de otro Gobierno amigo de ambas naciones, negándose á tratar con el de S. M. C. en estas aguas, y rechazando de este modo la devolución de las islas de Chincha, que espontáneamente se le ofrecía. El presente Tratado será ratificado, etc.

Por las causas que expondremos en el texto, este pacto no llegó á ser ratificado.

(1) Ocupándose de este incidente de la indemnización, escribe el señor Novo y Colson en su citada obra: «Temió éste (el presidente del Consejo, general Narváez) que, conocida su imprevisión, sirviera de arma al partido vicalvarista para debilitar el nuevo prestigio ganado por la feliz terminación del conflicto peruano; y no cabe admitir que en su innegable perspicacia juzgara contraproducente y de efímera existencia el Tratado por lo ventajoso, puesto que, lejos de desaprobar lo hecho por Pareja, trató de arrogárselo como Gobierno y enmendar las cosas de modo que apareciese marcado en las instrucciones del 25 de Noviembre el punto referente á la indemnización. A este fin el ministro de Estado, D. Alejandro Llorente, escribió una carta semioficial, con fecha adecuada, á Pareja, la que debía considerar como una adición á las instrucciones citadas y quedar unida á ellas. En dicha carta se daba motivo para que, aceptada por el general plenipotenciario, reformase éste su comunicación del 28 de Enero en el sentido de que había exigido la indemnización obedeciendo á las prevenciones del ministro de Estado, y no á su propio criterio. Por el Ministerio de Marina, que regía D. Francisco Armero, se suplicó la aquiescencia de Pareja y su conformidad con esta prevención retrospectiva».

Más fundadas eran las quejas de los peruanos, porque conociendo éstos como conocían, sin que se sepa quién se las facilitó, las instrucciones recibidas por Pareja, las compararon con el Tratado, y formularon graves acusaciones, puesto que el Perú se comprometía á acreditar un representante en Madrid, y España no se obligaba á hacer lo mismo en Lima, y puesto que se hacía aparecer como que la República no había aceptado la devolución de las islas de Chincha, que espontáneamente se le ofreció (1), haciendo de esta negativa una de las causas que legitimaban la indemnización.

De la excitación que había provocado en los ánimos el conocimiento del Tratado, se valieron los enemigos del Gobierno peruano para provocar el 5 de Febrero, con motivo de haber desembarcado algunos individuos de la escuadra (2), un motín contra los españoles; motín que las autoridades militares trataron de reprimir, pero del que fueron víctimas un cabo de mar, muerto por el populacho, y varios tripulantes, que resultaron heridos.

Pareja reclamó enérgicamente en su comunicación al ministro de Relaciones exteriores. «La naturaleza y circunstancias todas de los sucesos—dijo—que lleva sólo iniciados el infrascrito, y la publicidad con que han tenido lugar, á la luz del día, ante el pabellón de todas las naciones civilizadas, exigen que el Gobierno del Perú, por su propio buen nombre, se apresure á imponer el más severo de los castigos á los culpables de semejantes sucesos; y por eso el ministro plenipotenciario de S. M. C., y comandante general de sus fuerzas navales en el Pacífico, revestido con toda la que le presta la razón y la justicia, y dispuesto como se halla con las que el Gobierno de

(1) Este y otros asertos del Tratado dieron lugar á que el almirante Hernández Pinzón formulase una reclamación ante el Gobierno por considerar aquéllos como atentatorios á su buena fama y nombre.

(2) También se hallaba en tierra el almirante Pareja, que había desembarcado para visitar al general prefecto del Callao, en cuya casa recibió la primera noticia de los sucesos.

su país ha puesto á su disposición para hacer que se respete su pabellón y los intereses de sus súbditos, cuando estén de su parte, como en el caso presente, la razón y la justicia, se apresure á manifestar al Gobierno del Perú, por medio de su excelentísimo señor ministro de Relaciones exteriores, que no considerará lavado el bárbaro ultraje inferido á su pabellón y á las personas é intereses de los súbditos españoles, sino con el condigno é inmediato castigo de los autores y cómplices de semejantes atentados» (1).

La contestación del ministro de Relaciones exteriores fué satisfactoria, prometiendo que se terminarían cuanto antes los procedimientos judiciales incoados, y que se castigaría á los delincuentes, y mencionando el estado de la República y su creencia de que el ataque á los españoles había sido un pretexto para desórdenes, cuyas verdaderas y reales causas eran de suma gravedad y trascendencia. No tardó en evidenciarse el fundamento de este aserto, pues la revolución estalló pocos días después. Antes de esto, habiendo sido destituído el prefecto del Callao, en atención á la queja del general Pareja, nombrado plenipotenciario cerca de S. M. C. el contraalmirante Valle-Riestra, y visitado el jefe de la escuadra española al presidente Pecet, creyó el almirante español llegado el caso de ocuparse de Chile, cuya actitud era cada día más hostil.

Mientras se desarrollaban los sucesos de que habremos de ocuparnos en el capítulo siguiente, se normalizaron las relaciones entre el Perú y España en términos que permitían abrigar la esperanza de que no se alteraría la paz entre ellas. El Gabinete de Madrid designó por su representante en Lima á D. Jacinto Alvistur, al que entregó dos credenciales: una como comisario especial y otra como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, fechada la primera el 14 de Mayo y la segunda el 16; y habiendo sido recibido oficialmente como

(1) Comunicación del general Pareja al ministro de Relaciones exteriores, fecha 7 de Febrero de 1865.

tal comisario el 21 de Julio, entregó sus credenciales como ministro plenipotenciario el 3 de Agosto, cambiándose entre él y el presidente afectuosos discursos.

Valle-Riestra se vió detenido en París por una grave dolencia, no pudiendo venir á Madrid hasta el mes de Mayo, siendo recibido por S. M. el 10 del mismo mes (1).

Entonces comenzaron las negociaciones para el Tratado definitivo de paz, en las que entendieron, como ministro de Estado, Benavides y Arrazola, que formaron parte del Gabinete Narváez, y desde el 21 de Junio D. Manuel Bermúdez de Castro, miembro del Ministerio O'Donnell (2).

De las primeras conferencias sacó el plenipotenciario del Perú la esperanza de concluir un Tratado digno y ventajoso (3); y creyéndolo así, presentó un proyecto en el cual eludió todo lo relativo al reconocimiento especial de la independencia del Perú, á la renuncia de los antiguos derechos de España sobre el territorio peruano y á la amnistía á cuantos habían tomado parte en la guerra de separación—ideas consignadas en todos los Tratados hechos por las Repúblicas de América con la Corona de España.—En vez de la cláusula especial de reconocimiento, se limitaba á consignar en la introducción del Tratado, como aludiendo á un hecho consumado, que la separación é independencia del Perú de su antigua metrópoli exigían el establecimiento de relaciones entre ambos, y que, en esta virtud, ambas partes habían nombrado sus res-

(1) Obsérvese que las credenciales de Alvistur, como comisario y como ministro plenipotenciario, llevaban fecha posterior á la recepción de Valle-Riestra, lo cual, en aquellas circunstancias, tenía marcadísima significación.

(2) Arrazola, ministro de Gracia y Justicia, estuvo encargado del Ministerio de Estado durante la enfermedad de Benavides, que era el propietario. Cuando O'Donnell sustituyó á Narváez, se encargó de la cartera de Estado D. Manuel Bermúdez de Castro.

(3) Despacho de Valle-Riestra al ministro de Estado del Perú. Madrid, 27 de Junio de 1865.—Véase toda esta correspondencia en la *Colección oficial de Tratados del Perú*, tomo VI.

pectivos plenipotenciarios, etc. En cuanto á la cuestión de la deuda, propuso Valle-Riestra que fuese objeto de una convención especial que debería negociar en Lima el ministro de España. Rechazó el Sr. Bermúdez de Castro semejante proyecto, y aunque al fin se llegó á un acuerdo respecto al reconocimiento, renuncia de soberanía, lo relativo á la deuda hizo que la negociación se prolongara.

Valle-Riestra alegó no tener instrucciones para aceptar lo que proponía el ministro de Estado español; éste quiso ver en esa excusa una infracción del Tratado del Callao; mediaron múltiples conferencias, y cuando parecía ya próxima una feliz solución, el movimiento revolucionario reprimido meses antes estalló con tal fuerza, que dió en tierra con la presidencia del general Pecet. El nuevo Gobierno peruano se declaró desligado de todo compromiso con España; negó validez al Tratado Vivanco-Pareja; no mantuvo relaciones con el representante español, y ordenó á Valle-Riestra se retirase de Madrid, rompiéndose las relaciones entre ambos pueblos en Enero de 1866.

Como luego veremos, al rompimiento diplomático siguió bien de cerca la declaración de guerra.

Jerónimo Becker

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*Historia del desarrollo intelectual en Chile,* por A. Fuenzalida.—*Mi año literario,* por A. Reynal O'Connor.—*El crepúsculo de los gauchos,* por Félix B. Basterra.—*Simulación de la locura* y *La psicopatía en el arte,* por el Dr. Ingegnieros.—*Más allá de los horizontes...,* por Blanco-Fombona.—*Lecciones de literatura española,* por S. Argüello.—*Anales de la catedral de Lima,* por el Dr. J. M. Bermúdez.—*Mayorazgos y títulos de Castilla,* por D. Amunátegui.=REVISTAS.—*Anales de la Universidad* (Chile).—Oidores de la Audiencia de Chile en el siglo XVII.—Equivalencia de títulos académicos y profesionales en América.—Convenios establecidos.—Higiene de la infancia.=*Revista Positiva.*—La República (!) de Panamá y la diplomacia contemporánea.—*Civilización* yanqui.=*Boletín de Instrucción Primaria* (Méjico).—La Comisión internacional americana de Arqueología y Etnología.

De todos los libros americanos que últimamente he recibido es, sin duda, el más importante, curioso y útil, el titulado *Historia del desarrollo intelectual en Chile.* Su autor, D. Alejandro Fuenzalida, profesor en el Instituto Nacional, era ya conocido en este género de trabajos por su considerable monografía sobre *Lastarria y su tiempo.* Abrazando cuadro de mayor amplitud, ha escrito ahora la historia documentada de la cultura intelectual chilena ó que tuvo por campo de acción el territorio de Chile, desde 1541 á 1810; en lo referente á instituciones de enseñanza pública (en los tres grados generalmente distinguidos: primario, secundario y superior), educación femenina, Ciencias jurídicas, Medicina y Cirugía, Geografía, Ciencias exactas y naturales, industria minera é influencia docente y moral de los eclesiásticos. Basta considerar el período á que se refiere esta *Historia,* para comprender que, tanto ó

más interés que para los chilenos, ha de tener para los españoles, pues en rigor forma un capítulo de nuestra acción intelectual en América, de la que suele hablarse, por lo común, muy vagamente. Como la mayoría de las instituciones de enseñanza se desarrolló ya en el siglo XVIII, y á este tiempo corresponden también muchos de los datos relativos á las demás materias, el libro del Sr. Fuenzalida constituye especialmente una contribución valiosísima á la historia de aquel simpático y efímero renacer de nuestra cultura que produjo el llamado «despotismo ilustrado», en cuya vida interior y vicisitudes aún no se ha penetrado bastante, á pesar de las muchas monografías que parcialmente han estudiado tales ó cuales manifestaciones suyas.

El autor cree que su libro «adolece en muchas partes de una invencible aridez».—«He caído—añade—en lo prolijo, que es como caer en lo árido; me he esforzado en comprobar, cuanto es posible, en sus fuentes originales, lo que digo, porque más que de entretenimiento este libro es de estudio». Declaro sinceramente que no tengo por falta esto de que se confiesa el autor. La aridez es uno de esos conceptos relativos que, más que en las cosas, están en el sujeto. Para muchas gentes, la música de Bach es árida; y sin embargo, ¡qué fuente de goces intelectuales no representa para los que tienen educado su gusto estético! Aquellos á quienes interese la historia—que son los que leerán el libro de Fuenzalida—seguramente no sólo no encontrarán árida la acumulación de pormenores (en que no creo, además, que el escritor chileno se haya extremado), sino que cada nuevo dato, cada particularidad insignificante para el vulgo, será un nuevo excitante de su curiosidad y deleite. Por otra parte, de los libros de historia no cabe esperar otra cosa sino pormenores y documentos. Cierto es que, á veces, los grandes artistas de la composición histórica urden relatos en que la erudición, exprimida en lo mejor de su sustancia, queda disimulada de modo que el «gran público», es decir, el público generalmente frívolo, el que lee por pura dis-

tracción ó para enterarse por encima, halla en lo escrito igual placer que en la literatura de entretenimiento. Pero esto no suele lograrse muy á menudo, ni sin sacrificio de condiciones científicas en la obra, ó con adición de elementos (pasionales, dramáticos, etc.) que no son propiamente del campo propio al historiador. Otra cosa es el arte de presentar y tejer las noticias y de aprovechar los documentos, ya extractándolos, ya dando de ellos los pasajes característicos, ó relegándolos á los apéndices para que no embaracen el texto y lo confirmen. Este arte creo que, en general, lo ha tenido el Sr. Fuenzalida, á lo menos en lo que llevo leído de su libro, muy superior (como era lógico esperar) al de *Lastarria*.

Para que el lector juzgue ahora por sí del interés de las materias tratadas, citaré algunos de los epígrafes y datos de varios capítulos.

El primero lleva por título *La Universidad de San Felipe y la cultura intelectual al finalizar la colonia*. En él se habla de la organización universitaria durante los primeros años; de la enseñanza en las diversas cátedras; de las ferias de grados; de los libros de los jesuítas. En 1756 no había en Santiago más que un doctor en Medicina, y éste de origen francés. A él se encargó la cátedra de esta materia en la nueva Universidad. Para la de Matemáticas «no hubo en todo el reino de Chile persona capaz». Aun después de proveída, quedó desierta, y «en todo el curso del siglo XVIII no se graduó ningún doctor, absolutamente ninguno, en Matemáticas». Esta ciencia, como la Medicina, era mirada con prevención. La enseñanza se daba en latín, cuyo uso en las aulas restableció un decreto de Fernando VI (11 Septiembre 1753).

El capítulo IV trata de la *Influencia docente y moral de los eclesiásticos*, para determinar la cual estudia la erección y alcance de las Universidades pontificias; la rivalidad entre la de los dominicos y la de los jesuítas; las costumbres y condición moral del clero; las misiones y sus resultados positivos.

El V está dedicado á *La educación de las mujeres: la vida*

claustral y la vida social, y expónense en él algunas costumbres femeninas de la época colonial; la educación en los claustros; lo que fué el Instituto de enseñanza para mujeres de la Compañía de María; las modas, etc.

Los datos relativos á costumbres no son, por cierto, edificantes. La sociedad colonial era, á lo que se ve por ellos, bastante depravada, y en la depravación, el clero tenía buena parte, á pesar de los esfuerzos de algunos prelados. Por lo común, las mujeres recibían instrucción y educación en los conventos de monjas, pero cuidando de capacitarlas, sobre todo, para ser buenas madres de familia, á la manera como esto se entendía entonces. El autor utiliza mucho los relatos de viajes por Chile, cosa acertada y que debe recomendarse, tanto más cuanto que en España, no obstante lo rica que es esa literatura, muy rara vez se acude á ella para historiar las costumbres.

***

D. Arturo Reynal O'Connor ha inaugurado unos *Anales literarios*, en que se propone ir recogiendo diferentes escritos sobre libros y hechos recientes, ó sobre asuntos puramente literarios. El primer volumen, que se refiere al año 1903 (1), contiene trabajos de política, historia, crítica literaria, etc. El autor expresa la razón de publicar estos *Anales*, del siguiente modo: «Opositor intransigente de la política industrial, y entregado desde hace muchos años á mi profesión y al cuidado de mis intereses, creí que en nada mejor que en escribir podía ocupar mis horas de descanso.—Sea cual fuere el valor del producto, no lo inspiró la vanidad literaria... sino sustraer el alma al espectáculo de la cosa pública, y olvidar los agravios á los principios y á las ideas... No reclamo benevolencia, y sin desafiar la opinión, me ofrezco como la primera víctima de la crítica, si con mi inmolación contribuyo á crearla, para sa-

(1) *Mi año literario*. Buenos Aires, 1903.

carla del sistema mendicante de cartas de recomendación». El trabajo más extenso é importante del libro es el titulado *Por las colonias,* que expone la vida de los cultivadores del campo argentino.

El crepúsculo de los gauchos, de Félix B. Basterra, es un libro implacable, en que se pone al desnudo el estado de la sociedad argentina, que el autor juzga deplorable, y más que deplorable, desesperado. Imposible es, para un extranjero, decir si la pintura es exacta, ó peca por exageradamente pesimista. En una dedicatoria que el autor ha puesto en ejemplar enviado á un amigo mío, dice que se lo envía «para que corrobore los asertos de Bunge». Supongo que se refiere al libro de Bunge titulado *Nuestra América.* Tenga ó no razón Basterra en todo lo que dice, yo declaro que me son sumamente simpáticos los pesimismos de ese género, porque tienen por raíz una idealidad elevada, y la santa facultad de indignarse ante lo malo, de dudar ante lo imperfecto, y porque, en el fondo, son pesimismos intelectuales que no trascienden á la acción paralizándola, sino, por el contrario, estimulándola al remedio. Cuanto más alto es el ideal y más viva la indignación, la pintura es más apasionada, y es seguro que sobrepuja á lo real, como aquellas terribles pinturas del mundo pagano que se leen en los escritores cristianos de los primeros tiempos. Y, sin embargo, de aquel paganismo tomó infinitos elementos de vida la nueva sociedad cristiana, y aún somos hijos de él en gran parte. Además, yo tengo gran confianza en los pueblos jóvenes y mezclados, con tal de que no se aislen ni cristalicen en una forma dada. Y en punto á defectos, creo también que hay muchos eternamente humanos, que no autorizan á desesperar sólo de una nación determinada; y otros, pasajeros, propios de estados de evolución social y, por tanto, vencibles. Pero, en fin, el fustigar es siempre sano. ¡Cuántos hombres no andarían si no sintiesen sobre su espalda el látigo de la censura, el golpe de la injusticia misma!

*
* *

Tengo al Dr. Ingegnieros por uno de los intelectuales más cultos y listos de la Argentina. Los lectores de La España Moderna ya están familiarizados con su firma y con la originalidad de sus trabajos. En estas crónicas he resumido varios capítulos de su libro en formación sobre *Simulación de la locura*. El libro acaba de publicarse (1), y constituye, á mi juicio, un acontecimiento en la producción literaria de América. Es, juntamente, la obra de un médico observador y de un psicólogo sagaz, alumbrado por una ilustración que los profesionales vulgares suelen considerar como inoportuna.

No hay para qué decir que ese libro encierra materias sobre las cuales me declaro incompetente para formular juicio; pero juzgo por las otras y por esa impresión de convencimiento que aun á los profanos producen las obras sólidas, fruto de un estudio verdad y de una penetración honda de los asuntos. Al final del libro, Ingegnieros resume su doctrina en algunas conclusiones. La simulación es para él un medio de la lucha por la vida, resultante de la adaptación á las condiciones especiales del ambiente en que se vive; por eso varía según las formas de la lucha, y se encuentra en todos los hombres, en mayor ó menor grado: «solamente los individuos superiores, psicológicamente más diferenciados, pueden sustraerse á las imposiciones de la adaptación al medio»; las simulaciones patológicas, entre ellas la de la locura, son un grupo de los fenómenos de adaptación; la simulación va en aumento de día en día, pues en la lucha actual «los medios astutos reemplazan á los violentos», pero «disminuirá en el futuro por el predominio del sentimiento de solidaridad social»; la simulación se produce aun en los alienados verdaderos, en quienes se da la comprensión de «las ventajas que reporta su estado, ó bien sus desventajas, y entonces disimulan»; en los delincuentes «está subordinada á

(1) *Simulación de la locura*, precedido de un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida.—Buenos Aires, 1903. Un vol. en 4.° mayor, de XIII-500 págs.

las circunstancias propias de la legislación penal contemporánea», por eso su criterio de interpretación debe ser «clínico-jurídico»; el delincuente simulador «no simula por sus anomalías psíquicas verdaderas, sino á pesar de ellas, contra lo afirmado hasta ahora por los autores»; contra las ideas hoy predominantes, «debe considerarse que la posibilidad de simular la locura para eludir la represión penal, es en absoluto independiente de las anormalidades psicológicas: los delincuentes más anormales son los menos aptos para usar de este medio defensivo en su lucha por la vida»; los delincuentes que simulan son, en su mayoría (83,13 por 100), de aquellos «en que predominan los factores externos ó sociales en la determinación del delito»; los delincuentes natos «dan una reducida minoría de simuladores (16 por 100)», etc.

Los criminalistas, los antropólogos, los médicos, discutirán la exactitud de estas afirmaciones. Que Ingegnieros acierte en todas ó se equivoque en algunas, importa poco. Lo que en el trabajo intelectual vale no es el resultado doctrinal, sino el esfuerzo de la investigación y el planteamiento de los problemas.

De Ingegnieros también es un breve libro, sumamente simpático, cuyo objeto principal es analizar y defender el que, con el título de *Hacia la justicia*, ha dado á luz recientemente el Dr. Sicardi (1). La crítica de Ingegnieros tiene en este caso doble valor: por lo personal que en ella hay, y porque nos revela los méritos de un escritor poco conocido en España. La introducción de este libro es un valiente alegato en pro de la cultura general de los profesionales. El alegato es tanto más de estimar, cuanto que no ya el público, sino los mismos especialistas, creen, por lo común, innecesario (y aun perjudicial) saber otra cosa que aquello que estrictamente se refiere á su profesión; con lo cual constituyen un peligro cada vez que los

(1) *La psicopatía en el arte.—Hacia la justicia, de Sicardi,* con una introducción sobre los médicos literatos. Buenos Aires, 1903.

azares de la vida les llevan á dar opinión ó voto sobre cosas de otra índole (y el caso es frecuente), y se incapacitan incluso para sacar de sus estudios especiales todo el fruto que darían de ser vistos en la orgánica relación en que todo conocimiento se halla con los demás, aun los relativos á esferas de la realidad que parecen distantes *toto orbe*. El Dr. Ingegnieros prueba, con citas, que, por fortuna, en su país son muchos los médicos literatos, es decir, los médicos que no se contentan con ser médicos en sus aficiones y trabajos intelectuales: manera segura para ser mejores médicos que los recluídos en los límites de una profesión forzosamente recortada, cuando así se la considera.

***

En un artículo anterior he hablado de *El éxodo y las flores del camino*. Del libro de Blanco-Fombona, *Más allá de los horizontes*.. (1), se podría decir casi lo mismo que del de Amado Nervo dije. Desenfado, sinceridad cruda, poesía, observación personal... Un libro *literario*, sugestivo, ameno, simpático. ¡Lástima que Blanco-Fombona galiparle á veces, sin necesidad! ¿Para qué decir «apartamento», cuando hay en castellano, en ese castellano que Fombona maneja con tanta soltura, palabras castizas que hacen inútil esa adaptación del vocablo francés?

El Sr. D. Santiago Argüello H. acaba de publicar unas *Lecciones de literatura española* (2) que son, á la vez, historia y antología. En esto segundo estriba su mayor utilidad. En la parte relativa á los contemporáneos, no siempre ha escogido bien. ¿A qué citar tanta medianía como cita, y menos que medianías, malísimos escritores (Ayguals de Izco, Pérez Escrich, Ortega y Frías y otros), aunque sea para fustigarlos? ¿No hubiera valido más detenerse algo en la exposición de las

(1) Madrid, 1903.
(2) León, Nicaragua, 1903. 2 vols.

obras de Guimerá, de Feliú y Codina y de otros, que se mencionan muy de pasada? El Sr. Argüello parece bien enterado de lo actual. ¿Cómo se explican, con esto, algunas omisiones de importancia en poetas, novelistas, dramaturgos y críticos? El estilo es demasiado retórico por lo común, y empedrado de galicismos y neologismos.

***

La colección de documentos y monografías históricas que publica el Gobierno mejicano, bajo la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima, y particularmente del jefe de ésta, Ricardo Palma, se ha enriquecido con un nuevo volumen de *Anales de la catedral de Lima*. Escribió estos *Anales* el doctor D. José Manuel Bermúdez, canónigo que fué de aquella iglesia desde 1806 á 1830, y constituyen «la historia más completa y auténtica de la catedral limeña durante la época colonial». Las noticias que trae Bermúdez comienzan en el año 1534 y terminan en 1824. Proceden de los antiguos archivos de Lima y de la catedral.

Otro libro de historia, muy interesante para los estudios biográficos españoles, acaba de publicarse en Chile. Es el tomo II de la obra titulada *Mayorazgos y títulos de Castilla*, cuyo autor es el conocido literato chileno Domingo Amunátegui Solar. Forman esta obra varias monografías de familias chilenas del siglo XVIII, procedentes de los colonizadores españoles, y que en esa época tenían instituídos mayorazgos ú ostentaban títulos de Castilla. La documentación que presenta y utiliza el Sr. Amunátegui es numerosa, y merced á ella el libro ofrece un rico manantial de pormenores y noticias curiosas sobre la sociedad chilena de aquel tiempo, y en particular sobre las costumbres, ideas y preocupaciones sociales.

***

El último cuaderno de los *Anales de la Universidad*, de Chile, que llega á mis manos, es el correspondiente á los me-

ses de Julio y Agosto de 1903. En él encuentro más de un trabajo de positiva importancia. El Sr. A. de Silva y Molina trae una serie de 34 breves biografías de oidores de la Real Audiencia de Chile en el siglo XVII, en su mayoría españoles peninsulares. Los hay andaluces, extremeños, castellanos nuevos y viejos y un asturiano, D. Alvaro Bernardo de Quirós, natural del pueblecito de Olloniego.

D. Gaspar Toro publica su informe sobre «Equivalencia de grados universitarios y de títulos profesionales en los diversos países americanos», que presentó al Congreso de enseñanza de 1902. El autor es resueltamente favorable á la equivalencia que, en principio, aprobó el Congreso panamericano de Méjico. Pero este acuerdo lleva trazas de no realizarse. Adelantándose á su aplicación, Chile ha convenido con la Argentina y Costa Rica sobre aquel asunto, y el Sr. Toro propone que estos acuerdos se conviertan en regla general. Su fórmula podría ser la contenida en los siguientes artículos:

«Art. 1.° Los certificados de estudios, los diplomas de grados y los títulos de profesiones liberales expedidos por la autoridad nacional competente en uno de los Estados contratantes, producirán en el otro los mismos efectos que si se hubiesen expedido en este otro Estado por la autoridad nacional competente.

»Art. 2.° Para dichos efectos, los indicados documentos se presentarán debidamente legalizados al respectivo Ministerio de Relaciones Exteriores, el cual dispondrá que se registren y archiven en la oficina de la autoridad correspondiente, una vez comprobada, en conformidad á las leyes del país en que dichos documentos se presenten, la identidad de la persona á que ellos se refieren».

Y añade el autor:

«Con los referidos convenios sobre equivalencia de grados y títulos para garantir el libre ejercicio de las profesiones liberales en los países latinoamericanos, ningún interés legítimo se contraría. Con ellos ganan ciertamente las relaciones

políticas y sociales de pueblos afines, llamados á conocerse mejor y á vivir juntos la vida del derecho; ganan el concierto de los intereses científicos y profesionales, y la cultura general de los espíritus.

»A esa conclusión puede llegarse. Aceptándola bajo su patrocinio, le prestaría fuerza poderosa este Congreso, ofrecido al adelantamiento de la enseñanza nacional por la iniciativa fecunda y la acción perseverante del hombre distinguido que hoy preside y rige la Universidad de Chile».

El Dr. Rodríguez Barros dedica un largo y sustancioso estudio á la higiene de la infancia, buscando la manera de disminuir el enorme coeficiente de mortalidad que se observa en Chile. Aduce el Sr. R. Barros numerosos datos adquiridos en una misión científica á Europa, y sus conclusiones son como sigue:

«1.ª La mortalidad general reviste entre nosotros caracteres de suma gravedad, y, siendo debida en mucha parte á la mortalidad infantil, todo cuanto se haga por disminuir ésta será obra patriótica y necesaria.

»2.ª Los resultados estadísticos y las experiencias hechas en otros países, permiten asegurar que se puede salvar un gran número de niños débiles ó prematuros, mediante cuidados especiales y el uso de incubadoras, por lo cual se hace necesario un servicio especial con este objeto en nuestras Maternidades.

»3.ª La leche de mujer es el alimento exclusivo del recién nacido, y es deber, tanto del médico como de las personas que tienen influencias especiales y rodean á las nuevas madres, alentarlas por todos los medios posibles para que den el pecho á sus hijos y para que sólo en aquellos casos en que esto es imposible recurran á la alimentación artificial, que será hecha con leche esterilizada.

»4.ª La creación de *Crèches*, y sobre todo de *Consultorios para recién nacidos*, medios reconocidos como excelentes de protección de la infancia, deben multiplicarse á medida de las necesidades.

»5.ª La unión de la Beneficencia pública y la caridad privada, del Gobierno y los Municipios, debe ser completa en esta empresa de protección á la infancia, y deben prestarse mutuo apoyo, porque sólo así se hará obra de verdadera utilidad y se salvarán todos los años millares de niños que pueden dar días de gloria y de riqueza á nuestro querido Chile».

En el número 37 (Diciembre 1903) de *Revista Positiva*, el profesor Aragón dedica un valiente artículo á *La República* (!) *de Panamá y la diplomacia contemporánea.*

Después de recordar la insistencia con que los gobiernos yanquis han expresado su propósito de ejercer su hegemonía en toda América, á pretexto de tutela sobre las repúblicas de origen latino, dice: «Si esta presunción á la hegemonía la fundasen en la superioridad moral y en la prosecución de grandes ideales, necio sería el que la censurase; pero como no se funda sino en el deseo del propio engrandecimiento, la miran todos con profunda desconfianza y la censuran todos con más ó menos libertad».

En apoyo de esa afirmación, consigna el autor los siguientes razonamientos:

«Hubo un tiempo en que los Estados Unidos fueron la esperanza de los amantes de las instituciones republicanas, el lugar del planeta adonde se fijaban las miradas de los que veían vinculado el progreso humano en la constitución de una sociedad pacífica ó consagrada á la industria. Hoy dominan en ese pueblo la Plutocracia, el Militarismo y el Imperialismo. En su vida interior ó nacional tiene una carcoma que ennegrece su civilización: *la pérdida progresiva de la libertad.* Los conflictos producidos por el trabajo últimamente en Chicago, la absolución en Lexington (Carolina del Sur) del asesino Tillman—criminal que, al cometer su horrendo asesinato, tenía el cargo de elevada autoridad—y otros muchos *hechos,* revelan con su abrumadora realidad que en los Estados Unidos se vive como vivían asociados los hombres en *la edad de la piedra.* Mr. Maurice Low, yanqui, en un artículo de la *National Review* (Octu-

bre último), dice: «El desorden y los actos de violencia son más comunes en aquellos Estados donde es menor la mezcla de población extranjera. Las clases realmente peligrosas en este país no son importadas, son nativas». De los homicidios dice el mismo autor: «Estos crímenes son tan comunes que no atraen ó apenas atraen la atención. Frecuentemente no es juzgado el asesino. Si se le somete á juicio, el juicio es siempre una farsa, y el asesino puede confiar con arrogancia en su absolución». Cuando en 1898 publicamos un *Ensayo* motivado por la guerra que declararon los Estados Unidos á España, al referirnos al estado social de los yanquis decíamos entre otras cosas: «Los asesinatos son tan frecuentes, que ya no causan aversión, menos espanto». Esta frase lastimó entonces la sensibilidad exquisita de nuestros compatriotas *yancófilos*.

»El profesor James, de la Universidad de Harvard, dice que la epidemia de los lynchamientos está asumiendo las proporciones de una enfermedad nacional profunda, que llegará á ser con certeza endémica, en cada lugar de nuestro país, en el Norte y en el Sur, si no es que se adoptan remedios heroicos rápidamente. El Norte está casi inoculado en su totalidad, como el Sur».

Sin embargo, el citado Mr. Low todavía tiene la frescura de afirmar, al predecir la anexión de parte del territorio colombiano por los Estados Unidos, que con esto «ganará la civilización» y en aquel país vendrá á sustituirse «la ley y el orden á la anarquía y el desorden».

La creación del Estado independiente de Panamá en 1903 no ha sido otra cosa que un juego de los sindicatos yanquis. La *independencia* encubre una verdadera *dependencia* que, lejos de dar al nuevo Estado «nacionalidad y respeto», lo presenta como mero instrumento y escarnio de la soberanía de las naciones.

Todos los datos que se conocen en punto á la revolución istmeña, comprueban que ésta ha sido una pura obra de los Estados Unidos y que, al fin, todo parará en un protectorado

yanqui, de que es ya preludio el Tratado existente. En éste concede el nuevo Estado á la federación yanqui «derechos absolutos y ejercicio de *soberanía* á perpetuidad en la región del Canal, con el consiguiente monopolio de la vía marítima y un ferrocarril. Los Estados Unidos garantizan la independencia de la nueva República».

La conducta de Mr. Roosevelt y Mr. Hay en este negocio diplomático será siempre uña sombra en su carrera política, pues aun desechando la suposición de que hayan ayudado siquiera moralmente á los rebeldes panameños, hay dos hechos incontrovertibles que hablan en su contra, á saber: haber reconocido incontinenti al nuevo Estado que surgía de una *separación* del territorio de nación amiga, y haber impedido la acción de Colombia para someter á los separatistas.

«¡Calcúlese la significación que habría tenido en el mundo que naciones poderosas de Europa hubiesen evitado á Lincoln que sometiese á los separatistas confederados! El presidente actual de Estados Unidos y su secretario de Estado son republicanos, y los sorprendemos en violación abierta de las tradiciones gloriosas de la política de su partido, al examinar su conducta en el caso reciente de Panamá. La *Convención Republicana* que colocó al gran Lincoln en la presidencia, por medio de declaraciones en extremo explícitas, dió á saber al mundo que la conservación de la integridad de la República debería ser el objeto de la actividad de su candidato, y que «á la perfecta unión de los Estados debía el país su prodigioso aumento de población, el sorprendente desarrollo de sus recursos materiales, el rápido incremento de su riqueza, la felicidad interior y los honores en el exterior, y que todo plan de desunión, cualquiera que sea su origen, es y debe ser aborrecible».

»A los ojos de Mr. Roosevelt y Mr. Hay, el plan de desunión de los panameños no fué aborrecible y *sí apetecible*. Causa desilusión que el estadista que ha mostrado amplitud de miras tratándose de los negros, que se ha esforzado en suprimir la corrupción de su país y en combatir las tendencias antisociales

de los *trust*, haya hollado la moralidad internacional con su apoyo al escandaloso panamá político que acabamos de presenciar.»

. . . . . .

«Los Estados Unidos serían un tanto menos censurables por su inmoral conducta, si ellos no se presentasen ante el mundo como defensores del derecho de los débiles y de los oprimidos (caso de Cuba, memorial al Czar sobre los asesinatos de los judíos, etc.), ¡ellos!, que distan tanto de poder tirar la primera piedra, como pueden distar las agrupaciones humanas hoy existentes que no aspiran á exhibirse como arquetipos!

»En la inmoralidad gubernativa de los Estados Unidos en estos días de Panamá, no todas han sido sombras: ha habido *luz*. Los partidarios del Canal de Nicaragua han obrado con celosa actividad y decisión enérgica; pero aunque sean fundadas las apreciaciones de los senadores que han condenado la conducta del Ejecutivo yanqui y han hablado en contra de los actos que rebajan el nivel de su nación, no es fácil saber si semejante modo de obrar lo ha inspirado el odio de partido ó la *moralidad política*, pues periódicos prestigiados de allende el Bravo han hecho la afirmación de que los aludidos senadores estaban dispuestos á dar su apoyo al presidente Roosevelt en sus actos referentes á la formación de la República de Panamá, siempre que el mismo presidente optase por la vía de Nicaragua.»

Lo sucedido en Panamá debe ser motivo de meditación para los gobiernos de las demás repúblicas. ¿Cuál ha de ser la conducta de éstos en vista de los avances del imperialismo yanqui y para conjurar el peligro de que sean mordidos por el inmenso pulpo?, pregunta el autor. Y contesta: «Debemos ante todo callar con sinceridad y buena fe los motivos de nuestras respectivas discordias, y rodearnos en torno de nuestros respectivos pabellones para darnos el abrazo de hermanos; pues sin unión, sin moral, sin obediencia á las leyes, sin respeto á las autoridades, sin amor al trabajo, sin el deseo de

constituir una patria fuerte y respetable por sus virtudes, seremos juguete de las ambiciones sin escrúpulos de los extranjeros más fuertes que nosotros. En una palabra: conservando el *orden* dentro de nuestras propias casas, trabajando por el *progreso* é inspirándonos en el *amor,* es como hemos de evitar todo pretexto de intervención de parte de los que ambicionen todo ó una fracción de lo que poseemos.»

. . . . . .

«Los pueblos de América formados por la conquista española tienen elementos reales y efectivos para constituir naciones respetables por títulos elevados. Trabajemos, pues, por la realización de esos ideales y por inspirar respeto á los demás, inspirándolo primero á nosotros mismos. Si así obramos, no tendremos motivos para ver sombrío el porvenir.»

El *Boletín de Instrucción Pública,* de Méjico, en su número de 30 de Mayo, trae interesantes datos sobre el establecimiento de una Comisión internacional americana de Arqueología y Etnología, cuyo proyecto se aprobó en el Congreso Panamericano de Méjico.

Para cumplir este acuerdo se reunió en 15 de Abril último una asamblea de representantes de algunos países americanos, la cual aprobó el plan orgánico de la Comisión. Los representantes de cuatro países significaron la intención de adoptarlo desde luego, «mientras otros ministros explicaron la necesidad de detener la acción final hasta requerir instrucciones de sus respectivos gobiernos, y se votó por unanimidad que se recomendara la adopción del plan y se hiciera una moderada apropiación á varios países americanos, con el fin de llevar adelante sus propósitos.

»Fué también decidido por voto unánime reunirse en sesión para la organización fiscal, el tercer lunes de Diciembre de 1903, y entretanto invitar á varios gobiernos americanos para que designen comisionados que concurran á esa sesión y participen en su organización.

»Bajo el plan adoptado, la comisión esta designada para

formar un cuerpo administrativo é incluir un cuerpo científico, el primero formado por comisionados designados oficialmente por los gobiernos que concurran, en número que no exceda al de tres por cada uno, y que tendrá un presidente, dos vicepresidentes y un secretario, electos per término de cuatro años; el personal de comisionados y esas oficinas administrativas serán honorarios. El cuerpo científico deberá constar de científicos y científicos prácticos *attachés,* escogidos por la Comisión, con un director general y un secretario y un director por cada país concurrente; estos puestos serán honorarios ó retribuídos, y los comisionados serán elegidos. Los fines especificados de la Comisión son: 1.°, promover la unificación de leyes relativas á antigüedades del Hemisferio Occidental; 2.°, aumentar y difundir los conocimientos concernientes á esas antigüedades y á los pueblos aborígenes por quienes fueron producidas; 3.°, despertar el interés por los vestigios de los pueblos desaparecidos; 4.°, unificar métodos en los museos de toda América; 5.°, trabajar para el establecimiento de uno ó más museos arqueológicos y etnológicos de carácter internacional.

»Se hará un presupuesto para adquisición, preservación y transporte de museo y oficina, para cambio de colecciones y trabajos científicos y para preparación y publicación de memorias.»

El plan ó reglamento íntegro ha sido publicado en el número de 20 de Junio del mismo *Boletín.*

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Los Concursos literarios.—La novela *Ganarás el pan...*, por D. Pedro Mata.

La publicación de la novela *Ganarás el pan...*, de D. Pedro Mata, premiada en un Concurso de cuyo Jurado formé parte, me sugiere algunas consideraciones acerca de esta clase de certámenes.

¿Es necesario fomentar la literatura? ¿es útil? ¿es práctico? ¿puede considerarse la literatura, aquella literatura que no tiene otro fin que el artístico, como cosa necesaria en la vida social, ó simplemente como un lujo y un adorno de la civilización? Desde luego hay que considerar que los hombres poseen ya un inmenso capital acumulado de esta clase, obra de las generaciones anteriores. Supongamos que en un período de cien años ó más se paralizara por completo la producción literaria, se extinguiese la raza de los poetas líricos, de los novelistas, de los dramaturgos; no se escribiera más que con fines de utilidad. En tal hipótesis, que es desde luego fantástica y aun absurda, las necesidades estéticas que satisfacen las obras literarias, suponiendo que subsistieran en ese extraño estado de infecundidad, no dejarían de hallar abundante pasto. Las letras han producido ya muchas más obras de las que permite leer y apreciar la vida entera de un hombre. Lo que se conserva de las literaturas clásicas, griega y romana; lo que ha llegado á nosotros de las orientales; lo que produjeron en la Edad Media las nuevas lenguas romances; el enjambre de obras que luego de constituídos ya estos idiomas forma las grandes literaturas

modernas francesa, inglesa, española, alemana en sus siglos de oro; la copiosa y rica literatura del siglo XIX, bastarían para que los que viviesen en aquella época de esterilidad literaria no careciesen del recreo de las letras ni de la educación del gusto que puede emanar de ellas, si posible fuera que se dieran, simultáneos, dos fenómenos tan opuestos, como son la incapacidad para cultivar la literatura y la aptitud para apreciar este género de belleza. Y ese capital no se gasta, no disminuye, no se consume, aunque generaciones sin número usen de él.

Pero, además, ¿puede esperarse que por virtud de una acción reflexiva se fomentaría artificialmente la producción literaria? En cantidad, acaso; pero no en calidad. La producción de las más importantes obras literarias no ha ido unida á consideraciones de utilidad que guiasen al autor, sino que ha sido efecto de una vocación especial, de un impulso espontáneo, casi irresistible. Si se atiende á los resultados prácticos: honores, riqueza, jerarquía social, que puede producir una profesión, es evidente que hay muchas ocupaciones que prometen mayores beneficios que el cultivo de las letras, y aun ha habido épocas en que éstas, aparte del halago del aplauso, no ofrecían más que muy escasos y problemáticos frutos, y ni siquiera podía esperarse de ellas que dieran de comer al que las consagrase su tiempo y su ingenio. En las dedicatorias de las obras de Cervantes se ve claramente la situación de domesticidad y casi de mendicidad á que se veían reducidos los grandes ingenios con relación á los magnates que, por vanidad ó afición á la literatura, desempeñaban el papel de Mecenas. El caso del autor del *Quijote* no es excepcional, sino común. Hasta los tiempos modernos, en que han aparecido los grandes públicos que pagan la literatura como cualquier otro servicio, no se han emancipado los escritores de esa situación de dependencia de príncipes ó magnates, que les ponía al nivel de los criados de los grandes.

Resulta, pues, que hasta en tiempos en que la literatura era desde el punto de vista de la utilidad uno de los peores

oficios, tuvo grandes y numerosos cultivadores; lo cual se explica, porque no es ésta, en realidad, una profesión como otra cualquiera, sino el resultado de una vocación ó inspiración especial. Precisamente uno de los males que produce hoy el que el cultivo de las letras sea un oficio regularmente remunerado, ó susceptible al menos de obtener suficiente remuneración, es que muchos le siguen sin tener aquella verdadera inspiración que engendra las grandes obras, y se dan á escribir novelas ó dramas, como podrían hacer alegatos ó recetas ó despachar expedientes, lo cual no es menos importante, pero sí distinto.

En la literatura, como en todas las bellas artes, hay una parte externa, técnica, de procedimiento, que está al alcance de cualquiera que la aprenda y posea regular talento. Por eso hay muchos que escriben novelas, dramas, poesías líricas, etc., sin ser verdaderos artistas, sin poseer el *quid divinum* de la inspiración literaria; y claro es que sus obras no agregan nada al tesoro de las letras, aunque sean ellas discretas y no se aparten de la reglas de la retórica. Es indudable que cuanto más produzca la literatura y más ventajas reporte, más aumentará el número de estos seudoliteratos. En cambio, aunque no se proteja ni se fomente de modo alguno la literatura, es caso improbable que el que lleve dentro una obra genial deje de escribirla y sacarla al mundo, pues en la vocación del artista hay algo de impulso irresistible. Ningún Cervantes se queda con el *Quijote* en el cuerpo.

No hace falta que se escriban muchas novelas ni muchos dramas, sino buenas novelas y buenos dramas. Un libro es capaz de difusión indefinida y puede servir para millones de lectores. Las obras literarias, aunque se fijan y conservan en materiales tan frágiles como el papel, son lo más duradero que han hecho los hombres, lo que menos padece con la acción del tiempo, lo que experimenta menor desgaste. Más de dos mil quinientos años de uso no han conseguido desgastar aún los poemas homéricos.

Síguese de esto que no hay necesidad de fomentar la literatura, y que, de hacerlo, probablemente no se conseguiría otro resultado que el de aumentar el número de obras, añadiendo estímulos á los que ya lleva consigo la profesión de las letras desde que hay públicos numerosos que la retribuyan, cosa que verosímilmente ha de ir en aumento al compás de la difusión de la cultura. El mercado literario crece á medida que hay más gente que sabe leer y que entre los que saben leer hay mayor suma de conocimientos.

Dicho esto, se comprenderá que no doy importancia á los Concursos como medio de fomentar las letras. Hay que mirarlos desde un punto de vista más prosaico, como un medio de propaganda, como un recurso para llamar la atención del público. Por eso los periódicos, maestros en las artes de la publicidad, son los que los han generalizado modernamente en España, dándoles una resonancia que no alcanzaron antes, cuando no salían del modesto círculo de los juegos florales y otros ejercicios literarios semejantes.

Pero el que los Concursos sean en puridad un reclamo no debe desacreditarlos. Nuestra escasa capacidad para la lucha económica hace que desdeñemos ó aparentemos desdeñar generalmente los españoles, so capa de idealismo, lo que con ella se relaciona y lo tengamos por cosa subalterna. No hay nada de eso. El reclamo, por prosaico que parezca, es una necesidad de los tiempos modernos, pues siendo tantas las cosas que solicitan la atención de las gentes, y andando ésta distraída entre sinnúmero de objetos, forzoso es atraerla con habilidad cuando se quiere que en alguno se fije particularmente.

Tienen, pues, los Concursos la ventaja de atraer la atención, y desde este punto de vista son muy beneficiosos para los autores que en ellos obtienen el lauro, pues así alcanzan una notoriedad superior á la que habrían conseguido por los caminos ordinarios. Y en países de pocas iniciativas y de actividad perezosa é inconstante, sirven también para estimular en

cierta medida aptitudes que, sin ocasiones tales, tardarían más en revelarse.

En compensación de estas ventajas, ofrecen inconvenientes notorios. Dan lugar á una producción forzada, sujeta á límites de tiempo, extensión de obras, etc., que no puede menos de perjudicar á la espontaneidad y desarrollo natural de los trabajos que se escriban expresamente para concurrir á uno de estos certámenes, inconveniente mucho mayor tratándose de obras literarias que de escritos puramente didácticos, en los cuales entra por menos la inspiración, ó tal vez no se necesita, y lo que hace falta es investigación, consulta de textos ó, en general, aprovechamiento de las fuentes del saber que sirvan para el caso, todo lo cual se presta á una labor metódica, constante y hasta en parte mecánica, que no puede aplicarse de igual manera, con esperanzas de buen éxito, á las creaciones artísticas. Otro inconveniente de los Concursos literarios es que pueden extraviar á la parte menos ilustrada del público sobre el verdadero valor de las obras premiadas, presentándolas como cosa extraordinaria, pues no todos comprenden que lo que se premia es el mérito relativo, lo mejor de lo presentado, siendo aceptable.

Vienen luego las dificultades del acierto. Es menos fácil de lo que se cree discernir cuál es la mejor entre varias obras literarias que no se diferencien mucho. Que una novela es mala, puede apreciarse con seguridad, no habiendo enemistad ó pasión por medio; que es buena, con relativa probabilidad de acierto; que es la mejor de las presentadas á un Concurso, no pasa de ser una impresión, un juicio personal, una preferencia subjetiva que acaso variara si fuesen otras las personas encargadas de dar su parecer ó fallo. Sólo en el caso de que exista una gran diferencia de mérito entre las obras de las cuales haya que elegir, sólo cuando alguna de ellas sobresalga extraordinariamente de entre sus compañeras, puede adquirir ese juicio cierta certeza objetiva. No basta que los jueces encargados de fallar el pleito literario sean competentes é impar-

ciales. En los juicios literarios entran por mucho el gusto personal de cada uno, sus ideas, sus lecturas favoritas. Puede sentarse como axioma que el fallo del Jurado de un certamen literario es cosa provisional, un antejuicio, una sentencia que tiene que pasar á más señores y que no adquiere fuerza mientras no la confirma el público.

Y no está sólo la dificultad en lo que tiene de subjetivo y variable todo juicio literario. Falta un criterio fijo. ¿Qué debe premiarse, por ejemplo, en una novela? ¿lo castizo y elegante del lenguaje? ¿el pensamiento de la obra? ¿la habilidad en el desarrollo del argumento? ¿la originalidad de los caracteres? ¿la novedad del asunto? ¿el colorido y la fiel reproducción de la vida? Puede haber sobre esto opiniones diversas. Por mi parte creo, y lo diré de pasada, que á lo que debe atenderse con preferencia es á lo específico en la clase de obras de que se trate: siendo novelas, á lo específicamente novelesco. ¿Y qué es lo novelesco? Una novela es una historia imaginaria, y su efecto estético se mide por la intensidad con que estén presentados esos hechos imaginados que la sirven de asunto. La presentación movida, animada, viviente de los sucesos y personas que crea el novelista es lo que mayormente califica su habilidad como tal. Lo cual no quiere decir que sea indiferente la calidad de esos tipos ó escenas. Pero la mera inventiva no basta, si no existe esa verdadera encarnación ó vivificación del asunto. Con todo, es esta materia opinable, y habrá de seguro quien piense de otro modo.

*
* *

Desde este punto de vista, puede considerarse que el Concurso de novelas abierto por la Casa Henrich, de Barcelona, ha sido afortunado, pues la novela premiada en primer lugar tiene, antes que otro alguno, ese mérito.

No es la naturaleza del asunto, ni la índole de los personajes, ni el hondo análisis psicológico de éstos, lo que distingue

á la novela *Ganarás el pan*... y hace de ella la revelación de un novelista hasta ahora inédito. Es esa viviente evocación de la realidad; es la pintura, llena de colorido y movimiento, de un medio especial, de una clase de hombres, de un aspecto ó una esfera de las costumbres. Pinta esta novela la vida de la bohemia literaria, descrita muchas veces desde Murger acá, pero que en la novela española ha tenido mucha menos importancia que en la francesa, por ejemplo. Desde luego ha perdido ese género de tipos y costumbres gran parte de la aureola de que los rodeó el romanticismo. No ha desaparecido la bohemia, pero sí ha decaído, al menos como tema literario, y tal vez se deba en primer término al cambio de las condiciones económicas de la profesión literaria. En los tiempos heroicos de la bohemia no había apenas términos medios entre la miseria y la opulencia, entre la obscuridad y la fama. Faltaba esa multitud de ocupaciones literarias modestas que pueden dar el pan de cada día sin encumbrar al que las ejercite, y que han desaparecido á consecuencia de la difusión de la lectura, el desarrollo de la industria editorial, y más que nada del extraordinario crecimiento del periodismo. El bohemio que se lanzaba entonces á conquistar la gloria y la riqueza tenía algo de épico, por las dificultades de la aventura que emprendía. Hoy acaso los sentimientos, las aspiraciones y hasta las ilusiones del bohemio serán las mismas; pero como en esa conquista de la gloria y de la posición social hay muchas estaciones intermedias, modestas las más, pero tolerables, resulta simplemente un luchador por la vida; no es épico, no es un loco que puede resultar sublime; es un hombre que sigue un camino bastante frecuentado, y en que, si es dudoso llegar hasta el fin, se corre ya poco riesgo de perecer. El que sueña con la gloria dramática puede no llegar á Shakespeare, quedarse á inmensa distancia, pero con todo vivir cómodamente del trimestre. Y por lo mismo que la profesión literaria se ha vuelto menos precaria y aventurada y ha adquirido mayor seguridad, se ha *aburguesado*, han entrado en ella hábitos de orden y de normali-

dad, que tienden á hacer desaparecer la bohemia, á limitarla, á convertirla en un estado pasajero y hasta en una excepción.

Los personajes de la novela del Sr. Mata están concebidos con estas proporciones modestas que hay que dar á lo que queda de la bohemia. No son románticos, sino realistas, y al decir esto no me refiero á sus ideas estéticas, sino á su traza y á su proceder. No sienten la angustiosa obsesión del protagonista de *L'Œuvre*, no se han enamorado de un ideal que juega con ellos negándoseles; luchan por la vida, sin perjuicio de soñar á veces con encontrarse á la gloria en el camino.

La vida es relativamente fácil para los personajes de esta novela. Asoma pocas veces á sus páginas la siniestra catadura de la miseria de levita, y no muestra más que una pequeña parte de sus horrores. Los bohemios de *Ganarás el pan*... encuentran fácil el bolsillo de los amigos ó tropiezan con *cocottes* generosas que les protegen. El mismo protagonista tiene ciertos rasgos de Alfonso sentimental. Este personaje, cuyas aventuras son el eje de la novela, es un joven que ha consumido la herencia paterna corriendo juergas en París y en Madrid. Pero es algo más que un *noceur* ó un juerguista. Es literato, tiene estudios, cultura, gusto. Mas estas mismas prendas de su ingenio le hacen difícil para admitir ciertos trabajos subalternos, y casi le inhabilitan para la conquista del pan de cada día. La novela nos le presenta al principio viviendo al amparo de un tío suyo (D. Tomás), de cuya esposa (María) está enamorado el sobrino (Luis Gener). Tiene esta dama el siniestro sino de enamorar á todos los parientes de su esposo. En la historia de aquel matrimonio hay un drama. Un hijo de anteriores nupcias del marido se prendó locamente de María y se suicidó al verse rechazado por ella. El esposo lo sabe y odia á aquella mujer, que le ha sido fiel, pero que causó la muerte de su hijo. Y Luis, el sobrino, que es sentimental y romántico, al ver maltratada y aborrecida por el marido á la infeliz mujer, se enamora de ella.

Esta primera parte no está más que esbozada en la novela,

y resulta casi superflua por los rumbos que toma luego la acción. El análisis psicológico del hombre aquel que llega á aborrecer á la esposa honrada, cuya presencia le recuerda constantemente al hijo muerto, era un asunto tentador, materia sobrada para llenar él solo una novela. Pero en *Ganarás el pan*... todo eso queda lejano, borroso; lo cuenta incidentalmente uno de los personajes, es una mera referencia.

Volvamos en busca del protagonista. Se muere el tío, y Luis Gener, no queriendo comprometer á la viuda con la convivencia bajo el mismo techo, se va de la casa después de haber cambiado con ella juramentos de amor. Y se va de un modo inverosímil, sin una peseta, sin más ropa que la puesta, como no se va nadie de su casa, por enamorado que esté de su tía. Vive primero con un pintor que le brinda hospitalidad. Comparte luego el techo *et le reste* con una *cocotte* á quien él socorrió en sus tiempos de opulencia; entra en un periódico, escribe un drama titulado *Ganarás el pan*...; se bate por un artículo ajeno, y le abren la cabeza; y cuando convaleciente de la herida, desalentado, triste, convencido de que no sirve para las letras, está pensando en buscar un medio obscuro y humilde de vivir, un destino, un pedazo de pan, vienen una noche sus amigos á anunciarle que su drama (cuyos ensayos le habían ocultado) se ha estrenado y ha obtenido un éxito loco. El público le aclama; quieren que se levante de la cama para ir á recibir la ovación. ¿Llegaré á tiempo?, pregunta afanosamente el enfermo. É Isabelilla, la *cocotte* que vive con él, le dice: «¿á qué esas prisas? ¿á qué quieres llegar, si ya has llegado?», aludiendo á la conquista de la fama y de la posición.

¿Y la tía?, preguntará tal vez algún lector curioso. La tía se eclipsa, desaparece, se mete en un convento. Ha sorprendido una vez á Luis é Isabelilla, y, desengañada del amor del mozo, le abandona. Es una figura que pasa rápidamente por la novela y que está deseando salir de ella.

Un extracto breve sólo puede dar confusa idea de una novela. En el anterior resumen del argumento de *Ganarás el*

pan... se omiten muchos episodios, algunos superfluos, que quedan colgando, sin finalidad conocida, sin concluir, como el de la *cocotte* que mata de una puñalada á su rival; otros, bien encajados en la acción general de la novela y de verdadera fuerza dramática, como el de los amores de Antonio Biedma y la cómica Elena Samper, y el lamentable fin del mísero enamorado poeta, que muere de amor y de borracheras en la cama de un hospital.

En general se observa cierta incoherencia en la acción de esta novela. Hay en ella acciones subalternas y episodios que no tienen razón de ser y cuya introducción no se explica. Parecen como órganos atrofiados que han quedado de una concepción primitiva de la novela, distinta de la que ha prevalecido al fin en la ejecución. Quizás el autor pensó dar mayor desarrollo á algunas partes de su obra, y modificó luego este propósito, para acomodarla á las condiciones del Concurso ó de la Biblioteca en que había de publicarse en el caso de ser premiada.

Lo mejor de *Ganarás el pan...* son sus descripciones: las del Carnaval, la del ensayo en un teatro del *género chico*, la del depósito de cadáveres en el hospital, la de la inauguración del merendero. Algunos personajes, en primer lugar Isabelilla, que recuerda algo á la Perí de Galdós; el pintor Boncamí, y, en general, los bohemios, son figuras rebosantes de vida, llenas de naturalidad. El carácter del protagonista resulta más borroso, y á veces contradictorio. El argumento de la obra adolece de cierta pobreza. Pero la fuerza descriptiva de varias escenas y el relieve de ciertos personajes elevan esta novela sobre el nivel ordinario y hacen de ella una de las mejores de la Biblioteca de novelistas del siglo XX.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Sociología: ¿Es incompatible el amor á la patria con el amor á la humanidad?=Historia: El proceso de Juana de Arco.=Costumbres: ¿Señorita ó señora?=Literatura: Dramaturgos y novelistas.=Grafología: La edad de la escritura.=Ciencias naturales: ¿Tienen oído los animales acuáticos?—Nuestra cabellera.=Impresiones y notas: León Tolstoi y los clericales rusos.—La supervivencia de la personalidad.—Herbert Spencer y el Japón.

SOCIOLOGÍA

¿Es incompatible el amor á la patria con el amor á la humanidad?—Tal es la pregunta formulada por *La Revue*, de París, para servir de base á una curiosa información, más interesante por la notoriedad de los sabios, filósofos, historiadores, moralistas, críticos, novelistas, poetas y periodistas consultados, que por el valor mismo de las respuestas.

El cuestionario que ha servido de base á la información estaba redactado del modo siguiente: «¿Es incompatible el patriotismo con los sentimientos humanitarios que parecen afirmarse cada vez más en el mundo civilizado: solidaridad entre todos los miembros del género humano, conciencia del salvajismo de los instintos primitivos que impulsan á las razas á odiarse, horror á las luchas en que se matan mutuamente hombres que personalmente tendrían motivos para estimarse, respeto de la justicia reconocida como superior á la fuerza brutal para resolver los conflictos entre las naciones y las disputas entre los individuos?—¿Hemos llegado á una época

en que la idea de patria, habiendo dado ya todos sus frutos para el desarrollo de la humanidad, tendería á ser reemplazada por otras ideas?—Ó bien, por lo contrario, ¿es bueno que cada nación conserve su patriotismo para continuar su evolución histórica trabajando á su modo por el progreso de la humanidad?» He aquí las respuestas más interesantes:

Miguel Breal, filólogo.—En 1870, los más optimistas no veían más que guerras implacables en el porvenir; han pasado treinta años, y las corrientes son de paz, debiéndose esta resurrección del espíritu pacífico, no á los políticos ni á los sabios ni á los literatos, sino á las masas populares, hartas de suministrar materia viva á los conflictos internacionales; á la juventud, que no se cuida de pasar en los cuarteles los mejores años de la existencia; á los trabajadores, agobiados por el peso acumulado de las faltas del pasado. Siendo las masas pacíficas, hay que tener confianza en el porvenir.

H. Duclaux, director del Instituto Pasteur.—El patriotismo es un legado de la época en que la enseñanza de la historia atendía á sembrar envidias entre los pueblos y los gobiernos y á cambiarlas en odios. Cada nación tenía su historia y su patriotismo. Hoy se ve que hay otra historia en la que todo el mundo trabaja, y que todo el mundo aplaude. Y esto se comerá á aquello.

Emilio Faguet, crítico y académico.—La cuestión es sencilla: el patriotismo es la salud de los pueblos; los pueblos sanos lo tienen en una forma y en otra; los pueblos enfermos no lo tienen. Los pueblos humanitarios están condenados á morir y ser absorbidos por los pueblos patriotas. En Europa, el último pueblo patriota absorberá á los demás y creará una Europa análoga al Imperio romano, que será fuerte *si tiene un enemigo* y si es patriota, y que será débil y malsana si no tiene enemigo ó no es patriota; y en este último caso será devorada por la primera banda de incultos que se presente para conquistarla, como ocurrió al Imperio romano.

Alfredo Fouillée, crítico y filósofo.—Hay que estar *por* su

patria, no contra las demás patrias, sino con ellas, y todas juntas con la humanidad. La Humanidad, como unión orgánica de todos los hombres, no es todavía más que un ideal. El nacionalismo exclusivo es un error y una injusticia; el internacionalismo exclusivo no es menos falso ni menos injusto. No vayamos á sustituir la patria de los franceses ó de los españoles por la patria de los proletarios ó la de los capitalistas. Kant mismo ha dado á las naciones esta solemne advertencia: «Hasta el momento supremo de la constitución de los Estados Unidos de Europa, tenga cada pueblo la mano sobre la empuñadura de su espada; de otro modo, podría desaparecer antes del gran día».

El conde de Haussonville, sociólogo y político.—Si hay que optar entre el patriotismo y los sentimientos humanitarios, opto por el patriotismo.

Luis Havet, profesor del Colegio de Francia.—El amor á la patria y á la humanidad son de los más compatibles. Cada nación vive hoy con el cerrojo echado y el revólver cargado, como un hombre que no cuenta con la policía. Organice Europa su policía, y las naciones podrán estar entre sí como personas honradas.

Izoulet, profesor de Moral en la Normal.—Reproduce y hace suyos estos textos de Roosevelt: «El hombre que ama los demás países tanto como el suyo es un miembro tan inútil de la sociedad como el que ama á las demás mujeres tanto como á la suya». «La nación más saturada de la idea nacional es el miembro más útil de la confraternidad de las naciones».

Anatolio Leroy Beaulieu, economista.—La idea de patria es una idea esencial que, lejos de estimarse como una añeja superstición, es uno de los sentimientos más elevados, más propios para ennoblecer el alma y para alzar á los hombres por encima de los intereses de su efímera personalidad. No hay oposición entre el amor á la patria y el amor á la humanidad, pues el verdadero patriotismo no consiste en querer mal á los demás pueblos. Suprimir las naciones sería mutilar y

empobrecer la humanidad. La concepción de una sociedad cosmopolita no sólo es una quimera, sino una utopia retrógrada, análoga al sueño de la monarquía universal, que tanta sangre ha hecho correr.

Magnaud, magistrado.—El mejor patriota puede tratar al extranjero como hermano.

A. Mezieres, literato y filósofo.—El patriotismo es la virtud esencial de los pueblos que quieren permanecer fuertes. Un pueblo no funda nada, no conserva nada, si no tiene ardiente amor á la patria. Nada impide conciliar este sentimiento con el amor á la humanidad.

Federico Passy, apóstol de la paz.—Voltaire escribió: «El amor de la patria es el odio á la patria de los demás». Y San Pablo dijo: «No hay ya griegos ni judíos, escitas ni romanos: todos sois hermanos». Hay que amar á su patria, pero no por eso hemos de aborrecer al extranjero. Hay dos políticas: la de la expoliación mutua y la de la asistencia mutua; y hay dos grandezas: la relativa, consistente en creerse más elevado cuando se ha rebajado á los demás, y la absoluta, que consiste en elevarse realmente uno mismo por el trabajo, la justicia y la paz. Ese debe ser el ideal del verdadero patriota.

Carlos Richet, fisiólogo.—El patriotismo es un sentimiento muy noble, pero que se ha ensanchado extraordinariamente, no siendo fácil fijar sus límites, que se confunden con los de la raza. Si es lícito sentir preferencias, es á condición de que no impliquen odio, mentira ni injusticia. Amar á los franceses no quiere decir que se deteste á los italianos ó á los alemanes. El patriotismo debe ser cultivado en los jóvenes; pero hay que enseñarles que por encima de la idea de patria está la idea de justicia, y por encima de ésta todavía está la de fraternidad.

Gabriel Tarde, sociólogo.—El patriotismo en sus orígenes fué el espíritu del *clan*, la injusticia organizada; para unos el privilegio y para otros la opresión; después este espíritu se dulcificó, y hoy ha sido rechazado hasta las fronteras; pero

subsiste, pues los Estados viven entre sí sin ninguna obligación jurídica, y no se creen obligados á hacerse justicia entre sí. El internacionalismo económico no hará desaparecer el patriotismo, que está llamado á ser, en el porvenir, estético sobre todo, aunque ahora no tenga tal carácter.

Eliseo Reclus, geógrafo anarquista.—La patria y el patriotismo, tal como estos conceptos están sancionados por la diplomacia, el régimen militar y el sistema fiscal, son una deplorable supervivencia, producto de un egoísmo agresivo que sólo puede dar por resultado la destrucción de las obras humanas y el exterminio de los hombres. Históricamente, la patria fué siempre idea mala y funesta. El mundo nos pertenece y nosotros pertenecemos al mundo. ¡Abajo las fronteras, símbolos de acaparamiento y de odio! Tenemos prisa de poder abrazar á todos los hombres y llamarlos hermanos.

Julio Claretie, novelista.—El patriotismo es compatible con los sentimientos humanitarios; no debe ser un instinto que odia, sino una virtud que prefiere. Se puede amar y servir á la humanidad; pero es inútil sacrificarla esa idea de patria que ha hecho la fuerza de las naciones. Un patriota militante es un humanitario en acción. En cuanto á la cuestión del «respeto á la justicia, horror á la fuerza brutal, amor al prójimo, inutilidad de las fronteras, si todos los hombres fuesen hermanos y todas las naciones hermanas...» ¡Verdades que son la verdad misma, pero que se desvanecen al menor arrebato de cólera y desaparecen al primer cañonazo! La razón, sin embargo, acabará por triunfar. ¿Cuándo? ¿es hoy? ¿será mañana?

Francisco Coppée, poeta.—Perdonad á un viejo que prefiera su patria á las demás naciones, y preguntad al primer niño que encontréis si quiere más á su mamá que á las vecinas.

Anatolio France, literato.—Sabemos que todos somos hermanos y que es criminal matarnos; pero nos empuja á la lucha la mala organización de nuestras relaciones internacionales. Estamos en el caso de las ciudades griegas: unidas contra los

bárbaros, no cesaban de luchar entre sí por la hegemonía.

Pablo y *Víctor Margueritte*, novelistas.—Hay patriotismo y patriotismo; el bueno no está formado por el odio al extranjero; pero hay que atenerse, con raíces profundas, al alma y al cuerpo de su país. En cuanto á la guerra, debe desearse que se haga imposible de hecho, imposible de derecho, anulada por pacíficos arbitrajes y repudiada por la conciencia humana.

Octavio Mirbeau, literato.—El patriota, dice, me hace el efecto de un salvaje con su cabeza adornada de plumas y su cintura de cabezas cortadas. Le hacen creer que es un héroe, y es en realidad un asesino. La idea de patria es la que sostiene todavía la abominable cuestión de las razas, cuando no debía haber más raza que una, la humanidad. Pero ¿qué sería entonces de los artistas, de los poetas, del pueblo mismo, que necesita su pasto de errores, prejuicios y mentiras? ¡Pobre pueblo! El ideal del humanitarismo está lejos de realizarse.

HISTORIA

El proceso de Juana de Arco.—El P. Antonino Thonna-Bartet viene tratando en *La Ciudad de Dios* los dos procesos de Juana de Arco, y de este curioso estudio extractamos la parte relativa á los interrogatorios secretos que sufrió la valerosa doncella después de los cinco interrogatorios públicos á que la habían sometido los ingleses sin resultado alguno.

Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, presidente del Tribunal, necesitaba condenar á Juana; pero ¿cómo condenarla sin que resultara cargo alguno contra ella? Por eso se había reservado tres puntos en los interrogatorios públicos, con los que esperaba que podría confundir á la doncella. Estos puntos eran: 1.°, el salto de Beaurevoir; 2.°, el traje masculino; 3.°, la sumisión á la Iglesia.

Cuando Juana cayó prisionera, Juan de Luxemburgo la llevó á su castillo de Beaurevoir, junto á Cambrai, ence-

rrándola en la torre más alta. De allí quiso Juana escaparse para socorrer á Compiegne, sitiado por los ingleses; pero Santa Catalina la disuadió de ello prometiéndola que Dios la ayudaría y socorrería á la ciudad; Juana, desatendiendo estos consejos, al saber que Compiegne estaba á punto de rendirse, se descolgó de la torre por medio de unas cuerdas ó correas, que se rompieron, cayendo Juana al suelo sin sentido, y estando tres días sin comer ni beber, oyendo las reprensiones de Santa Catalina, que la mandó confesar y pedir perdón á Dios, asegurándola que Compiegne no se rendiría, como en efecto sucedió. Esta era una de las acusaciones.

La del traje masculino era otra. Para dirigir las operaciones y montar á caballo sin ofender al pudor, Juana llevaba una armadura completa de hierro con una túnica ó falda que sólo la llegaba á las rodillas, y jamás se despojaba de este traje ni aun para dormir, soportando esta mortificación para defender su recato, exigiendo además que sus dos hermanos, Juan y Pedro, no se apartasen de su lado; después de prisionera, tampoco quiso quitarse el traje ni cambiarlo por otro, teniendo gran fe en su eficacia y defendiéndose con él de las tentativas obscenas de varios lores ingleses y de sus carceleros.

La tercera acusación era la más delicada de todas. Juana se había presentado siempre como enviada de Dios, y la asamblea de teólogos de Poitiers había admitido aquella misión divina. Pero como Juana nada sabía de teologías, Pedro Cauchon pensaba plantearla el dilema de si se sometía ó no á la Iglesia: si se sometía, él, en nombre de la Iglesia, la ordenaría que renunciase á la creencia en la divinidad de su misión y en las apariciones, con lo cual la desprestigiaba; y si no se sometía, la entregaría como hereje al brazo secular para quemarla viva.

Preparadas las cosas para este golpe de efecto, comenzaron los interrogatorios, de los que entresacamos los siguientes:

—¿Cómo bendijiste ó hiciste bendecir tu espada?—Ni la bendije ni pedí que la bendijeran; la quería mucho porque la

encontré en la iglesia de Santa Catalina, de Fierbois, de la cual soy muy devota.—¿No pusiste la espada sobre el ara del altar para tener buena suerte?—No.—¿No hiciste ninguna oración especial para que tu espada fuera invencible?—Lo que deseaba era que el ejército del rey de Francia saliera siempre victorioso.—¿Qué querías más, tu estandarte ó tu espada?—Quería cuarenta veces más al estandarte; yo misma lo llevaba al atacar á los enemigos, para evitar dar muerte á alguno, y nunca he matado á nadie.—¿Era en tu estandarte ó en ti en quien fundabas la esperanza de vencer?—La fundaba en Nuestro Señor, y no en otra cosa.—Si otros que tú lo hubieran llevado, ¿hubieran tenido igual fortuna?—No lo sé; el Señor lo sabrá.—¿Hacías creer á las tropas francesas que aquella bandera llevaba consigo la suerte?—No hacía creer nada; decía á mis soldados: «penetrad con valor entre los ingleses»; y yo misma entraba.—Santa Margarita y Santa Catalina, ¿quieren ó aborrecen á los ingleses?—Quieren á los que Dios quiere, y odian á los que Dios odia.—¿Odia Dios á los ingleses?—No sé; lo que sé es que serán todos arrojados de Francia, menos los que dejen aquí sus huesos.—¿Qué lengua hablaban tus santas? ¿Hablaban inglés?—¡Qué han de hablar inglés, si son partidarias del rey de Francia!

Juan de Fonte vió que por este lado no sacaba nada contra Juana, y, cambiando de asunto, la preguntó:

—Otras veces has dicho que cuando tuviste las apariciones hiciste voto de virginidad, y, sin embargo, sabemos que has estado á punto de casarte; y si esto es cierto, has incurrido en pecado mortal. ¿Qué contestas á esto?—Que un conocido mío que quería casarse conmigo me hizo comparecer ante el Tribunal de Toul, afirmando que después de haberle dado palabra de casamiento me había arrepentido. Juré que no era verdad, y como no pudo alegar ninguna prueba, fuí absuelta. En Toul encontraréis los documentos relativos á este asunto. Ahora he de advertir al señor obispo de Beauvais que al encargarse de juzgarme se ha puesto en gravísimo peligro de perderse; y

á todos vosotros, que pretendéis ser mis jueces sin que yo sepa si verdaderamente lo sois, os advierto que me juzguéis bien, pues si me juzgáis mal os ponéis en grave peligro.

—Has dicho que nada hacías sin el consejo de tus santas; y una de dos: cuando te quisiste escapar del castillo de Beaurevoir has intentado suicidarte al arrojarte de una torre de 60 pies de altura; ó si lo has hecho por consejo de tus santas, te han engañado esa vez.—Durante mi prisión en el castillo de Beaurevoir seguían las santas visitándome y me animaban á soportar con paciencia los tormentos del cautiverio. Entonces me revelaron que Compiegne resistía todavía y que Dios se apiadaría de la ciudad; pero de repente se me dijo que la fortaleza estaba á punto de rendirse, y como yo sabía, por otra parte, que á mí me habían de entregar á los ingleses, prefiriendo mil veces morir á caer en su poder, me decidí á escapar con objeto de librarme de las manos de los enemigos del rey, y para ver además si me era posible ayudar á los infelices sitiados. Las santas me disuadieron de hacerlo, y tuve que luchar conmigo misma; pudo al fin más la tentación, y encomendando mi alma á Dios, até á la ventana unas tirillas de cuero, creyendo que sostendrían el peso de mi cuerpo; pero se rompieron, y caí al suelo desmayada. Perdí la memoria de lo que acababa de hacer, y estuve tres días sin poder tomar alimento. Confieso que hice mal en desobedecer á las santas; pero debo asegurar que jamás fué mi ánimo matarme (1), como algunos de vosotros han pretendido. Después de esto volvieron las santas á aparecérseme diciendo que había obrado muy mal; me confesé, y luego me aseguraron que mi falta estaba perdonada.—¿Has hecho gran penitencia por ese pecado?—El gran daño que me hice al caer hubiera podido servirme de pe-

(1) El texto dice *suicidarme*, pero se nos resiste aceptar esta palabra: se suicida él, pero no tú ni yo; sería preciso decir *yo me suicido, tú te suicidas, él se suicida*. Pero *yo me suicido* ó *tú te suicidas* nos parece un solemne disparate, aunque sea corriente oir, aun á personas cultas, decir ó escribir esas frases ú otras equivalentes.

nitencia.—¿Era aquél un pecado mortal?—No lo sé; Dios lo sabrá; de todos modos, ya me he confesado.—¿Y por qué al recobrar el conocimiento empezaste á blasfemar y á renegar de Dios?—Yo nunca he blasfemado, ni contra Dios ni contra sus santos; nunca he tenido tan mala costumbre; y si no logré escaparme, eso prueba que Dios no aprobaba mi conducta.—¿Crees tener ahora el permiso de Dios para escaparte?—Lo he preguntado varias veces á mis santas, y no me han contestado; pero os advierto que si encuentro la puerta de mi calabozo abierta, lo consideraría como un aviso del cielo y me escaparía.

Donde los jueces pretendían hallar pactos infernales, sortilegios, orgullo, desesperación y mentiras, sólo encontraban naturalidad, firmeza, humildad, candidez y confianza en Dios. No habiendo dado resultado esta acometida, el tribunal la echó en cara el uso del traje masculino como impropio de su sexo, á lo que Juana contestó que el traje, por sí mismo, era indiferente; pero que ella lo había usado así por orden de Dios, transmitida por sus santas.

—¿Crees haber obrado conforme á la recta razón adoptando ese traje?—Ya os he dicho que todo lo que he hecho ha sido por orden de Dios; cuando las santas me digan que ha llegado el momento de dejarlo, lo tiraré inmediatamente.—¿Qué prefieres: ponerte un traje propio de tu sexo y poder oir misa, ó conservar el puesto sin poder entrar en la capilla?—Aseguradme que podré oir misa en caso de ponerme un traje femenino, y os contestaré.—Te lo prometo.—Mandadme hacer una saya que llegue hasta el suelo, sin que arrastre; con ella oiré misa, y después volveré á ponerme el traje que actualmente llevo, pues mientras permanezca aquí no he de gastar otro.—¿Qué premio esperas de Nuestro Señor por empeñarte en llevar ese traje masculino?—La salvación de mi alma.

El jueves 15 de Marzo y el sábado 17 se jugó la última carta, ya que todas las bazas anteriores las habían perdido. Se trataba de envolver á Juana en una confusión para tener

motivos de condena; y como Juana nada entendía de teología ni de argumentaciones escolásticas, la cosa era relativamente fácil.

—En caso de que hayas dicho ó hecho alguna cosa contra la fe cristiana, somételas al juicio de la Iglesia.—Pido que mis contestaciones sean leídas y examinadas por clérigos, y que me digan si en ellas se encuentra algo que no esté en conformidad con las doctrinas de nuestra madre la Iglesia; entretanto, me adelanto y rechazo cuanto pudiera haber dicho ó hecho contra la fe cristiana.—Pero, ¿quieres, sí ó no, someter cuanto has dicho al juicio de la Iglesia?—Dígaseme en qué he errado, y en seguida me retractaré. Por ahora no tengo otra contestación que dar; el sábado sabré qué contestar, y se podrá poner por escrito lo que diga.

El sábado 17, el Tribunal volvió á la carga.—¿Quieres, sí ó no, someterte á la determinación favorable ó adversa de la Iglesia en todo lo que hayas dicho?—Amo á la Iglesia, y de buena gana sacrificaría mi vida por el triunfo de nuestra fe; lo que me extraña sobremanera es que vosotros, ministros de la Iglesia, me impidáis ir á ella á oir misa. En cuanto á mis acciones, me someto en absoluto al juicio de Dios, rey del cielo, el cual me ha enviado al rey Carlos, que dentro de poco será rey de toda Francia. Habéis de ver dentro de poco que mi rey y señor alcanzará grandes triunfos; os lo digo para que cuando lleguen estos acontecimientos os acordéis de lo que acabo de decir.—Pero, ¿quieres, sí ó no, someterte á la resolución de la Iglesia en todo lo que hayas dicho y hecho?—Me someto á Nuestro Señor, que me ha enviado; á la Virgen Santísima y á todos los santos del cielo, y esto os debe bastar.—No basta.—Me parece que las doctrinas de Jesucristo y de la Iglesia son la misma cosa, y no cabe dificultad en este punto. ¿Por qué os empeñáis en decir que las enseñanzas de Jesucristo y de la Iglesia no son las mismas?

Juan de Fonte, que preguntaba, sintió al fin conmovido su corazón por la tortura moral á que estaba sometida la

doncella; y repugnándole el papel que le obligaban á representar, explicó á Juana la diferencia que hay entre Iglesia triunfante é Iglesia militante.

—La triunfante—le dijo—se compone de Dios, de los santos, de los ángeles y de todas las almas de los bienaventurados; la militante se compone de nuestro Santo Padre el Papa, Vicario de Jesucristo; de los cardenales, de los prelados, del clero y de todos los católicos; esta Iglesia, reunida legítimamente, no puede errar, y es gobernada por el Espíritu Santo.

—¿Te sometes á esta Iglesia militante?

—Yo he ido al rey de Francia de parte de Dios, de parte de la Santísima Virgen y de todos los santos y bienaventurados que reinan en la Iglesia triunfante: como vengo de parte de aquella Iglesia, me someto ante todo á Dios y á sus santos; en cuanto á la Iglesia militante, no diré nada por ahora.

Bastaba esto para que los jueces interpretasen mal su silencio; pero Juan de Fonte, acompañado por dos Padres dominicos, Isambert de la Pierre y Martín L'Advenu, fué á verla en su calabozo después del interrogatorio, y los tres juntos la aconsejaron que de ninguna manera reconociese el tribunal presidido por Pedro Cauchon como representante de la Iglesia.

Pedro Cauchon y los ingleses, furiosos de ver á Juan de Fonte ponerse de parte de la procesada, le dirigieron tales amenazas, que el infeliz tuvo que huir el mismo día de Ruán, y no volvió nunca á aparecer. Algunos autores sospechan que los ingleses le ahogaron en el Sena. Juan de Fonte aconsejó á la joven esta línea de conducta por deseo de salvarla é ignorando por completo los planes infernales del presidente; pero aquí entra en escena un personaje que, animado del deseo contrario, fué á aconsejarla lo mismo. Nos referimos al traidor Loyseleur, el cual, de acuerdo con Pedro Cauchon, se presentó como clandestinamente en el calabozo de la «Doncella» y la dijo:

—Anda con cuidado; no te fíes de esa gente de iglesia, que

quieren perderte; y si crees lo que te digan, ten por seguro que te quemarán.

Se comprende con qué facilidad se dejaría Juana convencer, pues consideraba á sus jueces como enemigos personales, y á los asesores como sometidos á ellos; por lo cual rechazaba con vivacidad toda idea de sumisión á la *gente de iglesia,* es decir, al tribunal reunido para juzgarla. Los asesores, que ignoraban las maniobras del presidente y de Loyseleur, consideraban las negaciones de Juana como una decisión positiva de no querer someterse á la Iglesia. De este número era Tomás de Courcelles, y así se ha de explicar la aparente contradicción que se observa en las deposiciones de los testigos en este asunto. Ignoraba Juana completamente la distinción entre la Iglesia triunfante y la militante, según declaró formalmente en sus contestaciones, y mientras no la supo persistió firmemente en su negación; pero desde que Juan de Fonte la explicó con claridad lo que constituía la Iglesia, inmediatamente dijo:

—Me someto al Papa.

Y habiéndola añadido que el Papa había convocado en la ciudad de Basilea un Concilio, en el cual habían de intervenir todos los obispos sin distinción de partido, exclamó Juana:

—Me someto al Concilio.

En el último interrogatorio del sábado 17 de Marzo no se presentó Juan de Fonte; y como un asesor, que probablemente ignoraba lo sucedido en la cárcel, preguntase á la «Doncella» si, puesta en presencia del Papa, se sometería á él y le diría toda la verdad, contestó inmediatamente:

—A ese sí que me someto: llevadme al Papa; le diré toda, toda la verdad, y me someteré á todo lo que él diga.

Estas palabras tenían en labios de la «Doncella» el valor de una apelación, lo cual no podía ignorar el presidente; pero enojado por este cambio repentino de escena, y no queriendo por otra parte respetar el derecho de la prisionera, salió, como se dice de ordinario, por la tangente, y dijo con evidente mal humor:

—¡El Papa está lejos!

Decididamente, los interrogatorios empezaban á volverse contra el Tribunal, y Pedro Cauchon pudo advertir que, de insistir más sobre este tema, lejos de condenar á Juana, no tendría más remedio que absolverla; así que, cansado de tanta resistencia y de ver cómo la joven le devolvía sus propios argumentos, declaró que bastaba lo hecho y no eran necesarias más declaraciones.

COSTUMBRES

¿Señorita ó señora?—¿Qué título debe darse á una mujer, el de *señorita* ó el de *señora?* Probable es, como dice en *La Revue* Hudry Menor, que esta cuestión se suscitara al aparecer la especie humana sobre la tierra; pero como nos faltan los documentos, limitémonos á los datos conocidos para estudiar las fases de este curioso proceso de nuestras costumbres sociales.

En la antigua Francia se daba el título de *señorita* (*mademoiselle*) á toda mujer casada que no era noble ó que, siendo noble, no tenía título; el *damoiseau* ó *damoisel* (doncel) no llegaba á *señor*, y no se le daba el título de *monseigneur* sino cuando había sido armado caballero; de aquí que, mientras su marido no tenía el grado de caballero y el título de *monseigneur*, su mujer no podía llevar el título de *señora* (*madame*), sino el de *señorita* (*mademoiselle*), aunque fuese una princesa. Por lo mismo, la hija de *monsieur* y de *madame* no se llamaba *mademoiselle* porque no estuviera casada, sino porque era un título propio que conservaba hasta de casada, como hoy en Inglaterra una *lady* que se case con un inferior tiene el derecho de conservar su título.

Cuando cayeron en desuso las costumbres caballerescas y apareció una nueva nobleza al lado de la antigua, las mujeres reclamaron el título de *señoras*, que no les fué concedido

sin grandes dificultades, y de ahí la confusión que se produjo durante mucho tiempo. Montaigne se dirige en carta á su esposa diciendo: «A la señorita de Montaigne, mi mujer». Racine escribe á su hermana soltera llamándola «señora María Racine»; y luego que se casó, «señorita María Rivière». Molière, en *Las mujeres sabias*, llama *señora* á una hija soltera de Crisalio; y Scarron todavía, en su *Novela cómica*, cuenta que «la señorita de la Rapinière se sorprendió de ver á su marido luchando con una cabra».

En vísperas de la Revolución se había, sin embargo, generalizado la costumbre de llamar *señoras* á todas las mujeres casadas, de antigua ó nueva nobleza, grande ó pequeña, y *señoritas* á sus hijas. Entre los hombres no tardó en resolverse la cuestión, y todos fueron *señores* (*monsieur*, *messieurs*); pero en cuanto á las mujeres, la lucha duró todavía largo tiempo.

A fines del siglo XVIII, las burguesas carecían de título; entre sí se llamaban *señoras*, pero las nobles les negaban este tratamiento. La señora Roland cuenta en sus *Memorias* la indignación que sintió al oir á una dama noble, á cuya casa fué de visita con su madre, llamar á esta señora *señorita*. La Revolución acabó con todo aquello, y si al principio estableció el tratamiento de *ciudadano* y *ciudadana*, fué sólo provisionalmente; restaurado el orden, todos los hombres se encontraron convertidos en *señores*, las mujeres en *señoras* y sus hijas en *señoritas*. Y como los nobles tenían que preocuparse de cosas de más entidad, aceptaron los hechos consumados y llamaron desde entonces á sus porteros y doncellas *señor*, *señora* y *señorita*.

La cuestión parecía quedar con esto definitivamente zanjada; pero las hijas de las Manon Phlipon la han planteado de nuevo. Hoy existen muchas mujeres que no se casan porque no pueden ó no quieren casarse, y que reclaman un título único para todas las mujeres, el de *señora*, aboliendo esa distinción que se hace entre solteras y casadas, y concluyendo con el dictado de *señorita*, que las coloca en una situación

eternamente provisional. Este es el nuevo aspecto del problema, que el porvenir resolverá.

Por lo demás, la cuestión es la misma en casi todos los países: como en Francia *madame* y *mademoiselle*, en Alemania hay la *frau* (señora) y la *fræulein* (señorita), como en Italia la *signora* y la *signorina*, y en España la *señora* y la *señorita*. En Rusia prevalece la fórmula patriarcal: *Alejandra Fedorovna* es «Alejandra, hija de Fedor». En Holanda se guardan mejor las distancias: *Mevrouw* es la mujer casada, noble ó de sociedad culta, esposa de doctor, de profesor, de abogado, etc.; *freule* la mujer noble soltera, y *juffrouw* las solteras no nobles y las mujeres del pueblo, casadas ó solteras; una institutriz, por ejemplo, tiene que contentarse con el *juffrouw*, mientras que su discípula, por pocas pretensiones nobiliarias que tenga, no se conforma sin el *freule;* entre los hombres se llama á todos *mynherer*, menos á los hijos de condes ó barones, que reciben el nombre de *jonker*. En cuanto á Inglaterra, sabido es que se usa el *lady* para las mujeres de la aristocracia, casadas ó solteras, siempre que sean herederas de un título ó esposas de un heredero, y el *mistress* para las mujeres casadas que no son nobles ni tienen derecho á ningún título, reservándose el tratamiento de *miss* á todas las solteras en general que no entren en la categoría de las *ladys*.

LITERATURA

Dramaturgos y novelistas.—El literato—dice Sorel en la *Revue Bleue*—llama en general injusticia literaria al éxito de un compañero, que sólo á él le corresponde, según él. No hay escritor que no se sienta con enemistades irracionales, sin más punto de partida que la envidia inconfesable. También se encontraría sin trabajo al verdadero desgraciado, al talento desconocido, al tímido que se oculta y que se muestra demasiado

tarde ó torpemente. Fuerza es confesar que en el éxito entra por mucho la suerte.

Pensar y escribir una obra, está bien, pero es poco; lanzarla, preparar su advenimiento, atender á todas las susceptibilidades, ganar la voluntad de los críticos, y en fin, presentarla como se presenta una novia, ése es el gran arte. No es éste, ciertamente, el ideal de la ciudad del arte, en que se pierden tantos utopistas. El espíritu práctico es en esto el más precioso auxiliar. No se va contra la corriente; ó si algún atrevido nadador quiere intentarlo, debe prepararse con tiempo, aunque también es éste un modo de hacer hablar de sí que á ciertas personas les sale bien. ¿Por qué unos resultan más favorecidos que otros? Casualidad, cuestión de personas frecuentemente...

Hay verdadera desproporción entre las facilidades que tiene un autor dramático para la publicidad y la notoriedad, y las que tiene un novelista. Que un joven logre hacer representar una piececita cualquiera, y durante varias semanas tiene asegurado que todo el mundo cita su nombre. Una primera nota anunciará que «el señor X da la última mano de una comedia destinada á tal teatro»; otra segunda nota nos avisará que «el señor X ha elegido el título de su obra», y entonces es raro que algún colega no se lo dispute, habiendo con tal motivo la consabida polémica; el señor X ha encontrado un título nuevo, y es preciso que lo sepamos por la indiscreción de un reporter ó por un suelto de contaduría; luego se sabe que el manuscrito ha sido entregado al director,—que el director va á leer la pieza,—que la ha leído y aceptado,—que en tal día se representará,—que los papeles se han distribuído de tal modo,—que un actor se incomoda por el reparto y hay que sustituirle,—que los ensayos se llevan con gran actividad,—que se espera poder estrenar en tal fecha,—que hay que retrasar el estreno,—que hay que adelantarlo,—que llega el ensayo general,—que los amigos y los críticos se apoderan de la obra,—que se celebra, en fin, la primera representación. La crítica, al día siguiente, habla del autor diversamente; nue-

vas notas, hábilmente esparcidas, despiertan la atención de los tontos, y toda esta publicidad atrae el éxito y la fama. Claro es que ha habido que pasar malos ratos; pero se ha triunfado y es uno conocido.

Supongamos en las mismas condiciones á un novelista. Quizá consiga colocar su obra en una revista. Luego hay que encontrar un editor y pasar por sus condiciones. El volumen aparece; los suscriptores de la revista que ya lo han leído no lo compran; los ejemplares, hojeados por los transeuntes, sucios y estropeados, no se venden; los amigos, que quieren hablar del libro, tropiezan con la resistencia de los periódicos á todo reclamo que se haga sin contrato de publicidad; y si se logra, á fuerza de astucia, deslizar su nombre en una crónica, se pasan semanas enteras en silencio, hasta que se acaba por comprar uno mismo su propia mercancía, enterándose de que la primera edición no se agota nunca. La esterilidad del esfuerzo desalienta á ciertas voluntades jóvenes y fecundas.

No hay que echar la culpa á los periódicos, sino al público: los trabajos de cierta extensión le cansan, mientras que el teatro le fascina. El leer ocupa tiempo; comprender, exige reflexión; meditar, supone holgura de ocupaciones. En el teatro se oye en común, se charla, se ve á todo el mundo, sin contar los atractivos y el misterio de los bastidores y los encantos del fruto prohibido.

Ciertos éxitos serían inexplicables sin el gusto falseado y la pobreza de cultura intelectual de espectadores que no buscan más que un entretenimiento para pasar el rato después de comer ó de cenar; la escena recobra para él toda su magia, y aplauden y celebran lo que en otras condiciones rechazarían, creando éxitos estupendos. El novelista encuentra á veces compensaciones al olvido en que generalmente se le tiene; así, cuando una persona distinguida se distrae en escribir una novela, se habla del autor en demasía, se penetra en su intimidad como en el cuarto de una actriz, y los buenos burgueses se sienten encantados de poder criticar los detalles de su

mobiliario ó de sus gustos y costumbres, y gracias á la casualidad de aquel libro, que no se lee, pero del que se habla, llegan á familiarizarse con el nombre del autor, que repiten como si fuera el de un antiguo conocido. ¡Siempre el ansia por los bastidores de la vida!

GRAFOLOGÍA

La edad de la escritura.—El ilustre Binet, director del Laboratorio psicológico de la Sorbona, ha llevado á cabo, en unión de Crépieux-Jamin, que había admitido en su libro *La escritura y el carácter* que cada escritura tiene su edad y su sexo, una serie de experimentos para comprobar si esta afirmación era exacta. Para ello han utilizado una colección de 180 sobres trazados casi todos con escritura natural y que han pasado por el correo; el timbre de la administración fija la fecha, y como todos los escritos proceden de personas conocidas de los investigadores, que saben también la fecha del nacimiento de cada una, nada más fácil que saber la edad que tiene cada cual el día en que escribieron el sobre. La edad de éstos es muy variada, llegando desde quince á noventa y tres años, y el experimento consistía en adivinar la edad de cada persona en el momento de escribir el sobre por el estudio de su escritura. Para ello se entregaron los sobres á dos grafólogos, Crépieux-Jamin y la señora de Salberg, y á 15 personas extrañas á la grafología, algunas de las cuales se mostraron tan hábiles como los grafólogos.

Muchas objeciones se hacían á Binet sobre el valor de este trabajo: unos le decían que el sexo no puede adivinarse, porque hay muchos hombres de carácter femenino y muchas mujeres de alma varonil, habiendo quienes padecen la inversión sexual; otros le aseguraban que si la grafología no era capaz de adivinar ni siquiera el sexo, era un embuste; un académico afirmaba que lo que mejor se lee en la escritura es el

grado de inteligencia, mientras que un fisiólogo afirmaba que la inteligencia no influye para nada en la escritura. De todas estas objeciones, la que Binet recoge es la de un fisiólogo que le hace notar que la edad real de las personas no es determinable por la escritura, porque resulta, no de su acta de nacimiento, sino de la edad de sus arterias; y, como dice Binet, es cierto que la edad del cuerpo es una resultante del estado histológico en que se encuentran transitoriamente las células del organismo, y la edad psicológica lo es de las lecciones aprendidas, de las pruebas sufridas, de las ilusiones perdidas. ¿Y cómo se dosifica todo eso?

No hay medio de salir del apuro cuando se trata de apreciar la exactitud de los diagnósticos del grafólogo para cada caso individual. Pero Binet no se inquieta por estas dificultades, que no le afectan, porque él opera sobre promedios, y de este modo los errores procedentes de la diferencia entre la edad fisiológica y la legal se corrigen automáticamente: si entre diez viejos de sesenta años hay cinco cuya edad fisiológica es de cincuenta y cinco, y otros cinco de sesenta y cinco, viene á resultar para el cálculo como si los diez fueran de sesenta, como promedio.

¿Cómo eliminar la parte del azar en la determinación de la edad? Binet ha hecho multitud de ensayos y ha llegado á fijar como término medio la cifra de quince años y siete décimas; es decir, que al adivinar al azar la edad de un escrito (la edad de la persona al ejecutarlo) se cometería, por término medio, un error de quince años y medio; de modo que si un grafólogo no se aproxima á la edad exacta más de quince años, es que no tiene suficiente experiencia ó no percibe los signos gráficos de la edad. En estos errores es de notar que los que pasan del promedio recaen en escrituras de jóvenes y de viejos, mientras que los inferiores al promedio afectan á escrituras de veinticinco á cincuenta años.

Todo esto sentado, ¿en qué signo se reconoce la edad? Según Crépieux-Jamin, la niñez se manifiesta por un trazado

grueso, lento, torpe, sin gracia, cuyas letras son iguales ó van aumentando en altura; los adolescentes tienen el trazado más expansivo, con desigualdades numerosas y formas pretenciosas, como los remates arrollados de las *d*; los jóvenes tienen una escritura todavía más clara y más libre de las formas caligráficas; en la edad viril no se tiene ya esa ligereza, esa frescura de trazado, y hay rasgos apoyados, ángulos, señales de vacilación y depresiones; más tarde se observan rasguitos añadidos que muestran la fatiga del que no levanta la pluma con ligereza, dejando apéndices, pelos ó hilitos en los finales; la desigualdad considerable de la altura de las letras muestra por otra parte lo que la mano ha perdido de seguridad; la vejez, en fin, se presenta en formas variadas, pero se distingue sobre todo por temblores característicos ó depresiones, escritura en descenso, líneas convexas ó cóncavas, rasgos curvos invertidos ó transformados en líneas rectas asociadas, escritura laxa, trazado blando, tachaduras, etc.

Aplicando estos principios y teniendo en cuenta otros muchos, se llega á la conclusión de que, en efecto, la escritura tiene una edad, aunque esa edad no pueda fijarse más que aproximadamente en los casos individuales, y cuando se trate de escrituras trazadas en condiciones normales de salud y de reposo.

CIENCIAS NATURALES

¿Tienen oído los animales acuáticos? — El objeto de la mayor curiosidad para los visitantes de la abadía benedictina de Krems, en el Austria superior — según dice en la *Rivista d'Italia* V. Ducceschi, — es un gran estanque de cerca de mil metros cuadrados, poblado de peces de agua dulce. El guía recomienda siempre que se asista al llamamiento que se hace de los peces á la hora de la comida por medio de una campana como las que se usan en las fondas; al llamamiento, los peces, especialmente las truchas, acuden de todas partes á disputarse

la comida que les arrojan. ¿No parece esto evidenciar que los peces oyen?

Dos fisiólogos alemanes, Exner y Kreidl, no se conformaron, sin embargo, con esta demostración; para asegurarse por sí mismos se acercaron al estanque sin ser vistos, á la hora de la comida, y se pusieron á tocar la campana de llamamiento con los acostumbrados repiques; los peces no se dieron por entendidos. En cambio, en cuanto los pescadores se acercaron al estanque llevando la comida, se produjo gran movimiento entre los habitantes del estanque; luego no era el sonido de la campana el que atraía á los animales, sino la vista de los pescadores transportando el alimento. Los dos fisiólogos volvieron á su casa satisfechos del experimento, que no hacía más que comprobar lo que ya por otras investigaciones habían reconocido: que los peces comunes dorados no oyen sonidos ni rumores, ni aun los más fuertes; lo único que perciben son las vibraciones mecánicas del agua.

Numerosas y bien fundadas observaciones hacen afirmar que la mayor parte de los peces son insensibles á los sonidos, y, por lo tanto, sordomudos; aunque, según los experimentos de Parker, hay algunos que parecen sensibles al sonido del diapasón y del violín, y aunque hay algunos peces que no son del todo mudos, pues producen ruidos por frotamiento en la época del celo. Pero no todos los animales acuáticos son peces: hay mamíferos (ballenas, delfines, focas) que tienen su aparato auditivo bien desarrollado; hay crustáceos, moluscos, equinodermos y millares de especies más de invertebrados que forman parte de la gran familia acuática.

Todos estos animales son insensibles al sonido cuando éste no reviste la forma de una vibración mecánica violenta; ningún invertebrado posee ningún aparato que se parezca al oído de los animales superiores; lo único que se ha tomado por órgano de la audición son ciertas vesículas provistas de pelos ó cejas que sostienen microscópicos cristales calcáreos llamados *otolitos*, ó piedras del oído; si se extirpa esta vesícula á uno de

estos animales, se observa que entonces se ponen á nadar del modo más extravagante, como si les faltara orientación; lo que prueba que no se trata de un órgano del oído, sino de un regulador del movimiento; por lo cual, en lugar del nombre de *otocista* que antes se daba á esta especie de aparato, se ha propuesto y adoptado el de *statocista*.

Nos engañaríamos mucho, sin embargo, si fuésemos á juzgar de las sensaciones de los animales por las nuestras. Estas comparaciones se nos imponen desde niños por las representaciones antropomórficas de las fábulas, y nunca acertamos á desprendernos de este prejuicio, pudiendo suceder que los animales acuáticos tengan formas de sensibilidad que nos sean desconocidas. Por lo demás, no hay que pensar que la causa de la insensibilidad auditiva de los peces provenga de que el agua no sea apta para transmitir los sonidos: el agua transmite perfectamente las vibraciones sonoras. Ni tampoco cabe explicar el hecho porque el órgano del oído no sea apto para recibir las ondas sonoras procedentes de un medio líquido, porque los experimentos realizados prueban lo contrario.

Ducceschi mismo llevó á cabo en Nápoles varios experimentos, que no dejan lugar á duda en este punto. En el golfo de Nápoles los *lazzaroni* y los muchachos de la ribera se entretienen con mil juegos acuáticos, y uno de ellos consiste en sumergirse en el mar, á un par de palmos de profundidad, uno de los chicos, mientras otro le grita varias palabras que el primero ha de repetir al salir: esta prueba era realmente suficiente; pero queriendo Ducceschi realizarla por sí mismo para mayor garantía, se dirigió una tarde á la ribera de Chiaya en una barca con unos marineros de la estación zoológica de Nápoles, dos campanas de cristal y otros instrumentos de observación. El sujeto de estudio era un marinero de veinticinco años que resistía bastante bajo el agua, pudiendo bajar á siete metros de profundidad y permanecer sumergido unos diez segundos.

Ahora bien: de los experimentos hechos resultó que á los

cinco metros el marinero oía con precisión cuanto se le decía desde la barca, y más abajo la percepción era confusa; á los seis metros distinguía bien el sonido de las campanas, de los pitos y de las trompetillas, y á los siete metros estos sonidos se percibían muy confusos. De modo que es indudable que los sonidos, aun procediendo del medio aéreo para pasar al medio acuático, pueden percibirse sin grandes dificultades, y que, por lo tanto, la falta de audición de los peces no puede atribuirse á esta causa.

Pero si la audición subácuea es posible, ¿por qué son sordos los animales acuáticos, excepto los mamíferos y los anfibios? Los órganos de los sentidos, tales como hoy los conocemos, representan los últimos grados de un perfeccionamiento sucesivo que se ha realizado á través de la serie animal. Los organismos acuáticos serían sordos, porque las formas inferiores de los animales viven en el agua. La vida ha tenido indudablemente su origen en el mar, y en él se han desenvuelto las primeras fases (1) del desarrollo de los animales. Las formas vivientes terrestres representan evoluciones más perfectas, y por eso poseen aparatos de sensibilidad mucho más complejos y perfeccionados.

***

Nuestra cabellera.—Cuando se mira al microscopio, dice el Dr. Romme en *La Revue*, de París, un fragmento de piel, se observa que está cuajada de agujeritos, unos libres y otros de los que sale un pelo más ó menos fino: los primeros están

(1) Nos limitamos á extractar las opiniones del autor, sin hacernos por eso solidarios de sus afirmaciones. ¿Por qué no admitir que los peces no oyen *como nosotros* por la sencilla razón de que no necesitan oir *como nosotros?* ¿Por qué no admitir que quizá tengan otro modo de audición, propio del medio acuático, de que nosotros ni siquiera tenemos idea, porque nuestro oído está hecho para la percepción del sonido por transmisión aérea y no acuática? En todo caso, bueno es advertir que las conclusiones del autor están reñidas con los experimentos hechos por el sabio doctor Ribera, de Valencia.

constituídos por los orificios de las glándulas sudoríparas ó productoras del sudor; los segundos corresponden á los orificios de las glándulas pilosebáceas, cuya función y destino es formar pelos y cabellos.

Si después de haber arrancado un pelo pudiésemos penetrar en el canal abierto, pasaríamos á una especie de pozo que se hunde oblicuamente en la piel, y en el fondo observaríamos una saliente, una papila con sus nervios y sus vasos, cubierta de varias filas de células epidérmicas, producto de la papila que las ha formado, segregándolas como una glándula. Con estas células, laminadas é imbricadas de cierto modo, es como la papila ha empezado por fabricar el pelo ó el cabello; fabricándolo y renovándolo constantemente, lo alarga y lo hace subir por el pozo que hemos visto en la superficie de la piel, donde, si se le corta ó se arranca, reaparece de nuevo por el incesante trabajo de la laboriosa papila. Todos los pelos, cabellos, barba, cejas, vello, etc., se forman de este modo.

Puede suceder que una papila pilosa que fabricaba cabellos se ponga á fabricar, en un momento dado, pelillos locos. Así sucede á consecuencia de envenenamientos y de ciertas enfermedades infecciosas. El veneno ha penetrado hasta el fondo de los pozos foliculares, hiriendo de muerte á las papilas, que cesan en su trabajo ó que no pueden producir más que un pelillo débil, sin raíces, que al menor esfuerzo se arranca. En la calvicie temprana sucede lo mismo. Por diversas causas la papila pilosa enferma, y en lugar de un cabello produce un aborto, un pelillo loco, y así vemos en los cráneos lisos y relucientes como bolas de billar, que casi cada cabello ausente se halla representado por un pelillo que se distingue muy bien... con microscopio.

¿Qué se necesita para transformar esos pelillos locos en verdaderos cabellos, haciendo así reaparecer la antigua cabellera? Reanimar las papilas desfallecidas, devolviéndoles la fuerza y el vigor que les faltan. Y no es ciertamente la tintura capilar del charlatán la que ha de darnos este resultado, por-

que las sustancias innombrables que contiene no irán seguramente á buscar la papila en el fondo de su pozo folicular, no pudiéndose desgraciadamente decir cosa mejor de las lociones que prescriben los médicos. Teniendo alcohol, azufre y pilocarpina, están destinadas á obrar *indirectamente* sobre la papila pilosa, excitando el cuero cabelludo y haciendo más activa su circulación, pero sin conseguir el resultado apetecido.

En este mismo orden de ideas, se ha preconizado últimamente, para contener la calvicie iniciada, el empleo metódico del masaje, para desembarazar la piel de restos epidérmicos y de manchas, activando la circulación sanguínea. Pero lociones y masajes fracasan generalmente. En las calvicies procedentes de enfermedades infecciosas, los cabellos reaparecen naturalmente sin necesidad de tratamiento especial. En la calvicie vulgar, hágase lo que se quiera, las papilas se empeñan en elaborar únicamente vello invisible, hasta el punto de que el doctor Sabouraud no vacila en afirmar que «no sabemos curar la calvicie ni devolver sus pelos á los calvos».

Y no es que no se hayan estudiado las causas de la calvicie: se ha acusado al abuso de los placeres y del trabajo intelectual, á la vida sedentaria y á la vida disipada, á la costumbre de dejarse el pelo corto y de llevarlo largo, al uso de sombreros ó gorras pesadas é impermeables, al abuso de la alimentación carnosa, al alcoholismo y á los microbios. Lo que se sabe mejor es que la calvicie es patrimonio de los artríticos. Ahora bien: según las ideas hoy dominantes, el artritismo es un modo de ser y de reaccionar los tejidos turbados en su nutrición. Esta turbación puede manifestarse por jaquecas, por un eczema, por reumatismos ó accesos de gota, por la calvicie ó por toda la escala de estas miserias. Aplicando un régimen apropiado al tratamiento del artritismo, pueden hacerse desaparecer algunas de estas manifestaciones.

La calvicie es rara en la mujer. Esta, en cambio, se queja del vello que á veces oscurece su labio ó turba la limpieza de su barba. Como á toda costa quiere hacerlo desaparecer, em-

pieza por arrancarlo; y como renace cada vez más vigoroso, pretende suprimirlo con pastas depilatorias cuyos pomposos anuncios lee en los periódicos. La pomada se funde tan aprisa como los duros de la bigotuda ilusionada; pero el vello persiste, y hasta aumenta, pues el unto mágico ha provocado una dermitis ó inflamación de la piel.

No hay, no había para esto más que un remedio eficaz, tan doloroso como caro: arrancar uno por uno todos los pelos y quemar una por una, por electrolisis, todas las papilas. El doctor Gallois ha indicado, sin embargo, un remedio sencillísimo: se empapa un poco de algodón en agua oxigenada y se aplica sobre la región que se quiere depilar, dejándolo unos minutos en contacto con la piel; los pelos palidecen, se hacen imperceptibles, se rompen y desaparecen; claro es que vuelven á brotar, pero todo se reduce á la pequeña molestia de repetir esta operación diariamente. ¿No se sabe que hay que sufrir para ser bella?

Entre las sustancias que se emplean para teñir los cabellos, las únicas que no contienen materias tóxicas son el agua oxigenada, que da el tinte veneciano, y el *henné*, que da el rojo caoba. Todas las demás contienen venenos: azufre, antimonio, nitrato de plomo, arsénico, acetato de cobre, ácido nítrico, sulfúrico, sulfhídrico, etc. Su aplicación da lugar á graves daños, que á todo trance deben evitarse; aunque lo que no pudieron conseguir los filósofos de la antigüedad ni los Santos Padres, menos lo conseguirán los higienistas modernos.

IMPRESIONES Y NOTAS

León Tolstoi y los clericales rusos.—En Jalta, en Crimea, existe una vieja millonaria, propietaria de una quinta y reaccionaria empedernida. Su portero ó *dvornick* alquiló un día una habitación á un alemán. La dama patriota, habiéndolo sabido, obligó al extranjero á desalojar inmediatamente,

diciendo que, á causa del maldito Bismark, no podía sufrir á los alemanes. En otra ocasión el portero alquiló un cuarto á un judío, y sucedió lo mismo, sólo que entonces la propietaria no se contentó con expulsar al inquilino, sino que pidió al clero que purificase las habitaciones *manchadas*.

En la quinta vivía una elevada dama emparentada con Tolstoi. Éste, que hace dos años vivía en Haspra, iba á caballo á Jalta para sus asuntos, y, como era natural, visitaba á su pariente. En una de estas excursiones se puso malo, y la señora le invitó á quedarse en su casa, le obligó á acostarse y envió á buscar un médico. El portero, con tal motivo, informó á la propietaria de la estancia de Tolstoi en la quinta.

—¡Cómo!—exclamó la dama fuera de sí.—¡El bribón! ¡El impío! ¡El excomulgado! ¡En mi casa! ¡Que se vaya inmediatamente!

Y mandó al portero con un recado para su inquilina, ordenándola que despidiese en el acto al excomulgado. La inquilina no hizo caso. ¿Qué hacer? La propietaria acudió á la policía, declarando que declinaba toda responsabilidad y reclamando su auxilio para expulsar al impío. La escucharon sonriendo y la aconsejaron calma.

Exasperada la buena señora, fué al telégrafo y disparó apremiantes despachos á Kieff, á Moscú y á San Petersburgo, anunciando que el excomulgado se había instalado en su casa, donde quizá le ocurriera morirse, y quedaría así contaminada la casa de una verdadera cristiana. Como esperar la llegada de las respuestas hubiera sido demasiado pesado, la señora tuvo una ocurrencia endiablada: llamó al portero y le encargó que buscase un organillo ó una murga; media hora después tres músicos ambulantes se hallaban debajo de las ventanas del enfermo tocando á más y mejor sus organillos chillones; pero sin resultado ninguno, pues en el cuarto no se notó movimiento de ninguna clase.

¿Qué hacer en trance tal?—¡Ivan! Llama á Karp, y todos subid al desván y meted todo el ruido que podáis.

Los criados subieron, y no hay que decir el estruendo que armarían, con gran satisfacción de la señora y no escasa tribulación de los inquilinos.

La revista de donde tomamos este relato no dice si Tolstoi se fué ó se quedó; aunque de presumir es que, ante terquedad tan manifiesta, aprovecharía el primer momento de alivio para escapar de aquella casa tan intransigente.

***

La supervivencia de la personalidad.—Federico Myers, crítico y poeta inglés, autor de un notable trabajo sobre la telepatía ó comunicación á distancia de las almas vivientes, titulado *Los fantasmas de los vivos*, venía trabajando en otra obra magna sobre los fantasmas de los muertos, cuando le sorprendió la muerte, habiéndose publicado ahora como obra póstuma una parte del trabajo en cuestión, en la que se esfuerza por crear una teoría científica sobre la vida de ultratumba.

La personalidad humana para Myers no es un principio simple y homogéneo, como creían los espiritualistas, ni tampoco una mezcolanza de elementos diversos, como pretenden los modernos empiristas; es un principio único, el yo consciente, que Myers llama *supraliminal*, bajo el cual se halla otro principio inconsciente, el *subliminal*. Este es el que de cuando en cuando proyecta sus rayos en nuestra vida consciente, y á veces hasta se sustituye al yo consciente, como en el caso de la desintegración de la personalidad. Puede decirse, con Nemi, que tenemos dos vidas según esto: una consciente, sujeta á las condiciones del cuerpo y adaptada á las condiciones de la existencia terrestre, y otra inconsciente, emancipada de los lazos corpóreos, sumergida con todas sus raíces en una realidad superior; el sueño tiene precisamente por objeto mantener y renovar el contacto entre las dos vidas, permitiendo sacar del profundo subliminal la suma de energía necesaria para la vida consciente.

El hipnotismo sería así un llamamiento directo á ese yo subterráneo. Este yo puede ponerse en todo instante en relación con otros, vivos ó muertos, lejanos en el espacio y en el tiempo, y hasta puede dejarse sustituir por otro *yo*, que se impone á la vida consciente como en los fenómenos de obsesión, y así se explicarían el demonio de Sócrates, las voces de Juana de Arco y la escritura medianímica. La masa enorme de hechos recogidos por Myers, contrastados y certificados por muchísimas personas, creyentes, escépticos, sabios y curiosos, hacen dudar á los más recalcitrantes. Evidentemente en esta materia nos encontramos frente á un enigma, debiendo confiar, con Wyzewa, en que la ciencia acabará por vencer la resistencia que oponen estos hechos á ser clasificados de otro modo que como milagros.

***

Herbert Spencer y el Japón.—Herbert Spencer es, de los pensadores europeos, el que mayor influencia ha ejercido en el Japón, no sólo por la difusión de sus obras, sino por la acción directa de sus opiniones y de sus consejos, más de una vez reclamados por los más altos personajes de aquel país.

Contestando á las insistentes instancias del barón Kaneko, declaró que «la política japonesa debe consistir en mantenerse alejada de los americanos y de los europeos. En presencia de razas más poderosas, decía, vuestra posición es un peligro crónico, y necesitáis de todas las precauciones para que los extranjeros penetren lo menos posible en vuestra casa. Si queréis saber lo que probablemente os ocurrirá, estudiad la historia de la India; si queréis evitar tales resultados, mantenéos en el aislamiento, limitando todo lo posible vuestras relaciones.

En cuanto á la cuestión del matrimonio entre japoneses y extranjeros, no hay que discutirla siquiera: tales matrimonios deben estar absolutamente prohibidos; no es una cuestión de

filosofía social, es cuestión de teología: pruebas abundantes, suministradas por los intermatrimonios de las razas y por los cruzamientos de animales, demuestran que el resultado es inevitablemente malo.

Sorprenden estos consejos en el sabio sociólogo; pero ninguno de los argumentos que le opusieron pudo quebrantar sus convicciones. «Doy estas opiniones, decía, con toda confianza». Sabía, sin embargo, que habían de causar cierta sorpresa, porque la carta en que las consignaba terminaba de este modo: «Quiero que nada de esto transpire al público, por lo menos durante mi vida, pues no deseo suscitar la animosidad de mis compatriotas».

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Preliminares de una teoría de la educación intelectual, por D. Gerardo Rodríguez García.—Santiago, 1903. Precio, 5 pesetas.

Los estudios de carácter pedagógico no puede decirse que están aquí demasiado florecientes. Aparte los meritísimos esfuerzos de aquellos que han procurado encauzar la opinión hacia la pedagogía, haciendo interesantes cuestiones antes abandonadas, y demostrado la importancia que los problemas de la educación tienen para la tan cacareada *regeneración nacional*; aparte estos esfuerzos, repito, en general puede afirmarse que la literatura existente sobre este particular es escasa y no siempre está bien orientada.

La obra del Sr. Rodríguez, aunque careciese de mérito real en cierto sentido, puede tenerlo grande, por cuanto contribuye á su modo á llenar ese inmenso vacío de la cultura nacional.

Creo que todo cuanto se haga es poco, y todo grano de arena aportado á este fin tiene su respectivo valor.

No es la primera obra que de carácter educativo ha escrito el Sr. Rodríguez. *Monografías de ciencias pedagógicas* se titula otra que apareció en el año 1896. La *Teoría de la educación intelectual*, aunque no lo lleva en el título, puede afirmarse desde luego que también constituye una verdadera monografía. Porque si con esto significamos un estudio concreto y determinado, cuanto más específico sea éste, tanto más lo es monográfico; de aquí que nos parezca que la obra del Sr. Rodrí-

guez constituye una monografía sobre la educación intelectual.

Ante todo, debemos advertir que en ella se encuentra aplicada la doctrina de la evolución, viéndose acaso más claramente que en otros órdenes de la vida este principio. «Educar es, según el Sr. Rodríguez, influir intencionalmente en la evolución que, por diferenciaciones é integraciones sucesivas, se verifica en el hombre, desde que nace hasta que alcanza la plenitud del desarrollo correspondiente al estado actual de la especie humana, según lo permitan la constitución y circunstancias particulares de cada individuo»; y la misión del educador se reduce ante todo á ser «un espectador inteligente de la evolución intelectual, apto para verla y comprenderla».

Otros muchos pasajes podíamos citar, en los que se muestra terminantemente lo que antes dijimos; pero basta lo indicado para comprenderlo.

En armonía con lo dicho en el curso de la obra, el Sr. Rodríguez expone la educación de la percepción, atención y asociación intelectuales, extendiéndose en consideraciones sobre la doctrina del razonamiento y períodos superiores del desarrollo intelectual. Siempre se tiene presente el grado del desarrollo en que se encuentran las facultades mentales del niño, y se procura que éste se halle familiarizado con el medio que le circunda, para que de este modo «no se sienta desconcertado é inerme ante la realidad».

La labor de la educación intelectual debe encaminarse especialmente á procurar que el niño adquiera imágenes de la naturaleza, mediante una amplia comunicación con la realidad, no á que se asimile las doctrinas de un libro y que llegue así á creer que «la ciencia es un libro ó una biblioteca» y que «la verdad está en la estructura de una frase».

«La educación, dice en otro lugar, tiene que redimir las funciones intelectuales de la esclavitud de la letra.»

En esto reconocemos la razón del Sr. Rodríguez. Esa educación memorista no conseguirá jamás que los hechos natura-

les tengan su explicación razonada en la inteligencia. La realidad pasa á través de ella sin que logre impresionarla. Las ideas abstractas y los términos metafísicos siempre le serán extraños.

José María Sempere

Oviedo, Enero 1904.

***

Psicología experimental, por H. Höffding, traducida de la tercera edición alemana por Edmundo González-Blanco. Un tomo de la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.*

El profesor danés Höffding ha llegado á ser en estos últimos tiempos uno de los psicólogos más celebrados y seguramente también más estudiados de Europa. Sabido es que sus libros forman una escogida y bien encadenada serie; ha escrito sobre ética, sobre ciencia de las religiones y sobre historia de la filosofía moderna; no conozco estas últimas obras, pero con la *Psicología experimental* basta para formar juicio sobre su originalidad é ingenio.

Nuestro autor, que está dotado de una de las cualidades que más dignifican al hombre y hacen más amable el talento, la modestia, trata en su hermoso libro, de manera clara é irrecusable, de las cuestiones psicológicas, tan palpitantes en el extranjero, y de las que se han ocupado muy pocos en España. Señala, con gran copia de conocimientos, la importancia que para el filósofo tiene todo lo que contribuye á fomentar el estudio del *yo* (base indispensable del perfecto conocimiento del universo), y datos abundantes suministran á este fin los adelantos de la Fisiología y la constancia con que hoy se estudian los fenómenos del sistema nervioso.

El punto de vista de Höffding resulta claramente de la habilidad con que procura armonizar los métodos de introspección y de observación en el terreno de la ciencia del alma. Ni

materialista ni espiritualista, su criterio podrá quizá parecer demasiado vago á los que sólo buscan en el filósofo soluciones completas. Estas soluciones no las da Höffding en su obra. Pero ni se muestra, como otros, adversario fanático del espiritualismo tradicional, ni trata de ocultar hipócritamente la contradicción intrínseca entre el materialismo moderno y las perspectivas verdaderamente científicas.

Estas perspectivas tienen su raíz en el estudio filosófico. Höffding plantea esta cuestión: ¿Cómo surge la ciencia del alma en el orden de los conocimientos humanos? Y responde: No de la experiencia ni del ejercicio de los sentidos, que únicamente nos hacen percibir movimientos y relaciones en el espacio, sino del fondo mismo de nuestro sér, perceptible tan sólo bajo la forma de tiempo. Y de este postulado, tan fundamental como abrumador contra las superficialidades materialistas, parte el examen que hace del objeto y método de la psicología, de la unión del espíritu y el cuerpo, de la conexión entre lo consciente y lo inconsciente y de la división de los elementos psíquicos, así como su profundo análisis del conocimiento, del sentimiento y de la voluntad.

Preciosos materiales aporta Höffding para cada uno de estos difíciles problemas. Y comparando é interpretando esos datos y su verdadera significación, nos lleva á contemplar á placer el brillante orden de verdades que sintetizan en él, con la más noble independencia y la más personal novedad, los resultados de la *psico-física* y de la *psico-matemática*, de la ley de Fechner y del laboratorio de Wundt. En su precioso tratado se adivina en seguida la tendencia que domina en la manera de considerar el espíritu en la actualidad. El velo que ocultó tanto tiempo una parte del espíritu ha sido descorrido; la conciencia no es un antro oscuro, como hasta hace poco muchos pensaban, creyendo poder iluminarle de un modo exterior y artificial, sino un espejo que por un lado se une con la materia y por otro lado con la unidad ideal del mundo; espejo en que se refleja más el objeto que el sujeto mismo.

Tal es la solución última del estudio positivo del alma, y la que Höffding ha adoptado en su trabajo sin restricción alguna. Es muy de alabar que nuestro escritor haya mostrado tanto interés en ocuparse en los problemas psicológicos de una manera propiamente científica, lo que sugiere al lector de su obra la idea de que su título no está en contradicción con la rama del saber que en ella se desenvuelve. Cien años atrás se llamaba ya esta rama en Inglaterra *psicología experimental*; hoy, en Alemania, lleva el nombre de *psicología fisiológica*, y en Francia y los demás países toma nombres varios, según las esferas donde ha establecido su trono.

***

Los frailes de Filipinas. Datos y apuntes inéditos sacados de los documentos de NICOLÁS DÍAZ PÉREZ, y publicados por VIRIATO DÍAZ PÉREZ. Madrid, 1904.

La cuestión del patriotismo de Nozaleda está, á pesar de la opinión general, muy confusa y muy poco explicada. Los rotativos, que han sacado esa cuestión á la publicidad, se han distinguido por cierto aire de triunfo muy poco en armonía con la absoluta falta de datos. El autor de *Los frailes de Filipinas* ha querido llenar este vacío importante; pero si la información común de los periódicos no ha podido presentar un cargo histórico ó concreto contra el ex-arzobispo de Manila, la erudición barata del Sr. Díaz Pérez ha sido aún más desdichada en sus tentativas á este respecto. No. Para lanzar una acusación—esto debió comprenderlo el Sr. Díaz Pérez,—para lanzar una acusación, lo primero que se necesita son hechos. *Facta, non verba.*

Y he aquí por qué yo aconsejo á los que se hayan interesado por el asunto Nozaleda, la lectura detenida del único documento algo extenso que sobre ese asunto se ha redactado, no ya en las hojas fugaces de periódico, sino en las del libro,

que tienen la garantía de mayor perseverancia. Sí; preciso es hojearlas, si se quiere pasar del estado de ciega preocupación al estado de opinión ilustrada sobre la más reciente y delicada cuestión que ha podido preocupar á todo español recto y de buena fe. Porque seguro estoy de que el lector, al pasar su vista por la galería de miserables, de frailes antiespañoles, de políticas de sangre de que el Sr. Díaz Pérez nos habla, fundándose en vulgaridades mil veces refutadas, se sentirá impelido á exclamar: ¡Cuán perdida y desahuciada debe estar una causa en favor de la cual no es posible esgrimir otras armas que esas!

ANTONIO MORILLO

INDICE

Págs.

La princesa Tarakanoff (novela), por Gregorio Danilewsky 5

Una fiebre tifoidea, por Antón Tchekhov..... 34

Las ilusiones sobre el problema social, por Edmundo González-Blanco..... 40

El magisterio de la Prensa en España, por Juan Pérez de Guzmán. 63

Recuerdos, por José Echegaray..... 81

Intelectualidad y espiritualidad, por Miguel de Unamuno..... 98

Relaciones hispanoamericanas, por Jerónimo Becker..... 113

Lecturas americanas, por Hispanus..... 140

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 157

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

Notas bibliográficas, por José María Sempere y Antonio Morillo... 198

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Pidal.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general,* 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

AP
60
E8
año 16
no.181-83

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY